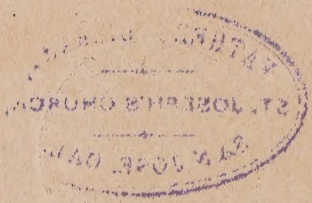
Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/laverdaderacienc0000pdie

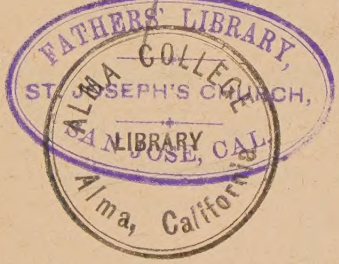


Ramirez

VIDA

DEL

CARDENAL BELARMINO.



Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA.

VIDA DEL PIÍSIMO Y SAPIENTÍSIMO

P. ROBERTO BELARMINO,

Religioso de la Compañía de Jesus, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Arzobispo de Capua.

RECOGIDA DE LAS QUE DE ÉL ESCRIBIERON

en italiano el P. Jacobo Fuligatti y en latin el P. Silvestre Petrasanti: y de los procesos que por autoridad apostólica se han hecho en órden á su canonizacion; y de otros originales y autores.

COMPUESTA EN CASTELLANO POR EL

P. DIEGO RAMIREZ

de la misma Compañía, natural de Villanueva de los Infantes.

AL ILMO. Y RMO. SEÑOR

Don Juan Manuel,

ARZOBISPO DE LISBOA, ETC.

FATHERS LIBRARY, ST. JOSEPH'S CHURCH, SAN JOSE, CAL.

ALMA COLLEGE LIBRARY

ALMA COLLEGE 06097 LIBRARY B414 Alma, California

TOMO PRIMERO.

BARCELONA.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

calle de los Angeles, núm. 14.

1887.

6797

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

IMPRENTA BARCELONESA, calle de las Tapias, n.º 4. — BARCELONA.

Censura y aprobacion del muy Rdo. Padre M. Fr. Hernando Nuñez, Calificador del Consejo Supremo de la santa Inquisicion y Ministro Provincial que ha sido de la Santísima Trinidad.

Por comision de Su Señoría don Juan de Velasco, Abad de Roncesvalles, y Vicario general de esta Villa de Madrid y su partido, he visto y leido este libro de la *Vida del santísimo y sapientísimo Cardenal Roberto Belarmino, de la Compañía de Jesus, y Arzobispo de Capua*, compuesto por el P. Diego Ramirez de la misma Compañía. Y hallo, que no solo es su doctrina conforme á nuestra santa fe católica y buenas costumbres, sino que es muy digno de alabanza el autor, por habernos hecho sabedores por tan extenso y con tan buen método y estilo de las esclarecidas virtudes y prodigiosos hechos de un tan insigne varon: luz en nuestros tiempos de toda la Iglesia católica, acérrimo defensor de la doctrina que ella profesa; cuchillo, asombro y espanto de los que la quieren contrastar. Y así espero en nuestro Señor, que este libro ha de ser de grandísimo gusto y de no menor provecho á los que le leyeren: porque con él se animarán y fortificarán en la fe y virtud los tibios y flacos en ella, y los fuertes y fervorosos se confirmarán y alentarán mas: y será medio muy eficaz para que los errados y torcidos se reduzcan y enmienden. Por todo lo cual siento que se le puede y debe dar licencia para estamparlo. En este convento de Santísima Trinidad de Madrid á 11 de enero de 1632.

El M. Fray Hernando Nuñez,
Calificador del Consejo de la santa Inquisicion

Censura y aprobacion del muy Rdo. Padre M. Manuel Dávila, Provincial que ha sido dos veces de la Religion de los Clérigos Menores.

Por mandado de Vuestra Alteza he visto con grande consuelo espiritual mio este libro de la *Vida del santísimo y sapientísimo Cardenal Roberto Belarmino de la Compañía de Jesus, y Arzobispo de Capua*, que en nuestro vulgar castellano ha compuesto el Padre Diego Ramirez, religioso de la misma Compañía. Y como conocí y traté tanto tiempo en Roma en muchas ocasiones el original, y en él las admirables y heróicas virtudes y sabiduría, tan admiradas y veneradas de todo el Universo (con que Dios nuestro Señor en nuestros tiempos ha querido ilustrar no solo á la sagrada religion de la Compañía de Jesus, sino á toda la Iglesia católica, proponiéndole por dechado de religiosos y prelados, terror y espanto de los enemigos de la Iglesia) hallo este retrato en todo verdadero, y con la religiosa industria de su autor sacado muy al vivo de su original, y con la propiedad, valentía, y hermosura que se puede desear. Y no hay en él cosa contra la sana doctrina y costumbres cristianas; antes todo él es un dechado y ejemplo que puede admirar y alentar á todos los fieles al ejercicio de todas las virtudes. Por lo cual juzgo será de grandísima utilidad. Vuestra Alteza dé licencia se imprima, para que todos puedan gozar de él. En esta casa del Espíritu Santo de los Clérigos Menores de Madrid á 26 de febrero de 1632.

Manuel Dávila, *de los Clérigos Menores.*

LICENCIA DE LOS SUPERIORES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Yo, Miguel Pacheco, Provincial de la Compañía de Jesus en la provincia de Toledo, por particular comision que para ello tengo de nuestro muy reverendo Padre general Mucio Vitelleschi, doy licencia para que se imprima la *Vida del Santo Carde-*

nal Roberto Belarmino que en nuestra lengua ha compuesto el Padre Diego Ramirez de la misma Compañía. La cual ha sido vista y aprobada por personas doctas y graves de nuestra religion, á quien yo la cometí. En testimonio de lo cual di ésta firmada de mi nombre, y sellada con el sello de mi oficio. En este nuestro Colegio Imperial de la Compañía de Jesus de Madrid, á 25 de noviembre de 1631.

MIGUEL PACHECO.

APROBACION Y LICENCIA DEL ORDINARIO DE MADRID.

El Licenciado don Juan de Velasco y Acevedo, Vicario general de la Villa de Madrid y su partido, por la presente, habiendo visto y hecho ver el libro de la *Vida del Santo Cardenal Belarmino*, declaramos que no tiene cosa contra la fe y buenas costumbres: y por lo que á nos toca, se puede imprimir. En Madrid á 15 de enero de 1632.

EL LIC. VELASCO Y ACEVEDO.

Por su mandado,
Simon Jimenez.

SUMA DE LA LICENCIA Y PRIVILEGIO REAL.

El Padre Diego Ramirez de la Compañía de Jesus tiene licencia y privilegio del Rey nuestro señor para imprimir en los reinos de Castilla por tiempo de diez años la *Vida del Santo Cardenal Roberto Belarmino:* y en él se prohibe con graves penas que nadie la pueda imprimir ni vender ni traer de fuera de estos reinos sin el beneplácito y licencia del dicho Padre. Como consta largamente de la cédula Real refrendada por Juan Lasso de la Vega su secretario, y despachada en el Oficio de Martin de Segura, Escribano de Cámara. Su fecha en Madrid á 13 de marzo de 1632 años.

Al Ilmo. y Rmo. Señor

D. JUAN MANUEL

Arzobispo de Lisboa, del Consejo de Su Majestad, etc.

Escribiendo yo la vida del pisimo y sapientísimo cardenal Roberto Belarmino, sin pensar ni tratar de buscarle otro patrocinio ni amparo en la tierra (contento con el del cielo y con el mismo sujeto de mi historia, que es tan grande y tan ilustre); hallé que aquel mismo espíritu que me movió á componerla y sacarla á luz, me impelia tambien á dedicarla y consagrarla á V. S. Ilustrísima. Y esto con una fuerza tan impetuosa, y con una voluntaria violencia tan vehemente, que en cierta manera parece que se adelantaba la intencion á la advertencia, y la determinacion á la deliberacion; sirviendo estas de poco mas que de calificar y aprobar aquellas. Hallaba, sin buscarlo, entre los dos (entre quien escribo, y á quien dedico) tanta vecindad en las dignidades, tanta cercanía en las grandezas, tanta semejanza en las costumbres, y tanta conveniencia y uniformidad en las virtudes y acciones loables, que me era casi forzoso, escribiendo del uno, tener al otro delante de los ojos, é ir haciendo en lo interior de mi pecho juntamente la historia y la dedicatoria. Y pudiera (si en esto no fuera muy advertido) viendo en Vuestra Ilustrísima tanto de mi Belarmino, pudiera, digo, haberme equivocado, y confundido con tanta semejanza,

y hecho anticipadamente historia de quien ahora hago dedicatoria. Dejo aparte la nobleza y resplandor de linaje, tan conocido en todo el reino y en todo el mundo: no trato del palio arzobispal, que ya tan dignamente tiene Vuestra Ilustrísima, ni de la púrpura cardenalicia, que si aun no la viste (con queja sin duda y sentimiento della) ya ha mucho que la merece, y por presto que la alcance, siempre la vestirá tardía. Si en las costumbres y virtudes (que es lo mas propio y lo primero) pongo los ojos, es mas forzoso el deslumbrarme dichosamente, y el quedarme mas á escuras con tan dobladas luces. Veo en Vuestra Ilustrísima un raro aprecio y estimacion de las letras, que tan temprano gustó, y con tanta largueza bebió en la insigne Universidad de Coimbra, y con cuyos destellos y abundantísimas corrientes á tantos ha fecundado y enriquecido. Veo un singular afecto y piedad á las cosas santas y divinas, en cuyo ejercicio se crió, y en cuya meditacion hasta hoy se ocupa, haciendo de la frecuencia yermo, de la corte celda, y de su palacio oratorio. Veo una extremada largueza en repartir con los pobres y menesterosos las rentas episcopales y patrimoniales; que parecen mas dellos que de Vuestra Ilustrísima y de los suyos: añadiéndose á su natural munificencia y liberalidad el continuo ejercicio y empleo de limosnero: siéndolo de Su Majestad real por oficio, ya que de su sangre lo era por inclinacion. (Por la cual puerta dignísimamente le entró la Majestad del cielo y de la tierra á las prelacías, que en sí tienen vinculada esta tan generosa gracia ó esta tan

piadosa deuda.) Veo una reñida competencia y una interminable porfía, por una parte de las honras y dignidades eclesiásticas en buscar y seguir á Vuestra Ilustrísima y por otra de su prodigiosa humildad y modestia en retirarse y en huirlas. Y ya que forzosamente las hubo de aceptar, he visto y veo en el gobierno de cada una de ellas (y todos le ven y han visto) el ejercicio heróico de todas las virtudes, que el Apóstol tanto encomendó á todos los Prelados, y que mi santo Cardenal y Arzobispo de Capua tan admirablemente practicó en sí mismo. Testigo me es de esta verdad la Iglesia de Viseo, primera esposa de Vuestra Ilustrísima, y primera en la buena suerte de todo el reino. Testigo la de Coimbra, que fué la segunda; aunque á ninguna reconoció ventajas en recontar sus buenas dichas todo el tiempo que mereció gozarlas. Testigo finalmente la insigne ciudad de Lisboa, perla de todo el orbe, y cabeza del reino de Portugal (que no sé si es mas dicha): la cual con haber merecido y alcanzado tal Pastor, está mas ufana que con todas las riquezas del Oriente, de que se halla señora. En conclusion, por no dilatarme mas, veo en Vuestra Ilustrísima un numerosísimo coro de todas las virtudes, y todas en grado muy heróico: y consiguientemente reconozco una expresísima semejanza de la vida de mi Belarmino. Y por decirlo con mas brevedad y propiedad, veo en Vuestra Ilustrísima un Belarmino á lo vivo; ya que por ventura (que no será sino por desgracia) no lo esté como debia en esta mi Historia. Por esto pues no solamente me convidaba la razon,

mas me apretaba la obligacion, á que la dedicase á Vuestra Ilustrísima, no como ajena, sino como propia, no como á otro, sino como al mismo: pues, por las razones que he apuntado, la Historia de suyo se nacia tan dedicada á su grandeza y piedad. Y esto mismo me persuadió que hiciese esta demostracion aun sin haber dado parte á Vuestra Ilustrísima de mis intentos: fiado en que de cualquiera manera reconoceria su misma obra, y no desecharia lo que por tantos títulos era tan suyo.

Y por lo particular de mi persona, aunque yo siempre he respetado lo grande, y venerado lo semejante al gran Belarmino (razones bastantes para estimar en tanto á Vuestra Ilustrísima), no quiero valerme de otras, mas de que soy religioso de la Compañía de Jesus: familia á quien Vuestra Ilustrísima tanto ha siempre amparado y favorecido: como todos nuestros Padres de Portugal allí y en todas partes reconocen y testifican, y los demás de Castilla y de toda España asimismo experimentamos, y perpetuamente publicaremos. En reconocimiento pues y agradecimiento comun, yo el mínimo de esta santísima religion ofrezco á Vuestra Ilustrísima una de las mas preciosas joyas de toda ella (si se apartan los ojos de lo que yo con mi cortedad la habré deslucido): fiado de que depositada en tales manos cobrará nuevos quilates de mayor estimacion y aprecio. Guarde nuestro Señor la persona de Vuestra Ilustrísima, como todo aquel reino y este ha menester, etc.

De V. S. Ilustrísima humilde siervo y capellan,

DIEGO RAMIREZ.

PRÓLOGO.

Entre las demás vidas de los muchos santos é ilustres varones que en estos menos de cien años despues de su fundacion, con admiracion comun y no menor edificacion de todos, ha dado á la Iglesia y al mundo la Religion de la Compañía de Jesus; es tan ejemplar y admirable la del piísimo y sapientísimo Cardenal Roberto Belarmino; que sin duda los que han tratado de sacarla á luz, han intentado una cosa de mucha honra y gloria de Dios nuestro Señor, y de sus santos; lustre y adorno de la santa Iglesia, y de nuestra sagrada Religion; instruccion y enseñanza clarísima de Prelados, y Religiosos: provecho espiritual muy crecido, y edificacion comun de todos los fieles y devotos. Es ciertamente un prodigio de singularísimas virtudes y muy extraordinarios ejemplos, en un modo de vivir, al parecer, comun y ordinario. En un hombre, que vivió en las cortes y palacios, y en medio de las honras y grandezas mayores, y entre los negocios y cuidados mas embarazosos é inquietos, se ve un despego tan raro y un desprecio tan exquisito de todo lo que es mundo, una po-

breza de espíritu, una humildad de corazon, una quietud de alma, una pureza de conciencia, un colmo finalmente de todas las virtudes, tan rico y abundante; cual apenas se oyó de los anacoretas mas retirados, ni de los solitarios mas escondidos, ni de los contemplativos mas absortos, ni de los emparedados mas compungidos, ni de los que descuidando de todo lo demás cuidaron mas atentamente de sí mismos y del adorno y perfeccion de sus ánimas propias. Tesoros riquísimos de estas preciosas materias hay á cada paso en la vida de nuestro Belarmino: pero á la verdad tesoros hasta ahora escondidos á los de nuestra nacion. Que no deja de ser argumento de nuestro descuido, ó poco celo, ó de nuestro demasiado encogimiento y pusilanimidad.

Muy á tiempo y muy poco despues de la muerte del santo Cardenal se estampó y publicó su vida en italiano por el padre Jacobo Fuligatti, y poco despues en latin por el padre Silvestre Petrasanti (ambos testigos de las acciones de Belarmino, y cuidadosos observadores de sus excelentes virtudes). Pero aunque estos libros llegaron á nuestra patria, pocos de los nuestros hay que puedan ó quieran buscar en lenguas peregrinas el conocimiento de estas materias; que para que hagan su efecto y consigan su fin principal (que es el gusto espiritual y provecho de las almas) se quieren proponer con toda facilidad, y sin que cueste molestia alguna su inteligencia.

Por esta causa yo (aunque para todo conozco mi ineptitud) viendo que ninguno otro se aplicaba á este

fructuoso trabajo, me determiné á tomarle por mi cuenta como mejor pudiese, y dar noticia á nuestros naturales desta bendicion de Dios, y comunicar este rico tesoro con los devotos y piadosos, de nuestra nacion. Comencé á traducir en nuestra lengua lo que aquellos dos Padres habian escrito con elegancia y elocuencia en la latina é italiana. Mas presto mudé de parecer por varias razones, que no quiero especificar. La principal quizá topaba en el órden y repartimiento de las cosas; y en que los gustos de varias naciones son varios, y los trajes y adornos que en las unas se llevan los ojos, en las otras no parecen de tanta gala y hermosura. En conclusion yo me resolví en hacerme antes autor, que traductor, dueño, que intérprete. Híceme capaz (aunque no sin trabajo y cuidado) de todas las cosas que ambos aquellos Padres escriben: y distribuílas y dispúselas á mi modo, y vestílas y adornélas con mi lenguaje y estilo como Dios me dió á entender. De manera que las cosas casi puedo decir que son suyas (porque yo bien pocas añadí, y de que tuve muy firmes testimonios, que casi siempre alego en sus lugares); mas la disposicion y elocucion, y todo lo demás, tal cual es, casi puedo decir que es mio; no negando su debida alabanza aun en esta parte á los apoyos y arrimos que he dicho.

De aquí se sigue que pueda ir el lector muy seguro de la verdad de esta Historia. Porque además de ser ambos Padres muy religiosos y graves, escribieron lo que en gran parte vieron ellos mismos, y lo que oyeron á personas gravísimas y las mas fidedignas de toda la

Iglesia, y lo que leyeron en los procesos auténticos que por autoridad apostólica y con remisoriales de Su Santidad se hicieron en Roma, en Capua y en Montepulciano el mismo año en que murió Belarmino: en los cuales juraron muchos testigos mayores de excepcion, y lo fueron innumerables de lo que aquellos juraron. Y toda Roma lo fué de lo que estos Padres escribieron, reconociendo en sus escritos lo que ella misma habia visto poco antes en el Cardenal. Y finalmente ambos dedicaron sus libros á la Santidad de Urbano VIII nuestro señor. Por donde si en algo se apartaran de la verdad, movieran contra sí á la Cabeza de la Iglesia (que conoció y trató mucho á Belarmino) y tuvieran casi otros tantos censores y acusadores de su poca fidelidad, como personas habia y hay hoy en la corte romana y en otras muchas partes. Así que de la verdad no se puede en manera alguna dudar. Y esto debo yo y debemos todos á aquellos Padres.

En lo demás (aunque no me ha costado poco trabajo) poco ó nada me deberan á mí los piadosos lectores; porque antes reconozco que tendrán mucho que perdonarme. Bien que por lo menos entiendo que les he obligado algo con la claridad y facilidad de esta obra.

En cuanto á las cosas, y como el alma y la sustancia de la historia, he repartido todo este compuesto (y creo que no muy mal) en seis partes, que son otros tantos libros. En el primero se trata desde el principio de la vida de Belarmino y su progreso, hasta que escribió los celebérrimos libros de las Controversias de la Fe, y en

efecto comenzó á ser en el mundo conocido y celebrado por excelentísimo doctor y defensor de la santa Iglesia. En el segundo, desde allí hasta que le hicieron Cardenal. En el tercero, desde este punto hasta que le dieron el Arzobispado de Capua. En el cuarto, de todo el tiempo que estuvo en esta ciudad y prelacía. En el quinto, del tiempo que estuvo despues de esto Cardenal en Roma. En el sexto y último, desde que se retiró de la corte, y lo restante de su vida, su muerte, y lo que á ella se siguió: y testimonios divinos y humanos de su grandeza y santidad.

En casi todo este discurso de vida (que no fué muy varia, ni tuvo muchos sucesos y acontecimientos exquisitos, inopinables, y como trágicos, que suelen admirar y suspender en las historias) fuí ingiriendo algo de las virtudes mas principales, que en cada estado y ocasion fué mas lucidamente descubriendo y manifestando este clarísimo y ejemplarísimo varon de Dios. Porque sin ellas las historias y narraciones de vidas semejantes suelen ser menos jugosas y mas pobres; y ellas aparte sin el hilo de la historia suelen parecer mas prolijas y menos entretenidas.

Y no hurté el cuerpo á algunas que parecen menudencias en este género; aunque sí á otras digresiones y discursos ajenos y excusados. Porque escribo la vida de un santo religioso y prelado; y en las tales nada hay pequeño ni poco importante para el ejemplo y provecho de todos los fieles y devotos. Y por otra parte no se debe pensar que son estas, Historias generales, ni Ana-

les universales de todo el mundo, donde todos los sucesos y ocurrencias hayan de tener lugar y cabida.

En cuanto á las palabras y elocucion (que es lo mas extrínseco y accidentario de una historia) he procurado evitar unos nuevos lenguajes que afectan algunos demasiadamente entendidos (y no sé si se entienden bien). El cual estilo si en algunas materias y ocasiones merece ser admitido y tener en ellas su precio y valor, no es tolerable en estas piadosas; en que se pretende mover el afecto, no picar el entendimiento; avivar la devocion, no ejercitar la agudeza.

Ni aun en el estilo ordinario que aprendimos de nuestros padres y abuelos, he querido levantarme mucho de la tierra, ni añadir cuidado muy particular de la elegancia y elocuencia, que algunos tan ansiosamente desean y pretenden: ni he querido afectar con demasía sentencias agudas, avisos picantes, exhortaciones y doctrinas morales, y mucho menos descripciones y digresiones ocurrentes, ó pretendidas, ni otros adornos exquisitos, de que los retóricos á lo humano suelen valerse. Porque escribo la vida de un varon divino: y quiero que las cosas que dél dijere, no pierdan su fe y su fuerza con el afeite de las palabras y afectacion del estilo. *Pietati admodum amica est simplicitas* (dijo á este mismo propósito el gran Ludovico Blosio); *fitque nescio quo pacta, ut verba curiosius exculta, cor plerumque non tam penetrent quam demulceant.* Y lo mismo se puede decir de cualquier otro demasiado adorno de los humanos: que todos por la mayor parte en-

tretienen y deleitan, mas no mueven ni afervorizan. Yo me he determinado de hacer el plato á mis convidados de los hechos y cosas admirables del santo Cardenal (que no serán de poco gusto y provecho por sí mismas) no de mis dichos y palabras compuestas, que tendrian otro tanto de vanas é insulsas, y en la ocasion de dañosas. Y cuando no tuviera otras razones, bastaríame el saber que el mismo, de quien escribo, jamás en sus libros y sermones quiso hablar de aquella manera, á lo menos despues de sus bien tempranos desengaños. Y así será cordura imitarle yo siquiera en el hablar, cuando pretendo que otros le imiten en el obrar.

Confio que, si no por el estilo y lenguaje, por la materia y por el sujeto ha de agradar esta obra (especialmente mientras mas se fuere entrando en el cuerpo de ella): y que se ha de conseguir el fin que yo en ella he pretendido: que es, además de la gloria de Dios y honra de este gran siervo suyo, el provecho espiritual y piadoso entretenimiento de los fieles que la leyeren, especialmente de los Religiosos y de los Prelados de la santa Iglesia; y la estima y aficion que es justo tengan todos deste insigne varon de Dios. Mas cuando esto no consiguiese, por lo menos mi buen deseo no careceria de su alabanza, ni desmereceria su premio delante de Dios, y de los hombres cuerdos y bien intencionados.

VIDA

DEL

CARDENAL ROBERTO BELARMINO,

religioso que fué de la Compañía de Jesús, y arzobispo de Capua.

LIBRO PRIMERO.

DESDE SUS PRINCIPIOS HASTA QUE ESCRIBIÓ LOS CELEBÉRRIMOS LIBROS DE LAS CONTROVERSIAS DE LA FÉ.

CAPITULO PRIMERO.

De su patria, padres y parientes.

La fama y opinion, que muchos ambiciosamente desean, y pocos convenientemente procuran, alcanzó tan dichosa y cumplidamente el pisísimo y sapientísimo Cardenal Roberto Belarmino (por mas que pretendió desecharla y huirla) que así como jamás se podrá borrar su nombre, que tan estampado dejó en sus doctísimos escritos, así tampoco se podrán en ningun tiempo olvidar ni escurecer sus excelentísimos hechos y empleos, ni los clarísimos ejemplos de sus heróicas virtudes que tan ilustremente resplandecieron en el mundo, y tan impresas han quedado en la memoria de todos los hombres. Habiéndose pues extendido tanto por todas partes,

y entre todo género de gentes, y linaje de personas la fama de su inculpable y santa vida; muchos han deseado saber mas en particular el modo de vivir que tuvo, y los especiales ejemplos dignísimos de imitacion que en todos tiempos dió. Y así me ha parecido cosa muy conveniente y debida escribir de propósito su vida, y sacarla á luz; para corresponder en parte á la piadosa curiosidad de sus aficionados y devotos, y al santo celo de los que vivamente desean que no carezca en la tierra desta loa y gloria particular, el que tan colmada la tendrá en el cielo: y para que muchos por este medio se alienten á la imitacion de un dechado, y ejemplar tan perfecto y acabado.

Tuvo por patria Roberto Belarmino la ciudad de Montepulciano, una de las mas famosas de la Toscana en Italia, así por su amenidad y saludable temple, como por la muchedumbre de nobles familias que en ella tienen su asiento y solar. Y aunque se podia largamente alabar por muchos y diferentes títulos y razones, y en especial por muchas personas muy insignes que en los tiempos pasados ha dado al mundo; pero bastante y aun muy colmada alabanza es el haber dado en este último siglo á la Santa Iglesia cuatro Cardenales y un Pontífice Sumo, todos personas de muchas prendas, y muy conocidos y estimados por su virtud y rara prudencia.

Los Cardenales fueron, además de nuestro Belarmino, los Eminentísimos y Reverendísimos Juan Ricci, llamado comunmente el Cardenal de Montepulciano; y Francisco María Tarugi, uno de los primeros compañeros de san Felipe Neri; y Roberto de Nobili, sobrino de Ju-

lio III, el cual siendo de solos diez y siete años de edad, y habiendo pretendido con increible instancia dejar el capelo, y entrarse en la Compañía de Jesus (que á veces en años tan tiernos da Dios tan alentados desengaños) murió con admirable opinion de virtud y cordura, y con lástima comun de toda la Corte romana.

Pero mucho mas que todos los pasados ilustró su noble patria Marcelo Cervini, que primero era llamado el Cardenal de Santa-Cruz, y despues en su asuncion al Sumo Pontificado retuvo el nombre de Marcelo, y fué el segundo de este nombre, Pontífice verdaderamente máximo y santísimo: y que llenó el mundo de esperanzas de que con su prudente y celoso gobierno se habia de ver en la Corte romana, y en toda la Iglesia la reformacion y decoro que se deseaba. De lo cual habia dado bastantes prendas presidiendo como legado de la Sede Apostólica en el sagrado Concilio de Trento con admirable prudencia y valor. Pero no pudo corresponder á estas tan grandiosas esperanzas de todo el mundo, ni lograr ni sazonar aquellos sus piadosos deseos y generosos intentos, ni poner en ejecucion aquellos sus heróicos dictámenes, por la muerte tan acelerada que á los veintiun dias de su Pontificado le sobrevino, con grandísimo sentimiento y dolor, no solamente de la ciudad de Roma y de toda Italia, sino tambien de las demás gentes y naciones, y de toda la Iglesia universal: que se prometia tener en Marcelo uno de los mas cabales y excelentes Pontífices que jamás hubiese tenido.

Sobrino de este insigne Pontífice, é hijo de una hermana suya fué nuestro Roberto Belarmino: el cual no

fué menos noble por la parte de su padre. Porque queriendo el cielo ilustrarle largamente, y colmarle de todas las gracias con mano muy liberal; no quiso que le faltase este resplandor de la nobleza de linaje: que aunque vale bien poco por sí sola delante de Dios, suele mucho aprovechar para tener autoridad y estima entre los hombres, que tanto se precian della en este mundo. Esta nobleza paterna de nuestro Roberto se echa muy bien de ver por las muchas y muy antiguas y nobles familias con quien siempre ha emparentado la casa de los Belarminos en Montepulciano, y en otras partes. Y entre las demás, es y ha sido siempre ilustrísima la materna de los Cervinos, á quien Marcelo II dió últimamente la suma del resplandor: y á quien no poco ilustró nuestro clarísimo Cardenal Belarmino.

Por esta causa con mucha razon y verdad pudo él mismo responder despues al Rey de Inglaterra (que mostraba desestimarle en esta parte) que si bien sus progenitores no habian sido muy grandes señores, pero sí muy honrados y nobles caballeros. Y que fuera desto habia sido tio suyo Marcelo II, Pontífice máximo: al cual los mismos enemigos mucho alababan. Porque Teodoro Bibliander, grande luterano, en sus Tablas cronológicas le llamaba varon santo y docto. Porque contando los Pontífices romanos decia así: *Sedit anno 1555, Marcellus Secundus, vir sanctus et doctus.* Mas despues desto añade allí Belarmino, cuán poco estima toda la nobleza del mundo; y que cuando sus padres y progenitores fueran muy bajos y humildes, con tal que fueran católicos y pios, no se avergonzara ni desdeñara dellos; pues el Príncipe de la Iglesia san Pedro habia

sido pescador, y san Pablo un pobre oficial de hacer tiendas; y el mismo Hijo de Dios quiso ser tenido por hijo de un carpintero; y asimismo escogió para fundamentos y colunas de su Iglesia hombres bajos y humildes, para confundir á los príncipes y grandes de la tierra.

Tras esta nobleza del linaje de nuestro Belarmino será bien que digamos algo en particular de las virtudes de sus padres. Porque así como el buen hijo es gloria de los que le engendraron (como dice el Espíritu Santo), así comunmente la virtud de los progenitores, por la fuerza del ejemplo tan conjunto y continuo (ya que no sea por la de la misma naturaleza) se suele eficazmente comunicar y como imprimir en los hijos, y aun en cierta manera se les infunde y entraña con la misma leche.

Su padre de nuestro Roberto se llamó don Vincencio Belarmino: el cual vivió hasta la vejez entre los de su patria con opinion de hombre muy recto y justiciero; grave en sus acciones; amigo de pocas palabras, y de muchas y muy buenas obras; amicísimo de tratar verdad, y constante en cuanto emprendia. Y así tuvo los oficios y gobiernos mas principales de su ciudad: y en ellos miró siempre mucho por el bien comun; no descuidándose por eso del buen gobierno y administracion particular de su casa y familia. A la cual quiso dejar mas llena y colmada de virtudes que de riquezas: que es la herencia de mas importancia, y la renta de mayor firmeza y duracion.

La madre se llamó doña Cintia Cervini; y fué hermana del Papa Marcelo, como ya apuntamos: mas no

fué menos insigne por sus virtudes. Tuvo noticia y conocimiento de la Compañía de Jesus (segun dejó escrito su hijo) y se comenzó á aprovechar de sus ministerios y santos ejemplos por medio del Padre Pascasio Broet, uno de los primeros compañeros de nuestro Padre san Ignacio su fundador. El cual yendo por consejo de los médicos y á instancia del Cardenal Marcelo Cervini (cuyo confesor era) á recobrar la salud perdida á unos baños saludables que hay cerca de la ciudad de Montepulciano; todo el tiempo que allí se detuvo no dejó en cuanto le fué posible de atender á la salud de las almas, y de ayudar á los prójimos con los ministerios de nuestra religion. En efecto como buen religioso y fiel ministro del Evangelio que debe imitar al sol material, que por donde quiera que pasa va repartiendo los beneficios de su luz y calor, y otras saludables influencias: y mejor al sol de Justicia, que donde quiera que se hallaba, y en cualquier parte que entraba, daba testimonio de su benéfica presencia, haciendo bien y sanando á todos. Entre muchos pues que comunicaban al Padre Pascasio y acudian á oir sus saludables pláticas, una fué doña Cintia: que como era de suyo tan devota y piadosa, gustaba mucho de oir al Padre, y comunicarle las cosas de su alma, y tomar de él muchos buenos consejos para el gobierno de ella. De aquí quedó con notable estima del Padre y juntamente de su religion (que todo suele ir á una); y hablaba siempre con mucho encarecimiento de su virtud y espíritu, y del grande magisterio de las cosas espirituales que en él habia experimentado.

De esta estima y aficion que desde entonces cobró á

la Compañía da ella misma testimonio en una carta que escribe á su hermano Alejandro Cervini, su fecha en enero de 1556, en que le dice el deseo grande que tiene de ir á Nuestra Señora de Loreto, no solo por tener hecho voto de ello, sino tambien por poder confesarse con aquellos sacerdotes reformados, y espirituales (que así llama á los Padres de la Compañía, que están en Loreto por penitencieros de Su Santidad) y comunicar con ellos las cosas de su alma.

Y porque echaba de ver que el hermano podia reparar en los gastos del camino, añade una cosa en que muestra bien su templanza y moderacion. «Y no os den pena (dice) los gastos ni las demás molestias del viaje: porque ya sabeis que yo me contento con poco, y soy muy enemiga de aparato y fausto, y me acomodo á todo sin cumplimientos ni ceremonias.» Esto escribió un año antes que la Compañía entrase de asiento en Montepulciano: porque ya despues nunca dejó de frecuentar en ella los Sacramentos, y comunicar muy familiarmente con nuestros Padres, y regirse en todo por su consejo y espiritual direccion. Y así se le lució bien en el aumento grande de todas las virtudes que por este medio granjeó.

En particular se vió en esta santa señora un encendido amor de Dios, con que no solamente ella le comenzó más fervorosamente á servir, sino que deseó grandemente dedicarle todos sus hijos (que eran cinco) procurando que todos se entrasen á servirle en la Compañía. Junto con esto tuvo una modestia y compostura singular en su persona, y en todo lo que á ella tocaba: muy ajena de vanidades y pompas mundanas; conten-

tándose con vestirse y tratarse con la decencia que á su estado y calidad convenia. Guardaba mucho recogimiento en su casa; no viéndola nadie jamás fuera de ella sino cuando iba y venia á la iglesia, ó en ocasiones casi tan precisas. Atendia con sumo cuidado al gobierno de su familia, y á la crianza de sus hijos: enseñando á sus domésticos más con vivos ejemplos de virtudes que con largas exhortaciones de palabras. Aunque á sus tiempos no dejaba de darles saludables documentos, para que temiesen y amasen á Dios nuestro Señor, y para que desde pequeños se arraigasen y creciesen en el amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios. Aficionábalos al ejercicio santo de la oracion y meditacion, especialmente á tenerla por la mañana luego en levantándose, para que comenzasen consagrando al Señor las obras del dia: alentábalos á la frecuencia de los santos sacramentos de la confesion y comunion (que son nuestras armas espirituales mas fuertes é impenetrables) y persuadíales otras muchas obras de virtud y piedad. En todas las cuales cosas ella con su ejemplo les iba delante; y suave y eficazmente se los llevaba en su seguimiento. Y tenia tan bien repartido el tiempo de todo el dia, que tratando siempre con Dios y de las cosas eternas, no faltaba punto á las temporales de su casa, ni al cuidado necesario de su familia.

Y porque sabia muy bien que aquella oracion es de subidos quilates delante de Dios nuestro Señor, que va acompañada del ayuno y de la limosna; en ambas estas cosas se procuraba tambien igualmente aventajar; mostrándose por una parte muy severa y rigurosa consigo misma, y por otra muy benigna y liberal con los nece-

sitados; afligiendo su cuerpo con muchos y muy rigurosos ayunos, con muy frecuentes silicios y disciplinas, y con otras muchas y muy ásperas penitencias: y socorriendo á sus prójimos con mil maneras de consuelos espirituales y corporales y con todas las obras de caridad y misericordia que le eran posibles. Bien al contrario de algunas personas que vendiéndose por muy espirituales y fervorosas, aflojan y ablandan la mano en el tratamiento propio, y la encogen y estrechan en el socorro y remedio ajeno; y así por falta de caridad del prójimo, y de odio santo de sí mismas, vienen á flaquear en el verdadero amor de Dios, y se quedan muy atrás en el camino de la virtud y perfeccion, á que con ficcion y apariencia vana anhelaban y corrian.

Pero en lo que más mostró la fineza de su virtud esta santa señora fué en llevar con ánimo igual las mudanzas y vaivenes de la inconstante fortuna, y en mostrar el mismo rostro á las prosperidades y adversidades, que casi á un mismo tiempo la acometieron. Vióse en lo más alto de la rueda de la fortuna, cuando le vino la nueva de que su hermano Marcelo, de Cardenal de Santa Cruz habia sido sublimado á ser Sumo Pontífice de toda la Iglesia. Y vióse repentinamente derribada de aquella grandeza con la muerte tan apresurada del mismo Pontífice. (Y siempre se tuvo por el linaje más duro y más acerbo de infelicidad el sufrir tan sin intervalo estas destemplanzas de la fortuna, y el bajar tan aprisa de la cumbre de la suma felicidad.) Pero cuán constante y firme haya estado doña Cintia entre estas mudanzas y encuentros tan diversos de la inconstancia de las cosas humanas, con ningunas pala-

bras se declarará mejor que con las de ella misma en las cartas que en ambas ocasiones escribió á su hermano don Alejandro. A la que él le escribió dándole la nueva de la eleccion de su hermano, respondió lo siguiente:

«La vuestra de 23 de abril me ha dado el contento y alegría que es razon, no solamente por las nuevas que me enviais (de las cuales todo el mundo se alegra juntamente con nosotros) sino tambien por saber que vos estáis con salud. Por lo cual aun he dado mayores gracias á Dios: y no me queda ya otra cosa que desear sino el veros á todos juntos. El modo de proceder que quereis que guarde, y las advertencias y avisos que me enviais, me han sido de sumo gusto; porque no deseo ni pretendo hacer otra cosa más de lo que fuere servicio y gusto de Dios nuestro Señor, y de Su Santidad, y vuestro. Especialmente que en esto entiendo que os le doy á vos; y en esto mismo realmente debe tener puesto todo su gusto cualquier buen cristiano. No me moverá un punto la pompa del mundo ni toda su grandeza; porque sé que es todo vanidad y humo, y una cosa muy digna de ser desechada y huida de cualquiera persona prudente. Y así solamente tendré atencion á cumplir con mis obligaciones y con lo que debo á Su Santidad, á vos, y á mí misma; y me trataré con la moderacion que la razon y la prudencia pidieren, como vos en la vuestra me decís; procurando no hacer cosa que no sea loable y honrada; á lo cual asimismo me animará el verme cargada de hijos, y no muy descansada en lo temporal. «Esto dice al principio de aquella carta; y poco despues añade: «Pues Dios

nuestro Señor me ha hecho esta merced que esté en gracia de Su Santidad y vuestra, y que pueda servir á su divina Majestad con algun mayor descanso y comodidad; procuraré mostrarme agradecida á tantos beneficios, y pondré toda diligencia en adornar mi casa y familia con las virtudes, que son los verdaderos adornos, que no se pierden ni acaban con la muerte. »

Estas palabras dan bien á entender la modestia y compostura interior de aquel ánimo tan constante y tan puesto en Dios; pues una mudanza tan grande, y una prosperidad tan extraordinaria no bastó á desquiciarle ni descomponerle un punto, en ocasion en que cualquiera otro pudiera engreirse y desvanecerse, y fabricar mil torres de viento. Y sin duda como persona tan querida de la divina Majestad fué prevenida con alguna singular gracia, para que no flaquease ni desdijese de su deber en la repentina mudanza y desgracia tan acerba que luego se siguió con la muerte del Pontífice su hermano. La cual si bien no pudo dejar de sentirla como hermana, y como á quien tanto le tocaba por tantas otras causas; pero estuvo tan en sí, ó por mejor decir tan en Dios, que supo y pudo buscar muchas y muy sólidas razones de consuelo para sí y para don Alejandro su hermano; á quien escribió una carta consolatoria muy prudente y cristiana, animándole á conformarse con la voluntad divina, como ella lo hacia, y á confiar en la proteccion y amparo del Señor; que jamás faltó á los que perseveran constantemente en su santo servicio, y en el cumplimiento de todas sus obligaciones.

Una señora pues que en este caso mostró tan cristia-

no valor, y en todos siempre tanta virtud, no es mucho que de su hijo sea llamada á boca llena *mujer santísima:* pues en efecto lo fué con tanta eminencia. La cual habiendo llegado casi á los cuarenta y nueve años de su edad; por los muchos trabajos que pasó, y rigurosas penitencias que hizo, vino á tener una grave enfermedad de hidropesía, de la cual finalmente vino á morir santísimamente el año de mil y quinientos y setenta y seis. Digna madre del gran Roberto Belarmino: á cuyo cuidado, educacion, y santa institucion se debe despues de Dios aquella primera semilla de inocencia y de santas costumbres, cuyos frutos tan gloriosos se vieron despues en la edad madura de nuestro Belarmino.

CAPÍTULO II.

De su nacimiento, y niñez, y de las buenas inclinaciones que en ella mostraba, y virtudes que descubria.

De esta suerte pues de padres, nobles por su sangre, y no menos ilustres por su virtud, siendo sumo Pontífice Paulo III, y Duque de Toscana Cosme de Médicis, en el año de 1542, á cuatro de octubre, dia bien señalado en toda la Iglesia por la festividad del Seráfico Padre San Francisco, nació en Montepulciano, como hemos dicho, nuestro Roberto Francisco Rómulo Belarmino (que estos tres nombres le pusieron en el bautismo): y fué el tercero entre los hijos varones de don Vincencio Belarmino, y doña Cintia Cervini; aunque el primero en la eleccion de Dios para grandes cosas.

Y aunque despues solamente se quedó con el nombre de Roberto, por respeto del Cardenal de Florencia Roberto Pucci, que fué su padrino en el bautismo, pero toda su vida tuvo por Patron y abogado al Seráfico Padre San Francisco, y le fué siempre muy devoto, y procuró esmerarse en la imitacion de sus celestiales virtudes.

Crióse á la sombra de sus buenos padres, y apenas habia llegado á los años en que comienza á apuntar el primer uso de la razon, cuando ya comenzó á dar muchas muestras de lo que habia de ser en adelante, y de las grandes virtudes y talentos en que habia de resplandecer. Porque desde luego se echó de ver que le habia cabido en suerte una buena ánima (segun de sí mismo escribió el Sabio) en la cual parece que no habia pecado Adan (como en su tiempo se dijo de san Buenaventura): tal era su modestia y compostura, y tales los resplandores y vislumbres de celestial pureza y santidad. Todos sus gustos y entretenimientos eran, no los juguetes propios de niños, sino los ensayos y ejercicios de piedad y devocion. Y siendo de seis á siete años todo se le iba en levantar altares y componer imágenes en su casa, y en imitar y remedar lo que veia hacer á los sacerdotes en la iglesia, y en el púlpito á los predicadores. Y él mismo contaba despues que siendo muy pequeñito se solia poner dentro de un escabelillo vuelto hácia arriba, cubriéndole con parte de su vestido, ó con alguna otra ropa en lugar de paño de púlpito, y que poniéndose él algun lienzo ó cosa semejante en lugar de sobrepelliz, solia de aquella suerte predicar muy de propósito muchas veces: y que en particular

lo hizo algunas con extraordinaria vehemencia tratando de la pasion y muerte de Cristo nuestro Señor.

Gustaba notablemente su buena madre de ver esta inclinacion en su hijo. Y tanto mas se alentaba á criarle vigilantísimamente en santo temor y amor del Señor, y en un vivo deseo y aprecio de la perfecta guarda de sus mandamientos: sabiendo bien cuánto importa que los tiernos ánimos de los niños reciban desde sus principios este primer tinte de piedad cristiana. Uno de los principales cuidados que ponia esta prudente y santa señora en la crianza de su hijo, era en guardarle de malas compañías (que son el veneno mas dañoso de la primera edad) y en procurar que ni dentro ni fuera de casa se le juntase persona que le pudiese pegar algun resabio de liviandad, ó menos compostura. Y á la verdad en ambas partes suele ser grande el peligro de la corrupcion y perdicion de los ánimos tiernos y poco advertidos, y á veces suele ser mayor el daño que se disimula en algunos que comen el mismo pan, y gozan los privilegios de la misma familia. Por donde debe ser mayor la vigilancia y advertencia de los celosos y piadosos padres en esta parte.

Correspondia muy bien Roberto á este cuidado y recato de sus padres: porque nunca se juntó sino con quien le pudiese aprovechar. Y así se le lucia muy bien en la bondad y pureza de sus costumbres. Fué ya desde entonces amicísimo de decir verdad, en tanto grado, que nunca jamás se acordaba haber dicho una mínima mentira, ni por razon de excusarse, ni por alguna otra causa; con ser este vicio tan ordinario y comun en aquella primera edad. En la escuela de las primeras

letras (á que se aplicó con notable aficion y cuidado, y no con menor aprovechamiento) y en cualquiera otra parte en que con otros niños concurria, era la misma quietud y cordura; y lo mismo con su misma casa; sin que jamás le viese nadie en las travesuras é inquietudes de aquella edad. Antes era tenido y admirado de todos por muy cuerdo y compuesto, y aun estimado y venerado como santo, y querido y amado como un ángel. La cual fué comun opinion en toda la ciudad de Montepulciano, y hasta ahora lo testifican y afirman con juramento los que aun viven de aquel tiempo.

Entre los cuales don Vincencio Paciucheli, canónigo de la Iglesia Catedral, de edad de 83 años, afirma que cuando entraba Roberto adonde se enseñaban los niños á cantar (porque gustaban sus padres que aprendiese tambien algo de esta arte) solian todos callar al punto, y quietarse y componerse, por el respeto que le tenian, y por el disgusto que sabian que recibia de cualquiera falta de quietud y modestia, y de que no atendiesen con todo cuidado á lo que se les enseñaba. Al modo que se lee de San Bernardino de Sena, que cuando los otros mozuelos sus iguales sentian que él venia adonde ellos estaban, por libres y descompuestos que fuesen, se componian y enfrenaban, y no se atrevian á desmandarse en una sola palabra. Tanto puede una insigne modestia y madureza aun en la mas cerril edad. Persignábase luego delante de todos en entrando en la escuela: y tomando los libros de la música, miraba primero muy bien si habia en ellos algunas palabras menos honestas (de las que algunos músicos bien desconcertados en sus costumbres suelen á veces mezclar en la

mejor música): y si acaso las hallaba, no queria de ninguna manera pronunciarlas, ni cantarlas; como quien habia dedicado su voz y su vida á toda honestidad y pureza.

Mas lo que parece increible, es, que junto con esta seriedad y gravedad de costumbres, que le hacia ser tan venerado y respetado, tenia una condicion tan apacible, y una conversacion tan agradable, que todos se perdian por él, y deseaban sobre manera tratarle y comunicarle. Siempre andaba el rostro alegre, pero modesto: su conversacion llena de mil donaires y gracias, pero sin resabio de liviandad ó descompostura, y sin rastro de picar ó lastimar á nadie. Y esto mismo en su manera guardó hasta su última vejez: porque toda su vida fué muy gracioso y apacible, y no menos grave y compuesto, con una maravillosa junta y union de estas dos cosas que parecen entre sí tan contrarias. Y así siempre fué igualmente amado y venerado de cuantos le comunicaron.

Era cuando niño muy obediente á cuanto otros le mandaban, aunque fuesen sus iguales y aun menores. Muy pacífico; de suerte que nunca por su causa hubo alguna pesadumbre en su casa: antes tenia particular gracia en componer las que entre otros, ó por otros sucedian. Jamás gustaba de entretenimientos indecentes ó inútiles; sí de salirse algunas veces al campo, ó á alguna granja, y de otros semejantes. Y sobre todo gustaba de cantar, y de tocar varios instrumentos músicos. Y finalmente en este género jamás hizo cosa que desdijese de un mancebo virtuoso y bien nacido: y siempre tuvo en sus entretenimientos el fin y la moderacion

que los sabios mas advertidos enseñaron que debia tenerse.

Pero ¿quién podrá reprimir los ímpetus del espíritu del Señor, cuando se ha apoderado de un corazon? Muchas veces estando en la granja se solia subir en alguna encina en vez de púlpito, y predicar con mucho fervor á los labradores, y á los demás que allí estaban. Y tal vez lo hizo con tanta eficacia y vehemencia, tratando de la mortificacion y del desprecio de las cosas terrenas, que ciertas religiosas ó beatas parientas suyas, que acertaron á hallarse presentes, quedaron notablemente movidas y compungidas; no sé si por lo que dijo, ó por el modo de decir tan fervoroso del nuevo predicador, ó tambien por saber que hablaba muy de corazon, y mucho mas por entender que sus palabras correspondian á sus obras. Porque era cosa muy sabida entre todos los de su casa que solia Roberto levantarse todas las noches (fuera de muchas que no se acostaba) y quitarse no pocas horas del sueño mas preciso, no solo por estudiar (á que fué siempre muy aficionado) sino mucho mas por encomendarse á Dios, y cumplir con sus devociones. Y para esto tenia su yesca y pedernal, y se encendia él mismo lumbre; por tener menos testigos y menos perturbadores de estas loables y piadosas acciones.

Las devociones principales que para cada dia ya desde este tiempo tenia, eran dedicar á la divina Majestad las primicias de sus obras, gastando piadosa y devotamente un buen espacio en este ejercicio santo luego que se levantaba; oir despues misa con tanta reverencia y atencion, que parecia un ángel del cielo;

rezar de rodillas el Oficio de Nuestra Señora, y decirla devotamente sus Letanías, y rezarla en su casa algunos rosarios ó coronas; visitar muchas veces el santísimo Sacramento en una iglesia cercana á las casas de sus padres; y otras cosas á este modo. Y hechas todas con tanta piedad y reverencia, y con tanto teson y perseverancia, que en cualquiera de mayor edad pudieran causar grandísima admiracion y edificacion.

A este propósito afirma tambien el mismo D. Vincencio, que yendo él mismo muchas veces acompañando á Roberto desde la escuela de cantar hasta la de los estudios de la Compañía, y pasando por la iglesia mayor, y asimismo por la de S. Francisco, advirtió que jamás dejó el niño de entrar en ambas, y de hacer en ellas oracion puesto de rodillas con extraña devocion. Y asimismo testifica otra cosa (que en los niños y aun en los hombres muy hechos tiene mas dificultad, y es indicio de una virtud mas robusta y constante) que jamás desde muy pequeño dejó de guardar con mucho rigor todos los ayunos que la santa Iglesia tiene de precepto, ó de devocion por todo el discurso del año.

Y tenia en esto tanto teson y puntualidad, que un año en que cayó en lunes la Pascua de Navidad, él quiso ayunar el domingo, como si aquel dia fuera la vigilia. Mas como sus padres no le consintiesen que lo ayunase por ser contra la costumbre de la Iglesia el ayuno del domingo; tomaron de aquí ocasion algunos de sus compañeros para entretenerse y burlar de él, como que hubiese quebrantado un ayuno tan solemne. Sintiólo entrañamente Roberto, no tanto por ver la burla que de él hacian (que ya desde aquella edad se hallaba

con pecho varonil y constante para llevar cosas mayores) cuanto por imaginar que en su casa le habian engañado, y le habian hecho quebrantar su buen propósito y dejar su loable costumbre y devocion. Y no se pudo quietar ni consolar hasta averiguar muy bien lo que habia en aquel caso. Tan delicada como esto tenia su conciencia; y con tanto horror á cualquiera falta de piedad ó devocion se criaba desde sus primeros años.

Estos tan loables principios son no pequeños indicios de que Dios nuestro Señor tenia escogido á Roberto por un excelente vaso de eleccion en quien perpetuamente depositase su divina gracia (como á semejante propósito lo afirmó del Gran Basilio su hermano san Gregorio Niseno). Y en efecto muchos tuvieron por muy cierto, que en toda su vida no hizo pecado mortal alguno, ni perdió jamás la gracia é inocencia bautismal, como en su lugar diremos cumplidamente, y con bastantes conjeturas y suficientes testimonios. Lo cual aunque es un beneficio singularísimo del Señor, y una de las mayores gracias, sino la mayor, que en esta vida hizo su Majestad á los que muy especialmente amó y escogió; no deja con todo eso de merecer grandísima alabanza y estima aquel solícito y vigilante cuidado en guardar y defender tan rico y celestial tesoro; cual sabemos que siempre le tuvo nuestro Roberto Belarmino desde estos primeros años de su vida: en los cuales ya que no sean mas, ni mas importunos los enemigos y robadores de esta celestial riqueza; nuestro menor conocimiento y aprecio de ella nos suele poner en no pequeños peligros de mal lograrla y perderlá.

Mas antes de acabar esta materia de la niñez de Roberto, y de las muestras de grandes virtudes que para lo de adelante en ella daba, no quiero dejar de decir, que tambien le movió el Señor algunas veces su inocente lengua para que pronunciase ó profetizase lo que despues habia de ser de él. El mismo contó despues algunas veces, que siendo muy pequeñito, y llevándole su buena madre en su compañía á la iglesia, le solia muchas veces decir: Señora, ¿no sabe cómo me han hecho Prelado y Cardenal de la santa Iglesia? y que haciéndole ella señas con la mano para que callase, él le mostraba los santos Doctores que en el techo de la iglesia estaban pintados, diciendo: Yo, señora, tengo de ser como uno de aquellos. La cual profecía cuán verdadera haya salido, al tiempo venidero doy por testigo.

CAPITULO III.

De su ingenio y habilidad, y de sus primeros estudios, y de las virtudes que estudiando ejercitó.

La eterna sabiduría de Dios nuestro Señor que tan prevenidamente tenia escogido á Roberto para gran maestro y doctor de su Iglesia, no se contentó con hacer en su corazon asiento y morada estable para sí, adornándole con una inocencia y pureza tan angélica, y unas virtudes tan soberanas; sino que tambien le dotó de un grande y perspicaz ingenio y de una excelente y tenaz memoria, y de admirable capacidad, y habilidad exquisita para todas las ciencias: de suerte que

para cada una de ellas parecia nacido, y á cualquiera se pudiera aplicar con suma facilidad y felicidad. Y así puesto al estudio de las letras humanas (que son la puerta y como primer escalon para todas las demás) en breve tiempo se aventajó tanto, que con grande admiracion de todos se dejó muy presto atrás á los que en los años de vida y de estudios le pasaban muy adelante. Y esto no tanto por la diligencia que en el estudio ponia (aunque no le faltaba la conveniente) cuanto por la conocida ventaja de entendimiento y caudal que á todos hacia. Que al fin el buen entendimiento es una como nativa y mas que continua diligencia.

Entre todos los demás autores de estas letras humanas gustó grandemente del príncipe de los poetas Virgilio: en cuya continuada leccion se le pasaron á veces las noches enteras de claro en claro. Tan constante como esto era ya desde este tiempo en el ejercicio de las letras. Aunque esto no era mas de un juvenil ensayo de lo que en la edad mayor habia de perseverar en el estudio de las ciencias sagradas. De aquel cuidado le nació una increible facilidad en imitar á Virgilio y en componer con mucha gala gran número de poemas heróicos. Bien que á veces componia tambien otros géneros de versos latinos; y aun en su propia lengua italiana hizo asimismo algunas poesías; pero siempre de materias honestas y piadosas.

Los primeros versos que en su vida compuso de propósito, fueron unos de los que llaman acrósticos, en alabanza de la virginidad, hechos con tal artificio, que de las primeras letras se formaba esta palabra *Virginitas*. Para mostrar sin duda la aficion que desde niño

tenia á esta angélica virtud, y para convidar al Hijo de la purísima Virgen á que entrase á morar en su casto pecho, y á tomar desde luego la posesion de la ciencia y sabiduría que en su entendimiento iba plantando. Tras esto hizo otras dos poesías latinas, que recitó públicamente con grande gusto y aplauso de los oyentes: que fueron una ecloga pastoril, y una elegía ó endecha á la muerte del Cardenal Roberto de Nobili. Y aun poco despues de este mismo tiempo comenzó á componer un libro entero en verso heróico de las dificultades que se le oponian para que no se entrase religioso, como deseaba, y presto veremos. El cual despues no le quiso proseguir, por parecerle que se tocaban en él algunas alabanzas suyas; antes quemó todo lo que de él tenia ya compuesto. Siendo muy digno, siquiera por esta modestia de su autor, de que le gozaran los venideros.

Pero aunque en estos tiempos y en otros de su vida, estando en Florencia, y en Mondobi, en Roma, y en París, y en otras partes, hizo gran número de poesías diversas, y especialmente en los primeros años, en que, como él mismo escribe en una carta, compuso innumerables versos por la mayor parte heróicos (por donde fué siempre muy celebrado en esta facultad y tenido por famoso poeta); mas con todo eso de tanto y tan bueno como compuso, no sé que se hallen hoy suyas (lo cual digo con harto dolor) mas de dos breves poesías. La una es unos versos sáficos del Espíritu Santo, que comienzan *Spiritus celsi dominator axis*, que andan impresos sin nombre de autor en el libro de los Poetas ilustres; y la otra un himno de la Madalena, cuyo principio es, *Pater superni luminis*, que por órden de Cle-

mente VIII se puso en el Breviario reformado en el oficio de Vísperas de esta santa; aunque nuestro Belarmino no le habia compuesto con ese intento.

Lo que en esto podemos añadir, es que jamás él, aun cuando muy mozo, compuso poesía alguna que no fuese de materia grave ó provechosa (como él mismo lo testificó despues en una carta á cierto señor); y asimismo que jamás le agradaron las poesías de otros, por elegantes que fuesen, sino eran tambien de semejantes materias. Antes siempre mostró disgustar extrañamente de las poesías vanas é inútiles, y abominar sobremanera de las dañosas é indecentes. Así lo significó bastantemente en otra carta respondiendo á otro señor, que le habia escrito encomendándole un cura, que tenia su Iglesia bien cerca de tierras de herejes, y enviándole de camino muchas poesías suyas para mas aficionarle al autor. Porque en ella con cristiana libertad le respondió estas palabras: Cuanto vuestra señoría me habia puesto aficion á ese buen cura en el principio de su carta, tanto me la ha quitado al fin de ella, por sus versos que me envia. Porque si yo no tengo tiempo para leer unas poesías tan vanas, y tan fuera de propósito, no sé yo cómo le puede él tener para componerlas; debiendo atender al cuidado y gobierno de tantas almas; especialmente teniendo tan cerca los enemigos de la fe y piedad. Aun si fueran algunos himnos ú otros versos que movieran á devocion, no fuera del todo perdido el trabajo y el tiempo, etc. Esto y mucho mas dijo y escribió Belarmino contra las poesías poco graves y decentes. Y á la verdad cuando ellas son de este jaez, no solamente son vanidad inútil, con que se

malogra siempre el tiempo precioso: sino tambien pestilencia dañosa, con que muchas veces se corrompe la inocencia y se pierde lastimosamente la buena conciencia. Y es mas urgente el peligro y mas indubitable el daño en los tiernos ánimos de la gente moza, que á vueltas de la dulzura y suavidad de la poesía, á que la curiosidad de noveles los aficiona, beben sin sentir ni reparar la ponzoña y veneno de la corrupcion de las costumbres, que hasta la vejez los estraga y atosiga.

Mas volviendo á los estudios de nuestro Roberto, aunque se dió tanto á la poesía, y la pretendió con tanto cuidado, y la alcanzó con tanta dicha, no por eso se olvidó ni descuidó punto de su buena hermana y compañera la retórica y tuliana elocuencia. Antes tambien en esta se aventajó notablemente: y en especial despues que comenzó á frecuentar los estudios de la Compañía. En los cuales, además de cuidarse tan de veras de la virtud y buenas costumbres (que es el sólido fundamento para la verdadera sabiduría) y de lo tocante á la policía y urbanidad, tan importante á la juventud noble y cristiana; se atiende con tanta traza y tan buen órden á que salgan sus estudiantes bien fundados é instruidos en todo lo que se requiere para la perfecta y consumada erudicion y ciencia; cuyas partes principales, despues de lo tocante á la gramática y propiedad de la lengua, son la retórica y la poética. En ambas pues estas cosas se adelantó grandemente Roberto con el trato y enseñanza de aquellos Padres, y en especial en la elocuencia: como lo vemos y admiramos hoy en la grandeza y suavidad de estilo que gozamos en sus doctísimos escritos.

Y si se dió tan buena maña en todo lo tocante á las letras, y procuró salir en todo tan cabal estudiante: no fué menor el cuidado que puso en acaudalar virtudes, y en aventajarse en la piedad y devocion, de que ya tenia tan buenos principios: y á que no menos le ayudaba por una parte su buen natural é inclinacion, y por otra la enseñanza y buen ejemplo de sus religiosos maestros. No dejó ni disminuyó las devociones que en sus primeros años usaba, antes las acrecentó y perficionó de muchas maneras. Ya por este tiempo se ocupaba por un buen rato cada mañana en el ejercicio santo de la oracion mental y en la meditacion y contemplacion de la vida y muerte de nuestro Redentor y Maestro, y de los demás divinos y celestiales misterios: pertrechándose con estas fuertes é incontrastables armas para todas las ocurrencias y peligrosos encuentros de todo el dia.

Aunque no menores fuerzas y alientos divinos recobraba con la frecuencia que ya tenia de los soberanos Sacramentos, que el Señor nos dejó para hacernos robustos é invencibles. Porque ya se confesaba y comulgaba cada ocho dias, conforme al consejo de san Agustin, san Buenaventura, san Ignacio, y otros Santos y Doctores de los más acertados y experimentados: y hacíalo con admirable preparacion y reverencia, y con no menor fruto de su piedad y devocion. Y bien considerado, este es un término bien proporcionado y regularmente conveniente para cualquier género de personas, que tratando de virtud tienen ocupaciones forzosas, ó sean de estudios, ó sean de familia, ó cualesquiera otras de este porte. Porque con esto ni se falta á las

obligaciones del estado y ministerio, en que Dios nos puso, ya que quiere que satisfagamos; ni deja de haber tiempo y lugar bastante para el recogimiento y devocion que tan soberano misterio nos demanda: pues al fin el dia de fiesta trae consigo esta cesacion del tumulto de las ocupaciones temporales, y esta quietud y tranquilidad del espíritu, tan necesaria para debidamente llegarse al convite del celestial Esposo. Así se llegaba nuestro Roberto: y así se le lucia muy bien en las mercedes y regalos del Señor que allí recebia, y en las excelentes virtudes y admirable concierto de su vida que de allí sacaba; con que á todos era de no menor admiracion y espanto, que de ejemplo y edificacion.

Con estas ventajas tan grandes de ciencia y de virtud era Roberto notablemente amado y querido, y no menos estimado y venerado de todos: juntándose á esto su cortesía y afabilidad, y su apacibilísima condicion y trato dulcísimo. En sus conversaciones casi siempre trataba de cosas tocantes á las virtudes ó á las letras, y siempre de materias útiles y honestas; pero todas las guisaba con admirable sal y donaire. Y si algunos en la conversacion (como sucede entre mozos) comenzaban á torcerse y desmandarse en algo que no conviniese; tenia notable gracia en divertir la plática y encaminarla á lo que era razon. Aunque por ser ya cosa tan sabida que de ninguna suerte se ahorraba con nadie, ni sufria que en su presencia se dijese ó apuntase palabra que no fuese muy decente y compuesta; todos procedian en esto con grandísimo cuidado y recato, cuando Belarmino estaba presente: y aun si á veces en su ausencia se estaba tratando algo de este jaez, en sos-

pechando que él venia, no solamente se atajaba la conversacion, pero apenas habia alguno que se atreviese á aguardarle ni á parecer en su presencia.

Jamás se quiso acompañar con otros mancebos menos modestos, por nobles que fuesen, y hábiles que pareciesen. Juzgando acertadamente, que no hay veneno más dañoso para las costumbres de la juventud, que las compañías de los iguales, cuando no tratan de virtud, antes caminan por las sendas de la liviandad y libertad. Por esta misma causa nunca quiso hallarse en algunas comidas y banquetes desordenados, y en algunas fiestas y entretenimientos menos cuerdos (cuales suelen hacer los mozos á excusas de sus ayos y maestros) por mas que á ellos le convidasen, y por mas que le instasen sus mismos hermanos. Persuadíales él que tomasen otros solaces mas decentes: que se fuesen á visitar alguna ermita ú oratorio; que acudiesen á alguna iglesia donde se celebrase alguna fiesta con solemnidad; que se saliesen tambien algunas veces con decente compañía á recrearse un rato al campo, y otras cosas semejantes. Y hartas veces era él, mas dichoso y eficaz en estas loables persuasiones, y se los llevaba tras sí con mejor trueque y con harta mejora de entretenimiento.

A lo que él acudia con increible gusto, era cuando le convidaban á alguna Hermandad, ó Congregacion de la Virgen santísima ó de otros Santos. Porque en esto ninguno podia decir que le llevaba la ventaja ni que corria parejas con él. Y conociendo este su fervor, y por otra parte su buena gracia en el decir, el Prior de la principal Cofradía de la ciudad le pidió con mucha

instancia que para el dia del Jueves Santo hiciese una plática y exhortacion comun á toda la Cofradía, aunque tocaba el hacerla al mismo Prior. Hubo de obedecer Roberto: y aunque ayudándose de los Padres de la Compañía sus maestros, hizo una plática muy cuerda, y la dijo con tanta gracia y espíritu, que admiró y edificó notablemente á los oyentes. Y de allí adelante le comenzaron muchas veces á pedir los demás Priores que les consolase y animase sus Cofradías con pláticas y exhortaciones semejantes: y le era fuerza darles gusto. Y siempre fué con suceso semejante al de la primera; y campeando cada dia más en él el espíritu del Señor.

CAPITULO IV.

De cómo se determinó á entrar en la Compañía de Jesus: y cómo la pretendió, y despues de bien probado fué en ella recibido.

Tenia ya Roberto casi diez y siete años de edad: y viéndole su Padre por una parte tan virtuoso y cuerdo, y por otra tan hábil é ingenioso, parecióle cosa muy conveniente ponerle á estudiar ciencias mayores, para que pudiese valer y medrar en el mundo, y sustentar y acrecentar el lustre y resplandor de su casa, que con la muerte de su tio Marcelo II habia padecido tanta mengua y menoscabo. Para esto determinó enviarle á la Universidad de Padua, donde ya estaba estudiando Ricardo Cervini, primo suyo, mancebo de semejantes prendas y no inferiores esperanzas. Ya se habia pedi-

do y alcanzado la licencia del Duque de Florencia para poder salir á estudiar fuera de Toscana; y ya se prevenia muy apriesa todo lo necesario para el camino, y para la estancia en la Universidad; y ya se andaba buscando alguna persona de confianza que le pudiese acompañar y llevar con el decoro y decencia conveniente; cuando la divina Providencia, que queria llevar á Roberto por otros diferentes caminos, trazó las cosas de otra manera.

Porque con ocasion de esta mudanza y partida se puso él un dia á pensar á sus solas, que habia de ser de su vida? y que modo y camino seria bien tomar para bien llegar á la eterna? Pensamiento que deberia ser el primero y mas continuo en todos los que se hallan en edad competente para haber de elegir estado: como negocio de que en gran parte puede y suele depender no solamente la paz y tranquilidad de toda esta presente vida, sino tambien la eterna felicidad de la venidera. Sintió en sí un grande deseo de buscar la verdadera paz y quietud del alma: y dando una vuelta por todas las cosas del mundo, le pareció que en ninguna de ellas la podria hallar como deseaba; por ser todas vanas, inconstantes, y engañosas. Las mismas honras y dignidades (á que su padre principalmente parece que le encaminaba) le parecieron sobre manera fútiles y sin sustancia, y de quien menos se podia fiar y asegurar; pues cuando mucho, pueden correr parejas con nuestra corta vida, y no pocas veces á lo mejor de la carrera nos faltan y desfallecen. Así iba nuestro Señor alumbrando y desengañando el entendimiento de su siervo. Con lo cual se persuadió que no le convenia

echar por aquel camino, sino buscar y seguir otro mas acertado, que ni le quitase la paz temporal del alma, ni le pusiese á peligro la eterna. Y dando un paso mas adelante, fácilmente conoció que le importaba sumamente para esto, dar de mano á todo lo del siglo, y abrazarse estrechamente con la vida religiosa, donde tan de veras se trata de buscar y conseguir lo eterno.

Determinado ya resueltamente á esto (que comunmente suele ser lo mas arduo de este camino) comenzó luego á pensar, qué Religion escogeria, que entre tantas y tan santas mejor le estuviese á él para conseguir sus intentos. Y discurriendo muy de espacio por aquellas en que mas le parecia que florecia la observancia regular, y en que con mas y mas proporcionados medios se caminaba á la perfeccion religiosa; la que mucho le agradó, y en la que mas le pareció que se quietaba su espíritu, fué la Compañía de Jesus, que pocos años antes se habia fundado. En la cual veia que se trataba con veras, y casi con igual cuidado de la propia salvacion y perfeccion, y de la de los prójimos: á imitacion de los santos Apóstoles, y mayores santos y Doctores de la santa Iglesia: los cuales no enterraron sus talentos, ni quisieron gozarse á sus solas los dones que del cielo habian recibido; sino que llamaron á otros á la parte, y comunicaron con sus hermanos la bendicion de Dios que ellos habian alcanzado; y por sí y por otros sirvieron y agradaron al Señor de todos, y procuraron cooperar en la principal hacienda de nuestro Maestro, que fué la salvacion de los que su eterno Padre le habia encomendado. Este espíritu doblado y esta caridad tan generosa de esta Religion le agradó notablemente al

buen Roberto. Y para su particular intento le armó sobremanera el saber que los profesos de ella hacen voto especial de no pretender prelacías ni dignidades, y de no aceptarlas sino obligados de quien se lo pueda mandar so pena de pecado. Institucion santísima de nuestro grande fundador, para cerrar la puerta á toda ambicion; que tan connatural es á todos los hombres, y mas á los mas excelentes, y tan perjudicial á todas las comunidades, y mas á las mas perfectas.

Inclinado pues á esta eleccion, y deseando proceder con mas acierto, y no guiándose por solo su parecer (que nunca fué bueno ni fiel consejero) quiso comunicarlo con su maestro (que era el padre Vincencio Sgariglia, religioso muy cuerdo y ejemplar) de quien sabia que le tenia una muy verdadera y sincera aficion, y que con toda entereza y verdad le aconsejaria lo que mas le conviniese. Fuése pues un dia á hablarle; y teniéndole aparte, le rogó con mucha instancia, que por el amor que le tenia y por el que debia á nuestro Señor, le dijese con toda llaneza, si vivia contento en la Compañía? y si en su Religion habia alguna cosa que pudiese ser de estorbo para mucho servir á la divina Majestad, y caminar con ligereza á la perfeccion? Admiróse el padre con estas preguntas. Mas como conocia tan bien á Roberto, se persuadió que no las hacia por curiosidad, ni por algun antojo inútil. Y así le respondió, que él por la divina gracia vivia y habia siempre vivido contentísimo en su Religion: y que confiaba en el Señor que siempre seria lo mismo. Porque hallaba en ella tantos y tan suaves y eficaces medios y aparejos para aprovecharse y adelantarse en el divino servicio

y en toda perfeccion, cuantos jamás él habia podido imaginar ni desear: y que juntamente veia en ella tantos ejemplares vivos de toda virtud y tantos religiosos santos y perfectos, que le causaba por una parte inexplicable alegría el vivir entre tantos ángeles, y por otra no pequeña confusion el aprovecharse tan poco de su celestial trato y conversacion.

Alegróse con esto mas de lo que decirse puede el buen Roberto (muy cierto de que el padre le decia la verdad, como en otras muchas cosas siempre habia experimentado): y muy confirmado en la determinacion que ya traia, le dijo llanamente como él deseaba mucho ser de la Compañía, y las razones que á ello le movian. Holgóse tambien mucho el padre. Mas haciendo fiel y desapasionadamente el oficio de consejero en materia tan importante, le propuso algunas dificultades que en la consecucion de su deseo se podrian ofrecer: y le aconsejó que lo mirase mas despacio; y lo comunicase si quisiese con otras personas de toda satisfaccion, y de espíritu y experiencia en estos llamamientos del cielo; y finalmente que lo encomendase de nuevo con instancia á nuestro Señor. Esto hizo Roberto muy de veras, con mucha oracion, ayuno, y otras penitencias (ardid importante para conocer la voluntad divina): y cada dia se iba hallando mas contento, y con mas vivos deseos de verse ya religioso de la Compañía. Y confirmóse en esto mas con las nuevas que en aquel mismo tiempo vinieron de Padua, de que su primo Ricardo Cervini, movido casi de las mismas razones, pretendia tambien la Compañía de Jesus. Con esto pareciéndole que no habia ya mas que aguardar, por consejo de su

maestro escribió cartas muy apretadas á nuestro Padre General (que por muerte de nuestro Patriarca S. Ignacio lo era ya el padre maestro Diego Lainez) pidiéndole con grande instancia que le recibiese en su Religion. Respondióle el Padre General, bien informado de todo por otros caminos, concediéndole lo que le pedia; pero con tal condicion que fuese con gusto y beneplácito de sus padres. Término que guardan los Superiores de la Compañía con los oyentes de nuestras escuelas, cuando á veces les inspira el Señor que pretendan nuestra Religion.

Súpose luego en su casa esta pretension de Roberto, y fué en extremo lo que todos lo sintieron (menos su piadosa madre) y mucho mas que todos su padre, pareciéndole que con esto se atajaban sus esperanzas tan bien fundadas de que Roberto habia de ser el reparo de su casa: y así de ninguna suerte quiso venir en darle la licencia que le pedia. Así suelen filosofar los hombres en las cosas de Dios, y disponer anticipadamente de la vida de sus hijos. Y las mas veces se engañan, como quien ignora las trazas y disposiciones divinas, á quien las nuestras deben ceder. Mas como don Vincencio era tan cristiano y temeroso de Dios, no se atrevió tampoco á cerrarle del todo la puerta, ni á resistir obstinadamente á la divina voluntad. Y así se vino á resolver en que queria tener un año consigo á su hijo Roberto, para ver y probar bien si aquella era vocacion de Dios, ó solo antojo y liviandad de mozo. Y lo mismo hizo don Alejandro Cervini con su hijo Ricardo, por quien luego envió á Padua. Excusa merecerán estos buenos padres en este hecho mas que alabanza delante

de Dios. Porque las vocaciones divinas ni se deben examinar por esos modos, ni menos por personas tan interesadas y parciales. Y no pocos padres han sido en lo espiritual crueles parricidas de sus hijos (segun lamenta san Bernardo) con este falso pretexto de piedad, y de mayor prueba y confirmacion en sus santos propósitos. Lo que vemos es que no hacen estos exámenes y pesquisas, cuando se los piden los príncipes y señores de la tierra para servirse dellos, siempre con vanas promesas y esperanzas, mas raras ó ningunas veces con justas dádivas y premios. Mas estos son los discursos ó desaciertos de los padres carnales y terrenos.

Escribieron ambos á nuestro Padre General lo que determinaban de sus hijos, el cual lo tuvo por bien: porque siempre han gustado los Superiores de la Compañía, que por lo que á ellos toca las vocaciones de los que la pretenden sean bien probadas y consideradas, y en cuanto es posible á toda satisfaccion de las personas que es justo, sin atropellarlas ni violentarlas: especialmente cuando son personas de respeto, ó de obligacion. Eranlo don Vincencio y don Alejandro; y así les escribió el Padre General haciéndoles tambien otra gracia; que en caso que sus hijos perseverasen en su vocacion, aquel año en que habian de ser probados, les pudiese servir por el primero de noviciado, de dos que dura el de nuestra Religion. Sintieron increiblemente la dilacion los dos fervorosos mancebos: aunque con esta concesion del Padre General no poco se consolaron. Y tratándose ya en cierta manera como novicios de la Compañía, determinaron gastar provechosamente aquel año, adelantándose cuanto les fuese posi-

ble en la virtud y en las letras: que eran los dos principales y generales empleos que despues por toda la vida habian de tener en la Religion.

Tuvieron buena ocasion, porque con gusto de sus padres y en compañía de su primo, y de toda la casa de su tio, se retiró Roberto á una granja de los Cervinos llamada el Vivo: donde presidiendo su mismo tio (que era persona de erudicion) formaron una manera de academia para ayudarse los unos á los otros en las letras: en que le cupo á Roberto explicar la oracion de Ciceron *pro Milone*, y á su primo la de Demóstenes *de Corona* y á otros otras materias: con lo cual andaba el estudio en mucho fervor. Pero no le tenia menor nuestro Roberto en la virtud y devocion. Oportunidad habia para todo. Mas no me quiero en esto detener mas. Solo apuntaré, que queriendo en esto aprovechar tambien á otros (segun el instituto que habia abrazado) comenzó todos los domingos y fiestas á juntar los labradores y villanos de aquel paraje, y declararles muy de propósito la doctrina cristiana, y misterios de nuestra santa Fe, y hacerles pláticas y exhortaciones muy fervorosas para que temiesen y amasen á Dios.

Con esto se pasó el año, dándoles sus padres y deudos hartos toques en materia de su vocacion. Y particularmente le proponian á Roberto que se entrase en varias Religiones: y señaladamente en la muy esclarecida de Predicadores, donde floreciendo en virtud y sabiduría podria venir á alcanzar alguna prelacía y dignidad, como otros muchos de ella tan dignamente la alcanzaban. Pero el constante mancebo les respondia que una de las principales razones porque escogia la Compañía,

era por estar mas ajeno y casi imposibilitado para semejantes dignidades. Al fin por mas que lo sintieron los suyos (ignorantes de lo que la divina Providencia por este camino tenia de él determinado) le hubieron de dar la licencia para irse á la Religion en compañía de su primo. Partieron los dos muy alegres la via de Roma, donde les mandaban ir los Superiores, para darles en aquella ciudad santa el hábito de la Religion, y llegaron prósperamente: donde la víspera de san Mateo á los veinte de setiembre del año de mil y quinientos y sesenta fueron recibidos entre nuestros novicios, con grande consuelo de todos, y alegría inexplicable de los dos. Y este fué el primero y el mayor fruto que nuestro Señor dió á nuestra Religion del colegio que poco antes se habia comenzado á fundar en Montepulciano. El cual aunque por varias dificultades, que poco despues se ofrecieron, no pudo por entonces echar allí muy hondas raíces ni durar mas de siete años, no fué con todo eso poco fecundo con estos dos pimpollos que nos dió. Fuera de que despues se volvió á fundar y establecer por medio, y quizá por mérito del mismo Roberto Belarmino.

CAPÍTULO V.

De cómo pasó su noviciado, y estudió sus Artes.

Viéndose ya el Hermano Roberto en la casa de Dios, y entre los novicios de la Compañía (cosa que tanto habia deseado) no se puede fácilmente decir la abun-

dancia de divinos consuelos que sintió embestir su corazon y llenar los senos de su alma. Y queriendo perfeccionar el servicio que habia comenzado á hacer al Señor, quiso desde luego entregársele del todo, y atarse muy estrechamente con su divina voluntad. Y así el primer dia que entró en casa hizo por su devocion los tres votos de pobreza, castidad y obediencia con admirable prontitud y alegría de su alma, deseando fervorosamente que se le llegase ya el tiempo de poderlos hacer de forma que le hiciesen verdadero y sustancial religioso, como sucede al fin del noviciado. Estuvo diez dias recogido en la que llamamos primera probacion: en que vió despacio las reglas y constituciones que habia de guardar: hizo sus primeros ejercicios espirituales como se usa en la Compañía, y al fin de ellos su confesion general de toda la vida pasada. Negocio tan importante, y á veces tan necesario, y mas á la salida de la edad ruda y poco considerada, en que se suele saber bastantemente pecar, y pocas veces bien confesar; y asiento muy conveniente para rematar bien de una vez la cuenta con Dios, y comenzarle á servir con paz y tranquilidad de la conciencia, y con nuevo aliento y fervor. Bien que nuestro buen Roberto bien poco tuvo que hacer en esta parte, por haber siempre vivido con tanto recogimiento y pureza, y con tanto cuidado de su alma.

Hecho esto, fué admitido á la vivienda y trato comun de los demás novicios. Donde fué maravilloso el ejemplo que luego comenzó á dar de humildad, obediencia, y las demás virtudes: aunque tambien él se comenzó á alentar y renovar maravillosamente con los vivos

ejemplos de religiosas y heróicas virtudes que en los demás hermanos veia. Todo su gusto era emplearse en los oficios humildes, que en nuestro noviciado se empiezan y no se acaban del todo en cuanto nos dura la vida. Ayudaba al refitolero; servia en la cocina; traia el agua y la leña: fregaba y barria; cuidaba de otros ministerios mas bajos en servicio de la comunidad; bien que altísimos todos en el acatamiento del Señor. Y deseaba ocuparse en ellos muchos años, para asentar bien el primer fundamento de la humildad.

Pero no le fué permitido estar en estas santas ocupaciones mas de solos catorce dias; porque luego le mandaron pasarse al Colegio Romano á oir el curso de Artes, que entonces comenzaba un Padre español muy docto y religioso, que se llamaba Pedro de la Parra. Y no le detuvieron mas en el noviciado, ó por no poderse mas en aquellos tiempos, ó por tomarle en cuenta el año que en la forma dicha habia esperado en casa de sus padres, ó ponerle ya tan bien fundado y con tan buenos principios en las virtudes religiosas, que se pudieron prometer los Superiores que havia de proseguir sin detrimento, antes con mucho aumento en lo que restaba. Lo cierto es que quien considerare con cuánto ejemplo de todas las virtudes procedió en el Colegio, y especialmente cuán adelantado se mostró siempre en la mortificacion y oracion (que son como los dos polos de la vida espiritual), echará fácilmente de ver, que el tiempo que se le abrevió del noviciado, lo suplió muy bien con el largo y frecuente ejercicio de su aprovechamiento y perfeccion.

Baste para prueba de esta verdad lo que él mismo da

á entender de sí en parte de una carta que no mucho despues escribió desde Mondovi (adonde fué enviado, como presto diremos) al Padre Polanco, secretario de la Compañía; en la cual entre otras cosas le dice lo siguiente:

« Sepa V. R. que yo no tengo otro deseo sino de hacer lo que fuere gusto de la santa obediencia, aunque sea ocuparme toda mi vida en leer Retórica, ó cualquiera otra clase inferior de gramática. A esto me determiné el dia que entré en esta santa Compañía, y me confirmé en ello cuando partí de Roma, y ahora de nuevo me confirmo en lo mismo. Y si acaso yo pidiese alguna cosa por mi gusto é inclinacion á nuestro Padre General (que entiendo jamás la pediré) ahora fuese que me mudase á otra parte, ahora cualquiera otra de mi gusto; desde aquí digo y pido con todo encarecimiento (como bien sabe tambien el Padre Doctor Madrid) que de ninguna manera se me conceda, sino que en todo se haga de mí conforme á la rectitud de la santa obediencia; porque mas quiero no errar, aunque sea con disgusto mio, que errar con mi gusto y voluntad; y estoy muy cierto, que siguiendo la santa obediencia, nunca erraré.

Esto dice en aquella carta: en lo cual se ve cuán bien fundado estaba en las sólidas virtudes, y cuán bien habia comenzado desde sus principios á asentar las primeras piedras del edificio espiritual, y religioso, que son la obediencia y humildad.

Pasado pues, como decíamos, al Colegio Romano, estudió su curso de Artes, y le acabó con mucha loa, mas por la agudeza y capacidad de su buen ingenio, que por mucha diligencia y trabajo que pudiese poner.

Porque casi todos los tres años del curso padeció muchos achaques muy penosos, y enfermedades bien graves. El primer año estuvo casi á la muerte de un pesado letargo y modorra; y aunque escapó del peligro, siempre le quedaron muchas reliquias del mal. El segundo año tuvo gravísimos dolores de cabeza, con un continuo catarro, y corrimiento, que al tercer año dió en acudirle al pecho con una molesta tos, con que á juicio de los médicos vino á estar ético, ó tísico, con muy poca esperanza de vida.

Suelen de ordinario semejantes achaques y enfermedades entibiar y acobardar los ánimos mas alentados, especialmente de la gente moza, y acarrearles tentaciones bien peligrosas en materia de su vocacion, y del cuidado de su aprovechamiento. Porque como se ven dejarretados para sus pretensiones de lucir como los demás sus iguales, ó (lo que parece mas honesto) de servir en loables ministerios á sus prójimos; notablemente se desmayan y entristecen; y consiguientemente suelen tratar de volver atras, y de buscar la alegría en las cosas desta vida. Y así descuidan de los ejercicios espirituales y devotos, aflojan en la mortificacion, buscan el reparo, y aun el regalo del cuerpo; anhelan á la ociosidad, y á la conversacion inútil y trato aseglarado; y finalmente no pocas veces vuelven la cabeza atrás, y dejan del todo la labor en que el Señor los habia puesto. Muy diferentemente le sucedió á nuestro hermano Belarmino; porque como estaba tan bien fundado en la verdadera virtud, y tan alumbrado con verdadera luz del cielo, y tenia muy en la memoria que no habia venido á la Religion para ser muy sabio, sino muy santo,

ni para vivir en ella haciendo en servicio de Dios lo que él quisiese, sino haciendo ó padeciendo lo que el mismo Señor dispusiese; no se turbó ni afligió demasiadamente, viéndose tan falto de salud; antes procuró ajustarse y conformarse muy de veras con la voluntad divina, dándole no menores gracias por la enfermedad presente que por la salud pasada; y poniéndose prontamente en sus manos para vida ó para muerte, para hacer ó para padecer.

Lo que sacó de verse tan enfermo, fué un grande desengaño de lo poco que hay que confiar en la juventud y en las fuerzas humanas, y en todas las cosas de este mundo, por robustas y floridas que parezcan ó sean: y una firme resolucion de que pues á el le podia quedar tan poco de vida, era menester aprovecharlo bien y caminar y correr muy apriesa á la cumbre de la perfeccion y santidad. Camino que, aunque falte la salud y las fuerzas corporales, se puede andar y correr con los pasos y aliento del espíritu: antes muchas veces se camina mejor con la flaqueza y debilidad de la carne. Mas con esta tan santa resolucion y con aquella tan piadosa indiferencia en las manos de Dios, mereció sin duda el hermano Roberto, que la divina piedad le restituyese la salud, como presto veremos.

Acabó su curso, aunque con tan poca salud, con conocida ventaja entre sus condiscípulos. Y así fué señalado para que defendiese el primero un acto general de toda la Filosofía, como lo hizo con grande satisfaccion y aprobacion de todos. Y habiendo de ser promovido con otros doce condiscípulos suyos al grado de Maestro en Artes (como entonces se usaba en nuestra Compañía) él

fué señalado en primer lugar para que leyese una cuestion *de Anima* y respondiese á los argumentos de los Maestros, sin tener presidente alguno. Lo cual tambien hizo con muestras de muy grande ingenio y ciencia, y no de menor modestia y compostura.

CAPITULO VI.

De cómo fué enviado á leer Humanidad y Retórica á Florencia, y despues á Mondovi, y de lo que le sucedió en estos caminos, y cómo se hubo en la lectura.

Parece sin duda que se le debia al hermano Belarmino algun descanso y regalo particular, así por sus buenos talentos naturales, como por sus religiosas costumbres, y especialmente por sus muchos achaques y enfermedades. Pero ahora fuese porque no se podia mas en aquellos principios, ó por la mucha necesidad que entonces habia de que ninguno perdonase al trabajo, ó porque Dios le queria probar con nuevas peleas para multiplicarle mas coronas; y quizá tambien porque los Superiores juzgaron que la mudanza de tierra y de ocupacion le podria ser de alivio para su enfermedad; al fin le ordenaron que se partiese á Florencia á leer una cátedra de letras humanas. Obedeció al punto el fervoroso mancebo sin reparar en su corta salud, y pocas fuerzas (de que ya sabia estaban bastantemente informados los Superiores), y así con su bendicion se puso luego en camino, sin reparar tampoco en la poca comodidad que en él llevaba.

El viático que le dieron era tan corto, que por mas moderacion que guardó en sus gastos, bien presto se le vino á acabar. Hallóse algo atajado con la poca experiencia que de esto tenia; pero como ya tenia tanta de acudir á Dios por remedio en sus necesidades y de alcanzarlo, comenzó á encomendarle esta presente con una muy filial confianza. Y al punto vió delante de sí un gentil hombre español, el cual sin que él le dijese ni pidiese nada, le dió todo lo que hubo menester para llegar hasta Florencia.

Llegó en fin, pero tan maltratado del camino, y tan fatigado de sus achaques, tan macilento y perdido el color, que todos los que le veian juzgaban que iba mas para la enfermería que para el aula, para la cama que para la cátedra. Llamaron luego al médico; el cual por no darse del todo por vencido le comenzó á aplicar varios remedios; pero con poco ó ningun provecho, porque la calentura lenta que traia arraigada en los huesos, estaba notablemente rebelde. Con esto comenzaron todos á desconfiar de su salud y vida. Mas el buen hermano, que no ignoraba esto, y por otra parte se sentia con unos muy vivos deseos de trabajar mucho en servicio de Dios y bien de los prójimos; sabiendo que le era muy fácil á nuestro Señor restituirle su entera salud si conviniese, por mas cortas que fuesen las fuerzas de la naturaleza, y las esperanzas de los hombres, se entró un dia en la iglesia, y puesto delante del altar pidió con grande confianza é instancia á nuestro Señor, que si era servido le diese vida y salud para poder mucho tiempo trabajar en su casa para gloria de su divina Majestad y provecho de los prójimos. ¡Cuánto

puede delante de nuestro Señor la oracion humilde, y resignada en su divina voluntad! Quedó luego con prendas muy ciertas de que el Señor habia oido y despachado bien su peticion: y así salió de allí muy alegre. Y fué así, que luego comenzó á sentirse mucho mejor, y en breve recobró sus fuerzas y su vivo color, y quedó del todo bueno y robusto: y con grande aliento para trabajar en servicio de tan bueno y liberal Señor; y tan agradecido á esta merced, que por todos los dias de su vida se empleó en muy loables y muy intensos trabajos á imitacion del mismo que dijo: *In laboribus à juventute mea.* Que es el linaje de agradecimiento de la salud recobrada, que mas agrada al celestial dador.

Con esto comenzó su lectura; y pareciéndole ante todas cosas que para que los discípulos le tuviesen el respeto y sujecion necesaria, habia menester tener con ellos alguna autoridad; y conociendo que esta no se la podia dar su edad, por ser tan mozo, ni su presencia, por ser tan pequeño, ni su condicion natural, por ser tan blando; se determinó de alcanzarla con dar algunas muestras de su saber, y con poner mucho cuidado y diligencia en el enseñar. Hizo dos oraciones públicas en la Iglesia Catedral, ambas muy retóricas y elegantes; y las recitó con tanta gracia, que admiró á aquella gran ciudad aunque bien acostumbrada á oír excelentes ejercicios de letras. Para las fiestas principales solia hacer y poner en público mucho número de varias poesías muy ingeniosas y agudas. Cuando se ofrecia ocasion, explicaba tambien con mucha elegancia y erudicion algunas cuestiones filosóficas, con que admiraba y entretenia á sus discípulos, y atraia otros de nuevo. Ve-

mianle muchos con varias dificultades de diferentes materias, unos por aprender, y otros tambien por probarle; pero todos volvian con entera satisfaccion y con grande admiracion de la doctrina y ciencia del nuevo maestro.

En el tiempo de las vacaciones (cuando por los excesivos y molestos calores se hacen los dias aun mas largos de lo que ellos son) quiso entretener á sus discípulos con un estudio curioso, y cual ellos apetecian. Para esto les leyó la esfera, explicándoles los movimientos de los cielos, las figuras y propiedades de los signos y estrellas, y otras cosas á este tono. Con todas las cuales cosas alcanzó muy grande autoridad y opinion en su escuela, y en toda la ciudad; añadiéndose á estó la que ganó con sus sermones (de que luego diremos); y mucho mas con su religioso y ejemplar modo de proceder. Con lo cual pudo aprovechar á muchos, y muy particularmente á sus discípulos, no solo en las ciencias que les enseñaba, sino tambien en las virtudes á que les inducia: que era el blanco á que tambien enderezaba su lectura; y el que no menos que las letras pretende nuestra Religion en la enseñanza tan molesta de la niñez y juventud,

En esta ocupacion estuvo un año entero en Florencia el hermano Belarmino. Al fin del cual le mandaron sus Superiores ir á leer retórica á Mondovi (que es lugar hacia el Piamonte). Y aunque con increible sentimiento de sus discípulos, y de todo el Colegio y ciudad, se hubo de poner en camino. Y no fué con mayor comodidad de la que habia traido hasta Florencia, aunque el camino era mas largo y mas trabajoso. Diéronle un

tenue viático para solos seis dias; el cual muy presto se le acabo: porque habiendo de ir por mar desde Lerice hasta Génova, y haciendo recio temporal, le fué fuerza estarse muchos dias esperando en el puerto. Hallóse afligido el buen hermano, solo y pobre, y desconocido en tierra ajena. Pero acordándose de los favores del Señor, y mas de los que habia experimentado en el camino de Florencia, le pidió con mucha instancia y confianza que los continuase en este de Mondovi. Estando en esto entró en la misma hostería un Doctor español, el cual viéndole, y sabiendo que era de la Compañía de Jesus, le habló con mucha afabilidad y le convidó á comer, y le buscó á su costa embarcacion, y le sustentó, y le acompañó hasta Génova. Providencia particular del Señor, que en ambos caminos le socorrió tan á punto en sus mayores aprietos; y ambas veces por medio de españoles, cuando entre sus naturales se hallaba tan desamparado: téngolo por beneficio especial que Dios quiso hacer no solo al buen hermano, sino tambien á nuestra nacion.

Pero en otros dos trabajos y peligros mucho mayores se vió en este camino de Mondovi, de los cuales tambien le libró nuestro Señor; y el modo debió de ser muy extraordinario, segun que él mismo significó muchas veces por toda su vida, haciendo de esto mencion y dando siempre nuevas gracias al mismo Señor, que de ellos con tanta providencia le habia librado: aunque no sabemos el cómo. El primero fué, que no sé qué hombre dió en sospechar de él que le habia hurtado la bolsa y no se quedó en sospecha, sino que comenzó á levantar la voz sobre esto, y hacer grandes alborotos

contra el inocente hermano: y aun no contento con esto, se llegó á mirarle las manos y escudriñarle el vestido con notable descompostura y libertad.

El segundo peligro aun fué mayor, por ser en materia mas delicada. Estando en una hostería, y queriéndose ya partir, la huéspeda (no sé si por malicia, ó por engaño) dió en decir y aseverar con grandes voces, que el Hermano era yerno suyo, que habiéndose desposado con una hija suya, á pocos dias la habia dejado y se habia huido; y que ahora habia de volver á hacer vida con ella. Y sobre esto alborotaba notablemente la posada, y hacia increibles demostraciones de sentimiento. No se puede fácilmente decir cuán apretado se vió el pobre Hermano en esta ocasion; y cuán agradecido quedó á nuestro Señor de que le hubiese librado de este grande peligro de alma y cuerpo.

Quedó tan escarmentado, que decia despues muchas veces, que si en algun tiempo viniese á ser Superior en la Religion, no habia de consentir en manera alguna que los religiosos, especialmente siendo mozos, caminasen solos, aunque se hubiese de gastar cualquiera cosa en llevar compañero. Y decia muy bien, porque segun el Sabio: *Melius est duos esse simul, quàm unum: habent enim emolumentum societatis suæ.* Y cuando no hubiera peligro alguno del particular que va solo, se debiera mucho mirar por el decoro de la Religion, y por la edificacion de los de fuera; que ordinariamente no juzgan bien del religioso que ven andar solo, principalmente si la edad no le defiende, y los años no le sirven de compañía.

Llegó al fin el hermano á Mondovi, donde leyó con

el aplauso y provecho que en Florencia, y mucho mayor. Halló, cuando allí llegó, publicado ya un catálogo de los autores que se habian de explicar aquel año: y entre los demás estaba Demóstenes, autor griego. El Hermano, que habia de ser el Maestro, no habia estudiado nada de la lengua griega. Pero lo que le faltaba de ciencia determinó suplirlo con industria y diligencia. Dió primero bastantes muestras de lo mucho que sabia en la lengua latina; y habiendo de tratar de la griega, persuadió á sus discípulos, que para que se les luciese el trabajo que en ella querian poner, era conveniente y necesario que se fundasen primero bien en la gramática y principios de ella: y que él se los iria enseñando muy de propósito. Con esto los fué él aprendiendo con increible cuidado para poderlos enseñar: por donde en muy poco tiempo vino á hacerse tan dueño de la gramática y de toda la lengua griega, que sin dificultad pudo explicar á Demóstenes y á Isócrates, y á cualquiera otro autor de los griegos. Con que vino á aprovechar grandemente á sus discípulos en ambas lenguas, y no menos en toda virtud.

CAPITULO VII.

De otras ocupaciones que tuvo mientras leyó y principalmente de la del predicar.

Ocupacion es esta del leer y enseñar á la juventud del modo que se hace en la Compañía, que pide á un hombre, por esforzado que sea, todo entero; y muchos

que son muy gigantes suelen gemir debajo de esta carga; la cual solamente puede aligerar un robusto amor de Dios, y un valiente celo del bien comun. Mas como el hermano Belarmino le tenia tan grande, no se contentaba con este trabajo (aunque era tanto mayor cuanto en parte le habia cogido desapercibido) antes añadia otras muchas cargas, que ó la necesidad y la obediencia de aquellos tiempos le imponia, ó á que su humildad y caridad celosa le sujetaba. Ocupábase buena parte del dia, y aun de la noche (cuando habia de respirar de su ordinaria tarea) en los oficios humildes y trabajosos de casa. Hacia oficio de despertador, dando luz cada mañana á todos los Padres y Hermanos, para que se levantasen á tener su hora de oracion, y otros ejercicios espirituales, antes que se abriesen las puertas al trato y comunicacion de los de fuera (como ha sido siempre, y es hoy costumbre en toda la Compañía). Leia en el refitorio á la comunidad mientras la comida, para dar su pasto al alma con la leccion de los libros devotos. Acompañaba muchas veces á los Padres cuando salian á los enfermos de dia ó de noche: ocupacion tan loable y tan ordinaria en nuestra Religion. Suplia muchas veces el oficio del portero, y de otros hermanos de casa con maravilloso cuidado y puntualidad. En conclusion él era el que llevaba el peso y trabajo de toda la casa, con un nuevo milagro de la obediencia, ó de la caridad.

Pero lo que sobrepuja toda admiracion, es que un mancebo de poco mas de veinte años, tan ocupado en su cátedra y en tantas otras cosas, pudiese tambien acudir al púlpito, y hacer el oficio de predicador: y

con tanta satisfaccion y aprobacion de todos, y tanto aplauso y provecho de los oyentes, que no se puede encarecer. Comenzólo en Florencia, y continuólo con mas frecuencia en Mondovi, y despues en Padua y en otras partes: y en todas con maravilloso concurso de todo género de oyentes, y con igual fruto de las almas. De manera que escribiendo de este punto el Padre Rector de Mondovi á nuestro Padre General á Roma, le vino á decir entre otras cosas aquello que se dijo de los sermones de Cristo nuestro Señor: *Nunquam sic locutus est homo.*

La primera vez que hubo de predicar en Florencia, teniendo un muy grande auditorio, y viéndole una piadosa mujer subir al púlpito tan mozo y sin barba, temiendo no se turbase y se quedase en medio del sermon, estuvo toda la hora puesta de rodillas, y pidiendo á nuestro Señor que le ayudase para que saliese bien de aquel aprieto, y no desacreditase á su Religion. Pero él con la divina gracia salió tan bien esta y las demás veces que predicó, que no acababan los oyentes de maravillarse. Y viéndole en el púlpito tan eminente en el decir, y en las demás partes tan humilde en el obrar, apenas acababan de persuadirse que fuese un mismo hombre.

Y en este género le sucedió en Mondovi un cuento muy gracioso, que él solia despues contar con harta sal. Predicaba allí con la fama y aplauso que hemos apuntado, sin faltar por eso á los ejercicios de obediencia y humildad que dijimos. Acaeció que yendo un dia el Padre Rector de nuestro Colegio á visitar al Padre Prior de Santo Domingo, llevó por su compañero al hermano

Roberto. Agasajó mucho el buen Padre á nuestro Rector, y á la despedida le hizo traer un refresco para que bebiese. Mas viendo que se excusaba de aceptarle, le dijo con mucha caridad: Pues mande Vuestra Paternidad que siquiera beba el buen hermanico su compañero. Excusóse él tambien cortésmente, y con esto se despidieron y se volvieron los dos á su Colegio. Sucedió que el dia siguiente sabiendo el mismo Padre Prior que el predicador de la Compañía (que era tan afamado en la ciudad) habia de predicar en la Iglesia Catedral, y deseando que publicase en el sermon un jubileo que habia en su convento, y que encomendase mucho al pueblo la limosna de él; fué en persona á nuestra casa para pedírselo él mismo con instancia á nuestro predicador. Llegó á tiempo que el buen hermano Roberto tenia las llaves y hacia oficio de portero. Díjole el Padre Prior que le llamase al Padre predicador porque tenia necesidad de hablarle (porque no le pasó por pensamiento imaginar que el hermano fuese el que con tanta fama predicaba en toda la ciudad) Respondióle el hermano, que el predicador no podia venir, pero que le dijese lo que mandaba, que todo se haria á gusto de su Paternidad. Replicó el Prior, que le importaba mucho verse con el mismo predicador, y así que ó se le llamase, ó le llevase hasta su celda. Volvió á decir otra vez el hermano, que el predicador no podia venir. E instando de nuevo el Padre, hubo de descubrir el hermano la verdad, diciendo que él aunque indigno era el predicador; y que no podia venir por estar ya allí; que viese su Paternidad qué le mandaba. Quedó atónito el Prior; y mas acordándose de cómo le habia tratado el

dia de antes: y comenzó á pedirle una y muchas veces perdon. Y finalmente le dijo á lo que venia. Hízolo el hermano muy de veras en el sermon siguiente, que era de Navidad, y sacó de sus oyentes muy buenas limosnas para el convento. De que el Prior quedó muy agradecido, y no menos maravillado y edificado de la humildad del predicador.

A los principios se floreaba mucho en sus sermones con un lenguaje muy frondoso y unas palabras muy compuestas y muy estudiadas (porque con su feliz memoria no le era muy dificultoso llevarlas todas muy medidas y muy pensadas). Con esto le oian, bien que con increible aplauso y concurso, pero no con tan sólido provecho de las almas. Pero despues hubo de mudar estilo con la ocasion que aquí diré. Predicó de la manera dicha un dia de Pascua de Navidad, y fué tanto lo que la gente gustó, que todos á una voz con increible ansia comenzaron á instar y pedir que les volviese á predicar el dia siguiente; y le enviaron personas de mucho respeto para que lo alcanzasen de él. Hallóse muy atajado con esta demanda, porque por una parte no podia negar lo que una ciudad tan afecta con tanta instancia, y sin admitir excusa alguna le pedia; y por otra, por ser ya tan tarde, y el tiempo tan corto y no tener hecho nada del sermon, y no debiendo ser inferior al del dia pasado, le parecia casi imposible el poder cumplir. Al fin viendo que era casi forzoso el conceder con la peticion, determinó de fiarse de Dios y predicar como pudiese.

Pero aquí se echó bien de ver la diferencia que va del predicar con espíritu y fervor y libertad evangélica,

al hablar con artificio y con estudio y afectacion humana, y atándose á los preceptos de la vana Retórica: porque fué tanto mas lo que contentó y admiró á los oyentes, que todos los canónigos á una voz le dijeron, que si bien las demás veces le habian oido con grande gusto como á gran predicador, mas que aquella no como á hombre, sino como á algun ángel del cielo que les hubiese bajado á predicar. Con este suceso se desengañó (y ojalá con este ejemplo se desengañasen todos los predicadores del mundo) y de allí adelante se dejó de palabras afectadas y modos de hablar exquisitos y curiosos, y puso toda su atencion en que las cosas fuesen sustanciales y de provecho para las almas, y en decirlas con el espíritu y fervor digno de un ministro evangélico. Con lo cual fué maravilloso el provecho que en todas partes hizo con sus sermones, y no menor el aplauso y concurso con que de todos era oido y seguido. Ya desde entonces solamente apuntaba en latin las cabezas principales de lo que habia de predicar, aunque lo hubiese de hacer en su lengua italiana. Con lo cual vino á alcanzar un señorío y facilidad tan grande en el decir, que casi no le era mas dificultoso el predicar y hablar de repente que de pensado.

Y no se maraville nadie que á un hermano de tan pocos años y de tan poca noticia de los estudios sagrados, y tan ocupado en su cátedra, y en tantos otros ministerios, le pusiesen los Superiores en éste del predicar, que tantas cosas requiere para hacerse dignamente. Porque verdaderamente reconocieron desde sus principios su grande caudal y mas que natural talento para todo: y que para el púlpito se le habia dado nues-

tro Señor muy particular y extraordinario, y muy sobre el curso de la naturaleza. Lo cual en varias ocasiones dentro de casa largamente habian bien probado. Por donde en los colegios de Florencia, Mondovi y Padua le encomendaban muchas veces los Superiores las pláticas y exhortaciones de los viernes á toda nuestra Comunidad: cosa que suelen siempre hacer los Superiores mismos, ó algunos Padres de los mas ancianos, graves y espirituales. Mas el hermano las hacia con toda satisfaccion.

Y aun una vez que fué peregrinando desde Florencia por su devocion, como se suele á veces en la Compañía, con otro Padre sacerdote, y llegando á Valumbrosa, y siendo hospedados y acariciados con notable caridad de aquellos santos religiosos del Yermo de la Camaldula, retratos vivos de su gran Padre san Romualdo; en tres dias que allí se detuvieron, ganó tanto los ánimos de aquellos Padres gravísimos nuestro hermano Belarmino con sus conversaciones y palabras santas y espirituales, que le vinieron á instar una y muchas veces que les hiciese una plática y exhortacion á toda la Comunidad. No se pudo excusar el hermano, por mas diligencias que hizo, alegando sus pocos años y cortos estudios, y la ancianidad y gravedad de los oyentes, y otras mil razones y excusas. Y al fin se hubo de rendir mas á la fuerza que á la razon, que no suele ser menos poderosa. Oyéronle aquellos santos religiosos con grandísima atencion, y vertiendo muchas lágrimas de ternura y devocion por sus venerables rostros. Y acabada la plática, le rodearon todos y le comenzaron á besar la mano con excesiva humildad y con no menor confu-

sion del buen hermano, que así se veia tratar de tan santos hombres.

Y en toda aquella peregrinacion á la ida y á la vuelta por todos los lugares que encontraban, iba predicando el hermano y moviendo á todos á penitencia y reformacion de costumbres con el buen espíritu y talento que el Señor le habia comunicado: y el Padre iba oyendo las confesiones de los muchos que venian movidos y tocados de la mano del muy alto. Con que fué muy señalado el servicio que en aquel viaje hicieron á nuestro Señor, y provecho á aquellos pueblos.

CAPITULO VIII.

De cómo oyó Teología en Padua y fué enviado á Lovaina á acabarla de estudiar, y á predicar en latin.

Bien de espacio se estaba en Mondovi el hermano Belarmino enseñando su retórica y predicando la palabra de Dios, y haciendo otros oficios humildes y trabajosos, y bien descuidado de sí, y de pasar adelante á los estudios mayores que le faltaban; cuando llegando á aquel colegio el Padre Francisco Adorno, Provincial de aquella provincia, é informado de sus buenas partes y talentos, se determinó de enviarle á estudiar teología para que pudiese emplearlos con mas acierto y autoridad en el provecho de las almas. Envióle á Padua, donde tuvo por maestro al Padre Carolo Faraoni de nuestra Compañía, y algun tiempo tambien á un Padre Fray Ambrosio de Santo Domingo.

Allí estuvo estudiando, y ocupándose juntamente muy de ordinario en predicar (como lo hizo tambien en Venecia un jueves antes de Carnestolendas contra la glotonería de aquel tiempo, con grandísimo concurso de gente, y no menor estima y veneracion de los mismos senadores) hasta que habiéndose de hacer una congregacion provincial en Génova, y habiendo de haber en ella conclusiones generales, y sermones de ostentacion, le mandaron ir allá al hermano para ambas cosas. Defendió lo primero por dos dias continuos en la Iglesia catedral sus conclusiones de todas las materias disputables: señaladamente el un dia de la retórica, lógica, física y metafísica de Aristóteles; y el otro de todas las tres partes de la Suma de Santo Tomás: y ambos dias admiró con su ingenio y agudeza á cuantos en estos actos asistieron. Despues de lo cual predicó á aquella grave Congregacion, y á un grandioso auditorio que se juntó, con no menor aplauso que lo demás.

Volvióse á su colegio de Padua, creciendo siempre en la opinion de grande estudiante y elocuente y celoso predicador, y no menos de modesto y observante religioso. Donde por órden de la obediencia comenzó á tener por las tardes en la iglesia las que allá llaman Lecciones sacras sobre el Salmo *Qui habitat:* que son unas como explicaciones morales y exhortaciones sobre la sagrada Escritura muy gustosas y provechosas Con esto estaba muy contento el Padre Rector por tener en su colegio un tan lucido sujeto; cuando le vino órden de Roma de nuestro Padre General (que ya era el B. P. S. Francisco de Borja) que le enviase á Lovaina

en la provincia de Brabante en los Estados de Flandes, para que allí predicase en latin; porque le pedian con mucha instancia que les diese alguno de la Compañía que lo pudiese hacer, y parecia muy á propósito el hermano Belarmino; y tambien para que en aquella Universidad pudiese acabar su teología y perfeccionarse en ella.

Sintió mucho el Padre Rector esta obediencia (que se suele y debe sentir mucho el privarse de un sujeto de conocida religion, y de prendas tales): y sin decir nada al hermano propuso á Roma con grande instancia alegando muchas razones, así de los daños que á su colegio y á la Universidad vendrian quitándoles un sujeto tan cabal, como tambien de los del mismo hermano, á quien sin duda seria muy peligroso ponerle en un camino tan arduo, especialmente á la entrada del invierno, y habiendo de pasar por países tan frios, y por la aspereza de los Alpes. No pudo con todo eso conseguir su intento: lo mas que se le concedió fué que se tuviese allí al hermano por aquel invierno: pero que en abriendo el tiempo efectivamente le enviase á Flandes. Que sin duda iba ya nuestro Señor disponiendo las cosas de manera que nuestro Belarmino fuese á parte donde pudiese ver por sus mismos ojos las mañas de los herejes, y los daños que hacian en la viña de la Iglesia; para que desde entonces cobrase aquella grande ojeriza contra ellos, y se alentase á escribir las doctísimas controversias que despues escribió en defensa de la misma Iglesia.

En sabiendo la obediencia que de Roma habia venido, y la réplica que su inmediato Superior habia hecho,

le pesó de que no le hubiesen intimado que se partiese luego al punto, aunque fuese con cualesquiera peligros de su salud, y aun de su vida: y así lo escribió luego á nuestro Padre General, suplicándole que dispusiese de su persona lo que fuese de mayor gloria de nuestro Señor, sin reparar en cosa alguna que á él tocase. Y así cuando vino confirmada la obediencia de la partida para la primavera, la aceptó como venida del cielo.

Y por cuanto, aunque ya se habian mejorado los temporales, se decia que los caminos estaban menos seguros á causa de muchas compañías de soldados que de Alemania bajaban á Francia, llenando todos los pasos de robos y muertes, como es ordinario; no por eso se entibió el hermano en su fervoroso deseo de obedecer y partirse. Antes encomendándose muy de veras á nuestro Señor, y poniendo alentadamente su vida en sus santísimas manos, se partió con otro Padre y otros compañeros que se ofrecieron, y con el favor y proteccion del cielo llegó con salud y seguridad á Lovaina el año de mil y quinientos y sesenta y nueve con grandes alientos de emplearse en el ayuda de las almas.

CAPITULO IX.

Con cuanto nombre y aplauso predicó, y juntamente leyó Teología en Lovaina, y de lo demás que allí aprendió y enseñó.

Llegado á Lovaina dió principio á sus sermones en latin el dia del Apóstol Santiago. Causó harta novedad el ver en aquel puesto y oficio un mozo de tan pocos

años, y que aun no estaba ordenado. Esto no se pudo encubrir, por ser costumbre en aquella tierra que los predicadores prediquen con sobrepelliz y estola; la cual nuestro predicador no se podia poner por no tener ningunas órdenes. Escribieron luego los Padres á Roma por licencia para ordenarle; porque en aquel tiempo ninguno de los nuestros se podia ordenar sin hacer los tres votos solemnes (por mandarlo así Pio V en un Breve, que despues abrogó Gregorio XIII, como cosa contraria á nuestro instituto) y así era necesaria licencia de Roma para ordenarse. Vino á tiempo que la Cuaresma siguiente se pudo ordenar de todas órdenes; y las dos últimas recibió de mano del obispo Cornelio Jansenio, comentador insigne de los Salmos, y de otros libros de la sagrada Escritura. Hizo sus tres votos solemnes: y vino á cantar su primera misa el Domingo de Quasimodo, con admirable devocion y consuelo de su alma, igual al cuidado y diligencia con que para decirla dignamente se habia preparado. El cual en su manera le duró hasta la última misa que en su vida dijo.

Hecho sacerdote nuestro Padre Roberto Belarmino, reconocióse por mas obligado á nueva perfeccion de vida, y á emplearse mas de veras en el provecho de los prójimos. Y ya con mayor autoridad comenzó á predicar en la iglesia de San Miguel con tanto concurso de gente de todos estados y condiciones, que no cabia la iglesia: y cuando se acababa el sermon, apenas cabian los que de la iglesia salian en dos plazuelas bien capaces que allí cerca estaban. Yendo una vez á predicar se encontró en la calle con un hombre grave; el cual sin conocerle comenzó á trabar plática con él, di-

ciéndole muchas alabanzas del predicador que habia venido de Italia; cuán docto y elocuente era, cuán afamado en el pueblo y en la Universidad, con cuánto espíritu y fervor predicaba, y otras cosas á este tono. Las cuales el buen Padre aunque no conocido oia con harta confusion. Fueron con esto razonando un buen rato; hasta que pareciéndole al hidalgo que se iba el Padre muy de espacio y que si él se iba á su paso no hallaria lugar para oir el sermon cuando á la iglesia llegase; determinó de dejarle y adelantarse. Y así le dijo que se quedase con Dios, y que si queria hallar lugar se diese mas priesa. A lo cual el le respondió: Vaya vuesamerced en hora buena y acomódese en la iglesia, que á mi, por tarde que llegue, no me puede faltar mi lugar. Con esto se fué adelante: y despues cuando vió al Padre en el púlpito y comenzar á hablar, le reconoció, y quedó notablemente maravillado de la modestia con que en la calle le habia visto, y de la conversacion que con él habia tenido.

En sus sermones ni buscaba ni queria el aplauso popular, ni las alabanzas humanas, sino los suspiros y lágrimas de verdadera penitencia, y la enmienda de la vida de sus oyentes. Lo cual le concedia el Señor á manos llenas: como se echaba bien de ver en las muchas confesiones que se hacian, y en las muchas obras de piedad que se frecuentaban. Y hasta los mismos herejes se extendia este provecho, porque muchos se reducian con sus sermones. Y particularmente lo hicieron no pocos una octava del Santísimo Sacramento, en que predicando el Padre Belarmino, les probó con clarísimos testimonios de la Escritura y de los Santos, la

Real presencia de Cristo nuestro Señor en el Sacramento.

Don Frey Andrés Wisse, del hábito de S. Juan, y gran Prior de Inglaterra, testifica, que le vió predicar en Lovaina, y que no cabia la gente en la iglesia con ser bien capaz: y que era pública voz y fama, que le venian á oir muchos herejes de Holanda y de Inglaterra, y que muchos de ellos se reducian con sus sermones. Y finalmente afirma con juramento haberle visto estando predicando con una llama muy resplandeciente sobre la cabeza, y con el rostro como un ángel (al modo que se escribe del bienaventurado S. Estéban) y cercado todo de maravillosos resplandores. Salíale sin duda á la cara el ardor y luz que Dios comunicaba con tan larga mano á su alma.

Algunos de estos sermones se imprimieron muchos años despues en el sexto tomo de sus obras, recogidos de varios traslados que diversas personas guardaron con mucha estimacion. Porque no solo mientras los predicaba estaban algunos mas curiosos y diligentes con recado para escribir para irlos apuntando y sacando lo mejor que pudiesen; sino que el mismo Padre se vió obligado á dar algunos de sus originales á los Padres Premonstratenses del monasterio del Parco; que le hicieron increible instancia, que ya que no podian ellos ir á oirle sus sermones por asistir á su coro y á las demás obligaciones monacales, se los prestase á lo menos escritos para leerlos en su refitorio y comunidad, y aprovecharse de ellos en la manera que podian. Modestia y piedad grande de aquellos Padres, y estimacion rara y singular de la doctrina de nuestro predicador.

Perseveró seis años en este ministerio de predicar con tanto provecho y aplauso; defendiéndole muy bien aquellos Padres de Flandes, porque por su mucha fama le deseaban y pedian con grande instancia de París, y no menos de Milan, adonde no es creible cuánto le deseaba llevar el santo Cardenal y Arzobispo san Cárlos Borromeo.

Por la ocupacion del predicar no dejó de atender á perfeccionarse en su Teología (que era el segundo intento con que allí le habian enviado). Lo cual hizo de manera que pasado un año les pareció á los Superiores que estaba tan adelantado en esta facultad que la podia leer públicamente no solo con suficiencia, sino tambien con eminencia, y con no menor aplauso y opinion que tenia en el predicar. Y así le ordenaron que la leyese sin dejar por eso su predicacion, fiados en que con su doblado espíritu, y con aquel su talento nacido para todo, se podria encargar de ambas ocupaciones del púlpito y de la cátedra; aunque para otro caudal cualquiera de las dos era carga muy sobrada. Y él se ofreció muy prontamente á ambas, fiado en nuestro Señor, y en la virtud de la santa obediencia, que á los flacos suele hacer fuertes, y á los esforzados dobla y multiplica las fuerzas. Comenzó á leer por octubre de 1570, y fué el primero de la Compañía que leyó Teología en Lovaina. Duróle esta ocupacion por otros seis años; los cinco primeros predicando juntamente, y el último, por faltarle la salud, leyendo solamente su cátedra.

Fué increible la opinion y fama de doctrina que en este tiempo alcanzó: á la cual venian muchos de varias y muy distantes provincias á ser sus oyentes, no sola-

mente de los católicos, sino tambien de los herejes; y todos sentian grande provecho de su magisterio, y no menor de su modestia, con que á todos edificaba y movia á toda virtud. Con esto vino á tener grandísima autoridad en aquella Universidad: con la cual pudo refutar eficazmente las opiniones de Micael Bayo, que aunque condenadas ya por la Sede Apostólica, todavía vivian y estaban arraigadas en los ánimos de algunos. Confutólas con gran fuerza y doctrina nuestro Belarmino, pero con grande sagacidad, huyendo siempre de nombrar al autor, que tan dueño estaba allí de los ánimos; antes disputando y escribiendo contra ellas como si hubieran sido inventadas de los herejes antiguos ó modernos contra quien él disputaba y escribia, como realmente lo eran. Con la cual traza el Bayo se halló en la boca y pluma de Belarmino, antes refutado que conocido, y sus dañosas opiniones del todo desacreditadas, hasta que él mismo finalmente las vino á reconocer y retractar.

En este mismo tiempo en que estaba leyendo Teología, pareciéndole que para la perfecta inteligencia de la Escritura sagrada le seria de mucha importancia el saber la lengua hebrea, en que ella por la mayor parte originalmente se escribió, se determinó de estudiarla con mucho cuidado. A los principios tomó por maestro al P. Juan Arlemio de nuestra Compañía, hombre eruditísimo en aquella lengua y muy grande religioso; pero despues por sí mismo se adelantó tanto en ella, que pudo muy bien enseñarla á otros, y componer el Arte Hebrea que hoy corre tanto en las escuelas, y se tiene por la mejor y mas fácil para la enseñanza de los que quieren aprender la lengua santa.

En viéndose dueño de esta lengua quiso luego comunicarla á otros. Y porque muchos se acobardaban y rehusaban de estudiarla, temiendo la dificultad y la aspereza de lengua tan escabrosa y peregrina; dijo un dia públicamente que él se ofrecia á enseñarla á cualquiera que la quisiese aprender; y que con solos ocho dias que quisiesen aplicarse con razonable cuidado á estudiarla, los sacaria tan aprovechados en ella, que pudiesen por sí mismos solo con la ayuda de algun Diccionario entender cualquiera libro hebreo. Y como lo prometió así lo cumplió con los que quisieron aprovecharse de su consejo y magisterio. (Por donde tambien se echa de ver cuánta verdad fué lo que San Jerónimo escribió de la vírgen Santa Bresila, que salió con la lengua hebrea no en algunos meses, sino en unos pocos dias.) Teniendo pues ya animados á sus discípulos, y en breve tiempo instruidos, comenzó á tener una manera de Academias en que los ejercitaba en las lenguas griega y hebrea, para que pudiesen beber la sagrada Escritura en sus mismas fuentes y entenderla con más facilidad.

Cosas son estas que muestran bien una grande capacidad de ingenio, y una memoria muy feliz. Pero si bien lo consideramos no podremos dejar de confesar que tuvo este gran Doctor algun don de sabiduría muy superior á la capacidad humana. Porque ¿cómo pudiera de otra manera un hombre tan ocupado en los ministerios de predicar, y confesar, y de leer tan varias facultades y materias, atender á cada una de estas cosas y cumplir con cada uno de estos empleos con tanta satisfaccion como si no cuidara mas que de uno solo? Item

leer todos los Padres y Doctores de la Iglesia, y casi todos los autores que escribieron de Teología y de sagrada Escritura. Y demás de esto revolver todos los Concilios y los Doctores que sobre ellos escribieron: y finalmente (dejando otras cosas) tomarse con todo el cuerpo del derecho canónico, y con todas las historias eclesiásticas: y todo esto con solos siete años que estuvo en Flandes. Cosas son estas que sobrepujan la vida y el caudal natural de un hombre y de muchos hombres: y así habemos de confesar que fué muy extraordinariamente ayudado y alumbrado de la gracia y luz del Espíritu Santo, que le queria hacer tan universal Doctor de su Iglesia.

Y no solamente leyó y pasó los Padres y Doctores de la Iglesia, y los demás autores católicos que hemos apuntado, sino que los penetró y comprehendió de tal manera, que pudo hacer de todos juicio verdadero y dar su censura cierta, determinando y distinguiendo cuáles eran las obras ciertas y legítimas de cada uno, cuáles las inciertas y dudosas, y cuáles las falsas y supuestas. Lo cual se ve en el admirable libro *de Scriptoribus Ecclesiasticis*, en que pone y censura de la manera dicha cerca de cuatrocientos autores. El cual libro compuso en este mismo tiempo, como consta por varias razones y argumentos: y lo testifica el mismo Belarmino en el prólogo por estas palabras:

«Habrá cerca de cuarenta años que estándome preparando para leer en las escuelas la sagrada Teología, me puse muy de propósito á leer los antiguos escritores, así para aprender su doctrina, como para distinguir sus obras ciertas y legítimas de las falsas y supuestas. Y

así compuse un libro de los escritores eclesiásticos, añadiendo tras cada uno de ellos mi censura con que advertia, cuáles obras eran de cierto suyas, cuáles dudosas, y cuáles manifiestamente falsas. Este mi libro, sin saberlo yo, y cuando lo supe procurándolo estorbar, vino á andar en manos de muchos. Por lo cual, porque despues de mi muerte no sea que alguno le imprima imperfecto y defectuoso, como suelen imprimirse libros semejantes, en esta mi última edad le he vuelto á ver, y le he pulido y aumentado, y me he determinado de sacarle á luz, para que ó aproveche así al bien comun, ó no ofenda á nadie quedándose por enmendar y perfeccionar.» Hasta aquí Belarmino.

Al cual con razon se puede acomodar aun siendo mozo, lo que de San Jerónimo siendo ya viejo dijo San Agustin. *Hieronymus Presbyter Græco, et Latino, insuper et Hebræo eruditus sermone; hic omnes vel penè omnes, qui ante illum ex utraque parte orbis de doctrina Ecclesiastica scripserunt, legit.* Jerónimo presbítero es muy docto en la lengua griega, latina y hebrea: y tiene leidos todos ó casi todos los que en todo el mundo han escrito de las cosas eclesiásticas. Y esto, y aun no sé si mas es lo que dice expresamente de nuestro Doctor el cardenal Desiderio Scaglia de la Orden de Santo Domingo por estas palabras: *Bellarminus de re quavis data promere tam expeditè solet, quæ auctores alii de ea scripserunt, ut laude convenientissima dici possit, omnes penè scriptores legisse, sicut de S. Hieronymo Divus Augustinus, et D. Thoma Aquinate alii narrarunt.* Belarmino en cualquiera materia que se le propone suele decir con tanta expedicion y prontitud lo que todos los demás

autores han escrito de ella, que con muy justa razon y alabanza se puede decir de él que tiene leidos casi todos los escritores del mundo, como le dijo San Agustin de San Jerónimo, y otros de Santo Tomás de Aquino.

Sobre estos tan grandes y tan valientes fundamentos de doctrina no es mucho que pudiese despues levantar aquella grandiosa obra de las Controversias de la Fe. Las cuales con razon se pueden llamar la fortaleza y torre de David adornada de todo género de armas para la defensa de la Iglesia militante contra los asaltos de los herejes: como lo dejó escrito el eruditísimo cardenal Baronio en sus doctísimos Anales Eclesiásticos: y nosotros por ventura lo diremos mas de propósito en su lugar.

CAPITULO X.

De algunas muestras de la mucha virtud con que vivió el tiempo que estuvo en Lovaina.

Ya que hemos visto cómo el doctísimo Padre Belarmino fué tan insigne en las letras y tan estimado y celebrado por su grande sabiduría, razon sería que dijésemos algo de sus excelentes virtudes, y del raro ejemplo de perfeccion y santidad con que vivió; pues no fué en esto segundo menos famoso y admirable que en aquello primero, sino mucho mas aventajado. Mas porque de esta materia hemos de tratar muy de propósito mas adelante, y hemos de poner delante de los ojos

muchos y muy singulares ejemplos de sus prodigiosas virtudes; contentarme he con solo apuntar en este lugar algunas pocas cosas como en bosquejo, bien confiado de que á su tiempo me desempeñaré honrosamente de esta tan principal obligacion.

Y lo que en general puedo ahora decir con verdad en esta materia, es que con su modo de proceder era á todos los de casa y de fuera un vivo ejemplo de virtud, y un dechado perfectísimo de toda santidad. Y era esto en tanto grado, que (por decir en pocas palabras lo que en muchas hojas no se puede dignamente ponderar) estando á la vista de tantos y tan diferentes censores, y de tan diversos ánimos é intenciones, jamás pudo nadie notar en él una mínima falta ó imperfeccion: ni (lo que mas es) que desdijese del mas mínimo no digo de los preceptos, sino aun de los consejos evangélicos. Y es bastante prueba de esto el saber que ninguno le vió jamás, ni entendió que en algun tiempo quebrantase la mas menuda regla de nuestra Religion; con ser tantas, tan delicadas y de tan delgado espíritu, y tan subida perfeccion. ¿Adónde mas puede llegar la pureza y entereza de un hombre mortal? La interior armonía de su corazon solo Dios la percibia y penetraba perfectamente: mas lo que á los ojos y sentidos humanos se descubria, era un milagro de perfeccion, y un prodigio caro de la gracia divina, y una continua admiracion y pasmo singular de cuantos le miraban y comunicaban. Y conforme á esta rectitud, inocencia y perfeccion tan rara y tan universal eran todas sus acciones particulares: todas santas, todas perfectas, y todas con olor de cielo, y con sabor de divinidad. Fue-

ra sin fin el especificar aquí estas cosas; á su tiempo hablaremos en particular.

En lo que ponia mayor cuidado, era en la guarda de su corazon, y en procurar en medio de tantas ocupaciones enderezadas al bien de los otros, no perder él mismo un punto de la quietud de su espíritu, y de su propio aprovechamiento y perfeccion. Velaba y recelaba con suma advertencia no se le entrase en su corazon algun mínimo resabio de vanidad, ó propia estimacion; que es la ordinaria polilla de la sabiduría, y aun de la virtud, y la que como tal la roe y tala sin sentir. Y luciósele tan bien este cuidado y solicitud, que cuantos le conocian y trataban, se admiraban extraordinariamente de ver en él esta junta tan admirable de dos cosas al parecer tan contrarias, como eran una prudencia y sabiduría tan de hombre, ó por mejor decir tan de ángel, y una sencillez y humildad tan de niño y pequeñuelo. Mas cuando Dios es nuestro centro, fácilmente se unen en él y por él las líneas de nuestras acciones por encontradas que parezcan. En todas las suyas no tenia Belarmino otro fin y blanco, sino el agradar y glorificar á la divina Majestad. Negocio importantísimo para todos los que obran bien, y mas para los que se emplean en muchas obras de suyo loables: las cuales muchas veces menoscaban sus quilates, ó pierden totalmente su valor por falta de este buen fin, y de esta rectitud de intencion.

Para todo esto tenia el P. Belarmino hecho un ejercicio de devocion; el cual se halló despues escrito de su mano, y le quiero poner aquí por sus mismas palabras, que en sustancia son estas:

Piensa muy á menudo (dice hablando consigo mismo) estos tres puntos. El primero, qué es lo que tú quieres de Dios. El segundo, qué es lo que Dios quiere de tí. El tercero, qué cosas son las que te impiden el poner todo esto en ejecucion.

Luego pone el fin y blanco á que se deben enderezar sus obras y pensamientos, y dice:

Ejercitarte has en las cosas siguientes por este órden. Lo primero, en conocer tu nada; Lo segundo, en negarte perfectamente á tí mismo; Lo tercero, en ofrecerte á tu Dios; Lo cuarto, en darte y entregarte realmente al mismo Dios; Lo quinto, en dedicarte y consagrarte enteramente al mismo Señor.

Despues desciende en particular al modo como ha de hacer las obras ordinarias de cada dia, diciendo:

Luego en despertando, piensa que eres peregrino en este mundo, y que todo tu cuidado debe ser caminar á Dios: y con este pensamiento entrando en tu oracion, pedirás al Señor que te libre de la carga pesada de tí mismo, para que sin estorbo puedas allegarte con grande conformidad á su santísima voluntad.

En la oracion, y en la misa, procura unirte con Dios, y principalmente al principio: no tomando demasiada pena si no sintieres devocion sensible.

La preparacion sea breve, pero eficaz; considerando que no tanto eres tú el que celebra, cuanto la persona de aquel Señor que tú representas.

En el exámen te tendrás mas en ejercitarte en el amor de Dios, que en el demasiado escrutinio de los pecados; porque este ha de ser breve: y al fin te has de arrojar en el mar Bermejo de la sangre de Cristo.

En el comer y vestir, y en el usar de las demás criaturas, piensa como en todo está presentísima la Divina Esencia, la cual continuamente se halla dentro y fuera de nosotros.

En las recreaciones has de estar con afabilidad y alegría; disimulando las visitas del Señor como si no las tuvieses, y aliviando el ánimo cansado, á gloria de Dios.

Cuando te vayas á acostar piensa el modo con que se recostó Cristo en la Cruz; el cual se puso en ella con grande aliento y denuedo por amor de los hombres. Y procura reclinarte y dormirte sobre el costado del mismo Cristo.

Harás los negocios con madureza, mirándolos primero delante de nuestro Señor levantando á él tu corazon, y ejecutándolos despues con grande confianza del divino favor.

Esta es una parte de los santos propósitos en que el Padre Belarmino se ejercitaba, y uno como bosquejo de la planta que tenia hecha para la sublime fábrica espiritual que deseaba levantar en su alma. De lo cual se puede muy bien colegir que esta era su principal ocupacion, y en la que mas cuidado ponia: y se ve claramente que todas las criaturas le servian de escala para subir á su Criador. Y como él andaba tan desecho de sí, y tan puesto siempre en Dios, nunca cesaba la divina largueza de visitarlo y de recrearlo con continuos consuelos y regalos del paraíso. Los cuales si bien él procuraba encubrirlos, con grande cuidado y artificio, no lo podia hacer tanto que no los echasen bien de ver los que con alguna atencion le miraban: principal-

mente que se traslucian y se conocian claramente en aquella armonía y compostura tan grande de sus costumbres y acciones, y en el ejemplo tan admirable de todas las virtudes con que atraia los ojos y robaba los corazones de todos: y consiguientemente era de todos respetado y venerado como cosa mas que humana.

Creció en este tiempo la estimacion de su virtud con dos testimonios mas ilustres, el uno de los hombres, y el otro del mismo Dios. Porque el año de mil y quinientos y setenta y dos, informados bien los Superiores mayores de los grandes méritos del Padre Belarmino, le enviaron desde Roma licencia y órden para que hiciese la profesion de cuatro votos solemnes; que no se da en la Compañía sino á personas de muy probada y conocida virtud y sabiduría, y que puedan con satisfaccion ser en el mundo maestros de ambas cosas. Y la vino á hacer en la octava de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

A este testimonio humano de los méritos de este santo varon se añadió otro divino bien ilustre. Habia en el Colegio de Lovaina, en el tiempo que en él vivió el Padre Belarmino, uno de la Compañía, que habia muchos años que tenia una llaga en una pierna, la cual por estar podrida y afistolada no le habian podido dar remedio alguno los médicos ni cirujanos. Afligido con esto el doliente comenzó un dia á pensar, que ya que su mal era naturalmente incurable, y no podia tener remedio humano, si acaso podria hallar alguna persona tan santa y tan agradable á Dios nuestro Señor, que le pudiese alcanzar de su mano el remedio divino. Y dando y tomando en este pensamiento, no se le pudo ofre-

cer persona mas á propósito para su intento que el santo Padre Belarmino; y juntamente se sintió con una grande confianza de que si se confesaba con él, y recibia de su mano el santísimo Sacramento, habia de cobrar luego la salud que tanto deseaba. Púsolo luego por obra, pidió licencia, confesóse con el Padre y comulgó de su mano; y en el mismo punto sintió sana su pierna con grande admiracion de los cirujanos, y dentro de dos ó tres dias creciéndole la carne viva y natural se le llenó todo el vacio de la antigua llaga, sin quedarle mas rastro ni señal, que si jamás hubiera tenido nada.

CAPITULO XI.

De los peligros en que se vió en Flandes, y de cómo volvió á Italia.

Costumbre ordinaria es de Dios nuestro Señor mezclar el cáliz que en esta vida da á los suyos con lo dulce de los consuelos, y con lo amargo de los trabajos, y entretejer la vida de los justos con los regalos y con las tribulaciones como con flores y yerbas de diversos olores y colores. Estaba nuestro Belarmino tan ocupado en obras del servicio de Dios, y tan regalado con sus divinos favores, como hemos apuntado; cuando quiso el mismo Señor darle tambien ocasion en que pudiese padecer mucho y gustar las amarguras de los peligros, aunque no con menor favor de su divina liberalidad.

En el mismo año en que hizo su profesion de cuatro votos sucedió la rebelion de algunas ciudades de Flan-

des contra su legítimo señor el Rey Católico don Felipe II, y se comenzó á decir por cosa cierta, que el príncipe de Orange (que era la cabeza principal de los rebeldes) venia con un poderoso ejército sobre la ciudad de Lovaina, donde nuestro Belarmino estaba, con intento de tomarla. Habia poca esperanza de resistirse, por estar la ciudad poco fortalecida y muy desapercibida (que este suele ser nuestro mayor daño, y lo que da mas ánimo y fuerzas á nuestros enemigos). Crecia el temor y desmayo de los de dentro con saber que en el ejército del príncipe venian muchos herejes calvinistas: los cuales como son tan crueles como impíos, sin duda harian grande estrago en los católicos, especialmente en los religiosos, contra los cuales tienen su mayor furor.

Con esto se determinó que los religiosos y eclesiásticos se saliesen de la ciudad así por alejarlos de este peligro, como tambien porque por una parte les podian ayudar poco para la defensa y pelea, y por otra dañarles mucho consumiéndoles el corto bastimento que habia. No sé que tan acertado fué el consejo, dado con tanta generalidad; pues en cualquiera ocasion suelen valer y hacer mas algunos pocos religiosos que mucho número de los que no lo son, ni imitan su celo y caridad. En esto al fin llegó nueva que el enemigo estaba muy cerca y casi á vista de las murallas de Lovaina. Creció el tumulto y la turbacion de todos. Y el Padre Rector de nuestro Colegio queriendo que los nuestros tambien hiciesen lo que los demás religiosos, y conforme á lo que ordenaban los magistrados y consejeros, les dió órden que mudasen el traje, vistiéndose de seglares

y cortándose el cabello de manera que no se conociese por las coronas que eran sacerdotes. Y dándoles algun dinerillo los envió de dos en dos con la bendicion de Dios, para que como mejor pudiesen se procurasen escapar y poner en salvo. Que así suelen correr y atropellarse las cosas cuando la guerra, ó la urgente necesidad las estimula ó impele.

Aquí se le ofreció buena ocasion al fervoroso padre Belarmino de renovar los vivos deseos que habia tenido, y de confirmar los grandes propósitos que muchas veces habia hecho de ponerse del todo en las manos de Dios, y ofrecerle su vida si necesario fuese en defensa de su santa Fe y por el bien de sus hermanos. Y viendo con harto dolor que no le permitian quedarse en la ciudad, donde de tantas maneras amenazaba la muerte, hubo de salir de ella, lamentando su corta ventura; aunque consolándose con saber que en cualquiera otra parte era casi igual el peligro, y la muerte casi tan cierta: y que era mas que probable el haberla de encontrar por aquellos caminos, que todos estaban hirviendo de enemigos, y de innumerables ministros de la impiedad y fiereza. Al fin por hacer de su parte lo que Dios y los hombres le mandaban, y huir del peligro suyo y ajeno lo mejor que pudiese, mientras Dios no disponia otra cosa; salió con su compañero y tomó el camino de la ciudad de Duay; yendo á pié y muy debilitado y flaco, y con increible cansancio y quebranto; encontrando á cada paso millares de peligros y dificultades insuperables.

Pero no puede perecer ni aun peligrar el que lleva á Dios por su guarda y defensa, por mas que crezcan los

trances y se amontonen los peligros. Iba el Padre tan fatigado y quebrantado y tan sin aliento y color, que casi comenzó á desfallecer y rendirse del todo á la necesidad. Húbose de sentar un poco con su compañero á un lado del mismo camino; aunque con evidente peligro por los muchos de toda suerte que por él pasaban. Creció el sobresalto con otro repentino suceso. Porque estando allí respirando algun tanto, levantó acaso los ojos, y vió que sin reparar en ello se habian venido á poner debajo de una horca que allí estaba levantada para terror ó para castigo de los malhechores. Y pareciéndole que aquello era como un presagio y pronóstico cierto de la muerte y del martirio que Dios queria que padeciesen, dijo á su compañero: Buen ánimo, hermano, que segun entiendo esta horca está aparejada para nosotros.

Apenas habia acabado de decir estas palabras cuando vieron venir corriendo hácia ellos á toda priesa una carroza. Estuvieron suspensos á ver qué seria aquello, poniéndose de nuevo en las manos de Dios para vida ó para muerte: cuando vieron que era socorro que el mismo Señor les enviaba en aquel trance tan apretado. Porque los que venian en ella, aunque eran herejes, eran de la parte contraria del príncipe de Orange, y venian huyendo del comun enemigo. En llegando adonde estaba el Padre y su compañero se pararon, y les preguntaron qué tenian, y si habian menester algo. Y el cochero, que era católico y hombre piadoso y enemigo de los herejes (y teniendo antes devocion de oir misa cada dia, en aquel mismo tiempo por mostrarse mas contrario á la herejía habia hecho propósito de

oir cada dia dos, y de ayudar en cuanto pudiese con su pobreza á los sacerdotes, por ver que eran ellos á quien los herejes mas aborrecian) sabiendo del compañero, que el que estaba allí tan descaecido y sin poder dar un paso, era sacerdote, aunque disfrazado en el traje; juzgando que nuestro Señor le habia traido á las manos esta buena ocasion tan conforme á su buen propósito, la quiso aprovechar: y así le hizo lugar en su carroza con grandes muestras de caridad y piedad cristiana, y le llevó con los demás hasta ponerle fuera del peligro. Con lo cual pudo llegar libre y alentado á la ciudad de Duay.

En la cual aunque encontró otro peligro muy semejante al de la guerra, que fué una muy ardiente pestilencia; mas fué nuestro Señor servido que esta tampoco le tocase. Y deteniéndose allí algun tiempo, quiso el mismo Señor que el torbellino de Lovaina pasase muy presto, con lo cual se pudo volver á sus ordinarias ocupaciones, aumentado con nuevos merecimientos y colmado de nuevos beneficios del Señor.

Habiendo sabido este caso de boca del mismo Belarmino el eminentísimo cardenal Crescencio, lo testificó con juramento entre otras muchas cosas despues de su muerte, y concluyó con estas palabras: Libróse de la muerte por particular milagro; mas no por eso perdió la corona del martirio, al cual estaba ofrecido y expuesto con tanta prontitud.

Siete años habia estado en Flandes el padre Belarmino con las ocupaciones y trabajos que hemos dicho, y con el ejemplo de virtud y santidad que hemos apuntado. Y aunque era estimado sobre manera de todos,

y acariciado grandemente de los de casa, y él estaba contentísimo con lo que el Señor de él disponia; con todo eso le fué fuerza dejarlo todo y dar la vuelta para Italia. Porque con los muchos trabajos de los estudios, y con los rigores y asperezas de sus mortificaciones y penitencias, y con el temple de la tierra que no le era muy favorable, vino á enflaquecer el sujeto, gastar las fuerzas, y perder la salud de manera, que juzgaron y dijeron los médicos, que si se detenia allí mas tiempo, perderia muy presto la vida.

Los Superiores, que la estimaban en lo que era razon, avisaron luego á Roma á nuestro Padre General: el cual le mandó que se volviese á Italia, con esperanza que los aires naturales y la mudanza de ocupacion le habian de aliviar y dar salud. Y así pasados siete años (segun él mismo habia al principio profetizado) dejando la ciudad, la Universidad y el Colegio, en que tanto amor y estima habia experimentado, se partió la vuelta de Italia. Aunque su fama quedó y quedará para siempre muy viva y célebre en aquel país. Y en Lovaina en la Congregacion de todos los Santos guardan hasta hoy la cátedra en que leyó, en memoria y veneracion de un tan docto y santo varon.

Era fuerza hacer aquel viaje por tierras de herejes luteranos y calvinistas, los cuales tienen un odio mortal al hábito de los religiosos, y al nombre de sacerdotes. Y así persuadieron todos al padre Belarmino que para pasar sin manifiesto peligro se disfrazase y se vistiese de seglar. Húbolo de hacer: y así se puso muy á lo de caminante seglar, con su espada en la cinta, su arcabuz en el arzon y á este talle todo lo demás.

A poco espacio de camino se encontró con no sé cuántos herejes que por curiosidad de ver á Italia caminaban tambien hácia allá. Y como nuestro caminante tenia tan dulce y agradable trato y conversacion, gustaron de él grandemente, y le instaron á que se fuesen todos juntos hasta Italia; y á pocos dias le hicieron príncipe y patron del viaje, como es allí costumbre entre caminantes. Húbolo de aceptar todo: y para mas encubrirse en todo aquel camino se llamó con el nombre de Rómulo, que era uno de los tres que en el bautismo le habian puesto, y nunca le habia usado hasta esta ocasion. Importábale que no entendiesen los compañeros que era sacerdote, y por otra parte no queria dejar de cumplir con el oficio divino. Para esto usaba de una buena traza (porque la fina devocion y piedad no es menos ingeniosa y alentada que la necesidad). Cuando le parecia que se llegaba la hora de rezar, picaba á su cabalgadura, diciendo con mucha gracia, que como príncipe del viaje queria adelantarse é irles haciendo escolta para asegurarles el camino: y con esto se adelantaba lo bastante, y sacaba su Breviario y cumplia con su obligacion, y despues iba aguardando hasta que llegaban los compañeros.

De esta manera prosiguió su camino hasta pasar los Alpes, aunque sin sentir mejoría ninguna de sus achaques y enfermedades: y así iba muy flaco y perdido el color, y muy fatigado del camino. Mas luego que arribó á la vista de Italia, y comenzó á sentir los aires naturales, al punto visiblemente comenzó á sentirse mejor, de suerte que él en su disposicion, y los demás en el color del rostro conocian bien la mejoría.

Llegó al fin á Génova dando muchas gracias á Dios que le habia librado de tantos peligros. Y acompañando á sus camaradas hasta una hostería, les dijo que á él le era fuerza quedarse allí por entonces en casa de un amigo: y despidiéndose de ellos muy cortésmente, se fué á apear al colegio de la Compañía, adonde halló al Padre Provincial Francisco Adorno, del cual y de los demás padres y hermanos fué recibido y hospedado con aquella entrañable caridad que siempre ha usado y usa hoy nuestra Religion con admiracion y edificacion de todo el mundo. Quitóse el hábito de seglar y vistióse de religioso, dando muchas gracias á Dios de que ya se veia en parte donde con seguridad pudiese mostrar que lo era, y ejercitar libremente los ministerios de sacerdote. Púsose el dia siguiente á decir misa en nuestra iglesia, y estándola diciendo, acaecieron á entrar en ella los compañeros del viaje, que por curiosidad andaban viendo la ciudad y las cosas notables de ella: y viéndole y reconociéndole en traje y ministerio tan diferente, admirados extrañamente comenzaron á decir entre sí: ¡Habeis visto tal, que el señor Rómulo se ha vuelto jesuita y sacerdote! Eran estos, disfraces de la prudencia, y metamorfoses de la piedad y caridad cristiana: que para conservar su propia vida ó para conseguir la salud ajena, obliga ó persuade á los siervos de Dios y ministros de Jesucristo á encubrir y disimular á veces lo que son con las sombras y rebozos de lo que parecen.

En lo restante del camino tenia órden nuestro caminante de no pasar por Milan, temiéndose los Superiores no le quisiese detener allí el santo Cardenal y Arzo-

bispo de aquella ciudad Cárlos Borromeo: el cual por la grande opinion que habia cobrado de nuestro Belarmino le habia deseado y pedido diversas veces, para ayudarse de su industria en las grandiosas obras del servicio de Dios, en que su santo celo le empleaba (que no es pequeño testimonio y aprobacion suya que un tan santo Prelado ya desde aquel tiempo le estimase en tanto). Antes de llegar á Roma (que era el fin de todo su viaje) le habian mandado los Superiores que fuese á Montepulciano, no tanto para componer algunos negocios de sus deudos, segun ellos lo habian pedido, cuanto porque con los aires naturales, y con el temple en que habia nacido y se habia criado, recobrase la salud que tan gastada traia. Por las cuales mismas causas aun despues de llegado á Roma le hubieron de mandar volver otra vez á su misma patria.

Fué recibido de los suyos con extraordinario contento y alegría: y tanto mayor, cuanto, por haber tenido noticia de las revueltas de Flandes, y ningunas nuevas ni cartas suyas, estaban con grande recelo y aun casi tenian por cierto que los herejes le habrian quitado la vida. El tiempo que allí se detuvo, ayudó en cuanto le fué posible á los de su casa, y á los de toda la ciudad, especialmente en lo que tocaba al bien de sus almas: ayudando notablemente á esto el admirable ejemplo de su religiosa y santa vida, y al maravilloso agrado de su piadosa y celestial conversacion. Y á su hermano don Tomás Belarmino se tiene por cierto que con sus oraciones le alcanzó la salud y vida corporal. Porque viéndole muy apretado de una peligrosa enfermedad, se estuvo toda una noche en oracion suplicando á nuestro Señor,

que si convenia para su santo servicio le diese vida y salud. Y oyóle su Majestad de manera, que luego por la mañana se sintió el enfermo muy notablemente aliviado, y muy presto del todo bueno.

Con estas y con otras muchas obras de piedad, dejando á los suyos contentos, y á toda la ciudad muy pagada de su religioso modo de proceder, y sintiéndose él mismo muy aliviado de sus achaques y enfermedades, se partió de propósito para Roma: adonde Dios le llevaba, para ponerle, como á tan luciente antorcha, sobre un tan sublime candelero, y como á ciudad tan fortalecida, no menos que sobre los siete montes.

LIBRO SEGUNDO.

DESDE QUE VUELTO DE FLANDES LEYÓ LAS CONTROVERSIAS DE LA FÉ, HASTA QUE LE HICIERON CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo leyó en Roma las Controversias de la fé, y de la grande estimacion en que en este tiempo era tenido.

Entre los demás cuidados, dignos de un Pontífice sumo y pastor universal de las almas, que desde el principio de su pontificado tuvo la santidad de Gregorio XIII, de gloriosa memoria, uno fué y muy principal el de la reduccion de los herejes. Para lo cual entre otros muy saludables tomó por el mas eficaz remedio fundar en Roma diferentes colegios y seminarios de diversas naciones infestadas de la herejía; para que criándose en ellos mancebos de buenos naturales é ingenios, y siendo bien instruidos y enseñados en buenas costumbres y letras, pudiesen á su tiempo volver á su patria, y alumbrar en ella á los ciegos en sus errores y

vicios con la luz y resplandores de la Iglesia romana y católica. En órden á esto fundó entre los demás los dos insignes colegios, germánico y ánglico: para los cuales hizo despues venir de Alemania é Inglaterra buen número de nobles é ingeniosos mancebos, que en ellos se criasen y fuesen instruidos de la manera dicha, y armados con las fuertes armas de la sólida doctrina, para que despues pudiesen pelear varonilmente con los enemigos de la fe y gloriosamente vencerlos.

Para que esto mejor se consiguiese, los Padres de la Compañía de Jesus, á quien el Pontífice habia encomendado el cuidado de estos colegios, determinaron que en nuestro colegio y Universidad de Roma (que el mismo santísimo Pontífice poco despues magnificentísimamente fundó y dotó, y de su nombre se llamó Gregoriano) se pusiese una nueva cátedra y se leyese una nueva lecion de las Controversias de la fé; esto es, de las materias en que mas tropiezan los ciegos herejes en la santa Iglesia, y con que mas pretenden opugnar las verdades católicas que ella profesa, para que aquellos mancebos tudescos é ingleses, y todos los demás que habian de ir á pelear con los herejes fuesen bastantemente instruidos con estas armas tan necesarias. Y sólo tanto, y tan grande la riza que con la divina gracia se ha hecho por este medio en la herejía, como saben muy bien los que han andado por aquellas partes rebeladas contra la Iglesia. Los cuales se admiran extrañamente de ver lo mucho que los hijos y alumnos de nuestra Compañía de Jesús han hecho y hacen con estas celestiales armas en defensa de la fé católica, y ofensa de las huestes contrarias.

Era negocio bien dificultoso hallar un hombre que pudiese con satisfaccion regentar esta cátedra y leer esta leccion; porque para ella parece que se requerian talentos y caudales mas que de un hombre solo. Porque era menester que el tal maestro (además de tener gran luz de la teología escolástica y positiva, y de otras facultades y ciencias) tuviese bastante noticia de las principales lenguas; y que fuese muy versado en todas las historias eclesiásticas; y que supiese la Cronología universal de los tiempos; y finalmente que pudiese con método y con brevedad recoger y poner en órden tanto como se ha dicho y escrito de tantas y tan diferentes materias, para establecer y confirmar la verdad católica, y refutar y rebatir los errores contrarios. Y despues de haber pensado y consultado mucho sobre quién seria á propósito para este no menos trabajoso que lustroso magisterio, ninguno se juzgó que lo seria mas que el doctísimo Padre Belarmino, á quien la fama de su singular doctrina, y de la prodigiosa comprehension de tan diferentes ciencias y facultades tanto acreditaba y celebraba en todas partes.

Mandaron los Superiores de la Compañía que pusiese el hombro á esta carga: y él, aunque no ignoraba cuán pesada y trabajosa fuese, se dispuso luego para ella. Y comenzó lo primero á pedir á nuestro Señor la ayuda y favor necesario para tan grande obra y tan sobre sus fuerzas: y tras esto á aplicarse á los libros, y á recoger y juntar lo que de tan varias materias estaba esparcido en los santos y doctores, y á reducirlo todo á sus clases y materias ciertas y ordenadas. Comenzó su lectura por octubre de mil y quinientos y setenta y seis con

dichoso principio: y no lo fué menos el progreso y el fin. Porque no es creible la admiracion que causaba en los oyentes y en todos, ver con cuánta erudicion y profundidad, claridad y distincion, brevedad y método explicaba materias tan diferentes y tan dificultosas, y con cuánto peso de razones y autoridades las confirmaba.

Y aunque para cumplir con su ministerio y establecer sus resoluciones en las materias de las Controversias su principal estudio era el de la sagrada Escritura y el de los Concilios, y santos Padres, con todo eso en las ocasiones que se ofrecian no dejaba de dar muestras de lo mucho que alcanzaba en las sutilezas escolásticas. Por donde viéndole una vez disputar en la materia *de Trinitate* el Padre Gabriel Vazquez (que entonces leia teología en Roma, y antes y despues muchos años en Alcalá) se admiró mucho de su grande agudeza y sutileza de ingenio tambien en lo escolástico como en todo lo demás. Testimonio que se debe estimar en mucho, por ser de un hombre de los mayores de nuestro siglo y de muchos de los pasados; cuya valentía de ingenio, profundidad de entendimiento, fuerza de doctrina, variedad de erudicion, y grandeza de teología admiran los presentes, y venerarán los venideros.

La misma grandeza de ingenio y majestad de doctrina mostraba el Padre Belarmino en las materias morales y en casos gravísimos de conciencia que se ofrecian, y en otras muchas materias y facultades en que muchas veces era consultado.

Y como con esta eminencia de saber juntaba aquel agrado natural, y aquella llaneza y humildad tan sin-

cera y modesta y aquel resplandor de todas las demás virtudes, de que siempre estuvo adornado; no se puede fácilmente creer cuán amado y estimado era de todos los de casa y de fuera, y cuán respetado y venerado de las personas mas graves que habia en Roma y en otras partes, y cuán visitado de todos y consultado en los negocios mas importantes.

El cardenal Georgio Radzivil todo el tiempo que estuvo en Roma siendo mozo y ya Cardenal, le iba cada dia á oir sus lecciones, y oia de ordinario su misa, y le visitaba muy á menudo. Pero mayor fué la estimacion en que siempre le tuvo el Cardenal de Santa Severina, protector del Oriente, y cabeza de la Inquisicion: el cual solia decir muchas veces, que la Compañía no tenia hombre como Belarmino. Y así comunicaba muy frecuentemente con él todo lo que tocaba á los errores de las provincias orientales, y al Tribunal del santo Oficio. El Cardenal de Montalto, que despues fué Papa Sixto V, queriendo hacer una nueva impresion de las obras de San Ambrosio, se valió mucho del trabajo y consejo del Padre Belarmino. Y lo mismo podemos decir de otros muchos muy insignes Cardenales de aquel tiempo, como eran los Eminentísimos Carrafa, Gesualdo, Verona, y otros. Y el cardenal Valerio cuenta que eran muchísimos los Cardenales, y señores, y otros de conocida nobleza, sabiduría, ó virtud, que acudian al Padre Belarmino y le comunicaban y consultaban: y que todos sentian con su trato y comunicacion admirable consuelo y provecho. Y finalmente no se hacia entonces consulta de importancia á que no fuese llamado el Padre Belarmino, y en que su parecer no fuese muy

estimado, y comunmente seguido de todos los demás.

En tiempo de Gregorio XIII fué llamada á Roma una mujer de Nápoles que de muchos era tenida por santa; la cual por algunas novedades que queria introducir en aquella ciudad, dió ocasion para que el Pontífice la mandase ir á Roma para examinar y probar aquel espíritu. Vivia entonces San Felipe Neri, y Francisco María Tarugi, que despues fué Cardenal. Y á estas dos tan insignes personas y juntamente á nuestro Belarmino se cometió el exámen de aquella mujer por orden de Su Santidad. Y todos tres convinieron en que se podia permitir que se volviese á Nápoles, pero que no profetizase mas como lo solia hacer; y así se hizo.

A estos testimonios de la estima que los de fuera hacian del Padre Belarmino, quiero añadir otro doméstico, que no es pequeño. Habíanse de rever los insignes Comentarios sobre los Evangelios, y otros libros del Testamento nuevo que en diez y seis tomos tenia compuestos el Padre Alonso Salmeron, uno de los diez primeros compañeros de nuestro Padre San Ignacio, varon doctísimo y eruditísimo, y que con el Padre Maestro Diego Laynez habia sido teólogo de la Sede Apostólica en el Concilio Tridentino, y á la sazon vivia en Nápoles. Y como estos libros se habian compuesto tan á los principios de la Compañía, y entre tantas ocupaciones de su autor, tenian necesidad de quien los viese con cuidado y los censurase con rigor. No se hallaba persona que lo pudiese hacer como el Padre Belarmino, por su excelente doctrina y erudicion y comprehension de tantas cosas: y así le pedia en particular el Padre Salmeron. Con esto hubo de ir á Nápoles por

mayo de mil y quinientos y setenta y nueve: y en solos cinco meses vió con suma diligencia, y censuró con grande entereza todos aquellos grandes tomos (que es cosa de grande admiracion). Y porque cada dia por la noche solia acudir al Padre Salmeron con lo que habia notado digno de correccion, el santo viejo siempre se remitia á su parecer, y le daba entera facultad para que quitase ó pusiese en sus obras cuanto juzgase convenir, muy satisfecho de su buen juicio y acertada eleccion. Con esto dejando al autor muy contento, y á todos los que ahora leemos sus obras muy obligados, por haberlas él corregido y perfeccionado (ojalá las hubiera tambien dejado impresas desde entonces) se volvió á Roma por el otoño á proseguir el trabajo de sus Controversias.

CAPITULO II.

De cuán celebradas comenzaron luego á ser las Controversias de Belarmino, y de cómo por órden de los Superiores las hubo de imprimir.

Las lecciones de las Controversias de la Fe que el Padre Belarmino dictaba y sus discípulos escribian en Roma, se comenzaron luego á extender por varias partes, especialmente por las regiones septentrionales, con tanta fama y opinion, y con tanto aplauso y admiracion, que apenas habia persona de importancia que no desease grandemente ver sus escritos, y no procurase muy de veras tener algun traslado de ellos, aun-

que fuese con mucho gasto. Y todos cuantos los veian, decian á una voz, que aquella no era obra de hombre, sino de la Sabiduría del cielo; y que era doctrina irrefragable, y á quien no podian contradecir ni resistir ningunos adversarios de la fe; y que aquel era el único antídoto y contraveneno de todas las herejías, y el rocío y lluvia del cielo para templar y apagar aquel incendio de Babilonia. En efecto no se puede creer el ruido y eco que hicieron en las regiones mas apartadas, y el aliento y ánimo que dieron á los católicos, y el temor y sobresalto que causaron en los herejes; y finalmente la gloria y resplandor que acarrearon á la Iglesia Católica, y la fama y opinion que á su autor, y la honra y alabanza que á su Religion.

Testigos son hasta ahora todas aquellas provincias, que aun se acuerdan muy bien de lo que entonces en esto pasó. Pero conténtome al presente con el testimonio de los mismos enemigos. Entre los cuales Witac-Kero, grande hereje inglés, en el prólogo del libro *de verbo Dei* contra Belarmino, dice estas palabras:

«Entre los Jesuitas de algunos años á esta parte es muy célebre y famoso el nombre de Roberto Belarmino, italiano de nacion; el cual leyó primero Teología escolástica en Flandes, y despues las Controversias Teológicas en Roma con grandísima admiracion y aplauso universal de todos. Cuyas lecciones eran de sus discípulos oidas y escritas, y trasladadas y enviadas á varias partes con tanta ansia y estimacion, como si fueran algunas joyas ó tesoros muy preciosos, ó algunos contravenenos y preservativos de todos los males. Y al presente el Belarmino es celebrado de los suyos como

un luchador invencible, con quien ninguno de nosotros se atreverá á salir en campo, y á quien nadie podrá responder, y á quien si alguno presumiese que le podria vencer, seria de ellos tenido por loco.» Hasta aquí el hereje.

Síguele otro tal, que es Francisco Junio, calvinista francés, el cual atestigua de la grande opinion que Belarmino cobró en todas las provincias del Septentrion. Estando, dice, en Alemania la alta, oia alabar y engrandecer con notables encarecimientos á Roberto Belarmino de la Compañía que llaman de Jesus. Porque se decia que este autor habia tratado con mucha erudicion y doctrina muchas cosas tocantes á las materias de la fe en los libros de sus Controversias; y que muchos eran de parecer que ninguno de los nuestros se atreveria jamás á salir en campo para refutarlo, ni ponerse cara á cara con él, sin huir luego al punto de un tan esforzado combatiente. Y tras esto añade en el mismo lugar, que parecia cosa milagrosa los muchos que con ocasion de estos escritos de Belarmino habian intensamente deseado ver en ellos como en su fuente las materias controversas de la fé: y que eran innumerables los que en Alemania, Francia y Flandes no se hartaban de leerlos una y otra vez, sino que los volvian á ver y repasar cuatro y seis y mas veces. Lo cual á él le atormentaba sobre manera; porque muchos conociendo los engaños, errores y sofisterías de los herejes, que allí manifiestamente se descubren, se reducian á la verdad y sinceridad católica.

Viendo pues estos provechos tan grandes que de los trabajos y escritos del Padre Belarmino en todas partes

se seguian, muchas personas graves, piadosas y celosas juzgaron con mucha razon que los provechos serian mayores y mas universales, si aquellos trabajos se imprimiesen y pudiesen fácilmente venir á las manos de todos. Acudieron con esta demanda al Padre general de la Compañía, de quien sabian que Belarmino en todo y por todo dependia, y hiciéronle mucha instancia para que mandase, ó permitiese que aquellas obras se estampasen. Parecióle bien al Padre general (que de suyo era muy celoso del bien comun) y despues de haberlo bien mirado y considerado y encomendádolo á nuestro Señor, llamó un dia al Padre Belarmino, y le ordenó que lo mas presto que pudiese dispusiese sus lecciones y materias para que se pudiesen dar á la estampa, como muchos celosos del bien de la Iglesia lo deseaban y pedian.

No se puede fácilmente creer cuán de nuevo se le hizo al humilde Padre esta órden de su superior, y cuán corrido y atajado se halló. Porque jamás le habia pasado por el pensamiento, como él mismo lo dijo despues, el imaginar que sus trabajos fuesen dignos de salir á luz; y así nunca habia escrito una sola letra en órden á haberla de imprimir. Tanta era su humildad y modestia, que lo que en los ojos de todos era tan grande y tan admirable, en los suyos, por ser cosa propia, era tan pequeño y tan contentible.

Al fin como se lo mandaba el que él tenia en lugar de Dios, hubo de rendir su juicio y aceptar la órden que se le daba Y así desde luego se comenzó á aplicar con todas veras á este trabajo, y á poner en órden sus materias para la impresion; sin pedir á nadie que le ayu-

dase: y (lo que es de suma admiracion) sin querer que nadie le sirviese de escribirle ni de trasladarle una sola letra (teniéndose quizá por indigno de este alivio y ayuda) sino que él lo trabajó todo, y lo escribió solo de su mano. Y esta costumbre la guardó toda su vida, aun despues de ser Cardenal, que nunca tuvo compañero que le ayudase á estudiar, ni que le escribiese ó trasladase lo que él estudiaba y componia. Esto se ve hoy en innumerables opúsculos, sermones, pláticas, tratados y epístolas, y otras obras suyas; de las cuales buena parte tienen y guardan como por reliquia algunas personas graves, y otras se guardan en el archivo de nuestra librería del Colegio Romano; donde particularmente están los mismos tomos originales de las Controversias (fuera del primero, que alguno por inadvertencia le hizo pedazos) y otros muchos escritos de su mano, los cuales podria allí ver quien tuviese de ello curiosidad: cosa que como he dicho, causa grande admiracion, que un hombre tan ocupado en tantas cosas y tan varias, pudiese él por su mano escribir tanto, y que no quisiese ser aliviado de esta carga, que suele ser de las mas pesadas para los que tienen semejantes empleos.

He querido decir esto tan de propósito, para que se vea cuán poco fundamento tiene la calumnia con que algunos herejes han querido oscurecer el nombre de este insigne varon, diciendo y publicando por cosa muy cierta que los libros de las Controversias son trabajos de muchos hombres; y que Belarmino como mas ambicioso se los quiso apropiar á sí, y publicarlos en su nombre. Mejor dijeran que él solo, por muy parti-

cular don del cielo, recogió y tuvo en sí la ciencia y doctrina, caudales y talentos de muchos, y que como fiel y agradecido los quiso emplear enteramente en servicio de aquel Señor que se los habia comunicado.

En conclusion dentro de muy poco tiempo llevó á nuestro Padre General el primer tomo ya acabado, y se le puso en sus manos, para que hiciese de él lo que mejor le pareciese; diciendo, que á él le bastaba el haber obedecido. Viéronle y aprobáronle hombres muy doctos; y así se imprimió el año de mil y quinientos y ochenta y uno: y dos años despues salió el segundo tomo. Y bien presto hubiera salido el tercero si no se hubiera detenido por la jornada de Francia, de que á su tiempo diremos, y por otros impedimentos que ocurrieron. Pero al fin salió el año de mil y quinientos y noventa y dos: aunque algunos años despues de estos tres tomos aumentados algo mas, y enriquecidos por su mismo autor, se vinieron á hacer cuatro tomos de Controversias, dividiendo el primero en dos (y así andan hoy, además de otros tres bien grandes tomos de lo restante de sus escritos) con que quedó perfeccionada aquella obra; que si miramos el órden de las cosas, el peso de las sentencias, los testimonios de los santos, la noticia de las historias, la pericia de las lenguas, la firmeza y profundidad de la doctrina, y la elocuente y rara junta de claridad y de grandeza en el decir, y lo demás que se requiere para que una obra sea del todo excelente; se hallará que es la primera en aquel género. Así lo publica el comun sentir de todas las naciones. Y es bastante testimonio el ver que en solo Alemania se han hecho hasta ahora mas de veinte impresiones de

las Controversias; y todas han corrido por el mundo felicísimamente, y han sido y son estimadas y alabadas con las lenguas de todos; teniendo aplauso y alabanza no solo de los amigos y bien intencionados, sino tambien de los mismos enemigos y perversos herejes, como ahora mas en particular veremos.

CAPITULO III.

De lo que muchos hombres graves han alabado la doctrina del Padre Belarmino; y de lo que algunos maestros de los herejes han sentido de sus Controversias.

Nunca acabaríamos si quisiésemos referir lo que las personas mas graves y doctas de este siglo han estimado al doctísimo Padre Belarmino por su excelente doctrina; y los títulos y renombres gloriosísimos que le han dado, especialmente por sus admirables libros de las Controversias. Pero no será fuera de propósito apuntar aquí alguna cosa, siquiera para que los que no le conocen leyendo sus obras, á lo menos oyendo sus alabanzas estimen á este grande Doctor, que Dios en estos últimos tiempos se ha dignado dar á su Iglesia.

El Papa Inocencio IX (como él mismo lo dijo al cardenal Augustino Valerio, Obispo de Verona, grande amigo de nuestro Belarmino) estaba determinado de hacerle Cardenal por lo bien que habia trabajado en las Controversias en defensa de la santa Iglesia. É hiciéralo sin duda si la muerte tan apresurada no se lo hubiera estorbado. No es menos sino mas ilustre (y por

ventura ilustrísimo entre cuantos se han dado á Doctor particular) el testimonio de Clemente VIII, que le dió el capelo, como despues veremos. El cual nombrando á nuestro Belarmino entre los demás Cardenales que entonces creó, la razon principal que le movia á elegirle, dijo que era, porque en la doctrina no tenia otro semejante la Iglesia de Dios. *Hunc eligimus*, dice, *quia non habet parem Ecclesia Dei quoad doctrinam.*

El Eminentísimo Cardenal de Perona, tan estimado como todo el mundo sabe por su singular doctrina, y por lo mucho y bueno que escribió contra los herejes, siempre que iba á visitar á Belarmino siendo ya Cardenal, le llamaba á boca llena *Maestro*, y decia á los que le acompañaban, *Eamus ad Magistrum.* Y en una carta muy docta y grave que le escribió, dando razon de sí por una calumnia que algunos malévolos le habian levantado de que no sentia bien de las Controversias de Belarmino; entre otras muchas alabanzas que con juramento le dice, afirma que él siempre ha profesado y mostrado estimar en mas los dichos libros de las Controversias que cuantos se han escrito en defensa de la Iglesia católica de mil años á esta parte. Y que todo lo bueno que se halla en los escritos de estos últimos quinientos años, está recogido en estos libros, y otras muchas cosas de nuevo, que en ninguno otro se hallan. Y que por esta estima que de ellos tenia, y por el provecho que juzgaba habian de hacer á cuantos los leyesen, él los habia hecho traducir de latin en francés, y los queria hacer imprimir á su costa en aquella lengua, para que todos los herejes de Francia los pudiesen leer y entender mejor.

El Cardenal de Dietrichstain es de parecer que se puede con razon decir (como San Jerónimo decia de los libros de San Hilario) *Bellarmini libros in offenso decurras pede:* por no haber en ellos cosa en qué tropezar. El Cardenal de Sourdis poco despues de la muerte de Belarmino le llamó estrella resplandeciente, martillo de los herejes, y la cima de los teólogos de este siglo. *Si sidus illud, quod nuper occubuit, in humanis degeret: Bellarminus ille, malleus hæreticorum, et vertex Theologorum hujus sæculi, quid diceret?*

El cardenal Ubaldino era de opinion que le podian llamar el Atanasio y el Agustino de esta edad; y que la divina Providencia le habia dado á su Iglesia para confundir y convencer á los herejes. Y de este parecer eran muchos de los Eminentísimos Cardenales. Y entre los demás le da muchos y muy gloriosos renombres el cardenal Felix Centino por estas palabras: *Illum sané non immeritó dixerim appellandum hæreticorum malleum, sanctæ Ecclesiæ propugnaculum, Christianæ Fidei columen, Catholicæ veritatis assertorem et vindicem. Hæc illa merentur opera, grandiore fœtura ingenii progenita, ac flumine literarum è præcipuis sacri eloquii, sanctorumque Patrum fontibus corrivato inundata.*

Julio Sansedoni, obispo de Grosseto, en la vida que escribe del B. Ambrosio Sansedoni llama á Belarmino, el príncipe de los escritores de nuestro siglo; y á sus libros: Armería ó atarazana de la Iglesia militante. Y Guillelmo Tailero en una carta que escribe desde Inglaterra, tomándolo de San Jerónimo á Nepociano, llama elegantemente el pecho de Belarmino: *Bibliothecam Christi.* Y finalmente el Padre Pedro Coton de la Com-

pañía de Jesus, persona de grandísima autoridad en Francia, afirma que era tanta la que Belarmino y su doctrina tenia en aquella provincia y en la de Inglaterra, que lo mismo era decir que uno era Belarminista que papista, y lo propio que seguia la doctrina de Belarmino que la de la Iglesia católica. Y así le dice en una carta que le escribe: *Quando scripta illustrissimæ Dominationis vestræ defendimus, causam Dei et Ecclesiæ tuemur, utjam in Gallia, et Anglia idem sit Bellarminista, quod papista, quem admodum antiquitus pro eodem ponebatur Athanasii confessio, et Fidei Catholicæ professio.*

Estos son algunos de los muchos testimonios honoríficos que de la doctrina de Belarmino han dado algunas personas graves y piadosas. Aunque no sé si en esto harán mas fé los de los mismos enemigos, que obligados y compelidos con la fuerza de la misma verdad vinieron á confesar lo que no quisieran, de la grande sabiduría de nuestro insigne Doctor. Sea el primero Teodoro Beza, capitan y maestro de las herejías de Ginebra: el cual habiendo visto el primer tomo de las Controversias de Belarmino, y leido lo que en él escribe de la autoridad del Sumo Pontífice, no se pudo contener que no dijese á voces: *Este solo libro nos echa á todos por tierra.*

El segundo testigo sea el inglés Witac-Kero, que arriba citamos, el cual viendo salir á luz las Controversias de Belarmino, aunque mostró alegrarse por la curiosidad de ver lo que contenian, pero en viéndolas, cobró tanto temor del estrago que en los de sus sectas habian de hacer, que luego se determinó de poner una nueva cátedra, y leer una nueva leccion de Controversias en la Universidad de Cantabrigia, para procurar refutar

de propósito á Belarmino, y cumplir siquiera en alguna manera con sus naturales, fingiendo y publicando que del todo le refutaban y convencian. Y la misma traza se tomó poco despues en la Universidad de Oxonio.

Y en la corte, y en todas las demás partes de Inglaterra tienen siempre gran cuidado los predicadores y ministros de hablar largo contra Belarmino, para desacreditarlo con el pueblo: y no les parece que es buen predicante, ni que merece aplauso ni alabanza alguna de los oyentes, el que no lleva algun buen punto contra Belarmino, y el que no le sabe bien morder y calumniar. En efecto le miran todos los herejes como al mayor de sus enemigos, y como á quien mas necesidad tienen de contrastar ó desacreditar en la manera que les fuere posible (que no es pequeño argumento de la grandeza y excelencia de nuestro gran Doctor). Y aun es ya refran comun entre ellos, cuando ven á alguno muy retirado y pensativo, decir: Sin duda que este anda pensando y maquinando alguna cosa contra Belarmino. Y finalmente todos comunmente se lamentan que despues que Belarmino salió á luz, sus sectas no levantan cabeza, antes se ven desacreditadas y desvalidas.

Pero con todo eso no faltan otros de los herejes de mas nombre que claramente le alaban y engrandecen. Pongamos solamente las palabras de dos de ellos, y acabemos con esto este capítulo. El uno sea Tomás Morton, obispo y grande hereje en Inglaterra, y el otro el sobredicho Witac-Kero. El primero dice así: Démosle á Belarmino la agudeza de ingenio, concedámosle la pericia de las lenguas, reconozcamos en él una erudicion exquisita de las letras humanas; y si alguno qui-

siere, una grande inteligencia de la Teología escolástica, no se la neguemos. Esto es del primero. El segundo habla mas de propósito y con latin bien afeitado y compuesto, y sus palabras son estas hablando de nuestro escritor: *Illum judicavi virum sane doctum, ingenio felici, judicio subtili, lectione multiplici præditum: qui soleret etiam apertius ac simplicius agere, quam reliqui consueverunt Papistæ, et argumentum pressius urgeret, et arctius ad causam adhæresceret. Sic enim homo eruditus in scholis, et Controversias ex instituto tractuas, in argumento totus, missis circuitionibus et ambagibus, versari, hærere, habitare debuit. Cumque legisset, quos hactenus libros quisquam de his causis scripserit, eas argumentationes, responsionésque selegit, quas valere plurimum, et nervosiores esse judicaret.* Y en el mismo lugar habiendo dicho que no habia podido entender en otros escritores cuál fuese el sentimiento comun de los católicos, y el parecer de la Iglesia romana en algunas materias, añade: *Nunc edito Bellarmino, melius et certius cognoscemus, quid illi in quaque causa teneant: quibus potissimum argumentis nitantur, et quæ sit ipsa quodam modo Papismi medulla: quæ non magis in Papa ipso, quam in Jesuitis inesse creditur.* Todo esto y mucho mas dice este hereje. Y esto baste para que se entienda el sentimiento que los enemigos tenian de las Controversias del doctísimo Padre Belarmino. Ahora creo que será de gusto y entretenimiento saber las calumnias y mentiras tan extrañas con que pretendieron desacreditarle entre los suyos.

CAPITULO IV.

De los falsos testimonios que por causa de las Controversias le levantaron los herejes y de lo que por ellas y por otros libros suyos le calumniaron otros enemigos.

Como los admirables libros de nuestro Belarmino abrasaban tanto á los enemigos de la verdad y Religion, y convencian tan claramente sus impiedades y errores, y los echaban por tierra tan valientemente; viendo que con todas sus fuerzas juntas no los podian contrastar, ni con todas sus mañas oscurecer la verdad que en ellos tanto resplandecia, se acogieron á otras armas, que entre ellos son ordinarias, que fueron, procurar con ficciones y mentiras, desacreditar la persona de su autor, sembrando y esparciendo por todas partes cosas tan horribles y sucesos tan trágicos de él, que no solo bastasen á hacerle odioso entre los suyos, sino tambien formidable. Largo seria de contar lo que atrevida y desbocadamente fingieron y publicaron. Pero no se excusa el apuntar algo. Y sea lo primero, lo que muchos años antes que Belarmino muriese, predicaron muchas veces en sus púlpitos y publicaron en sus escritos: conviene saber, que él mismo, reconocido de su yerro y de lo mal que habia hecho en impugnar la verdad evangélica (que así llaman los miserables á su herejía) se habia desdicho y retractado públicamente, y vuéltose calvinista: y que por esta causa el Papa le habia hecho prender y le habia quitado la vida.

De esta mentira se vale él mismo respondiendo el

año de mil y seiscientos al rey de Escocia, que despues lo fué de Inglaterra, mostrando grandísima lástima de ver que un rey de buen natural y entendimiento esté tan léjos de la verdadera fé y de la religion de sus progenitores, y se deje tan pueril é inconsideradamente engañar de aquellos que le despeñan en su perdicion. «Hanme referido (dice) personas dignas de fé, que en ese reino de Vuestra Majestad los ministros predicando han dicho algunas veces desde el púlpito, que yo me habia desdicho y retractado de todo lo que en mis libros tengo escrito en defensa de la fé católica contra los luteranos y calvinistas, y que tras esto me habia vuelto de su secta; y que por esta causa el Papa me habia hecho prender aquí en Roma y justiciar públicamente. Pues si mentiras como estas, que con tantos millares de testigos se pueden convencer y refutar, se atreven á fingir esos ministros; ¿qué harán en otras cosas mas oscuras y menos patentes? Yo por la gracia divina ni una sola sílaba he mudado de todo cuanto tengo escrito contra los luteranos y calvinistas; y con el favor de Dios no solo no la mudaré, antes toda mi vida hasta la última respiracion tendré en mi corazon la fé católica, y la defenderé públicamente de palabra y por escrito. Y no solamente estoy vivo, sino que vivo aquí en Roma á vista de todo el mundo y con dignidad harto mayor de lo que yo deseaba; porque mi deseo era estarme retirado y abatido en la casa de mi Dios: pero quiso aquel Señor, á quien todas las cosas obedecen, ponerme en este puesto tan sublime, sin desearlo ni procurarlo yo, antes huyendo y rehusándolo.» Con estas razones tan patentes deshizo aquella calumnia, y mostró su

celo y dolor de la perdicion de aquel rey y de sus vasallos.

Mas no se contentan los herejes con mentir como quiera: otros hubo que á las mentiras añadieron calumnias y falsos testimonios muy horribles y feos. Atreviéronse á escribir y estampar y publicar por cosa muy cierta, que se habia hallado un largo papel de mano de Belarmino, en que tenia escritos todos sus pecados, para irlos á confesar á la penitenciaría de Nuestra Señora de Loreto: y que llegándose á confesar no le habian querido absolver por ser los pecados tantos y tan enormes: y que por esta causa se habia desesperado y quitádose la vida. Esto imprimió en Polonia un hereje que se llamó patron de los Torunenses; contra el cual escribió el Padre Georgio Tiskievic de la Compañía de Jesus, año de mil y seiscientos y quince. Lo mismo hubo tambien de hacer el Padre Jacobo Gretsero contra otro hereje, que tambien publicó que Belarmino viéndose cargado de gravísimos pecados se habia ido disfrazado á Loreto para confesarse. Y son tales y tan feos los que el desvergonzado hereje atribuye al santísimo varon, que por ellos afirma que mereció que le sucediese allí una cosa muy horrible.

Dice que habiendo estado tres horas continuas en la santa Capilla haciendo oracion y levantados los brazos al cielo, pidiendo perdon de sus culpas, la imágen de nuestra Señora, abominando de tantas maldades, visiblemente se le habia vuelto de espaldas, sin quererle oir ni mirar: de lo cual espantado extrañamente Belarmino cayó en una mortal enfermedad, y desesperado comenzó á dar bramidos como leon; y que vino un con-

fesor, al cual le dió el papel de sus pecados para que le leyese, estando él entretanto tendido en el suelo cosida su boca con la tierra esperando la penitencia: mas que juzgando el confesor que tales pecados no podian tener absolucion, le arrojó el papel delante de sus ojos y se fué: y que viendo Belarmino que sus culpas eran tan grandes que no habia quien le pudiese absolver, cercado de congojas y angustias mortales, se quitó él mismo la vida miserablemente. Finalmente añade que un Juan de Montgado, que dice era secretario de Belarmino, fué ajusticiado en Roma, so color de haber falseado unas letras apostólicas, pero á la verdad por haber publicado aquel papel de la confesion de Belarmino, por el cual se habia comenzado á divulgar sus enormes pecados.

Mentiras y calumnias eran estas que se pudieran bien fácilmente averiguar y convencer, como en efecto se hizo, viviendo en aquel mismo tiempo y muchos años despues en Roma y á vista de todo el mundo el que ellos entre los suyos tan horriblemente con sus lenguas y plumas despojaban de la vida. Pero el odio y envidia de los herejes es del todo ciego, y no repara muchas veces en fingir, aun cuando de la ficcion no ha de sacar otra cosa mas que su propio descrédito y confusion. Y ojalá esta pasion se quedara solamente entre los herejes. Pero añadamos otro suceso consiguiente á los pasados.

Estaban algunos senadores de la ciudad de Dantisco en buena conversacion con el R. P. Fr. Filipo Adlero, Prior del Monasterio Cisterciense de aquella ciudad. Y algunos de ellos, que eran herejes, comenzaron á con-

tar algunas de las cosas sobredichas de Belarmino, afirmando que eran verdaderísimas. Replicó el Padre Prior que no era posible, porque él estaba informado de personas muy fidedignas de la loable vida y santas costumbres de Belarmino. Estando dando y tomando sobre esto, acaeció á llegar allí un Judío que era recien venido de Italia. Mandáronle entrar; y el Padre Prior le comenzó luego á preguntar, si sabia algo de Roma? qué habia de nuevo por allá? si tenia noticia del cardenal Belarmino? si era vivo ó muerto? qué se decia de él? qué vida hacia? qué opinion se tenia en la corte de sus costumbres? etc. Estaban todos los senadores esperando con grande ansia la respuesta, pareciéndoles que un hombre de secta tan contraria no podia dejar de darla muy á su propósito. Y él sin hacer mudanza ninguna respondió con mucha paz, que él venia de Italia y que habia estado muy poco habia en Roma, y habia visto por sus ojos á Belarmino vivo y sano. Y en cuanto á lo que me preguntais de su vida y costumbres (añadió el judío) yo os aseguro que si todos los católicos viviesen como vive Belarmino, no quedaria ningun judío que no se hiciese luego cristiano: porque es un espejo de santidad é inocencia á toda la ciudad de Roma. Con esto se acabó la altercacion y porfía tan en favor de Belarmino y de la verdad.

Casi otro tanto dijo otra vez un hereje en otra ocasion bien semejante. Que si todos fueran como Belarmino, no quedaria ninguno que no se hiciese luego católico. Y esto es lo que decia antiguamente San Juan Crisóstomo, homil. 10 in 1 ad Timoth., que si los cristianos fuéramos los que debíamos, no quedaria en el

mundo quien no siguiese nuestra religion. *Nemo profecto gentilis esset, si ipsi, ut oportet, christiani esse curaremus: si Dei monitis et scitis obtemperaremus. Nemo, inquam, esset ita fera bellua, ut non statim ad cultum veræ religionis accurræret, si videret, hæc ab omnibus fieri.*

Contáronle á Belarmino aquellos dos dichos del judío y del hereje: y refiriéndolos él en una conversacion familiar á sus amigos, añadió con mucha gracia: Basta que tengo ya yo dos testigos para mi canonizacion, un judío y un hereje: no me falta sino el tercero, que sea algun turco ó pagano. Lo cual si bien él lo decia por donaire, pero no deja de tener mucha fuerza lo que movidos del comun sentir y llevados de la fuerza de la verdad dicen á veces los extraños y enemigos.

Esto es algo de las calumnias con que los herejes procuraron oscurecer al que con los resplandores de tan clara doctrina é inocencia tanto deshacia sus tinieblas. Pero como la envidia á nadie perdona, y como en todas partes se suelen hallar algunos en quien la caridad no está en su punto, ó el celo no tiene su moderacion; entre los mismos católicos, y en medio de la misma Roma, alcázar de la fé y de la verdad, no le faltaron á nuestro Belarmino émulos y contrarios que le procuraron descomponer y desacreditar.

Habia algunos en Roma que sentian grandemente que Belarmino, aun antes de ser cardenal, fuese tan estimado y celebrado, y tuviese tanta opinion y autoridad. Vicio propio de pequeños y cortos caudales, que juzgan por menguas y desmedros propios las creces y aumentos ajenos. Crecióles mas este sentimiento con

ver que el Papa Sixto V le enviaba á Francia (como despues veremos) por teólogo del Cardenal Enrico Gaetano, que iba por Legado á aquel reino sobre negocios de grandísima importancia. Sucedió que estando en Francia, el Pontífice se comenzó á disgustar con el Legado; y en parte tambien con los que le acompañaban, por parecerle que no trataba aquellos negocios por el modo que Su Santidad quisiera (si bien el Padre Belarmino jamás quiso entremeterse en los negocios temporales y políticos, como á su tiempo se verá). El disgusto y sentimiento del Pontífice vino á ser muy grande, y juntamente á divulgarse y extenderse por toda Roma. Parecióles esta buena ocasion á los émulos de Belarmino para sus intentos: y así comenzaron á esparcir entre los de la corte romana con harta sagacidad, y á decir en las orejas del Pontífice con harta lisonja, que con la doctrina de Belarmino se le disminuia al Vicario de Cristo la autoridad y potestad que el mismo Señor le habia dado en la tierra para firmeza y resplandor de la santa Iglesia: y que esto mas particularmente era así con lo que escribia en el libro 5 *de Romano Pontifice*, acerca del dominio que el Pontífice tiene sobre las cosas temporales. Soplaron tan apriesa este fuego, aprovechándose del sentimiento que dijimos, y asimismo de la ausencia del Padre Belarmino, que sin mas averiguar se mandaron recoger sus obras, y que se tuviesen por prohibidas hasta tanto que se expurgasen, y que luego se pusiesen en el Indice de los libros prohibidos. Pero no duró mucho esta borrasca; porque con la muerte del Pontífice, que muy presto se siguió, cayeron los adversarios de Belarmino. Y la sa-

cra Congregacion de los Cardenales, sin que él hiciese instancia ni diligencia alguna, ordenó que luego fuese su nombre quitado del Indice, y que sus libros corriesen como era razon, pues no habia en ellos cosa que lo debiese impedir. Y así se volvió todo al estado que antes tenia y con mucha mayor gloria y alabanza.

Casi de la misma manera fué otra tormenta que se levantó en Francia el año de mil y seiscientos y diez, siendo ya Cardenal, por ocasion de un tratado de la potestad del Pontífice sobre las cosas temporales, que escribió contra Guillermo Barclayo. El cual á instancia de algunos del Parlamento de París se prohibió en aquella corte. Sintió Belarmino como era justo esta sinrazon; y escribió á la Reina madre (que por la muerte de Enrique IV habia quedado con el gobierno del reino) trayéndola muchas y muy eficaces razones al propósito. Por lo cual Su Majestad hizo dar al Cardenal entera satisfaccion por medio de su embajador en Roma, y avocando á sí la causa á instancia del Nuncio apostólico que estaba en París, puso perpetuo silencio á los contrarios, y mandó que el libro corriese, por ser de sana, católica y piadosa doctrina.

Semejante suceso tuvo otra mas disimulada y así mas peligrosa calumnia que padeció sobre los admirables libros de las Controversias, que algunos grandes y muy astutos émulos con capa de celo y de prudente cautela quisieron maliciosa ó neciamente desacreditar y desdorar, publicando falsamente que algunas personas muy doctas y experimentadas, y especialmente el doctísimo Cardenal de Perona, no sentian bien de aquellos libros, y que juzgaban ser ocasion de muy graves daños en la

Iglesia. Pero esta calumnia, aunque comenzó á hallar lugar en los ánimos de algunos, muy presto se deshizo y desapareció, así por una gravísima carta que el mismo Cardenal de Perona escribió, refutando este falso testimonio que le levantaban, con muchas y muy sólidas alabanzas de las Controversias; como mas principalmente con el sentir comun de todo el mundo, y con las aprobaciones y aplausos de las provincias y naciones enteras, que experimentando innumerables provechos en aquellos libros, los han estimado y venerado siempre como venidos del cielo. Y así lo que se siguió de estas y de algunas otras calumnias y contradicciones, que en diferentes tiempos se levantaron contra algunos libros y doctrinas de este sapientísimo Doctor, fué quedar siempre la verdad mas conocida y estimada, y los libros mas alabados y aplaudidos, y el autor mas venerado y engrandecido, y tenido por uno de los mas doctos y provechosos maestros que la Iglesia ha tenido en muchos siglos.

CAPITULO V.

De la observancia regular y virtudes religiosas con que en estos tiempos vivia.

De dos cosas que Cristo nuestro Señor quiso que tuviesen los grandes de su reino, que son hacer, y enseñar (de las cuales la una pertenece á la virtud, y la otra á la doctrina) parece que en la segunda nos hemos detenido algo mas, tratando de nuestro Belarmino, con

ocasion de sus Controversias y de los demás libros doctísimos que escribió. Pero no será razon que por eso nos olvidemos de la primera, que es de mucha mas estima, esto es, de la virtud y santidad; la cual en este tiempo, y en todos los demás de su vida, resplandecia mucho mas que la doctrina en este piísimo y ejemplarísimo Doctor, y le hacia á todos mas admirable y venerable. De esto hemos de decir mucho en lo que resta de su vida: al presente creo que bastará apuntar brevemente algo de las virtudes religiosas y del ejemplar modo de proceder con que en este tiempo que estuvo en el Colegio Romano vivia.

Y lo primero pudiéramos aquí repetir lo que apuntamos arriba de su religioso modo de vivir en Lovaina; porque es cierto que no solamente prosiguió en Roma con el mismo tenor de observancia y ejemplo, sino que se adelantó mucho mas con pasos de alentadísimo gigante; y que aquella imágen de virtud y santidad que allí tenia dibujada y como en bosquejo, aquí la perfeccionó y con realces y primores celestiales y divinos la retocó: de suerte que las personas ma cuidadosas de su bien, y mas deseosas de agradar al supremo artífice, se podian mirar y remirar en este perfectísimo ejemplar, y trasladar en sí un retrato de toda virtud y perfeccion.

Traia un perpetuo y vigilantísimo cuidado de la guarda de su corazon, y del recogimiento interior de su espíritu, considerando siempre en todo presente á nuestro Señor Dios, y procurando hacer todo cuanto hacia, á contento y satisfaccion de aquellos divinos ojos, que todo lo ven y juzgan: á él solo temiendo y respetando, y á él solo amando y deseando agradar; pidiéndole con-

tinuamente su favor con ardientes y abrasados deseos del corazon; y gozándose con generosos afectos de hijo, de sus infinitas perfecciones y grandezas; y rindiéndole continuas y humildes gracias por los inmensos beneficios y singulares consuelos que de su divina largueza perpetuamente recibia.

Y aunque tan continuamente se entretenia en estos interiores afectos y dulces coloquios con su Dios, guisando y sazonando con ellos las ocupaciones mas exteriores, no por eso dejaba de tener sus tiempos muy largos de dia y de noche dedicados del todo para el trato de su Dios, con varios ejercicios de oracion y meditacion, leccion de vidas de santos y otros libros de devocion, exámenes cuidadosos de su conciencia, y otras muchas cosas de piedad, que fuera largo de especificarlas; sin faltar tampoco sus tiempos para las disciplinas, y otras muchas asperezas corporales. En todas las cuales cosas tenia tanto teson y perseverancia, que por muy ocupado que estuviese, ó por muy cansado que anduviese, jamás habia de faltar en ellas, ni las habia de apresurar ó menoscabar un punto: aunque le hubiese de faltar el tiempo para el comer y para el reposo mas necesario de su cuerpo.

Entre las demás vidas de los santos, que frecuentemente leia, gustaba mucho de la del Seráfico Padre San Francisco que escribió San Buenaventura (porque toda su vida fué muy devoto de este santo Patriarca, y hablaba muy de ordinario de sus virtudes y excelencias, y se holgaba mucho de decir misa en su altar). Tambien gustaba de la vida de Santa Catalina de Sena, por las grandes mercedes y regalos que esta santa habia reci-

bido de nuestro Señor. Pero el libro que mas ordinariamente leia era aquel librico de oro de la Imitacion de Cristo, que comunmente se llama *Contemptus mundi:* como él mismo lo dice hablando de él en el libro de los Escritores Eclesiásticos por estas palabras: Yo desde mi mocedad hasta la vejez he leido y releido muchísimas veces este libro, y siempre me ha parecido nuevo, y hasta ahora siempre me da notable gusto. Y es así verdad que este pequeñito volúmen (pequeño digo en la cantidad, pero muy grande en la calidad) tiene un no sé qué de espíritu y aliento soberano, y de jugo y destello celestial, cual despues de la sagrada Escritura no se halla en otros escritos.

Este trato tan continuo con Dios y esta santa leccion de libros devotos le alentaba y espoleaba para adelantarse y perfeccionarse cada dia mas en todas las virtudes, y mas particularmente en las que son mas propias de un religioso.

En la obediencia (que es la reina de ellas) se esmeró con tanto extremo, que jamás le vió ninguno repugnar ó contravenir no solamente á la voz y mandamiento del Superior, pero ni á su voluntad y deseo, en cuanto con su diligente cuidado la pudo prevenir ó adivinar.

¿Quién no se admirará de lo que arriba dijimos (y no es inconveniente que muchas veces lo digamos, pues toda su vida lo tuvo, y el Colegio Romano tan de espacio lo consideró) que de tantas y tan menudas reglas como tiene nuestro Instituto, jamás se haya hallado alguno que viese ó supiese que el Padre Belarmino en todo el tiempo que entre nosotros vivió quebrantase ó ensanchase alguna por mínima que fuese ó pareciese?

ya no me espanto que llegase á la perfeccion y santidad que llegó.

Y no solamente cumplia las reglas y órdenes que á él le tocaban, sino tambien aquellas de que él estaba totalmente excusado ó que pertenecian á otros. Venia una vez de Frascati bien cansado, y entrando en casa oyó que tocaban á comer; y porque aquel dia (conforme al órden y costumbre que en la Compañía hay de que todos sin excepcion se ejerciten en oficios humildes) le tocaba á él ayudar en aquella hora y servir en la cocina; aunque pudiera fácilmente entender que en aquella ocasion no le obligaba aquella obediencia, como era la verdad; con todo eso quitándose el manteo, sin entrar en su aposento, se fué derecho á la cocina para cumplir con aquel humilde ministerio. Y aunque sabia muy bien que la regla de hablar en latin no obliga á los maestros sino solamente á los estudiantes; con todo eso cuando algun discípulo le venia á hablar ó comunicar algo á las horas de la regla, siempre le respondia en latin. Y no menos hacia esto cuando alguna vez el estudiante se olvidaba de su regla, ó por alguna otra causa le queria hablar en lengua vulgar; que tambien le respondia en latin, avisándole de camino con esta traza blandamente de su obligacion. Y finalmente en esta materia de obediencia era tan menudo y puntual, que no hay novicio tan fervoroso ó tan escrupuloso que se le pudiese comparar. Y eran de manera las cosas en que á veces reparaba, que algunos las pudieran tener por nimiedades y demasías; pero no eran sino efectos y afectos de aquel ánimo fervoroso y diligente, que en el servicio de su Dios, y en la guarda de sus manda-

mientos y consejos nada despreciaba, sabiendo que para ser fiel en lo mucho es importantísimo serlo en lo poco.

No era menor el cuidado que ponia en aventajarse en la santa pobreza, mostrando siempre la estima que de ella tenia en sus ordinarias conversaciones, y mucho mas con sus continuos ejemplos. Y no se contentaba con guardar la sustancia del voto, que consiste en no usar de cosa alguna sin licencia del Superior, ni retenerla como propia, sino que procuraba muy diligentemente alcanzar el fin que el Hijo de Dios tuvo en enseñarnos con tan admirables ejemplos esta excelentísima virtud: que fué para que nuestros corazones despegados y desasidos de las cosas terrenas, pudiesen sin impedimento volar á las celestiales, y descansar quieta y sosegadamente en su Dios. A este blanco miraba la pobreza del Padre Belarmino, y no menos á asemejarse á aquel Señor, que siendo tan rico se hizo por nosotros tan pobre: y así se holgaba de padecer falta y mengua en muchas cosas de las muy lícitas, y aun de las muy necesarias. Y tenia una santa envidia á los hermanos legos, que en las religiones se pueden pasar con menos cosas: y no tienen necesidad de libros, ni de andar cargados de cartapacios y papeles, y otras cosillas de este porte: y consiguientemente pueden imitar mas estrechamente la pobreza del Hijo de Dios.

Y en esta materia de libros era de grande edificacion y admiracion lo que él hacia; que con ser hombre tan estudioso y tan docto, y ser tan natural en los tales el gustar de tener grandes y copiosas librerías; él nunca queria tener en su celda mas de los libros muy nece-

sarios; y muchas veces llevaba él mismo al librero los que le parecia que no le eran del todo forzosos, para que los repartiese á otros que tuviesen de ellos mas necesidad: gustando de ir muchas veces á la librería comun no con poca incomodidad y trabajo, á trueque de no tener consigo cosa que pudiese parecer algo supérflua y que pudiese descantillar un punto la perfeccion de la santa pobreza.

Una vez haciéndose en el Colegio Romano (como de cuando en cuando se suele) renunciacion en manos del Superior de algunas cosillas y alhajuelas menos necesarias y niñerías que á veces se suelen pegar al corazon, y deslustrar algo el resplandor de la perfecta pobreza, y despego de todas las cosas; el Padre Belarmino no pudo hallar en su persona, ni en su celda cosa ninguna que poder ofrecer, sino eran unas reliquias que por su devocion traia consigo: edificándose mucho el Superior y todos los demás, de ver una pobreza y desasimiento tan grande en un hombre que tanto pudiera tener.

Y esto mismo guardaba en todas ocasiones, y mas cuando fué Superior, no gustando de tener ni recibir nada, ni aun algunas cosas de devocion que le daban ó enviaban, ni para fin de dar á otros, como algunos suelen: antes decia que con no tener nada, se libraba de la obligacion de darlo, y hallaba mayor paz y quietud en su espíritu; la cual algunas veces quitan, ó perturban estas cosillas, aunque habidas ó buscadas con especioso título de devocion, ó de tener qué dar á otros.

Cuando le hicieron Rector de la Penitenciaría de San

Pedro (como despues veremos) reparó en tener en el Oratorio una imágen de Nuestra Señora, que su predecesor habia allí puesto, por estar impresa en tafetan, temiendo no fuese en algo contra la perfecta pobreza, y no se quietó hasta que lo preguntó á un Padre de mucha autoridad. Porque él jamás quiso tener en su aposento ni oratorio, ni en otra parte, mas que alguna pobre estampa de papel: ni esta queria que fuese muy fina, porque no fuese de algun precio, sino solamente devota y muy llana. Tan léjos estaba de tener otras imágenes preciosas, ó cuadros de adorno, ú otras alhajas de ostentacion. Aun en el mismo Breviario reparaba en tener por registros algunas estampas como otros suelen; y mas queria defraudar algo á esta devocion, que á aquella fineza de pobreza.

En su comida y vestido y en las demás cosas usuales jamás quiso admitir cosa particular ni extraordinaria, aun cuando estaba mas flaco y necesitado: con lo comun y ordinario que se daba á todos se contentaba; solo que deseaba siempre, y procuraba muchas veces que fuese para él lo peor y lo mas vil y desechado: para mostrarse en todo discípulo mas allegado de aquel Señor, que no solamente usó de muy pocas cosas en este mundo, sino que esas quiso que fuesen las mas viles de todo él.

Con estas dos excelentes virtudes religiosas, de obediencia y pobreza, tuvo en sumo grado la tercera, que fué una perfectísima castidad y pureza. De la cual porque en otra parte hemos de hablar muy de propósito, solamente diré ahora, que en esta materia mas parecia ángel que hombre, con una compostura tan modesta,

aunque no triste ni desabrida, que causaba suma veneracion á cuantos le miraban una conversacion tan santa, aunque guisada con mucha gracia y afabilidad, que recogia y afervorizaba á los menos serios y devotos: un recato tan prudente, aunque no melindroso ni afectado, que cerraba la puerta á cualquiera especie de inconveniente: un rigor finalmente con su cuerpo tan severo, y una guarda y mortificacion de sus sentidos y pasiones tan vigilante y continua, que ni un leve movimiento contra la razon, ni un mínimo pensamiento contra la virtud, apenas podia tener lugar en aquel vaso de eleccion y santificacion.

¿Qué diré de las demás virtudes? que de todas era un vivo ejemplar: y en cada una se esmeraba tanto, como si en ninguna otra pusiera cuidado, siendo en todas eminentísimo. ¿Qué de aquella humildad tan grande, con que siendo por tantos títulos el mayor de todos, buscaba él mismo muchos mas para hacerse y mostrarse el menor de todos? Y dejando todo lo demás, muy particularmente la mostraba en rendirse como un niño al parecer ajeno en materias de doctrina, así escolástica, como moral y positiva, y cualquiera otro género, cuando no tenia evidencia ó certidumbre clara de lo contrario. Y cuando habia de sacar á luz algun libro, lo daba á ver y rever á varias personas, pidiéndoles con mucha instancia, que lo censurasen con toda severidad, y le notasen las faltas con toda libertad, y se las dijesen con toda llaneza; y les oia como humilde discípulo, siendo conocidamente maestro de todos. Y alguna vez llevó no solo con paciencia, sino tambien con alegría, que en una provincia de las septentrionales le

imprimiesen algunos libros suyos, mudándoles algunas opiniones de las que en ellos tenia escritas, por la esperanza que se tenia de que así aprovecharian mas á los herejes: cosa que aun los medianamente Doctos suelen llevar muy mal, y aun no permitirla por ningun caso. Pero como este humilde y eminente doctor en sus trabajos y libros miraba solamente á la mayor gloria de Dios, y al mayor bien de las almas, no reparaba en el crédito de su opinion y estimacion humana.

Finalmente se habia dado tanta priesa á apartarse de los vicios, y acercarse á la perfeccion de las virtudes, que estando una vez en una junta, y como conferencia piadosa y humilde con otros religiosos (hay muchos de estos riquísimos y celestiales tesoros en lo mas retirado y escondido de las religiones) en la cual cada uno para mayor confusion y humillacion propia iba manifestando sus faltas é imperfecciones; cuando se le llegó su vez al Padre Belarmino, confesó ingenuamente, que él no hallaba en sí otra falta, sino parecerle algunas veces que estaba muy devoto en la oracion, siendo así que estaba muy léjos de la verdadera devocion. En lo cual no menos mostró su humildad en el modo de decirlo, que la pureza de su conciencia en lo que dijo. Pero de estas, y de las demás virtudes de este Santo Padre, hemos de volver á hablar en diferentes lugares; y nunca nos faltará mucho bueno que decir, porque él nunca dejó de correr, y adelantarse mas y mas en los caminos del Señor.

CAPITULO VI

Del provecho espiritual que hacia en los de casa con su trato y comunicacion.

Estando tan sazonado en sí el P. Belarmino, y tan colmado de virtudes, claro está que habia de endulzar y saborear á los demás y reverter en ellos parte de aquella bendicion del cielo de que él tanto abundaba. Y así no se puede fácilmente explicar el provecho grande que todos los de casa sentian con su ejemplar vida, y con su santa y dulce conversacion y comunicacion. Y para que este fuese mayor, se determinaron los Superiores de hacerle Padre espiritual y confesor de los de casa: oficio que en la Compañía siempre se da á personas muy graves, y de mucho espíritu, y aprobada religion y prudencia, especialmente en los colegios grandes.

Fué grandísimo el consuelo de todos los de la casa: y como á porfía comenzaron á acudir al Padre, y comunicarle con grande confianza lo mas interior de su espíritu, y valerse de sus acertados consejos y prudentes instrucciones para caminar con mas acierto, y con mayor ligereza á la perfeccion. Encendióse un fuego divino en los corazones de todos, y hervia en todo el Colegio un ansia ardentísima de toda virtud, y observancia religiosa: una mortificacion interior, que se veia bien en todas las acciones externas; y un afecto á toda penitencia y aspereza exterior, que era necesario gran cuidado de los Superiores para ponerles freno, é irles á

la mano, porque no perdiesen la salud; y juntamente una diligencia tan cuidadosa en todos los ejercicios de letras, como si no atendieran á otra cosa; y finalmente una porfía santa tan grande en todo género de virtud y perfeccion, que no parecia el Colegio sino un retrato del Paraíso ó de aquella corte celestial donde todos se esmeran en el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios.

Hubo en este tiempo en el Colegio Romano personas de consumada virtud y de excelente santidad. Y entre los demás fué uno el bienaventurado hermano San Luis Gonzaga, tan venerado ya en la Iglesia, y tan admirable en todo el mundo por sus heróicas virtudes y prodigiosos milagros: el cual fué hijo muy singularmente querido del S. P. Belarmino, y á quien él mucho ayudó en su espíritu todo el tiempo que vivió, y de quien él tambien fué muy ayudado en vida con sus ejemplos, y en muerte con sus méritos é intercesiones muy particulares delante de nuestro Señor. A este santo hermano y á todos los demás estudiantes guiaba por el camino del espíritu el Padre Belarmino, alentándolos con sus palabras, avivándolos con sus exhortaciones, espoleándolos con sus advertencias, animándolos con sus ejemplos, y encaminándolos y enderezándolos con sus instrucciones y buenos consejos. Asistíales tambien, y presidíales cuando se ejercitaban en el predicar dentro de casa; instruyéndolos desde entonces para que hiciesen este ministerio tan apostólico, con espíritu y celo imitador del de los Apóstoles.

A los hermanos recien salidos del noviciado, y recien venidos al Colegio, trataba con muy particular cuidado;

por parecerle que como plantas mas tiernas, estaban mas á peligro de torcerse y aun de secarse, especialmente en aquellos principios en que comienzan á darse á las letras; por ser muy dificultoso el acertar á juntarlas con el espíritu, y el abrazar estas dos cosas sin menoscabo y daño de alguna de ellas. Y porque (segun la humana miseria) ordinariamente se suele flaquear en la que mas en su vigor habia de estar, les exhortaba con grande encarecimiento, que de ninguna suerte por toda la ciencia del mundo faltasen un punto á su propio aprovechamiento del espíritu, ni aflojasen en la observancia religiosa, ni desdijesen del fervor y cuidado en todos sus ejercicios espirituales, como habian sido instruidos en su noviciado: persuadiéndose, que ahora entre el ruido de las escuelas tenian mas necesidad de aquel recogimiento interior, y de aquellas armas espirituales entre el bullicio y contienda de las letras.

A los hermanos coadjutores declaraba cada semana los misterios de nuestra santa fé, y los puntos principales de la doctrina cristiana. Y hacíalo con tanto cuidado, que siempre apuntaba primero, y escribia muy despacio todo lo que les habia de decir. Y de estos apuntamientos y escritos, compuso despues por órden de Clemente VIII el Catecismo de la Doctrina cristiana, que tanto ha corrido por todas partes.

A los Padres operarios y confesores tambien daba avisos muy importantes para el trato de las almas, y conversion de los pecadores. Y sobre todo les encargaba, que procurasen imitar con los tales la mansedumbre y benignidad de nuestro Señor; porque con ella se ganan y reducen mejor. Y es así ciertamente,

que la humanidad y benignidad cristiana tiene gran fuerza para atraer los hombres, y reducirlos á su Dios: especialmente cuando tocados de su poderosa mano se le vienen ya ellos mismos á buscarle por la penitencia y confesion: que entonces mas necesidad suelen tener de aliento y consuelo, que de espanto y rigor. Y es muy necesario que los ministros evangélicos cooperen con la gracia del Señor, y le atraigan la presa con su benignidad, y afabilidad cristiana, y no la ahuyenten con su imprudente celo, y farisaica severidad.

A todos los demás finalmente instruia con sus santas y prudentes palabras el P. Belarmino, y á cuantos á él acudian con aflicciones, ó tentaciones, recibia con entrañas de verdadero padre, y los consolaba y ayudaba con palabras y obras mas que de madre. A los enfermos visitaba muy á menudo con grande caridad, y los alegraba y consolaba con sus dulces y santas palabras y conversaciones: juntando en uno maravillosísimamente la santidad y provecho de lo que les decia con la gracia y entretenimiento con que les conversaba: con lo cual los dejaba por una parte entretenidos y alegres, y por otra devotos y tiernos, y animados á padecer sus males muy conformes con la divina voluntad. Y realmente es prudencia y caridad muy oportuna, cuando Dios aflige con trabajos, y enfermedades, y la naturaleza se descompone, y en cierta manera se amotina y rebela contra su dueño, y el hombre mismo apenas sabe ni puede sufrirse á sí mismo; el procurar alentarle, y aligerarle sus pesadas cargas siquiera con dulces palabras: y no añadirle dolores á dolores con importunos avisos, y molestas amonestaciones, como lo hacian

los inconsiderados é imprudentes amigos y consoladores del santo y afligido Job.

Finalmente á cada uno de por sí conforme á su estado y necesidad, y á todos juntos cuando se ofrecia, ayudaba nuestro Belarmino con sus palabras y coloquios particulares, comunes: y todos sentian el consuelo, y provecho muy colmado para sus almas. Lo mismo hacia aun con mas veras, y con mas universal provecho en las pláticas y exhortaciones públicas que casi cada semana se hacen en la Compañía á toda la comunidad: las cuales de ordinario encomendaban los Superiores al P. Belarmino: y él las hacia con un fervor, y espíritu de un apóstol. Y fué bien conocido el provecho que con ellas hizo en algunos particulares. Y daba grandísima fuerza á sus palabras y razonamientos, así públicos como particulares, con el ejemplo tan patente de sus muchas virtudes y santas obras: porque veian todos que cuando les consolaba ó aconsejaba, le nacia el consuelo muy de corazon, y el consejo del deseo de su bien: y que cuando les exhortaba ó reprendia, todo cuanto les decia, lo practicaba primero en sí mismo: y era de los que conforme al Evangelio, y á toda buena razon, primero hacen que digan, y antes obran que enseñen, y mas instruyen y amonestan á los otros con obras que con palabras, con ejemplos que con consejos.

CAPITULO VII.

Del viaje que hizo á Francia con el Cardenal Caetano, y de lo que allí hizo en servicio de la Iglesia, y de los muchos trabajos y peligros en que se vió.

Mientras que el Padre Belarmino se estaba retirado en su rincon, cuidando de su propia perfeccion y de la de sus hermanos, y trabajando con instancia en perfeccionar sus libros de las Controversias para defensa de la Iglesia católica, iba nuestro Señor trazando de sacarle á plaza, para que á vista del mundo se emplease en negocios urgentes de la misma Iglesia. Hallábase por este tiempo el reino de Francia, despues de la lamentable y desastrada muerte de su rey Enrique III, lleno de turbaciones y revueltas, todo puesto en armas, y dividido en parcialidades. Unos seguian la parte de la Liga de los católicos, cuya cabeza era entonces el duque de Humena, hermano del de Guisa (á quien con otro hermano suyo Cardenal habia hecho poco antes matar el rey Enrique, con increible sentimiento del reino) y otros seguian el bando del Príncipe de Biarne, que se intitulaba rey de Navarra, y ya era apellidado de muchos rey de Francia, y llamado Enrique IV, el cual si bien por su sangre se entendia tener derecho al reino, pero por no haberse mostrado hasta entonces hijo de la Iglesia católica y romana no era admitido por rey de los celosos y que mas se preciaban de católicos y piadosos en aquel reino y fuera de él.

Deseando pues el Papa Sixto V como pastor vigilante

y padre universal de todos, poner remedio á tantos males, y atajar los peligros y daños que á la Religion católica amenazaban, se determinó de enviar á aquel reino un Cardenal Legado que con su autoridad y prudencia, y si fuese menester tambien con dineros, ayudase á los católicos. Y para esto escogió al eminentísimo cardenal Enrique Gaetano, Camarlengo de la Santa Iglesia, persona en quien conocidamente concurrian todas las partes necesarias para aquella empresa tan importante. Solo parece que le faltaba llevar consigo algun gran teólogo, y consejero fiel en materias y dogmas de la fe, para lo que se podia ofrecer en aquel reino, donde la fe era tan combatida. Comenzóse luego á buscar persona á propósito para esto. Y presto convinieron todos en que ninguno lo era mas que la de Belarmino, por su eminente sabiduría y práctica tan grande que en aquellas materias tenia. Hízole llamar el Pontífice, y mandóle que acompañase al Legado á Francia para el intento dicho. Obedeció prontamente el religioso Padre: y aunque no ignoraba las dificultades y peligros de aquella empresa, pero muy dispuesto á padecer por al fe y religion católica todo lo que Dios fuese servido, se partió con mucha brevedad en compañía del Legado, y de otras muy graves personas que le acompañaban.

Era ya muy celebrado en todas partes el nombre de Belarmino, por los dos primeros tomos de las Controversias, que ya habian salido á luz; y particularmente en aquellos países ultramontanos: y como ya habia fama que venia con el Legado, salian los pueblos desalados á verle y á conocer de rostro al que por sus escritos era ya tan conocido. Y viéndole tan humilde, y

de estatura no muy grande, y en su traje tan modesto y llano; como por otra parte le habian concebido persona de mucha autoridad y gravedad, espantados notablemente, se volvian á mirar unos á otros, y se decian: ¡Es posible que este es Belarmino! Pero los que acaecieron á comunicarle y á oirle hablar en alguna materia de importancia, echaban bien de ver que era el mismo, y le cobraban grandísimo respeto y veneracion.

Hicieron su viaje con hartos peligros de caer en manos de los enemigos, y mucho mayores, mientras mas iban entrando por la Francia: y tal vez se libraron casi milagrosamente de las asechanzas que les tenian armadas. Al fin llegaron á París á 20 de enero de 1590, donde fueron recibidos con increibles muestras de regocijo de todo género de personas; y allí estuvieron hasta el principio de setiembre.

Comenzó luego el Legado á poner la mano en el remedio de las gravísimas necesidades de aquel reino, y en componer las discordias y diferencias que entre los mismos príncipes y señores de la Liga católica habia, muchas de ellas fundadas en sus pretensiones é intereses particulares. Mas el Padre Belarmino conforme á las instrucciones y órdenes muy apretadas que de sus Superiores traia, de que en ninguna manera se metiese en los negocios políticos y temporales, huia con grande cuidado de hallarse en semejantes cosas, inclinándole tambien á esto su misma condicion natural y su virtud.

Una vez sucedió, que sin saber él á qué, fué llamado del Legado con otras personas graves y doctas á una consulta de estas materias á instancia de unos grandes

señores que en ellas eran interesados. Oyó atentamente el Padre mientras el Cardenal proponia el caso; y en viendo en la materia que era, disimuladamente se fué retirando de donde los demás estaban, y se puso á un rincon de la sala. En viéndole retirado el Cardenal, le llamó para que dijese su parecer con los demás: mas el Padre con aquella verdad y libertad santa que siempre solia, aunque con mucha modestia y compostura, le respondió que advirtiese Su Señoría Ilustrísima, que él habia sido enviado á Francia solamente para tratar lo que tocase á la fe y religion católica, y no á negocios seglares y de carne y sangre, y que así le perdonase, que no podia en aquello hablar palabra. No se ofendió de esto el Ilustrísimo Cardenal, ni los demás de la junta; antes todos se edificaron grandemente: y en particular un gran presidente del Consejo de París que allí estaba, y hasta hoy vive y se llama monsiur Seguerio, confiesa que desde entonces comenzó á tener á Belarmino en grandísima veneracion. Esta fuerza tiene el no apartarse un hombre de su deber, aun por respeto de los mas poderosos.

Pero no se retiraba de ninguna manera cuando le consultaban ó preguntaban algunos casos de conciencia, ó algunas cuestiones en materia de la fe: antes respondia y satisfacia con aquel gran magisterio y claridad de doctrina con que á todos admiraba. Y en cuanto á la eleccion de rey, de que entonces con calor se trataba, sin meterse en otras cosas, solamente decia que seria cosa muy conveniente que se eligiese tal persona, que introdujese en Francia la observancia del Concilio Tridentino, que era el único remedio de aquellos males

y desórdenes: y que cualquiera otro habia de ser de muy poca importancia. El cual consejo parecia muy bien á todas las personas de buen juicio.

Pero presto se ofreció una grande ocasion en que hubo de trabajar bien por el bien comun, y en defensa de la Iglesia. Uno de los mayores peligros que entonces amenazaban á la fe y religion católica en Francia, era de un Concilio Nacional que algunos prelados y señores que andaban con el de Biarne intentaron hacer en Turs, teniendo ya inclinados á este intento á otros muchos de los prelados y señores del reino, con vanas esperanzas que les daban; y á la verdad se movian por sus particulares intentos, y dependencias dañosas de otros príncipes, y por otros antojos é imaginaciones mal fundadas: y habia grandes temores de que querian criar un nuevo Patriarca independientemente de la Silla Apostólica, y que tuviese en Francia plenísima potestad. Dió esto muy grande pena al Cardenal Legado, y con todas sus fuerzas se opuso á semejante junta. Y entre otros medios que tomó, uno fué ordenar al Padre Belarmino que escribiese una carta en forma de Monitorio enderezada á todos los Prelados y Obispos del reino, para que de ninguna manera tratasen de ir al Concilio á Turs, ni á otra parte. Lo cual hizo el Padre muy cumplidamente, y se publicó en nombre del Ilustrísimo Cardenal Legado, probando muy eficazmente que nadie podia publicar Concilio Nacional estando él como Legado de la Sede Apostólica en aquel reino, y amenazando con censuras y con privacion de las prelacías á los que otra cosa intentasen. Y fué nuestro Señor servido, que semejante plática se fué dejando, y finalmente

se olvidó del todo, interponiéndose tambien personas gravísimas y celosas de la piedad y sinceridad de nuestra santa Religion.

No solamente hizo esta y otras muchas cosas el Padre Belarmino en servicio de la Iglesia en este tiempo que estuvo en París, pero tambien dispuso la divina Providencia que tuviese mucho que padecer, y de qué compadecerse de sus hermanos. Principalmente cuando el de Biarne vino sobre París y comenzó á batirla y pretendió entrarla por asalto. Y como esto no le saliese, se determinó de apretarla por hambre: y así le tomó todos los pasos por donde le podia entrar algun sustento. Y como es lugar tan populoso, en pocos dias vino á estar fatigadísimo del hambre. Acabóse el pan, acabáronse los mismos salvados; dieron tras las hortalizas y tambien se acabaron muy presto: carne no se hallaba de ninguna suerte; y así dieron tras los caballos y jumentos y otros animales semejantes, y aun la gente vulgar tras los perros, gatos, ratones, y otras inmundicias mayores; y nada bastaba. Ya no habian quedado yerbas, ni raíces, ni otra cosa de comer aun de las mas viles: mas la hambre, que cada dia era mayor, y cuando es muy grande á nada perdona, comenzó á atreverse á cosas horribles y extrañas. Buscaban con increible cuidado los desechos y sobras de las velas de sebo, y de otras cosas menos limpias; y teníanlas por golosina cuando las hallaban: las suelas, los zapatos, las correas y riendas, y otras cosas de cuero les hacia comestibles la rabiosa necesidad, remojándolas y cociéndolas, y á veces tambien picándolas en vez de sainetes regalados. Y estas cosas apenas se alcanzaban con excesivos pre-

cios de dineros y de joyas. En nuestro Colegio se tuvo por un preciosísimo presente y por un regalo muy singular un pedazo de un caballo suyo que nos envió don Bernardino de Mendoza, Embajador del Rey Católico, persona de gran prudencia y de mucha autoridad, y á quien se debe en gran parte el alivio y remedio de aquella grande necesidad. Porque en ella gastó liberalmente todo cuanto tenia en su casa, y puso órden muy acertado en muchas de las ajenas. El Legado asimismo fué de grandísimo alivio y remedio: porque de sola una vez dió para el reparo de la ciudad cincuenta mil ducados en nombre de Su Santidad, ofreciendo para en adelante mucho mas para ayuda de la Liga católica. Hubo tambien otras personas muy piadosas y limosneras. Pero todo no bastaba para tan apretada necesidad. Acudióse muy de veras á pedir los socorros del cielo: hiciéronse muchas procesiones muy devotas, en que iba mucha gente descalza, y con otras señales de penitencia, y todos clamando á Dios, y pidiendo misericordia y remedio. Y en particular acudieron á la Vírgen santísima madre de piedad, y le hicieron un voto muy célebre para que los socorriese en tan grande extremo.

Nuestro Belarmino en esta ocasion hacia mucha y muy fervorosa oracion á nuestro Señor; y á la comun necesidad que con los demás padecia añadia él otros ayunos mas apretados, y hacia y ofrecia muchas disciplinas, silicios, y otras rigurosas penitencias, para aplacar la ira de Dios. Afligíanle tambien grandemente las necesidades que veia padecer á sus prójimos, y las muchas muertes ocasionadas del hambre, y algunas tambien con hierro. Y mas particularmente le carco-

mia el corazon el ver las atroces y horribles maldades que en medio de aquellas miserias algunos desalmados cometian; especialmente que á algunos les cogia la muerte en ellas, y á veces tan de repente que antes se hallaban en su perdicion que conociesen que se morian. Al fin todo era miserias, todo muertes, y todo plagas y calamidades.

Duró esta apretura tan grande hasta que por órden del Rey Católico don Felipe II (que siempre fué religiosísimo Príncipe, y único protector de la fe católica y muy especial favorecedor de los católicos de Francia) Alejandro Farnese, Duque de Parma y su Gobernador en los Estados de Flandes, vino en persona con un buen ejército á socorrer á París, y la libró del cerco y apretura, y consiguientemente del hambre y necesidad en que estaba; no sin grandes gastos y peligros, y aun no sin pérdidas de algunas cosas de las de Flandes: mas en nada reparó aquel piadosísimo Rey, á trueque de acudir á la religion que tan á peligro estaba en Francia. Al fin con esto se desahogó París, y los católicos pudieron respirar; aunque al Cardenal Legado y á su compañía no le faltaron otras nuevas ocasiones de pena y trabajo, como ahora veremos.

CAPITULO VIII.

De cómo volvió á Roma, y de lo que en ella trabajó en servicio de la Iglesia.

Todos estos trabajos y peligros pudiera el Legado llevar en paciencia y aun con aliento y gusto, considerando, además del servicio de Dios y de su Iglesia, el

que daba y hacia á su Vicario el Sumo Pontífice. Pero este permitió el mismo Señor que le faltase, y que él tuviese noticia de ello aunque confusa en medio de los demás trabajos, para que su desconsuelo fuese mayor. Y fué el caso, que el Papa Sixto V, aunque al principio habia estado muy de parte de la Liga de los católicos y en órden á alentarla y sustentarla habia enviado el Legado á Francia con órdenes é instrucciones á propósito de este intento; pero despues por otras razones que se le ofrecieron habia mudado de parecer, especialmente despues de la batalla de Ibri, en que el de Biarne habia derrotado al Duque de Humena. Ya el Pontífice se mostraba notablemente inclinado á las cosas de Enrique, y consiguientemente muy resfriado en lo de la Liga; y aun se decia que trataba eficazmente de absolverlo, para que pudiese tener legítima y pacífica posesion del reino (como despues con mas sazon lo vino á hacer Clemente VIII).

El Legado, no bien enterado de esta mudanza del Pontífice ó juzgando de las cosas diferentemente, al fin como de cerca, procedia en Francia conforme á las primeras instrucciones que habia llevado, alentando cuanto podia lo de la Liga contra el de Biarne. De lo cual el Pontífice recibia mucha pena, y mostraba en todas ocasiones su sentimiento en Roma. Del cual no faltaban muchos que daban allá aviso al Legado; aunque ninguno le escribia con bastante claridad la causa de aquel disgusto y sentimiento del Papa. Con esto estaba el buen Cardenal con increible pena en medio de los demás trabajos y peligros: y deseaba mucho que se le ofreciese alguna ocasion para dejar con buen título aquella legacía y volverse á su quietud. Hablaba de esto muchas

veces con el Padre Belarmino, consolándose y aconsejándose con él, y protestando una y muchas veces la sana intencion con que en cuanto hacia procedia, y su buen deseo de agradar á nuestro Señor y dar gusto á Su Santidad.

Pero siempre que llegaban á tratar de esto, el buen Padre le respondia que tuviese Su Señoría Ilustrísima buen ánimo, que presto se acabaria aquel trabajo: porque el Papa sin duda habia de morir aquel año. Esto se lo dijo muchas veces. Y no solo estando en París, sino en el mismo camino, y aun antes de comenzarle. Mas nunca lo acabó de creer el Cardenal, considerando la robusta complexion y buena salud del Pontífice. (Somos extremadamente incrédulos en lo que no queremos, y á veces en lo que mucho deseamos.) Y despues de ser ya muerto por el mes de agosto de aquel año, y viniendo un correo por la posta á París con cartas para el Cardenal con las nuevas de la muerte en ellas, el Padre Belarmino, antes que las cartas se abriesen ni el portador hablase palabra, dijo muy aseveradamente delante de muchos de la casa del Cardenal, que el Pontífice era muerto, y que eso contenian aquellas cartas. Y aunque á todos se les hacia muy dificultoso de creer y á muchos casi imposible, por no haber tenido nueva alguna de la enfermedad del Pontífice (que aun en esto quiere poner regla infalible la prudencia ó imprudencia humana); mas en abriéndose el pliego cogieron á manos su engaño y reconocieron el espíritu del Señor que en el Padre hablaba.

Con esto pues sabida de cierto la muerte del Papa al principio de setiembre, viendo el Cardenal que esta era

muy buena ocasion para dar fin á su legacía, determinó de partirse luego á largas jornadas la vuelta de Roma, por si pudiese llegar á tiempo de la eleccion de nuevo Pontífice; llevándose al Padre Belarmino y á los demás que le habian acompañado.

Caminaban todos muy contentos por verse libres de tantos peligros; hasta que llegando á Metz se les aguó mucho su alegría. Corria entonces en aquel país una pestilencial enfermedad de unas muy peligrosas disenterias, de que muchos cada dia morian. Y apenas hubieron allí llegado, cuando nuestro Belarmino se sintió fatigado de este achaque, y con una penosa calentura y otros muy malos accidentes, que en muy breve tiempo le debilitaron, quitándole del todo la gana y aun la facultad de comer. Sintieron grandemente todos este mal y peligro del Padre y mas que todos el buen Cardenal, que mas le conocia, queria y estimaba, y sabia que venia por su cuenta. Y no sabiendo qué se hacer ni qué consejo tomar, ni si seria mejor llevarle adelante, ó dejarle allí hasta que se mejorase y aliviase algo; lo encomendó mucho á nuestro Señor (que en los casos mas apretados es el mejor consejero). Y comunicándolo despues con el mismo enfermo, y hallándolo en todo rendido á su voluntad y sujeto como siempre á su obediencia, al fin se determinó de llevarle adelante. Hízole acomodar su misma litera para que en ella pudiese ir como en un lecho y segun pedia su necesidad y flaqueza. Y fué nuestro Señor servido que apenas habian salido de aquella tierra inficionada, cuando se comenzó á sentir con notable mejoría: y dentro de pocos dias quedó del todo sano y convalecido. Dando todos mu-

chas gracias á Dios por la merced que les habia hecho en librarlos de aquel peligro, que le tuvieron por uno de los mayores.

Pasaron por Basilea, ciudad de herejes, los cuales sintieron mucho cuando supieron despues, que en compañía del Cardenal habia pasado Belarmino sin conocerlo ni verlo ellos, conociéndole ya tanto por sus escritos. Y al fin entre varios temores y peligros llegaron á Roma los buenos caminantes con salud y contento á once de noviembre; y fueron recibidos con hartas muestras de alegría, particularmente el Padre Belarmino, que no es creible la caridad religiosa que experimentó en los de la Compañía, y mas en su Colegio Romano.

Apenas era bien llegado, cuando luego quiso aplicarse al trabajo que habia interrumpido para componer y sacar á luz el tercero y último tomo de las Controversias que le faltaba. Pero primero se hubo de ocupar en otro trabajo bien importante para toda la Iglesia. Habíase de rever y tornar á imprimir la Biblia, que por órden de Sixto V se habia poco antes impreso; por haber salido con muchos yerros por descuido ó culpa de los impresores ó de otras personas. Así lo habia intentado el mismo Sixto poco antes de su muerte; y ahora Gregorio XIV (que habia sucedido á Urbano VII, inmediato sucesor de Sixto, y Pontífice de solos doce dias) para ponerlo en ejecucion habia mandado que en su presencia se hiciese una Congregacion para tratar del modo conveniente que se podia y debia tener en una cosa tan importante, y tan encomendada del Concilio Tridentino al Romano Pontífice.

Diéronse muchos y muy prudentes parceceres, y últimamente se convinieron todos en el del Padre Belarmino; que fué, que todo este cuidado se cometiese á una junta de algunos hombres doctos, los cuales lo tomasen muy de propósito y lo reviesen todo y lo cotejasen con las impresiones y ejemplares manuscritos antiguos, así griegos como latinos, y con los Comentarios y traslaciones de los Santos y Padres de la Iglesia, para que esta obra saliese con la perfeccion que se deseaba. Siguióse este parecer; y así se señalaron para esta junta las casas del cardenal Marco Antonio Colona; y se ordenó que en presencia del mismo y del cardenal Guillelmo Alano se juntasen el Maestro del Sacro Palacio, y el Padre Roberto Belarmino, y otros tres ó cuatro hombres doctos, y que atendiesen con todo cuidado á aquella obra. Hízose así, y casi todo el trabajo vino á cargar sobre Belarmino, porque los compañeros en casi todo se remitian á él, habiendo ya experimentado con cuánto acierto y ciencia procedia y hablaba en aquella materia.

Salió en fin la Biblia con la perfeccion que hoy la vemos impresa por órden de Clemente VIII; cuya prefacion (que comienza *In multis magnisque beneficiis*) tambien le encargaron al Padre Belarmino que la hiciese. Así vino á ser que el que en la pericia de las lenguas fué muy semejante al doctor máximo San Jerónimo, tambien se le pareciese algo en la correccion de la Escritura sagrada, y en restituirla á su antigua pureza y resplandor. Y si le hubieran dado tiempo, hubiera sin duda hecho unos cumplidos Comentarios sobre toda ella; que así se lo ofreció él al Padre General Claudio

Aquaviva, pidiéndole que para esto le desocupase de todo lo demás por unos diez años; pero no fué posible concederle esta peticion y cumplirle este buen deseo, por varios estorbos é impedimentos que se ofrecieron.

CAPÍTULO IX.

De como le hicieron Rector del Colegio Romano, y de cómo se hubo en aquel oficio.

Treinta y dos años de religion tenia el Padre Belarmino, habiéndose ocupado en los ministerios que hemos visto, siempre súbdito, y siempre obedeciendo con el ejemplo de humildad y rendimiento que pudiera un fervoroso novicio. A este tiempo le pareció á nuestro Padre General (despues de haberlo tratado con Dios y con sus Asistentes) que era conveniente hacerle Superior: y así le nombró por Rector de nuestro Colegio de Roma, para que con su virtud y prudencia tan conocida y con su sabiduría tan celebrada rigiese y honrase aquella casa, en que vivian ya entonces mas de doscientos religiosos de nuestra Compañía, y en que se leen y enseñan cumplidamente todas las facultades y ciencias que en cualquiera otra parte profesa y enseña nuestra Religion.

Comenzó este oficio casi al fin del año de mil y quinientos y noventa y dos, con universal alegría de todo aquel gran Colegio: que cada uno se tenia por dichoso de que le hubiese cabido por Superior un hombre tan santo, y tan apacible y caritativo. Solo él entre estos

comunes aplausos y alegrías estaba triste y encogido, como quien deseaba mas obedecer á todos que mandar á uno, y como quien conocia cuán dificultosa cosa suele ser gobernar á gusto de Dios y sin disgusto de los hombres. Mas consolábase con saber tan de cierto que no lo habia él deseado y mucho menos pretendido, y que así por cuenta de Dios corria, pues le habia puesto en aquel cargo, el darle las fuerzas necesarias para llevar aquella carga. Y así poniendo todo su cuidado y confianza en Dios, con una muy recta intencion y humilde deseo de acertar, ante todas cosas le pidió con mucha instancia la luz y prudencia necesaria para hacer aquel oficio á gloria de su divina Majestad y bien y salud de sus súbditos. Tras esto se dió á leer y considerar las reglas y ordenaciones que le tocaban, para guardarlas con cuidado, y con esto cooperar suavemente con la divina Providencia.

Hizo la primera plática y exhortacion pública á su comunidad tomando por tema aquellas palabras del capítulo 32 del Eclesiástico: *Rectorem te posuerunt? noli extolli: esto in illis quasi unus ex ipsis, etc., et non impedias musicam.* Sobre las cuales dió primeramente á entender la llaneza con que pensaba haberse en aquel ministerio, tratándose en todo como cualquiera de los demás: y lo segundo añadió, que por cuanto por razon de su oficio le tocaba el atender y cuidar de que todos y cada uno de los demás cumpliesen con sus obligaciones é hiciesen bien sus oficios; su intencion era no entremeterse en estorbar á ninguno en la ordinaria y recta ejecucion de su ministerio, sino á fuer de buen maestro de capilla ir enderezando á todos y corrigiendo

y avisando al que faltase en llevar su voz; para que así la armonía y consonancia de la comunidad religiosa fuese mas concertada y á los oidos de Dios mas agradable.

A lo último les pidió encarecidamente que le ayudasen á llevar aquella carga, principalmente con dos cosas: la una con sus fervientes y continuas oraciones: y la otra con sus consejos y avisos ordinarios. Y en esto les protestó que podian llegar con toda libertad y confianza, muy ciertos de que serian muy bien recibidos como de persona que solo deseaba acertar en aquel gobierno: y que sin duda les agradeceria muy mucho cualquier aviso que de palabra ó por escrito le diesen, y que con eso le dejarian muy obligado y reconocido. Y que si acaso se encogian de darle estos avisos por sí mismos, se los diesen por tercera persona: y que si mas gustaban, se los escribiesen en un papel, y se los pusiesen á la puerta de su celda, ó se los echasen dentro, cuando él no estuviese allí: y que tuviesen por cierto que él veria cualquier aviso que le diesen con toda sinceridad, y que juzgándolo por llegado á razon delante de nuestro Señor, sin duda lo procuraria cumplir y ejecutar. Y no fué esto solamente decir y querer cumplir con sus súbditos, sino que lo guardó despues como lo dijo, tratándolos á todos como á hermanos amantísimos, y oyéndolos con un agrado y afabilidad mas que de hermano. En lo cual no sé si mostró mas la estima y concepto que tenia de la virtud y prudencia religiosa de sus súbditos, que el deseo é intencion que él tenia de gobernarlos con la suavidad y apacibilidad posible en Cristo. Ojalá hubiera muchos Superiores en

las comunidades que tuvieran esta magnanimidad; y ojalá hubiera muchos súbditos de quien se pudiera hacer esta confianza.

En el aposento que ya habia señalado para vivienda del Rector, no quiso que le pusiesen cosa alguna de adorno ó de comodidad, que no hubiese en cualquiera otro de los mas humildes de toda la casa; antes hizo quitar algunas imágenes y otras alhajuelas que en tiempo de sus predecesores allí habia, pareciéndole que á él no le eran del todo necesarias. Y en todas las demás cosas de su vestido, comida, y otras semejantes, no hizo mudanza alguna, sino solo en estrecharse mas, para mas asemejarse al mas pobre y mas humilde de sus súbditos, si acaso alguno lo era mas que él: y jamás quiso admitir en estas cosas la menor exencion ni particularidad del mundo. Camino cierto y breve para ganar la aficion y estima necesaria de toda la comunidad: y medio muy fácil y eficaz para cobrar una increible autoridad y fuerza secreta para que todos se acomoden y ajusten á la observancia regular y perfecta.

La misma constancia guardó en la cortesía y trato con los demás: y así cuando alguno le iba á hablar á su aposento, aunque fuese el mas humilde hermano de la casa, luego se levantaba y se quitaba su bonete, y le hacia sentar y cubrir, y que de aquella suerte le hablase lo que queria. Porque en fin, aunque se veia constituido Padre de todos, no se olvidaba de que era hermano de cada uno, y no señor de ninguno. Y porque le pudiesen hablar á su gusto á cualquiera hora, solia de ordinario al tiempo de la recreacion despues de comer retirarse á su aposento y allí admitir con grande

afabilidad á cuantos le querian alguna cosa. Y si nadie acudia, se solia entretener en escribir ó trasladar algunas cosas de canto (en que siempre fué muy diestro, y de que siempre gustó mucho) corrigiendo siempre si en los originales habia algunos versos ó palabras menos limpias ó decentes. Y de estos libros hay hoy algunos en aquel Colegio.

Trataba á todos por casa y en cualquiera parte con singular agrado y afabilidad, y no pocas veces los alegraba y entretenia con apacibles donaires y gracias. Y era cosa de grande admiracion, que jamás ninguno por eso le perdió punto del respeto y veneracion que se le debia por su persona y por su oficio; porque todos echaban de ver que aquel trato tan llano y humilde le nacia de verdadera virtud interior: la cual sin duda se suele hacer mas de estimar y respetar que la seriedad y gravedad molesta y cansada que algunos suelen afectar. Con el ejemplo de tal Superior vivian todos los del Colegio como unos ángeles del cielo; por donde él mismo tenia que dar muchas gracias á nuestro Señor, de ver el cuidado y fervor y juntamente el contento y alegría con que sus súbditos le servian. Que suele ser una merced grande del Señor, y juntamente una cosa muy importante para caminar y correr con aliento y perseverancia por los caminos de la salud y por las sendas de la santidad.

Pero cuando entendia alguna falta de alguno (que en este mundo los mas santos no suelen pasar sin algunas) se entristecia y penaba como era razon: y procuraba luego ponerle los remedios convenientes; siempre comenzando con toda blandura y suavidad; y si

esa no bastaba, haciendo todo lo que era necesario. Pero jamás daba á ninguno penitencia alguna, y mucho menos de las públicas, sin estar primero muy enterado de la culpa, y oyendo la excusa ó satisfaccion que daba el reo, y conociendo él mismo que era merecedor de aquella pena. Y mas sanaba á los tales con suspiros y plegarias delante de nuestro Señor, y exhortaciones y lágrimas delante de ellos, que con duras reprehensiones y ásperas penitencias.

Tenia larga experiencia que no podia haber cosa mas dañosa ni mas contraria al gobierno de nuestra Compañía que cualquiera que quitase á los súbditos aquella confianza y amor con que deben tratar á sus Superiores, y darles sincera y llanamente cuenta de lo que pasa por sus almas y conciencias. Y así procuraba con todas veras que todos tuviesen de él esta confianza, mostrando á todos unas entrañas mas que de padre, y un amor universal que á todos igualmente se extendia; de suerte que con ninguno tenia singularidad alguna, y cada uno se persuadia que él era singularmente amado y estimado de su Superior y Padre. Con esto tampoco consentia que en casa hubiese género ninguno de singularidad, ni de parcialidad, ni palabra ni obra que á esto oliese.

En el repartir los oficios y ocupaciones lustrosas del Colegio miraba mas que ninguna otra cosa los méritos de cada uno, y la gloria de Dios, y el crédito de la comunidad; sin torcerse jamás por aficion de alguno, ó por otros respetos menos ordenados, que suelen engendrar quejas y sentimientos en los demás, que se tienen por desfavorecidos y desechados. A estas quejas tam-

bien cerraba prudentemente la puerta con valerse mucho casi en cuanto disponia del parecer de sus consultores, acomodándose fácilmente á seguir el consejo de los mas, cuando no era casi evidentemente mejor el contrario (lo cual rarísimas veces suele suceder.) Con lo cual sus órdenes y mandamientos acompañados de los pareceres y aprobaciones de los mas prudentes tenian mas fuerza y autoridad con todos, y se recibian con mas gusto y facilidad. Y en todas las consultas dejaba á sus consultores toda libertad para que dijesen llanamente su parecer, sin mostrarse él de antemano mas inclinado á una parte que á otra; y oyéndolos á todos con mucha igualdad y muestras de estimacion de lo que decian; y despues resolvia conforme Dios le daba á entender que mas convenia conforme á lo consultado.

No se contentaba con cuidar solamente de las almas de sus súbditos y de su aprovechamiento espiritual, sino juntamente cuidaba con una solicitud paternal de cuanto habian menester en lo temporal, de su vestido, comida y cualesquiera otras cosas. Con lo cual ellos se tenian por muy obligados á cuidar con veras de su aprovechamiento espiritual, y él tenia mas derecho y mas autoridad para pedirles la entera y perfecta observancia de sus reglas y constituciones. Pero cuidando que á nadie faltase lo necesario conforme á la templanza y moderacion religiosa, no permitia tampoco que ninguno tuviese nada supérfluo. Y en esto no se ahorraba con nadie por grave ó antiguo que fuese.

Con quien mas mostraba su paternal caridad y benignidad era con los enfermos y achacosos: procuran-

do con muy particular cuidado que no les faltase nada para su salud y regalo sin reparar en gasto ni trabajo. Visitábalos muchas veces entre dia; y tambien de noche, si la enfermedad era de alguna consideracion: consolábalos y alegrábalos con sus palabras y con todo lo demás que le era posible. Encomendábalos mucho á nuestro Señor. Y algunos hubo que recobraron salud casi milagrosamente, y la atribuyeron á las oraciones de su Padre Rector, ó á los Evangelios que les decia poniéndoles las manos sobre la cabeza, ó algunas veces algunas reliquias de santos.

Con esta solicitud de lo espiritual y temporal de sus subditos juntó tambien el cuidado del aprovechamiento en las letras de todos los de su Colegio. Estando persuadido de la razon y enseñado de su Padre San Ignacio, que en los estudiantes es gran virtud la diligencia en el estudio, y que ninguna cosa pueden hacer en los colegios mas agradable á nuestro Señor que estudiar con la rectitud de intencion y con la solicitud y cuidado que la santa obediencia les pide. Y la experiencia nos enseña á todos que el dia que nos hemos ocupado bien conforme á nuestro instituto, cuando llegamos por la noche á examinar nuestra conciencia, apenas hallamos cosa en qué reparar. Y en los mozos y estudiantes se ve esto mas claramente, por ser grande la fuerza que tienen las ocupaciones de los estudios para arrebatar un ánimo, y apartarlo suave y eficazmente de distracciones y de todas las ocasiones de faltas é inconvenientes. Por esto pues procuraba el Padre Belarmino fomentar en sus estudiantes esta aficion á las letras y esta diligencia en estudiar (sin que por eso permitiese

qué se entibiasen un punto en el cuidado del espíritu, y en el amor y deseo de las verdaderas virtudes religiosas). Informábase á menudo de los maestros de lo que para esto les parecia conveniente; y á ellos los honraba en las ocasiones, y procuraba que nunca les faltase lo necesario para poder llevar con suavidad la carga de su ocupacion. Edificó una buena pieza para libreria, y procuró que hubiese en casa copia y abundancia de libros. Acudia á los ejercicios ordinarios de letras para que con su presencia mejor se hiciesen, y los maestros y discípulos mas se animasen y alentasen.

Tuvo mucho cuidado en que no se introdujesen opiniones nuevas y fútiles contra las sólidas y bien fundadas en las escuelas, y decia que un buen ingenio mas se ha de demostrar en defender y confirmar con nuevas razones y discursos las opiniones corrientes y comunes entre los doctores, que en inventar otras novedades y singularidades, que suelen tener no menos de peligro que de aplauso. Y esto celaba aun mucho mas en los mozos, en quien por falta de madureza y de experiencia el deseo de cosas nuevas y singulares suele ser mayor. Finalmente el Padre Belarmino cuidó tanto y con tanta suavidad y prudencia de todo lo que pertenece al oficio de un buen Rector y Superior, que le pudieran muy bien tomar por ejemplar todos los que se hallan en semejantes puestos. Y bien se le lució al Colegio Romano, pues en aquel tiempo tuvo personas que en virtud y en letras fueron muy señaladas y dieron mucho lustre á toda la Religion.

CAPITULO X.

De cómo le hicieron Provincial de Nápoles, y de cómo gobernó aquella provincia.

Antes que el Padre Belarmino acabase su rectorado, siendo ya Pontífice Clemente VIII, se ofreció haberse de tener en Roma Congregacion general de la Compañía (que fué la quinta) para tratar algunos negocios graves de toda la Religion. En la cual se habian de hallar, como es costumbre, todos los Provinciales con otros dos Padres de los mas graves de cada provincia; los cuales se señalan por votos de los Superiores y de los profesos mas antiguos en las congregaciones provinciales, que en cada provincia se tienen para este efecto, y para conferir las cosas principales que despues se han de proponer y tratar en la congregacion general. Entre los dos pues que para esto escogieron por compañeros del Padre Provincial en la congregacion de la provincia romana, uno fué el Padre Belarmino, como persona de tantas prendas y como Superior de un colegio tan principal. Asistió en aquella congregacion general, honrándola mucho con sus letras y autoridad, y ayudándola con su prudencia y acertados consejos. Y acabada que fué, aunque no habia cumplido su trienio del rectorado, fué señalado por Provincial de la provincia de Nápoles: para que la luz de su virtud y prudencia y el beneficio de su acertado gobierno se pudiese comunicar á mas, y no se encerrase entre las paredes de un solo colegio.

Aceptado el cargo de Provincial (que no pudo rehusarlo) prosiguió en su mismo modo de proceder con que habia sido Rector: y procuró, como él mismo confesó de sí, gobernar y regir su provincia no menos con ejemplos que con palabras, á imitacion de aquel Señor, de quien está escrito, que comenzó á hacer y á enseñar. Y así su modo de vivir era clarísimo ejemplar de religion y regla viva de toda perfeccion; y sus pláticas y exhortaciones (que por razon de su oficio hacia muchas en todas nuestras casas y colegios) eran con admirable espíritu y fervor, y llenas de razones eficaces para mover la voluntad, fundadas en testimonios muy á propósito de la sagrada Escritura y de los Santos, que con grande magisterio enseñaban lo mas sustancial de la vida espiritual. Y hasta hoy dura en aquella provincia muy viva la memoria de estas pláticas y del provecho grande que con ellas hacia en todos los oyentes; que salian de ellas afervorizados y animados notablemente á la observancia y perfeccion religiosa. En los cuales propósitos se confirmaban mucho mas, viendo continuamente el ejemplo de su Provincial, que no les exhortaba á cosa ninguna, que no se la enseñase mas de veras con sus obras.

En su conversacion y trato ordinario guardó la misma llaneza y humildad que antes y mucho mayor, tratando á todos los demás como si en todo fueran sus iguales y muchas veces como si fueran sus Superiores. Jamás habló á nadie con señal alguna de rigor ó aspereza: ni aun con modo que oliese á superioridad ó imperio. Cuando habia de ordenar algo, mas parece que lo hacia rogando que mandando. Y lo que él podia hacer por sí,

jamás lo mandaba ú ordenaba á nadie, en lo poco ó en lo mucho: porque á nadie reconocia por tan súbdito suyo como á sí mismo.

Acontecióle una vez que estando para partirse de un colegio á otro, ya con las espuelas calzadas y con todo lo demás con que se suele caminar; como el compañero no viniese, él mismo, así como estaba, se fué á buscarle por la casa. Topó acaso con un hermano, y preguntóle si sabia de su compañero, ó adónde estaba? Y respondiéndole, que no, le dejó pasar, sin quererle ordenar que se le buscase; y prosiguió él mismo buscándole por toda la casa. Y cuando el simple hermano reparó en la inadvertencia que habia tenido en dejar pasar á su Provincial de aquella manera sin ir él á buscarle el compañero; quedó corrido como era razon, y fué á pedirle perdon, confuso de su descuido. Mas no menos edificado quedó de la humildad de su Superior, y de la benignidad con que le recibió; no reconociendo que se le hubiese hecho falta alguna, ni cosa ajena del concepto en que él á sí mismo se tenia.

Uno de los mayores trabajos de los Provinciales de la Compañía, es el haber de visitar continuamente por sus personas todas las casas y colegios de sus provincias para ver con sus ojos las necesidades presentes, y acudir mejor al remedio, y al consuelo de sus súbditos. Y en la provincia de Nápoles es esto aun mas dificultoso, por la distancia de los lugares, y por ser los caminos poco andados, y aun poco seguros. Mas con todo eso el Padre Belarmino en poco mas de dos años la anduvo toda dos veces padeciendo las incomodidades y trabajos que en tantos caminos se dejan bien entender,

aunque siempre con mucha paciencia, y con un rostro lleno de alegría.

Cuando llegaba á los colegios, le recibian todos como á un ángel del cielo, que venia á consolarlos, bien ciertos de su mucha caridad y prudencia. Oia con mucha benignidad las necesidades de cada uno: animaba á los fervorosos á proseguir en lo comenzado; y á los que no lo eran tanto, á imitar el buen ejemplo de sus compañeros. Compadecíase de los flacos: y á los que tenian necesidad, amonestaba, y corregia con entrañas de verdadero padre, y con una blandura y clemencia, que los dejaba confundidos y alentados á la enmienda; que este era el fin de sus correcciones y avisos. A ninguno ponia mas carga de la que suavemente podia llevar. Alentaba á los pusilánimes, y consolaba á los tristes: daba á todos contento y gusto en cuanto buenamente podia; y cuando no lo podia con las obras, suplíalo con esperanzas, y con blandas y dulces palabras. Finalmente trataba á todos los de casa no como superior, sino como padre, ó por mejor decir, como hermano: tal era su llaneza y afabilidad. A los devotos y bienhechores de los colegios visitaba, y se les mostraba muy agradecido, y se les ofrecia muy de veras para cuanto quisiesen de él ó de la Compañía.

En admitir sujetos para nuestra Religion era muy mirado, y circunspecto, y antes se iba de espacio que de priesa, encomendándolo mucho á nuestro Señor, y considerándolo muy de espacio y consultándolo con personas desapasionadas. Y no solamente atendia á que los que habia de admitir fuesen personas de virtud y de ingenio, sino tambien y muy particularmente que

fuesen de buenos naturales, y de condiciones tratables, y de quien pareciese se podia esperar que habian de ser durables y constantes en su vocacion y en la virtud, y á propósito para el trato de prójimos, y ministerios exteriores que profesa la Compañía.

Todos los negocios que se ofrecian, y las mudanzas y disposiciones de los súbditos y otras cosas tales, fuera de mirarlas y considerarlas mucho delante de nuestro Señor, gustaba de consultarlas con personas prudentes y experimentadas: y seguia muy de buena gana y con mucha sumision y humildad el parecer ajeno. Finalmente fué persona el Padre Belarmino, que en su gobierno acertó á dar gusto á Dios y á los hombres: cosa que aunque parece muy dificultosa, y segun no pocos piensan, es casi imposible, viene á hacerse muy factible, especialmente en el gobierno de comunidades religiosas y observantes, si el Superior acierta á tomar el medio, y no quiere declinar demasiadamente á alguno de los dos extremos. Lo cierto es, que aunque el Padre Belarmino miraba tanto por la gloria de nuestro Señor, y por la entereza y perfeccion de la observancia regular; sabia tambien templarse y ajustarse tanto con la condicion humana, que era amabilísimo á sus súbditos. Y su gobierno de Provincial (que duró mas de dos años) se les hizo brevísimo; y quisieran que durara muchos mas: y los que hoy viven de aquel tiempo, se acuerdan de él con mucho gusto, y le alaban con grande encarecimiento.

CAPITULO XI.

De cómo por muerte del cardenal Toledo fué llamado á Roma para ser teólogo de Su Santidad, y de las cosas en que sirvió á la Iglesia, hasta que fué hecho Cardenal.

Al tiempo que el Padre Belarmino atendia con mas cuidado al gobierno de su provincia de Nápoles, iba Dios disponiendo muy apriesa las cosas en Roma para los altos fines de su providencia, que eran de sacarle á luz en la cabeza del mundo, y ponerle en el eminente grado de Cardenal, que es el mas cercano á la suprema dignidad de la Iglesia. Murió en este tiempo en Roma el ilustrísimo cardenal don Francisco de Toledo de la Compañía de Jesus, y el primero que de ella (aunque con gran repugnancia suya, y no con menor aprobacion de toda Roma) fué sublimado á la dignidad de Cardenal: hombre de maravillosa prudencia, prodigiosa doctrina, y no menor virtud y piedad, y de singular devocion con la Vírgen María nuestra Señora. El cual habia servido muchos años á la Iglesia, con increible acepcion de todos los Sumos Pontífices, en los oficios de predicador, y teólogo de Su Santidad, y en otros muchos cargos y ministerios de mucha importancia. Sintióse sobremanera la muerte de este tan gran varon, cuya falta apenas parecia que habia de haber quien la pudiese suplir.

Y porque se vea con suficientes testimonios qué persona era Toledo, y qué vacío entró á llenar Belarmino (que fué el que le sucedió, como luego veremos) quie-

ro aquí brevemente apuntar los que de él dieron tres Pontífices Sumos, dejando otros muchos. Y pondrélos solamente en su latin, porque solo quiero aquí hablar con los que lo entienden.

Gregorio XIII en un Breve dado en Roma á diez y seis de noviembre de mil y quinientos y ochenta y cuatro, hablando con el mismo Padre Toledo (que entonces aun se estaba en la Compañía) y dándole facultad para que pueda imprimir sus Comentarios sobre San Juan sin otra aprobacion ni licencia de nadie (cosa que no sé que la haya hecho la Sede Apostólica con otro ninguno) le dice estas palabras. «Tanta est doctrina, prudentia fides, et diligentia tua, quæ gravissimis in muneribus longo, et intimo usu nobis cognita sunt ac perspecta, ut tua scripta, sicut cæserorum, aliorum judicio et examini subjici, æquum non sit. Itaque Commentaria illa cum Annotationibus in D. Joannem, quæ summo cum labore ac vigilantia abs te lucubrata esse scimus, sine alterius cujusquam approbatione aut licentia, quandocumque tibi videbitur, in lucem edendi, ac imprimi faciendi, harum auctoritate plenam ac liberam tibi damus, et concedimus facultatem.» Y en unas letras á Gerardo, cardenal de Lieja, dadas á diez y nueve de enero de mil y quinientos y ochenta, dice el mismo Pontífice así en abono de Toledo: «Harum rerum solicitudo facit, ut mittamus dilectum filium Franciscum Toletum Concionatorem nostrum, virum excellenti doctrina, pietate, prudentia præditum, atque omni laude cumulatum.» Y en otras al Duque de Baviera, testificando la doctrina y virtudes del mismo Toledo, dice entre otras muchas cosas lo siguiente: «Omni cum veri-

tate confirmamus, hunc hominem esse illum quidem omnium, qui nunc sunt, sine ulla controversia doctissimum Nos autem multo majorem ei laudem tribuere intendimus integritatis atque innocentiæ, quam doctrinæ.» Y mas abajo: «Nihil autem potest esse à Toleto factum, dictum, scriptum, nisi summa cum sanctitate atque integritate, optimaque voluntate, longuissimeque ab omni ambitione remota. Nos hujus hominis virtutem, et vitam plurimum experti sumus, perfectissime cognoscimus, et quod scimus, testamur. Credas igitur nobis, esse hunc virum optimum, et verum servum Dei, Christianoque orbi utilissimum, etc.»

Este mismo concepto mostró del Padre Toledo el Papa Sixto V en varias ocasiones, y particularmente en unas letras que le envió, *Sub annulo Piscatoris*, á veinticuatro de abril de mil y quinientos y noventa, por estas palabras: «Spectata tua in nos, et Apostolicam Sedem merita, ab eminenti doctrina profecta, qua in verbo Dei Romanis Pontificibus prædecessoribus nostris et nobis, in spiritu et veritate, et summa cum eloquentia, per viginti unum, et amplius annos, prædicando, incredibili omnium Theologorum admiratione, et eorumdem prædecessorum nostrorum, ac nostra, totiusque S. R. E. Cardinalium Collegii approbatione præcellis, à nobis suo quasi jure requirere videntur, ut tuis commoditatibus, iis præsertim, quibus spiritualis animæ consolatio augeatur, benigne ac favorabiliter annuamus.»

No fué menor la estima en que le tuvo y que le mostró Clemente VIII (que fué el que le hizo Cardenal) en muchísimas cosas, y señaladamente en estas pala-

bras de unas letras que le envió á tres de abril de mil y quinientos y noventa y seis, en que describe muy por menudo sus ocupaciones precedentes, y la satisfaccion que en ellas dió. Dícele pues el Pontífice: «Cum tu, antequam fel. rec. Pii Papæ Quinti prædecessoris nostri mandato, Apostolici Prædicatoris officio fungereris (in quo postea summa cum laude diu es versatus) in Societate Jesu religiosam vitam duxeris, et in Collegio Romano Philosophiam et Theologiam publice tanta cum auditorum utilitate docueris, ut per multi, te magistro, in eisdem facultatibus excelluerint: ac deinde studiorum ipsius Collegii Romani Præfecturam ita gesseris, ut omnes tibi, non doctrinæ solum, sed auctoritatis etiam præcipuum locum merito tribuendum censuerint, etc.»

Esto es algo de lo que las Cabezas de la Iglesia sintieron de la eminencia del cardenal Toledo. Y no fué menor la opinion y estima en que toda la corte romana le tuvo, y el amor y aficion que siempre le mostró. Todos le deseaban con muy grandes ansias ver Cardenal; y en todas las creaciones le aclamaban y pedian. Hizolo finalmente Clemente VIII, y con tanto gusto y afecto, que dicen que cuando le elegia dijo: que en caso que no se hallase púrpura para el capelo de Toledo, él mismo se sacaria la sangre de sus venas para teñirle. Vivió tres años en esta dignidad, con la satisfaccion que todos de él habian esperado, y con extraordinaria acepcion del mismo Pontífice.

Pero (como todas las cosas humanas son tan amovibles é inconstantes, y cuando todas ellas fueran muy firmes y estables, el mismo hombre es tan de vidrio, y tan de espuma) cuando todos le quisieran al gran

Toledo la salud y vida perpétua, le salteó la última enfermedad, y tras ella la muerte, por el otoño de mil y quinientos y noventa y seis; por ocasion de haber ayunado con mucho rigor una Cuaresma entera de cuarenta dias antes de la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora (que cada año la solia ayunar, y todas las semanas del año cuatro dias, con otras muchas penitencias y asperezas que siempre hacia; porque para todo tenia aliento y virtud, en medio de aquel lustre y grandeza). De lo cual se podrá bien fácilmente colegir, cuál seria este ejemplarísimo religioso y eminentísimo Cardenal en las demás virtudes tan propias de ambos estados en que Dios le puso en su Iglesia, y tan necesarias para los heróicos empleos que en ellos tuvo por tantos años. No quiero dilatarme mas: harto he dicho ó apuntado para los prudentes.

Dispúsose en su última enfermedad cristianísimamente, recibiendo los santos Sacramentos con admirable devocion y ternura, y expendiendo los pocos bienes que tenia (pudiendo, si hubiera querido, tener muchísimos) en obras muy pias: su librería á nuestro Colegio Romano, los demás al templo de Santa María la Mayor, de quien en vida habia sido devotísimo, y en donde en muerte le dieron honradísima sepultura. Pidió instantísimamente en su última dolencia á la Santísima Vírgen, que en premio de su devocion (si alguna habia sido) le llevase de aquella enfermedad, para que no pudiese hallarse en conclave ninguno. Murió en fin santísimamente, con increible sentimiento de toda Roma y del mismo Sumo Pontífice.

Tratóse luego de buscar persona que en alguna ma-

nera pudiese suplir la falta de tan insigne varon, especialmente en el oficio de teólogo de Su Santidad: y ninguno se halló en quien pareciese que concurrian mejor las partes necesarias para aquel ministerio que en el Padre Belarmino. Tenia ya de él bastante noticia y estima Su Santidad, aun desde antes de ser Pontífice, no solo por la fama comun que de su grande doctrina y sabiduría por todas partes corria, sino por haberla él mismo tocado con sus manos. La primera obra suya que leyó fué el Tratado de *Translatione Imperii*, que le dió un Cardenal amigo en el conclave: y quedó admirado de la sabiduría y erudicion de su autor.

Despues teniendo ya la silla de San Pedro, le consultó si seria conveniente que se leyese públicamente en la Universidad de Roma (que llaman la Sapientia) la Filosofía de Platon; y aunque el Padre vió á Su Santidad muy inclinado á este parecer, con todo eso le respondió, apoyando lo contrario con muchas razones; porque dijo que sin duda era mas peligrosa para las escuelas de los cristianos la doctrina de Platon que la de Aristóteles, al modo que lo es mas la de los libros de los herejes que la de los gentiles: porque siendo la doctrina de aquel filósofo generalmente mas parecida á la de la Iglesia y teniendo en algunas partes muchos errores, corria peligro que con la semejanza algunos menos advertidos se engañasen, y sin echarlo de ver bebiesen el veneno de sus errores. Y que de aquí habian nacido los muchos y grandes que se hallan en las obras de Orígenes. Y que por esta causa el quinto Sínodo habia desterrado la doctrina de Platon de las Universidades de los católicos; porque no fuese mayor el daño que

hiciese á las almas en materia de Religion, que el provecho á los ingenios en materia de doctrina. Aprobó Su Santidad este juicio tan acertado del Padre Belarmino, y desde entonces quedó con mucha mas estima de su prudencia y sabiduría, y no menos de su entereza y verdad.

Añadióse á esto lo que despues de la muerte del cardenal Toledo, le testificaban muchos: y mas que todos el eminentísimo César Baronio; diciendo muchas veces á Su Santidad que si habia alguno en el mundo que pudiese llenar aquel tan gran vacío, era singularmente Belarmino; y que él le conocia mucho, y le habia comunicado muchas veces, y le habia visto en muchas consultas, y que en efecto era nacido para aquel ministerio. Con esto se acabó de persuadir Su Santidad: y así le mandó llamar de Nápoles, donde estaba en el gobierno de su provincia: el cual hubo de interrumpir con sentimiento de todos los de ella. Púsose luego en camino, y llegó á Roma por el mes de enero de mil y quinientos y noventa y siete.

Recibióle Su Santidad con extraordinarias muestras de benignidad y benevolencia, y mandóle que viviese allí en su palacio de San Pedro del Vaticano, así por honrar el oficio como por tenerle á él á mano para todo lo que se ofreciese. Mas el buen Padre, que deseaba vivir muy ajeno de toda honra, y estimaba mucho mas el rincon de la Religion que todos los palacios de los príncipes y todas las grandezas del mundo, suplicó á Su Santidad, y lo alcanzó por medio del cardenal Pedro Aldobrandino, que le dejase vivir en nuestro Colegio de la Penitenciaría de San Pedro, que está junto al

mismo palacio; porque desde allí podria acudir muy á punto á cuanto Su Santidad le mandase, y por otra parte no perderia él del todo la quietud de la Religion y la ejemplar compañía de sus hermanos.

Comenzó luego Su Santidad á servirse mucho de Belarmino, y á valerse en varias cosas de su consejo y doctrina, hallando en él entera satisfaccion, y dando cada dia mayores muestras de lo que le estimaba. Dentro de un mes le hizo consultor del Santo Oficio de la Inquisicion. Remitiría muchas dispensaciones de las que tocaban en materias de conciencia, y otros negocios semejantes; y á todo satisfacia como se podia desear.

En este mismo tiempo y en medio de estas ocupaciones á instancia del cardenal Tarugi hubo de componer el Catecismo breve de la Doctrina cristiana con una explicacion del mismo más copiosa: y ambas cosas mandó luego Su Santidad que se imprimiesen; y que se quitase la muchedumbre y variedad de Catecismos que habia en toda Italia, y que solamente corriese este de Belarmino.

Por este tiempo tambien por muerte del duque Don Alfonso de Este volvió á la Iglesia el Estado de Ferrara, que era feudo suyo: y para tomar la posesion de él y dar órden en el gobierno y en otras cosas, quiso Su Santidad ir en persona á Ferrara, como lo hizo por la primavera del año de mil y quinientos y noventa y ocho, deteniéndose allí casi todo lo restante de aquel año. Para esta jornada quiso que entre los demás Cardenales y Prelados, y otras personas graves que le acompañaban, le siguiese tambien nuestro Belarmino. Mandóle aposentar en nuestro Colegio de Ferrara, por saber era este su ma-

yor gusto, y señalóle veinte y cinco escudos cada semana á título del hospedaje. Estando aquí tuvo ocasion de besar la mano á la piadosísima señora Doña Margarita de Austria, que venia á casarse con el católico Don Felipe III, ya rey de España (príncipes ambos en quien la piedad, y religion, celo de la fe, y toda virtud, fué aun mayor que la grandeza de sus Imperios). Ofrecióse Belarmino á sí y á toda nuestra Compañía al servicio de aquella gran reina. Y lo mismo hizo con el serenísimo Archiduque Alberto, que tambien se venia á casar con la serenísima Infanta de España Doña Isabel Clara Eugenia. Desde aquí tambien se le ofreció no sé qué causa de alargarse á la ciudad de Venecia con algunos Cardenales amigos. Y vuelto á Ferrara le hizo Su Santidad Examinador de los Obispos: y asímismo le despachó muy á gusto algunos negocios que á instancia de nuestro Padre General trató con Su Santidad.

Lo que causó grande admiracion (y siempre se podrá juzgar á manera de milagro) fué, que en una corte tan grande y en medio de tantos pretendientes y apasionados se conservó siempre con notable acepcion de todos, sin que hubiese persona alta ni baja que le quisiese mal, ni se quejase de él. Lo cual sin duda provino de la llaneza y humildad ajena de toda doblez y ficcion con que con todos trataba. Era muy comedido y cortés, y honrador de todos, no solamente con obras en cuanto podia, sino (lo que á veces importa casi otro tanto) tambien con las palabras y esto no ménos en ausencia que en presencia. Decia largamente bien de los que lo merecian; y mal jamás lo supo decir de nadie, por mucho que lo mereciese. A palacio acudia muy poco, y solamente

cuando era llamado de Su Santidad, ó de quien tenia en esto casi otra tanta autoridad (lo cual tambien guardó en Roma y en todas partes). Y nunca jamás mostró de mil leguas preciarse ó jactarse de valido ó favorecido de Su Santidad, ó de otros príncipes. Achaque que suele ser muy ordinario en hombres de ánimos pequeños. Finalmente él se portó de manera todo el tiempo que estuvo en Ferrara, que así los de aquella ciudad, como los de la Corte Romana le quedaron aficionadísimos, y muy edificados de su religiosísimo modo de proceder; de que hasta hoy tienen muy fresca la memoria.

Vuelto que fué á Roma, le hicieron Rector de nuestro Colegio de la Penitenciaria, con beneplácito de Su Santidad, aunque poco despues se hubo de ir algunos dias á vivir al Colegio Romano, por haberle mandado el mismo Pontífice que compusiese el Tratado de Indulgencias, que parece que solo faltaba en sus libros de las Controversias; y le pareció que para esto tendria mas comodidad en el Colegio. Los dias que en él estuvo dió harto admirables ejemplos de humildad y observancia religiosa, así dentro de casa como fuera. Pero nuestro Señor le iba honrando cada dia mas, al paso que él mas se humillaba; y su Vicario en la tierra tambien iba descubriendo cada dia mas la estima que tenia de Belarmino y el deseo de honrarle y acariciarle. Un dia estando en Frascati le envió una cabalgadura al Colegio, para que en ella le fuese acompañando hasta Grotaferrata. Y en el camino le llamó y le mandó que fuese á caballo y cubierto junto á su misma litera: y por mas que él porfió que le dejase apear y estarse descubierto, no se lo consintió Su Santidad, antes le llevó á su lado de

aquella manera todo el camino, hablando con él muy familiarmente.

Con esta y con otras demostraciones semejantes (á que siempre suelen estar muy atentos los cortesanos) comenzó á esforzarse la voz, que ya dias habia andaba en Roma, de que Su Santidad queria hacer Cardenal á Belarmino: y él mismo se lo comenzó á sospechar y á temer. Y por prevenir lo que podria suceder, dió cuenta con toda sinceridad y claridad á nuestro Padre General de su sospecha y de la hablilla que andaba en la corte, y de los fundamentos de ella, para que con su prudencia y eficacia fuese guiando y encaminando las cosas de manera que no tuviese efecto aquel negocio, disuadiendo y apartando á Su Santidad de aquella determinacion, si acaso verdaderamente la tenia. Por otra parte se aseguraba con entender que aquellas dignidades no se suelen comunmente dar á quien no las desea ni pretende; y que ni él las pretendia ni podia pretender por ser profeso de la Compañía de Jesus, ni las deseaba ni queria desear, por estar por la divina gracia muy desengañado, y muy contento con su vocacion. Tambien le consolaba una respuesta que sabia haber dado poco antes el Pontífice á una persona grave que le proponia los grandes méritos de Belarmino para el capelo; á la cual respondió Su Santidad: Bien lo merece, pero es Jesuita. Lo cual le parecia al Padre ser exclusiva muy cierta: pero presto se vió que no debió de ser sino disimulacion; y se echó de ver que la fama y voz comun tenia mucho fundamento: porque al fin muchas veces es verdad, que lo que se dice ó es ó quiere ser, y tambien que *vox populi, est vox Dei:* pues dentro de muy

pocos dias se declaró del todo Su Santidad, y sin bastar las súplicas y repugnancias de nuestra religion (que siempre ha deseado y procurado muy de veras que sus hijos perseveren y sean dejados en la humildad y retiro de su instituto y vocacion) y sin ser parte las del mismo Belarmino, le creó Cardenal de la santa Iglesia, como en el siguiente libro veremos.

LIBRO TERCERO.

DESDE QUE LE HICIERON CARDENAL, HASTA QUE LE DIERON EL ARZOBISPADO DE CAPUA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo le obligó Su Santidad á aceptar el cardenalato, y de cuán bien recibida fué su promocion.

Apenas habia dos meses que el Padre Belarmino era Rector del Colegio de la Penitenciaría, cuando llegándose ya las témporas de la Cuaresma de mil y quinientos y noventa y nueve, se comenzó á avivar en Roma la voz de que Su Santidad queria hacer promocion de nuevos Cardenales. Casi no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad: cada uno, como se suele, hacia en su pensamiento la eleccion á su modo, y la publicaba ya por hecha. Este nombraba á estos, y el otro á los otros; y sobre quién tenia mas razon (faltándoles por ventura á entrambos) gastaban muchas palabras, y aun tal vez de las porfías de palabras venian á las manos. Vicios propios de gente ociosa y muy pertinaz en su sentir.

Al fin aunque en los mas variaban y erraban los pareceres, pero en Belarmino casi todos convenian y concordaban, pronosticándole de comun acuerdo que habia de ser Cardenal. Esto tienen los grandes méritos y aventajados talentos, que hasta el pueblo los quiere premiar.

Oyó esta plática el humilde Padre; y cotejándola con las demostraciones del Pontífice y con otras cosas que él sabia, comenzó á recelarse no saliese verdadera. Por otra parte los amigos de palacio y que mas asistian al lado del Vicario de Cristo, no le decian ni una sola palabra (debia de disimularse el mismo Pontífice). Hallóse perplejo y cuidadoso: determinóse de escribir un billete á nuestro Padre General, avisándole de lo que se decia, y pidiéndole con grande encarecimiento, que pusiese toda diligencia en atajar este peligro que le amenazaba: y que mirase su Paternidad si seria bien que él mismo fuese á hablar á Su Santidad y echarse á sus piés y pedirle con gemidos y lágrimas no le quisiese echar á cuestas tan intolerable carga: y que á trueque de salir con su intento, no repararia en que le tuviesen por imprudente, y aun por ventura por ambicioso, juzgando algunos que aquel era un buen modo de pretender disimuladamente el capelo.

Entre tanto se llegó el dia señalado á tres de marzo del dicho año: y luego por la mañana entrando Su Santidad en Consistorio, declaró doce Cardenales, y entre ellos á nuestro Roberto Belarmino con estas honoríficas palabras: *Hunc eligimus, quia non habet parem Ecclesia Dei quoad doctrinam: et quia est nepos optimi et sanctissimi Pontificis.* A este elegimos, porque no tiene otro

igual la Iglesia de Dios en cuanto á doctrina; y porque es sobrino de un excelentísimo y santísimo Pontífice. Quiso con esta eleccion el Papa Clemente cumplir con la obligacion particular que su casa tenia al Papa Marcelo II, tio de Belarmino, por haber hecho á su padre Silvestre Aldobrandino, gobernador de la ciudad de Roma en tiempo que estaba desterrado de su patria, que era Florencia; y juntamente quiso premiar las muchas letras de nuestro Roberto y lo mucho que habia trabajado en defensa de la Iglesia, y de camino tapar las bocas de los maldicientes herejes, á los cuales él mismo cuando fué por Legado á Polonia habia oido murmurar entre otras cosas de los Romanos Pontífices, que en las elecciones de cardenales no guardaban rectitud, sino que se dejaban olvidados á los que mas lo merecian, cuales eran en Roma Baronio y Belarmino: que aun en las mas remotas regiones tenian ya tanta fama y entre los menos afectos pechos tenian ya tanta cabida estos dos excelentísimos varones aun antes de vestir la púrpura.

Hecha la declaracion sobredicha en Consistorio, y aprobada de todos muy en particular la promocion de Belarmino como de persona tan digna de aquel puesto, el cardenal Pedro Aldobrandino, sobrino del Papa Clemente, envió luego á la Penitenciaría al marqués Sanesio á darle la nueva, y á ordenarle de parte de Su Santidad que so pena de excomunion de ninguna suerte saliese de casa hasta que se le avisase otra cosa. Quedó pasmado con esta nueva y órden, y con tan notable dolor y sentimiento, que no pudo responder palabra. Mas recobrándose de allí á un buen rato, llamó á todos

los Padres de casa, y les pidió instantísimamente que mirasen qué consejo podria tomar ó qué diligencia podria hacer para sacudir de sí aquella carga tan intolerable. Entre los demás que se juntaron era uno el Padre Juan Bautista Costa por su ancianidad y prudencia muy venerable, y á quien tocaba decir su parecer en primer lugar. El cual dijo llanamente que le parecia cosa excusada el consultar sobre una cosa que estaba ya hecha y publicada, y en que el Pontífice habia tanto declarado su resolucion: y asi que le parecia que aquello no tenia otro remedio sino la paciencia y obediencia y conformidad con la voluntad de Dios y con la de su Vicario. Todos los demás siguieron este mismo parecer. Solo Belarmino no acababa de quietarse. Llamó al Padre Ministro del Colegio, y envióle al cardenal Aldobrandino, pidiéndole con grande encarecimiento que le alcanzase licencia para ir á besar el pié á Su Santidad, porque tenia algunas cosas que proponerle para descargo de su conciencia. Tampoco le valió esta diligencia; porque le respondió el Cardenal que no era posible lo que pedia, porque Su Santidad estaba muy resuelto en lo hecho, y que no querria verle de otra manera sino Cardenal.

Viéndose con esto el buen Belarmino atajado por todas partes y sin remedio de escaparse por ningun camino, comenzó á lamentarse de que tan de golpe le arrancaban de aquella paz y tranquilidad de espíritu, en que tantos años habia vivido en la Religion, y comenzó á repetir aquellas tristes palabras de la afligida Noemi, que en ocasion semejante repetia tambien San Gregorio Magno: *Ne vocetis me Noemi, sed vocate me*

Mara, quia amaritudine valde replevit me Omnipotens.

En esto vinieron de palacio para llevarle como es costumbre á Su Santidad para recibir la birreta de Cardenal: siguiólos con el mismo sentimiento: y en entrando á su presencia, se arrojó á sus piés, y comenzó á querer decir las razones que llevaba pensadas para mover á Su Santidad; mas no le permitió hablar palabra, antes le mandó en virtud de santa obediencia y so pena de excomunion, que callase y aceptase la dignidad que le daba. Con esto hubo de callar y obedecer, aunque no callaban sus ojos con las muchas lágrimas que derramaba, ni callaba su semblante con la grande tristeza que mostraba: la cual le duró muy viva por muchos dias, ó por mejor decir por todos los años de su vida, que siempre estuvo gimiendo debajo de la carga de la dignidad, y suspirando con el deseo de su querida Religion, y quietud de la celda. ¿A quién no admiran estos sentimientos, en tiempos en que tantos los tienen porque no pueden alcanzar las dignidades, á que, con mas ansias que virtudes, mas medios que méritos aspiran?

Luego comenzó á escribir muchas cartas á diversas partes, y personas de obligacion, dándoles cuenta de su desgracia (por tal la juzgaba) y pidiéndoles la ayuda de sus oraciones para poder llevarla. Y es cosa de admiracion que aunque todos se alegraron mucho de esta promocion por el bien que esperaban para toda la Iglesia, con todo eso, como conocian la modestia y humildad del promovido, todos por esta parte mostraban sentirlo; y en lugar de darle el parabien en sus cartas le daban el pésame con muestras de mucha compasion. Y cartas hubo de algunos gravísimos Prelados que se

pusieron muy de propósito á consolarle, trayéndole muchas razones y ejemplos á este intento. Y aunque todas las quiero dejar por no alargarme; pero no dejaré de poner otra que en estos mismos dias escribió á toda la Compañía nuestro Padre General Claudio Aquaviva dando entera cuenta de este suceso; porque con ella tendrá mas autoridad lo que en este caso decimos. Dice pues el Padre General hablando con el Provincial de cada provincia:

«Aunque por otras vias podrá V. R. haber sabido cómo Dios nuestro Señor ha sido servido de promover al Cardenalato al Padre Roberto Belarmino; con todo eso he juzgado por cosa conveniente avisarle de lo particular que en esto ha pasado; que servirá de mitigar el sentimiento que en casos semejantes causa á los de la Compañía el deseo que tenemos de que el Señor nos conserve en nuestra humildad conforme á nuestro instituto. Sabrá pues V. R. que no solo de parte de la Compañía se han hecho las diligencias convenientes, representando á Su Santidad las razones por las cuales nuestra Religion tiene por instituto huir las dignidades y no aceptarlas sino por obediencia de quien puede mandárselo; sino que tambien el mismo Cardenal antes de ser promovido, intentó muchas veces dar á entender lo mismo á Su Santidad, y mostró el deseo que tenia de vivir y morir en el humilde estado de la Religion. Mas Su Beatitud, que decia haberlo pensado mucho tiempo, y encomendádolo mucho á nuestro Señor, no quiso jamás admitir sus razones: antes queriéndole al tiempo de tomar la birreta proponer de nuevo sus dificultades, y hacer instancia para que no le diese aquella dignidad,

Su Santidad le atajó severamente, y le mandó su pena de excomunion *Latæ sententiæ* que no hablase mas en esta materia. He querido decir todo esto para que V. R. y los nuestros se alegren viendo que de nuestra parte y de la de Su Señoría Ilustrísima se ha hecho lo que convenia. Y así esperamos que Dios nuestro Señor ha de ser muy servido de esta promocion: la cual por haber venido por este modo, y por haber caido en persona de tanta doctrina, religion, santidad de vida y costumbres como el Padre Belarmino, nos da esperanzas que Su Señoría Ilustrisima ha de ser un Cardenal de tanto ejemplo en la Iglesia de Dios, y de tanta utilidad al bien comun, y tan benévolo y favorable á la Compañía, como espera el mundo de un hombre que por tantos años y con tanta edificacion ha vivido en nuestra Religion. Y para que el Señor se digne de concederle copiosa gracia para corresponder al oficio y á la expectacion en que está, V. R. hará que en esa su provincia todos los Padres digan una misa y todos los hermanos recen una Corona por Su Señoría Ilustrísima. Y con esto me encomiendo en los santos sacrificios y oraciones de V. R. De Roma á seis de marzo de mil y quinientos y noventa y nueve.»

Con esta carta y fiel relacion de lo que en esto habia pasado se pudieron templar los ánimos de los de la Compañía, que como verdaderos hijos de San Ignacio y herederos de su mismo espíritu, siempre han celado y recelado no se abra en su Religion esta puerta de las dignidades. Y sin duda les fué de gran consuelo y aliento el saber el modo legítimo con que esta se dió, y el conocer la persona tan cabal á quien se dió.

Mas volviendo á los de fuera, fué muy universal la aprobacion y la alegría con que esta promocion de Belarmino se recibió en todas partes, especialmente entre los buenos y celosos del bien comun, viendo tan honrada y premiada una persona que con tanto ejemplo de virtud procedia, y tanto habia trabajado en defensa de la santa Iglesia. Y no solamente en Roma, sino en partes muy distantes se dieron muestras bien ilustres de esta comun alegría, haciéndose en algunas ciudades fiestas públicas en esta ocasion. Singularmente se mostró la ciudad de Taberna, que es en Calabria: la cual habiendo festejado con harta demostracion al Padre Belarmino pasando por allí, cuando era Provincial de Nápoles, sabiendo ahora que era Cardenal, se alegró por extremo, y dió exteriormente las muestras de alegría que el P. Juan Pedro Calefati de la Compañía escribió al mismo Cardenal por estas palabras:

«Luego que llegó la nueva de la promocion de Vuestra Señoría Ilustrísima á la ciudad de Taberna, hubo muy lucidas luminarias las tres noches siguientes, no solamente en todas las Iglesias y Monasterios, sino tambien en todas las casas particulares, compitiendo con una piadosa emulacion las de los campos con las de la ciudad. Todas las campanas se repicaban con gran fiesta. Todos se alegraban y daban entre sí mil parabienes. Y cierto era cosa de grande admiracion y de no menor consuelo el ver las lágrimas de contento y alegría que todos derramaban. Mas los que mas en esta ocasion se señalaron fueron los hermanos de la Congregacion de la Piedad, los cuales fuera de otras cosas que hicieron, anduvieron todas las tres noches por la ciudad con an-

torchas en las manos cantando el *Te Deum laudamus:* y de cuando en cuando decian á voces: *Viva Jesus* y *Belarmino:* las cuales palabras repetia tambien muchas veces todo el pueblo con grande alegría y aplauso.» Esto y mucho mas dice la carta de aquella ciudad de Calabria.

Por donde no será ya necesario decir lo que hizo en esta ocasion de alegría la ciudad de Montepulciano, siendo tanto mas interesada, como al fin patria del nuevo Cardenal, y siéndole tan aficionada. Pero callando todo lo demás, no dejaré de decir que don Tomás Belarmino entre las demás señales de alegría y fiesta no las dió menores de su piedad y misericordia; antes repartió á los pobres muy largas limosnas, y en todas las Iglesias y Monasterios hizo decir muchas misas por el Cardenal su hermano, suplicando á nuestro Señor le diese gracia para que se mantuviese en aquella dignidad conforme á sus obligaciones, y á las esperanzas que todo el mundo de él tenia concebidas.

CAPITULO II.

De lo que sintió el verse Cardenal, y de cuánto deseó siempre verse libre de esta dignidad.

Cuando todo el mundo estaba aplaudiendo y festejando la acertada promocion del cardenal Belarmino, y manifestando de mil maneras la general alegría de verle en aquella dignidad; él solo estaba cercado de una espesa nube de tristeza y melancolía, y pasaba los dias y las noches gimiendo y lamentando su desventura, y el

verse apartado de los brazos de su querida Raquel (así llamaba á la Religion) y luchando con los cuidados y peligros á que le exponia la nueva dignidad. Testigos son los que entonces le vieron y no menos los que despues familiarmente le comunicaron, de la abundancia de lágrimas que por esta causa le vieron derramar, y de las sentidas palabras que en esta materia muchas veces le oyeron repetir. Esto tienen los verdaderos humildes, que nunca les parece que reciben agravio sino cuando se ven honrar: y nunca saben abrir su boca para quejarse sino cuando les parece que por no ser conocida su bajeza é ineptitud los juzgan por suficientes para puestos altos y grandes empleos. Y esto tienen tambien los que están verdaderamente desengañados y tienen abiertos los ojos del alma, que ven y juzgan de las cosas como ellas son; y en las dignidades de este mundo no se deslumbran con este lustre y resplandor que descubren, sino que penetran vivamente los cuidados y peligros que disimulan: y así las aborrecen y las temen con prudencia, y las huyen y evitan con toda solicitud. Era humilde nuestro Belarmino, y estaba desengañado; y así sentia tanto la honra, y aborrecia tanto la dignidad.

Dijo una vez en una plática y exhortacion pública á nuestra comunidad (porque aun despues de Cardenal hacia algunas) que en casi cuarenta años que habia estado en la Compañía, jamás habia sabido qué cosa era tristeza ni melancolía; mas que despues que era Cardenal no sabia qué cosa era contento ni alegría: y que tenia por mucho mayor descanso el gemir con el trabajo de los estudios y el ajobar con las cargas de la

Religion, que el andar entre las pompas y grandezas de la corte y del palacio; que mas verdaderamente son miserias y peligros. Esta púrpura de que estoy vestido, (dijo otra vez) hace en mí lo mismo que si estuviera en una estatua; que por una parte tuviera á cuestas el peso y embarazo de ella, y por otra no sintiera ningun provecho, gusto, ni honra. Lo mismo veo en mí; estando asimismo cargado de la obligacion de mis votos y de todas las reglas de mi Religion, en cuanto se pueden compadecer con este estado en que estoy puesto. Y en otra plática tratando de la vanidad de las cosas terrenas, y de los peligros del mundo, y habiendo traido el ejemplo de Salomon, de quien hay tanta duda cómo acabó y de si se salvó; dijo que aquella púrpura, que á él le vestia y adornaba, le parecia tan pesada y molesta, que siempre que la miraba le hacia saltar las lágrimas de los ojos, y le exprimia mil ansias del corazon. Y diciendo esto se quitó la birreta de la cabeza, y señalándola con el dedo, añadió con muchas lágrimas, que en castigo de sus muchos pecados le habia Dios dado aquella púrpura. Y fué tanto su sentimiento, que ni pudo hablar mas palabra, ni pasar un punto mas adelante, con grande admiracion y espanto de todos los presentes.

Y en otra ocasion dijo en el mismo lugar, que si bien lo miraban, le debian sin duda tener mas lástima que envidia: porque con ser Cardenal habia perdido mucho bueno para el cuerpo, y mucho mas para el alma. Para el cuerpo, porque no podia ya como en otro tiempo tomar un rato de recreacion despues de los trabajos del estudio y otras tareas del dia, ni salirse alguna vez al

campo con sus carísimos Padres y Hermanos, para aliviar las fatigas de toda la semana ó del mes. Y para el alma, porque en aquella dignidad no habia él hallado otra cosa sino vanidad y afliccion de espíritu, siendo así que no hay cosa mejor ni de mas consuelo, que emplearse en el bien de los prójimos y en ayudar á salvar almas, como se hace en la Religion. De lo cual le parecia á él que estaba privado con las ocupaciones de Cardenal. Y aun despues que se vió Arzobispo y atendiendo en Capua al bien de las almas de sus ovejas, decia que en esta materia tienen una dicha mayor los operarios de la Compañía: y es el poder acudir libremente con sus ministerios á varias partes segun se entendiere que han de ser de mayor servicio de nuestro Señor y ayuda de las almas; y no están atados á una parte ó diócesis, como lo estan los Prelados por fervorosos y celosos que sean.

Finalmente, todo el tiempo que vivió despues de su promocion al Cardenalato, estuvo gimiendo debajo de la carga de la dignidad, y suspirando con la memoria de la tranquilidad antigua de la Religion; y anhelando mil veces, y acechando con mil ojos, por si se le descubria algun resquicio por donde poder volverse á su primera quietud y seguridad. Una vez dijo á un su íntimo familiar, que si alcanzaba de dias á Clemente VIII (porque en su tiempo no lo esperaba) estaba determinado de procurar con todas veras renunciar el capelo y dejar la dignidad. Pero mirándolo mas despacio, y comunicándolo con muchos hombres doctos, les pareció que era negocio inaccesible y que ningun Pontífice lo concederia, por no hallarse apenas ejemplar de alguno otro

á quien se haya hecho semejante gracia. Y aunque aquel amigo era de este mismo parecer y tenia por cosa muy dificultosa, y aun casi imposible que saliese con su intento de alcanzar licencia para la renunciacion del Cardenalato, con todo eso no dejó de persuadirle que la intentase y procurase; siquiera porque quedase en la Iglesia un ejemplo tan raro y singular: que sin duda lo seria mas el haber pretendido renunciar la dignidad despues de alcanzada, que el haber querido rehusarla cuando ofrecida. Pero como él era tan enemigo de toda ficcion y cumplimiento, y vió que esta pretension no habia de surtir otro efecto, se determinó á desistir de ella: especialmente que se recelaba no se le envolviese en ella disimuladamente algun pensamiento de vanidad ó vanagloria.

Mas con todo eso no dejaba de revivir en su pecho algunas veces este mismo deseo de retirarse, principalmente cuando se le representaba como cosa hacedera, ó no del todo imposible. Una vez leyendo en los sagrados Cánones y pareciéndole que habia encontrado algun rastro de lo que él tanto deseaba, que era si podia un Cardenal por sí mismo sin otra autoridad renunciar su dignidad, pidió á nuestro Padre General que hiciese ver aquel punto á algunos Padres grandes teólogos. Porque si aquello era probable, él queria romper con todo y volverse á la quietud y paz de la Religion, en que se habia criado. Mas como le fuese respondido que tenia poco remedio su pretension, y que ni aquello se le permitiria, hubo de esforzar su paciencia y conformarse con la voluntad de Dios; y ya que no podia volverse con el cuerpo y con el hábito á la Religion, se determinó muy de veras de retenerla en el ánimo y en las costumbres.

CAPITULO III.

De cómo despues de nuevas diligencias al fin se quietó y conformó con la voluntad de Dios en tener la dignidad de Cardenal.

Viéndose ya Belarmino hecho Cardenal, y sin esperanza ninguna de poder sacudir de sí la carga que el Vicario de Cristo habia puesto sobre sus hombros, determinó de sujetarse y rendirse á la voluntad divina, y procurar perfeccionarse en aquel estado y dignidad á que tan sin tener él parte alguna el Señor le habia levantado. Y ante todas cosas para asentar bien el primer fundamento, comenzó á mirar y remirar si acaso habia él tenido alguna culpa en aceptar aquella dignidad, ó si la tenia en retenerla. Y como no le remordiese nada su conciencia, con todo eso para mas seguridad, quiso consultar estas materias con hombres sabios y temerosos de Dios. Demasías parecen á los de mediano espíritu las diligencias que hacen los Santos en órden á asegurar su salvacion y perfeccion. Mas no sé si puede haber demasía en negocio que tanto importa.

Para esto pues nuestro Cardenal escribió un memorial en que preguntaba seis cosas distintas en otros tantos puntos; las cuales con sus respuestas, á lo menos de las cinco primeras, se hallaron en poder del Padre Francisco Roca, su confesor: y eran en esta forma.

Lo primero pregunta si parece haber entrado en esta dignidad legítimamente y por la puerta verdadera? y respóndese, que sí. Lo segundo, si puede vivir en este

estado con buena conciencia y sin ofensa de Dios? y respóndese, que bien puede. Lo tercero, si podrá mejor servir á Dios volviéndose á su primer estado? y respóndese, que es cosa dudosa. Lo cuarto, si esto seria de mayor edificacion y ejemplo? y respóndese, que tambien es dudoso. Lo quinto, si por lo menos seria esto posible? y respóndese, que apenas lo parece. Lo sexto, si será mas seguro obedecer sencillamente á Dios que le llama por medio de su Vicario; y no estar ya mas inquieto con el ansia de mudar estado, sino solo atender á perfeccionarse en aquel en que Dios le ha puesto? A esto último no se da allí la respuesta. Debió de escribirlo en billete de por sí despues de algun tiempo á alguna persona de ciencia y conciencia con quien se aconsejaba. Pienso que seria al Padre General Aquaviva, á quien aun despues de ser Cardenal no solo consultaba como á amigo, y oia como á prudente, sino casi obedecia como á superior. Con estos consejos y resoluciones se quietó en grande manera el buen Cardenal.

Mas por no dejar nada por hacer, quiso tambien consultar á personas de conocida santidad. Y entre otros escribió al Padre Bernardino Realino de nuestra Compañía, que entonces vivia en Nápoles con grande opinion de santidad (y á quien en vida y muerte ha ilustrado Dios con prodigiosa muchedumbre y variedad de milagros) pidiéndole muy encarecidamente que le encomendase á nuestro Señor, y mirase delante del divino acatamiento, si aquella dignidad, que contra toda su voluntad le habian dado, le habia de ser de algun estorbo para la salud de su alma. Y el santo varon le res-

pondió, que habiendo hecho mucha oracion sobre este punto, le parecia que no habia de tener mas dificultad para salvarse siendo Cardenal, que si se estuviera retirado en la Religion. Y añadió, que tenia por cierto, que se le habia dado aquella dignidad para mayor servicio y gloria de Dios, y para mas mérito suyo.

Con estas y otras muchas cosas que este varon de Dios y otras muchas personas sábias y santas le dijeron y escribieron á este propósito, se acabó de sosegar el ánimo del Cardenal (y todo fué bien menester segun era de aficionado á la quietud y humildad de la Religion) y conoció manifiestamente ser la voluntad de Dios que le sirviese en aquel estado con entera resignacion de la suya, y atendiendo al bien comun con todas sus fuerzas. Y quedó tan enterado de esto, que pudo él mismo despues aconsejar y guiar á otros en casos semejantes. Como lo hizo muy particularmente con don Enrique de Lorena, obispo de Verdum, el cual deseando dejar el obispado para entrarse en la Compañía de Jesus, no habia podido alcanzar licencia de Su Santidad, y por eso se hallaba muy desconsolado. Escribióle nuestro Cardenal consolándole y alentándole á proseguir en la cura pastoral y á conformarse con la voluntad de Dios y de su Vicario, con las mismas razones que él habia experimentado en sí mismo eficaces (y por eso las quiero poner aquí) y entre otras le dijo estas palabras:

En cuanto al piadoso deseo de Vuestra Señoría Ilustrísima de tomar alas como de paloma para volar al lugar de la dulcísima quietud, diré lo que á mí se me ofrece. Yo pienso que en ninguna cosa se puede hallar

quietud mas firme, ni seguridad mas cierta, que en el entero y afectuoso cumplimiento de la voluntad divina. Entre todas las palabras del Señor, aquella que dijo á su Padre en la oracion del huerto, me ha robado siempre el corazon. *Pater, si vis, transfer calicem istum àme: verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat.* Fuimos comprados con grande precio, y así á ley de tales debemos prontamente obedecer á nuestro Señor. Mientras nuestra conciencia nos da testimonio de que ni hemos buscado, ni deseado, ni escogido el lugar mas alto, y que al presente no nos agrada la honra temporal en que nos hallamos, sino que antes, si nos fuera permitido, la dejáramos de buena gana; no hay porqué dejar de alegrarnos y quietarnos en esta voluntad de Dios nuestro Señor declarada por su Vicario. La dignidad de Obispo es carga muy pesada y llena de cuidados y de peligros; pero quizá no lo es menos la de Cardenal. Mas si nuestro Criador y Redentor quiso ponernos en estos cuidados y peligros, ¿quién somos nosotros para quererle resistir y contradecir? Él que nos amó y puso su vida por nosotros, se dignó de decir á Pedro y en él á todos los Prelados: Si me amas, apacienta mis ovejas. Pues ¿quién habrá que se atreva á replicar al Señor y decirle, que no quiere apacentar sus ovejas, por no perder su alma; sino fuere alguno que no ama verdaderamente á su Dios, mas falsamente á sí mismo? El verdadero amador de Dios dice con el Apóstol: Mas quiero ser anatema y estar apartado de Cristo por amor de mis hermanos y prójimos, que sacudir de mí la carga que me puso el amor de Dios. Aunque á la verdad, donde reina la caridad, no puede haber peligro ni pér-

dida del alma. Porque demos que por ignorancia ó por flaqueza humana vengamos á caer en muchas faltas; ¿por ventura la caridad no cubre la muchedumbre de los pecados, como dice la Escritura? Verdad es, ilustrísimo y amantísimo señor, que si se nos descubriera alguna vislumbre de esperanza, de que con beneplácito del cielo y bendicion de Su Santidad pudiera V. S. entrar y yo volver á la quietud de la Religion, que eso habíamos de escoger. Mas porque no veo esperanza ninguna, por eso he dicho esto que he dicho; y he querido escribir á la santa alma de V. S. que veo afligida con la carga de la prelacía, las mismas razones que yo me suelo decir á mí mismo y con que me suelo consolar y quietar en ocasion semejante.

Hasta aquí la carta del Cardenal, en la cual muestra bien cuán conforme estàba con la divina voluntad para llevar la carga de la dignidad: aunque siempre muestra el afecto que le quedó al descanso de la Religion.

CAPITULO IV.

Del amor y estima que siempre tuvo á la Compañía de Jesus, y cómo conservo en cuanto fué posible su instituto y modo de vivir, y de raros ejemplos de virtudes á este propósito.

Propiedad suele ser de algunos hijos de este siglo (mejor diré vicio) cuando se ven puestos en honra y levantados á alguna dignidad, olvidarse de sus domésticos, y de aquellos que les son mas conjuntos. Y aun á veces llega á tanto la malicia, que (haciendo demasiada

fuerza á la naturaleza, cuando ya tienen á la virtud rendida) vienen á negar á aquellos que les dieron el ser, ó á los que con ellos le recibieron; y á desdeñarse de haber participado con ellos de la misma fortuna. Y no se contentan los hijos de Adan con tener esta poca ley y mucha sinrazon solamente con aquellos que les fueron padres del cuerpo, sino tambien la extienden á los que lo fueron del alma y asímismo de las costumbres. ¡Qué de comunidades sienten este desamor ¡qué de sagradas familias experimentan este olvido! No degeneró en esta parte nuestro cardenal Belarmino: antes siempre reconoció á aquellos de quien recibió el ser; no solo en lo natural, acudiendo á sus deudos conforme á razon y piedad (á su tiempo lo veremos) sino tambien en lo moral y espiritual, amando y estimando en extremo á la Compañía de Jesus, que tan buena madre le habia sido. Bien se vió en el sentimiento con que de ella se apartó, y en el ansia con que siempre anheló por volverse á ella: pero no menos en la conjuncion y semejanza que con ella siempre conservó.

Trataba á todos los de la Compañía con la misma familiaridad y afabilidad que antes, y queria ser tratado de ellos casi con la misma llaneza é igualdad que solia. Y dijo en varias ocasiones que no menos estimaba y queria ahora á sus hermanos los hijos de su madre la Compañía, que cuando entre ellos vivia: porque siendo Cardenal habia mudado el hábito, mas no la voluntad y aficion. Antes decia que cada dia iba creciendo mas en él este buen concepto y estima de su Religion: y que daba muchas gracias á nuestro Señor por ver que se conservaba todavía en ella lo sustancial del espíritu y fervor

que habia tenido en sus principios, con tanta observancia de las reglas, tanta obediencia y subordinacion á los Superiores, tanta union y caridad con los iguales, tanto celo y cuidado del bien de las almas de los prójimos. Y tenia bastante conocimiento de estas cosas, por haber vivido en la Compañía tantos años y en tan diferentes lugares, y en tantos oficios hasta ser Superior. Y decia que no trocara su vocacion por ninguna otra del mundo. Si bien es verdad que á todas las sagradas Religiones (escuadrones lucidos de la Iglesia, y verjeles agradables al mismo Dios) estimaba y amaba como es razon, y mas á las que están en su punto de observancia y de fervor, y á las que tienen por instituto y profesion no solamente atender á su propia salvacion y perfeccion, sino tambien á la de los prójimos; por la experiencia que tenia del gran servicio que hacen á Dios y gran provecho en su santa Iglesia.

Nunca tenia mejor rato que cuando le iban á visitar algunos de la Compañía; y siempre á la despedida les pedia encarecidamente que volviesen muchas veces. Y para facilitar mas esta comunicacion tomó casa junto al Colegio Romano: y aun deseó hacer un pasadizo por debajo de tierra para poder pasarse allá muchas veces y á todas horas. Mas no siendo esto posible, se hubo de contentar con estar tan cerca que pudiese siempre oir la campanilla del Colegio, y gobernar por ella su vida y acciones del dia y de la noche, como si viviera dentro: y realmente así lo hacia.

Guardó perpetuamente todas las reglas y constituciones, usos y costumbres de la Compañía, por mínimas que fuesen, con tanta exaccion y puntualidad, que podia

ser ejemplo de observancia á los religiosos mas observantes: y aun pasaba en muchas cosas mucho mas adelante de nuestra obligacion. Pondré por ejemplo unas pocas cosas.

Suelen todos los de la Compañía una vez cada año por espacio de ocho ó diez dias dejar todas las demás ocupaciones, por piadosas y santas que sean, y atender del todo á su aprovechamiento espiritual, ocupándose en perpetuo trato con Dios con ejercicios espirituales de oracion, meditacion, leccion de libros devotos, penitencias y mortificaciones, y otras cosas semejantes. Las cuales todas, aunque son cotidianas en nuestra Religion, hechas entonces tan de propósito y en tanta abundancia, alientan el alma y la engruesan como con un convite espiritual. Nuestro Belarmino pues tomaba cada año un mes entero para este tan santo ocio ó para esta tan importante ocupacion. Y para esto se retiraba á nuestra casa del Noviciado: en la cual daba admirables ejemplos de modestia y humildad y de todas las virtudes y observancias religiosas. En entrando en casa lo primero que hacia era preguntar si habia algunos enfermos? y si los habia, los visitaba y consolaba con una afabilidad y caridad mas que de madre. Y algunos hubo á quien con sus oraciones se piensa que alcanzó milagrosamente la salud; y otros á quien claramente profetizó lo que les habia de suceder en sus enfermedades. No lo podemos aquí contar todo.

En el tiempo de estos ejercicios se estaba casi perpetuamente encerrado en su aposento, sin permitir que nadie le visitase ni interrumpiese el gozar la dulzura de espíritu que nuestro Señor le comunicaba. Ni aun

queria salir un breve rato á la huerta para aliviar un poco la cabeza cansada con el perpetuo ejercicio y encerramiento. Si tenia necesidad de algun libro, no consentia que se le trajesen de la librería, por haber órden que no se saquen de ella libros sin licencia del Superior. Y aunque el Padre Rector le habia suplicado que avisase qué libros queria para que se los llevasen á su celda; jamás quiso venir en esto; antes él mismo se iba á la librería, llevando su tintero y escribanías cuando habia menester apuntar ó trasladar algo de algun libro, con admiracion y pasmo de los novicios, y de todos los demás que lo veian. En la comida era notablemente moderado y templado, y en efecto se contentaba con lo que se daba á los demás en el refitorio, sin querer de ninguna manera admitir cosa particular; y si alguna se le daba, sin llegar á ella la volvia á enviar á la cocina.

Lo mismo guardó tambien en el Colegio Romano unos dias que en él vivió despues de Cardenal; que ni quiso mas ni mejor que los demás en la comida (siendo ella tan tenue para todos, que él mismo cuando fué Rector de él, trató de acrecentarla, sino que el alcance y pobreza del Colegio no dió lugar): ni quiso tener otros libros que los de la librería comun, á la cual él mismo se iba á todas horas como los demás.

Y aquí me puedo acordar de lo que le pasó en el mismo Colegio en esta misma materia poco antes que fuese Cardenal. Cuando se retiró á él para escribir el Tratado de las Indulgencias, como arriba dijimos, aunque tenia necesidad de muchos libros, y de un aposento capaz y acomodado para aquel intento, y aunque los méritos de la persona, y la fama de que ya le querian

hacer Cardenal convidaban y en cierta manera obligaban á que se le diese; con todo eso los Superiores del Colegio, ó por ejercitarle (como se hace en nuestra Religion aun con los mas aventajados) ó por darle ocasion de que diese aquel buen ejemplo de humildad; le pusieron en un aposentillo estrecho, oscuro, de mal olor, y sin comodidad alguna de libros ni de lo demás necesario para estudiar (que era lo que él mas podia sentir): de manera que se veia obligado con harto trabajo y pérdida de tiempo á ir cada hora á la librería, especialmente de noche y en tiempo de invierno, para leer y trasladar allí los lugares de los santos que habia menester: como si fuera el mas pobre hermano estudiante que hubiera en todo el Colegio. Y jamás dió muestras de queja ó sentimiento, ó de que se hiciese con él cosa que no fuese muy debida. Antes preguntándole un dia el Pontífice, con el cuidado que de él tenia, si le habian acomodado bien en el Colegio? le respondió, que lo estaba muy como él habia menester. Y respondió la verdad, porque los siervos de Dios siempre juzgan que han menester ejercitarse mas y mas en humildad y mortificacion.

Pero ¿qué mucho puede parecer que antes ó despues de ser Cardenal quisiese ir como todos los demás á la librería comun, y vivir tan poco acomodado como cualquiera de los demás, el que en otras cosas mas humildes de las de la comunidad, ni aun por respecto de la púrpura, jamás queria exencion alguna? Cuando se recogia al Noviciado ó al Colegio, si tenia necesidad de hacerse la barba ó corona, no queria que el barbero de casa fuese á su celda (como era razon y su autoridad lo

pedia), sino que él mismo se iba á la oficina comun como cualquiera de los demás. Y si se lo permitieran, se estuviera allí esperando hasta que se llegara su vez. Tan poca razon de preeminencia reconocia ó admitia en sí, el que tantas y tan calificadas las tenia. Y realmente los muy humildes para ninguna otra cosa tienen tan abiertos los ojos como para ver su bajeza. La cual como la ven tan de cerca, se les representa mucho mayor de lo que ella es, ó de lo que parece á los demás: y no les deja lugar para divisar otras grandezas y excelencias suyas. Seria nunca acabar, si quisiese especificar todas las cosas en que con exaccion y aun con exceso se quiso ajustar con nuestras reglas y costumbres, las veces que á nuestras casas se recogia.

Pero no era en esto menos exacto y observante cuando vivia en su propia casa y entre los de su familia. Diré brevemente dos ó tres cosas á este intento, dejando casi infinitas. Instáronle las monjas Agustinas de Santa Marta de Roma, viéndole ya Cardenal, que quisiese ser su patron y protector. (Tiénenle casi todas las comunidades de aquella ciudad.) Mas él no se atrevió á dar el sí, hasta saber el parecer y voluntad del Padre General de la Compañía; por saber que el Instituto de ella no permite á sus religiosos ocuparse ni entremeterse en semejantes gobiernos y superintendencias de mujeres. Por tan obligado como esto se daba á ajustarse con su antigua profesion. Este mismo pensamiento le hizo no querer por mucho tiempo servirse de un mozo de cámara, que le ayudase á vestir ó desnudar. Y cuando ya en su extrema vejez no lo pudo excusar del todo, solamente permitia que le ayudase á descalzar

(guardando en esto increible modestia y compostura): y él mismo se hacia todo lo demás necesario, como si todavía se viviera en la Religion.

Algunas veces quedaba tan debilitado de las enfermedades que tenia, que apenas podia moverse ni tenerse en pié: rogábanle sus criados y familiares que se dejase llevar en una silla de mano, cuando se le ofrecia necesidad urgente de salir fuera. Pero jamás se lo pudieron persuadir; pareciéndole que aquello era un regalo muy extraordinario, y demasiada autoridad, especialmente siendo él religioso. Acaeció á estar convaleciente al tiempo que la Santidad de Paulo V dió licencia la primera vez para que en las iglesias de la Compañía se pudiese decir misa del B. Luis Gonzaga. Teníale el Cardenal entrañable devocion, por haber sido el santo mancebo tan hijo suyo, y tener él mismo tan íntima noticia de sus grandes virtudes y rara pureza y santidad. Y así deseaba mucho ir á decir su misa á la iglesia de nuestro Colegio Romano, que estaba muy cerca de su casa. Aguardó al último dia de la octava, y pidió licencia á los médicos para esta salida: y ellos se la dieron con tal que fuese y viniese en silla. Parecióle tan dura la condicion que le pedian, y tan contraria á la llaneza que él profesaba, que tuvo por mejor mortificarse y privarse de su devocion y quedarse en su casa á decir la misa ordinaria en su capilla, que ir fuera con aquel aparato, ó faltando á la obediencia de los médicos, á quien las reglas de su Religion le enseñaban tambien á obedecer en sus ministerios. Mas para confirmacion de lo que vamos diciendo, ninguna cosa mejor podremos traer, que la llaneza y moderacion

con que dispuso y compuso su casa, y las admirables virtudes que desde entonces comenzaron á lucir y campear mas en su persona. Porque esta sin duda fué la causa porque todos comunmente en Roma llamaban al cardenal Belarmino, *jesuita vestido de púrpura:* porque mirando á su afecto y costumbres, no les parecia que habia mudado otra cosa de la Compañía sino el hábito y vestido.

CAPITULO V.

De la moderacion y llaneza con que compuso y ordenó su casa y familia.

Tres propósitos en particular muy conformes á su primera profesion hizo el cardenal Belarmino luego que se vió en la dignidad, y los escribió de su mano para mas firmeza en un librillo de sus devociones. El primero de no mudar el modo de vida que habia tenido en la Compañía, en cuanto á la templanza y moderacion en la comida y otras cosas tales, y en cuanto al tiempo y modo de su oracion, meditacion, misa de cada dia, y otros ejercicios semejantes. El segundo de no amontonar dineros, y de no enriquecer á sus parientes, sino dar á las iglesias y á los pobres lo que le sobrase de sus rentas. El tercero de no pedir rentas al Papa, ni recibir donativos de los príncipes. Los cuales todos guardó exactísimamente por toda su vida.

Y en cumplimiento del primero, luego que se vió Cardenal, recibió por su mayordomo un hombre de co-

nocida entereza, prudencia y fidelidad, que se llamaba Pedro Guidotti, y le ordenó que proveyese y ordenase todo lo que era necesario para su casa; advirtiéndole una y muchas veces, que mirase que él no era dueño ni señor de sus rentas, sino un mero dispensador de ellas; y que como tal se las encargaba á él, y que con eso descargaba él su conciencia. Y que para su persona no habia menester mas de una muy moderada y pobre comida y vestido: y para su familia lo que fuese decente y conveniente para la de un Cardenal religioso, de suerte que no faltase nada de lo necesario, ni hubiese cosa alguna supérflua. Ejecutólo todo el mayordomo como le fué mandado, y puso la casa en la forma y con la moderacion que la habian tenido los Cardenales mas templados y ejemplares de toda Roma. Y aun no contento con esto nuestro Cardenal, fué cercenando y moderando algunas cosas que le parecian á él menos necesarias. Y cuando le iban á visitar algunos Padres de la Compañía les pedia con mucha instancia que mirasen si habia allí alguna cosa que desdijese de la pobreza y modestia religiosa, y se la advirtiesen.

Y aun no le pareció que bastaba este exámen y escrutinio; y así hizo una lista é inventario de todas las cosas que tenia en su casa y de sus cualidades, y la envió al Padre General Claudio Aquaviva, pidiéndole encarecidamente que se dignase de pasar los ojos por ella, y de avisarle con toda libertad si habia allí alguna cosa menos decente á su profesion. Hízolo el Padre General, y parecióle todo muy bien: solo le advirtió que seria de mayor edificacion no tener sillas de terciopelo. Y el humilde y modesto Cardenal hizo luego al punto

vender cuatro de este género que solas habia en su casa, y que se comprasen otras de las ordinarias y comunes.

Otra lista semejante tenia el P. Francisco Roca su confesor, y decia haberla trasladado del original escrito de mano del mismo Cardenal, en la cual se pone por menudo lo tocante á su persona y familia. Y sin duda la hizo para consultar: ó informar al Padre General. Quiérola poner aquí trasladada fielmente de latin en romance, y dividida en cinco puntos: que sin duda será de edificacion y aun de admiracion. Dice pues así:

Lo primero: en cuanto á la comida, vestido, oracion, misa, y cosas semejantes, casi no se ha añadido ni mudado nada.

Lo segundo: en cuanto á la familia, hay en ella hasta treinta y cinco personas. (Bastarian ocho ó diez: mas dúdase si eso seria decente para la dignidad de Cardenal.) De estos los diez son de respeto; quince para los oficios ordinarios; los demás son criados de los gentiles hombres.

Lo tercero: hay tres carrozas, porque muchas veces está malo un caballo y en mucho tiempo no se halla otro igual; y no se pueden tener menos de dos carrozas para cuando se ha de ir á las acciones públicas.

Lo cuarto: las alhajas de casa todas son pobres y ordinarias: de plata no hay mas que unos candeleros, una fuente y aguamanil, y unas pocas cucharas y furcinas: los platos y lo demás de barro: las sillas todas son de cuero. En el verano hay tres piezas colgadas de guadamacies, y en el invierno dos de tapices viejos y de poco valor.

Lo quinto: la renta se gasta casi toda en el sustento

de la familia, en pagar los salarios, en vestir á los palafreneros, y en el alquiler de la casa. De lo que sobra, algo se da á los deudos, para que no estén tan pobres; y lo demás se da á los pobres y á las iglesias, sin quedar un maravedí.

De esta minuta y memorial se echa bien de ver, que no hay oficial mas puntual y cuidadoso, para dar cuenta á su señor de la hacienda que le ha encomendado, que este santo Cardenal lo era para darla al Señor de todos, cuya juzgaba él que era aquella poca que él manejaba. Y así andaba en ella tan medido y ajustado, y mirando siempre si podia cercenar algo y estrecharse mas y mas. Viendo un dia un aposento de su casa colgado de unos paños colorados, parecióle que estarian mejor empleados en vestir y abrigar á los pobres de Cristo, que por ser invierno estarian muertos de frio, que no en las paredes insensibles: y así los hizo luego descolgar, y los envió de limosna á los siervos de Dios. Y dijo en varias ocasiones, que muy de buena gana tuviera él todas sus paredes desnudas y sin ningun género de colgaduras, sino que reparaba en hacerlo, por no parecer ambicioso reformador de los otros Cardenales mas viejos, y por no hacer él solo contra lo que todos hacian. Y en efecto prudencia es á veces pasar un hombre con la corriente comun cuando es tolerable, y no querer singularizarse en lo mas perfecto, por no ofender á los flacos, ni ser tenido por riguroso censurador, ó por afectado novelero. Un retrete en que él de ordinario vivia en lo mas retirado de la casa, y no tenia colgadura ni adorno ninguno, decia Belarmino que era suyo, y las otras piezas y salas decia que eran del Cardenal, ó de los que lo visitaban.

Viniéndole á faltar una renta de un Priorato de San Andrés que tenia en el Piamonte, hubo de reformar despues su corta familia. Y aunque muchos le aconsejaban que acortase de las limosnas que hacia, él respondió, que mas queria que faltase para su autoridad y servicio, que para la ayuda y socorro de los pobres. Y así efectivamente quitó de su casa una carroza, un mozo de cámara, un palafrenero, y un capellan: con que quedó con menor familia y acompañamiento, mas no con menor piedad y misericordia.

Con este órden de casa y resplandor tan religioso de familia, no se puede creer la edificacion que causaba en toda Roma el cardenal Belarmino, y el olor de santidad que por todas partes esparcia. Pero sin duda era mayor el que recibian sus domésticos y los que mas de cerca le miraban con el admirable ejemplo de sus religiosas virtudes, y adornos singulares de su santa persona. Aunque estas no se podian encerrar ni encubrir en la estrechura de su aposento y casa, sino que salian á fuera y se extendian por todo el mundo.

CAPITULO VI.

De la estrechura y rigor grande que guardó en su misma persona.

Si era grande la moderacion y llaneza que el cardenal Belarmino tenia en su casa, no era menor la estrechura y el rigor que guardaba en su persona. Antes en esta se esmeraba tanto mas cuanto él mismo era mas suyo que sus cosas, y cuanto mas deseaba hacer al Se-

ñor sacrificio agradable de su persona que de su casa. Y en esto aun tuvo menos que mudar, porque toda su vida habia sido estrechísimo y rigurosísimo consigo: solo que lo que antes con la clausura de la Religion se encubria y disfrazaba, ahora con la publicidad del Cardenalato se manifestaba y lucia mas, y se venia á los ojos de todos.

Su mesa fué siempre muy parca y templada, en tanto grado, que habiendo ordenado al principio de su dignidad que no se gastasen cada dia en el sustento de su persona mas de tres julios (que aun no llegan á tres reales de España) despues le pareció demasiado, y mandó que no se gastasen sino dos. Y si bien es verdad que pareciéndoles esto demasiada estrechura á sus criados, no dejaron de gastar lo que antes, pero el Cardenal siempre entendió que no se gastaban mas de los dos; y así no perderia su premio delante de aquel Señor, que aun nuestros buenos deseos cumplidamente galardona.

Toda su comida era esta. Solamente comia carne los domingos, martes y jueves, y entonces muy poca y de la ordinaria, y con ella alguna menestra, y alguna fruta si se la daban. Los lunes no comia sino huevos. Los miércoles, viernes y sábados, y todos los dias del Adviento, aun huevos no comia; y los ayunaba con el mismo rigor que la Cuaresma y los demás dias de precepto. Y todo esto lo guardó hasta su última vejez.

Y como una vez le instasen sus familiares que dejase aquellos ayunos, porque en tanta edad y flaqueza, y en tantas ocupaciones eran demasiados; él les respondió con el donaire y gracia que siempre tenia: ¿No

veis que esto me es forzoso, si me tengo de salvar? Y como ellos extrañasen mucho esta respuesta, él añadió, que la Escritura sagrada estaba de su parte. ¿No sabeis (dice) que dijo el Señor, que si nuestra virtud y justicia no fuere mas crecida y abundante que la de los Escribas y Fariseos, no entraremos en el Reino de los cielos? ¿Pues no os acordais tambien de lo que decia de sí el otro Fariseo, que él ayunaba dos veces cada semana? Luego si yo para salvarme tengo de hacer mas que los Fariseos; ayunando ellos dos dias, por lo menos habré yo de ayunar tres. Con esta gracia entretuvo á los suyos, y perseveró en sus tres ayunos. Verdad es que en los últimos años, cuando ya andaba muy debilitado, le hizo su confesor que dejase el uno. No siendo menester con él menos para esto, que con otros para que ayunen.

En todos los dias que ayunaba jamás se sentaba á comer antes del medio dia. Y si alguna vez por la muchedumbre ó gravedad de los negocios volvia tarde á casa, hacia que comiesen primero muy de espacio todos sus criados, y despues comia él; haciéndole su mucha caridad y humildad que tuviese mas cuenta con los suyos que consigo. Por las noches solamente tomaba una pequeña rebanada de pan mojada en agua ó en vino, y bebia una sola vez. Y aunque cuando ya era muy viejo padecia mucha falta de sueño á causa de esta tan ligera refeccion, nunca hubo remedio con él que la acrecentase. Queriendo antes padecer mengua de su descanso y reposo, que de su penitencia y rigor.

Jamás pidió que le diesen esto ó aquello, ó que le aderezasen de esta ó aquella manera su comida; ni aun dió muestras de qué ó cómo le sabia bien ó mal. Lo

que le daban, y como se lo daban, eso comia, y lo agradecia. Porque como verdadero siervo de Dios buscaba solamente en la comida socorrer á la necesidad, y no servir al deleite.

En la bebida tambien era templadísimo, y jamás bebia entre dia. Ni para refrescarse tomó jamás alguna fruta, ni un solo bocado de conserva. Ni aun enjuagarse la boca queria en tiempo de los mas pesados calores. Y en esto fué prodigiosa su constancia en seis meses continuos que tuvo una enfermedad y ardentísima calentura, y una sed que le abrasaba. El refrigerio que tomaba era acordarse de la sed que los Santos Mártires pasaban en medio de sus tormentos, y de la que el Rey de los Mártires pasó en la Cruz. Y el mayor regalo que tenia en su mesa era la continua leccion de algun libro espiritual y devoto, con que daba su alimento al alma, mientras el cuerpo tomaba su sustento.

Mas con ser esta abstinencia tan rigurosa, no le parecia al santo Cardenal que era bastante, ni conforme á los grandes deseos que en sí sentia de imitar á los Santos antiguos que con extremados rigores y asperezas crucificaron su carne y apetitos. Y así se determinó á sustentarse solamente con yerbas y legumbres, y lo puso en ejecucion por algun tiempo. Mas presto le sobrevino una enfermedad bien grave, y los médicos le ordenaron que dejase en todo caso aquellos excesivos rigores: y él mismo, aunque con grande sentimiento y pena, se hubo de reducir á su acostumbrada abstinencia y á sus penitencias antiguas; persuadido que las extraordinarias asperezas no son para todos, y que los que insisten en estudios de las letras, y se ocupan en

ministerios de las almas, ó en negocios trabajosos de los prójimos, de ordinario no pueden tanto en esta parte, como los que viven en los yermos y vacan solamente á sí mismos.

Quiero concluir este punto de su templanza y rigor en la comida, con el testimonio del doctor don Alvaro de Villegas, Gobernador que fué de este Arzobispado de Toledo, y persona de tanta entereza y modestia como toda España sabe. El cual contaba, que estando en Roma por negocios de su Iglesia de Toledo, de que era canónigo, tuvo mucha amistad y comunicacion con nuestro Belarmino. Y que una víspera de Navidad le quiso regalar con algun buen número de aves, gallinas, capones, francolines y otras tales. Las cuales el Cardenal de ninguna suerte quiso recibir. Y yéndole él á visitar un dia de los de Pascua, y quejándosele amigablemente de este despego, le respondió con mucha afabilidad estas palabras: Yo para mí no las habia de tomar; pues para darlas á los pobres, parecióme que allá tambien se podian dar. Pues, señor, ¿una Pascua, replicó el doctor, no se ha de regalar algo Vuestra Ilustrísima? Y el Cardenal: ¿Qué mas tiene, dice, la Pascua que los demás dias, para estas demasías? Despues que soy Cardenal, ni sano ni enfermo, ni he comido ave (aunque en la Religion, cuando estaba enfermo me la hacian comer) ni he admitido regalo alguno de este género. Yo tengo para mi gasto de cada dia dos julios; á medio dia me ponen media libra de carne ordinaria, y á la noche cuando mas un par de huevos, ahora esté sano, ahora enfermo, sea Pascua ó no lo sea Quedó admirado el canónigo, y sobre manera edificado.

El vestir no era menos estrecho y riguroso que el comer. En mas de veinte años que fué Cardenal no se puede decir que tuvo otros vestidos que ponerse, sino los que le dió la buena memoria de Clemente VIII, cuando le dió la dignidad. Cuando estaban rotos ó gastados, los hacia remendar. Lo mas que hizo fué mudarles las mangas, cuando ya no podian servir. Una tunicela muy vieja y gastada jamás la quiso dejar: y cuando murió se la hallaron que tenia no menos que ocho remiendos. A todo esto decia que él era pobre y que como pobre debia vestir. Y esta púrpura gastada y rota (tal es la fuerza de la entera virtud) era la que veneraba Roma y la Iglesia y la que temblaba el Septentrion y la herejía. Medias de aguja ó de seda ó de otra materia delicada, jamás las calzó, sino solamente de paño ordinario, ó de estameña, ó de gamuza; y sin traer debajo calcetas de lienzo: y esto mismo guardó un tiempo que tuvo llagadas y lastimadas las piernas; diciendo que no habia de hacer ahora lo que nunca habia hecho en la Compañía, ni usar en la vejez los regalos que en la mocedad habia rehusado.

Contra las inclemencias del tiempo apenas usaba de ningun reparo. Y aunque le maltrataba el frio notablemente, de suerte que se le hinchaban las manos y se le llenaban de aberturas, nunca quiso ponerse guantes de abrigo ni cosa semejante: solo se ponia entonces los guantes ordinarios, no tanto para abrigar las manos, cuanto para encubrir su paciencia. En el invierno, por grandes frios que hiciese, no dejaba de levantarse algunas horas antes de amanecer (como en efecto se hace en toda nuestra Religion). El mismo se encendia luz:

quizá por no inquietar ó desacomodar á sus criados, ó tambien porque no fuesen testigos de su mucha mortificacion.

El mismo Doctor Villegas testificaba, que yéndole á hablar un dia de invierno muy de mañana, por razon de sus negocios: le halló levantado y notablemente penetrado del frio, porque lo hacia entonces muy grande, y que le dijo: ¿Por que se levanta V. S. Ilustrísima tan de mañana, y en este tiempo tan riguroso?¿ Qué quereis que haga, respondió el Cardenal, si tocan á esa hora á levantar en la Compañía? ¿cómo puedo yo quedarme en la cama, oyendo aquella campana?. Y en efecto se levantaba siempre tan de mañana, por muy riguroso tiempo que hiciese. Mas por mucho que lo fuese, no consentia que en su aposento ó sala se hiciese ó pusiese lumbre, hasta que se llegaba la hora de dar audiencia; porque entonces queria que tuviesen alguna comodidad los que entraban. Y diciéndole un dia el Padre Claudio Aquaviva, que porqué no hacia encender fuego en aquellas horas tan frias de la mañana? Le respondió, que en la vida de Pio V habia leido, que jamás quiso aquel Santo Pontífice usar de aquel regalo; y que así él queria seguir su ejemplo. Lo mismo testificó en su dicho el cardenal Crescencio por estas palabras: Era tan riguroso consigo, que aun en su última vejez no se queria dar el menor gusto del mundo. Y pidiéndole yo una vez que pues hacia tanto frio y era en medio del invierno y él se levantaba tan de mañana; dejase que le encendiesen un poco de lumbre en su aposento, él me respondió, que cuándo podia él mejor ejercitar la virtud de la paciencia? Y con esto prosiguió en su propósito.

Pero no la mostraba menor en sufrir el calor que el frio. En medio de los caniculares (que en Roma son calurosísimos) tenia un aposentillo al mediodia, abrasando como un horno; de suerte que los criados que entraban en él, á poco rato se estaban ahogando y salian trasudando y con mil congojas. Mas el buen Cardenal se estaba allí estudiando muy de propósito por muchas horas ó haciendo otras cosas necesarias, corriendo arroyos de sudor y encendido como unas brasas. Otros refrigerios del espíritu del Señor debia de tener interiormente, que sobrepujaban y deshacian aquellos ardores exteriores del tiempo.

La misma constancia tenia en sufrir algunos animalillos compañeros del calor, y á veces mucho mas molestos que él; sin repararse ni defenderse de ellos; porque decia que Dios los habia criado para que con ellos tuviese el hombre ejercicio de paciencia. Los mosquitos que se le sentaban en el rostro ó en otras partes, jamás los ahuyentaba ó sacudia de sí: allí los dejaba estar, hasta que ellos mismos se iban, y de ordinario le dejaban bien lastimado y ejercitado en la paciencia. Y una vez entre otras (como él mismo confesó á un familiar suyo) se vió tan fatigado y molestado de no sé qué animalillos de estos ejercitadores del hombre, que no pudiéndolo ya sufrir, ni queriéndolo él tampoco estorbar, se volvió con grande afecto y sentimiento á una imágen de un Crucifijo que allí tenia, y le dijo: Señor, si esta niñería así me aflige y atormenta, ¿qué serán las penas del infierno? Suplícoos, Dios mio, que si allí hay tan grandes tormentos, no me permitais que allá vaya, porque no los podré sufrir.

Menudencias parecen estas; pero son tales que muestran una virtud muy gigante y robusta y cada uno podrá experimentar en sí cuánta paciencia es menester para sufrirlas por algun tiempo, ¿qué será por toda la vida? Y no sé cómo se fué, que entre las plagas de Egipto casi las mas pesadas fueron las mas menudas. Mas no quiero que se me olvide aquí el testimonio del Emmo. y Rdmo. Cardenal Crescencio, el cual añade á este propósito, que era Belarmino tan mortificado y sufrido, que cuando las moscas se le asentaban en el rostro y aun sobre los ojos, por mas rehacias y molestas que estuviesen, jamás las ahuyentaba ni sacudia de sí, y que maravillándose él y los demás que estaban presentes, decia con mucha paz, que no era bien hacer mal á aquellos animalillos, que no tenian otro paraíso, sino volar á sus anchuras y sentarse donde les diese gusto.

Semejante paciencia y mortificacion tenia en tolerar sus achaques y algunas enfermedades y otras molestias ocurrentes ú ordinarias, sin quererlas impedir ó aliviar, como fácilmente pudiera. Tenia unos callos muy penosos en los piés, que á veces casi no le dejaban andar; mas nunca quiso que se los cortasen, ni usó de remedio alguno: diciendo, que mucho mas se padece en el infierno, y aun en el purgatorio. Era menester un libro entero para singularizar los ejemplos de esta mortificacion que se vieron en toda su vida: y mucho mayor para los de su mortificacion interior, y aquel perpetuo ejercicio de refrenar y moderar la ira y las demás pasiones y afectos del alma; batalla que no requiere menor esfuerzo y valentía. Otras veces entraremos en este

retrete interior de su alma. Ahora bástenos saber que trataba en todo á su cuerpo como si en nada fuera suyo Ni me quiero detener mas á decir de sus disciplinas, que eran cuotidianas; ni de sus cilicios, que eran continuos; ni de su lecho, que era la misma dureza; ni de lo demás de su vida, que era imágen viva del rigor y penitencia. Lo que me pudiera suspender, y lo que á todo el mundo mas debe admirar, es, e' ver que en este modo de vida tan estrecha y rigurosa jamás hubiese aflojar ni remitir un punto hasta la muerte. Los que le vieron al principio vestir la púrpura, le vieron entablar este rigor, ó por mejor decir continuar el de toda su vida; y los que al fin le vieron dejarla, le vieron espirar con el mismo, si ya no fué entonces mayor.

Convidáronle varias veces los Padres de la Compañía, que se fuese por algunos dias á la granja de Frascati ó á su Colegio de Tívoli (ambos son lugares frescos, y de mucha recreacion) á desahogarse algun tanto y respirar un poco de las continuas ocupaciones y molestias de la corte. Y aunque al principio de su cardenalato admitió el ofrecimiento por dos ó tres veces (descansando y recreándose con los nuestros, aunque por bien poco tiempo, y recreándolos mas á ellos con su dulce trato y santa conversacion) pero despues se redujo á no admitir aun este breve descanso. Y cuando mas le apretaban á que le tomase, se excusaba con decir, que San Cárlos Borromeo no solia tener semejantes recreaciones.

Y á la verdad con esta sola palabra se pintó, sin advertirlo, el mismo Belarmino á sí mismo con mas vivos colores y con lineas mas expresas, que pudiéramos

nosotros con innumerables renglones y con hojas casi infinitas. La vida de San Cárlos fué modelo de la de Belarmino, y esta un traslado vivo de aquella. Con esto se ha dicho todo. Y cotejo fué este que le hicieron muchos de los mas ilustres de Roma en la muerte de Belarmino. Y aun el que hoy es Cabeza de toda la Iglesia, viviendo todavía Belarmino, pronunció de él que seguia del todo las huellas de Borromeo; y que así como el uno habia sido gloria de la púrpura en el siglo pasado, así lo era el otro en el presente. El cual testimonio aun mas clara y distintamente le dió tambien el Emmo. Cardenal del Monte. Por donde oyendo Roma estos testimonios, y mas viendo estos ejemplos, no es maravilla que tuviese al cardenal Belarmino en tan grande estima y veneracion: y que de aquella cabeza se extendiese este mismo aprecio y afecto por las demás partes del mundo.

CAPITULO VII.

De la benignidad y amor con que trataba á los de su familia, y con cuánta virtud y recogimiento procuraba que viviesen.

Viviendo el cardenal Belarmino con la virtud y ejemplo que hemos significado, casi forzoso era que encendiese en otros aquel mismo fuego santo con que él ardia; y que les alumbrase con aquella luz celestial de que él estaba tan ilustrado. Y en efecto sucedia así, que viviendo en Roma y en medio de la Iglesia como un ardiente y claro sol, era increible el provecho que ha-

cia en las costumbres de todo género de gentes, é innumerables los que de todos estados se alentaban á imitar cada uno á su modo el clarísimo ejemplo de sus excelentes virtudes. Pero los que mas constante y mas universalmente seguian sus santas huellas, eran sus domésticos y familiares, como aquellos que mas de cerca y mas á la continua eran testigos de su admirable vida. Estos vivian con tanto recogimiento, y con tan gran concierto en su proceder, que pudieran ser ejemplo no solo á los familiares de un señor ó padre de familias muy cuidadoso, sino á los religiosos de un convento muy observante. Verdad es que á este tan virtuoso modo de vivir obligaba tambien á sus domésticos el santo Cardenal con el amor y benevolencia mas que de padre con que los trataba: la cual sola los pudiera bastar para estrecharse á ser los que eran, cuando no tuvieran delante el admirable ejemplo de su señor, que todo lo persuadia.

Pagaba muy puntualmente los salarios á sus criados, y aun de ordinario antes que llegasen los plazos: y á los criados menores daba de vestir dos veces al año. Cuando alguno enfermaba, hacia que le visitase y curase su propio médico, y le hacia dar todo lo necesario para su cura y regalo, de su botica y despensa. Y él mismo le visitaba personalmente muchas veces, y le acariciaba y consolaba con extraordinaria caridad y benignidad. Cuando le presentaban algunas cosas de comida ó de regalo, no solamente daba buena parte á los enfermos, sino que las repartia con todos los de su casa, como si fueran sus hijos ó hermanos.

Jamás les mandaba con rigor, ó por mejor decir,

nunca parece que les mandaba nada: porque nunca usaba de modos que significasen imperio y mandamiento, sino antes sumision y aun ruego. Su mas ordinario modo cuando habia menester algo de ellos, era decirles: Hacedme placer de hacer tal cosa. Mucho gustaria que fuésedes á tal parte. ¿Podreis hacer esto ó aquello? ¿Halláis-os con ánimo ó fuerzas para llegaros á tal ó tal parte? Y otras semejantes. Y cuando en tiempo riguroso de lluvias ó de calores demasiados, ó en hora desacomodada era necesario enviarlos á alguna parte algo distante, les hacia aderezar su carroza, y que fuesen en ella acomodados.

A los que eran sacerdotes, si tenian algun oficio ó beneficio que pidiese asistencia en alguna iglesia, les daba de buena gana todo el tiempo que para ello habian menester, aunque fuese haciéndole á él falta, ó con mucha incomodidad suya. Aliviaba notablemente el trabajo á su secretario, escribiendo él mismo muchas cartas de su mano; y casi todas las que habian de ir en latin las componia él mismo, dándole solamente á trasladar las que era necesario que fuesen de su letra. Por las mañanas hasta bien tarde no queria valerse de ningun criado para nada de su servicio, ni aun para encender luz, ni para vestirse, ni para cosas semejantes, como arriba apuntamos. Y por las noches en tocando á las Ave-Marías, tambien les daba libertad, y les dejaba que acudiesen á sus menesteres á sus aposentos. En el cual tiempo si acaecia á venir alguna persona á tratar algunos negocios, muchas veces le salia acompañando llevando él mismo la luz, porque no tropezase el huésped y se hiciese algun mal en lo escuro. Y que-

via tomar este trabajo el buen Cardenal á trueque de no molestar á los de su familia.

Con esto se esmeraban todos en ser virtuosos, sabiendo que con ninguna otra cosa le podian dar gusto ni agradecer mejor este amor y benignidad tan de padre y temiendo juntamente su rigor y severidad si se entendiese que andaban torcidos, ó tocados de algunos vicios. Y no se contentaba con que fuesen virtuosos, sino tambien queria que fuesen de edad competente y de maduras costumbres: y por esta causa nunca quiso admitir en su casa mancebos, aunque fuesen hijos de gente principal y noble.

Los vicios que mas aborrecia y detestaba en sus criados eran principalmente los que podian ser de escándalo y pegarse á otros, como son maldiciones y juramentos, cualquiera manera de deshonestidades, y todo género de juegos dañosos y prohibidos: y el que en estas cosas se desmandaba, bien se podia tener por despedido de su casa. Fuera de esto no podia sufrir que le tratasen con poca verdad y lisura, ó que le anduviesen con rodeos y equivocaciones. Y en esto era muy riguroso; en todo lo demás pasaba y disimulaba con muchas cosas.

En materia de los vestidos no les quiso poner ley; pero dábales á entender que se holgaba que no vistiesen seda, sino que anduviesen con la llaneza y decencia que á familiares de un Cardenal religioso y pobre convenia. En la comida tambien queria que tuviesen cumplidamente lo necesario; y lo mismo en las demás cosas pertenecientes á la vida humana: y que si algo de eso dejasen, les naciese mas de voluntad y de virtud

que de fuerza y necesidad. Y para tenerlos mas concertados en sus costumbres, y muy en paz con Dios y consigo, les tenia puestas algunas órdenes, que todos habian de guardar con mucho cuidado: y son las que se siguen:

Lo primero oir cada dia misa, y rezar juntos las letanías.

Lo segundo hacer oracion dos veces al dia de rodillas; por la mañana luego en levantándose y por la noche antes de acostarse. Item rezar cada dia el Rosario, ú otras devociones semejantes.

Lo tercero confesarse por lo menos una vez cada mes

Lo cuarto comulgar á lo menos en las fiestas principales, como son las tres Pascuas, el dia de Todos Santos, el de la Candelaria, y el de la Anunciacion.

Lo quinto aprender el Catecismo de la Doctrina Cristiana los que no lo saben.

Lo sexto no maldecir, ni perjurar.

Lo séptimo no decir palabra, y mucho menos hacer cosa que huela á deshonestidad.

Lo octavo no jugar á naipes ni dados, ni tener estas cosas en sus aposentos.

Lo noveno no infamar ni injuriar á nadie, ni tener enemistades con ninguno.

Lo décimo no llevar de una parte á otra nuevas de sentimientos ó disgustos, ni sembrar en casa cizaña.

Estas eran las órdenes que les tenia puestas: y era cosa maravillosa ver la suavidad y eficacia con que los inducia á la guarda y observancia de ellas, yendo él siempre delante con su ejemplo, y alentándolos con sus

exhortaciones. Él mismo decia cada dia la misa en su capilla á hora que todos pudiesen oirla; y asimismo á su tiempo asistia con los demás á la letanía que se decia en público; y porque todos pudiesen mejor acudir á ella, hacia que en verano se dijese despues de la siesta, y en invierno al anochecer. Y si algunos faltaban á esta santa devocion, mostraba sentirlo; y les decia, que por ayudarlos á ellos y alentarlos, venia él á oirla; aunque ya la habia él rezado á sus solas en su aposento.

Porque no hubiese ninguno en su casa que no supiese y entendiese muy bien la doctrina cristiana, él mismo por su persona juntaba cada semana á los criados mas humildes, y se la enseñaba y declaraba con mucho cuidado y asistencia. Y en muchos años no quiso fiar á otro este ministerio. Muchas veces hacia pláticas espirituales á todos los de su casa, exhortándolos con mucho fervor y fuerza de razones al aborrecimiento de los vicios y amor de las virtudes: y principalmente hacia esto todos los domingos del Adviento y otras fiestas principales de entre año. Y asimismo cuatro dias antes que hubiesen de comulgar todos, era muy cierta la plática, amonestándoles y enseñándoles cómo se habian de preparar para recibir digna y debidamente al Señor en el Sacramento. Y en las fiestas muy principales él mismo se lo administraba por su mano. Y no queria que la comunion de obligacion fuese muy frecuente, por evitar inconvenientes, y porque sabia que el palacio no es religion; y porque temia que á veces en estas materias los poco cuerdos, por cumplir con los ojos de los hombres, no reparan, como debieran, en descontentar á los ojos del Señor, que penetran lo mas íntimo de

los corazones. Y ojalá se quedara entre solos los legos y profanos esa ceguedad y poca cordura. Al desnudarnos de esta mortalidad creo que se han de descubrir algunas monstruosidades prodigiosas en este género.

Fuera de las exhortaciones públicas y amonestaciones comunes que á todos hacia, si sabia en particular alguna falta de alguno, buscaba ocasion y tiempo oportuno, y le llamaba á solas, y con palabras muy blandas y amorosas le proponia sencillamente su falta, y le exhortaba á la enmienda de ella diciéndole que se la avisaba por el amor que le tenia y deseo de todo su bien. Con el cual modo de correccion quedaba el culpado notablemente confundido y obligado, y mas alentado á enmendarse que si le hubieran dado alguna muy áspera reprehension, y puéstole alguna muy grave penitencia. Que en efecto la benignidad y blandura es la que mas poderosamente conquista los ánimos de los hombres, si no son en gran parte groseros, ó casi del todo perversos é incorregibles.

Y esta blandura y benignidad con que él trataba á sus criados, queria que los obligase á ellos á tratarse entre sí con todo amor y cortesía. Fuésele á quejar una vez un repostero de que por haberse descompuesto con el maestresala le habian penado en la racion de aquel dia. El Cardenal le respondió, que lo merecia muy bien; porque respetando él mismo los gentiles hombres de su casa, mas razon era que los criados inferiores los respetasen. Con todo eso despues de esta correccion, viéndole humillado, le mandó dar su racion, juntando en uno la severidad de señor y la clemencia de padre. Y debió de sentir tanto este criado aquella penitencia, por

no usarse jamás en aquella casa este género de castigo; que á veces puede tener tanto color de avaricia como de pena.

Las faltas que los criados hacian en el servicio de su propia persona las sufria con admirable paciencia, y aun las disimulaba con extraordinaria benignidad. La víspera de San Pedro del año santo de mil y seiscientos habiéndose acabado las Vísperas, que fueron solemnísimas en su iglesia, habia el Cardenal de acompañar al Papa á su aposento con los demás como es costumbre. Mas sucedió que el palafrenero, que le guardaba la capa, se quedó dormido, y no vino hasta un buen rato despues. Y en todo este tiempo (aunque todos los demás estaban con la pesadumbre y desabrimiento que se deja entender, por ver la tardanza del hombre, y la falta que se hacia) el Cardenal no dió muestra alguna de alteracion: solamente dijo una vez al principio, que ¿dónde estaba la capa? Y como despues el camarero para castigo de tanto descuido, y para escarmiento de los demás, despidiese de casa al palafrenero; al Cardenal le pareció este demasiado castigo para una falta hecha contra su persona: y así compadeciéndose del pobre hombre, dió órden que pasados algunos pocos dias (para mirar por la reputacion de su camarero que le habia despedido) le volviesen á recibir en casa, y así se hizo.

Otra vez habiéndose acabado una junta de Cardenales mas presto de lo ordinario, sus criados, que se debian de haber ido á pasear, le hicieron estar solo, esperándolos un muy grande rato. Mas cuando vinieron, no les dijo ni una sola palabra, ni les preguntó de adónde

venian. Lo que mas sentia en estas faltas que le hacian (y no eran pocas, que aun su mismo sufrimiento los debia de hacer á veces mas descuidados) y lo que mas le dolia era el tiempo que le hacian perder, cosa que él andaba ahorrando y endurando tanto. Pero con todo eso jamás se mostraba impaciente ó enojado, ni les decia palabra de queja ó sentimiento alguno. Y bien persuadidos estaban ellos, que esto no le nacia de encogimiento ni de tibieza de condicion, sino de verdadera virtud y de muy sufrida caridad; porque cuando se atravesaba cosa del servicio de Dios y bien de la Iglesia, bien le veian hecho un leon y arrojando centellas de celo.

Mas aunque callaba y disimulaba tanto cuando le hacian faltas en su servicio; no lo hacía así cuando le servian con algun particular cuidado ó cuando en su servicio hacian alguna cosa extraordinaria. Porque entonces no solamente se lo alababa y agradecia con muy cumplidas y amorosas palabras, sino que tambien se lo procuraba remunerar y premiar conforme á su posibilidad; y por lo menos les daba alguna cosa en señal de su agradecimiento. Y era lo bueno, que cualquiera niñería que por él hiciesen, la estimaba como un servicio muy particular; y se daba por obligado á recompensarla y agradecerla. Y fuera de este tan benigno y amigable trato con sus criados, aunque es verdad que como Cardenal pobre, fuera de sus raciones y salarios muy cumplidos, no les podia dar mucho; pero con todo eso nunca dejó de acomodarlos en lo que honesta y decentemente pudo: y se desapropió en vida de algunas de sus pensiones y de las pocas rentas que tenia, por

dejarlos á ellos acomodados. Y cuando no les hubiera dado otra cosa sino hécholos testigos y á su modo participantes de sus grandes virtudes y méritos, los dejara bastantemente ricos y honrados.

Pero no dejaré de decir por remate de esta materia que los familiares y criados del cardenal Belarmino, no solamente pueden preciarse de haber servido y obedecido á un tal señor, sino tambien en cierta manera de haber sido de él servidos y obedecidos. Porque es cosa muy cierta que este santo Cardenal en muchas cosas se mostraba mas siervo que señor de los suyos, y que en las cosas tocantes á sus oficios y ministerios no solamente oia con agrado lo que le aconsejaban, sino que tambien obedecia prontísimamente lo que le proponian. Y asi Badino Nores, que los últimos siete años le sirvió de camarero, afirma, que viendo la prontitud y puntualidad con que acudia á cuanto sus criados le avisaban en las cosas de sus oficios, estaban él y otros muchos persuadidos, que el religioso Cardenal, por no privarse del todo del mérito de la santa obediencia, tenia hecho por lo menos firme propósito de obedecer á sus criados en las cosas que tocaban á sus ministerios. Y los efectos lo hacian muy creible.

CAPÍTULO VIII.

De algunos consejos y avisos que dió al Papa Clemente VIII.

Uno de los principales oficios y obligaciones de los Cardenales de la Santa Iglesia, es cooperar con muy particular cuidado y atencion á su bien y acrecenta-

miento, no solamente ayudando á los miembros de ella con su loable ejemplo, sino tambien á su Cabeza con su acertado consejo. Y es esto en tanto grado verdad, que no se deberia tener por cabal y perfecto el Cardenal que se contentase con tener la primera parte del ejemplo, si no tuviese juntamente la segunda del consejo. Son en efecto los Cardenales los arrimos principales del Vicario de Cristo y los que deben á una con él sustentar este cielo de la Iglesia, y mantenerlo en su concertado y regular movimiento (y creo que por eso se les dió aquel nombre). Y no veo cómo mejor lo puedan hacer que añadiéndole fuerza y autoridad con sus oportunos avisos y prudentes consejos. Y esto no solo en el consistorio y en las consultas públicas, sino tambien en el retrete y en los razonamientos particulares.

Estaba muy enterado de estas sus obligaciones el cardenal Belarmino. Y así no se contentaba de vivir él con el ejemplo, y de que viviese su familia con el concierto que hemos visto; ni tampoco se satisfacia con ayudar de muchas maneras con obras y con palabras á todo género de gentes dentro y fuera de la corte romana (á que le daba tanta ocasion el puesto tan levantado en que se veia, y de que pudiéramos aquí hacer bien larga y ejemplar historia, y adelante apuntaremos algo); sino que gran parte de su cuidado aplicaba á aquella principal obligacion de servir y ayudar con sus avisos y consejos al Vicario de Cristo, en lo público y en lo secreto; cuanto empero la razon y la prudencia le dictaban, y cuanto la humildad y observancia le permitian. Que no era Belarmino como algunos que tienen

nombre de consejeros, los cuales olvidados de la prudencia y de la modestia y sumision, y arrastrados de su imprudente celo, ó de su desahogada libertad, y aun de su natural acedia, no avisan sino vocean, no advierten, sino agravian, no aconsejan, sino lastiman.

Solia decirle muchas veces el Papa Clemente, que mirase que le habia levantado á aquella dignidad de Cardenal, para tener cerca de sí persona que con toda libertad y entereza le dijese la verdad, y le avisase de lo que le pareciese necesitar de remedio ó reformacion para mayor bien y edificacion de la Iglesia. Loable resolucion y digna de un Pontífice tan celoso y prudente. Movido pues de este oráculo nuestro Cardenal, y asimismo del dictámen de su propia conciencia, no dejaba en las ocasiones que se ofrecian de hacer su oficio en esta parte como era razon.

Y finalmente para mejor satisfacer á ambas cosas, hizo un papel muy sustancial de las obligaciones principales del Sumo Pontífice, y escrito de su mano se le ofreció con toda humildad á Clemente. El cual quiero poner aquí á la letra traducido de latin en romance, así para que se vea el celo y verdad de este santo Cardenal, como para que se conozca la calumnia de los herejes sus enemigos, los cuales se atrevieron á decir de él que habia sido un Cardenal pusilánime y lisonjero, sin atreverse á decir las verdades á los Pontífices, sino que les habia hablado siempre al sabor de su paladar. Y porque Clemente habiendo leido con atencion aquel papel, fué respondiendo y satisfaciendo á él, punto por punto á la misma márgen de su propia mano, tambien pondré despues estas respuestas; porque muestran, así

el buen celo y recta intencion y admirable modestia de aquel gran Pontífice, como el caso y estima que hacia del juicio y concepto de Belarmino, pues en cierta manera parece que quiso darle satisfaccion en las cosas en que á alguno pudiera parecer que se hallaba con culpa. Dice pues así el papel de Belarmino:

El Sumo Pontífice tiene tres cargos y oficios en la Iglesia de Dios: porque es pastor y rector de la Iglesia universal; es propio y particular obispo de la ciudad de Roma; y es príncipe temporal del dominio de la Iglesia. Pero entre todos sus oficios el primer lugar tiene la solicitud de todas las Iglesias. Porque este es el primero, el singular, y el mayor. Digo el primero, porque el Apóstol S. Pedro mucho antes fué hecho pastor de toda la grey del Señor, que fuese obispo de Antioquía ó de Roma. Y singular, porque aunque hay otros muchos obispos de ciudades nobilísimas, y otros muchos señores temporales, mas solo él es Pontífice de todo el mundo, Vicario general de Cristo, y Pastor universal de toda la Iglesia. Y finalmente el mayor, porque el obispado de la ciudad de Roma tiene sus términos, y harto estrechos; como tambien el señorío temporal de la Iglesia; mas el Sumo Pontífice no tiene en todo el mundo otros términos sino los que tiene el mismo mundo.

Pues este oficio tan antiguo, tan grande, tan singular y tan propio suyo, y tan necesario para la Iglesia, podrá fácilmente cumplirle el mismo Sumo Pontífice, poniendo en las iglesias particulares buenos obispos, y procurando que cumplan ellos bien con sus obligaciones, y forzándoles á ello si menester fuere. Porque los buenos obispos elegirán buenos curas, buenos predicadores,

buenos confesores: por donde, si por ellos no queda, estará segura la salud de las almas. Y si acaso por descuido de los obispos ó de los curas se perdieren algunas, correrán por cuenta de los particulares pastores, y el Sumo Pontífice quedará libre, pues ya hizo lo que era de su parte para que no pereciesen. Mas si el Sumo Pastor pusiere en las iglesias particulares, obispos ménos buenos, ó no tuviere mucho cuidado de que ellos hagan bien su oficio, entonces se le pedirá á él la cuenta de aquellas almas.

Esta consideracion me causa tanto temor, que á ninguna suerte de hombres tengo mas lástima ni mas de corazon, que al Sumo Pontífice, á quien todos los mas suelen tener envidia. Porque S. Juan Crisóstomo escribe con gran sentimiento de su corazon, que de los obispos son pocos los que se salvan; porque es cosa dificultosísima dar buena cuenta de tantas almas que les están encomendadas. Y no hay que asegurarnos con nuestra buena conciencia, ni con nuestra buena intencion, ni con nuestras santas obras; pues dice el Apóstol S. Pablo: No me remuerde nada mi conciencia; mas no por eso me tengo por justo. Por lo cual confiado en la benignidad apostólica de Vuestra Santidad depondré en su seno como de padre piadosísimo, ó por mejor decir á sus piés, mis escrúpulos, que para decir la verdad, no me dejan sosegar.

Paréceme pues á mí que hay seis cosas que tienen necesidad de reformacion, y no se pueden dejar sin peligro. La primera es el estar mucho tiempo las iglesias vacantes y sin obispos. Y de esto hay una epístola de San Leon á Anastasio obispo tesalonicense, en que

le manda que sin dilacion se provean las iglesias, porque no le falte mucho tiempo á la grey del Señor el cuidado de su pastor. Tambien hay en San Gregorio muchas epístolas, en que amonesta á aquellos á quien les toca la eleccion, que elijan pastor lo mas presto que sea posible. Y si acaso era forzosa alguna dilacion, solia el mismo Santo Pontífice encomendar aquella iglesia vacante al obispo mas cercano, no para que gozase los frutos, sino para que tuviese en el ínterin cuidado de aquella iglesia. Así que aquellos santísimos y prudentísimos Pontífices luego al punto procuraban proveer las iglesias vacantes, por no tener culpa de las almas que por falta de pastor pereciesen. Porque no se pueden explicar con pocas palabras los daños que reciben las iglesias que están sin prelado, ni los vicios en que se despeñan las ovejas que están sin pastor, ni cuán silvestre se hace la viña del Señor que no tiene quien la cultive.

La segunda cosa es, el elegir prelados menos provechosos. Porque se habia de tener cuenta de proveer á las iglesias de buenos sujetos, y no á los sujetos de buenas iglesias. Aunque yo confieso que aquella es la mejor eleccion, cuando ambas cosas se pueden juntar, de manera que se mire por la persona que es benemérita, y juntamente por la iglesia que está vacante. Y dejando ahora otras razones y autoridades, el Concilio Tridentino dice que pecan mortalmente todos aquellos a quienes de cualquiera manera pertenece la promocion de los obispos, si no procuraren que sean elegidos aquellos que entendieren que han de ser mas útiles para la Iglesia. Y esta es comun sentencia de los doctores. San Gregorio dice que el camino derecho es que

los hombres sean buscados para el obispado, y no que los hombres busquen el obispado. Y San Bernardo dice: El que por sí pide y pretende, ya está conocido y juzgado por indigno. Y mas abajo: fuerza y obliga á entrar á los que lo rehusan y resisten.

La tercera cosa es, el estar los prelados ausentes de sus iglesias. Porque ¿de qué provecho es elegirle bueno y á propósito, si no asiste ni reside? Porque cosa clara es que los que no asisten á su grey, no pueden conocer sus ovejas, ni apacentarlas con la administracion de los Sacramentos ni con el ejemplo de las buenas obras. En esta cuenta entran los obispos que van por Nuncios apostólicos, entre los cuales hay algunos que en muchos años no han visto sus iglesias. Algunos dejando el ministerio de apacentar las almas que les fueron encomendadas, tienen algun gobierno político y civil. Muchos dejadas sus ovejas se ocupan en Roma en algunas cosas, que se pudieran muy bien hacer por medio de otros. Yo confieso que algunos obispos se pueden excusar de la residencia por la obediencia, y no niego que el Sumo Pontífice por algunas causas puede por algun tiempo eximir á algunos de la residencia: pero no sé si agrada á Dios que tanto número de obispos estén tanto tiempo ausentes de sus iglesias con tanto detrimento de las almas; los cuales es cosa manifiesta que no pueden de aquella suerte cumplir con su obligacion.

La cuarta es la poligamia espiritual, que es cuando á una misma persona se le entregan muchas iglesias. San Bernardo en una epístola al conde Teobaldo concluyó todo este punto en tres palabras, diciendo que esto no es lícito sino con dispensacion por alguna grande neces-

sidad de la Iglesia. Santo Tomás escribe, que la muchedumbre de beneficios especialmente curados, no solamente es contraria al Derecho canónico, sino tambien al Derecho natural: no porque sea tan intrínsecamente mala que de ninguna manera se pueda honestar, como son los adulterios, las mentiras y cosas semejantes; sino porque absolutamente es mala, aunque por algunas circunstancias se puede honestar; como es por la necesidad de la Iglesia. De lo cual colige el mismo Santo Tomás, que el que con dispensacion tiene dos iglesias, no está seguro en conciencia, si no hay verdaderamente aquella causa de la necesidad de la Iglesia, ó por lo menos de mayor utilidad; porque la dispensacion no quita mas del vínculo del derecho positivo. Y esta doctrina de Santo Tomás todos los teólogos la aprueban. Por lo cual es de temer si acaso no están seguros en conciencia los que á veces tienen dos iglesias, una cardenalicia y otra que no lo es. Porque la causa por que á los obispos cardenales se les permiten dos iglesias no parece que es la necesidad ó utilidad de la Iglesia, sino la mayor dignidad ó comodidad de la persona.

La quinta cosa es, el mudarse fácilmente los obispos de una iglesia á otra. Porque esta mudanza conforme los sagrados cánones y al uso antiguo que en la Iglesia ha habido no se debe hacer sino por la necesidad ó mayor utilidad de la Iglesia. Porque no se instituyeron las iglesias por los obispos, sino los obispos por las iglesias. Mas al presente cada dia vemos hacerse estas mudanzas no por otra causa mas de porque los obispos crezcan en honra ó en renta. Y es cosa muy sabida por

el capítulo *Inter corporalia*, *de translatione Episcoporum*, que el vínculo del matrimonio espiritual es en cierta manera mayor que el vínculo del matrimonio corporal: y que así nadie le puede desatar sino Dios ó su Vicario que declara la voluntad del Señor. Pues ¿quién creerá que quiere Dios que por solo el interés temporal ó por la honra humana se desate el vínculo tan apretado de este santo matrimonio? principalmente no pudiéndose esto hacer sin detrimento de las almas, como enseña la misma experiencia: porque no aman los obispos las iglesias que presto piensan dejar por pasarse á otras mejores.

La sexta y última es la resignacion de los obispados sin legítima causa. Porque si es tan estrecho y casi indisoluble el vínculo entre el obispo y su iglesia, como enseñan los sacros cánones, ¿qué es la causa que le vemos cada dia deshacerse tan fácilmente? Unos resignan la iglesia quedándose con los frutos: que es como si uno repudiase su mujer y se quedase con su dote. Otros cuando se ven ricos con las rentas de la iglesia, dejan el obispado para poder alcanzar otras cosas mayores. Otros dejan la dignidad á sus sobrinos, y con color de renunciacion quieren poseer el Santuario de Dios como por herencia. Otros quieren mas ser en la corte romana referendarios ó clérigos, que fuera de la corte Prelados. Otros finalmente, toman por achaque el mal temple de la tierra, otros la escasez de los frutos, otros la aspereza de la gente. Mas Dios sabe si estas son causas justas y bastantes para resignar, y si estos tales obispos buscan sus intereses ó los de Jesucristo.

Estas cosas son, Beatísimo Padre, las que al presente

me ha parecido representar á Vuestra Santidad para descargo de mi conciencia. Las cuales así como yo las he escrito con ánimo sincero, así pido una y muchas veces á Vuestra Santidad con toda reverencia y sumision que las lea con semblante benigno.

Este es el papel del Cardenal para el Sumo Pontífice. En el cual se ve muy bien su santo celo, como arriba decíamos. Ahora quiero tambien añadir las respuestas del mismo Clemente, para muestras de su recta intencion, y de su rara modestia, y del caso que hacia de Belarmino.

Al exordio pues, en que citaba el lugar de San Juan Crisóstomo, responde el Pontífice de esta manera: A nosotros tambien nos causa temor. Pero como solo Dios es el que penetra los corazones, y nosotros no podemos elegir sino hombres; dos ejemplos nos consuelan algun tanto. El primero, cuando nuestro Señor Jesucristo eligió los doce Apóstoles, habiendo pasado toda la noche en oracion (lo cual no sabemos que hiciese en otra ocasion) y con todo eso entre aquellos escogidos fué uno Judas. El otro ejemplo es, que los doce Apóstoles llenos todos de Espíritu Santo, eligieron á los siete Diáconos, entre los cuales uno fué Nicolao, que despues fué tan famoso hereje. Los cuales ejemplos pensamos que el omnipotente Dios por su infinita bondad los dejó en la Iglesia para consuelo de los que eligen.

Al primero de los seis puntos, que trataba de las largas vacantes, respondió estas palabras: En esto primero confesamos que hemos pecado y que todavía pecamos. Pero por la mayor parte nace esto de la dificultad que tenemos de hallar personas á propósito. Y aunque mu-

chas veces se nos proponen muchos, mas como no podemos tomar por nosotros mismos las informaciones, y como algunas veces hemos visto por experiencia que aquellos á quien hemos encomendado este cuidado, nos han engañado ó han sido engañados de otros; hemos juzgado á veces por cosa mas segura el aguardar, por no ser engañados, acordándonos de la sentencia de San Pablo: *Manus cito nemini imposueris*. Tambien nos acordamos que en tiempo de San Gregorio Magno habia iglesias que estaban mucho tiempo vacantes, y que por esta causa solia el Santo encomendar á un obispo otra iglesia que no fuese suya, para que en el interin tuviese cuidado de ella.

A lo segundo del elegir Prelados menos idóneos respondió: Bien sabemos esto, y en cuanto nos es posible, siempre llevamos delante de los ojos el proveer á las iglesias, y no á las personas; sino es cuando nos parece que proveemos juntamente á la iglesia y á la persona: pero el primero y mayor cuidado ha de ser el que se tiene de la iglesia. La sentencia que trae es verdadera. Pero si siempre han de ser los mas dignos, nunca se proveerá la iglesia. Porque no sabemos qué modo podremos tener para saber quién es el mas digno. En cuanto á los mismos obispos tenemos tambien esta dificultad, que si no queremos dar los obispados á los que los pretenden, ó á los que otros nos proponen, no sabemos cómo podremos proveer las iglesias, especialmente las que no son muy grandes y tienen poca renta. Si Vuestra Señoría sabe algun modo, de buena gana lo oyéramos y lo abrazáramos. Porque muchas cosas se pueden decir y con verdad; pero cuando llegamos á la

práctica y ejecucion, hallamos grandes dificultades.

A lo tercero de la ausencia de los obispos, respondió así: En esto confesamos nuestra culpa, que hemos permitido con demasiada facilidad á los obispos que pudiesen venir á Roma, y con dificultad salen de ella. Antes de ahora, si Vuestra Señoría se quiere acordar, muchos menos residian en sus iglesias. En cuanto á los Nuncios, tenemos por cosa muy decente que los Nuncios sean obispos, porque son superiores de los obispos, y tienen mas autoridad con los príncipes y con el pueblo: y si no hubiera tanta falta de personas del caudal necesario, los mudáramos mas presto. En cuanto á los que tienen gobiernos políticos, no hay al presente en el Estado de la Iglesia sino cual ó cual, y tan cerca de su obispado, que cada dia, cuanto y mas cada semana, puede estar en su iglesia, y casi cada hora en su diócesi. En conclusion, nosotros no tenemos mucho tiempo ausentes sino á los Nuncios, los cuales, por estar en negocios graves y peligrosos, no se pueden fácilmente mudar.

A lo cuarto respondió en esta forma: En cuanto á eso de la poligamia, algunas veces la hay solamente en los seis obispados cardenalicios. Acerca de los cuales no nos ha parecido mudar nada, por haber sido este negocio examinado por nuestros predecesores aun despues del Concilio Tridentino, y dispuesto de esa manera. Y no nos ha parecido cosa que se puede hacer sin escándalo, el perturbar el órden del Sacro Colegio y condenar lo que han hecho nuestros predecesores y tantos Cardenales.

A lo quinto del mudar los obispos, respondió lo si-

guiente: Nosotros con dificultad los mudamos, y no hemos dejado de amonestar á los príncipes por nosotros y por nuestros Nuncios.

A lo sexto respondió: Las resignaciones dificultosísimamente las admitimos, y no sin examinar las causas en la Congregacion de las cosas consistoriales; y algunas veces las admitimos por la ineptitud de los que resignan.

Ultimamente añadió el Pontífice con admirable modestia y humildad: Estas pocas cosas hemos dicho de priesa, no para excusar nuestras faltas, sino para que tenga lástima de las dificultades y angustias en que nos hallamos metidos. Porque confesamos que no solamente en estas cosas, sino tambien en otras muchas, ó por mejor decir en todas hemos faltado, y que en nada hemos cumplido ni cumplimos con nuestra obligacion. Ruegue pues á Dios todopoderoso, que ó nos ayude con la divina y eficacísima gracia, ó (lo que mas deseamos) que nos suelte de estas prisiones de la mortalidad, y sustituya otro que cumpla enteramente con las obligaciones de este oficio. Hasta aquí las respuestas del Pontífice. En las cuales tambien tendrá el piadoso lector mucho que aprender y que admirar.

CAPITULO IX.

De lo que hizo y dijo al Papa Clemente acerca de las Controversias de Auxiliis.

No faltaron algunos que pensaron que estos avisos y consejos de Belarmino, aunque pedidos con instancia,

y dados con sumision, y recibidos al parecer con agradecimiento, no le fueron á Clemente demasiadamente sabrosos. Y á la verdad esta materia es increiblemente delicada, y los mas remirados apenas la tratan y practican sin ofensa. Es aceda siempre la verdad, no sé porqué desgracia suya ó nuestra; y por mas que se saboree y endulce con toda la gracia y prudencia humana, siempre amarga y sabe mal. Y esto de dar consejos y avisos aun añade no sé qué acíbar, á que apenas arrostran los hijos de Adan. Por la caridad ó por la justicia se puede y debe hombre arrojar á este golfo, y no sin mucha consideracion: mas por lo demás, retírese afuera, y asegurará su paz y quietud. No faltaron indicios de este sentimiento del Pontífice. Y si realmente le tuvo, pudo tambien nacer, ó por lo menos aumentarse de otra ocasion grave que presto se ofreció: en que no menos constante se mostró Belarmino, y celoso de la que siempre tuvo por la verdad.

El caso fué, que casi por este mismo tiempo se habia comenzado á tratar en Roma una gravísima controversia, entre la esclarecida Religion de Predicadores y la Compañía de Jesus, acerca de las opiniones que en su libro *De concordia Gratiæ et liberi arbitrii* habia impreso el doctísimo Padre Luis de Molina. Las cuales en España y en otras partes aunque habian sido recibidas con notable aplauso de muchos hombres doctos y graves, mas no faltaban otros que las contradecian con mas que ordinario calor. De adonde se seguian en las escuelas muchas reyertas y disensiones, y á veces injurias y pesadumbres.

No le pareció á la Compañía dejar de salir á la defen-

sa de esta doctrina, por cuanto aunque parecia de un doctor suyo particular, era casi comun de los mas de sus maestros y profesores (los cuales movidos de no sé qué impulso (soberano seria sin duda) sin saber los unos de los otros la comenzaron á leer públicamente casi á un mismo tiempo en España, en Flandes, en Méjico, y en otras partes, con maravillosa conformidad de sentencias y pareceres, aun antes que saliese á luz el libro del Padre Molina ni otro alguno de esta materia); y mucho mas por juzgar la Compañía que la doctrina en sí era muy católica, muy verdadera, y muy á propósito para resistir y contrastar las herejías de nuestros tiempos, que tanta guerra hacen al libre albedrío con que Dios nos crió, y procurando quitarnos la principal parte de hombres, nos quieren hacer bestias ó troncos.

Y como llegasen á Roma muchas acusaciones y quejas de unas partes y otras, y la materia fuese tan importante y dificultosa, y en que tantos Padres y Concilios de la Iglesia tanto habian trabajado, sin acabar jamás de aclarar del todo la verdad; parecióle al Papa Clemente que era bien avocar así esta causa, y decidir últimamente esta tan larga é intrincada controversia. Para esto quiso que se disputase de esta materia y que se examinase la fuerza de las razones de la una y otra parte allí en la corte romana en una junta de teólogos: y él mismo, siendo canonista, comenzó á gastar buenos ratos en estudiar estos puntos y en conferirlos con hombres doctos. Entre los demás fué uno el cardenal Belarmino: el cual, para mejor informar al Pontífice, hizo un docto Tratado de esta materia, en que propuso con mucha claridad el estado de la controversia, y despues

las razones y argumentos principales que habia por ambas partes, y últimamente su parecer (que era el de toda nuestra Compañía) confirmado como el caso lo pedia. Gustó mucho el Pontífice de este Tratado, y alabó grandemente al autor. El cual presto hubo de componer otros dos, respondiendo á nuevas razones que los contrarios habian juntado, y refutando algunas objeciones que le oponian. De los cuales tambien gustó mucho el Papa, y agradeció el trabajo que el Cardenal en ellos habia puesto.

Mas con todo eso, así como al principio (por no haberle algunos informado como convenia) se habia mostrado muy poco aficionado á las cosas del Padre Molina; así despues muy al descubierto se comenzó á acostar á la parte contraria, y á declararse mas de lo que algunos juzgaban convenir. No se ignoraron del todo las causas. Y en efecto, las cosas muy grandes y poco vistas suelen de ordinario parecer á prima faz muy de otra manera de lo que son y muy diferentes de lo que bien consideradas se reconocen. Dijo en fin algunas veces en presencia de diversos Cardenales que él estaba determinado de definir aquella controversia. Oyólo tal vez el cardenal Belarmino, y fiado en la equidad de su causa, no perdió el ánimo ni la esperanza; antes con toda libertad, bien que con toda sumision, le replicó, que mirase Su Santidad que aquel era negocio muy grave y de muy grande consecuencia; y que así era necesario mirarlo mucho, y caminar en él con gran tiento, consideracion y cautela. Mas como al Papa le pareciese que ya lo tenia harto mirado y considerado, tornó á decir con grande resolucion, que él la queria luego definir.

Eso no hará Vuestra Santidad en sus dias, respondió Belarmino. Y como no poco sentido de esto y picado el Papa, volviese á decir con mas viveza, que él sin réplica la habia de definir; el Cardenal con la misma constancia y entereza y con mayor aseveracion volvió á afirmar, que Su Santidad no la habia de definir jamás. Y fué cosa que si bien causó harto sentimiento en el Pontífice, pero mayor admiracion causó en los presentes, ver cómo un hombre tan modesto y encogido hablaba al Vicario de Cristo con aquella entereza y resolucion, y afirmaba con tanta aseveracion y certidumbre, una cosa al parecer tan dudosa é incierta. Y no dejaron de pensar que le movia á esto algun impulso superior; y cuando despues vieron el suceso, se confirmaron mas en su pensamiento. Todo esto lo dejó escrito de su mano el mismo cardenal Belarmino y se guarda hasta el dia de hoy en el Archivo de la Compañía.

Mas no solamente dijo esto con esta claridad y verdad al Papa Clemente, pero con la misma y aun con mayor aseveracion al Ilustrísimo Cardenal del Monte, como él mismo lo refirió muchas veces, y últimamente lo testificó por escrito con juramento en la forma siguiente:

Hallándose un dia el Cardenal del Monte en la capilla de San Marcelo, en tiempo que vivia el Papa Clemente VIII, dijo al cardenal Belarmino, como Su Santidad queria definir la cuestion *de Auxiliis*, que entonces se controvertia entre los Padres de Santo Domingo, y los Padres de la Compañía. Mas Belarmino respondió, que el Papa Clemente no la habia de definir. Replicó el Cardenal del Monte: Su Santidad la puede y la quiere de-

finir; ¿cómo dice Vuestra Señoría Ilustrísima que no la ha de definir? Y el cardenal Belarmino volvió á decir, que si bien Su Santidad queria y podia definir, pero que no la habia de definir. Y añadió: si tal cosa intentare de hacer, yo digo que primero se morirá. Todo esto dijo con tanta aseveracion, que el Cardenal del Monte se quedó atónito; especialmente no habiendo entonces sospecha alguna de la muerte del Papa, por estar con muy entera salud. Y en efecto, esto forzosamente fué mas de tres años antes de la muerte de Clemente VIII, porque los tres años últimos de su Pontificado estuvo el cardenal Belarmino residiendo en su Iglesia de Capua, *Ita est pro veritate. Franciscus Maria, Cardinalis à Monte.* Este es el testimonio que este Ilustrísimo dió de esta verdad.

Esta entereza, pues, y esta claridad en sentir y hablar contra aquello á que Clemente se mostraba tan inclinado, fué causa que algunos pensasen, que Belarmino habia caido no poco de su gracia. Y confirmáronse mas en esta sospecha, cuando dentro de poco tiempo le vieron partir de Roma para residir en Capua (de donde el mismo Pontífice le hizo Arzobispo, como luego veremos): imaginando que este habia sido un honrado título que el Pontífice habia tomado para apartarle de sí, y quitarle la ocasion de contradecirle y darle consejos. Y no se quedó esto en sospecha ó imaginacion, sino que así se dijo y corrió por la corte romana. La verdad se quede á Dios. Lo cierto es que no por esto se turbó ni afligió Belarmino, ni se apartó un punto de su deber; ni jamás se arrepintió de lo que habia hecho y dicho en estas materias, por parecerle que en ello ha-

bia procedido segun debia á la verdad, y á la razon y justicia, y al puesto y oficio en que se hallaba.

De lo que le pesaba era de que entre dos Religiones tan graves é ilustres y tan provechosas en la Iglesia de Dios hubiese ocasiones de poca union y hermandad; porque deseaba él en grande manera que ambas fuesen muy á una contra las herejías y contra los vicios de estos siglos. Y realmente amaba y estimaba muy particularmente á la esclarecida Religion de Predicadores, como lo testificó el Emmo. y Rdmo. Sr. Desiderio Scaglia, Cardenal de la misma órden, en el testimonio que dió de nuestro Cardenal por estas palabras: Estimó y veneró sumamente á mi Religion, y fué en extremo devoto de los santos y beatos de ella. Tambien leyó muchas veces sus historias y crónicas, y decia que se alentaba mucho á toda virtud y perfeccion con aquella leyenda. Por lo cual juzgaba que era muy justo que cualquiera Religion observante las tuviese delante de los ojos, y tomase de ellas ejemplos de gobierno, de doctrina y de santidad.

Mas volviendo á la controversia *de Auxiliis*, no dejaron de hacerle mucha fuerza al Papa Clemente (que siempre tuvo buen celo) las palabras tan sérias de Belarmino. Y en efecto se determinó de proceder mas despacio y con mas tiento y consideracion en negocio tan importante y en materias tan dificultosas. Y para esto, lo restante del tiempo que tuvo de vida (estando ya Belarmino en Capua) oyó igualmente á los interesados en el negocio é hizo que en presencia suya y de algunos Cardenales y personas doctas, ambas partes disputasen muy de propósito de estas controversias:

mostrando un deseo muy sincero de que se les pusiese el fin que el Espíritu Santo, que rige á su Iglesia, le diese á entender. Mas al fin se le llegó la muerte sin haber llegado á lo que deseaba (segun Belarmino habia tanto antes profetizado): suceso bien ordinario en este curso de la mortalidad.

Sucedióle (despues de Leon XI que vivió muy pocos dias) la santidad de Paulo V. El cual hizo proseguir en su presencia las disputas comenzadas: y últimamente les puso el fin conveniente, sin llegar á última definicion de materia tan dificultosa, hasta que con el mismo tiempo, y con el ejercicio mayor de disputar en las escuelas se vaya aclarando mas la verdad. Y así dejó en su probabilidad á ambas opiniones, y dió licencia y facultad para que cada una de las dos partes pudiese libremente tener y defender su sentencia, pero sin censurar, calificar ni condeñar la contraria. Como despues acá se hace en entrambas Religiones, y en todas las escuelas y universidades, como es notorio á todo el mundo.

CAPITULO X.

De algunos buenos sentimientos y dictámenes que tenia acerca del buen gobierno del Sumo Pontificado.

Antes de pasar adelante quiero brevemente apuntar aquí algunos dictámenes y sentimientos que el santo y prudente cardenal Belarmino tenia, y deseaba ver practicados en el gobierno de la Iglesia, fuera de los

que poco antes dijimos. Los cuales no solamente los escribió como se hallaron entre sus papeles mas secretos, sino que tambien los dijo en muchas y diferentes ocasiones y en diversos tiempos á todas las personas á quien les podia en cualquiera manera tocar la práctica y ejecucion de estas cosas. A lo cual, fuera de la obligacion de consejero que por razon de la dignidad de Cardenal en sí reconocia, le movia y espoleaba grandemente el celo de tapar la boca á los maldicientes herejes, que tantas veces y con tanto encarecimiento y con tan dañada intencion murmuran del gobierno de la Iglesia y de las acciones de los príncipes de ella.

Y ante todas cosas, porque sabia y suponia que muchas veces se pueden y suelen engañar los hombres, aun cuando mas desean y piensan acertar; y porque de las mismas cosas, muchas que á las primeras vistas parecen muy sanas y provechosas, bien miradas y consideradas despues se hallan ser muy dañosas y llenas de inconvenientes; por eso decia nuestro prudente Cardenal, que en cuanto á él le tocara, jamás introdujera ninguna novedad, ni se apartara del camino trillado, ni del modo comun, sino con mucha consideracion y con muy maduro consejo de personas de ciencia y conciencia, y con certidumbre muy clara y casi evidencia del provecho que se habia de seguir: y que para esto habia de tener algunas juntas y consejos de personas de toda satisfaccion, como lo hacia San Cárlos Borromeo; y que en las determinaciones de estas cosas se habia de ir con el espacio y madureza conveniente; no con priesa y precipitacion, que suele malograr y destruir los negocios mas importantes.

Esto supuesto, decia que lo primero y mas principal á que debia atender el Papa era á la reformacion del estado eclesiástico (ya que la humana flaqueza y miseria nos ha ido siempre apartando y alejando de lo mejor) y que esta reformacion se podia fácilmente hacer el dia de hoy sin multiplicar nuevos decretos y constituciones, solamente con poner en ejecucion el santo Concilio de Trento. Porque apenas hay cosa ninguna de importancia, á que no proveyese bastantemente aquella sagrada junta. Y decia que todos los nuevos Pontífices en el primer consistorio habian de llevar el libro de aquel santo Concilio, y mostrándole públicamente, decir que aquella era la reformacion que pretendian introducir en la Iglesia.

Tenia por cosa muy conveniente é importante que los Pontífices no se ocupasen demasiadamente por sí mismos en el gobierno temporal del estado de la Iglesia (aunque era bien que cuidasen de esto cuanto fuese necesario) sino que su principal cuidado y atencion fuese el gobierno espiritual de toda la Iglesia, como cosa mucho mayor y mas importante. Y en razon de amplificar su jurisdiccion espiritual, y extender la fé católica, y dar el pasto conveniente á las ovejas de Cristo, deseaba que no perdonasen trabajos ni gastos algunos. Porque muchos santísimos y celosísimos Pontífices no con armas materiales de hierro ó acero, sino con las espirituales de fé viva, justo celo y fervorosa oracion, habian hecho resistencia á los mayores príncipes y monarcas del mundo, y se habian hecho temer y respetar de ellos mal de su grado, y forzádoles á enmendar los errores, quitar los escándalos, establecer

leyes conformes á la justicia y santidad evangélica; y habian tenido industria y poder para juntar y convocar los emperadores y reyes cristianos para hacer guerra á los enemigos de la fé, y contrastar á los mas soberbios tiranos.

De aquí sacaba, que el patrimonio temporal de San Pedro principalmente se debia gastar en la propagacion de la fé: y que este debia ser el primero de los cuidados y empleos del Vicario de Cristo en la tierra. Y que como á quien le toca el cuidado y labor universal de este gran campo de todo el mundo, debia muchas veces alargarse y pasearle con la consideracion por ver si en alguna parte habia necesidad de obreros que le labrasen ó si en otra estaban ya las mieses blancas y sazonadas para la hoz; si algun espacio de tierra mentia amenidad y floresta, y á la verdad era todo selva y esterilidad; si por algun portillo se atrevian las fieras dañosas á la viña del Señor; si habia alguna planta nociva que debiese ser arrancada y destinada para el fuego; y finalmente si habia algun suelo acomodado para recibir la semilla del Evangelio, ó algunos planteles fecundos y fructuosos. *Nonne si exis, et cernis ista*, añadia con San Bernardo al Papa Eugenio, *pudebit, otiosam jacere securim? pudebit, sine causa falcem Apostolicam accepisse?*

Además de esto por haberle Dios dado al Sumo Pontífice por compañeros y cooperadores de tan grande hacienda á los obispos, deseaba que fuese vigilantísimo en elegirlos cuales convenia, excluyendo á los ambiciosos y pretendientes, y á los que para esto se valian de favores é intercesiones de poderosos. Y decia que el

mismo Pontífice habia de procurar tener informaciones secretas de todas las partes del mundo de los hombres eminentes en doctrina, prudencia, y santidad, para echar mano de ellos y promoverlos á sus tiempos. Y que para que los mismos obispos con mas cuidado y diligencia se aplicasen al trabajo de sus ministerios, seria muy importante que el Sumo Pontífice los honrase y tratase como á hermanos, segun lo encomienda el Concilio Tridentino. Item, que para ser informado de las necesidades particulares de cada diócesi y para quitarles á los obispos que vienen á Roma cualquier color de detenerse demasiadamente en la corte, seria bien que les señalase un dia cada semana para darles audiencia, con que los podria obligar á volverse presto á sus iglesias. Y asimismo convendria darles á sus tiempos los avisos y recuerdos convenientes; y aun si fuese necesario mostrarles mas severidad. Y finalmente, que les enviase algunos visitadores apostólicos para ver cómo atendian á sus ministerios y cumplian con sus obligaciones: y poder de esa manera ser mejor informado de todo, y alabar ó amonestar á cada uno conforme lo mereciese.

Y por cuanto son de grandísimo perjuicio para el gobierno de las almas y para el buen efecto de las cosas espirituales las competencias que suele haber en materia de jurisdiccion entre los príncipes, y jueces eclesiásticos y seglares; solia decir que seria de suma importancia que el Pontífice entrase de por medio, y procurase con toda suavidad y eficacia que de una vez se compusiesen estas eternas disensiones, para que no se impidiese el provecho que Cristo nuestro Señor desea

que los pastores espirituales hagan en sus ovejas.

Deseaba que se reformasen y redujesen á menos número tantos casos reservados, y tantas censuras como hay en el derecho. Y que se tuviese mucha cuenta y moderacion en el poner pensiones, especialmente sobre los beneficios curados, y que no se vendiesen los oficios de justicia, como San Luis habia ordenado y practicado en su reino.

Decia que con el cuidado universal de todas las iglesias del mundo, que tanto toca al Sumo Pontífice, le debia tener muy particular de la ciudad de Roma, por ser obispo propio de ella. Y que así seria bien hacer por su persona una visita de todas las parroquias, como la hizo San Gregorio, y despues continuarla por medio de los Cardenales titulares de cada una.

Asimismo decia que era muy necesario buscar alguna traza como echar de Roma tan grande número de rameras y mujercillas de mal vivir, como las echó de París San Luis Rey de Francia: porque era gran vergüenza, que en una ciudad tan santa tuviese tanto lugar y comodidad la inmundicia y deshonestidad. Y que las blasfemias, los adulterios, y los pecados nefandos se debian castigar muy severamente, y conforme Dios mandaba en el Viejo Testamento. Porque no era razon que los cristianos fuesen menos celosos de la honra de Dios, que lo fueron los Hebreos. Item, que se debia poner remedio en las intolerables usuras y logros que llevan los de esta nacion.

Deseaba mucho que el gobierno del estado temporal de la Iglesia fuese muy cabal y perfecto: y que sus vasallos viviesen sin la opresion de tributos y cargas que

los de otros señores: para que la policía eclesiástica fuese norma y dechado de buen gobierno á los demás príncipes. Y quisiera que esto se pusiera en ejecucion, aunque fuese necesario que el Pontífice cercenase en sí y en los suyos cualquiera apariencia de superfluidad y demasía: que así seria á todo el mundo ejemplo de toda moderacion y templanza. Y era de parecer que el Papa mas se debia tratar como obispo que como príncipe seglar: y que la mayor parte de su cuidado y de su renta debia emplear en extender por el mundo nuestra santa Fe Católica, y no en engrandecer ni enriquecer á sus deudos; pues á estos solamente se debia dar lo bastante para conservarse decentemente en su mismo estado y condicion, conforme enseñan los Doctores y Santos Padres y los sagrados Cánones y Concilios.

Y muy en particular decia que debia cuidar el Pontífice de las personas eclesiásticas y religiosas, haciendo que se les guardasen sus privilegios y exempciones, y que de ninguna manera estuviesen sujetas á los Gobernadores seglares aun en el Estado del Papa. Aunque no por eso queria que los eclesiásticos y regulares díscolos y escandalosos se quedasen sin castigo; mas decia que este se le habian de dar sus propios superiores en los monasterios ó lugares semejantes, retirados de la noticia y publicidad de los seglares.

Juzgaba por cosa importantísima para la edificacion y decoro de la santa Iglesia que el Pontífice atendiese muy de veras á reformar las Religiones y reducirlas á su primer lustre y resplandor. Mas para esto decia, que solamente eran á propósito los mismos religiosos; y que así se habian de escoger las personas mas santas y pru-

dentes de cada Religion, y encomendarles que todos á una tomasen los medios convenientes y necesarios conforme á su Instituto, y darles toda fuerza y autoridad para que los pusiesen en ejecucion. Y que los gobiernos de los monasterios se diesen solamente á personas de mucha prudencia y virtud, para que con su discrecion y mas con su buen ejemplo promoviesen la observancia regular, é introdujesen suave y eficazmente la reformacion que se deseaba. La cual tenia por muy cierta por este camino, especialmente si á los tales les diese el Pontífice el amparo y favor necesario.

Y porque de la sanidad de la cabeza depende en gran parte la de todo el cuerpo, tenia por cosa muy necesaria que se sacase una bula acerca de las cosas del conclave y eleccion del Sumo Pontífice, para que en todo caso se eligiese por votos secretos. (Lo cual estableció despues la Santidad de Gregorio XV, Pontífice de los mas piadosos que ha tenido la Iglesia.) Y porque el Colegio de los Cardenales es Seminario de los Sumos Pontífices, decia que no se habia de admitir ninguno á él sin maduro consejo y cumplida informacion, y sin que fuese conocido por persona de mucha virtud y prudencia, ó de eminente doctrina, ó de muy grande nobleza. Y finalmente decia que los Cardenales, cuando se juntan en Consistorio, debian hacer mucho escrúpulo de no decir con toda sinceridad y verdad sus pareceres, y de no advertir con toda libertad y llaneza lo que juzgasen por conveniente para el bien universal de la santa Iglesia del Señor.

Por conclusion de todo esto y para que en parte se vea cómo lo practicaba ó pensaba practicar en sí nues-

tro Belarmino, quiero poner aquí un breve memorial que se halló entre sus papeles mas secretos, en que se contiene un voto que hizo estando en ejercicios el año de mil y seiscientos y catorce, de que si acaso fuese hecho Sumo Pontífice (lo cual dice que no deseaba, antes pedia á Dios que no lo permitiese) no habia de levantar á ninguno de sus parientes ó conjuntos á ser Cardenal, ó Príncipe temporal, Duque, ó Conde, ó cosa semejante, ni enriquecerlos; sino solamente ayudarles para que en su propio estado y conforme á su calidad pudiesen pasar con algun descanso. El cual voto decia que habia hecho no por condenar á otros Pontífices que habian hecho Cardenales á sus deudos mereciéndolo, sino porque á él le daba nuestro Señor á entender aquello. Dice pues así: *Die vigesima sexta Septembris; 1614, feria sexta, in domo Novitiorum Sancti Andreæ de gens, et exercitiis spiritualibus vacans, matura præhabita deliberatione, in sacrificio missæ: cum sumpturus essem sanctissimum Domini nostri corpus, votum vovi Domino in hac forma.*

Ego Robertus Cardinalis Bellarminus é Societate Jesu Religiosus professus, voveo Deo omnipotenti, in conspectu Beatæ Virginis Mariæ, et totius cœlestis Curiæ, quod si forte (quod non cupio, et precor Deum, ut non accidat) ad Pontificatum assumptus fuero, neminem ex consanguineis vel affinibus meis exaltabo ad Cardinalatum, vel temporalum Principatum, vel Ducatum, vel Comitatum, vel quemcumque titulum: neque eos ditabo; sed solum eos adjuvabo, ut in statu suo civili commode vivere possint. Amen, amen. Hasta aquí el voto, que en sustancia contiene lo que dije poco antes.

Ahora será ya bien que nosotros prosigamos nuestra historia y veamos cómo Dios nuestro Señor por medio de su Vicario hizo á nuestro cardenal Belarmino Arzobispo de la Iglesia de Capua, para mucha gloria suya, provecho de aquella ciudad y diócesi, y ejemplo de toda la Iglesia católica.

LIBRO CUARTO.

DE TODO EL TIEMPO QUE ESTUVO EN CAPÚA POR SU ARZOBISPO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo fué hecho Arzobispo de Capua, y de cómo llegó á su Iglesia.

Tres años habia que el cardenal Belarmino tenia la dignidad, sin que se le hubiese dado renta alguna de consideracion, pasando muy contento solo con lo que se suele dar á los Cardenales pobres, y perseverando en el buen propósito que al principio habia hecho, de no pedir rentas á Su Santidad, ni recibir jamás donativos de los príncipes, sin que de esto le apartase el deseo de conservar con lustre y resplandor la dignidad en que se hallaba; el cual deseo algunas veces con un honrado pretexto ha hecho ablandar á pechos que parecian de diamante. Era grande la edificacion de toda la corte romana, y no menor la admiracion del mismo Sumo Pontífice, de ver semejante moderacion y continencia del

Cardenal. Mas él mismo, porque nada deseaba nada echaba menos y de nada necesitaba. Que en efecto á los hombres no los hace tan ricos la hacienda ni la renta como la modestia y la templanza; así como ni tan pobres los gastos como los deseos.

Mas con todo eso el Eminentísimo Cardenal Baronio grande apreciador de las virtudes y méritos de Belarmino, sin pedírselo ni acordárselo otro ninguno mas que la misma razon y la aficion que le tenia, no dejaba de estar á la mira; y en las vacantes que se ofrecian proponia con mucho esfuerzo á Su Santidad la necesidad tan grande del cardenal Belarmino, y sus méritos mucho mayores. Reparó en ello Su Santidad de manera, que le pareció que debia darle satisfaccion y alguna excusa de su tardanza: como en efecto lo hizo. Mas el buen Belarmino despues de haber dado las debidas gracias á Su Santidad de la memoria que de él tenia y voluntad que le mostraba, le respondió con la paz y sinceridad que él solia, que á él le parecia que tenia lo que habia menester, y que no le faltaba nada, pues por la misericordia de Dios y liberalidad de Su Beatitud, tenia con que sustentar y pasar esta vida. Bien seguros estamos, replicó Su Santidad, que mientras nosotros viviéremos, no le faltará nada; mas no somos inmortales. Esté seguro Vuestra Santidad, respondió Belarmino, que cuando en eso me viera, me diera muy poca pena; porque si no tuviera con qué sustentar la dignidad, tuviera con eso buena ocasion para volverme á mi Religion, donde un rincon de una celda y un pedazo de pan (que es de lo que solamente necesita la vida humana) creo que no me faltara; y donde viviera sin este cui-

dado tan molesto de la corte y del cortejo. Admiró el Papa y alabó esta disposicion de ánimo tan desinteresado y tan poco deseoso de hacienda; mas no perdió la voluntad y deseo de acomodarle, si vacasen algunos beneficios ó cosas á propósito.

Y como en este tiempo por muerte de monseñor César Costa, Arzobispo de Capua, hubiese vacado aquella Iglesia, Su Santidad se determinó de proveerla en la persona del cardenal Belarmino. No repugnó él ni resistió á esta eleccion; porque aunque era inimicísimo de cualquiera manera de dignidades, pero viendose por la de Cardenal fuera de la quietud de su celda, le pareció mucho mejor, y mas conforme al espíritu de su vocacion, tener la de obispo, y emplearse inmediatamente en la ayuda de las almas; juzgando que de esta suerte podia tener una manera de vida y de ocupacion muy semejante á la que tienen los fervorosos operarios de la Compañía, especialmente en las misiones que les señala su instituto; y aun teniendo entre otras prerogativas la ventaja que hace la dignidad y autoridad de prelado á la diligencia y solicitud de operario particular.

Está la ciudad de Capua en la provincia de Campania y reino de Nápoles; y es muy celebrada en las historias antiguas, así por su nobleza y grandeza, como por la amenidad y fertilidad de sus campos: y en los tiempos pasados fué cabeza de toda la provincia, como lo es hoy la ciudad de Nápoles. Tiene una Iglesia Catedral muy antigua, y de muy suntuoso edificio, con un gran tesoro de muchas reliquias, y gran riqueza de preciosos vasos y ornamentos para el culto divino; y tiene por titular al glorioso protomártir S. Estéban. Hízola metro-

politana el Papa Juan XIII, señalándole nueve obispos de la comarca por sufragáneos, y dándole copiosas rentas para sustentar una muy lustrosa y numerosa clerecía. Hay cuarenta canónigos con el Arzobispo: y entre ellos cuatro dignidades, que son el dean, un arcediano, y dos primicerios. Hay en la ciudad hasta veinte parroquias, y muchos conventos de religiosos de casi todas las órdenes, y algunos monasterios de monjas. Tambien hay un Seminario de muchos clérigos y un muy grandioso hospital con su iglesia de la Anunciacion de Nuestra Señora. La diócesi no es muy extendida, ni tiene ciudades fuertes; pero tiene muchas villas y aldeas con muy buenas iglesias y curatos; y algunas están bien pobladas, como es la villa de Santa María la Mayor, que tiene casi mil vecinos, y una buena iglesia colegial.

Esta Iglesia pues y esta diócesi le tenia Dios preparada á nuestro Belarmino para emplear en ella aquellos fervorosos deseos de ayudar á las almas que el mismo Señor le habia inspirado. El Papa Clemente, que primero le habia dado el cardenalato, y ahora el arzobispado, por mas honrarle le quiso consagrar de su mano: como lo hizo á veintiuno de abril de mil y seiscientos y dos en la Dominica segunda despues de Pascua, en que se canta el Evangelio del buen Pastor: que parece que pronosticaba cuán bueno lo habia de ser nuestro nuevo arzobispo en la grey que Dios le encomendaba. Fué esta eleccion recibida con aprobacion comun y aplauso universal de todos, pareciéndoles que aunque la Iglesia y ciudad de Capua era tan insigne, les habia cabido un Prelado muy digno por su grande santidad,

eminente doctrina, y otros admirables talentos. No quiso perder la ocasion de dar testimonio de esto el eruditísimo cardenal Baronio; antes escribiendo en el décimo tomo de sus doctísimos Anales la instancia que el emperador Oton hizo al Papa Juan XIII, para que honrase á la ciudad de Capua, donde ambos entonces se hallaban, con hacerla metropolitana; añadió estas honoríficas palabras: *His diebus, quibus hæc scribimus (quod non tacendum) maximum accessit eidem Ecclesiæ ornamentum, dum vacante eadem sede obitu Cæsaris Costæ Archiepiscopi, delectus est à sanctissimo Domino nostro Clemente Papa VIII ad nobilissimæ Ecclesiæ regimen, vir doctissimus ac religiosissimus Robertus Bellarminus S. R. E. Cardinalis, virtutum meritis toti Christiano orbi conspicuus exoptatus votis, collaudatus suffragiis, atque exceptus plausu; illud sacro Collegio acclamante, dignus dignæ.*

En viéndose consagrado, le pareció que ya tenia en la mano la ocasion de hacer él mismo lo que en otros obispos habia deseado, que era dejar la corte y residir en su propia Iglesia. Y así dentro de tres dias, habiendo recibido de Su Santidad el sagrado palio de arzobispo, dejó el Palacio y se retiró á nuestro Colegio Romano, no solamente para dar órden de enviar su ropa á Capua, donde luego se queria partir, sino mucho mas por evitar cuanto pudiese las visitas y cumplimientos que le podian detener ó hacer dilatar la partida á su deseada esposa. Como en efecto lo hizo brevemente, habiéndose consolado con sus verdaderos y amantísimos hermanos en aquel Colegio, y habiéndolos consolado con sus dulces y santas palabras y con una plática que hizo el viernes á toda la comunidad.

En esto llegó á la ciudad de Capua la nueva del Prelado que les iba, y fueron muy extraordinarias las muestras de contento y alegría que en público y en particular se vieron en todos. Pero una cosa se vió muy singular y muy gustosa y gloriosa para el nuevo Arzobispo: y fué que con sola esta nueva de su venida muchos que vivian con poca honestidad y ejemplo, determinaron luego de reformarse y recogerse á bien vivir: como en efecto lo hicieron. Tanto como esto pueden los santos y celosos Prelados, aun con sola la opinion de su celo y santidad. Y muchos, admirados de esta reformacion y mudanza, la tomaron con razon por prendas ciertas del inmenso provecho que con su presencia habia de hacer en las almas, el que con sola su fama tan grande le habia hecho.

Al fin alcanzada licencia, y recibida la bendicion de Su Santidad, se partió de Roma, y en pocos dias con próspero viaje llegó á Capua. Donde fué recibido con increible contento y festejo de toda la ciudad, y con tan grande concurso de toda suerte de personas, que no se acordaban los mas ancianos de haber visto jamás cosa semejante. A cada uno le parecia que le venia su amoroso padre, y á todos que les llegaba el consuelo y amparo comun. Y para que su entrada fuese mas feliz y mas provechosa á las almas (que era lo que él buscaba) habia el buen Prelado enviado delante á publicar una indulgencia plenaria que habia obtenido de Su Santidad, para todos aquellos que con la debida disposicion se hallasen presentes en esta ocasion. Con esto estaba la gente muy bien dispuesta y devota, é iban todos en la solemne procesion del recibimiento con mucha quie-

tud y modestia, y con igual consuelo del buen Arzobispo, que lo veia y alababa á Dios. Dijo su misa de pontifical, y echó la bendicion á su pueblo, y le concedió de parte de Su Santidad la indulgencia que hemos dicho.

Esto fué el primer dia de mayo, dichoso para aquella ciudad, por ser principio del gobierno de un Prelado tan santo, y de tantas maneras provechoso, como presto veremos. Mas el dia siguiente se hubo tambien de continuar la solemnidad; porque acaeció á estar preparada una solemnísima fiesta y procesion para trasladar un brazo que allí tenian del protomártir San Estéban su patron. A la cual el nuevo Prelado se halló con increible consuelo y júbilo de su alma, tomando esta ocurrencia por dichoso pronóstico y prenda cierta de que el santo titular le habia de dar la mano para el buen gobierno de aquella Iglesia.

CAPÍTULO II.

De cómo comenzó á predicar, y á quitar algunos pecados públicos.

Traia muy en la memoria y muy en el corazon el nuevo Prelado las palabras del Evangelio y los oficios del buen Pastor que habia oido el dia de su consagracion; y muy particularmente aquellas en que se dice que se debe haber de manera que sus ovejas le sigan y le oigan: *Ante eas vadit, et oves eum sequuntur, et audiunt vocem ejus.* Y así venia muy determinado de guiarlas con su ejemplo, y adiestrarlas con su voz. Y

porque de lo primero hablaremos despues (aunque en él siempre fué esto lo primero y lo que nunca dejó); para dar principio á lo segundo escogió el dia de la gloriosa Ascension del Señor, que estaba muy cerca, en que predicó un gravísimo y devotísimo sermon.

Causó esta accion notable novedad y admiracion en aquella tierra, no solo por ver predicar al Prelado, sino mucho mas por ver sermones fuera del Adviento ó Cuaresma. Así corrian allí entonces las cosas. Mas, presto se mudó la novedad en costumbre, y la admiracion en frecuencia. Porque el buen Pastor se determinó á darles este pasto de salud muy á menudo, y comenzó á predicar todos los domingos y fiestas del año. Al principio no eran los auditorios muy llenos; pero poco á poco fueron creciendo de manera, que apenas puede hacer fe. Y no era menor el fruto: porque no se pueden explicar los maravillosos efectos que en todo género de gentes de estos sermones se siguieron.

Predicaba con grande espíritu y fervor, y hablaba muy al alma y al corazon; sus razones eran muy fuertes y eficaces; sus palabras muy vivas y afectuosas; su fin era el bien de las almas, y la conversion de los pecadores, arrancar vicios y plantar virtudes. Proponia los premios eternos, amenazaba los castigos que nunca se acaban. Descubria con grande destreza los ocultos lazos del camino de la perdicion; mostraba las derechas sendas que nos llevan á la vida. Enseñaba con admirable magisterio las obligaciones de todos los estados muy en particular, y el modo como las debian y podian todos cumplir. En conclusion, predicaba como un Apóstol. Y el fruto correspondia colmadamente á esta labor.

Fueran menester muchos libros para dar la debida noticia de esta materia. Mas conténtome con decir, que los que vieran á la ciudad de Capua dentro de pocos meses, no la conocieran; y los mismos ciudadanos que miraban la mudanza de sus costumbres no se conocian á sí mismos. Tan otros se hallaban en todo y por todo de lo que antes habian sido.

Este tan conocido fruto le hizo al Cardenal que se animase grandemente á continuar siempre con gusto el trabajo de la predicacion, y juntamente que desease y procurase que los demás obispos insistiesen en este mismo ejercicio tan propio suyo. Y á esta causa escribió una carta muy grave al Papa Clemente, suplicándole y advirtiéndole, que en las provisiones de los Obispados entre las demás buenas partes y calidades de los que se hubiesen de elegir, no se tuviese poca cuenta con que tuviesen buen talento de predicar, por el increible provecho que con él podrian hacer en sus ovejas. Que por esta causa los Apóstoles y primeros obispos de la Iglesia se habian desocupado de otras haciendas, aunque piadosas, por poder atender con mayor cuidado á la predicacion y oracion, como ellos mismos dijeron: *Nos autem verbo Dei, et orationi instantes erimus.* Y que esto lo habian aprendido del mismo Cristo, Príncipe de todos los Obispos, que en esto habia empleado los mas sazonados años de su vida santísima. Y que así lo habian hecho tambien todos los santos Obispos de la Iglesia; y últimamente el santísimo Cardenal y Arzobispo Cárlos Borromeo (de quien se podia con razon decir, que en nuestros dias no habia tenido par): el cual siendo importunado muchas veces

que propusiese al Papa Gregorio XIII para obispo de cierta iglesia á una persona que parecia muy benemérita, y en todo lo demás lo era; jamás se pudo inclinar á hacerlo, por saber que no tenia talento de predicar. Y que este era el principal oficio del obispo, como consta del Concilio Tridentino, sesion 5, cap. 2, y sesion 24, cap. 4, y de la misma consagracion del obispo, en la cual le ponen el libro de los Evangelios sobre el hombro, para que entienda que su principal carga es el estudiarlo; y luego se le dan en la mano, para que lo vaya á predicar, diciéndole aquellas palabras (en que parece que consiste la propia y esencial forma de la consagracion del obispo): *Accipe Evangelium, et vade, prædica populo tibi commisso.* Y añadia, que esto del predicar el obispo no era tan necesario en las ciudades muy grandes (cuales son Roma, Nápoles y Milan) en que suele haber muchos y muy buenos predicadores; como en las menores (que son muchísimas) en las cuales si el propio pastor no predica, apenas se oye un sermon fuera de la Cuaresma: y aun entonces muchos de los que predican, por llevar la mira puesta en sus intereses y ganancias temporales, no atienden, como convenia, á aprovechar espiritualmente á los oyentes, sino antes á complacerlos vanamente. En efecto, estos miserables pueblos vienen á ser como algunas tierras en que no llueve en todo el año mas de un solo mes: en las cuales apenas nace otra cosa sino ortigas y cardizales. Esto en sustancia escribió al Pontífice, deseando que se alentase en los Prelados este tan principal ministerio de la predicacion, en que él mismo tanto provecho habia experimentado.

Despues de haber exhortado á todos en sus primeros sermones á la reformacion general de las costumbres y á un destierro comun de todos los vicios; comenzó con mucha diligencia á inquirir de los particulares, y que mas sobresalian, para irlos arrancando con eficacia de su Iglesia y república. Halló en la ciudad y en casi todos los lugares principales del arzobispado un vicio muy perjudicial y muy público, de juntarse la gente moza en algunas casas á entretenerse en juegos vedados de naipes y dados y otros semejantes: de los cuales fuera de perderse el dinero y el tiempo, nacian muchos juramentos, horribles blasfemias, mohinas y pesadumbres, y tambien heridas y muertes; y á veces no solamente rapiñas á los compañeros del juego, sino tambien (para que no faltase qué jugar) hurtos y robos á cuantos podian; y finalmente otros innumerables vicios y pecados, que de los concursos de gente moza suelen ocasionarse. Bien sabia el Cardenal que habia leyes y pragmáticas del reino contra aquellos juegos y juntas; pero tambien veia que por culpa de los gobernadores y ministros inmediatos (que por el cebo de sus propios intereses disimulaban y pasaban por todo) no se practicaban ni cumplian, y los vicios reinaban y prevalecian. Esta falta vemos muchas veces en las Repúblicas mas bien ordenadas; que por no haber fiel ejecucion de sus excelentes leyes á causa de los ministros inferiores poco enteros ó poco activos, vienen á ser semejantes á las mas bárbaras y menos políticas.

Viendo tan grande desórden y tan exorbitante libertad, quiso luego el celoso Prelado entrar cortando y talando, y poniendo graves excomuniones y censuras.

Mas como no era menos prudente que celoso, juzgó que si él quisiese habérselas á solas con tanta muchedumbre, y mostrar aquellos rigores con una costumbre tan envejecida, mas seria revolver humores que expelerlos, y mas lastimar que sanar. Y así se determinó de proceder con mas tiento, y de luchar con dos brazos, para mejor salir con su pretension. Para esto procuró luego con grandes veras ganar la voluntad á los gobernadores y justicias principales de aquella tierra (sabiendo que esta union del brazo eclesiástico y seglar es el medio mas eficaz para desterrar los pecados públicos de los pueblos). Ganólos con su dulce trato, cortesía, y modestia maravillosa, é hízolos muy de su parte para cualquiera empresa del servicio de Dios y bien de la república. Mas porque el vicio tenia echadas muy hondas raíces, y para arrancarle se requerian mayores fuerzas; con el secreto posible (que así juzgó importar) escribió apretadamente á Nápoles á un su gran confidente, que tratase con el Virey (que entonces era don Francisco de Castro, caballero bien conocido por su valor y piedad) y con el Regente Martos, protector de la ciudad de Capua, que hiciesen de nuevo una muy rigurosa prohibicion de aquellos juegos y juntas, y se la enviasen á las justicias de Capua con graves penas si no la ejecutaban con todo cuidado.

Hízose todo como el Cardenal lo deseaba; y venidos los recados necesarios á Capua, y publicados severamente por los gobernadores, él entonces comenzó tambien á empuñar las armas de la Iglesia contra los mismos enemigos, y á publicar excomuniones contra los que á semejantes juegos se juntasen, y contra los mi-

nistros que los consintiesen. Y fué cosa maravillosa que temiendo y respetando todos las fuerzas unidas de los dos tribunales eclesiástico y seglar, y atemorizados con las penas espirituales y temporales, pusieron luego freno á sus antiguos desórdenes, y se retiraron de aquellos perjudiciales escándalos; y en efecto se quitaron del todo aquellas juntas y juegos dañosos y los demás inconvenientes que de allí se seguian; y se convirtieron en entretenimientos honestos, y aun en hermandades de piedad y devocion.

CAPITULO III.

De cómo reformó el clero, y puso en órden las cosas eclesiásticas.

Esto de los juegos fué lo primero á que acudió, por parecerle que el daño tan público y universal daba priesa por el remedio. Pero sabiendo muy bien que del buen ejemplo de los eclesiásticos depende por la mayor parte el buen proceder de todo el pueblo, atendió muy con tiempo y con muchas veras á su reformacion. Casi luego en llegando examinó con cuidado á todos los curas y clérigos que tenian cargo de almas, y se informó de su modo de vivir, para saber de quién fiaba parte del cuidado de las ovejas que el Sumo Pastor le habia encomendado. No es creible lo que importa que los tales sean los que deben; ni se puede hacer concepto de los daños que ocasionan cuando ellos faltan á su deber. Acarició́los á todos el Cardenal, honrólos, exhortólos; alentó á los buenos á pasar adelante y mejorarse,

y á sus tiempos cuidó de agradecérselo y de premiarlos; á los no tales procuró con veras hacerlos buenos, y cuando no pudo, puso los remedios convenientes para que no dañasen á su grey. A su tiempo diremos mas. Ahora baste en general que por medio de esta reformacion de los sacerdotes hizo gran bien á aquellos pueblos.

Visitó tras esto la Iglesia Catedral; y hallóla en muchas cosas necesitada de reformacion: muchos desórdenes en los que á ella acudian, y en los que en ella asistian; mucha confusion de cosas; poca observancia y policía en los ritos y ceremonias, y poca reverencia al lugar santo, y cosas tales. Halló que muchos se paseaban en la iglesia sin respeto á los oficios divinos, y que trataban y contrataban como si estuvieran en algun mercado ó lonja; y lo que excede toda indecencia, los que ganan el pan de cada dia con el trabajo de sus hombros, y la demás gente vil de la república, atravesaban á todas horas la casa de Dios con sus cargas y ministerios. Era la ocasion el mercado que se hacia en la plaza de la iglesia, y casi á la misma puerta de ella, con harto ruido é inquietud de los que estaban dentro. Bien presto remedió todos estos desórdenes é inconvenientes. Y porque el remedio fuese durable y del todo eficaz, hizo cerrar aquella puerta que salia al mercado, y en su lugar levantó un muy devoto altar. Quedó del todo hecha casa de oracion y piedad, la que en gran parte lo era antes de profanidad y negociacion.

Para mayor decencia del clero estableció que ninguno ordenado de órden sacro pudiese tener ninguno de los oficios y ministerios inferiores de la Iglesia. Ordenó

que se acudiese con mucho cuidado y frecuencia á una leccion de teología y de casos de conciencia (ocupacion bien necesaria para los eclesiásticos): y para mas alentarla, él mismo asistia á ella muchas veces. Hallábase de ordinario en todas las juntas de su cabildo, en que estableció muchas órdenes y decretos muy importantes, que hasta hoy se guardan. Introdujo el uso del ceremonial romano, é hizo que se guardasen con mucha puntualidad y exaccion los ritos y ceremonias que en él se ordenan y establecen. Compuso con maravillosa destreza las diferencias que suele haber entre los eclesiásticos en materia de precedencias. Trabajó mucho por establecer el decreto del Concilio Tridentino, en que ordena que el mayor número de los Canónigos sean Sacerdotes, siendo antes allí, de cuarenta que eran los Canónigos, solos los diez Sacerdotes, diez Diáconos, y veinte Subdiáconos. Hubo en asentar esto su dificultad, por razon de los provechos y distribuciones antiguas de aquella Iglesia; pero á todo dió salida el prudente celo del Cardenal, y al fin de comun consentimiento se acordó que por lo menos fuesen veinte los Canónigos Sacerdotes.

No permitió que seglar alguno se sentase en las sillas de los Canónigos; antes los hizo á todos salir del coro de los eclesiásticos, conforme al uso antiguo de la Iglesia. Y porque despues de dada esta órden, cierto señor principal hizo llevar su silla como antes y ponerla en el mismo coro, el buen Prelado con un celo semejante al que San Ambrosio tuvo con el Emperador Teodosio, le envió á decir, que aquel puesto era para los ministros del altar, y todo lo restante de la iglesia para los

seglares; y así que tomase su propio lugar, como en efecto lo hubo de hacer.

Procuró con sumo cuidado que los oficios divinos se celebrasen con toda solemnidad y autoridad, y no con menor devocion, compostura, y modestia. Para esto primeramente puso mucha diligencia en tener muy buena música; sabiendo muy bien la fuerza que ella tiene para mover los ánimos, ablandar los corazones, y recoger los pensamientos mas distraidos, y corregir los afectos mas desmandados. Tras èsto se determinó de asistir él mismo al coro en cuanto le fuese posible; pareciéndole que ya con su autoridad, ya con su ejemplo, obligaria eficacísimamente á los demás a acudir y asistir como convenia. Y es sin duda que sola una vista sencilla del superior es bastantísima para traer en sumo concierto á toda una comunidad.

Asistia en efecto el Cardenal los dias de fiesta á casi todas las horas, y los de entre semana por lo menos á los maitines que se decian á la madrugada; aunque ya él los habia antes rezado de rodillas en su aposento. Y estaba en el coro con tanta mesura y devocion, que admiraba y componia á los canónigos y á todos los demás que presentes estaban. Y esta su devocion y este deseo de dar buen ejemplo le costaba muy buena mortificacion. Porque en tiempo de invierno, aunque era la iglesia muy fria, y los maitines se comenzaban antes del amanecer, no solamente no queria jamás faltar á ellos, pero ni aun llevar defensa alguna contra el grande rigor del tiempo. Ibase solamente con su roquete y muceta, sin querer ponerse una ropa, ni admitir siquiera unos guantes para abrigo de las manos, en que padecia nota-

blemente. Porque en la casa de Dios, y en su divina presencia no queria estar acomodado como señor, sino humilde como siervo.

Persuadíanle muchas veces sus amigos que perdonase á aquel duro trabajo, y se estuviese quedo en su casa, pues ya era menos necesaria su presencia, por estar ya el coro tan reformado y tan concertado; mas nunca se lo pudieron persuadir. Porque decia que cuando aquello fuese así, por lo menos él con aquella asistencia cumplia con lo que el Apóstol ordena á los Obispos, que trabajen algo por sí mismos, para que tengan que dar á los necesitados. Y en efecto ello era así, que porque en aquella Iglesia el Arzobispo se cuenta entre los canónigos, y puede llevar como ellos las distribuciones del coro, gustaba el piadoso Prelado de tomar aquel trabajo para tener que dar á los pobres un escudo mas cada dia, que era lo que á él en el coro le correspondia. Y tenia ordenado á su mayordomo que los treinta escudos que de las distribuciones de cada mes le cabian, no los juntase con lo demás de su renta, sino que se los llevase de por sí á su aposento, para poderlos él dar por su misma mano á los pobres: porque aquella decia él que era propia y verdaderamente limosna suya; que todas las demás que daba de las rentas del arzobispado mas las tenia por pagas que por limosnas, pues por razon de su oficio estaba obligado á dispensarlas todas á los pobres.

Mas para que se vea la delicadeza de conciencia de este santísimo Prelado, no dejaré aquí de decir un escrúpulo que tuvo en esta materia de estas distribuciones del coro, y lo que hizo en razon de él. El primer

año que á él acudió, cuando se cantaban las horas (hácenlo allí los mismos canónigos) no solia el Cardenal cantar en voz alta como los demás de su coro el verso que les tocaba, quizá por haber ya rezado todo su oficio en particular. Mas despues reparando en ello, le pareció que por este defecto no habia llevado justificadamente las distribuciones de aquel año. Hizo estudiar muy bien este caso en Roma á hombres doctos; y aunque le respondieron que no tenia obligacion de restituirlas; con todo eso no se quietó, hasta que un dia en Cabildo les dijo á los canónigos, que él estaba presto para restituirles todas aquellas distribuciones, si no fuese que ellos voluntariamente se las quisiesen perdonar. Y añadió, que en este caso, él les aplicaba desde luego el mérito de las limosnas que de todas ellas habia hecho. Y no contento con esto, á algunos, que no lo resistieron demasiado, les dió efectivamente la parte de aquellas distribuciones que les pudo pertenecer. Con esto de allí adelante cantó siempre como todos los demás. Y los dias de fiesta (en que, como dijimos, predicaba) despues de haberse cansado en cantar sus horas, y á veces la misa con toda solemnidad, se subia al púlpito y predicaba su hora con mucho fervor. Tan puntual como esto era en las cosas de su conciencia.

Mas volviendo á nuestro intento, no solamente reformó por entonces y puso en órden las cosas de la Iglesia, mas para que esto fuese mas durable, procuró que los que se iban criando para ser ministros de ella, fuesen instruidos como convenia para tan alto ministerio. Acrecentó el número de los clérigos del Seminario; y puso toda diligencia en que tuviesen buenos maestros de

quien pudiesen aprender no solamente las letras, sino tambien las costumbres, y todo aquello que fuese necesario para servir al presente con toda puntualidad y curiosidad á los sacerdotes, y para ser ellos despues perfectos y ejemplares sacerdotes. Si veia entre ellos algunos de buenas costumbres y habilidades y á propósito para pasar á ciencias mayores; hacia cuanto podia para que no perdiesen el tiempo y la ocasion de adelantarse. Porque deseaba mucho que todos los clérigos supiesen; y tenia gran sentimiento de los que se contentan con un poco de gramática, y con ella sola se quieren tomar con las cargas y obligaciones que tiene el ministerio sacerdotal: el cual no solamente por defecto de virtud, sino tambien de saber, vemos no pocas veces mal cumplido y ejercitado de los del clero, y poco estimado y respetado de los del pueblo. Cuando algunos de aquellos mozos hábiles eran pobres, y no tenian posibilidad para proseguir sus estudios, el Cardenal les ayudaba con lo necesario, y les hacia ir á Nápoles á estudiar, donde los sustentaba con toda liberalidad. Verdad es que para que no le engañasen fingiendo pobreza, y defraudando á los verdaderos pobres, hacia sus diligencias é informaciones de los que así habia de sustentar en los estudios, pidiendo á veces juramento á los que los conocian, para del todo enterarse de la verdad.

En el hacer órdenes se iba con mucho tiento y consideracion; no admitiendo á nadie sino despues de mucho exámen, y hallándole muy suficiente, y siendo muy conocida la necesidad ó utilidad grande de la Iglesia. Y en esto y en todo lo demás se regia muy

puntualmente por las reglas del santo Concilio Tridentino. Cuando vacaban algunos curatos, se hacian sus concursos y oposiciones solemnes, y siempre se daban á los mas dignos, sin mirar á favores ni intercesiones, ni á otros respetos, mas que á la mayor ciencia, virtud y madureza de costumbres. Los demás beneficios que no tienen anexo cargo de almas, siempre los daba á naturales de la misma tierra, y no á sus criados; pareciéndole que esta habia sido la intencion y voluntad de los antepasados, que los habian fundado para sustento de sus ciudadanos, y no para acrecentamiento de los extraños.

Las provisiones del Cabildo siempre procuró hacerlas en ciudadanos de prendas y de calidad. Si algunos beneficios eran de condicion, que segun los sagrados Cánones se les pudiese echar alguna carga y poner alguna pension, hacíalo, aplicándola para sustento de clérigos pobres, de quien se podian tener buenas esperanzas para en adelante. Y esto mismo guardaba, aun despues de haber renunciado el arzobispado, en los meses en que le quedó el derecho de las provisiones de los beneficios. Mas porque entonces no podia él tan fácilmente conocer las personas mas beneméritas y necesitadas, procuraba informarse con mucho cuidado. Y para esto escribia á algunos religiosos de confianza, que le enviasen un memorial de tres ó cuatro mancebos pobres y honrados, de buen ingenio y de virtud: y asimismo se informaba de algunos vecinos de Capua que vivian en Roma, ó que acudian á la corte. Y conforme á esto hacia las provisiones y daba las pensiones; aplicando á uno treinta escudos, á otro cuarenta, á otro

cincuenta, mas ó menos, segun el mérito ó la necesidad de cada uno: que esta sola era la regla, y no otro respeto humano. Y á todos daba con entrañas de verdadero padre, y con un rostro lleno de alegría y apacibilidad; solamente le quedaba siempre un entrañable dolor y sentimiento de no tener mas que dar, y de no poder remediar todas las necesidades que á él acudian, ó las que él mismo se sabia que les aquejaban.

Con esta benignidad, y con esta rectitud tan grande en repartir y distribuir los bienes de la Iglesia, ganó maravillosamente las voluntades de los eclesiásticos, y los animó y alentó á seguir la virtud y perfeccion, que tan premiada y favorecida veian: y juntamente les pudo con mas fuerza obligar en las ocasiones á que hiciesen su deber: que no es creible cuánta autoridad dan estas dos virtudes á los superiores para con sus súbditos.

CAPITULO IV.

De cómo reparó algunos edificios y reformó algunos monasterios.

Por atender á la reformacion de las costumbres de los eclesiásticos y demás súbditos, no se descuidó el cardenal Belarmino del reparo material de lás iglesias, y de las casas arzobispales, y de otras partes, á que la razon ó su piedad le convidaba.

Cuando llegó á Capua halló el Palacio Arzobispal muy mal parado, y casi inhabitable. Sintiólo, no tanto por su incomodidad, cuanto por no tener donde viviesen

sus familiares con la comodidad y recogimiento que fuera razon, y donde se hospedasen los religiosos y peregrinos que por allí pasasen. Pero todo lo remedió muy bien y muy presto, aunque no con poco gasto. Hizo bastantes aposentos y habitacion cómoda para todo. Fabricó tambien un pasadizo y escalera secreta para que á todas horas se pudiese pasar de su palacio á la iglesia. Halló que una capilla del mismo palacio, que habia sido dedicada al Apóstol San Pablo, con el tiempo y con el descuido habia venido á parar en despensa. Sintió extrañamente esta profanidad: y para remedio de ella, luego al punto la hizo purificar y adornar y acomodar muy bien: y sobre la puerta hizo poner un buen cuadro de la Conversion de San Pablo. Y en esta capilla solia despues decir de ordinario su misa.

En la Iglesia Catedral acabó con suntuosidad una capilla de Santa Agueda que su predecesor habia dejado comenzada, y la adornó de mármoles de diversos colores, muy hermosos; é hizo en ella un magnífico sepulcro, y trasladó á él los huesos del Arzobispo: mostrando en esto igual devocion con la Santa, y piedad con el difunto. Obra es tambien de nuestro Cardenal el púlpito que hoy se ve en aquella iglesia, obra muy prima, de mármoles de diferentes colores, labrada á lo mosaico. El coro que estaba á lo viejo, y al modo de los monasterios, le hizo mudar á su costa, y acomodar á lo nuevo, y como se usa en las Iglesias Catedrales de Italia. Finalmente todo lo que fué necesario así en el palacio como en la iglesia lo hizo reparar y acomodar, ó edificar de nuevo; sin reparar jamás en los gastos de sus cortas rentas. Y fuera de esto hizo muchos fronta-

les y casullas muy vistosas, y otras muchas cosas para el culto divino, y las dió á la sacristía.

Pero de mucha mayor importancia fué otro reparo que hizo no solamente en lo material sino tambien en lo moral y espiritual de una muy principal parte de aquella ciudad. Hay en Capua un monasterio de monjas que se llama de San Juan: el cual, por algunos graves desórdenes que en él habian sucedido en años pasados, tenia órden muy apretada de Roma de la Sacra Congregacion de los Cardenales, de que no pudiese recibir mas monjas de nuevo, para que así se viniese á acabar y olvidar la memoria de lo pasado. Las monjas antiguas que habian quedado eran ya tan pocas que no pasaban de seis. Las cuales deseosas de nueva y ejemplar vida, y lastimadas de ver la pérdida de su monasterio, habian buscado por diversos caminos si acaso tuviese aquel negocio algun remedio, pero ninguno les habia sucedido. Mas luego que el cardenal Belarmino llegó á Capua, les pareció que Dios las venia á ver, y que por su medio podian tener esperanza de lo que tanto deseaban.

Enviáronle á suplicar que se sirviese de honrarlas y favorecerlas con ir un dia á decir misa á su iglesia. Hízolo de buena gana. Y acabada que fué, le pidieron que les diese una breve audiencia. Hízolo tambien. Y ellas, despues de haberle dado brevemente cuenta de sus trabajos, con mucho sentimiento y lágrimas le suplicaron, que se compadeciese de ellas é intercediese con los señores Cardenales de la Congregacion; porque ellas estaban muy prontas á recibir cualquiera reformacion que les pusiesen, y á obedecer á cualquiera abadesa que les mandasen. Llegaron en esto algunos hom-

bres honrados, que ya estaban prevenidos, y pidieron lo mismo al Cardenal de parte de la ciudad: alegando que era gran mengua suya que se pensase y dijese en Roma que el monasterio de San Juan de Capua estaba tal, que no era capaz de correccion ni reformacion. Además que esto era en mucho daño de la misma ciudad, en la cual habia muchas doncellas virtuosas y honradas que deseaban servir á nuestro Señor en estado de religion; y no lo podian hacer, porque todos los demás monasterios estaban llenos y no podian recibir á ninguna, y en aquel, que era el mas rico, pues tenia mas de tres mil ducados de renta, y habia tan pocas monjas, estaba cerrada la puerta.

Esta instancia de la ciudad, y la buena disposicion de las religiosas, y el saber que habia ya mucho tiempo que vivian con todo recogimiento y edificacion, y el ver que para lo de adelante seria obra de mucho servicio de nuestro Señor, inclinaron al Cardenal á que se quisiese encargar de este negocio. Y tomólo tan de veras, que no contento de escribir apretadamente una y muchas veces á los Cardenales de la Sacra Congregacion, envió á Roma á su mismo mayordomo con órden que los hablase é informase á todos muy de propósito, é hiciese todas las diligencias necesarias para el buen despacho de este negocio, sin perdonar á trabajo, ni gasto. Así se hizo: y todo fué bien menester, porque los señores Cardenales estaban muy impresionados de lo pasado, y muy adversos á aquel monasterio. Pero todo lo venció la instancia y autoridad de Belarmino.

Al fin se sacó la licencia que se pretendia de que pudiesen recibir monjas de nuevo, pero con condicion,

que primero se reparase la fábrica del monasterio para que pudiese haber la debida clausura, y que se introdujese la reformacion y estableciesen las leyes necesarias para la observancia regular, y decencia religiosa que convenia. Ambas cosas hizo el Cardenal con mucho cuidado: porque al punto compró todas las casas vecinas y que hacian isla con el monasterio y las continuó con él, cercándolo todo con convenientes paredes. Hizo dentro dormitorio comun, y las demás oficinas al modo de los monasterios mas observantes y reformados. Puso en los locutorios bastantes rejas y todo lo demás necesario para quitar indecencias é inconvenientes. Al fin todo lo material del monasterio quedó como era razon y como se podia desear.

Mas no puso menor cuidado en la reformacion de lo espiritual. Procuró traer de otras partes algunas religiosas muy ejemplares; y en efecto trujo dos de Sorrento, personas de buena edad y de muy religiosas costumbres, y de conocida prudencia. Las cuales habiendo sido bastantemente instruidas del Cardenal y recibido de su mano las reglas que se habian de guardar para el intento que se pretendia, comenzaron á introducir la nueva reformacion en el monasterio con mucho gusto de todas las religiosas: que parecia que con nuevo milagro se levantaban, y como resucitaban á la nueva vida del espíritu y observancia (que por gran milagro suelen contar este los Santos).

Tras esto comenzaron á recibir novicias, y criarlas con el modo que convenia á las que venian á ser esposas de Jesucristo. Con lo cual ellas se aprovechaban, y las antiguas se afervorizaban en tanto grado, que tenian

todas necesidad de freno para moderar las penitencias y asperezas que hacian con peligro de perder la salud. Aunque Dios se la daba muy cumplida, y una admirable alegría y júbilo de corazon; premio ordinario de los que le sirven con fervor. En conclusion, el convento vino en pocos dias á ser de los mas observantes de aquella tierra, con grande admiracion y edificacion de todos: con lo cual no solo restauró las quiebras pasadas, sino que cobró de nuevo muy buen nombre y muy loable opinion en la ciudad y en todo el reino. Dando todos muchas gracias despues de Dios al celo é industria de nuestro santo Cardenal.

Concluida tan felizmente la reformacion de este monasterio, quiso luego emprender otra, de que otro necesitaba, aunque en diferente materia. Hay en Capua otro monasterio de monjas franciscanas que se llama del Jesus, y profesa la regla de Santa Clara: el cual porque en lo demás procedia muy bien y tenia muy buena opinion, quisiera el buen Cardenal que tuviera tambien aquel lustre y resplandor y aquella insigne perfeccion de la santa pobreza que tanto campeó en sus santos instituidores, de que todas las religiosas vivieran del comun y ningunas tuviesen peculios ni rentas en particular ni ninguna otra cosa como propia. Bien echaba de ver la dificultad que este negocio tenia, especialmente por ser muy poca la renta que en comun tenia el monasterio. Mas no por eso se acobardó: antes se puso muy de propósito á pensar el modo como esto se podria remediar; porque bien entendia que el mejor camino para hacerles dejar sus particularidades, era procurar que el comun fuese abundante ó por lo menos

suficiente para socorrer á sus menesteres. Para esto pues se le ofrecieron algunos medios, los cuales en un memorial representó á la ciudad, porque sin su beneplácito y ayuda no podia bien poner en ejecucion sus intentos y trazas.

El primer medio era, que se pudiesen recibir algunas monjas mas de las que solian: las cuales fuera del ajuar y bienes muebles hubiesen de traer de dote por lo menos cuatrocientos ducados; que era lo que últimamente habia tasado la Sacra Congregacion. El segundo, que por cuanto no se podian admitir mas monjas, si no se agrandaba el dormitorio, por ser muy estrecho, era necesario que se edificase algo de nuevo, con que quedaria todo mas acomodado. El tercero, que los mayordomos ó proveedores cuidasen mucho de cobrar las rentas del monasterio, y de hacer con tiempo la provision de él, cuando las cosas valen mas baratas y se pueden comprar con mas comodidad: poniendo en esto la diligencia que pusieran en cosas propias. El cuarto, que los padres y parientes de las monjas que tenian rentas en particular, tuviesen por bien que todas se incorporasen en la hacienda comun del monasterio; pues no era razon que la reformacion se quedase á medio hacer, viviendo las unas del comun, y teniendo las otras sus particularidades con daño de sus propias conciencias. El quinto y último, que las monjas que tuviesen salud hiciesen labor, ó alguna otra obra de manos, como manda la regla y el Apóstol San Pablo: y que toda la ganancia fuese á manos de la abadesa ó de los mayordomos para sustento de la comunidad: y que la ciudad tuviese cuidado de ayudarlas, enviando á aquel monas-

cerio la labor y cosas semejantes que hubiesen de dar á hacer en otras partes. De todo lo cual vendria á ser, que con la renta comun del monasterio, que todavia pasaba de mil ducados, y con las particulares de las religiosas unidas á ella, y con lo que se ganaria de la labor, y con las dotes de las que habian de recibir, y finalmente con las limosnas, que viviendo ellas con la perfeccion que pide su regla, sin duda Dios les enviaria, se podria juntar lo bastante para el sustento necesario de la comunidad: y sobre esto se podria asentar con firmeza la reformacion tan importante que se deseaba.

Todos estos capitulos envió el Cardenal á los diputados de la ciudad, para efectuar este negocio. Y porque no pareciese que solamente les daba consejos y no les ayudaba con dineros, añadió al fin estas palabras: Yo de mi parte ofrezco desde luego cien ducados para ayuda á acomodar el dormitorio: y cada mes daré otros seis ducados para ayuda del sustento de las religiosas, fuera de lo demas que iré aplicando, si viere que tiene efecto la reformacion. No puedo por ahora ofrecer mas, porque me veo oprimido de una gran multitud de pobres así de la tierra como forasteros, que todos los dias sin intermision estan pidiendo socorro: fuera de los gastos de la Iglesia Catedral, que todos cargan sobre el Arzobispo. Dios nuestro Señor inspire á Vuestras Señorías un verdadero deseo de cumplir su santa voluntad, y les dé su larga bendicion

Estas palabras y santo celo del Cardenal, movieron tanto los ánimos de los ciudadanos, que luego trataron con eficacia de disponer las cosas de manera que tuviese efecto la reformacion. Y así se hizo, admitiendola

las religiosas con la prontitud de ánimo que de su mucha religion se esperaba. Con lo cual comenzó aquel convento á florecer de suerte en la pobreza regular y en todas las demás virtudes religiosas, que parecia un retrato de la primitiva Iglesia, y un aliento del espíritu seráfico de sus santos fundadores.

CAPITULO V.

De cómo visitó su arzobispado,

Dos son las principales obligaciones de un Prelado, y dos las industrias mayores de que debe valerse para el buen gobierno de sus súbditos. La primera que resida y asista en su Iglesia y jurisdiccion; la segunda que visite su diócesi y vea por sus ojos las necesidades particulares de todos los que Dios en ella le encomendó. Debe imitar el buen Prelado á ese sol material, tan benigno y saludable: el cual, para serlo, si bien se está fijo en su cuarto cielo sin salir jamás punto de él, mas nunca se está quedo, sino que siempre está dando una y otra vuelta á toda el universo con un perpetuo movimiento. O imite (y será mejor) al verdadero Sol de justicia, de quien en el Salmo 18 (que comienza: *Cœli enarrant gloriam Dei*) con palabras mas misteriosas se cantan y celebran estas dos propiedades: y de quien refiere el Apóstol en el capítulo sexto de la segunda á los de Corintio, lo que él mismo dijo de sí en el veinteiseis del Levítico: *Inhabitabo in illis, et inambulabo inter eos.* Viva, pues, con los suyos el buen Prelado y resida en su Iglesia, para que todos le puedan hallar;

pero no se esté allí ocioso, sino salga tambien y visite su partido, y busque él mismo y sepa hallar y remediar á los que están tan necesitados, que aun no saben ó no quieren buscar remedio á sus necesidades.

Así lo hizo con admirable exaccion el cardenal Belarmino. Desde el dia que llegó á su arzobispado apenas salió por dos dias de su distrito: aunque se le ofrecieron hartas ocasiones de ausentarse, y aunque se lo pidieron hartas personas graves con increible instancia y porfía. Con sus ovejas se estaba (porque las amaba mucho en el Señor y era de ellas muy amado), con ellas se entretenia, acariciándolas y dándolas los pastos de vida; con ellas se consolaba, acudiéndolas al consuelo de sus tristezas y al remedio de sus necesidades; con ellas se recreaba, gozándose de sus prosperidades, y de los colmados frutos espirituales que producian; en ellas, finalmente, tenia puesto su tesoro, y en ellas su corazon, y aun por tener su corazon en ellas, las tenia por su tesoro.

Todo el tiempo que estaba en la ciudad de Capua era como estar en una continua visita de toda la diócesis: porque desde allí se informaba con extraordinario cuidado de todo lo que pasaba en todas partes, y sabia las necesidades que se ofrecian en la aldehuela mas retirada. Mas con todo eso, porque nos mueve mas lo que vemos de cerca que lo que de léjos oimos, y porque los ojos del propio dueño aprovechan mas á la hacienda que las manos de los extraños, y en efecto por cumplir con su obligacion pastoral, quiso él mismo por su persona visitar con toda exaccion y diligencia todo el arzobispado, y ver por sus ojos y conocer en cuanto le fuese

posible todas las ovejas que Dios le habia encomendado. Y tomólo esto tan de veras, como negocio tan importante, que en menos de tres años que fué Arzobispo visitó enteramente tres veces por su persona toda su diócesis sin dejar pueblo mayor ni menor: y la una de ellas formalmente llevando todos sus oficiales y ministros necesarios para determinar y establecer lo que fuese menester; y todas tres haciendo con grandísima exaccion todos los oficios pastorales, y proveyendo y remediando todo lo que se ofrecia y necesitaba de remedio. Y fuera de esto enviaba muy de ordinario sus visitadores para ver si habia descuido ó remision en ejecutar lo que habia dejado ordenado y establecido, y para proveer si se ofrecian nuevas necesidades.

Para comenzar estas visitas, primeramente á imitacion de Jesucristo (que enviaba delante dos de sus discípulos á que dispusiesen los ánimos de los pueblos, adonde despues habia de ir) el Cardenal tambien enviaba quien hiciese este mismo oficio. Para esto tenia consigo dos Padres de la Compañía de Jesus, operarios muy fervorosos y religiosos muy ejemplares; á los cuales enviaba delante á los lugares donde habia de ir la visita, para que con sus sermones provechosos, pláticas espirituales, declaracion de la doctrina cristiana, administracion de los santos Sacramentos, y los demás ministerios que usa nuestra religion en las misiones, preparasen los ánimos de la gente á toda piedad, y los dispusiesen para recibir provechosamente la visita de su Pastor.

Tras esto se seguia él mismo, y comenzaba siempre visitando el Santísimo Sacramento, y los demás santuarios de la Iglesia. Y luego en pudiendo les predicaba ó

hacia alguna espiritual exhortacion ó desde el púlpito ó desde la peana del altar, segun la comodidad del lugar. Despues les administraba el Santísimo Sacramento del altar á los que tenian devocion, y el de la Confirmacion á los que tenian necesidad. Y á todas estas cosas acudian desalados los pueblos, y asistian con extraordinaria piedad y ternura; pareciéndoles que les habia venido un ángel del cielo para su consuelo y remedio, y estimando estas prendas de la eternidad como era razon y como quien ya conocia su valor. Que esta fuerza tenia ó la presencia del Pastor santo, ó la instruccion de los buenos misioneros, y predicadores que le habian precedido, ó lo que es mas cierto lo uno y lo otro.

Y porque se quede esto dicho de camino, no solamente enviaba los dos Padres á ejercitar los ministerios de la Compañía cuando él habia de salir á las visitas, sino que todo el tiempo que fué arzobispo se los tuvo consigo, y los ocupó siempre en continuas misiones por toda la diócesi, con increible provecho de los pueblos y remedio de innumerables almas. Como en efecto se experimenta en todas las partes del mundo donde quiera que se hacen estas misiones (que parece que Dios nuestro Señor ha echado una muy particular bendicion suya á este ministerio de la Compañía) con admiracion de algunos Prelados celosos que han usado y usan el enviarlas por sus diócesis; y con pasmo de los mismos pueblos adonde se envian; que en pocos dias, y por medio de dos solos hombres se ven no solamente renovados y reformados prodigiosamente en sus costumbres, sino totalmente otros: y finalmente con consuelo extraordinario de los que son enviados, que ven por sus ojos y

tocan con sus manos los colmadísimos provechos de las almas y los maravillosísimos efectos de la gracia de su vocacion. Yo de mí mismo puedo decir, que (mirándolo así conforme á lo que con ojos humanos podemos alcanzar) no trocara un solo mes de los que he andado en estas misiones (en estos años que las ha habido muy frecuentes en el obispado de Cuenca, y poco antes en el de Toledo) por algunos años de los que me he ocupado en otros ministerios de nuestra Religion; aunque todos por la mayor parte son no menos provechosos para las almas, que trabajosos para los que los ejercitan. Y si no fuera por no divertirme demasiado de nuestro propósito, pudiera contar muchas cosas muy singulares en razon de esto, de las que han pasado por mis mesmas manos (cuanto mas de las que he oido á otros de nuestros religiosos): las cuales sin duda podrian causar muy grande estima de estos santos y apostólicos empleos. Pero no es este su lugar.

Como tan enterado de esto el cardenal Belarmino, hizo siempre la estimacion que era justo de estas misiones; y dió de muy buena gana á los Padres Misioneros lo necesario para su sustento (aunque ellos con bien poco se contentaban; y nunca es menester mucho): mirando tambien en esto que no fuesen cargosos á los pueblos, y que pudiesen con toda libertad ejercitar sus apostólicos ministerios.

Por esta misma causa, cuando él iba á las visitas llevaba poco acompañamiento, y hacia que de su casa se llevase todo lo necesario para el gasto y sustento de toda su familia. Y tenia ordenado muy estrechamente á todos sus criados y compañeros que no recibiesen cosa

alguna grande ni pequeña de los curas, ni de otra ninguna persona, por ningun acontecimiento. No consentia que llevasen cosa alguna para el regalo ó comodidad de su persona; antes en las pobres posadas (que no pocas veces lo eran) por acomodar á los suyos, gustaba de quedarse él desacomodado. Y en esta materia era fuerza padecer mucho y muchas veces. Pero todo lo guisaba y sazonaba con su alegre rostro y modesta apacibilidad.

Esta mostraba muy particularmente con todos los de su obispado, y mas con los que le parecian mas necesitados; para darles aliento y confianza para que le diesen parte de sus trabajos y necesidades así espirituales como corporales. Y cuando así lo hacian, los oia muy de espacio y con admirable afabilidad, y los procuraba consolar y remediar con efecto, y con un afecto mas que de padre. Y muchas veces no aguardaba á que le descubriesen sus necesidades, sino que en sabiéndolas por cualquier modo, las procuraba luego poner el remedio, previniendo con su benignidad la vergüenza del necesitado que le habia de pedir que le remediase. Y en este género fué mucho lo que hizo en todas partes, y muchas y muy gruesas las limosnas que repartió; de suerte que su limosnero (que de ordinario lo era su mayordomo) se hallaba lo mas del dia ocupado en ejecutar lo que el Cardenal le ordenaba en esta materia, y en despachar los memoriales que le remitia, habiendo escrito en ellos de su mano lo que habia de dar á cada uno. Lo cual era tanto, que él mismo se maravillaba, y decia, que no sabia cómo bastaban las rentas del Arzobispado para tanto como se daba. Pero de estas

limosnas personales no quiero aquí particularizar ni decir mas (en otra ocasion quizá lo haremos): solo añadiré una palabra de lo que toca á las iglesias y á otras cosas del culto divino.

Halló en muchas partes grandísima falta de ornamentos y de otras cosas tocantes á los sacerdotes y á los altares: y lo que mas es, en no pocas apenas habia cálices en que se pudiese decir misa (tan mal parados estaban algunos pocos que habia, con el tiempo, y con el descuido que no es menos destruidor): y lo que excede toda indecencia, en algunas tenian el Santísimo Sacramento en unas cajuelas de palo, por falta de custodias. Llegáronle al alma todas estas cosas al santo Prelado, por ver que el Señor de todo lo criado fuese servido de los suyos con tanta cortedad é indignidad. Y trató luego de remediarlo no solamente con su hacienda, mas si fuese necesario con su vida. Hizo fundir aquellos cálices antiguos y labrar otros nuevos muy hermosos y decentes, y asimismo hizo hacer las custodias de plata que eran necesarias; y finalmente mucho número de frontales y casullas, y de los demás ornamentos, y los repartió con grande piedad y liberalidad por todas las iglesias necesitadas. Con estas cosas no se puede fácilmente creer el afecto y veneracion con que le recibian los pueblos cuando los iba á visitar, y el amor y confianza con que le comunicaban, el tiempo que con ellos estaba; y el sentimiento y lágrimas con que se despedian de él, cuando de ellos se partia.

ÍNDICE.

Págs.

Dedicatoria. 9
Prólogo. 13

LIBRO PRIMERO.

Capítulo primero.—De su patria, padres y parientes. . . 21
Cap. II.—De su nacimiento, y niñez, y de las buenas inclinaciones que en ella mostraba, y virtudes que descubria. 32
Cap. III.—De su ingenio y habilidad, y de sus primeros estudios, y de las virtudes que estudiando ejercitó: . . . 40
Cap. IV.—De cómo se determinó á entrar en la Compañía de Jesús; y cómo la pretendió, y despues de bien probado fué en ella recibido 48
Cap. V.—De cómo pasó su noviciado, y estudió sus Artes. 56
Cap. VI.—De cómo fué enviado á leer Humanidad y Retórica á Florencia, y despues á Mandovi, y de lo que le sucedió en estos caminos, y cómo se hubo en la lectura. . . 62
Cap. VII.—De otras ocupaciones que tuvo mientras leyó y principalmente de la del predicar. 68
Cap. VIII.—De cómo oyó Teología en Padua y fué enviado á Lovaina á acabarla de estudiar, y á predicar en latin. . 75

Págs.

Cap. IX.—Con cuanto nombre y aplauso predicó, y juntamente leyó Teología en Lovaina, y de lo demás que allí aprendió y enseñó. 78
Cap. X.—De algunas muestras de la mucha virtud con que vivió el tiempo que estuvo en Lovaina.. 87
Cap. XI.—De los peligros en que se vió en Flandes, y de cómo volvió á Italia. 93

LIBRO SEGUNDO.

Capítulo primero.—De cómo leyó en Roma las Controversias de la fé, y de la grande estimacion en que en este tiempo era tenido. 103
Cap. II.—De cuán celebradas comenzaron luego á ser las Controversias de Belarmino, y de cómo por órden de los Superiores las hubo de imprimir. 109
Cap. III.—De lo que muchos hombres graves han alabado la doctrina del Padre Belarmino; y de lo que algunos maestros de los herejes han sentido de sus Controversias. 115
Cap. IV.—De los falsos testimonios que por causa de las Controversias le levantaron los herejes y de lo que por ellas y por otros libros suyos le calumniaron otros enemigos. 121
Cap. V.—De la observancia regular y virtudes religiosas con que en estos tiempos vivia. 129
Cap. VI.—Del provecho espiritual que hacia en los de casa con su trato y comunicacion. 139
Cap. VII.—Del viaje que hizo á Francia con el Cardenal Caetano, y de lo que allí hizo en servicio de la Iglesia, y de los muchos trabajos y peligros en que se vió. . . . 144
Cap. VIII.—De cómo volvió á Roma, y de lo que en ella trabajó en servicio de la Iglesia.. 151
Cap. IX.—De cómo le hicieron Rector del Colegio Romano, y de cómo se hubo en aquel oficio. 157

Págs.

Cap. X.— De cómo le hicieron Provincial de Nápoles, y de cómo gobernó aquella provincia.. 166
Cap. XI.— De cómo por muerte del cardenal Toledo fué llamado á Roma para ser teólogo de Su Santidad, y de las cosas en que sirvió á la Iglesia, hasta que fué hecho Cardenal. 171

LIBRO TERCERO.

Capítulo primero.— De cómo le obligó Su Sautidad á aceptar el cardenalato, y de cuán bien recibida fué su promocion.. 183
Cap. II.— De lo que sintió el verse Cardenal, y de cuanto deseó siempre verse libre de esta dignidad. 191
Cap. III.— De cómo despues de nuevas diligencias al fin se quietó y conformó con la voluntad de Dios en tener la dignidad de Cardenal. 196
Cap. IV.— Del amor y estima que siempre tuvo á la Compañía de Jesús, y cómo conservó en cuanto fué posible su instituto y modo de vivir, y de raros ejemplos de virtudes á este propósito.. 200
Cap. V.— De la moderacion y llaneza con que compuso y ordenó su casa y familla. 208
Cap. VI.— De la estrechura y rigor grande que guardó en su misma persona. 212
Cap. VII.— De la benignidad y amor con que trataba á los de su familia, y con cuánta virtud y recogimiento procuraba que viviesen.. 222
Cap. VIII.— De algunos consejos y avisos que dió al Papa Clemente VIII. 231
Cap. IX.— De lo que hizo y dijo al Papa Clemente acerca de las Controversias de Auxiliis.. 243
Cap. X.— De algunos buenos sentimientos y dictámenes que tenia acerca del buen gobierno del Sumo Pontificado. . . 250

LIBRO CUARTO.

Págs.

Capítulo primero.—De cómo fué hecho Arzobispo de Capua, y de cómo llegó á su Iglesia. 261
Cap. II.—De cómo comenzó á predicar, y á quitar algunos pecados públicos. 267
Cap. III.—De cómo reformó el clero, y puso en órden las cosas eclesiásticas. 273
Cap. IV.—De cómo reparó algunos edificios y reformó algunos monasterios. 281
Cap. V.—De cómo visitó su arzobispado. 289

2

VIDA

DEL

CARDENAL BELARMINO.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA.

VIDA DEL PIÍSIMO Y SAPIENTÍSIMO

P. ROBERTO BELARMINO,

Religioso de la Compañía de Jesus, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Arzobispo de Capua.

RECOGIDA DE LAS QUE DE ÉL ESCRIBIERON

en italiano el P. Jacobo Fuligatti y en latin el P. Silvestre Petrasanti: y de los procesos que por autoridad apostólica se han hecho en órden á su canonizacion; y de otros originales y autores.

COMPUESTA EN CASTELLANO POR EL

P. DIEGO RAMIREZ

de la misma Compañía, natural de Villanueva de los Infantes.

AL ILMO. Y RMO. SEÑOR

Don Juan Manuel,

ARZOBISPO DE LISBOA, ETC.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA.
DIRECCION Y ADMINISTRACION
calle de los Angeles, núm. 14.
1887.

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

Imprenta Barcelonesa, calle de las Tapias, n.º 4. — BARCELONA.

VIDA

DEL

CARDENAL ROBERTO BELARMINO,

religioso que fué de la Compañía de Jesús, y arzobispo de Capua.

LIBRO CUARTO.

DE TODO EL TIEMPO QUE ESTUVO EN CAPUA POR SU ARZOBISPO.

CAPITULO VI.

De los Sínodos que hizo: y de la caridad con que recibia y trataba á los Prelados y demás huéspedes.

Así como las visitas de los Prelados son muy importantes para saber las necesidades de las iglesias y las faltas de los particulares; así los Sínodos y Concilios son eficacísimos para ponerles el remedio. Y por esta causa son ambas cosas tan encomendadas de los sagrados Cánones, y han sido y son tan usadas de los Prelados celosos y vigilantes. Eralo el cardenal Belarmino, y así tambien se esmeró en esta parte con igual cuidado. Porque si tres veces visitó su diócesi, otras tres veces juntó Sídono diocesano, conviene á saber, cada año una vez. Aquí se trataba muy de veras del remedio de to-

das las necesidades, así comunes como particulares, de todo el Arzobispado; de quitar los abusos, de desterrar los pecados públicos, de obviar los escándalos, de introducir las buenas costumbres, de entablar la frecuencia de los Sacramentos, de asentar la enseñanza de la doctrina cristiana, y de otras cosas semejantes. Para todo lo cual el buen Prelado se mostraba prontísimo, y exhortaba á todos los que se habian juntado, con grande fervor; y hacia decretos, y ponia órdenes, y daba instrucciones muy importantes, muy prudentes y muy á propósito: con que todos salian muy enseñados, alentados, y deseosos de introducir una muy grande y muy universal reformacion.

Y porque conoció muy particular necesidad de la enseñanza de la doctrina cristiana (porque habia hallado que muchos cristianos apenas sabian quién era Cristo, é ignoraban casi del todo los misterios de la fe) por eso trató con muy especial cuidado de fomentar y alentar este santo ejercicio y ministerio. Para esto primeramente hizo una copiosa declaracion de los misterios del Credo, y la imprimió en lengua vulgar; para que los Curas de los pueblos pequeños (que comunmente no son predicadores) pudiesen los dias de fiesta leer un capítulo de aquellos en lugar de sermon ó plática, y declarar algun misterio con las palabras del Prelado, ya que él no podia estar presente en todas partes, ni ellos tenian bastantemente palabras propias. Fuera de esto á los que eran capaces y hábiles, les encomendó con grande encarecimiento que declarasen estos misterios santos, y explicasen la doctrina cristiana á los niños é ignorantes y á todos los que tuviesen necesidad; per-

suadiéndose que en esto harian un gran servicio á nuestro Señor y un gran beneficio á la república cristiana.

Y últimamente para dar mas calor á este santo ministerio, el mismo Cardenal, con raro ejemplo de piedad y de humildad, se determinó de enseñar por su persona la doctrina cristiana: y así lo hizo, bajando los domingos y fiestas por la tarde á la Iglesia Catedral, y gastando en este piadoso ejercicio buenos ratos con los pequeños é ignorantes, y repartiéndoles por su mano los premios á los que lo hacian mejor; con grande aprovechamiento suyo, é increible admiracion y edificacion de todos.

Movióle grandemente á que procurase mucho alentar este santo ejercicio de enseñar la doctrina cristiana, un caso que le sucedió un jueves santo. Habiendo lavado los piés á doce pobres (como aquel dia suelen los piadosos Prelados) comenzó á preguntarles algunas cosas de los misterios de nuestra santa fe. Y halló que el primero (que representaba á S. Pedro, y era tan viejo que tenia casi cien años cumplidos) no sabia el Credo. Dióle esto extraordinaria pena, y coligió de aquí la necesidad que de esta enseñanza habia en personas semejantes: y así se determinó de atender por sí y por otros con toda diligencia á este ministerio: y lo ordenó y encomendó con mucho encarecimiento en las Constituciones sinodales, como hemos dicho.

No contento con estos Sínodos diocesanos, para que la reformacion fuese mas universal, y lo que se estableciese tuviese mas fuerza y autoridad, quiso tambien juntar Concilio provincial: y así lo hizo intimar á los Obispos sufragáneos y á las demás personas á quien por

derecho ó por costumbre les pertenecia. Juntóse en efecto en aquella metrópoli con gusto de todos, y se tuvo con mucha paz y conformidad, y se acabó con provecho de toda la provincia. Resplandeció en él grandemente el celo y la prudencia del Cardenal, y no menos su caridad y modestia. Hiciéronse decretos muy importantes, y diéronse advertencias de grande consideracion. Mas por cuanto el último Concilio provincial que allí se habia tenido diez y ocho años habia, si bien en Roma se habia revisto y aprobado, no se habia con todo eso publicado en la provincia, ni puéstose en ejecucion, les pareció ahora muy conveniente no multiplicar nuevas órdenes, sino hacer publicar y guardar las pasadas, añadiéndoles solamente algunas pocas que para el tiempo presente se juzgaron por muy importantes. Y así se hizo. Y ojalá se hiciera otro tanto en algunas repúblicas, adonde sobran las leyes, y solo falta la ejecucion.

Entre otras cosas graves que en este Concilio se trataron, se examinaron algunos desórdenes que habia habido en dos obispados de los sufragáneos, con menoscabo de las rentas eclesiásticas, ruina de las iglesias, y mal uso de los santos Sacramentos. Y convinieron todos en que habia bastantes causas para que el Cardenal, como metropolitano, pudiese entrar á visitarlos, conforme á lo que determina el Santo Concilio de Trento, para poder informar enteramente á la Sede Apostólica; á la cual toca en estos casos proveer de conveniente remedio. Y aunque por razon del puesto y dignidad en que estaba no rehusó el Cardenal aceptar este cargo; con todo eso mirando mas por el bien de

las almas que por su reputacion, y no reparando en los puntillos de preeminencias, en que tanto el mundo repara, y que tanto daño hacen en la Iglesia; escribió al Ilmo. Cardenal de Florencia (que entonces era cabeza de la Sacra Congregacion, y despues lo fué de toda la Iglesia con nombre de Leon XI) que seria mas conveniente que aquella visita se encomendase á otro que tuviese mas experiencia, y menos ocupacion (que estas son sus palabras) como seria el Obispo de Calvi, ó el de Sessa, ó el de Caserta. Y añadió, que esto no lo decia por cumplimiento ó por ceremonia, sino porque realmente lo juzgaba por de mayor servicio de Dios, y bien de la Iglesia; y que á él se le haria un favor singularísimo en eximirle de aquel cuidado, y que por él quedaria muy obligado á Su Santidad y á Su Señoría Ilustrísima. Como lo pidió con tanta instancia, la Sacra Congregacion aprobó su parecer, y no menos lo hizo Su Santidad, edificándose todos extrañamente de verle tan desinteresado y tan modesto: y así se dió el cargo de la visita á los Obispos de Calvi y de Sessa, personas ambos de grande entereza y experiencia; y se hizo con grande provecho de aquellos pueblos, y restauracion de los bienes eclesiásticos, y decoro de las iglesias.

En esta ocasion del Concilio, si bien no pudo acariciar y agasajar á los huéspedes como quisiera, mas no dejó de hacer lo que pudo. La estrechura y poca comodidad de su palacio no le dió lugar á que hospedase en su casa, como deseaba, á todos los Obispos; pero siempre los tuvo á su mesa, y les acudió en sus posadas con cuanto la urbanidad muy cumplida y la caridad bien ordenada requeria. Lo mismo hacia siempre proporcio-

nalmente con todos los peregrinos y pasajeros que llegaban á Capua (y no hablo solamente de los pobres) especialmente si eran Prelados ó religiosos: aunque á estos siempre los hospedaba en su casa, teniendo ya encargado á criados ó á otras personas de confianza que á sus tiempos recorriesen los mesones y otras posadas, y si hallasen en ellas personas tales, se las llevasen luego á su palacio, para hospedarlas en él: siguiendo en esto el consejo del Apóstol, que encarga mucho á los Obispos la hospitalidad y la caridad con los peregrinos.

Para este oficio tan piadoso tenia ya aposentos dedicados en su palacio, y aderezados con la limpieza y aseo que convenia: y allí les hacia dar todo lo necesario, como la discreta caridad le dictaba. Allí los iba él mismo á visitar algunas veces, y los acariciaba con toda humanidad, y cuidaba que nada les faltase, y de ordinario se los llevaba á comer consigo, regalándolos con abundancia, aunque no con demasía; mas no por eso dejaba su antigua y religiosa costumbre de tener leccion espiritual de libros devotos mientras estaba comiendo. Finalmente no dejaba oficio ninguno de caridad y urbanidad, y aun de humildad y modestia, que no le usase con sus huéspedes.

Cuando tenia consigo algunos Padres de la Compañía (que lo hacia muchas veces, porque aun no teníamos allí entonces Colegio) no solamente los acariciaba y regalaba como á hermanos suyos muy queridos, sino tambien iba él mismo por las mañanas á despertarlos cuando era hora, y á darles luz por su misma mano, para que pudiesen levantarse con tiempo á tener su

oracion y hacer otros ejercicios espirituales, antes que entrase el tumulto de las ocupaciones del dia. Y en esto, fuera de querer ejercitar esta humildad tan admirable, miraba por una parte á que los Padres pudiesen dormir y reposar con quietud y sin cuidado hasta su hora, y por otra á no desacomodar á ninguno de sus criados. Que aquí llegaba tambien su caridad. Y esto mismo hacia algunas veces con otros huéspedes, cuando la condicion de las personas lo sufria.

CAPITULO VII.

Del ejemplar modo de vivir que entabló en su propia persona, y de cómo cumplia con los oficios de buen Prelado.

No pudiera el cardenal Belarmino atender con tanto provecho al bien de sus ovejas y á la reformacion de las costumbres ajenas, si primero no atendiera con mayor cuidado á sí mismo y á su propia reformacion y perfeccion. Sabía él muy bien este órden que el Apóstol señala á un Obispo discípulo suyo, *Attendi tibi, et doctrinæ*: y juntamente el fruto que de la guarda de él debia esperar: *Hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos, qui te audiunt.* Que en efecto la buena vida es la que da eficacia á la sana doctrina; y del cuidado de la propia salud y perfeccion resulta ordenada y provechosamente el deseo de la ajena. Por esta causa el cardenal Belarmino desde el mismo punto que por medio del Vicario de Cristo se vió hecho Arzobispo y con tan grande obligacion de cuidar de almas ajenas, como al fin de ovejas

propias; se determinó de atender con mucha mayor vigilancia á mejorarse y perfeccionarse á sí mismo, y mirar y remirar con cien ojos, no hubiese cosa alguna en sus costumbres que pudiese ofender á sus prójimos y ser de algun impedimento para la mayor gloria de Dios que en ellos deseaba amplificar. Desde luego se dió por mas obligado á estrecharse mas en el trato de su persona; á acrecentar el rigor de sus penitencias; á alargar los ratos de su oracion y ejercicios espirituales; á ensanchar los senos de su caridad para con los prójimos; á extender las manos para repartir liberalmente las limosnas; á avivar el celo para castigar con rectitud á los pecadores, y resistir con valor á los soberbios. Y por decirlo en una palabra, ahora juzgó que era tiempo de practicar en sí con mas entereza todo lo que dijimos que hacia en el cap. VI del Libro precedente acerca de su persona: y así lo hizo.

Mas no contento con esto, hizo un muy firme propósito de procurar, en cuanto le fuese posible con la gracia divina, ser en todo y por todo un Arzobispo cabal y perfecto, y cumplir con todos los oficios y obligaciones de un buen Prelado, en cuanto con la flaqueza humana se puede compadecer. En cumplimiento de lo cual, despues de haber pedido intensísimamente su favor y gracia á Dios nuestro Señor de quien todo bien procede; puso los ojos de su consideracion muy atentamente en la vida de Cristo nuestro bien, Príncipe y Maestro de todos los Pastores y Obispos, para sacar de aquel perfectísimo dechado las labores y gracias que en sí y en los suyos debia estampar.

Tras esto se puso á leer y considerar muy de espacio

las vidas y hechos de algunos santísimos Prelados antiguos y modernos, que han resplandecido en la Iglesia como retratos perfectos de aquel primero y perfectísimo original. Lo cual le dió grandísima luz, y le alentó notablemente para ser en su prelacía el que deseaba, y el que habia determinado. De esto dió él mismo testimonio (aunque mayor le dieron siempre sus obras) en una carta que escribió despues al Arzobispo de Ruan, que con mucha instancia le habia pedido que le diese alguna instruccion para ser perfecto Prelado. En la cual habiendo dicho al principio, que Dios nuestro Señor le habia dado á entender que dejase el arzobispado de Capua, por no acertar á conseguir la perfeccion y santidad necesarias, por mucho que la habia pretendido: y habiéndose excusado de que él no podia enseñar á nadie lo que él para sí jamás habia aprendido; al fin viene á decir estas palabras.

Ya que V. S. Ilustrísima me aprieta tanto á que le diga de qué manera procuraba yo hacerme buen Arzobispo en los tres años que lo fuí de Capua, dígole que el modo que yo tenía era este. Mirábame continuamente como en un clarísimo espejo en las vidas y hechos de los santos Obispos que ha habido en la Iglesia mas perfectos y ejemplares, procurando cuanto me era posible enmendar mis faltas y conformar mis acciones segun el dechado que tenia delante. Y así perpetuamente estaban sobre mi mesa las vidas de los santos Obispos y Arzobispos que trae Surio en todos sus tomos, que de todos las iba entresacando y leyendo con atencion: como son las de San Ambrosio, San Martin, San Agustin, San Germano Antisiodorense, San Anselmo Cantuariense,

San Antonio, arzobispo de Florencia, San Laurencio Justiniano patriarca de Venecia y de otros semejantes: y finalmente leia con mucho gusto y no menor provecho de mi alma, las vidas de dos predecesores de V. S. Ilustrísima, San Ansberto, y San Audemo, que ambos fueron excelentísimos y perfectísimos prelados y pastores, apacentando las almas de sus ovejas con la continua predicacion, y los cuerpos con larguísimas limosnas, y sustentándose á sí mismos con la ferviente oracion. Si V. S. Ilustrísima quisiere poner la mira en estos santos que nos van delante, y seguir las huellas que nos dejaron estampadas, sin duda vendrá á ser un Arzobispo muy santo. A lo menos yo no podré ni sabré darle otro mejor consejo. Jesucristo nuestro Señor, Príncipe de los Pastores, dé á la santa alma de V. S. Ilustrísima aquello que tanto y tan santamente desea; á quien yo pido, que ruegue á la divina Majestad por este su siervo inhábil, que muy apriesa se va llegando á la muerte.

De este ejercicio tan continuo de leer las vidas de los santos Obispos, y de mirarse y remirarse en aquellos excelentísimos dechados, vino á dibujar y retratar en sí el cardenal Belarmino con grande valentía y primor la excelencia y soberanía de todas las virtudes que en un perfectísimo Prelado se pueden desear. Y en particular sacó un ardentísimo deseo de emplearse siempre, sin cesar ó descansar un punto, en obras propias de su oficio pastoral, y en ministerios saludables para las almas; sin divertirse á otra cosa alguna, ni aun á tomar un rato de recreacion ó entretenimiento, juzgando que así como el cuidadoso hortelano no deja jamás de estar labrando y beneficiando su huerta para que por su ausen-

cia ó descuido no se malogren sus esperanzas; así el buen obispo no debe faltar un punto de la asistencia de su iglesia, ni de la cultura y labor de las almas, para que ellas den el fruto que Dios les demanda; y que este debe ser todo su entretenimiento y su mayor gusto y recreacion.

Iba de muy buena gana á las iglesias en que habia fiesta, cuando le convidaban, y decia la misa, dando la Comunion al pueblo; y en los dias muy solemnes la decia de pontifical con mucho gusto, y asistia asimismo á los otros oficios divinos. Ningun año dejaba de administrar el Sacramento de la Confirmacion en su Iglesia Catedral, y en otras partes le administraba muchas muchas veces, segun la necesidad que habia.

En todas las Témporas hacia Ordenes, porque por la devocion que en todas partes le tenian, acudian muchos religiosos y clérigos de varias diócesis con licencias y dimisorias de sus propios Prelados para ser ordenados por su mano. Para las Ordenes hacia con tiempo fijar sus edictos, y á su tiempo examinar en su presencia á los que se habian de ordenar. Y aunque en esta materia fué muy mirado y estrecho, no ordenando jamás á nadie, si no concurrian en él las calidades que piden los Sagrados Cánones; con todo eso siempre hacia las Ordenes con mucho gusto y consuelo suyo, no solamente el tiempo que estuvo en su Arzobispado, sino aun despues de haberle renunciado, particularmente cuando algunos de la Compañía se habian de ordenar para partirse á las Indias á predicar el santo Evangelio á aquella ciega gentilidad, y tambien cuando algunos otros tenian devocion de ordenarse por su mano, como lo hicieron

algunas personas graves y Cardenales que hoy lo son, y se precian de haber sido ordenados por mano de Prelado tan santo.

Finalmente todos los demás ministerios episcopales eran el ordinario y mas gustoso empleo del cardenal Belarmino: y á todo lo que toca al culto divino, por trabajoso que fuese, le hacian lisonja en llamarle ó convidarle. Y hacialo con notable majestad y autoridad, y con maravillosa puntualidad y observancia de los ritos y ceremonias eclesiásticas: y con tanta devocion y piedad, compostura y modestia, que causaba extraordinaria edificacion y ternura, y no menor reverencia y veneracion en los que se hallaban presentes: que muchas veces decian que les parecia veian hacer el oficio no á un hombre de la tierra, sino á un ángel ó á algun santo Prelado venido del cielo. Y no era maravilla: porque siempre para estas cosas se preparaba con mucha oracion y consideracion de lo que iba á hacer y de la Majestad á quien iba á ministrar; y se habia en ellas con un modo y compostura correspondiente á aquella consideracion y preparacion. Aunque á la verdad toda su vida tan concertada, tan recogida, tan bien ocupada, tan modesta, tan abstinente, tan penitente, y finalmente en todo tan santa y tan ejemplar, era una perpetua preparacion para el altar, y una perpetua víctima muy agradable á Dios nuestro Señor, y una perpetua fragancia y suavidad admirable á todos los hombres.

Por donde no es mucho que este olor de tan buen ejemplo no solamente se esparciese y llenase á la ciudad de Capua y á toda la diócesi, sino que tambien llegase á otras partes, y se sintiese en la misma Roma, y en el

sacro Palacio del Pontífice Clemente. El cual muy edificado de lo que oia decir de la santa conversacion y ejemplar vida del cardenal Belarmino, para mas confirmarle y animarle á pasar adelante, y para pedirle de camino el ayuda de sus oraciones, con espíritu apostólico le escribió la carta siguiente, toda de su propia mano.

Venerabilis frater, salutem, et Apostolicam benedictionem.

Habemos visto con mucho gusto á Angelucio, su vicario que fué: el cual nos ha consolado en gran manera con lo que nos ha contado de su persona, y del ejemplo que da en esa provincia con continuas fatigas en sermones, ayunos, oracion, y frecuencia en administrar los santos Sacramentos: de suerte que tenemos mucha razon de dar muchas gracias á nuestro Señor que así le asiste y fortalece con su gracia para llevar con tanto aliento el peso de la carga pastoral y para cumplir con su ministerio. Y así mas necesidad tenemos nosotros de acudir á él por el ayuda de sus oraciones, que el de ser confirmado y animado por nosotros en el bien obrar. Mas con todo eso acudamos todos á Dios nuestro Señor con humildad, aunque con confianza, persuadidos verdaderamente, que *cum hæc fecerimus, servi inutiles sumus.* Y con esto acabamos bendiciéndole con la bendicion Apostólica. Fecha en nuestro Palacio Apostólico á diez y ocho de abril de mil y seiscientos y tres.

CAPITULO VIII.

De las muchas limosnas que repartia.

Una de las cosas que hacen á los Obispos mas amables, y agradables á Dios y á los hombres, es la caridad y misericordia para con los pobres. En efecto, es esta una de las mayores obligaciones que les corren: que por eso se llaman Pastores, porque no solamente deben alimentar las almas de sus súbditos con la saludable doctrina, sino tambien los cuerpos con la larga limosna. Hacienda de Cristo es la renta del obispado; en los que mas vivamente representan á Cristo se debe expender: patrimonio es de los pobres; si á ellos se les defrauda, agravio es, injuria es. Así lo tenia entendido nuestro Cardenal; y era de opinion que el dar el Obispo á los pobres todas sus rentas, menos una congrua y honesta sustentacion suya y de los suyos, es justicia, no gracia, es paga, no liberalidad. Con este presupuesto bien se deja entender cuán limosnero seria un hombre tan justo y santo, y que tan exactamente deseaba cumplir con todas sus obligaciones.

Pero mucho mas adelante pasaba de la mas estrecha obligacion: pues no solamente el tiempo que fué Arzobispo en Capua, sino todo lo restante de su vida que fué Cardenal en Roma, se estrechó extraordinariamente á sí y á los suyos; y todo lo demás lo daba puntualísimamente de limosna. De esto vimos ya harto en el libro pasado, y veremos en el siguiente mucho mas, cuando

volvamos á tratar de lo que hacia siendo Cardenal: ahora veamos algo de lo que hizo en Capua siendo Arzobispo (aunque algunas cosas de estas las tuvo en ambas dignidades). Y presupongamos tambien que en ninguno de estos dos tiempos se estrecharon sus limosnas á sola Capua, ó á sola Roma, sino que se extendieron á muchas otras partes y personas.

Luego que llegó á su Arzobispado hizo una diligencia que fué muy loable en algunos santos Prelados antiguos: y fué poner en lista con mucho cuidado todas las familias y personas pobres y necesitadas, especialmente las que se habian visto en prosperidad y descanso; informándose para esto de los vecinos, hombres de confianza y de verdad. Hecho esto, daba vuelta todos los meses su limosnero (que se llamaba don Alejandro Jacobilli) acompañado de dos canónigos, personas de caridad y secreto. E iba dejando á este dos escudos, á esotro tres, al otro cuatro; mas ó menos segun las necesidades ó las calidades de las personas: é informándose de camino si habia otras necesidades nuevas ó mayores, para que todas fuesen socorridas con la animosa caridad del santo Cardenal. Y con esto tenian ya cierto su sustento y remedio los pobres que á nadie se atreven á manifestar sus menguas; que suele ser otra pobreza mayor.

Mas para los que públicamente se profesan por pobres, tenia ordenado que á cuantos llegasen á las puertas de su palacio se les diese suficiente limosna, para que nadie se fuese de ellas desconsolado. Aunque no queria que á estos tales se les diese mucha cantidad de dineros juntos de una vez, así porque sus cortas

rentas no daban lugar á tanto, como porque le parecia que de esta manera socorria paternalmente á su necesidad cotidiana, y les quitaba la ocasion de jugar ó malgastar la limosna, como lo suelen hacer los semejantes.

Fuera de esta limosna tan ordinaria y tan universal (que jamás la dejó ni interrumpió mientras le duró la vida) era muy ordinario siempre que volvia á su casa hallar enjambres de pobres á la puerta, y en el zaguan, y en las escaleras, y en gran parte del palacio, que todos le estaban esperando para que les diese algun remedio; y muchos le traian sus memoriales escritos dándole cuenta de sus trabajos y miserias: los cuales él recibia con admirable prontitud, veia con diligencia y despachaba con benignidad: y solamente sentia no poder socorrerlos mas largamente. Cuando entraba por sus puertas se alegraba notablemente de ver sus pobres, y los saludaba y hablaba con grande amor y ternura, y los iba mirando uno por uno con mucho agrado y cortesía, acariciándolos y honrándolos. Imitando en esto á aquel Señor de quien dejó escrito el Salmista que se habia de preciar, de amparar y defender y de honrar á los pobres. *Animas pauperum salvas faciet: ex usuris et iniquitate redimet animas eorum, et honorabile nomen eorum coram illo.*

Una vez viniendo de fuera halló á la puerta de su casa tanta multitud de pobres, que de ninguna manera le dejaban entrar. Llegó entre otros un criado con demasiado denuedo á hacer lugar, y con la priesa de apartar la gente dió un empellon á un pobrecito y le hizo caer en el suelo. Esto sintió entrañablemente el

piadoso Cardenal: y vuelto al criado le reprendió ásperamente, y le amonestó que no tratase á sus pobres de aquella manera; y que entendiese que el tocarles á ellos livianamente, era lastimarle á él muy gravemente en las niñas de sus ojos.

Fuera de estas limosnas de los pobres vergonzantes y de los mendigos, hacia otras muchas ordinarias y extraordinarias. No habia convento, ni monasterio, hospital, ni cofradía, lugar, ni obra pia alguna, á quien no tuviese ya señalada su limosna para cada mes, y á quien no se la diese muy puntualmente. Asimismo vestia cada año á muchas personas pobres de todo género, gastando en esto mucha cantidad de dinero: y tal vez les daba no solamente la ropa que tenia en su casa, sino tambien parte de su mismo vestido. Y no eran pocos á los que á la entrada del invierno acomodaba de frazadas y otra ropa de cama, con un afecto y solicitud mas que de madre. Cuando alguno estaba adeudado ó acaso preso por deudas, era como estarlo el mismo Prelado; porque luego las procuraba pagar ó componer á su costa, de manera que el miserable quedase libre, y él, no menos contento, que el acreedor pagado.

Algunas veces sus limosnas se extendian á toda la república. Hubo un año mucha falta de trigo; y la ciudad de Capua, ó porque no advirtió, ó porque no pudo mas, compró mil hanegas menos de las que solia comprar para el pósito comun, y consiguientemente para el remedio de los pobres. Entró el invierno y comenzóse á sentir mucho la falta. Y no fuera fácil el remediarla, á no estar de por medio la piedad del Cardenal.

Acudieron á él con confianza, suplicándole que del trigo de sus rentas les vendiese mil fanegas: y ofrecíanle muy excesivos precios. Mas el mayor fué el decirle y el saber él mismo, que era para la ciudad y para el remedio de los pobres: y así les concedió luego cuanto le pedian, no solamente no admitiendo el precio excesivo que le ofrecian, sino perdonándoles la tercera parte de todo lo que justamente valia.

Otra limosna particular diré que tuvo muy buen efecto para la misma alma del pobre. Cuando á los principios trató tan de veras de remediar los desórdenes del juego, entre los demás que encontró perdidos en esta materia y notablemente escandalosos, fué un sacerdote de la misma ciudad. Dióle mucha pena al buen Prelado; y queriéndole curar y remediar con la blandura y benignidad que se debe á aquel estado (que aunque se halle en sujeto no tal, él por sí es tan excelente y tan venerable) hízole llamar: y teniéndole aparte, le comenzó á preguntar con palabras muy blandas, que cómo un eclesiástico y sacerdote como él, se ponia públicamente á jugar con una gente como aquella, no reparando en el mal ejemplo que daba, y en la mala fama en que se ponia? Respondió el sacerdote, que él se veia en gravísima necesidad, y que no tenia caudal ni modo con que sustentarse sino era con el juego, y que por esta causa jugaba. Entonces el Cardenal le dió una buena cantidad de dinero, y le dijo que siempre que tuviese necesidad de otro tanto, ó de mas, viniese por ello con toda llaneza, que allí lo tendria mucho mas cierto que en el juego: y que no se corriese de pedirle en secreto y de recibir honestamente, lo que con tanto deshonor suyo,

y escándalo de los demás pretendia por allá acaudalar. Quedó el hombre pasmado de ver tanta caridad y benignidad; y juntamente se sintió extraordinariamente movido, y trocado en otro varon: y desde allí adelante vivió con notable recogimiento y asistencia en su iglesia, y muy ajeno de todo lo pasado, con grandísima edificacion de toda la ciudad, y no menor consuelo del santo Cardenal.

Otros hubo que no se aprovecharon tan bien de su blandura y benignidad; antes de ella tomaron ocasion para ser mas atrevidos y descomedidos: pidiéndole el remedio de sus necesidades, ó por mejor decir el cumplimiento de sus codicias: y esto no con humildad y ruegos de pobres y necesitados, sino con imperio y amenazas de soberbios y arrogantes: que la miseria ó malicia humana aun en lo mas sagrado se suele y quiere hacer lugar. Mas en estas ocasiones el buen Cardenal con una paciencia y mansedumbre semejante á la de Jesucristo se ponia muy de propósito y con palabras muy dulces á darles satisfaccion de que él no podia mas, y de que aquello que les daba era bastante para aquellas necesidades que le proponian. Y en efecto les hablaba y trataba como si ellos fueran los agraviados, ó fueran los dueños de todo.

Otros tambien hubo que por malos medios le quisieron sacar lo que él de muy buena gana les diera, si se lo pidieran. Tenia ordenado á su mayordomo, como dijimos arriba, que el dinero que le cabia de la asistencia y distribuciones del coro, se lo llevasen á su aposento, para repartirlo él por su misma mano á algunos pobres muy honrados que á él acudian sin atreverse á mani-

festar á otro ninguno sus necesidades. Lleváronle pues una vez una buena cantidad, y púsola allí sobre la mesa entre los libros, como quien no la queria para guardarla, sino para repartirla luego al punto. Acaeció á entrar cierta persona á comunicarle sus trabajos; y viendo allí aquellos dineros, cegóse con la codicia: y aguardando ocasion que no le viese nadie, tras los ojos les echó las manos, y sin ser sentido se fué con ellos; que esta fuerza tiene la ocasion y oportunidad presente; que aun á los que llegan ajenos de mal intento, los pervierte fácilmente, y les hace á veces feamente prevaricar. Cuando echó menos sus dineros el santo Prelado, recibió notable pena, recelándose no hubiese hecho el mal recado alguno de su familia; que por lo demás poca pena le daba. Mas fué Dios servido que presto saliese de esta congoja; porque de allí á tres dias fué un religioso á manifestarle el hurto, y suplicarle que tuviese por bien de perdonarlo; porque la persona que lo habia hecho tenia muy grave necesidad. Perdonólo muy de buena gana el Cardenal, diciendo, que solamente le pesaba mucho de que no se lo hubiese dicho; que él le hubiera dado todo el dinero, y si fuera necesario mucho mas, y que él se alegraba que lo que él tenia para remediar necesidades, al fin hubiese venido á manos de aquel necesitado. Avisó despues al mayordomo cómo ya se sabia de aquel dinero, para que no sospechase en nadie, ni hiciese mas diligencia por él.

No es desemejante lo que le sucedió con otro oficial que trabajaba en la obra de la capilla de Santa Águeda. Este, instigado de su necesidad (que á veces es la mas apretada tentacion) trataba de vender secretamente al-

gunas piedras labradas de la misma obra. Vino á noticia del Cardenal, y llamándole aparte le reprehendió de que con daño de su conciencia hubiese querido alcanzar, lo que con solo decirle á él una palabra, hubiera llevado con bendicion. Tras esto le dió diez escudos para remedio de aquella necesidad, y le amonestó que siempre que la tuviese, viniese con toda confianza á su casa por el remedio.

Mas no le parecia á la grande caridad de este piadoso padre que hacia nada en aguardar que los necesitados le viniesen á buscar á su casa, ó en buscarlos él en las suyas por medio de otros; y así se determinó de ir él mismo por su persona á las casas de los pobres y enfermos, para ayudarlos y socorrerlos en todo lo que hubiesen menester. Iba muchas veces á visitar el hospital, especialmente cuando habia en él algun pobre sacerdote enfermo; y dejaba de camino muy buenas limosnas. Y asimismo á los enfermos de las casas particulares, y de mejor gana á los mas humildes y pobres; preguntábales con grandísima afabilidad de sus enfermedades y accidentes; consolábalos, remediábalos en su pobreza, y encomendábalos para lo de adelante á sus mayordomos y limosneros; y finalmente echándoles su bendicion y casi siempre diciéndoles un Evangelio se despedia, dejándolos confortados, y remediados en sus necesidades, y á veces mejorados en sus enfermedades corporales, y no menos en las espirituales.

Lo cual como ya era tan notorio en toda la ciudad, eran muchísimos los que le llamaban en sus enfermedades, para ser participantes de semejantes beneficios espirituales y corporales; y á todos acudia con admira-

ble prontitud y afabilidad. Especialmente cuando entendia que el enfermo tenia alguna grave necesidad espiritual; porque de esto se lastimaba increiblemente, y procuraba remediarla con toda solicitud, temiendo no le pidiese Dios estrecha cuenta, si acaso por su descuido ó por falta de acudir con todos los medios posibles, algun alma de sus ovejas se perdia.

Y en efecto, en medio de estas obras de misericordia que miran al bien temporal de los prójimos, no menos cuidado ponia en las que tocan al bien espiritual. Y así muy de ordinario se ocupaba en hacer paces y amistades, en componer pleitos y disensiones, en aconsejar y encaminar á los errados, consolar y confortar á los afligidos; y finalmente en todo lo que tocaba al bien y provecho de todos, alegrándose de las prosperidades ajenas como si fueran suyas, y entristeciéndose de las adversidades comunes como si fueran propias.

CAPITULO IX.

De algunas cosas maravillosas con que Dios le ilustró por este tiempo.

No estuviera satisfecha la caridad de Belarmino, ni contento el amor que á sus ovejas tenia, si solamente repartiera con ellas de los bienes que él de su cosecha ó de su renta poseia, y no procurara con sus oraciones alcanzarles otros mas soberanos de la mano poderosa del dador de todos los bienes. Y en efecto fué ello así, que por sus méritos y ruegos hizo Dios á muchos gran-

des mercedes, y les quitó graves miserias, sobre todas las fuerzas de la naturaleza, y donde no prestaban los remedios humanos. De esta materia habemos de hablar siendo Dios servido casi al fin de toda esta historia. Ahora solamente de algunos endemoniados, á quien por medio del santo Cardenal nuestro Señor libró del poder de los demonios. Habia dos niñas endemoniadas ó lunáticas, á quien no se hallaba ningun remedio eficaz. Lleváronselas al buen Prelado para que las confirmase, confiando que por sus merecimientos y oraciones habian de quedar libres de tanto mal; y así fué, porque desde aquel dia quedaron sin rastro de lo pasado.

Pero mucho mas notable fué lo que le pasó con otra mujer endemoniada, llamada Baronesa Pratela, natural de San Tombaro, aldea de Capua. Lleváronsela al santo Cardenal; y en viéndola, conoció que los demonios que tenia eran muy rebeldes, y que era necesario pelear contra ellos con las armas que Cristo nuestro Señor para semejantes enemigos nos enseñó, que son la oracion y el ayuno. Y así mandó luego que la volviesen á su casa, y él se recogió por algunos dias á ayunar con mucho rigor, y á orar con mucha intencion por aquella necesidad. A poco tiempo comenzaron los enemigos, aunque tan distantes, á sentir la batería que el santo les daba; y con grandes voces y tristes gemidos decian una y muchas veces: ¿Qué quiere de nosotros el cardenal Belarmino? Gran pena nos da este Cardenal. De aquí nos quiere echar; fuerza nos hace para que nos partamos; y al fin nos habremos de partir. Esto repitieron varias veces con grande rabia y despecho; y finalmente pasados cinco ó seis dias, perseverando el

Cardenal y apretando mas sus ayunos y plegarias con otras devociones y penitencias, sin hacerles otros exorcismos, ni otras diligencias algunas, los malditos espíritus se fueron mal de su grado, y dejaron á la mujer buena y sana. De esto hubo muchos y muy fidedignos testigos que lo juraron en forma, y es voz pública en aquella tierra.

Muchas de estas maravillas obró Dios nuestro Señor por medio de este su siervo, así en esta materia, como en otras muchas; mas él, para escurecer su gloria y huir de su estimacion, usaba una traza que la ingeniosa humildad le habia dictado. Tenia en su poder una firma de nuestro Padre San Ignacio, que de una carta suya la habia quitado, y la traia por reliquia, y como por instrumento de maravillas. Porque como aquel santísimo patriarca fué tan humilde, y tan fervoroso amante de Jesus, que encubriendo su propio nombre, quiso que el de este Señor solamente se oyese en el título de su Religion llamándola La Compañía de Jesus; así este santísimo Señor como en retorno ha querido honrar tanto el nombre de Ignacio, que no solamente es venerado cuando se nombra entre todos los fieles del mundo, sino que aun escrito es temido de los demonios del infierno, y en cierta manera respetado de todo género de enfermedades. Por donde los que tuvieron suerte de tener alguna carta ó alguna otra escritura donde estuviese la firma y nombre de Ignacio escrito de su misma mano, no solamente han oido de cerca, sino tambien me atrevo á decir que han visto por sus ojos grandes maravillas obradas á la presencia de aquellas pocas sílabas, en la cura y remedio de todo género de en-

fermedades y necesidades, y mas particularmente en alumbrar á mujeres en sus recios partos, y en lanzar demonios de los cuerpos humanos.

De estas firmas pues tenia una el cardenal Belarmino como tan devoto hijo de S. Ignacio: la cual aplicaba de ordinario á los enfermos ó á los energúmenos, cuando su misma compasion ó la devocion de los circunstantes le instaban á que les procurase la salud y remedio. Y Dios nuestro Señor correspondia muchas veces maravillosamente ó á las oraciones de Belarmino, ó á los méritos de Ignacio, ó lo que es mas cierto, á ambas cosas; aunque siempre el humilde hijo queria que todo se atribuyese, despues de la bondad de Dios, á la intercesion de su santo Padre. De esto pues pudiéramos aquí contar muchas cosas muy notables: mas diré sola una bien particular, por ser en esta materia de que íbamos hablando.

Una mujer poco sufrida tenia una hija de hasta doce años; á la cual, por no sé qué disgusto, le echó una horrible maldicion y se la ofreció al demonio: el cual, permitiéndolo Dios (quizá en castigo de la madre, si ya no de madre é hija) se apoderó de ella de manera, que apareciéndosele visiblemente, la atormentaba y afligia con increible rigor, y la heria y azotaba como si verdaderamente fuera su esclava. Vino á noticia del buen Prelado, y pareciéndole que á él le perteneció en nombre de Dios nuestro Señor recobrar aquella su ovejuela y librarla de tan injusta tiranía del demonio; inspirado del mismo Señor, escribió una cédula de su mano en que mandaba al demonio, que no molestase mas á aquella pobre muchacha, por cuanto Dios le habia dado á él

cargo de ella como á Prelado suyo; y por cuanto la madre, con perjuicio y agravio manifiesto de su legítimo Señor y Patron verdadero, de quien él era vicario y lugarteniente, no habia podido disponer tan injustamente de su hija. Esta cédula escribió, y mandó que se la pusiesen al cuello á la paciente, juntamente con la firma que dijimos de nuestro Padre S. Ignacio: aunque esta, porque se la pedian para otro enfermo, mandó el Cardenal que se la trujesen de allí á poco, diciendo que para remedio de la muchacha bastaba que se quedase allí su cédula, y la intercesion del santo Padre. Cosa maravillosa. Desde aquel punto el perverso atormentador no se atrevió á llegar mas á la pobrecilla. Bien que por aquellos primeros dias no dejaba de aparecérsele visiblemente, pero desde léjos, ofreciéndole joyas y collares de oro, porque se quitase aquel papel que traia al cuello, el cual decia que no le dejaba llegarse cerca. Al fin viendo que no tenia entrada, la hubo de dejar del todo, mal de su grado, y nunca mas se le apareció, ni la molestó.

CAPITULO X.

Del modo que tenia en corregir los culpados, y en tratar los pleitos que se le ofrecian.

Queriendo el santo y real profeta David dar una música muy agradable á los oidos de Dios, compuso una letra, en que no solamente celebra su piedad y misericordia, sino tambien su justicia y rigor. Y así dice al

principio del salmo 100: *Misericordiam, et judicium cantabo tibi, Domine.* Porque en efecto de ambas cosas se precia Dios, y de ambas gusta: y ambas juntas las deben tener los príncipes y prelados, que son verdaderos simulacros de aquel Señor. Porque la misericordia sin la justicia seria remisa; y la justicia sin la misericordia, intolerable. Ambas se juntan bien, como las legiones Cerethi et Pheleti (que se interpretan los que matan y los que libran) en la guarda del rey David; y como los bueyes y leones en el templo de Salomon; y como el aceite y vino en la cura del piadoso Samaritano; y finalmente como la figura de paloma y de fuego en la aparicion del Espíritu santo. Bien así los Prelados tengan blandura y piedad para compadecerse de los menesterosos y socorrerlos en sus necesidades; y tambien severidad y entereza para reprimir los atrevidos, y castigar los culpados. Ambas virtudes tuvo en supremo grado nuestro cardenal Belarmino. No solamente fué limosnero y compasivo, como ya hemos visto; sino tambien severo y celador de la justicia y de su autoridad y dignidad, como ahora y despues veremos.

Mas por cuanto el mismo Dios, cuando mas enojado y riguroso, no se olvida de su piedad y misericordia; y porque la caridad, aun cuando mas severa, es muy compasiva, y como bien celebra San Bernardo, *pie solet sævire, patienter novit irasci, humiliter indignari*; por eso nuestro buen Prelado siempre se inclinó mas á la blandura y misericordia, y en los mismos castigos de las culpas no cerró la puerta á la piedad y clemencia: al fin como tan caritativo, y tan puntual imitador de su Dios.

Fué siempre muy severo fiscal, y riguroso pesquisidor de los vicios, especialmente de los públicos y escandalosos; y era muy diligente en inquirirlos, y muy constante en perseguirlos, hasta remediarlos efectivamente y extirparlos de raíz: aplicando todos los medios y remedios que la prudencia le dictaba. Y tenian ya entendido los malos, que con el cardenal Belarmino no habia otro remedio ni partido, ni otra alguna composicion ni salida, sino sola la enmienda de sus yerros ó desórdenes. Porque mientras el culpado no trataba de corregirse y mejorarse, no valian con él presentes ó dádivas (que nunca las recibia); ni intercesiones de personas graves, que en esto no las respetaba, ni otros medios algunos, que ningunos admitia.

Y para su valor y entereza no prestaban resistencias ni arrogancias de los mismos reos; antes estas eran las que le añadian aliento y fuerza: y embravecido con el celo de la gloria de Dios, á fuer de generoso leon no dejaba de bramar y de acosar á los soberbios y rebeldes que tenia delante, hasta que los veia humillados y reconocidos á lo que era razon. Ni hacia en esto diferencia del rico al pobre, del poderoso al desvalido, del emparentado al que no lo era (bien que á cada uno trataba con la urbanidad y cortesía que pedia su estado y calidad): mas en cuanto á corregir á los culpados y contrastar á los rebeldes, todos estaban ya persuadidos que no se ahorraba con nadie, ni tenia resabio ninguno de aceptacion de personas: y que aquel negociaba mejor y mas fácilmente, que mas presto se humillaba y mas muestras daba de querer enmendarse.

Cuando esto veia en cualquiera que fuese el culpado,

luego se acababan sus rigores, y se moderaban sus castigos, y á veces se remitian y perdonaban del todo. Pocos se vieron jamás en sus cárceles, y ningunos largo tiempo; los negocios y pleitos pocas veces diferidos y alargados, y ningunas suspendidos y casi eternizados. Ni era menester, para negociar bien y presto, intercesiones, ni dádivas; porque lo primero habia de nacer de la justificacion de las causas, y lo segundo nacia siempre de la diligencia y de la caridad y rectitud del juez.

Lo que podia remediar y enmendar con una secreta amonestacion, ó con una simple reprehension, no lo corregia de otra manera. (Aunque como todos le respetaban tanto, mas temian una reprehension, y aun una palabra suya con alguna seriedad y entereza, que graves penas y castigos de otros.) Lo que podia corregir como padre, no lo castigaba como juez. Y finalmente al que pudo enmendar por blandura y amor, no lo llevó por rigor y severidad. Y solia decir á este propósito, que el obispo está obligado á procurar el bien de los suyos con el ejemplo y con la doctrina, mas no con los castigos de horcas ni de galeras: los cuales solamente se deben dar en casos del todo forzosos, y cuando el hacer lo contrario fuese manifiesta injusticia.

Habíase venido á Capua un sacerdote de otro obispado, vagabundo y vestido de seglar, y con una ruin compañía, que le traia inquieto y del todo perdido. Asentó en la Iglesia Catedral, y hacia oficio de organista, que lo era muy diestro. Mas á pocos dias vino el pobre hombre á ser conocido, y á saberse los pasos en que andaba. Acusáronle al Arzobispo: y á donde pensó

hallar gravísimo castigo, halló clemencia y perdon, y todo su remedio de alma y cuerpo. Porque hablándole el santo Prelado y exhortándole á la detestacion de su vida tan rematada y escandalosa, el hombre se movió notablemente á arrepentimiento y pesar de lo pasado, y á un verdadero deseo y propósito de enmendar lo venidero. Y dió de ello muestras tan eficaces y prendas tan ciertas, que al Arzobispo le pareció no darle ningun castigo, antes le dió un vestido de sacerdote, y le acomodó en un oficio honrado en otra parte, donde apartado de la ruin compañía, y de otras malas ocasiones, sirvió á nuestro Señor, y procedió con buen ejemplo.

De este mismo espíritu de bien ordenada justicia y mansedumbre, creo que le nació el no poder sufrir, y en cuanto era en su mano, el no permitir que pasasen adelante las riñas y competencias que suele haber entre eclesiásticos y Prelados en materias de jurisdicciones y de precedencias. Y decia que por muy justificadas que parezcan estas cosas, apenas dejan de causar escándalo y ofension á los seglares, que ven que los superiores eclesiásticos, que les deben exhortar y persuadir á la paz y union, estén entre sí tan discordes y desavenidos, como si fueran enemigos y no hermanos. Y así él procuraba siempre poner fin y término á controversias semejantes, aunque fuese perdiendo de su derecho personal. Y tal vez escribió á cierto Ilustrísimo, que mirase que la justicia y la caridad eran hermanas, y que como tales, debian andar á una en los pleitos y controversias que se ofreciesen: por tanto que cada una de las partes debia ser contenta de pasar por lo que los prudentes jueces determinasen; sin quedar con amargura y ren-

cor, ni querer pasar adelante contendiendo y porfiando contra el hermano.

Muy bien cumplió con la obra, lo que aquí dijo de palabra, en un pleito que se le ofreció con el cardenal Gesualdo, Arzobispo de Nápoles, sobre la abadía de San Miguel de la isla de Prócida, que el Papa Clemente le habia dado despues de la muerte del Cardenal de Aragon. El cual todo el tiempo que la gozó, defendió con todas sus fuerzas no ser de ninguna diócesi, ni sujeta á ningun Obispo: y en razon de esto enviaba á ordenar los clérigos de la isla unas veces á Ischia y otras á Puzol, ó adonde y como le parecia; sin que el Cardenal Arzobispo de Nápoles, que pretendia pertenecerle aquella jurisdiccion, pudiese, por mucho que lo procuró, salir con nada, ni adelantar un punto su derecho: gastándose de la una parte y de la otra mucho dinero en este negocio, y mucha paciencia. Mas luego que el cardenal Belarmino entró en posesion de la dicha abadía, no quiso llevar adelante la pesadumbre, ni mantener aquel pleito con menoscabo de la caridad y quizá con perjuicio de la justicia. Antes se vió con el cardenal Gesualdo, y á instancia suya quedaron de acuerdo que se viese aquel punto en derecho desapasionadamente, y que con licencia de Su Santidad hiciesen un compromiso en el cardenal Burghesio (que despues fué Papa Paulo V) y así se hizo. Vió el Burghesio muy de propósito las razones y derechos de ambas las partes, y comunicándolo con otras personas doctas, y hechas las demás diligencias convenientes, juzgó que la isla fuese de la diócesi de Nápoles, y consiguientemente los clérigos de ella quedasen sujetos á su jurisdiccion. Aceptó

tan de buena gana y con tanta paz esta sentencia y remate de este pleito el cardenal Belarmino, que se fué luego en persona á Prócida, y llamando de Nápoles al cardenal Gesualdo, le dió pacíficamente y con mucho gusto la posesion, y se volvió á su casa tanto y mas contento que si él hubiera salido con el pleito.

Mas aunque cedia tan fácilmente y trataba de composicion cuando su derecho era personal ó estaba dudoso; mas cuando era manifiesto, ó cuando tocaba á su dignidad, en ninguna manera blandeaba, ni queria perder punto de lo que era razon. Por donde teniendo noticia que uno de sus canónigos habia sido citado del tribunal del mismo Cardenal y Arzobispo de Nápoles, de ninguna suerte permitió que compareciese allá. Y por atajar pesadumbres, escribió al mismo Cardenal que se le remitiese á él aquel negocio, pues era cosa manifiesta pertenecer á su jurisdiccion; y lo alcanzó fácilmente.

Por esta misma razon de conservar el derecho de la Iglesia y la autoridad de Cardenal, no quiso venir en dar gusto al mismo Virey de Nápoles. Éralo en aquella ocasion el excelentísimo Conde de Benavente; el cual y la señora Condesa su mujer, por la estima grande que tenian de la santidad del cardenal Belarmino, deseaban mucho verle y comunicarle. Y á esta causa le enviaron muchas veces á Capua á su mismo confesor, que era un religioso muy grave, á pedirle con grandísima instancia, que quisiese irse unos dias á descansar á Nápoles y hacerles aquel favor. Agradeció siempre mucho el buen Cardenal aquella aficion y estima; mas nunca se pudo acabar con él que quisiese aceptar la oferta ni

llegarse á Nápoles. Pretendia el Virey tratarse igualmente con los Cardenales en materia de honras y cortesías, dándoles la mano derecha en su casa solamente, y queriendo que en las suyas ellos se la diesen á él. En esto no quiso venir el cardenal Belarmino, porque no perdiese por él la dignidad y la Iglesia el derecho que tenian (aunque por lo que á su persona tocaba en nada reparara, y se echara á los piés de todos). Y así se lo escribió con toda modestia y cortesía á aquellos señores, y ellos lo tomaron bien; aunque les pesó de que no pudiese tener cumplimiento su deseo: y de allí adelante se comunicaron por cartas como antes, y conservaron la misma amistad, y se acudieron y ayudaron en cuanto se les ofreció con el mismo amor y aficion.

CAPITULO XI.

De cómo supo mantener la paz con los príncipes y jueces seglares.

No fué poca dicha ni pequeña industria del cardenal Belarmino, la que acabamos de apuntar, que pudiese y supiese conservarse en paz y amistad con los príncipes y jueces seglares. Porque no sé en qué se va, ni si es desdicha de nuestros miserables tiempos, ni si á veces alguna culpa de los mismos que intervienen ó presiden; lo cierto es que vemos mas veces, y en mas partes de las que quisiéramos y de las que fuera razon, disensiones y discordias, disgustos y encuentros lastimosos entre los superiores eclesiásticos y seglares en materia jurisdiccion, y por ocasion de conservar cada uno la

de libertad y exenciones que le parece se deben á su oficio y dignidad, sin que de este bajío se escapen pilotos muy diestros y que en todo lo demás han acertado á navegar con espantosa prosperidad. Mas pues en esto tambien fué dichosísimo y acertadísimo nuestro cardenal Belarmino; bien será que veamos el modo como se dispuso y se hubo para evitar este tropiezo y caminar tan sin ofension.

Y porque él hizo primero puntualísimamente lo que despues escribió á Angelo de Aciaria sobrino suyo, cuando le hicieron obispo de Theano, instruyéndole cómo se habia de haber en aquella dignidad; será bien poner aquí por sus mismas palabras una parte de aquella instruccion, tocante á este particular, que ahora tratamos; porque en ella parece que él mismo se dibujó y retrató muy al vivo á sí mismo. Dícese pues así en la séptima controversia, tratando del modo cómo se ha de haber con los príncipes seglares para bien conservar la libertad eclesiástica.

Esto de la jurisdiccion me parece que es el dia de hoy la piedra del escándalo y el tropiezo mayor; porque es muy dificultoso el defenderla sin ofender á los Príncipes, ó el dejar de defenderla, sin ofender á Dios, y á su Vicario. (Y ambas cosas se deben evitar.) Dos advertencias pues se me ofrecen para bien proceder en esta materia tan importante y tan ardua. La primera es, que no intentemos ni innovemos cosa alguna en este particular sin mucha consideracion y maduro consejo. Y sino tuviéremos á mano personas de experiencia y prudencia con quien consultarlo, lo deberíamos hacer por escrito, si el tiempo lo permitiese, con personas de cien-

cia y conciencia. La segunda advertencia es, que procuremos vivir de manera, que entiendan los Príncipes y sus Ministros, que no andamos buscando nosotros ocasiones de riñas y disensiones con ellos; mas que solamente nos movemos por el temor de Dios y celo de su honra, y por un deseo muy sincero de mantener la libertad eclesiástica: y que en lo demás deseamos mucho su amistad y buen agrado, y que la estimamos en grande manera. Y realmente la debemos procurar granjear y mantener muy de veras con las obras y cualesquier buenos oficios en todo lo que se ofreciere y en cuanto nos fuere posible. Porque muchas cosas permiten los Príncipes á los Obispos que tienen por amigos, por razon de la buena correspondencia y amistad, que no las concedieran á otros que tienen por contrarios ó poco aficionados.

Estas dos cosas escribió el Cardenal, y estas dos guardó él exactísimamente; y así pudo caminar con tanto acierto, y salir con tanta dicha de materia tan delicada y tan vidriosa. Fué santo en su modo de vivir, y fué prudente en su modo de proceder. Con ambas cosas ganó grandísima autoridad con los Reyes y con sus Ministros, y se hizo dueño de sus voluntades; cosa que le ayudó sumamente para el intento de conservar la paz y amistad.

Con la estima grande y veneracion en que le tenian el Rey don Felipe III, y la Reina doña Margarita (ejemplos ambos de Príncipes católicos y piadosos) luego que supieron que era Arzobispo de Capua, escribieron al Virey de Nápoles (que como dijimos, lo era entonces don Francisco de Castro) cartas muy apretadas y hono-

ríficas en recomendacion del cardenal Belarmino, ordenándole que le amparase y defendiese en todo lo que se le ofreciese para bien de su Iglesia y servicio de Dios nuestro Señor: encargándole mucho que fuese muy bien tratado y honrado de todos sus Ministros, por ser muy estimada y amada de Sus Majestades la persona del Cardenal Arzobispo. No fueron estas palabras de cumplimiento; antes entendió por ellas muy bien el Virey el gusto que daria á Sus Majestades en mirar mucho por las cosas del Cardenal. Y así se le ofreció con palabras notablemente afectuosas y corteses, diciendo que deseaba muy de veras muchas y grandes ocasiones en que mostrarle y poner por obra no solamente el órden y mandamiento del Rey, sino tambien su propio afecto y la voluntad que le tenia. Y mucho mejor que lo dijo lo cumplió todo el tiempo que duró en aquel gobierno. Y lo mismo hizo el Excelentísimo Conde de Benavente, que le sucedió: y en su manera todos los demás Ministros, movidos no solamente del ejemplo de sus cabezas, sino tambien de los méritos que ellos veian en el Cardenal. El mismo Regente Martos decia muchas veces al mayordomo de Belarmino (cuando le iba á hablar á Nápoles sobre negocios que se le ofrecian en estas materias de jurisdicciones, á que el Regente presidia): yo siempre seré de parte del Cardenal en cuanto pretendiere, porque es hombre justo, y llegado siempre á la razon: y merece muy bien que, pues siempre pide con justicia, alcance siempre lo que pretende.

Vióse muy bien esta su rectitud, en que sabiendo muy de cierto, que muchos vecinos de la ciudad de Capua con falso pretexto de eclesiásticos gozaban de los

privilegios del clero, con agravio y menoscabo de los fueros y rentas Reales; procuró con efecto que este abuso se quitase, y quiso que se diese á César lo que era de César, para tener en las ocasiones que se ofreciesen mas derecho y autoridad para procurar que se diese á Dios lo que fuese de Dios. Por lo cual era dicho comun entre los Ministros reales, que el cardenal Belarmino era en gran manera justo y recto; porque si bien no queria perder lo que era suyo, no queria tampoco retener lo que era ajeno.

Vióse tambien esto, y la fuerza y autoridad que le daba la opinion de su santidad y prudencia, en un negocio grave, que se le ofreció. Halló que cuatro lugares de su Arzobispado en que interesaba muy buenas rentas y provechos, estaban indebidamente en poder de algunos señores y comunidades vecinas. Consideróla muy bien y consultólo despacio, y averiguó fácilmente que su derecho era muy llano: y así se determinó con todo esfuerzo á recobrarlos. Encomendó este negocio á su mayordomo, ordenándole, que no perdonase á trabajo ni diligencia alguna en razon de efectuarlo, pues era tan clara la justicia de la Iglesia. El cual por abreviar se entró en ellos y tomó de hecho la posesion aunque con alguna violencia, y despues la defendió por justicia, y se mantuvo en ella, hasta que finalmente se la confirmó la Audiencia Real; y los pueblos efectivamente volvieron al dominio de la Iglesia.

Fué cosa que causó extraordinaria admiracion en la ciudad de Nápoles y en todo el Reino, que pudiese salir con una cosa tan dificultosa y de tanto interés, sin resistencia alguna de los Ministros reales, ni de otras

personas que siempre en tales negocios se suelen atravesar y contradecir. Y aun los mismos señores y comunidades que tenian aquellos lugares, no hicieron contradiccion alguna, antes los entregaron con paz y con muestras de gusto, y quedaron con la misma aficion y amistad que antes con el Cardenal. Y todo esto tenia ganado y allanado con la opinion de su rectitud y prudencia: pareciéndoles á todos, que lo que un hombre tan santo y tan considerado intentaba y pretendia en materia tan grave, sin duda era muy justificado y muy llano. Y no ayudaba poco para que sus acciones fuesen bien recibidas en la corte, y en los tribunales del Virey, la prudente prevencion que el Cardenal hacia, escribiéndoles é informándoles con toda sinceridad y verdad de las cosas que intentaba ó pretendia y de su derecho y justificacion, cuando eran materias de que allí suelen ir quejas ó siniestras informaciones. Con lo cual por una parte quedaban los Príncipes y Jueces seglares enterados de la justicia y rectitud, y edificados de la virtud y santidad del Cardenal, y por otra muy aficionados y ganados, de ver la estima y confianza que de ellos hacia, dándoles parte de sus designios y determinaciones. En efecto con esta prudente suavidad tenia fuerza y eficacia maravillosa para conseguir sus justos intentos, y para conservar la paz y amistad con los magistrados seglares en las materias mas litigiosas y enconadas, cuales son las de jurisdicciones y derechos: y finalmente supo y pudo en esta parte con su blandura y agrado, lo que Prelados muy celosos y enteros apenas y aun de ninguna manera consiguieron con su rigor y severidad. No obstante que jamás le faltó la entereza

y constancia necesaria. Y estaba muy dispuesto á oponerse á todos los trabajos y peligros que se le pudiesen ofrecer por la defensa de su Iglesia, y de la libertad eclesiástica.

Quiero dar fin á esta materia con poner aquí la copia de una carta que el Papa Clemente le escribió de su propia mano, respondiéndole á otra en que el Cardenal le habia enviado las buenas Pascuas, como cada año solia: porque en ella da el Pontífice testimonio de esta tranquilidad y paz con que se portaba con los magistrados seglares, y del cuidado y solicitud con que atendia al gobierno de su Iglesia y al bien de sus ovejas, y de otras cosas muy gloriosas y honoríficas de Belarmino. Dice pues así:

Venerabilis Frater.

Recibimos con grandísimo afecto de nuestro corazon el cumplimiento y cortesía que nos hace con ocasion de aquestas Pascuas de Navidad. Aunque con mucho mayor lo hubiéramos recibido, si tras eso hubiera advertido las faltas que habremos hecho en el año pasado, y nos las hubiera avisado, para que las procuráramos enmendar en este presente, y servir á la divina Majestad mejor que lo hemos hecho hasta ahora. Dámosle muchos parabienes de la paz que goza con los Ministros reales; los cuales teniendo tan buena cabeza (de la cual nosotros estamos muy satisfechos) nos da esperanzas que vuestra señoría sin mucho trabajo la ha de llevar adelante. Envidiámosle (si de este término se puede usar en esta materia) el entrañable deseo, que cada dia se le aumenta, de emplearse en el bien de estas almas

que están á su cargo. El cual cuidado á nosotros nos aflige y nos espanta cada dia mas. Y si el Señor que conoce nuestra flaqueza, no nos hiciera alguna vez considerar su benignidad, y lo que debemos esperar de su infinita misericordia, ciertamente nos desalentáramos. V. S. tenga salud, y se acuerde de nosotros en sus sacrificios y oraciones. Fecha en nuestro Palacio Apostólico en el dia de los santos Inocentes de mil y seiscientos y tres.

CAPITULO XII.

De cómo fué á Roma con ocasion de la Sede vacante despues de la muerte de Clemente VIII, y del grande sentimiento con que se partió de Capua.

La paz tan sabrosa de que gozaba el cardenal Belarmino casi tres años que habia estado ya en Capua, y el fruto colmado que de sus trabajos en sus ovejas cogia, y el testimonio que su conciencia y sus obras le daban de que no desagradaba á nuestro Señor, ni perdia su tiempo, y finalmente la quietud en que se hallaba apartado del tumulto de la corte, le hacian cada dia mas ligera la carga del oficio pastoral; y atendiendo á la gloria de Dios nuestro Señor, y al bien de los prójimos, y aun á su propia medra espiritual, que experimentaba no ser pequeña, le hacia tan fácil su ministerio, y tan gustosa su ocupacion, que no tenia otra cosa que desear, y se hallaba allí muy contento. Y era de esto bastante argumento el haber querido asistir con tanta perseverancia en aquella tierra, aunque le era harto contraria y dañosa para su salud. Porque allí tuvo

mucho tiempo unos muy molestos corrimientos de malos humores, de que se le hincharon las piernas, y tuvo harto que padecer; afirmando los médicos que esto le provenia del aire y temple de la tierra poco favorable.

Por esta causa y con recelo de que no creciesen sus males y achaques, le aconsejó muchas veces su grande amigo el cardenal Baronio, con beneplácito de Su Santidad, que se retirase á vivir á Prócida, donde tenia la abadía de San Miguel, y era como estarse en su diócesi, por estar muy cerca de Capua. Mas nunca fué posible persuadirle que tomase aquel entretenimiento y alivio. Y aunque fué una vez á la isla por la ocasion que arriba dijimos; fué con tan poco deseo de gozar de sus amenidades y recreaciones, que dentro de dos dias se volvió á su querida Iglesia. Cosa que cuando la supo, causó notable admiracion al cardenal Baronio; y no menor edificacion, por ver cuánto mas estimaba el bien y acrecentamiento de sus ovejas, que su propia salud y descanso. Y á la verdad su mayor gusto y todo su entretenimiento tenia puesto el santo Prelado en cumplir su ministerio y en insistir con todas sus fuerzas en la salud espiritual de aquellos que Dios le habia encomendado. Especialmente, que sabia muy de cierto, que el tiempo era breve, y que se le iba ya acabando el espacio que Dios le habia dado para trabajar en aquella labor y para apacentar aquella grey del Arzobispado de Capua.

Porque cierta cosa es, que sabia el cardenal Belarmino, y que lo dijo á todos sus criados (los cuales sentian mucho el ausentarse de la Corte Romana) y á otras muchas personas, aun antes que llegara á Capua (como

adelante quizá lo veremos mas de propósito) que su residencia en esta ciudad no habia de llegar á tres años; y que dentro de ellos habia de morir el Papa Clemente; y que el Pontífice que le sucediese no le habia de dejar volver mas á su Iglesia; y otras cosas en razon de esto (que todas sucedieron como él las previó y predijo). Y como estaba tan cierto de este breve término, y veia que ya se iba llegando, afervorizábase y apresurábase á hacer y trabajar mas en bien de su Iglesia, y reformacion de aquellos pueblos. Como la antorcha que está ardiendo, que mientras mas cerca de apagarse, mas vivas llamaradas suele dar; ó como la piedra que va á su centro, que mientras mas cerca de rematar su carrera, con mas velocidad se mueve; ó mejor como aquel Señor, que habiendo amado á los suyos que tenia en este mundo, á la salida de él los amó mas, y les dió señales mas claras y prendas mas ciertas de su amor y aficion.

Entre estos mas vivos fervores del Cardenal y mayores ansias de trabajar en la cultura de las almas, se cumplió el plazo de su asistencia en Capua, y se llegó el tiempo de su partida á Roma por ocasion de la muerte de Clemente VIII (Pontífice entero y celoso); la cual sucedió á tres de marzo de mil y seiscientos y cinco. Y sabida poco despues en Capua, le fué fuerza al Cardenal tratar luego de partirse, para hallarse en el conclave y eleccion del nuevo Pontífice. Y no le costara poca dificultad el hallar con qué hacer aquella jornada, si la suerte, ó la providencia de su mayordomo no se hubiera prevenido con tiempo. Porque cierto es cosa de grande admiracion é igual edificacion, que sabiendo

tan de cierto y tanto antes el Cardenal el viaje que habia de hacer con su familia, y que para hacerle era necesario buen viático; con todo eso no consintiese que se fuese guardando en su casa algun dinero, sino que todo enteramente se fuese repartiendo de limosna, sin reservar un real de las rentas de un mes para otro; sin que de este santo propósito le pudiese apartar ni mover un punto el cuidado de tener con qué socorrer á mil necesidades graves que en una casa se suelen ofrecer entre año. Y cuando el mayordomo ú otras personas le trataban de esto ó le daban algunos consejos á este propósito (que lo hicieron en varias ocasiones) él solamente respondia que aquellos eran pensamientos *de crastino*, contra lo que dice el Evangelio; y que tratasen de gastar en bien hacer lo que hoy hubiese, que Dios daria para mañana. Y decia muchas veces, que confiaba que si él era fiel en acudir á sus tiempos al socorro y sustento de los hijos de Dios, no le faltaria á él la divina providencia y benignidad cuando se hallase necesitado. Y en efecto en esta ocasion todo el remedio estuvo en que el mayordomo, de propósito, ó quizá muy acaso, habia dejado de cobrar algunas cantidades que estaban en poder de personas poderosas y de crédito, y que en cualquiera ocasion que se les pidiese podrian acudir con ellas puntualmente; y así lo hicieron en la presente, con que se pudo con brevedad disponer la jornada.

Mientras el mayordomo y los demás de la familia, todos muy alegres y alentados con nuevas esperanzas, se ponian en órden para la partida, el buen Cardenal tenia y mostraba un entrañable sentimiento de haber de dejar á su querida esposa y amada Iglesia. Mas como

era fuerza, procuró dejarla acomodada lo mejor que fuese posible. Dejó en su lugar vicarios y provisores muy á propósito, y dispuso y proveyó todo lo demás necesario para aquella ausencia. Tras esto se subió al púlpito para predicar por la despedida, y echar la bendicion á su pueblo. Dióles muy buenos consejos y advertencias, enderezados principalmente á que temiesen mucho á Dios, y tratasen muy de veras de enmendar todas sus faltas. Despues les dijo, que aunque él no era profeta ni hijo de profeta, pero que tenia por cierto que no le habian de ver mas; porque el nuevo Pontífice no le habia de permitir que saliese mas de Roma. Comenzó tambien á pintarles muy vivamente el Arzobispo que le habia de suceder, como si ya le viera presente con sus ojos; y dijo que habia de estar mucho tiempo ausente por órden de la Sede apostólica. Y añadió que aquella ausencia de su pastor se la habia de permitir Dios nuestro Señor en pena de sus pecados; porque no eran dignos de tener presente un prelado tan santo, por haberse aprovechado tan poco con la presencia del que por tres años continuos no habia dejado de amonestarlos á la enmienda de sus faltas en público y en particular.

Siguióse á esto grandísimo sentimiento y muchas lágrimas en todo el auditorio, con tristes suspiros y lastimosos gemidos, diciendo todos con grande afecto y dolor, que no les dejase, que ellos se enmendarian como era razon. Y con este sentimiento y llanto se fueron todos tras él hasta su Palacio, de donde el dia siguiente se habia de partir. Parecia verdaderamente una viva representacion de lo que pasó al Apóstol San Pablo á

la partida de Mileto, ciudad de Asia la menor: donde habiendo estado predicando y trabajando tres años enteros, á la despedida les anunció lo que les habia de suceder despues, y que á él no le habian de ver mas; de lo cual se siguió grandísimo sentimiento y llanto entre los fieles: con el cual le fueron acompañando hasta el navío, como lo escribe San Lucas en el cap. 20 de los Hechos Apostólicos.

Pero mas triste espectáculo fué el del dia siguiente, cuando dispuesto ya todo para la partida, concurrió casi toda la ciudad á las puertas del palacio, grandes y pequeños, nobles y plebeyos, todos con extraordinario sentimiento y abundantes lágrimas: y mas que todos una inmensa multitud de pobres, que lloraban amarguísimamente la partida de su buen padre y pastor, y su triste soledad y desamparo. Llegóse ya la hora de partirse, y en viéndole salir por la puerta para ponerse en la litera y caminar, levantaron todos á una el grito, y continuaron un llanto lastimoso. Y los que estaban mas cerca acudieron con tantas ansias, y le cercaron tan de tropel, por besarle la mano, ó la ropa, y tocarle con los Rosarios, y recibir su última bendicion, que fué maravilla que no le atropellasen é hiciesen algun grave daño; y hubiera así sucedido, si los suyos no le defendieran con mucho cuidado y esfuerzo. Resonaba todo aquel contorno con frecuentes sollozos, y tristes gemidos, amargos llantos, y voces lastimosas, llamándole con confusos clamores y llorosas aclamaciones, padre, pastor, tutor, patron amantísimo y santísimo, y otros apellidos semejantes; y pidiéndole y suplicándole afectuosísimamente que se volviese, y que no los dejase

del todo, porque en solo él tenian puestas sus esperanzas y librado el remedio de su vida.

No pudieron tales demostraciones como estas y palabras y peticiones tan sentidas dejar de enternecer aquel pecho tan lleno de caridad, y conmover aquellas entrañas tan piadosas y compasivas. Y bien lo decian las muchas lágrimas que derramaba, ya que palabras por un buen espacio no las pudo pronunciar. Mas despues que pudo moderar la fuerza de aquel primer sentimiento, comenzó á consolarlos con palabras muy tiernas, certificándoles, que aunque se iba con el cuerpo, se quedaba con el afecto; y prometiéndoles que no porque se ausentaba habia de disminuir un punto las limosnas que les solia hacer; y que desde Roma habia de mirar por ellos con el mismo cuidado y amor que cuando estaba en Capua. (Todo lo cual cumplió despues mejor que se lo prometió.) Ultimamente levantando la mano echó á todos su bendicion, pidiendo al Señor que desde el cielo la confirmase y amplificase: y con esto subió en la litera y tomó el camino para Roma. Ibase tras él y con él tanta gente, que apenas se podia romper; diciendo unos y otros tantas grandezas y alabanzas suyas, que no las podia oir su modestia sin grande confusion. Y finalmente muchos de los mas principales de la ciudad le siguieron y acompañaron hasta no pocas millas de camino, despidiéndose todos con grande ternura y sentimiento, y deseándole muy próspero viaje, y que su vuelta fuese muy presto.

Esto fué lo que le pasó á este santo Prelado todo el tiempo que estuvo en Capua: el cual si bien fué muy corto mirando los años, que no llegaron á tres, pero fué

muy largo y muy lleno, si ponemos los ojos en el provecho que hizo en las almas, y en los ejemplos de todas las virtudes que dió. Porque ¿á quién no admira y edifica aquel su grande fervor en predicar, y ardiente celo en desterrar los pecados públicos? aquel tan solícito cuidado en reformar el clero, y ordenar las cosas eclesiásticas, en reparar los edificios muertos, y mas en restaurar los vivos? aquel residir entre sus ovejas con tanta perseverancia, y visitarlas con tanta solicitud? aquella regularidad en juntar cada año Sínodos y Concilios, y aquella perpetua vigilancia en cumplir todas las obligaciones de buen Prelado? aquella admirable estrechura y dureza consigo; largueza y benignidad prodigiosa con los demás hombres, y guerra y batalla continua con los demonios? aquel corregir á los flacos con tanta clemencia, y resistir á los rebeldes con tanta constancia? aquel mirar por su dignidad con tanta entereza y denuedo, y por su Iglesia con tarta prudencia y valor? aquel saberse conservar con los Príncipes y Magistrados con tanta paz y concordia, y con todos con tanta estima y aficion? Y finalmente tantas otras hazañas y virtudes como en todas las materias obró y ejercitó? Cosas parecen estas de muchos años para un solo Prelado, ó de muchos Prelados para tan pocos años. Pero el cardenal Belarmino era tan hombre, ó por mejor decir fué tan ayudado y confortado de Dios, que él solo pudo hacer y acabar en tan poco tiempo, lo que en los siglos que duraren los hombres, tendrán todos que admirar y que alabar.

LIBRO QUINTO.

DESDE QUE VOLVIÓ DE CAPUA Á ROMA, HASTA QUE SE RETIRÓ DE LA CORTE PARA PREPARARSE PARA LA MUERTE.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo se hubo en los Conclaves y en las elecciones de Leon XI, Paulo V y Gregorio XV.

Envidiosa pudiera estar Roma de ver que Capua le tenia tan de propósito al cardenal Belarmino, á quien ella tan de antiguo por tantos títulos y derechos de propiedad tenia tan por suyo, y de quien primero habia visto y ahora oia tantas grandezas y alabanzas. Y no menos pudiera estar sentida de que, siendo ella la primera ciudad del mundo, se veia despojada de uno de los primeros hombres del mundo. A lo menos estaba deseosa, como al fin cabeza del orbe, de tenerle, cuando no por cabeza suya y de toda la Iglesia, siquiera por corona y adorno suyo, y por gloria y resplandor del Romano Pontífice, que es la cabeza viva y visible que Dios nos dejó. Recibióle al fin otra vez, y con har-

tas muestras de alegría, iguales á sus deseos; y él entró en la santa ciudad con nuevos aceros de servir á la Iglesia, y al Señor de todos: como lo hizo en insignes obras de que iremos apuntando algunas con la sencillez de estilo que profesamos.

Y lo primero fué en el Conclave y en la eleccion del Sumo Pontífice, negocio gravísimo é importantísimo, y el que podemos decir que es singularísimamente la piedra del toque en que se conocen los quilates de la virtud y prudencia de cada uno, y en que se descubren ser de muy baja ley algunos que en opinion del mundo tenian grandísimo precio y estimacion. Lo cierto es que, hablando de los que están mas próximos y tienen mas accion á la suprema dignidad, no son muchos, aun entre los mas desengañados y despreciadores de la honra, los que entre estas olas no sienten algunos vaivenes, y entre estos torbellinos no titubean. Porque estar tan á la vista de la grandeza mayor, y tan á punto de subir á la mas encumbrada silla; y siquiera no mirarla con buenos ojos, y alentarse á ella con el corazon; obra es esta mas que de hijos de Adan: y si de algunos hombres es, solo es de aquellos que con su estimacion han trascendido y sobrepujado todo lo humano y terrestre, y con su aficion se han acercado y abrazado con lo divino y celestial.

En tres ocasiones de estas se halló el cardenal Belarmino: las dos en bien poco tiempo despues de venido de Capua, es á saber despues de las muertes de Clemente VIII y de Leon XI; y la tercera de allí á diez y seis años, despues de la de Paulo V. Y de todas podemos decir (porque en todas fué lo mismo) que siendo

uno de los que mas cerca se juzgaban estar al Sumo Pontificado, así por sus grandes méritos, como por las aficiones de muchos de los que mas podian, él estuvo siempre muy léjos no solo en su estimacion y concepto (que siempre se juzgó por indigno), pero tambien y no sé si mas, con su aficion y deseo; que jamás le tuvo de aquella suprema dignidad, antes un miedo y horror que le hacia retirarse y encogerse, y temblar como un azogado de solo pensar que se podia ver puesto en aquella cumbre y altura; que él para sí la juzgaba cercana á despeñadero y ruina. Y conforme á este concepto y estimacion que tenia, eran siempre sus palabras y conversaciones cuando de estas materias se ofrecia tratar, y no menos sus obras y acciones, especialmente cuando se hallaba en los Conclaves.

Estimábale todo el mundo por uno de los hombres mas insignes, mas doctos y mas ejemplares que habia en la Iglesia; amábale toda Roma con todo extremo, y juzgábale por dignísimo del Sumo Pontificado. Podíanse decir del cardenal Belarmino las palabras que en la Epist. 86 dijo de sí el gran Jerónimo: *Totius in me Urbis studia consonabant; omnium pene judicio dignus summo Sacerdotio decernebar: dicebar sanctus, dicebar humilis, et disertus.* Muchos de los Cardenales de mas autoridad le amaban y estimaban, y aun le respetaban y veneraban. Lo cual fué causa que en todos tres Conclaves siempre en el primer escrutinio Belarmino tuviese mas votos que ningun otro cardenal. Estaba él tambien muy cierto de la voluntad que todos los príncipes le tenian, aunque él con ninguno tuvo jamás secreta inteligencia ni correspondencia. Por lo cual ninguno le

excluia, y algunos señaladamente le deseaban. Además de todo esto, y ultra de sus grandes merecimientos y aventajadas partes, no le hacia poco al caso para ser mas estimado y deseado, el haber estado tres años ausente y apartado del trato de la corte. Ojalá entendieran los hombres esta secreta filosofía, que por grandes y excelentes que sean, con el demasiado trato y frecuente comunicacion disminuyen y pierden en gran parte su estima y aprecio; como por el contrario, mientras menos comunicados y tratados, son mas estimados y venerados. Aun á las cosas sagradas suele disminuir veneracion la frecuencia, y acrecentarla la raridad. Topa esto en nuestra condicion; lo otro en la nuestra y en la ajena. Al fin como por tantas razones era tan estimado y querido de todos el cardenal Belarmino, estuvo tan cerca del Sumo Pontificado, especialmente en el segundo Conclave, que despues de la disposicion del cielo no parecé que le faltó otra cosa para alcanzarlo. sino quererlo él, ó no repugnarlo. Pero él estuvo tan léjos de procurarlo ó de quererlo, que antes hizo muchas cosas, ya con Dios, ya con los hombres, en órden á verse libre de aquella carga, que él tanto temia.

Entró siempre y estuvo en el Conclave tan puesto en Dios y con tan recta intencion, que jamás quiso prendarse por nadie, ni dar su voto á otro ninguno, sino á quien la luz del cielo y su conciencia le dictaba que era el mejor y el más conveniente para el bien de la Iglesia. Y en razon de esto nunca tuvo inteligencias secretas con nadie, ni aceptó ni deseó dádivas ni presentes de príncipes ni de otro alguno de la tierra. Para mas agradar á Dios nuestro Señor, y para mas disponerse á re-

cibir su divina luz, jamás quiso que en la comida le pusiesen mas de una sola vianda, segun la costumbre del Conclave; y siempre guardó puntualísimamente todas las constituciones y loables costumbres de aquel tiempo y lugar.

Huia de las conversaciones no necesarias y de los discursos supérfluos: estábase recogido en su celda, y lo mas del tiempo á solas con Dios. No perdió, ni disminuyó las devociones y ejercicios espirituales que en su casa solia tener; antes los acrecentó, pidiendo á nuestro Señor con grandes ansias y ardientes suspiros, que escogiese el que mas conviniese para el gobierno de su Iglesia. Fuera de sus largos ratos de meditacion, y de su oficio divino recitado muy despacio y á sus horas, decia otros muchos salmos y oraciones, rezaba rosarios, leia libros devotos; y pidiendo al Señor muy de veras que le librase de ser Papa, repetia muchas veces y muy de corazon estas palabras: *à Papatu libera me Domine; et mitte, quem missurus es.* Y nunca fueron bastantes todos los negocios y tumultos del Conclave para hacerle perder su recogimiento, ni perturbarle la paz de su alma.

El Eminentísimo Cardenal de Diastristain refiere que le fué á hablar al tiempo que estaban tratando los Cardenales muy de veras de hacerle Papa; y que le halló en su celda con toda la paz y sosiego del mundo, y sin rastro ninguno de solicitud ni cuidado: y que diciéndole lo que pasaba, y cuán puestos estaban los Ilustrísimos en darle la tiara, respondió luego al punto: Eso no de ninguna manera; que aun este capelo estoy determinado de dejar. Aun con mayor sequedad y despego se

hubo en la misma ocasion con su íntimo amigo el cardenal Baronio. Porque yéndole á dar parte del estado en que estaban las cosas, y ofreciéndose él mismo á hacer todo lo posible para que tuviese efecto su exaltacion; ni le habló una buena palabra, ni mostró agradecerle el hecho ó siquiera su buena intencion; antes le pidió y rogó con todo encarecimiento que le dejase y no tratase de ello. E instándole Baronio á que hiciese no sé qué cosa en aquella ocasion, le respondió Belarmino, que si entendiera que por levantar una paja del suelo le habian de hacer Papa, no la levantara. De todo esto y mas da testimonio el mismo Baronio en el Compendio de su vida.

Pero no se contentó Belarmino con no hacer nada en órden á alcanzar la suprema dignidad, sino que hizo mucho para no alcanzarla. Era de su natural muy gracioso y entretenido (como otras veces hemos dicho), muy afable y obsequioso: cosa que suele granjear mucho las voluntades, y ganar muchos amigos. Mas en el Conclave, donde mas á la vista estaba de aquellos Eminentísimos Padres, se mostró muy otro: muy serio en su semblante, muy seco en su conversacion, muy entero en su trato, muy retirado en su vivir: todo á fin de templar aquella grande aficion que todos le tenian, y de entibiar los ánimos de los que tanto le amaban y estimaban. Si algunos Cardenales, hablando con él, trataban de sus grandes merecimientos y decian que habian de procurar hacerle Papa, él respondia contando muchas faltas y defectos suyos, y añadiendo muchas razones por donde él no era á propósito para aquella dignidad; y nombrando y alabando á otros que él juzgaba

por muy dignos de ella. Y tal vez decia como por gracia, que mirasen que si le hacian Papa, quizá se habian de arrepentir: y entre otras razones, añadia una, que en aquellas ocasiones no tiene poca eficacia; que mirasen que quizá viviria mas años de los que quisieran, porque los de su familia solian llegar á muy viejos. Esto decia en los dos primeros Conclaves; que en el último en que estaba ya muy viejo, se excusaba con su mucha sordera y otros achaques é impedimentos, con que decia que ya de ninguna suerte estaba para ser Papa, ni para nada. Así lo testifica entre otros el Eminentísimo Cardenal Alejandro Ursino, edificado de la grande modestia de Belarmino.

Jamás dejó de hacer su deber por temor de no ofender á nadie, aunque fuesen personas poderosas, y que en estas ocasiones le podian hacer mal tercio. Escribióle una vez un religioso con mucha congoja, haciéndole saber, que por haber Su Señoría Ilustrísima intercedido con Su Santidad por cierto eclesiástico en no sé qué negocio, estaba el Virey de Nápoles muy sentido; y que en ocasiones de Conclaves le podia hacer mucho daño. Respondióle el Cardenal, que en cuanto á la intercesion no le pesaba de lo hecho; porque él, avisado de sus amigos y con celo de la libertad eclesiástica, habia representado al Papa lo que era justo. Y que en cuanto al daño que le podia hacer el Virey en órden al Conclave con la exclusiva de parte de España, supiese muy de cierto, que él no tenia á eso ningun temor; porque no deseaba ser Papa, antes se holgaria de que le pusiesen estorbos para no serlo. Y que entendiese todo el mundo que él era sobrino del Papa Marcelo II, el cual

siendo Cardenal Legado en el Concilio de Trento, y amenazándole con la muerte los ministros del Emperador si trasladaba el Concilio á Bolonia, como el Papa se lo mandaba, no por eso dejó de ejecutarlo; diciendo que el Emperador le podia quitar la vida del cuerpo, pero no la del alma; y que Dios nuestro Señor quedaba por juez supremo para la otra vida venidera; el cual solo debia ser temido.

De esta manera pues nuestro Belarmino jamás dejó de hacer lo que era justo, por temor de perder el Sumo Pontificado; ni quiso hacer ninguna diligencia, aun de las que pudiera sin injusticia, ni inconveniente, para alcanzarlo; antes hizo no pocas para huirlo; porque le solia llamar (segun testificó Baronio) trabajo peligrosísimo, y peligro trabajosísimo. Y cuando se vió libre de él, quedó muy quieto y pacífico, y dando infinitas gracias á Dios nuestro Señor como por un singularísimo beneficio. Y no solo no quedó sentido ni amargado con los que se lo estorbaron, antes muy agradecido y obligado como á insignes bienhechores suyos; como lo mostró, hablando siempre de ellos con mucha honra y estimacion, y acudiéndoles en todas las ocasiones que se ofrecieron con muy buenas obras y con toda suerte de beneficios.

De esta manera se hubo el cardenal Belarmino en la eleccion de tres Sumos Pontífices; primero en la de Leon XI, que vivió en el Pontificado solos veinte y siete dias; y luego en la de Paulo V, que vivió diez y seis años. La cual fuera de ser muy á gusto de Belarmino, como tambien de toda la Iglesia, por las buenas partes que este Pontífice tenia muy á propósito para aquella

dignidad, le fué muy particularmente de mucho consuelo, por parecerle que, siendo el Pontífice tan mozo y de tan buena salud, viviria muchos años; y así quedaria él ya seguro y sin temor de hallarse en otro Conclave, y consiguientemente en otro peligro de ser elegido por Papa. Mas fué Dios servido que tambien le alcanzase de dias, y que se viniese á hallar en la eleccion de Gregorio XV, Pontífice piadosísimo y religiosísimo. En la cual fué cosa muy memorable que pudiese el cardenal Belarmino con su autoridad y con sus palabras detener á todo el Sacro Colegio, para que no procediese á la adoracion del Papa, como ya queria, hasta que se hubiesen cerrado las puertas, y leídose las bulas del Conclave, é invocádose muy de espacio el favor del Espíritu santo. Lo cual con razon juzgó el Eminentísimo Cardenal del Monte, decano del Sacro Colegio, por un testimonio singularísimo de la grande estima y veneracion en que todos los Cardenales tenian á Belarmino.

CAPITULO II.

De cómo le mandó el Pontífice quedarse en Roma, y de cómo renunció el Arzobispado de Capua.

Uno de los argumentos mas claros de la entereza, y virtud, sabiduría, y prudencia del cardenal Belarmino, es ver la estima y aprecio que siempre hicieron de él los Sumos Pontífices de la Iglesia, queriéndole tener junto á sí; por parecerles que con su presencia y apro-

bacion se daba mucha fuerza y autoridad á la resolucion de los gravísimos negocios que en su sacro palacio y corte se trataban. Por esta causa Leon XI, que sucedió á Clemente VIII, le habia ya dado á entender, que no queria en ninguna manera que estuviese fuera de Roma. La cual voluntad y determinacion puso bien presto en ejecucion Paulo V, que le sucedió en el Pontificado; diciendo que tenia necesidad de la persona de Belarmino para el bien universal de la santa Iglesia; y así se lo intimó á él mismo resolutamente, tratando él de volverse á Capua á apacentar sus propias ovejas.

A este decreto y órden precisar de Su Santidad (que él mismo tantas veces habia previsto y anunciado tanto antes) no se atrevió á resistir ni contradecir, teniéndolo por voluntad y palabra del mismo Dios, interpretada por su Vicario. Si bien por otra parte sentia mucho el dejar á su querida esposa, y consiguientemente el dulce trato de ganar almàs, y el haber de volver otra vez al tumulto y tráfago de la corte romana. Así lo testificó muchas veces de palabra y por escrito el mismo Cardenal en diferentes ocasiones. Y así se lo escribió entre otros á don Justo Baronio, el cual estaba persuadido, que la razon que habia tenido para dejar la Iglesia de Capua, era el saber, que, como dice san Jerónimo, el obispado no es descanso, sino desvelo, no cargo, sino carga. Respondióle pues diciendo, que no era aquella la razon, sino sola la voluntad de Su Santidad; porque por lo demás, él se veia forzado á sufrir en Roma tantos trabajos y pesadumbres, que en comparacion de esto tuviera por delicias vivir en Capua con el cuidado de sus ovejas.

Teniendo pues ya determinado Su Santidad que Belarmino se quedase en Roma, quiso dispensarle en la residencia de su Arzobispado, pareciéndole bastantísima causa la urgente necesidad que de personas tales tiene el Pontífice para tantos y tan graves negocios como se suelen ofrecer, especialmente al principio de su Pontificado. Mas no hubo remedio que él quisiese aceptar la dispensacion, así por no ocupar él solo dos puestos, como por no contravenir á los decretos de los sagrados Concilios, que tan estrechamente obligan á los obispos á residir en sus Iglesias; y por no dar ocasion á que otros quizá con menos causa siguiesen su ejemplo. Y así se resolvió de resignar el Arzobispado, ya que Su Santidad estaba tan resuelto que se quedase en Roma.

No faltaron personas doctas que le aconsejaban que se retuviese su Iglesia, trayéndole para mas persuadírselo la autoridad y ejemplo de muchos Prelados muy graves; especialmente que con su mucha autoridad y con la noticia y experiencia que ya tenia la podria gobernar mejor y aprovechar mas por medio de buenos ministros, que otros que entrasen de nuevo, por sus mismas personas. Pero no fueron bastantes todas estas razones para moverle ni apartarle un punto de lo que entendia que era de mayor gloria de Dios y de mejor ejemplo en la Iglesia, ni de la rigurosa inteligencia de los sagrados Cánones: especialmente habiendo visto por experiencia en los tres años que residió en Capua, los grandes provechos que reciben las ovejas con la presencia de su propio pastor. Por lo cual hubo finalmente de aceptar Su Santidad la resignacion que hizo de su

Iglesia y Arzobispado, con harta edificacion suya y de toda la corte romana. Todo esto como lo he contado en sustancia, escribió el mismo Cardenal á la Iglesia y ciudad de Capua en una carta que para mayor autoridad de esta historia quiero trasladar aquí; y es de esta manera:

Bien creo que se acordarán Vuestras Señorías que en el último sermon les dije, que tenia por cosa muy cierta, que yo no volveria mas á Capua, por mas que lo desease y procurase; porque el nuevo Pontifice no me habia de dejar partir de Roma. Pues ahora han de saber, que hablando yo con Su Santidad habrá un mes, y suplicándole que despachase unos negocios graves antes de octubre, porque luego tenia determinado de volverme á mi Iglesia; con esta ocasion me declaró su voluntad, que era, que en todas maneras yo me quedase en Roma: porque decia que tenia necesidad de mí para algunas cosas importantes. Yo le respondí, que yo estaba obligado á obedecer á Su Santidad; mas que mirase, que no podia con buena conciencia quedarme en Roma, y retener la Iglesia de Capua: y que así ó Su Santidad me dejase volverme á mi Iglesia, ó que la proveyese á otro. Esto segundo admitió Su Santidad: y así me dijo, que buscase yo persona á propósito para aquel cargo. Y en cuanto á mí toca, puedo decir con toda verdad, que siento muy mucho este apartamiento, porque habia cobrado amor á esa Iglesia, y estaba mas deseoso que nunca de emplearme en el servicio de esas almas, y de acabar los dias de mi vida en esa santa ocupacion. Y además de esto les puedo afirmar, que estaria ahí harto mas quieto y contento, que lo estoy

aquí en Roma, donde no tengo un dia de descanso. Mas es fuerza conformarnos con la divina voluntad, que es la que todo lo dispone. Y á veces se me ofrece (como tambien dije en el último sermon) que el poco fruto que se hizo en Capua en estos tres años ha sido la causa de esta mudanza: porque el Obispo supremo, que es Cristo, querrá probar si otro Prelado mas mozo y mas fuerte que yo, lo hace mejor. Una cosa les puedo asegurar, que aunque dentro de dos meses dejaré el Arzobispado, mas nunca jamás la aficion y la proteccion de esa Iglesia y ciudad; y siempre llevaré adelante el encomendarlos á nuestro Señor, y el ayudarlos á todos en comun y á cada uno en particular, en cuanto me fuere posible. Y podrán tener por cierto que tienen dos Arzobispos, uno en Roma y otro en Capua. Y con esto acabo saludando y dando mi bendicion á todos, y rogándoles muy de corazon que den gracias á nuestro Señor por esto que dispone, y le supliquen que llene al nuevo Pastor de su santo espíritu, etc.

Con esta carta se confirma todo lo que habemos dicho, y además de esto se colige cómo Su Santidad le dió libre y entera facultad para nombrar por sucesor suyo á la persona que mas le agradase, gustando que fuese á toda satisfaccion suya. Con esta ocasion cargaron otra vez los amigos, aconsejándole con instancia que señalase alguno de sus confidentes, especialmente de aquellos de quien en el gobierno de aquella misma Iglesia se habia servido, y cuya fidelidad en el ministerio de las almas tenia tan experimentada. Y dábanle por razon, que con esto, las obras que habia comenzado en el servicio de Dios, fácilmente se continuarian y lle-

varian adelante, y apenas se sentiria mudanza ni diferencia con la ida de nuevo Arzobispo. Y que además de esto las limosnas serian mas ciertas y seguras, porque cualquiera de las tales personas se contentaria con poca renta, y le dejaria todo lo demás para que lo repartiese como solia con tanto provecho y edificacion de todos.

Oia estas razones el Cardenal, y agradecia la buena intencion; pero mas fuerza le hacia lo que Dios en su corazon le daba á entender, que le hiciese perfecta oblacion de su voluntad y se pusiese enteramente todo en manos de su Vicario. Y así lo hizo, remitiendo á Su Santidad el señalar á su gusto la persona que le hubiese de suceder: solamente le nombró algunos sujetos que le parecian á propósito, sin tener otro respeto mas de que la Iglesia fuese proveida de un Prelado conveniente. Y así Su Santidad con aprobacion del mismo Cardenal señaló á don Antonio Gaetano, que despues fué cardenal; persona de conocida prudencia y entereza, muy noble, y que tenia mucha cabida con el Rey Católico, y mucha mano con sus Reales Ministros, y otras buenas partes muy á propósito para aquella Iglesia y ciudad.

Asentado esto, restaba proveerle de renta necesaria para sustentar la dignidad de Cardenal; porque apenas tenia otra mas de la del Arzobispado. Y en esta ocasion mostró este santo varon cuán despegado estaba de las cosas de este mundo y del deseo de hacienda. Porque habiéndole concedido Su Santidad desde el principio, que se quedase con toda la renta del Arzobispado, dando solamente mil ducados al nuevo Arzobispo, no

quiso aceptar esta gracia, sino resignar enteramente en manos de Su Santidad la dignidad con toda su renta: pareciéndole muy justo practicar en sí mismo lo que muchas veces habia dicho, y entonces repitió á Su Santidad, que no era bien repudiar la mujer, y quedarse con la dote. Fuera de que no juzgaba por conveniente quitarle al Arzobispo la posibilidad de hacer limosna. Esta accion de un ánimo verdaderamente valeroso y desinteresado causó tanta admiracion en cuantos la alcanzaron á saber, cuanta se puede por ventura entender, pero no declarar con palabras; por ser tan raros en el mundo semejantes ejemplos. Mas un ánimo lleno de Dios y verdaderamente deseoso del cielo, fácilmente se deshace de estos bienes caducos, y se sacude de este polvo de las cosas terrenas.

Edificóse sumamente Su Santidad de este hecho de Belarmino: mas no pudo sufrir que por su ocasion y á causa de quedarse en Roma por su órden, perdiese mas de nueve mil ducados de renta (que tantos valia ya el Arzobispado de Capua, aunque cuando Belarmino entró en él, solo valia siete mil). Y así tomó por su cuenta el asignarle renta competente: como lo hizo, parte con algunos beneficios que le hizo resignar al nuevo Arzobispo, y parte con alguna pension que puso sobre el mismo Arzobispado.

Entre los demás beneficios fué uno el priorato de San Andrés de Turin; el cual aunque al principio le causó al buen Cardenal alguna inquietud y pesadumbre, al fin se la convirtió nuestro Señor en mucha paz y mayor honra. Porque siendo este uno de los beneficios simples que el año de mil y seiscientos y cuatro el Papa Cle-

mente VIII habia unido á la Orden militar de los santos Mauricio y Lázaro, no le pareció al Duque de Saboya, gran maestre de aquella Religion, que perjudicaba á su derecho que le gozase el dicho Monseñor Antonio Gaetano, que entonces le poseia; persuadiéndose que cuando él le dejase, sin duda vendria á la Religion, dándose aquel título á algun caballero del mismo hábito. Mas viendo que sin su consentimiento se daba al Cardenal Belarmino, salió con veras á contradecirlo, no por quitar al Cardenal aquella renta, mas porque no se quitase á la Religion aquel título y derecho. Salió el cardenal á la defensa; no por su propio interés (que este en nada le estimaba) mas por amparar el derecho que la Iglesia parecia tener. Era el negocio bien dudoso, especialmente siendo vivo el Monseñor Gaetano, á quien se habia hecho aquella permision, y habiendo de por medio otras razones de dudar. Pasóse un año entero en demandas y respuestas, sin que se averiguase nada; con harto poco gusto del Cardenal, que era inimicísimo de pleitear, y mas en materias de interés, y con personas de tanto respeto. Mas Dios nuestro Señor lo dispuso mejor que lo pudiera desear: quizá en premio de su buena intencion, y en pago de su primera liberalidad. Porque el Duque gran maestre, con beneplácito de Su Santidad, se determinó de hacer de la cruz grande á un sobrino del cardenal Belarmino que tenia su mismo nombre, y darle aquella encomienda de San Andrés para que pudiese el tio gozar la renta, como Su Santidad deseaba. Y así se hizo: quedando por este medio la Religion con la posesion del priorato, el sobrino con mas honra, y el Cardenal con la renta, y con grande

obligacion y reconocimiento á la liberalidad y magnificencia del señor Duque, que así habia honrado y socorrido á sí y á los suyos.

CAPÍTULO III.

De la obediencia que tenia al Sumo Pontífice y libertad santa en aconsejar y amonestar á Su Santidad y á otros.

Solia decir muchas veces el cardenal Belarmino, que la dignidad no le habia quitado la obligacion del voto de obediencia, sino solo trocádole el superior. Por lo cual trató siempre á los Sumos Pontífices con admirable respeto, y les estuvo tan sujeto, que no hay novicio en la mas observante religion que lo esté mas á sus Prelados; y recibia las órdenes de Su Santidad como si las oyera de la boca del mismo Dios. De esto son bastantes testimonios muchas cosas que ya dejamos referidas, y otras que iremos contando en el discurso de esta historia. Pero bien será decir aquí ahora algo en particular.

Y lo primero en prueba de esto, en la Epístola dedicatoria, que puso al principio de su piadosísimo libro de la Explicacion de los Salmos, dice, que le habia parecido ofrecer aquella obra á Su Santidad de Paulo V, para que como Padre y Superior suyo tuviese entero conocimiento de cómo gastaba el tiempo, no solo en las públicas ocupaciones que todos sabian, sino tambien en las retiradas y secretas. *In quidquid sit*, dice, *Sanctitati tuæ, Pater Beatissime, offerendum censui, ut tibi, qui Pater et Dominus meus es, constet ratio temporis à*

me consumpti, non solum in publicis et notis functionibus, sed etiam in privatis et secretis occupationibus. Habia aprendido este buen dictámen en su Religion: en la cual grandemente se profesa dar enteramente parte al superior de todas sus acciones, para ser en todo endereza-dos y guiados por su direccion y consejo; con lo cual maravillosamente se evitan todos los peligros de errar ó torcer.

Muchas cosas particulares, por lícitas y honestas que fuesen, no se atrevia á hacerlas ni intentarlas, sin pedir el beneplácito y licencia particular á Su Santidad. Así la pedia cada año para retirarse por el mes de setiembre á hacer los Ejercicios á nuestro Noviciado de San Andrés de Roma. Y lo mismo hizo una vez que hubo de ir al Capítulo General de los Padres Celestinos (cuyo Protector fué, como presto veremos). Aunque mucho mayor ejemplo de esta obediencia y de otras virtudes dió á la vuelta de aquel camino. Porque pasando por Nuestra Señora de los Angeles, y por San Francisco de Asís (porque el Capítulo se tuvo en la Abadía de Moron junto á la ciudad de Sulmona) aunque estaba muy cerca de su patria, y le salieron al camino un hermano suyo, y otros caballeros y ciudadanos, pidiéndole que la quisiese honrar y consolar con su presencia, por no haber estado jamás en ella despues que era Cardenal; no hubo remedio que lo hiciese, dando por razon y excusa, que no tenia licencia de Su Santidad. ¿Qué mas hiciera el mas observante y puntual novicio de una muy estrecha Religion?

De este mismo principio le nacia una perpetua y muy diligente asistencia á todas las Juntas y otras ocupacio-

nes públicas de los Cardenales. A las cuales jamás faltaba sino por estar enfermo ó gravemente indispuesto; diciendo, que para esto le habian hecho Cardenal. En los últimos años de su vida, cuando ya estaba muy viejo y fatigado, le rogaban muchas veces los señores Cardenales sus compañeros, que no se cansase tanto en acudir á las Juntas, especialmente cuando no se trataba en ellas cosa de importancia; deseando todos alargarle la vida y salud por el amor y estima en que le tenian: mas no pudieron acabarlo con él. Antes los que le acompañaban y servian en estas salidas, dicen que era menester mucha diligencia y prevencion para poderle acudir á tiempo, por ser extrañamente puntual y prevenido en acudir á los Consistorios, Congregaciones y Juntas, y otros concursos semejantes: siendo casi siempre el primero, aunque supiese que se habia de estar aguardando mucho tiempo. Y si acaecia alguna vez á llegar despues de otros, mostraba no sé qué sentimiento, y se hallaba como corrido de que se le hubiese ganado por la mano.

Este mismo afecto le hacia tomar muy de veras los negocios que en las juntas se trataban, y estudiar con mucho cuidado las materias pertenecientes. Y así en las Congregaciones de la santa Inquisicion, y de los sacros Ritos, y del Indice, en las materias eclesiásticas, y de doctrina que se ofrecian, siempre llevaba el cardenal Belarmino la mayor parte del trabajo; así por la razon dicha, como porque los mas de los compañeros se solian remitir á su parecer y determinacion. En las cosas de importancia no solamente estudiaba el punto muy de propósito, sino que hacia sus apuntamientos, y es-

cribia su parecer con las razones que le movian; sin querer jamás en estas cosas hablar de repente ni resolverse sin mucha consideracion. Y así su parecer era oido como un oráculo, y todos los demás comunmente le seguian, como pudieran los discípulos á un gran maestro. Aunque él nunca jamás dió muestra alguna de superioridad ni presuncion en estas ocasiones; antes decia su parecer con tanta modestia y humildad, especialmente cuando era delante de Su Santidad, que todos quedaban extraordinariamente edificados; y admirados igualmente de su virtud y de su doctrina.

Y en este particular guardaba una cosa muy digna de alabanza y de imitacion: y era que cuando en los Consistorios y otras juntas semejantes diciendo él su parecer sucedia que el Pontífice se lo contradecia, callaba luego al punto con maravillosa sumision, aunque estuviese de su parte la razon: y despues á solas, si la materia ó el negocio lo requeria, informaba despacio á Su Santidad y le enteraba de la razon, y mostraba lo que se debia hacer en aquel caso. Mirando de esta manera por la autoridad de su cabeza, y juntamente por la razon y verdad cuando convenia.

Con este respeto y obediencia que tenia á los Sumos Pontífices supo juntar un aliento maravilloso y una libertad intrépida en aconsejarles, y amonestarles lo que juzgaba convenir, aun en materias en que echaba de ver que no habia de ser bien recibido, y en cosas en que otros, aun de los no menos obligados, no se atrevian á hablar palabra, ó hablaban con demasiado tiento y prudencia humana. Mas el cardenal Belarmino, como era desinteresado, y miraba solamente á Dios y al cum-

plimiento de sus obligaciones, nunca se encogió ni acobardó en dar de palabra y por escrito los avisos convenientes acerca de la persona de Su Santidad, y de la disposicion y empleo de los bienes de la Iglesia, de la eleccion de los obispos, de la residencia en sus propios obispados, de la moderacion del fausto y grandeza de los eclesiásticos, de la reformacion de las costumbres, de la administracion de la justicia, especialmente de la distributiva, y finalmente de la entera observancia del santo Concilio de Trento. De la cual fué siempre tan celoso, que cuando en alguna congregacion se trataba de dar alguna dispensacion contra la forma del Concilio, aunque le pareciese que se habia de resolver lo contrario, con todo eso lo contradecia, solamente por evitar que, no habiendo quien reclamase, no se viniese poco á poco á prescribir contra aquellos sagrados Cánones.

De esta manera pudo con verdad responder diversas veces á muchos que le instaban á que hablase y representase los desórdenes que parecia haber en algunas cosas; que en esta parte estaba cierto haber cumplido con su obligacion, y que antes habia andado largo que corto, como bien sabian los que mas de cerca veian las cosas. Con esto cuando no se seguia su consejo, sino antes se le mostraba por él algun desabrimiento, quedaba muy contento y quieto, siquiera por saber que habia cumplido con su conciencia, y hecho lo que debia delante de Dios y de los hombres; y no le remordia ni amargaba aquella sentencia de San Ambrosio en la epístola 17, que él tenia muchas veces en la boca y siempre en la memoria. *Nihil in sacerdote tam periculosum apud Deum, tam turpe apud homines, quam, quid sentiat,*

non libere pronuntiare. Verdad es que en esta materia pudo proceder con mas confianza, por haber habido en su tiempo Sumos Pontífices tan bien intencionados, que gustaban mas que les dijesen libremente la verdad, que no que tímidamente se la callasen.

Esta opinion que en la corte y en el mundo habia de este valor y constancia del cardenal Belarmino, era causa que muchos le avisasen de las cosas que juzgaban necesitar de remedio y reformacion, y ellos no se atrevian á dar parte á quien las podia remediar é reformar. Pero en esto procedia con mucha consideracion y cautela; porque no pocas veces hallaba que muchos con capa de enmienda y reformacion cubrian sus pasiones y sentimientos; y otros que se dejaban llevar de su demasiado é imprudente celo; y otros finalmente que procedian en estas materias con engaño y ignorancia, ó que erraban de otras maneras. Mas á todos procuraba responder conforme á la necesidad de cada uno. A estos enseñándoles y desengañándoles; á aquellos refrenándoles y reprimiéndoles; y á los otros riñéndoles y reprehendiéndoles ásperamente; sin hacer diferencia de personas, ni guardar á nadie respeto. Y esto hacia especialmente con religiosos que le escribian algunas cosas contra sus superiores, ó contra sus Religiones; y generalmente con todos aquellos que le avisaban de faltas de otros, particularmente si eran secretas. Porque á estos les respondia con toda seriedad y entereza, que guardasen como era razon el consejo y precepto del Evangelio en cuanto á la correccion fraterna, avisando primero en secreto al prójimo que se enmiende, y despues delante de algunos hermanos, y si eso no

bastare, denunciándole públicamente á la Iglesia. Y lo que él en esta parte amonestaba á los demás, lo guardaba por sí mismo con notable exaccion y puntualidad.

A los religiosos que acudian á pedirle ó á negociar por su medio algunas preeminencias y exenciones, decia con toda claridad y verdad, que procurasen aventajarse por méritos y no por favores, por virtudes propias y no por intercesiones ajenas. Y que no era justo que él ayudase á nadie á ser menos humilde y obediente; siendo la obediencia y humildad la raíz y fundamento de la Religion, y de todo merecimiento verdadero. Y que á los mas observantes y ejemplares se debia siempre ayudar y favorecer en lo que era justo y conforme á razon. Lo cual realmente así hacia.

El mismo estilo guardaba con los que con su favor é intercesion pretendian alcanzar de Su Santidad algunas prebendas ó dignidades; que por el mismo caso que las pretendian, los juzgaba por indignos de ellas, conforme al testimonio de San Bernardo y de otros muchos Santos. Y aunque fuesen personas de respeto, los desengañaba con toda libertad y sinceridad. Mas por el contrario él mismo hacia grandes diligencias para tener noticia de los hombres de prendas que en varias partes habia; y sin que nadie se lo acordase, ni ellos supiesen nada, cuando habia algunas vacantes, ó se ofrecian algunas ocasiones, los proponia y representaba á quien las habia de proveer. Y de esta suerte hizo acomodar no pocas personas muy beneméritas.

Semejantes propuestas hacia para las promociones de Cardenales, especialmente cuando estaba vacante algun lugar de Cardenal teólogo; porque tenia por muy

conveniente y necesario que en el sacro Colegio hubiese personas doctas y eminentes en esta facultad. Y nunca se cansaba ni enfadaba de que le pidiesen que hablase ó intercediese con Su Santidad ó con otros príncipes por algunas personas ó negocios, cuando le constaba que las personas lo merecian, ó que los negocios eran justos, y mas si tocaban á obras pias; porque con su mucha piedad y caridad se inclinaba á hacer bien á todos y ayudar á todos. Aunque cuando las cosas ó personas no eran de esta calidad y condicion, mucho sentia que le sacasen de su recogimiento y que le metiesen en el ruido de los palacios y en el trato de los príncipes.

CAPITULO IV.

De cómo gobernó algunos años la Iglesia de Montepulciano por ausencia de su propio obispo y de cómo reconcilió con el suyo á la república de Luca.

Estando el cardenal Belarmino libre y desocupado del cuidado y administracion de su Iglesia de Capua, se vió obligado por voluntad y órden de Su Santidad á encargarse de otros cuidados y emplearse en otros ministerios, no del todo ajenos de gobierno y del oficio pastoral. Y el primero fué la superintendencia de la Iglesia de Montepulciano, su propia patria. Porque como Monseñor Roberto Ubaldino su obispo, que despues fué cardenal, fuese enviado por Nuncio de Su Santidad al reino de Francia en el principio del pontificado de Paulo V, para dejar su Iglesia bien proveida, pidió con in-

creible instancia al cardenal Belarmino que se quisiese encargar de gobernarla en su ausencia con plena potestad. Y para mejor conseguirlo alcanzó que Su Santidad interpusiese su autoridad y se lo ordenase. Hallóse atajado el Cardenal, porque por una parte no podia negar, lo que tan apretadamente se le pedia, y ordenaba; y por otra temia grandemente el encargarse de dar cuenta de almas ajenas, especialmente si no le habian de dejar ir á residir en el obispado y gobernarlas de cerca, como era casi cierto. Al fin no pudiendo hacer otra cosa, hubo de poner el hombro á la carga; aunque claramente dijo al Obispo, que él no podia de ninguna suerte tomarla con otra obligacion que la de la caridad cristiana; y así quiso que se expresase en el Breve que para esto despachó Su Santidad. Bien es verdad que despues cuidó de aquella Iglesia con mas exaccion y vigilancia que si tuviera la obligacion de propio y verdadero pastor.

Aceptado este cuidado, lo primero que hizo fué, escribir una carta muy cumplida al Gran Duque de Florencia, señor de aquella ciudad, dándole cuenta de lo que pasaba, y ofreciéndosele con mucha cortesía. Deseando por este medio ganarle la voluntad y obligarle para lo que en adelante para el servicio de Dios y bien de aquella Iglesia se podia ofrecer. Porque siempre juzgó por cosa importantísima que los Prelados procuren muy de veras ganar y aficionar á los príncipes y señores temporales con todo género de buenos oficios, lícitos y honestos cumplimientos, para conservar la paz y union, y ayudarse de su favor y autoridad para mayor provecho de las almas.

Tras esto comenzó á tratar del gobierno de aquella

Iglesia; al cual deseaba acudir no solamente por medio de buenos vicarios y ministros, y con instrucciones y ordenaciones escritas, sino él mismo por su persona, residiendo allá siquiera por algunos meses cada año. Mas el Papa que le habia sacado de Capua para que con su presencia y consejo le ayudase en los gravísimos negocios de toda la Iglesia, no le permitió que fuese á Montepulciano, por mas que él se lo suplicó, y por mas instancia que le hizo el Cabildo de la misma Iglesia, enviando á solo esto á Roma sus embajadores. Lo mas que le permitió fué, que se fuese allá, si gustaba, á entretenerse algun breve tiempo. Lo cual para la condicion del Cardenal, que tan léjos estaba de admitir entretenimientos, no fué concederle nada; como realmente fué así la intencion de Su Santidad. No lo sintió poco el Cardenal; y viéndose sin esperanza de poder él mismo ver por sus ojos y tratar de remediar con su presencia las necesidades de aquella Iglesia, se determinó de buscar una persona de prendas é de las partes necesarias, que en su nombre la pudiese visitar, y informarle bastantemente de lo que seria conveniente para su remedio.

Parecióle muy á propósito Hugo Ubaldino, Canónigo de San Pedro y hermano del mismo Obispo, de quien tenia bastante noticia, y estima. Cometióle la visita; y él la hizo con toda satisfaccion; y dió larga cuenta al Cardenal de todo lo que le pareció necesitar de remedio, y reformacion en aquella Iglesia y diócesi. Con esto pudo con mas acierto poner los medios convenientes, y hacerlos ejecutar con mas eficacia. En particular insistió en que se administrasen con decencia los santos

Sacramentos, y se frecuentasen con piedad; en que se predicase la palabra de Dios como convenia, y se enseñase la doctrina cristiana como habia necesidad; en que se acudiese á los religiosos con la limosna que era justo, y ellos viviesen con la observancia que era razon; en que los clérigos procediesen con la modestia y buen ejemplo que debian, y los seglares con el respeto y veneracion á los sacerdotes y cosas sagradas que estaban obligados; y finalmente en que se quitasen los escándalos y pecados públicos, y se introdujese la paz y union y toda virtud y piedad. Las cuales cosas y otras tales emprendió el Cardenal con tan buen celo y con tanta prudencia, y las fomentó y alentó con medios tan proporcionados, tan suaves y eficaces, que dentro de muy breve tiempo se comenzó á sentir grande provecho, y finalmente se siguió una notable reformacion y nuevo lustre en toda la ciudad y obispado.

Dos ó tres cosas en particular hizo en grande utilidad de aquella Iglesia y república. La primera fué, que reformó las Constituciones de la Iglesia, y las acomodó y ajustó al estado presente de las cosas y á los decretos del santo Concilio de Trento. Porque como se hicieron antiguamente y cuando la Iglesia no era aun catedral sino solo colegial, en muchas cosas necesitaban de renovacion y reformacion. Especialmente que por haberse atravesado en un tiempo otras nuevas Constituciones, que hizo el primer Obispo, ya al presente ni las unas ni las otras se guardaban. Hizo el Cardenal su reformacion, y aprobada y confirmada por Su Santidad, se introdujo de la manera que ahora se guarda.

Además de esto procuró acrecentar las distribuciones

cuotidianas de aquella Iglesia, que eran muy tenues, uniendo un beneficio curado de la parroquia de santa Mostiola, que entonces habia vacado; y en lugar de acomodar algun deudo ó familiar suyo, como pudiera, quiso mas aprovechar al Cabildo de la Catedral. Y en esto tuvo mucho que vencer y que padecer, porque no faltaron algunos que con poca razon y mucha fuerza se opusieron y lo resistieron. Mas al fin el Cabildo vino á salir con lo que tan bien le estaba y el Cardenal tanto habia deseado y procurado.

Finalmente procuró é insistió con toda diligencia y cuidado en que la Compañía de Jesús tuviese fijo asiento y estancia de propósito en aquella ciudad, para la buena educacion y crianza de la juventud, y para tanto bien y provecho espiritual de toda la tierra, como con tantos y tan proporcionados ministerios de nuestra Religion se experimenta en todas partes; y allí se ha visto muy en particular, despues que el Colegio se volvió á asentar.

En estas cosas y otras semejantes se ocupó el cardenal Belarmino en cuatro años que tuvo la superintendencia de aquella Iglesia de Montepulciano. Mas pareciéndole, que no estando presente, y atravesándose otros impedimentos, no podia atender á este cuidado como deseaba, ni cumplir con su obligacion como le dictaba su conciencia; pasado este tiempo con licencia de Su Santidad la hubo de renunciar y cometerla al canónigo Hugo Ubaldino, como á persona tan capaz y que tenia tanta noticia de las necesidades de aquella Iglesia, y tanta mano para remediarlas. Mas aunque dejó la superintendencia, pero no la caridad, ni el cui-

dado de ayudar á todos los de aquella Iglesia y ciudad en comun y en particular; como siempre lo hizo por sí mismo en cuanto pudo, é intercediendo por ellos con Su Santidad y otros príncipes en cuanto se les ofreció.

Otro buen oficio de mucha importancia hizo el cardenal Belarmino con la Iglesia y ciudad de Luca en materia de la prelacía y obispado. Habia muchos años que aquella República tenia gravísimas disensiones y diferencias con su obispo Monseñor Alejandro Guidicioni; con tanto extremo, que no le consentian residir en su jurisdiccion, con harto daño de sus ovejas, y notable perjuicio de la libertad eclesiástica. Habianse tomado muchos medios de paz, pero todos sin provecho: habian entrado de por medio personas muy graves, pero todas sin remedio: habian puesto la mano muchos príncipes, muchos Cardenales, el embajador extraordinario del Emperador, el mismo Sumo Pontífice; pero todos sin efecto. Solo se ofrecia un camino para la quietud y sosiego que se deseaba: y era que el Monseñor renunciase la Iglesia de Luca; ó la conmutase por otra, como muchos deseaban y Su Santidad aprobaba. Mas el Obispo no venia en ello, y muchos lo reprobaban, por parecerles que aquello estaba mal á su decoro y no bien á la libertad eclesiástica; pues esto parecia que era en cierta manera echar al Obispo por fuerza de su Iglesia. Y aunque él mismo por su quietud y por la paz comun quisiera dejarla y retirarse, pero no por aquel medio, y con aquella semejanza de violencia.

Terciaba en estas cosas con beneplácito de Su Santidad el cardenal Belarmino, con muy ardiente deseo y celo de asentar la paz y union, y de quitar los escán-

dalos é inconvenientes que se seguian, que no eran pocos ni pequeños. Dió al fin en esta traza, de persuadir á la República que admitiesen y recibiesen pacíficamente á su Prelado, con esperanzas ciertas de que, en viéndose en su obispado sin contradiccion, ni resistencia, trataria sin duda de renunciarlo y dejarlo, como él mismo habia mostrado desearlo, y como sus amigos, y él el primero, se lo persuadirian. Vinieron en ello los luqueses, escribiéndoles muy eficaces cartas el Cardenal; y juntamente alcanzó de ellos, que escribiesen al Obispo cortésmente, y le convidasen á volver en paz á su obispado: y él les respondió con la misma cortesía, y volvió con muchas muestras de gusto y contento y señales de amor y caridad de ambas partes; y se hizo todo lo demás que el Cardenal y todos los bien intencionados deseaban. Con que se dió fin á un negocio tan dificultoso, y á una discordia tan irremediable; admirándose todos de la prudencia de Belarmino, y quedándole muy agradecidos, especialmente los que supieron que no solamente le costó mucha diligencia y negociacion con los hombres, sino tambien mucha penitencia y aspereza consigo mismo, y mucha oracion é instancia con Dios.

CAPITULO V.

De cómo fué protector de la Religion de los Padres Celestinos y de otros lugares y personas pias.

Entre las ocupaciones que suelen tener los Cardenales, que asisten en Roma, para ayudar en parte al gobierno universal de toda la Iglesia, una es la proteccion

y patrocinio no solamente de los reinos y provincias, sino tambien de las Religiones y lugares pios: distribuyendo estos cargos el Sumo Pontífice segun la calidad de los lugares y conveniencia de las personas. En esto pues se ocupó tambien en este tiempo nuestro Cardenal por órden de Su Santidad; y dió tan buena cuenta de todo lo que se le encomendó, como se podia esperar de su prudencia, caridad, entereza y vigilancia tan conocida. Las cosas y lugares que estuvieron debajo de su proteccion fueron la Religion de los Padres Celestinos (que se fundó por los años de mil y doscientos y setenta y cuatro, y es de monjes, y reconoce por autor á San Pedro de Moron, que en el Sumo Pontificado, á que ascendió, y que con singular ejemplo renunció por volverse á la quietud de la Religion, se llamó Celestino V). Idem el convento de monjas de Santa Marta de Roma, y el Colegio germánico de la misma ciudad, y á tiempos algunos otros lugares semejantes. A todos los cuales podemos decir en general que procuró con todas sus fuerzas mantener en sus derechos y exenciones, y defender de sus contrarios, y ayudar con consejo, y con favor, y con lo demás necesario en todas las ocasiones, así en público como en secreto, en comun y en particular, sin perdonar á trabajo ni peligro de su propia persona.

De los Padres Celestinos fué hecho Protector el año de 1606 con extraordinario contento y alegria de aquellos Religiosos: que lo mostraron en público y en particular en cuanto les fué posible. Estaba ya muy cerca el Capítulo General, que es una de las ocasiones en que el Protector mas suele mostrar su industria, y de las

mas importantes de la Religion, por elegirse en él el Abad general y otros superiores, y tratarse allí los negocios mas graves y que mas conducen al buen gobierno y establecimiento de toda la Orden. Y á esta causa, ya que otra cosa no pudo el cardenal Belarmino, escribió una carta muy grave á todo el Capítulo, exhortándoles á hacer una muy acertada eleccion. Y además de esto les decia cómo ya habia comenzado á tratar con Su Santidad del bien comun de toda la Religion, y del particular de lo que ahora tenian entre manos. Y que en órden á esto le habia mandado que les escribiese algunas cosas importantes. La primera, que les hacia gracia que en el presente Capítulo no presidiese ninguno de fuera, sino de ellos mismos el que debia segun sus Constituciones. La segunda, que las cartas de favor que en este tiempo viniesen, así para todo el Capítulo, como para algun particular, no se abriesen hasta que estuviese hecha la eleccion de todos los oficios. Y que si habia alguna duda, que entre las cartas de favor venian algunas de negocios, se diputase algun religioso grave, prudente y entero, que las abriese, y las diese ó no, á quien venian, segun lo que en ellas viniese. La tercera, que junto con esto se tuviese gran cuidado en que los familiares ú otras personas que entraban y salian en casa, no llevasen ni trajesen cartas ni recados de nadie mientras durase el Capítulo. Y finalmente que estas cosas y otras tocantes á la libertad y entereza que debian guardar en el votar y elegir, se leyesen públicamente en el Capítulo. Y acababa su carta con nuevas exhortaciones á mirar por el bien comun de la Religion, y con ofrecimientos y cortesías muy de corazon y muy

sin lisonja. Con esto se tuvo aquel Capítulo con mucha paz y quietud, y se hizo la eleccion muy sin respetos humanos, y muy á gloria de nuestro Señor y bien de toda la Religion.

En los siguientes Capítulos, como ya tenia bastante noticia de los sujetos, y suficiente informacion de las necesidades de la Orden, la pudo ayudar y socorrer con medios mas particulares y singulares. En el de mil y seiscientos y nueve envió á presidir en su lugar á Monseñor Aquino, Obispo de Sora, del cual fué bien informado de todo lo necesario. En el de mil y seiscientos y doce, no se contentó con las diligencias pasadas, sino que quiso él mismo hallarse en persona; aunque le hubo de costar caminar muchas millas hasta la Abadía de Moron. Y teniendo respeto á no agravar á aquellos Padres, aunque ellos le habian rogado é instado que fuese con toda su familia, no llevó sino muy pocos criados. Estuvo todos aquellos dias muy apretado de un catarro y fatigado de otros achaques; pero ninguno de ellos faltó á las juntas capitulares; y en todos hizo exhortaciones espirituales y muy fervorosas á los religiosos, alentándoles á mirar con muchas veras por el bien de la Religion, pospuestos cualesquier respetos particulares, y á elegir para Superior de todos la persona que juzgasen mas á propósito. Y en esta materia les dejó el Cardenal toda libertad, sin querer entremeterse en la eleccion, ni declararse por ninguno, para persuadir á todos con su ejemplo lo que pretendia con sus consejos. Al fin salió muy á gusto de todos por Abad general el Padre don Juan Bautista de Sulmona, persona de grande prudencia y experiencia y de conocida

virtud y religion. Y por serlo tanto y gobernar tan á provecho de la Orden y tan á satisfaccion de todos, procuró el Cardenal sacar un Breve de Su Santidad para que en el Capítulo siguiente, que se tuvo de allí á tres años, le pudiesen reelegir y prorogar en el oficio por otro trienio, y exhortó mucho á todo el Capítulo á que lo hiciesen: y en efecto, lo hicieron todos con mucho gusto suyo, y con aumento muy conocido del bien de toda la Religion.

Otro Breve semejante obtuvo seis años despues para que pudiese ser reelegido por otro trienio el Padre don Celso de Amerigi, que el año de mil y seiscientos y diez y ocho fué electo Abad general: atendiendo el Cardenal á los méritos grandes de este Padre, además del bien y aumento de toda la Religion; y muy especialmente á la gran diligencia que habia puesto y gran prudencia que habia mostrado en unir la Congregacion de Celestinos de Francia y de Flandes con la de Italia, y en reducirla á la entera obediencia y subordinacion del Abad general; que apenas le reconocian en nada, antes trataban con mucho calor de separarse del todo. Pero fué mayor el aliento de este buen Padre, y su industria y diligencia: y así se vino á conseguir la reduccion y union perfecta como se deseaba.

Aunque si se ha de decir la verdad, como el mismo Padre General la decia, la mayor parte de esta grande obra se debe al Cardenal Protector; porque fueron muy extraordinarias las diligencias que hizo con Su Santidad, y con Monseñor Nuncio de Francia, y con otras muchas personas, en órden á impedir la separacion que los mas de Francia pretendian, y á efectuar la union, que los

mas cuerdos y celosos y los que mejor sentian, deseaban. Será de esto bastante testimonio (dejando otros) una carta que el mismo Padre Provincial de Francia escribió al Cardenal, dándole las gracias de esta grande obra: la cual traducida en castellano es de esta manera:

Luego que recibí la de V. S. Ilustrísima de diez y seis de febrero, alcé los ojos al cielo para alabar á Dios nuestro Señor y darle infinitas gracias por tan inmensos beneficios como por su medio nos ha hecho. Confieso á V. S. Ilustrísima, que si el Señor no nos hubiera proveido de un tal y tan grande Protector, sin remedio éramos perdidos. Págueselo el mismo Señor, pues con esta su proteccion y patrocinio nuestros enemigos se han puesto en huida. ¿Qué diré, Protector vigilantísimo? Que con la proteccion que V. S. Ilustrísima ha tenido de estos sus hijos ha alcanzado inmortal gloria. Y con esto castigados los perturbadores, quedaremos mas avisados para no caer. Velaremos con mas fervor en la observancia regular, y la haremos florecer debajo del amparo de V. S. Ilustrísima, para que los trabajos y fatigas que por amor de nosotros ha sufrido, no se malogren por nuestra culpa ó descuido, antes teniéndolos impresos en nuestros corazones con mas firmeza que en mármoles, haremos que sus excelentes hechos en la memoria de los venideros perpetuamente se conserven. Si bien los méritos de V. S. Ilustrísima son tales, que dificultosamente podrán los hombres alcanzarlos. Y pues solo Dios puede remunerarlos como merecen, paréconos que bastará que nosotros de nuestra parte en cierta manera los adoremos y con silencio los veneremos, para que V. S. Ilustrísima entre los Doctores doctísimo y

santísimo, que al presente luce á manera de clarísimo lucero de la mañana, como fulgentísimo sol resplandezca despues por eternidades perpetuas. Prosiga pues V. S. Ilustrísima, ó vigilantísimo Protector, con grande aliento, y no se canse ni cese de favorecer á estos sus hijos como ha comenzado, para que ya no nos muerda mas el escorpion que con su encorvada cola nos heria. A V. S. Ilustrísima amamos todos, honramos, veneramos y respetamos con todo extremo, y ensalzamos hasta el cielo; y yo muy en particular le obedeceré prontísimamente en cuanto me quisiere mandar. Nuestras ansias son, señor, que V. S. Ilustrísima viva muchos años con toda prosperidad y buena dicha. Entre tanto yo desde aquí pongo mis labios en las plantas de Su Beatitud, y cien veces beso la tierra adonde V. S. Ilustrísima ha puesto sus piés. De Amiens ocho de abril de mil y seiscientos y diez y nueve.

De esta carta se coligè lo mucho que hizo y trabajó el cardenal Belarmino en la reduccion y union de los Monasterios de Francia; pues tan agradecidos quedaron los mismos religiosos de aquella provincia.

Mas no hizo ni trabajó menos en el bien intrínseco de toda la Religion, y en el aumento en virtud y letras de todos los religiosos de ella, antes para promover y adelantar estas cosas dió trazas muy acertadas y estableció medios muy convenientes. Procuró que se fomentase el espíritu de la devocion y todo lo que á esto podia ayudar; y muy particularmente que se frecuentase con mas veras y con mejor modo el ejercicio de la oracion mental, meditacion y contemplacion, como cosa tan importante á todos los religiosos y á cualquiera que trata de veras de llegar á la perfeccion.

Procuró asimismo que se señalasen cuatro Monasterios en puestos proporcionados, para que en ellos se criasen los novicios de toda la Orden (que ántes se criaban esparcidos por varios Monasterios): para que recogidos todos juntos los de cada provincia, mejor fuesen instruidos por un buen maestro, y ellos se ayudasen mejor con el buen ejemplo de los compañeros y santa emulacion de los iguales; de suerte que cuando saliesen á comunicar con los antiguos, fuesen ya bien fundados en virtud y religion, y mas seguros de impresiones peregrinas. Item que se señalasen otros cuatro Monasterios, para que los que iban saliendo del noviciado y no eran ó no estaban aptos para pasar á ciencias mayores, pudiesen estudiar lo bastante y necesario de las letras humanas. Y finalmente otros cuatro con maestros á propósito, para que en ellos se leyesen las facultades superiores de Artes y Teología y las demás necesarias ó convenientes á los religiosos. Y lo dispuso todo de manera, que los mas virtuosos y sabios tuviesen sus premios proporcionados, para que los demás mejor se animasen á serlo.

Ultimamente, por acabar de poner la Religion mas en su punto y perfeccion, hizo unir algunos Monasterios pequeños á otros mayores, de suerte que por lo menos hubiese en cada uno doce religiosos: pareciéndole esto de suma importancia, para que en ellos se pudiese bien guardar el tenor de comunidad y la observancia regular. Que donde hay pocos, es fuerza que padezca muchas quiebras; juzgando los que así viven, que hacen harto en vivir en aquella soledad, y que esta se les puede y debe tomar en cuenta de la disciplina

religiosa. Tras esto alcanzó que los Monasterios que tuviesen hasta doce sujetos, fuesen gobernados por Abad propio. Con lo cual creció su crédito y se aseguró mas su observancia.

En el consuelo y ayuda de los religiosos particulares, no solamente se mostró Protector benignísimo, sino tambien Padre amantísimo. Como á tal acudian á él con toda confianza en todas sus necesidades, y hallaban el remedio como le habian esperado. Mas no por eso quitaba la autoridad á los propios é inmediatos superiores, ni queria jamás entremeterse en las cosas que á ellos tocaban, ó pertenecian á su disposicion. Ni torcia de esta entereza y rectitud por mas favores é intercesiones de príncipes que le trajesen; antes tal vez se mostraba por esta razon mas entero y recto. Y en lo que era llegado á razon, no tenia necesidad de otros favores ni de otros ruegos; su misma bondad y advertencia le incitaba y espoleaba á hacerlo ó á procurarlo.

Finalmente en los quince años que tuvo esta proteccion, ayudó á la Orden no solamente en lo tocante á la buena eleccion y acertado gobierno de los superiores, union y subordinacion de todos los súbditos, institucion de los novicios, enseñanza de los estudiantes, fervor y devocion de todos, consuelo y amparo de los particulares; sino en todo lo demás que en un Protector vigilantísimo, y en un Patron benignísimo se puede desear. Y así en su tiempo creció muy notablemente aquella sagrada Religion así en número como en calidad de muchos y muy buenos sujetos, y en todo género de observancia regular y perfeccion religiosa: sin que en todo esto tuviese el santo Protector la mira en otra cosa mas que

en el servicio y gloria de Dios nuestro Señor, y en el bien y aumento de la misma Religion.

A los principios quisieron aquellos Padres mostrar su agradecimiento con el Cardenal, enviándole no sé qué presente y regalo de cosas de comer. Mas él en viendole en su casa, y en oyendo el recado, se turbó de manera y se quedó tan corrido, como si le hubieran hecho una grande injuria y afrenta: y al punto mandó que lo volviesen al Monasterio. Y ya con esto dejó ejecutoriado este punto para de allí adelante, que no habian de tratar jamás de presentarle cosa alguna. Lo cual guardó siempre con tanto rigor, que aun no queria recibir un poco de fruta de su misma granja. Y á sus criados tenia prohibido muy seriamente que no admitiesen cosa ninguna: y en razon de esto tal vez despidió á alguno de su servicio. Y aun cuando iban al Monasterio de San Eusebio, que es de la misma Orden, no gustaba que sus palafreneros pidiesen de beber ó admitiesen algun refresco. Y este mismo rigor guardaba con el Monasterio de Santa Marta, y con las demás casas y personas que tenia á su cargo; mostrándose siempre por extremo desinteresado, y totalmente ajeno y despegado de dones y premios temporales.

Este Monasterio de Santa Marta patrocinó tambien el cardenal Belarmino con particular cuidado y diligencia: acudiendo siempre á las religiosas de él, en cuanto se les ofreció, sin perdonar á trabajo ni incomodidad suya. Atendió muy singularmente á su bien y consuelo espiritual en todas ocasiones. Proveyólas de buenos confesores ordinarios; y tambien de extraordinarios á sus tiempos, para que pudiesen con toda libertad y mayor

consuelo suyo comunicar las cosas de sus almas. Asistió algunas veces á las elecciones de las Superioras. Y en ninguna ocasion les faltó. Hasta el mismo año último de su vida, estando con bien poca salud, y siendo lo recio del invierno, y lo que mas es, siendo en tiempo de Sede vacante por la muerte de Paulo V, las fué á visitar algunas veces, y á consolar y ayudar en no sé qué trabajo que se les ofreció, sin reparar en su propia incomodidad, y aun peligro no pequeño, por el bien y consuelo de aquellas religiosas.

Con esta misma caridad y diligencia cuidó tambien de otros lugares pios, que á tiempos le fueron encomendados: cuales fueron San Jerónimo de la Caridad, y las Convertidas (de las cuales fué vicecprotector por ausencia del cardenal Pedro Aldobrandino) y otros semejantes. Todos los cuales y todas las demás comunidades y personas piadosas hallaron siempre en el cardenal Belarmino protector y padre benignísimo.

CAPITULO VI.

De otras santas y piadosas ocupaciones que tenia.

Eran tan capaces los senos de la caridad y tan extendidos los brazos de la benignidad del cardenal Belarmino, que no se contentaba ni satisfacia con amar y amparar á unas pocas comunidades, ni con favorecer y ayudar á algunas señaladas personas; sino que como sol ardentísimo y clarísimo, á todos abrigaba, y para todos resplandecia en aquel cielo de la corte romana, y en aquel

como centro de todo el mundo. Y así era cosa maravillosa como viviendo él en una bien moderada casa y á su deseo en un pobre retiro, era de todos buscado á todas horas, y de grandes y pequeños con increibles ansias deseado: siendo como un público asilo y sagrado comun, adonde todos acudian; este por consuelo, aquel por consejo, el uno por amparo, y el otro por favor, y todos por remedio de todas sus necesidades.

A nadie se negaba, por desvalido que fuese: á ningun tiempo se reservaba, por ocupado que estuviese. Exceptas las horas de la oracion y meditacion, del decir misa y rezar el Oficio divino, que inviolablemente tomaba para sí y para Dios, todas las demás estaba expuesto y patente para los prójimos, sin diferencia del tiempo de comer ni reposar, ni del estudio retirado, ni de otra ocupacion mas urgente: y esto con tanta prontitud, que á cualquiera que llegase, se levantaba y salia luego al punto á oirle y despacharle; teniendo para esto muy instruidos y amonestados á sus familiares, que al momento le avisasen de cualquiera que le buscase. Y obedecia en esto tan puntualmente á su voz, que si acaecia á estar estudiando ó escribiendo, se dejaba la razon imperfecta y el período ó palabra sin acabar, pareciéndole mas razon acudir luego á cualquiera que le llamaba, y justísimo imitar á aquel Señor, que no solamente oye las palabras de los pobres, sino tambien los deseos de su corazon.

Estábase muy despacio y con muy apacible semblante oyendo á los que le buscaban; y jamás les interrumpia ni iba á la mano en cuanto le decian, aunque le detuviesen horas enteras; ni jamás mostraba enfado ni de-

sabrimiento, aunque la conversacion ó plática fuese poco necesaria ó del todo supérflua, si era de consuelo y descanso para el que le venia á hablar y comunicar. Que en un hombre tan ocupado y tan embarcado en estudios y tan grande aplicador del tiempo, es una hazaña singularísima y un grande indicio de su ardentísima caridad. Mas premiábasela nuestro Señor maravillosísimamente: porque despues de haber estado largos ratos y á veces muchas horas en estas santas y piadosas ocupaciones; volviéndose á su estudio, se hallaba tan pronto en la materia y punto que habia dejado, que volvia á enhilar la razon y continuar el período que habia interrumpido, con tanta presteza y facilidad, como si verdaderamente lo fuera trasladando de algun libro y no forjando de su entendimiento.

Aunque á todos oia con este gusto, y á todos abrigaba con este afecto, pero muy singularmente á los Obispos y Prelados, y otros eclesiásticos ultramontanos, que acudian á él con alguna necesidad. Compadecíase de ellos mas como padre ó hermano, que como protector ó consolador: llevábalos al Sumo Pontífice con grande afabilidad, ó intercedia por ellos con Su Santidad con grande eficacia. Entre otros hubo un Obispo, á quien los turcos habian echado de su obispado, y quitádole sus rentas, el cual decia, que daba por bien empleados todos los trabajos que habia pasado, á trueque de haber experimentado la insigne caridad del cardenal Belarmino, y la grande compasion que le tenia: y que estimaba en mucho mas el haberle conocido y tenerle por amigo, que muchos ducados de renta que pudiera tener cada año. Y á este modo era el consuelo y satisfaccion de los demás que de él se valian.

Mas no era estéril esta compasion del Cardenal; como la de algunos, que muestran dolerse de las necesidades ajenas, mas no tratan de ninguna manera de remediarlas; antes no contento con haber hablado al Pontífice, acudia tambien á los oficiales, á quien semejantes causas están cometidas, y les instaba y solicitaba por el remedio: y además de esto, por no librarlo todo en la benignidad ajena, él mismo les acudia con lo que podia de su pobreza, y aun con mas de lo que podia; señalándoles á veces de su casa renta perpetua, á este cincuenta escudos al año, al otro cuarenta; mas ó menos segun la necesidad de cada uno; aunque no tanto como él quisiera y su grande caridad le dictaba.

Semejante concurso solia tener de Prelados celosos de defender la jurisdiccion eclesiástica; que por la mayor parte acudian á valerse del cardenal Belarmino. Y él los amaba por esta razon y los estimaba en mucho, y los amparaba y defendia en cuanto le era posible; mirando muy de veras por su fama y reputacion, y por la exencion y libertad de la Iglesia.

Mas no solamente acudian á su casa por remedio y amparo los Obispos y Prelados pobres ó perseguidos, sino tambien muchos Ilustrísimos Cardenales y otras personas nobilísimas le buscaban y consultaban en sus dudas y aflicciones como á padre y maestro de todos, y como á fuente comun de todo consejo y consuelo. Entre los demás, el eminentísimo cardenal Tusco volviendo un dia de su casa de comunicarle no sé qué escrúpulos y dudas de su conciencia, dijo públicamente á los que le acompañaban, que ninguno jamás le habia dado tanta satisfaccion, ni quietado su espíritu con la

destreza y magisterio que el cardenal Belarmino, aunque habia muchas veces consultado á muchas y muy graves personas, y de grande luz y experiencia en aquellas materias. Y semejante satisfaccion mostraban los demás, que en estas y en otras cualesquier cosas le comunicaban; que eran en número muchísimos y en autoridad gravísimos; y en fin, lo mas y mejor de la corte romana, y de toda la Iglesia católica; que de todas partes le escribian y le consultaban en materias importantísimas, y oian sus respuestas y resoluciones como de un oráculo digno de todo crédito y veneracion. Y esta era tambien una de las grandes y continuas ocupaciones del Cardenal, y en que no menos mostraba su paciencia y caridad que su prudencia y sabiduría; respondiendo y satisfaciendo á tantos y de tan diversas condiciones y en materias tan diferentes y con tanto acierto y destreza, que se puede tener á manera de prodigio.

Fuera de todo esto tenia otras dos maneras de ocupaciones ordinarias tocantes á letras: la una era asistir á algunos ejercicios literarios; y la otra rever algunos libros que se le cometian: y en ambas mostraba su mucha afabilidad y caridad. Convidábanle muy de ordinario los estudiantes á que se hallase en sus conclusiones y actos de varias ciencias, y muchas veces se las dedicaban y le elegian por patron. Y acudia con mucho gusto, porque siempre fué muy amigo de alentar los buenos ingenios y de fomentar los ejercicios de letras. Aunque á los que se los dedicaban, solia persuadir, que escogiesen algun otro Cardenal mas poderoso y rico, que les pudiese ayudar y favorecer mas; que

no por eso dejaria él de asistirles y llevar consigo sus amigos. Mas cuando perseveraban en quererle á él por patron como á persona de tanta autoridad, entonces no solo iba él con sus ordinarios amigos, sino tambien convidaba á los Cardenales conocidos para que asistiesen y honrasen el acto: y además de esto daba algun don de su mano al respondiente en premio de su diligencia y estudio; y á su tiempo procuraba ayudarle, y acomodarle lo mejor que le era posible.

Y el mismo agrado y benignidad mostraba cuando le presentaban, ó dedicaban algun libro, leyéndole con mucho gusto, y dando al autor la alabanza que merecia. Y cuando le pedian (y era muchas veces) que reviese y aprobase algunos libros que habian de salir á luz, lo hacia con el mismo agrado, por dar gusto á sus autores: y les daba muy cumplidamente la aprobacion y recomendacion de que eran dignos. Y esto hacia no con menor gusto y prontitud cuando acaecia haber en los tales libros algunas sentencias contrarias á las suyas ó algunas refutaciones de sus opiniones; si por otra parte los libros eran dignos de alabanza: antes por aquella causa se la daba mayor.

Entre los demás que se vieron muy favorecidos en esta parte del cardenal Belarmino, fué uno Próspero Farinacio, famosísimo jurista: el cual hallando muchas dificultades y contradicciones en sacar á luz un gran libro que tenia compuesto *de hæresi;* acudió á Su Santidad suplicándole que le cometiese al cardenal Belarmino, para que habiéndole visto diese su parecer en la Congregacion de los Cardenales de la santa Inquisicion, para que allí se le diese la censura y sentencia que me-

recia. La gravedad de la materia, y la grandeza del volúmen, requerian mucho tiempo para que se pudiese ver: y así se contentaba el autor de esperar un año entero: y decia que tendria por una singularísima merced que el Cardenal le despachase en aquel tiempo; especialmente que no ignoraba sus muchas y gravísimas ocupaciones. Llevóle en fin el libro á su casa con grande sumision y encogimiento; mas el Cardenal se dió tan buena diligencia en verlo, que dentro de un mes se le volvió, visto con mucha atencion, y aprobado con mucha entereza; y dando la aprobacion no solamente de palabra, sino tambien por escrito muy cumplida y honorífica, y cual el autor la podia desear. El cual quedó maravillado de la presteza, y obligado por la aprobacion, y agradecido por la buena obra, y hecho un perpetuo pregonero de las virtudes y alabanzas del Cardenal.

Esta facilidad y presteza en pasar libros, y en despachar tantos negocios, y en cumplir con tantas otras ocupaciones, que parecen sobradas para muchos hombres, aunque en parte nacia de aquel gran caudal de entendimiento y doctrina, mayor que de hombre, que Dios depositó en este su siervo (y á veces acrecentaba extraordinaria y casi milagrosamente) mas no poco se aumentaba y crecia con el perpetuo cuidado y solicitud que él tenia de no perder un momento de tiempo, aun de los que á los mas vigilantes se les suelen ir de entre las manos, y de no divertirse á cosa que no fuese muy precisa y necesaria, ó muy del servicio de Dios, y bien de los prójimos.

Vivió muchos años, como dijimos, cerca del Colegio

Romano en unas casas cuyas ventanas caian sobre el jardin de los Padres Dominicos y enfrente del cuarto de los novicios, de suerte que muy fácilmente se podian registrar desde la una casa muchas cosas de las que se hacian en la otra. Y confesaron aquellos religiosos que por mucho que lo habian observado, jamás le habian visto puesto á las ventanas siquiera por tomar un rato de recreacion ó descanso, sino siempre ocupado y trabajando, ó rezando á sus solas, ó diciendo las letanías con sus familiares y criados, ó en cosas semejantes; lo cual contaban notablemente maravillados y edificados así de su modestía en el mirar, como de su constancia en el trabajar y aplicar el tiempo. Este mismo teson y perseverancia en estar siempre provechosamente ocupado, testifica el cardenal Crescencio. Y añade que solia blandamente reprehender á sus amigos, cuando por sola cortesia y cumplimiento le visitaban, diciendo, que no era bien, cuando no se ofrecia alguna cosa particular, perder ellos y hacerle perder á él una joya tan preciosa como es el tiempo.

Donde quiera que iba y en cualquiera ocasion en que se hallaba, siempre estaba haciendo algo de provecho y ganando aquellos ratos de tiempo que otros suelen fácilmente perder. Y cuando la condicion del lugar ó del tiempo no le permitia otra cosa, se ponia á rezar el rosario ú otras devociones, descubierta su cabeza; ó á meditar y contemplar en las cosas del cielo. Jamás se ocupó en oir nuevas ni en leer gacetas; cosa que tanto se usa en las cortes; antes en una carta suya dice, que así como él no gustaba de gastar el tiempo en oir semejantes cosas, así ni queria escribirlas á otros, ni hablar

él de ellas en su casa, ni fuera de ella. Y esta tambien fué una de las causas principales de que, en medio de tantas ocupaciones y de negocios tan varios y tan importantes, pudiese escribir tantos y tan excelentes libros como hoy goza el mundo, y tantas otras cosas tan admirables como dejó escritas de su propia mano, que aun no han salido á luz, y están parte recogidas en Roma, y parte esparcidas por todo el mundo.

CAPITULO VII.

De las limosnas que hacia, y de lo que para este efecto en si mismo se estrechaba.

Quien de la manera que hemos visto empleaba su persona y acciones en bien y provecho de los prójimos, fácilmente se deja entender cuán de veras emplearia sus rentas y hacienda en bien y remedio de los mismos. Bastantemente hablamos de esta materia en el libro pasado y en otras partes (y siempre habia mas que decir) pero es fuerza volver aquí á tratar de propósito de lo mismo; porque no solamente fué Belarmino limosnero y caritativo siendo arzobispo en Capua, sino tambien cardenal en Roma, y toda su vida en todas partes. Y es ahora de tanta mas edificacion y admiracion, cuanto parece que es menor la obligacion del cardenal que la del obispo en esta materia; y cuanto con menos renta y mas obligacion de familia se hallaba en Roma que en Capua. Pero al fin como siempre reinaba en él el mismo amor de Dios y del prójimo, y el des-

precio de todo lo terreno, en todos tiempos fué el mismo Belarmino, y en todas partes fué padre verdadero de los pobres y necesitados; estrechándose siempre á si mismo y á los suyos, y cercenando y ahorrando de lo que en sí y en ellos pudiera lícitamente expender; ó por mejor decir quitándoselo de lo muy preciso y necesario á su propia persona.

En todo el tiempo que estuvo en Roma jamás permitió que en su casa se guardase un maravedí de la renta de un año para otro; ni aun muchas veces de un mes para otro. Acabado el año hacia ajustar todas las cuentas, y que se pagasen todas las deudas si algunas habia; y que todo lo restante se diese luego enteramente á los pobres, ó se gastase en obras pias. Y aun muchas veces se hacia esta misma diligencia mucho mas á menudo, cuando las cuentas, ó las deudas lo permitian ó requerian.

Tenia ya muchas limosnas ordinarias asentadas para cada año, cada mes, cada semana, ó cada dia, segun las necesidades; y además de esto socorria á otras muchas, ocurrentes, y extraordinarias; especialmente de pobres extranjeros, y ultramontanos, que acudian á él no solamente como á socorro de su necesidad, sino tambien como á amparo de su fe; á los cuales acogia con entrañas de verdadero padre, y socorria con sustento de su casa, ó con ayuda de costa de su renta. A los sacerdotes pobres tambien ayudaba liberalmente; pero porque sentia extrañamente verlos mendigar, y le parecia muy indecente y ajeno de la alteza de aquel estado, les persuadia que se fuesen á sus propios Obispos, para que les diesen el sustento necesario, como

debian. Y lo mismo hacia con los religiosos que veia andar vagando; que dándoles buenas limosnas, les exhortaba á que se volviesen á sus propios monasterios.

Entre otras limosnas ordinarias que tenia y conservó siempre hasta la muerte, eran algunos monasterios y otros lugares pios, así en Roma, como en otras partes; á los cuales acudia muy puntualmente todos los meses con lo que ya les tenia señalado. De las limosnas á pobres honrados y vergonzantes no hemos menester hablar de nuevo, aunque eran muchas y muy continuas; como ni de las que se daban siempre á los mendigos que ordinaria ó extraordinariamente acudian á las puertas de su casa, y siempre en gran número; y ninguno se iba de ellas sin consuelo.

Tambien era limosna ordinaria y bien universal la que un dia cada semana se hacia por su órden y á su cuenta en la iglesia de San Vidal (que está cerca de nuestro noviciado) á todos los pobres que allí se juntaban, que eran muchísimos; acudiendo los hermanos novicios de la Compañía á enseñarles la doctrina cristiana, y á repartirles despues un pan á cada uno y algunos dineros; con que llevaban sustento para las almas y para los cuerpos. Y se hallaba por experiencia que este género de gente no tiene menos necesidad (aunque poca ó ninguna hambre) de aquel manjar espiritual, que de este corporal y corruptible que con tanta ansia mendiga. Semejante limosna de pan y de doctrina dió tambien en la iglesia de Santa María in Via, que fué el primer título de su cardenalato; y la continuó aun despues de haberle trocado por el de Santa Práxede. El cual trueque hizo por la devocion que tenia á san Cár-

los Borromeo, que le tuvo de esta misma iglesia de esta santa. La cual se podrá con razon gloriar de haber tenido por titulares suyos dos Cardenales tan santos, y tan célebres en toda la Iglesia, como son san Cárlos Borromeo y Roberto Belarmino.

En esta iglesia halló todo el techo muy mal parado y que se venia al suelo; y luego al punto trató de repararlo ó renovarlo á su costa como convenia Mayores gastos hizo en la fábrica y sacristía de su primera iglesia de Santa María in Via (donde tambien consagró de su mano el altar mayor) é hizo muchas limosnas á los parroquianos que padecian necesidad. Mas porque la misericordia fuese tambien espiritual y la renovacion se extendiese tambien á los templos vivos, en los primeros años de su dignidad predicaba como un apóstol en esta iglesia todas las tardes de los domingos y fiestas de Adviento y Cuaresma; siempre con grandísimos auditorios, y con provecho muy conocido de los parroquianos, y reformacion universal de todos los oyentes.

Mas no se estrechaban sus limosnas á sola esta iglesia, ó se encerraban en sola Roma; antes se extendian y llegaban á otras muchas partes, especialmente á aquellas en que tenia algunas rentas; sin que por estar ausente de ellas dejase de asistirlas con su piedad y misericordia; y sin que permitiese que las limosnas se menoscabasen ó disminuyesen, aunque las rentas hubiesen padecido menoscabo ó diminucion. Escribióle una vez la persona que tenia cuenta con lo que le venia de la abadía de San Andrés de Turin, que atento que aquella renta no era mucha, y los gastos de la fábrica con otras obligaciones forzosas no eran pocos; bastaria

dar cada año sesenta escudos de limosna á los pobres de aquella tierra, y que esta seria sobrada liberalidad. Mas el Cardenal, despues de haberlo bien considerado, le respondió, que se le hacia poco para los pobres; y así que por lo menos añadiese otros veinte y cuatro escudos mas; aunque á él le viniese á faltar para su casa. Y esta suma de ochenta y cuatro escudos quiso que se diese infaliblemente aun en algunos años en que toda la renta se gastó en la fábrica; confiando en Dios nuestro Señor, que siendo él constante en la piedad y benignidad con los necesitados, su divina Majestad seria fiel y liberal consigo, y le remediaria por otros caminos sus necesidades y trabajos. Y por esta misma causa cuando las rentas de esta abadía vinieron á bajar mas de la mitad, quiso antes moderar y disminuir el número de sus familiares, con ser tan justo y preciso, que estrechar ó cercenar un maravedí de las limosnas que solia, como en otra parte contamos.

El mismo cuidado tenia con los pobres de la isla de Prócida, donde tenia la abadía de San Miguel; y asimismo con los de la ciudad de Montepulciano su patria, y de otras partes donde le corria alguna obligacion, ó habia alguna razon particular. Pero mucho mayor de los de Capua, como á la partida se lo habia prometido; porque siempre conservó con ellos el afecto y continuó las obras de amoroso padre.

Murió en aquella ciudad un beneficiado el año de mil y seiscientos y veinte por el mes de julio; y luego al punto un clérigo sobrino del difunto se puso en camino para Roma, para alcanzar del cardenal Belarmino alguna pension sobre el beneficio; sin reparar en su pe-

ligro, que casi lo es evidente de la vida á los que en aquel tiempo de caniculares entran en aquella ciudad; mas el interés, ó por mejor decir la necesidad (que es otra manera de muerte) á todo se arroja. Llegó á la presencia del Cardenal el pobre clérigo cansado y acalorado como venia, y bien maltratado del camino; y en viéndole él, se enterneció y compadeció notablemente de su trabajo; y abrazándole y acariciándole con notable afecto y piedad, le dijo, que para qué se habia puesto en tanto trabajo y peligro en aquel tiempo por una triste pension? que bastará que se lo hubiera escrito para que le concediera lo que le pedia. Mas que ya que habia tomado aquel trabajo, se refrescase y descansase allí en su casa, y se volviese luego por evitar el peligro de detenerse en aquel temple tan mal sano. Y tras esto le concedió la pension que le pedia, y le dió lo necesario para el camino, y le despachó aquel mismo dia; yendo el buen clérigo no menos edificado de la piedad del Cardenal que contento de su liberalidad.

Vino á él otra vez un pobre oficial de su misma tierra á suplicarle que intercediese por él con otro Cardenal, á quien debia hasta cien reales, para que le aguardase por la deuda; porque no se la podia por entonces pagar. Prometióle nuestro Cardenal de hacer aquel mismo dia la diligencia é intercesion; y con esto le envió consolado y contento. Mas apenas se habia salido para su casa, cuando le envió á llamar, y le puso en la mano los cien reales, diciéndole que habia pensado en ello, y que le habia parecido mejor hacerle él aquella limosna. Mas que le pedia que se fuese luego con ella y pagase al punto su deuda (porque quizá tendria de

ella necesidad el acreedor); y así lo hizo el buen hombre, muy contento y edificado de la caridad del Cardenal.

Seria nunca acabar si quisiésemos especificar todas las limosnas ordinarias y extraordinarias que hacia, y el modo y el afecto con que las hacia. Basta decir que dejaba de ser patron y abogado de los pobres y necesitados, y se hacia mas que padre y madre suya. Y que parece cosa milagrosa (si ya realmente no lo era) que con hacienda tan moderada y tan corta pudiese repartir tantas y tan largas limosnas.

Pero quien considerare cuánto se estrechaba á sí mismo, y cuánto cercenaba de sus propios gastos, dejará en gran parte de admirarse de esta maravilla, y no podrá dejar de edificarse grandemente de la santidad de este varon de Dios. No refresco la memoria de lo ya dicho en otras ocasiones, sino añado algo de nuevo que aquí le pesaba.

En un tiempo que vivió en un palacio cerca de Santa María trans Tiberim (donde antiguamente hubo una fuente perenne de aceite) halló que en una pared habia un reloj de sol, el cual no podia servir de nada, por tener desordenado el estilo ómnomon (que es aquella varilla de hierro que señala las horas). Dióle gana de hacerlo aderezar, y trató de ello con los de su casa. Mas dejólo de hacer, porque le dijeron que costaria dos ó tres reales, pareciéndole que seria mucho mejor emplearlos en remediar la necesidad de algun pobre, que en aderezar el reloj, que no era del todo necesario.

Pero mas admirable fué lo que en razon de esto le pasó una vez entre otras ahorrando de lo conveniente

y muy necesario á su misma persona. Hallábase con las piernas muy hinchadas por unos malos corrimientos que á ellas tenia; persuadíanle los médicos que se hiciese comprar unas medias mas anchas y cumplidas, que podrian costar bien pocos reales. Mas él respondió que aquel dinero estaria mejor empleado en alguna limosna; y que su necesidad se podria remediar de otra manera y á menos costa de los pobres. Y en efecto ordenó que de otras medias viejas le añadiesen y remendasen las que traia puestas, y se las ensanchasen y alargasen. Replicaron los criados, que era negocio excusado y sin remedio tratar de reparar y remendar unas medias, que habia diez y ocho años que le servian, y estaban casi del todo gastadas. Insistia todavía en su intento el prodigiosísimo y admirabilísimo Cardenal; y ellos ponian mas y mas dificultades é imposibles. Estando dando y tomando sobre esto, acaeció á llegar á la puerta de la sala un pobre mozo con un memorial pidiendo limosna para su madre, que decia haberla dejado en el camino sin poderla de ningun modo traer á Roma. A los mas de los presentes les pareció que aquel era algun lindo ardid del mozo para sacar dinero (como no pocas veces los suelen usar semejantes personas) y trataban de darle una buena reprehension y enviarle mal pareciendo. Mas el buen Cardenal, que estaba endurando y regateando tanto en gastar unos pocos reales en su propia necesidad, sin mas inquirir ni preguntar le mandó luego dar al mozo no sé cuántos escudos para el remedio de su madre: con que le envió muy contento, y dejó á los suyos bien enseñados y edificados.

A este propósito hace otro caso que ahora se me viene á la memoria que le pasó con otro pobre mozo, al tiempo que andaba en las visitas de su Arzobispado, tratándose con la estrechura y escasez que en su lugar dijimos. Llegóse á él un pobre soldado que habia huido del campo del Rey Católico, y púsole un memorial en la mano, pidiéndole alguna buena limosna, para poder volverse á su escuadra, y componerse con los ministros Reales. Recibióle con benignidad el Cardenal, y sabido cuánto seria necesario para esta composicion, le libró luego al punto treinta escudos, y le remitió á su mayordomo para que se los diese, y le despachase. El mayordomo viendo la persona y entendido el caso, reparó en darle tanta cantidad, recelándose de la verdad y justificacion del negocio, y temiéndose que á aquel paso presto acabaria su señor con todo, y no le quedaria con qué poder socorrer á las necesidades mas ciertas y calificadas. En fin le despidió con decir que no tenia dineros. Y quizá era la verdad, segun lo mucho que cada dia le hacia su señor repartir á los pobres. Volvió el pobre, desconsolado al Cardenal; el cual hizo llamar al mayordomo, y le dijo, que las necesidades de los que pedian, no se habian de examinar con tanto rigor, ni tantear con tanta puntualidad: que mirase que él no era juez para pesquisar las necesidades, ni mercader para regatear las limosnas, sino Obispo y padre de los pobres, para compadecerse y remediarlos. Y que mas queria dar algunas veces á quien no tuviese verdadera necesidad, que dejar de dar sola una á quien de verdad la tuviese. En conclusion le ordenó, que si no se hallaba al presente con dinero, que lo buscase prestado, ó em-

peñase alguna prenda, y despachase en todo caso á aquel pobre soldado. Y así se hubo de hacer.

Y en efecto otra vez mandó al mayordomo que vendiese una carroza con sus caballos, para tener que dar á los pobres. Y otra hizo empeñar un tintero de plata (que apenas tenia en su sala otra cosa de valor) para remediar una necesidad ocurrente de otro menesteroso. Y á este modo otras veces hacia empeñar ó vender por semejantes ocurrencias de aquellas pocas y pobres alhajas que habia en su casa.

Mas no es para dejar en silencio lo que el cardenal Crescencio refiere haber sabido de boca de un familiar de Belarmino: que pidiéndole una vez un pobre hombre hasta diez ó doce escudos para remedio de una muy grave y muy urgente necesidad; y no hallándose con dinero el piadoso padre de pobres, se quitó su propio anillo del dedo, y se le dió con una letra de su mano para que lo empeñase en su nombre, y se remediase con el dinero; y que él despues lo desempeñaria por su cuenta. Y así se hizo, guardándole en todo grandísimo secreto.

Mas volviéndonos á lo que el Cardenal se estrechaba en su propia persona para poderse alargar con los pobres: no solamente se redujo á la pobreza y escasez de vestido y comida, que en el Libro tercero dijimos, para tener mas que dar; sino que no pocas veces á imitacion de San Martin partió liberalmente con los necesitados aquella cortedad tan precisa que para su sustento estaba reservada. Sentándose una vez á comer, llegó á su puerta un pobrecillo inglés muy necesitado y flaco; y luego le envió el Cardenal la mitad de su

pobre porcion. Oyó que estaba otro pobre enfermo allí cerca, y envióle luego la escudilla de la menestra. Y de estos casos, en que se lo quitó de la boca, y casi se quedó sin comer por sustentar á los pobres, pudiéramos contar innumerables. Y aunque parecen menudos, la muchedumbre equivale por grandeza, y la continuidad y frecuencia les da tomo y estimacion.

Añado á esta su piedad, que cuando por las calles de Roma encontraba algun pobre enfermo, ó cuando sabia que cerca de su casa lo habia, luego le hacia llevar al hospital por su cuenta, y dando si era menester la silla de mano de su casa para llevarle. Y tal vez hallando en un callejon un pobre muy fatigado, y no habiendo á mano quien le pudiese remediar ni llevar, el mismo Cardenal le ayudó y le hizo subir en su carroza y le llevó al hospital sin tener asco ni horror de su inmundicia y mal olor, antes compasion de su miseria, y reverencia á la Majestad dè aquel Señor, que tomó tan por suyas las necesidades de los pobres, que vino á decir: *Quod uni ex minimis meis fecistis, mihi fecistis.*

Quiero acabar esta materia con decir, que no solamente tenia el cardenal Belarmino este afecto tan piadoso para con los pobres, sino que tambien procuraba entrañarle en otros con eficaces palabras y frecuentes consejos; además de lo que lo persuadia con sus loables obras y vivos ejemplos. Al cardenal Pedro Aldobrandino (á quien se reconocia por muy obligado con muchos y grandes beneficios) quiso mostrar su reconocimiento y agradecimiento, rogándole que dejase fundadas algunas pias memorias en favor de los pobres. Y en particular le nombró dos: una el amparo y socorro

de los recien convertidos; y otra el proveer de médicos y medicinas á los pobres, que tenian honra para no dejarse llevar á los hospitales, y no tenian hacienda para llevar los médicos á su casa, y lo demás necesario para curarse

Al cardenal Montalto, que sabia era muy inclinado á obras de piedad, aconsejó que fundase algun Colegio de Clérigos pobres de las aldeas y lugares pequeños, en que se les diese una moderada comida y vestido, con que manteniéndose en su pobreza y humildad en que nacieron y se criaron, pudiesen estudiar su latinidad y casos de conciencia, y á su tiempo volverse aprovechados, y para aprovechar á otros, á sus tierras. Porque decia que se tenia experiencia, que cuando los tales se crian en los Seminarios y Colegios de la gente noble y rica; acostumbrados á la grandeza, y cebados con la abundancia, no hay remedio despues que se amolden y acomoden á la llaneza y cortedad de sus lugares; y así se quedan ellos en las ciudades, y los pueblos pequeños sin sacerdotes. Y á este modo dió otros consejos y avisos á personas poderosas y ricas, en que no menos resplandeció su prudencia y experiencia, que su piedad y misericordia.

CAPITULO VIII.

De algunas de sus virtudes mas excelentes: y primeramente de su pureza virginal, y del grande recato que guardaba en materia de castidad.

No solamente se empleaba á sí y á sus cosas el cardenal Belarmino en ayudar y favorecer á sus prójimos,

y en servir y agradar por este medio al comun Señor de todos (por cuyo respeto y amor, principalmente lo hacia); sino que para serle en todo mas fiel y mas agradable, procuraba ofrecerse á sí mismo inmediatamente en sacrificio al mismo Señor, y hacerle entera oblacion de lo mas intrínseco á sí mismo, y un perfecto holocausto de su cuerpo y alma; adornando estas dos partes tan principales con las especiales y excelentes virtudes que las hacen muy agradables á la divina Majestad, y les dan en cierta manera la investidura de la gloria que despues por una eternidad han de tener en el cielo.

Y aunque tambien á este propósito dejamos apuntadas no pocas cosas en lo que hasta ahora hemos dicho; con todo eso será bien que antes de llegar al fin de su vida, en algunos de los capítulos que se siguen, digamos algo en particular de algunas de sus muchas virtudes (si bien de todas pudiéramos singularizar y contar heróicos ejemplos: porque de tal manera las tenia todas, que no se le echaba menos ninguna; y de tal suerte se esmeraba en cada una, como si no cuidara de ninguna otra). Y es bien que hablemos de esto en este lugar: porque aunque es verdad que siempre fué Belarmino casi el mismo, y siempre estuvo adornado con admirables virtudes; con todo esto al paso que iba creciendo en dignidad y en estimacion de los hombres; y mientras mas se iba acercando á los últimos trances de su vida, iba dando mayores muestras de su excelente perfeccion y santidad, y descubriendo los quilates mas finos de sus celestiales virtudes y merecimientos. Y así eran ahora mas conocidos y admirados de todos, y su persona mas estimada y venerada de todo el mundo.

Comenzando pues por la pureza y castidad con que santificaba su cuerpo y le hacia digno compañero de su purísima alma; todos los que conocieron y comunicaron á Belarmino en cualquier tiempo y en cualquiera edad de su vida, vieron en él tanta compostura y modestia, y no sé qué vislumbres y resplandores tan soberanos, que no pudieron jamás dudar, de que Dios nuestro Señor le habia escogido desde las entrañas de su madre para asiento de una pureza celestial, y descanso y morada de una castidad virginal y angélica. Reconocian todos en él un muy extraordinario afecto á esta preciosísima virtud; veíanle con una muy particular aficion á tratar y conversar con los que en ella mas se esmeraban y resplandecian, cual era el B. Luis Gonzaga, y otros semejantes; hallaban que teniendo un ingenio tan agudo, y una sabiduría tan excelente, y siendo tan eminente y universal en todas las materias; con todo eso en la de matrimonio y en todo lo tocante al sexto mandamiento, apenas sabia ni entendia los términos; y que aun siendo ya Cardenal y anciano, cuando en las confesiones ó de otra manera le ocurria el preguntarle ó consultarle algun caso de aquel género, tenia él necesidad de preguntarlo á otros, aunque con harta vergüenza suya; tan ajeno estaba de semejantes cosas. Tenian finalmente otros muchos y muy probables argumentos para pensar que le conservaba Dios nuestro Señor en la entereza con que le crió, y en una pureza mas que de hombre.

Mas porque una cosa tan gloriosa no se quedase en conjeturas y discursos ajenos, dispuso la divina Providencia que tuviésemos un testigo muy propio, y que él

mismo (que solo en la tierra lo podia de cierto saber) lo descubriese á otros, y lo afirmase en algunas ocasiones. Que muchas veces quiere y ordena Dios nuestro Señor que los santos descubran algunos dones raros y secretos que él mismo les ha dado para gloria suya, y de los cuales ningunos otros pueden ser testigos; y en especial este de la virginidad: como lo hizo el glorioso Padre Santo Domingo estando cercano á la muerte; y mucho antes San Gregorio Nazianzeno, que lo dejó escrito en el discurso que hizo de sí mismo, con aquellas palabras: *Corpore Virgo sum*; y otros santísimos y humildísimos varones.

Dos ó tres testigos muy fidedignos quiero nombrar, que afirmaron con juramento haber oido este secreto de boca del mismo Belarmino. El primero es Demofonte Ferrini, persona gravísima y conocidísima en la corte romana; el cual testifica, que estando hablando con el Cardenal en razon de un casamiento que se trataba entre una hijastra suya, y un deudo del mismo Cardenal, diciéndole él como la doncella no tenia mas de trece años, le respondió, que se holgaria que no se efectuase tan presto, por el mayor bien de la sucesion. Y que añadió, que en estas materias solo hablaba por lo que habia leido en los Doctores; y que él no tenia otra noticia ni conocimiento ninguno; porque queria volverle á Dios nuestro Señor su virginidad con la misma entereza que de su divina mano la habia recibido cuando le crió.

El segundo testigo es mas grave, y afirmó algo mas á este propósito. Este es el eminentísimo y reverendísimo cardenal Crescencio; el cual entre otras cosas que

depuso en su dicho, por las cuales afirmaba que le habia siempre estimado y venerado sumamente, una dijo que era una celestial pureza que en él maravillosamente resplandecia. Y añadió, que en cierta ocasion le oyó decir, que jamás en toda su vida habia sentido rastro de deleite sensual alguno. De lo cual coligió, que sin duda le habia nuestro Señor conservado en la flor de su virginidad. Mas á la verdad mucho mas denotan aquellas palabras de Belarmino: pues parece que llanamente dan á entender, que nuestro Señor le hizo esta gracia, que nunca sintiese movimiento alguno desordenado; ni perturbacion ó rebeldia de esta bestia, que tanto resiste á la razon. Lo cual si así fué, como parece, bien se ve cuán rara cosa sea, y cuán inestimable gracia de la mano del Señor.

Mas sobre todo es admirable el testimonio que dió en esta materia don Juan Antonio Cangiano, sacerdote muy grave y verídico: el cual afirmó con juramento lo que él mismo decia haber oido y visto en la ciudad de Capua, donde era á la sazon Rector y maestro del Seminario de los clérigos. El caso fué, que estaba allí un dia el Cardenal predicando de las grandezas y virtudes del bienaventurado San Gregorio Magno: y bien entrado en el sermon vino á decir, que en algunas cosas se parecia él á San Gregorio. Porque así como este santo habia sido Religioso, y despues Cardenal, y habia trabajado en componer diversos libros para bien universal de la santa Iglesia, y habia sido perpetuamente vírgen; así él era Religioso de la Compañía de Jesus, y ahora Cardenal, y asimismo habia puesto mucho cuidado y trabajo en componer muchos libros en defensa de la

santa Iglesia y bien de las almas, y finalmente era vírgen. Hízole notable disonancia esta comparacion al buen sacerdote, que con otros muchos estaba oyendo el sermon, y mas por ser en boca del mismo Cardenal (pues aun las propias alabanzas, sin ajenas comparaciones, puestas en boca del mismo autor suelen perder su fuerza, y convertirse en vituperios): y corrido él mismo de oir semejante cosa, bajó el rostro y fijó los ojos en tierra. Mas volviéndolos luego á levantar naturalmente y poniéndolos en el predicador, le vió cercado de una luz maravillosa y con el rostro resplandeciente como un sol; de manera que quedó deslumbrado y sin poderle atentamente mirar como lo procuraba. Púsose la mano delante del rostro, y comenzó á estregarse los ojos, y esforzar la vista, y mirar siquiera por entre los dedos; mas todo era en vano, que la grandeza de la luz sobrepujaba su flaca potencia. Al fin le volvió á ver otra vez claramente èl rostro cercado de aquellos resplandores celestiales y arrojando rayos de luz á todas partes: lo cual le duró por un buen espacio. Quedó extrañamente admirado de lo que habia visto; y entendió que el Señor que así habia esclarecido el rostro del santo Cardenal, era el que habia movido su lengua á que con tanta sinceridad descubriese el don soberano que á su alma y cuerpo habia comunicado, para gloria del mismo Señor.

Saliendo de la iglesia se fué á dar cuenta de lo que habia visto á su confesor y padre espiritual (que era un clérigo reglar de los que en Italia llaman Teatinos, y lo son de verdad, por haber sido su principal fundador Obispo de Cheti ó Teati, que en latin se llama *Episcopus*

Theatinus. Aunque el vulgo de España por equivocacion trocó este nombre y le dió á los Padres de la Compañía de Jesus, á quien con mas propiedad las mas de las naciones extranjeras llaman Jesuitas). Aquel Padre pues le aconsejó que callase lo que habia visto y lo tuviese en secreto, mientras el Cardenal viviese; y así lo hizo. Mas luego que pasó á mejor vida, dió parte de ello y lo testificó con juramento, para gloria de Dios nuestro Señor y honra de su siervo. A quien vienen nacidas aquellas palabras del Espíritu Santo: *O quam pulchra est casta generatio cum claritate!* Y las otras con que Cristo significó gustar que los suyos estuviesen ceñidos con la castidad, y resplandecientes con la luz: *Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris.* Aunque no fué sola esta vez la que le vieron cercado de resplandores, sino otras muchas (como en otra parte significamos). Y en este mismo púlpito y ministerio aquí en Capua, declarando las Epístolas de San Pablo, y en otras ocasiones hubo otros que le merecieron ver con una manera de diadema de clarísimo resplandor al modo de las que se suelen pintar en las cabezas de algunos ilustrísimos santos canonizados. Bien es verdad que en el caso que he acabado de contar, y en otros semejantes, no sé si hacia Dios aquella gran merced á los ojos y oidos de todos los presentes, ó solamente á algunos de los mas despejados ó mas escogidos del mismo Dios. Porque no pocas veces creo que se han visto estas diferencias en unas mismas palabras y acciones de unos mismos ministros del Evangelio respecto de diversos oyentes y circunstantes. Y todo le es bien fácil á aquel poderoso espíritu que el Señor comunicó á sus

Apóstoles, y comunica cuando es servido á los varones apostólicos.

Este don tan precioso de la virginidad, que con tanta liberalidad le concedió el cielo á nuestro Belarmino, lo procuró siempre él mismo guardar con maravillosa vigilancia: sabiendo muy bien que para ser casto como deseaba, debia ser cauto como convenia. Por esta causa rehusó siempre confesar mujeres: y alguna vez despidió á algunas señoras que en particular le rogaban que las confesase. Y no solamente de confesarlas, pero aun de hablarlas se excusaba, en cuanto le era posible. Y cuando era negocio forzoso y que no se podia hacer menos, estaba con extraordinaria modestia y compostura, y con no menor seriedad y casi severidad; y luego iba al punto, y cercenando de cumplimientos excusados y de otras razones supérfluas, acortaba la plática y se despedia con toda brevedad. Lo cual no solo guardó cuando mozo y en la Religion, sino tambien siendo viejo y en la dignidad y prelacía.

En todo el tiempo que fué Cardenal en Roma y Arzobispo en Capua, jamás quiso que en su casa viviese mujer alguna, ni que posase un solo dia. Y á un sacerdote grave y de edad madura. que le pidió consejo ó licencia para tener en su servicio una buena mujer de casi sesenta años de edad: aunque no se la negó, mas juntamente le dijo, que si fuera él, no la tuviera en su casa. El cual consejo quiso antes seguir el buen sacerdote, que admitir la licencia que se le daba: haciendo su cuenta, que si un hombre tan santo y tan viejo como el Cardenal no quisiera tener tal criada en su casa, ¿cómo se habia de atrever él á tenerla en la suya?

Además de esto usaba otra cautela, que San Agustin guardaba, y la encomendaba mucho á sus religiosos. Y no menos se encarga á los nuestros: y era que cuando le era forzoso oir ó hablar á alguna mujer, no lo hacia sino en lugar patente y habiendo testigos delante, que por lo menos pudiesen ver lo que se hacia, cuando no fuese conveniente que oyesen lo que se trataba. Y en esto no era menos cuidadoso y remirado en su última vejez.

El Padre don Celso Amerigi, Abad general de los Padres Celestinos, refiere, que habiendo visitado un dia al Cardenal, y tratado con él cierto negocio, á la despedida le salió acompañando por cortesía el mismo Cardenal: y en la antesala halló que le venia á hablar y le estaba esperando una mujer honrada y extranjera con dos hijas suyas doncellas. Era la hora de medio dia, y el tiempo de verano, y los criados estaban comiendo, y ninguno parecia. En viéndolas el Cardenal en aquel lugar y á tal hora y en tal ocasion, se quedó atajado y se le salieron los colores al rostro con un empacho y vergüenza virginal. Estuvo dudando qué haria; porque el hablarlas á solas, desdecia de su recato y modestia, y el despedirlas ó hacerlas aguardar, de su acostumbrada caridad y benignidad. Al fin pidió al Padre don Celso, y á otro sacerdote, que entonces acaeció á entrar, que se estuviesen allí un poco: y con esto habló brevemente á aquellas mujeres, y entendió su necesidad (que la traian muy grande, y acudian á él como á Padre, que en su misma tierra tenia fama de tal): ofrecióles el remedio de ella; y con esto las despidió, y luego al Padre general que se fué harto edificado y admirado.

No menos recateaba y rehusaba el escribir á mujeres; antes á ningunas escribia, sino era á algunas parientas, ó á grandes señoras, á quien no se podia perder el respeto, ó finalmente en casos tan apretados y forzosos, que no se pudiese hacer menos. Y tal vez habiéndole escrito una mujer principal de la ciudad de Cesena sobre no sé qué negocio, ordenó á su secretario que la respuesta fuese al Gobernador de la ciudad, para que se la diese de palabra, y le dijese, como él no solia escribir á mujeres, especialmente cuando no las conocia. Cuando alguna vez le era forzoso escribirlas, lo hacia con mucha brevedad, y ahorrando de palabras y cumplimientos inútiles, y mostrando mucha severidad y casi sequedad, en cuanto podia sin menoscabo de la debida urbanidad y cortesía. Aunque de esta tambien cercenaba, cuando en alguna manera podia oler a seglaridad. Y esto en todas materias y ocasiones.

Suelen en Roma los Cardenales y Prelados, cuando encuentran en la calle algunas mujeres de títulos ú otras grandes señoras, hacer detener sus carrozas por cortesía, hasta que pasen. Mas el cardenal Belarmino, como tan religioso y serio, se tenia por excusado de cumplimientos semejantes. Mas porque no se ofendiesen las señoras, ó lo atribuyesen á soberbia ó á grosería, especialmente si eran forasteras ó poco conocidas; luego en pasando les enviaba un recado con algun criado, á darles la razon porqué lo hacia, y á excusarse cortésmente. Y así ni se detenia á razonar con mujeres ni aun á mirarlas, ni faltaba del todo á la cortesía.

Finalmente en todas sus acciones resplandecia un admirable recato, y tenia con increible cuidado cer-

radas todas las puertas de sus sentidos á cualquiera sombra ó apariencia de menos decencia que en esta materia se le pudiese ofrecer. Y cuando le era forzoso oir de alguno alguna cosa á esto tocante, al punto se cubria de una virginal vergüenza y se ponia como unas brasas: y otras veces se veia temblar como un azogado con el horror que á estas cosas tenia: y tal vez se hacia la señal de la cruz, como si hubiera visto alguna cosa horrible de la otra vida.

La vista no solamente la recataba de ver mujeres ú otras personas ocasionadas, con la exaccion y cuidado que aquí y en otras partes hemos dicho; pero tambien de cuadros y pinturas menos decentes. Sabiendo muy bien que (segun la descompostura de algunos pintores y artífices de nuestros tiempos, y la liviandad de los que los aplauden y lisonjean y aun galardonan y premian) apenas tienen hoy los ojos pasto mas perjudicial, ni los corazones incentivo mas eficaz ni mas dañoso, que algunas pinturas y formas que vulgarmente corren, y aun se atreven á estar en las cuadras y retretes de las personas mas graves y mas obligadas á toda decencia y honestidad. No tenia en su casa cosa alguna en este género el cardenal Belarmino, que no estuviese espirando pureza y moviendo á santidad, ni la miraba fuera de ella; ni aun la podia sufrir en las casas ajenas.

Entrando una vez á visitar á un Cardenal, vió sin querer en la antecámara no sé qué pinturas desnudas, que le dieron harta pena. Determinóse de avisarlo al dueño, é hízolo con harta gracia. Acabó su visita, y á la despedida le dijo, que mirase S. S. Ilustrísima, que

estaban en su antecámara unos pobres desnudos, que tenian grande necesidad de que los vistiesen y abrigasen. Entendió el Cardenal el lenguaje, y luego mandó que cubriesen aquellas pinturas, ya que por estar pintadas en la misma pared no se podian quitar: venerando las palabras de Belarmino, y edificándose desu modestia y honestidad.

Y esto tambien tuvo particular este purísimo siervo del Señor, que con su trato, y con su intercesion y de otras muchas maneras comunicaba á otros pureza y castidad, y los libraba de tentaciones y combates muy peligrosos de la sensualidad. En los procesos jurados hay algunos testimonios y ejemplos á este propósito. Y entre otros afirma un religioso, que supo por cosa muy cierta, que una persona fué libre de una gravísima tentacion deshonesta (á que no le habian aprovechado muchos y muy eficaces remedios que habia aplicado) solo con asistir al cardenal Belarmino y ponerse muy cerca de él en la última enfermedad de que murió.

Otro hubo que de solo verle llevar á enterrar con tanto sentimiento del pueblo, y tanta veneracion de su pureza y santidad, se movió notablemente á llorar sus pecados, y á dolerse sobre manera de su vida pasada, y á tratar muy de veras de enmendarla para en adelante. Otras dos personas habian hecho muchas y muy ásperas, y aun muy excesivas y indiscretas penitencias, por librarse de algunas muy molestas é pertinaces tentaciones de la carne: y no hallando en nada remedio ni alivio, se valieron de la intercesion de este santo Cardenal: y por este medio alcanzaron presentáneamente la paz y quietud de sus almas que tanto deseaban. Y

como estos pudiéramos contar otros muchos efectos maravillosos de la pureza y castidad de este santo varon angélico.

CAPITULO IX.

De la admirable pureza é inocencia de su alma.

Aunque fué tan rara y admirable esta pureza que tanto adornó el cuerpo é ilustró el alma de Belarmino, con todo eso lo fué mas á mi parecer otra pureza mas general que resplandeció en su espíritu y campeó en su delicadísima conciencia, haciéndola casi exenta y libre de toda fealdad y mancha de pecado, cuando con la flaqueza humana y miseria de esta vida frágil se puede compadecer. Estas cosas interiores de las conciencias se pasan de vuelo al conocimiento de los demás hombres; y no se pueden de cierto saber, si el mismo por quien pasan no las descubre, ó Dios, que penetra lo mas secreto de los corazones, no las manifiesta; lo cual muy raras veces suele él hacer. Y así lo mas que de los mayores Santos se sabe en esta parte, es por lo que ellos mismos con sinceridad y llaneza, ó con celo de la gloria de Dios ó del bien de sus prójimos, de sí contaron y descubrieron. A los cuales se les dió entero crédito, cuando lo demás de su vida, y la gravedad de sus costumbres, y veracidad de sus palabras en otras materias correspondia á su testimonio.

Y en este particular tengo por certísimo, que es digno de toda fe todo lo que de sí mismo dijo el cardenal

Belarmino, no solamente á sus confesores y padres espirituales (á quien tenia toda su conciencia descubierta con deseo de guiarse por su parecer y consejo) sino tambien á otras personas en diferentes ocasiones que se le ofrecieron. Porque fuera de la fama constante que siempre hubo en todas partes de su extraordinaria virtud y santidad, confirmada con millares de ejemplos que se venian á los ojos de todos, fué siempre conocidísima su veracidad y sinceridad en todas edades y estados, de suerte que jamás le vió nadie apartarse un punto de la verdad en ocasion alguna, ni jamás en toda su vida se halló haber dicho una mínima mentira, ni realmente la dijo, aun en su primera edad, cuando apenas saben los niños mas que encubrir y excusar sus faltillas y echarlas á otros con mil enredos y mentiras.

Con esta verdad pues y candidez tan sincera dijo en algunas ocasiones y descubrió algunas cosas de su conciencia, que siendo verdaderas (como sin duda lo serian) dan á entender claramente (dejando siempre el juicio á la divina Majestad, que ve lo mas íntimo de los corazones humanos) que en la Iglesia de Dios, segun lo que hay escrito y de lo que tenemos noticia, no ha habido muchos que en inocencia de vida y pureza de conciencia se le aventajen ó se puedan comparar con él.

Tenia una conciencia delicadísima, y antes estrecha y escrupulosa que ancha y desahogada; y seguia comunmente para consigo mismo las opiniones mas severas y rigurosas, como mas seguras; y muchas veces reparaba y hallaba culpa, donde otros pasaban de largo y no reconocian imperfeccion; y finalmente examinaba cada dia algunas veces con grandísimo cuidado su con-

ciencia, y registraba exactísimamente con la razon y con la ley de Dios todas sus acciones, y se pedia estrechísima cuenta de los mas mínimos instantes de su vida. Mas con toda esta vigilancia, exaccion, y perspicacidad, muchísimas veces se le pasaba el dia y muchos dias sin poder hallar cosa alguna que le remordiese su conciencia, ni de que poder hacer materia para llegarse á reconciliar.

Contaban sus mas familiares y con ellos el ilustrísimo cardenal Beralo, haberle oido decir diversas veces, que él se confesaba cada semana solo por no faltar á la constitucion de la Compañía, que así lo ordena; mas que sentia grandísima dificultad en hallar materia suficiente para la confesion.

El Padre Francisco Roca, que fué su ordinario confesor en Roma desde antes que le hiciesen cardenal y todo lo restante de su vida, muchas veces ha afirmado, que solamente estaria obligado Belarmino á confesarse una vez al año para cumplir con el precepto de la Iglesia, en la opinion apretada de algunos autores antiguos, que con cualquiera cosilla obligaban al penitente á presentarse á su confesor una vez cada año, mas que por lo demás se pudiera estar muchos años sin confesarse, aunque hubiese de decir misa cada dia (como lo hacia con toda la preparacion posible). Y añade, que muchísimas veces cuando le iba á reconciliar en el dia señalado, no le hallaba rastro de culpa ni materia de absolucion, por mas que se habia estado preparando y examinando para la confesion. Tanta era la pureza de su alma y la inocencia de su vida.

Yendo un dia el mismo Cardenal á nuestra casa pro-

fesa de Roma, y hablando con el Padre Iñigo de Guevara (que de duque que era de Bovino se habia hecho religioso de la Compañía, y entonces era allí Vice-prepósito) le dijo el Cardenal, que el dia siguiente no tenia que enviarle al Padre Roca su confesor, porque él pensaba venir á decir misa á nuestra iglesia, y que allí le reconciliaria. Y procediendo en la conversacion, le vino á decir: Dos son mis ordinarios pecados. El primero alguna pequeña distraccion en el rezar el oficio divino; no cierto en los maitines, porque los rezo de noche, sino en las otras horas, por la mucha gente que va y viene, y diversos negocios que se atraviesan. Y el segundo alguna palabrilla inútil ó de entretenimiento. No dejaré de tener otros; pero yo no los conozco. Estas eran las culpas que en sí reconocia un hombre tan exacto y tan grande escudriñador de su conciencia; y un Cardenal que vivia tan en medio de la corte, y entre tanto tropel y variedad de negocios, á que su obligacion y su grande caridad le exponia. Mas en ellos sabia retirarse al retrete de su corazon, y en él buscar y hallar á Dios, y unirse estrechísimamente con el autor de toda pureza y santidad, y salir de su presencia ó por mejor decir quedar con su comunicacion alentadísimo para no admitir advertidamente en su alma la mas mínima imperfeccion del mundo, que á los divinos ojos pudiese en alguna manera desagradar.

El Padre Tomás Fritzheberto, Rector del Colegio inglés, refiere, que yendo él á visitar al cardenal Belarmino poco antes de su última enfermedad, comenzaron á tratar muchas cosas del hermano Juan Berchmans de nuestra Compañía, que entonces habia muerto en el

Colegio Romano con opinion de rara virtud y conocida santidad. Era este santo hermano, flamenco de nacion, de veintiun años de edad, y cinco de religion; acababa entonces de oir el curso de filosofía, y podia ser maestro de toda virtud; tal era su modestia, su humildad, su pureza de alma y cuerpo, su devocion y piedad, su caridad y fervor, y finalmente su santidad, confirmada segun se decia con muchos milagros en vida y en muerte. Esta fama tan extendida y la conversacion presente dieron ocasion al Cardenal á que pidiese al Padre Rector le dijese algunas de las cosas mas particulares y mas señaladas de aquel hermano. Y pareciéndole al Padre que la rara inocencia de su vida era á manera de un gran milagro y un prodigio singularísimo, le respondió, que tenia por cosa muy extraordinaria y muy singular, que en toda su vida no hubiese hecho aquel hermano un tan solo pecado venial advertidamente y conociendo que lo fuese. Y á la verdad es cosa prodigiosísima y que excede las fuerzas humanas, si no son prevenidas y alentadas de una muy singular manutenencia y gracia del Señor. Mas el cardenal Belarmino oyendo esto, se estuvo un poco pensando en ello, y al fin respondió con estas formales palabras: A mí no me parece eso mucho; porque ¿quién ha de hacer un pecado venial advertida y deliberadamente? Y volviendo otro poco á pensar en lo mismo, volvió á decir una y dos veces: Yo á lo menos jamás me acuerdo haberlo hecho; yo no me acuerdo haber hecho tal en toda mi vida. Prodigio raro de inocencia; pureza de conciencia singularísima; gracia celestial apenas vista ni oida entre hijos de Adan. Y si tanto se admira esta prerogativa y

con tanta razon en un mozo de veintiun años, cuánta mayor admiracion debe causar en el cardenal Belarmino que llegó casi á los ochenta, y vivió casi siempre ocupado en tantos y tan varios negocios y ministerios, tan ocasionados al parecer á distracciones y defectos. Mas la gracia de Dios es sobre todo; y su recato y cuidado era increible, y el deseo y ansia de agradar á aquel Señor, á quien siempre miraba presente, y de quien se imaginaba siempre ser mirado, era muy singular.

Todo esto que habemos dicho que Belarmino significaba de sí, era muy conforme á la comun opinion que de él tenia toda la corte romana (que no es muy fácil en aprobar las acciones ajenas) y al sentimiento de todos los que mas íntima y familiarmente le comunicaron y trataron. Todos los cuales afirman y testifican á una voz, que mirándole con mucha atencion, jamás vieron en él cosa què contradijese á los divinos mandamientos y consejos, ó que desdijese de una consumada virtud y perfeccion. Y lo que mas es, en todo el tiempo que vivió en la Religion (donde los ojos son mas perspicaces y los juicios mas severos) ninguno le vió jamás quebrantar una mínima regla, ni apartarse un punto de la observancia mas delicada y menuda, como ya dejamos dicho en su lugar. Por donde con razon pudo decir de él el cardenal Ubaldino, que era hombre irreprehensible y un vivo retrato de perfeccion. Y en efecto su vida mas parecia de ángel que de hombre, y su pureza de alma y cuerpo mas del cielo que de la tierra: y finalmente ya que no era impecable, lo parecia, pues no solamente no perdió la gracia

bautismal por algun pecado grave, mas ni apenas la deslustró en tantos años con alguna ligera culpa que advertidamente cometiese.

CAPITULO X.

De su oracion y contemplacion.

No hay cosa mas proporcionada ni mas fácil para un alma pura y libre de los afectos de la tierra, y de los efectos de la humana corrupcion, que gustar de conversar en el cielo y allegarse á Dios por medio de la oracion y contemplacion. Alas tiene ya, la que en este estado se halla, para volar sobre las nubes; ojos tiene ya despejados y perspicaces para poder mirar al Sol de justicia. *Sufficit animæ puritas, ut per se Deum speculetur*, dijo á este propósito S. Atanasio. Y Cristo nuestro Señor, bienaventurados llamó á los limpios de corazon, por estar ya en disposicion para ver á Dios. Que por ser esencialmente puro y limpio, dice San Jerónimo, no se deja ni puede ver si no de los que participan de su pureza; y tienen sus almas como un espejo limpio y terso, en que se representan y reverberan las divinas propiedades y perfecciones, como añade S. Agustin.

Experimentó muy bien en sí esta bendicion de Dios nuestro Belarmino: porque como siempre tuvo la pureza del alma y cuerpo, que hemos significado, siempre le dió parte el Señor de aquellas luces soberanas, y de aquellos gozos celestiales muy á manos llenas, admi-

tiéndole á una muy continua y levantada contemplacion de las cosas divinas, y recreando su espíritu con una ternísima y suavísima devocion y paz interior. Comenzó á gozar estos frutos del cielo desde muy niño en casa de sus padres; continuólos y adelantólos en la Religion; y no los perdió ni disminuyó en la dignidad; antes mientras mas iba caminando en la edad, y consiguientemente en la pureza y perfeccion, mas le iba el Señor favoreciendo y haciéndole la costa con celestiales consuelos y gustos soberanos.

Tenia largos ratos dedicados para la oracion, así la vocal, como la mental: porque de ambas gustaba mucho, y en ambas le hacia Dios nuestro Señor increibles mercedes. Y era tan firme y constante en esta materia (aunque en todas las cosas de virtud y piedad lo era igualmente) que ni por falta de salud, ni por sobra de ocupacion, ni por ningun otro acontecimiento habia de faltar á sus ejercicios espirituales, ni habia de mudar ni alterar las horas señaladas; antes procuraba muy con tiempo prevenirse y retirarse de todo lo demás, para asistir á sus devociones con todo el recogimiento posible y con una compostura exterior tan grande, que si algunos por ventura le veian en aquellos tiempos, les bastaba solo aquello para recogerlos y componerlos extraordinariamente.

Rezaba el oficio divino á sus horas señaladas: los Maitines antes del amanecer, y las demás horas á los tiempos rigurosos que la Iglesia señala. Para lo cual cuando estaba en la Religion traia consigo un relojito de sol, especialmente cuando caminaba ó estaba fuera de casa: y cuando cardenal, tenia en su casa y aposento

otro reloj pequeño de ruedas, que de dia le gobernaba, y de noche le servia tambien de despertador, para levantarse á rezar sus Maitines y á tener su oracion y hacer otras devociones. Y por mas ocupado que estuviese, aun cuando era cardenal y arzobispo, en llegando la hora del rezar, lo dejaba todo infaliblemente, y se recogia y cumplia con su oficio divino, y despues volvia á su ocupacion. Y si acaso estaba dando audiencia ó tratando de algun otro negocio con cualquiera persona, en oyendo la hora, le pedia licencia con muy buena gracia, y se retiraba á su retrete; y en cumpliendo con Dios, volvia á cumplir y concluir con los hombres. Y si estando en su oficio divino acaecia á entrar en su casa alguna persona, por grave y autorizada que fuese, habia de aguardar sin remedio á que Belarmino acabase su rezo.

El mismo cardenal Pedro Aldobrandino (que era una de las personas de mas autoridad que habia en Roma) solia contar, que habiendo ido un dia á visitar al cardenal Belarmino, le halló rezando su oficio divino; y que si bien le hizo luego al punto entrar (segun ya tenia dada órden á los de su casa para ocasiones semejantes) mas que él se estuvo quedo é inmoble como una estatua hasta acabar la hora que tenia comenzada. Y que despues se levantó y le recibió con el agasajo y cortesia conveniente. De lo cual se edificó notablemente este prudentísimo príncipe, y juzgó por cosa muy puesta en razon el no dejar á Dios por el hombre, cualquiera que sea. Mas bien pudo ser que el estarse tan fijo é inmoble en esta ocasion le naciese tambien del mucho recogimiento y atencion interior

que solia tener en el oficio divino y en la oracion, y de un cierto enajenamiento y abstraccion con que muchas veces solia estar, sin atender ni advertir cosa ninguna exterior y de las que entran por los sentidos.

Rezaba siempre sin compañero, y puesto de rodillas, ó en pié descubierta la cabeza (como se lee que lo hacia el Seráfico Padre San Francisco) muy de espacio, y con notable compostura y reverencia. Los ojos le solian estar entonces centelleando, y algunas veces los levantaba al cielo blandamente, acompañando esta vista con algunos tiernos suspiros del corazon.

Estando una vez en el noviciado de San Andrés de Montecabalo, le fué un Padre á visitar á su aposento, y hallándole que se estaba paseando con extraordinario recogimiento y compostura, le preguntó, si estaba rezando sus horas? mas el Cardenal, muy espantado de tal pregunta, le respondió: Pues de esta manera y con tan poca reverencia habia de rezar las horas canónicas que se deben de obligacion? Confusion de aquellos que suelen cumplir con este oficio tan santo (si es que así cumplen con él) no solamente paseándose livianamente, ó muy á su gusto sentados, y poco menos echados y tendidos, y mas en forma de quien fomenta su regalo, que de quien negocia su perdon; sino tambien mirando á unas partes y á otras, y conversando con cuantos van y vienen, y con tal priesa y divertimiento, que ellos mismos no se atienden ni entienden.

Además del oficio mayor que obliga á todos los sacerdotes, rezaba el cardenal Belarmino cada dia otros dos oficios menores; el uno el de Nuestra Señora; y el otro el de los difuntos; y ambos con igual espacio y aten-

cion. Y entre otras devociones y oraciones vocales era ordinaria la del Rosario ó Corona de la Vírgen santísima, y tambien el Rosario de Cristo nuestro Señor. Estos los rezaba cada dia despues de comer, al tiempo que otros suelen tomar para recreacion y descanso. Hacíalo paseándose, bien que descubierta la cabeza y con harta compostura y recogimiento. Mostrando con esto que todo su descanso y entretenimiento era conversar con los del cielo.

Estas mismas devociones solia repetir cuando le era necesario estar aguardando en alguna parte ó para algun negocio; como era en las juntas y congregaciones de Cardenales, y en Consistorio ó capilla de Su Santidad (á las cuales cosas nunca faltaba sino era por enfermedad; antes procuraba acudir el primero, como ya en otra parte dijimos). En estas cosas estaba rezando sus devociones hasta que era hora; y despues asistia con tanta modestia, recogimiento y silencio, y con un semblante tan devoto y compuesto, y tan significador de su devocion y reverencia interior, que muchos se le estaban mirando con notable edificacion, y salidos de allí no se hartaban de publicarle por santo en todas partes.

De este cuidado y diligencia que ponia en la oracion vocal, se puede fácilmente colegir cómo se disponia y cómo se habia en la mental, y en la meditacion y contemplacion de las cosas celestiales y divinas. De este ejercicio santo tenia tal concepto y estimacion, y lo juzgaba por tan importante para bien cumplir un cristiano con sus obligaciones, que dijo una vez á sus familiares que tenia por cierto que ninguno dejaba de tener cada

dia siquiera un cuarto de hora de oracion, para alcanzar por este medio el favor divino, tan necesario para bien ordenar nuestras acciones.

Y si bien este cuidado debia ser comun á todos los fieles, mas decia que era muy propio de los eclesiásticos, y muy particularmente de los Prelados; segun que largamente comprueban los Santos Augustino, Gregorio y Bernardo, afirmando claramente que con grandísima dificultad podrá un Prelado gobernarse á sí y á otros sin la luz y guia de la santa meditacion. Lo cual confirma largamente el mismo Belarmino en la prefacion del librito de oro, que intituló *de Ascensione mentis in Deum*, trayendo el ejemplo de Moisés con la explicacion de San Gregorio. El cual profeta muchas veces entraba y salia al Tabernáculo; entraba para consultar el divino oráculo y contemplar en Dios; y salia para aliviar y comportar las flaquezas de los prójimos.

Por lo cual y por otras graves razones que allí trae, no queria (como ni tampoco San Bernardo) admitir la excusa que muchos eclesiásticos dan para no entregarse á este santo ejercicio; diciendo que sus muchas ocupaciones no les dan lugar ni tiempo. Porque así como ninguno está obligado, dice en aquel mismo lugar, á ocuparse tanto en los negocios exteriores, que no le quede el tiempo conveniente para tomar el sustento y sueño corporal necesario (pues sin él no se puede sustentar esta vida mortal); de la misma manera y con mucha mas razon no debe ninguno privarse del sustento y reposo de su alma, que es la oracion y contemplacion (por medio de la cual Dios se nos comunica, y endereza nuestros caminos, y nos conforta y alienta en

esta peregrinacion); porque de otra manera será maravilla no desfallecer en medio de tantas dificultades de esta vida, y debajo de tan pesadas cargas de tantos y tan varios negocios, como cada hora nos acosan.

Esto que Belarmino enseñaba á los otros, lo tomaba para sí mismo con mayores ventajas. Porque es cosa cierta que no solamente empleaba en estos ejercicios santos algunas horas del dia y muchas de la noche, que ya tenia fijamente dedicadas para ellos, sino que todo el tiempo que de los estudios y ocupaciones forzosas le quedaba, lo gastaba enteramente en meditar en las Escrituras sagradas y en contemplar en las cosas celestiales. Y esto con tanto afecto y tanta intencion, como quien tenia vivo conocimiento y larga experiencia de que esta era la fuente de su vida y salud y de todo su bien espiritual y corporal.

Luego en levantándose (que lo hacia mucho antes del amanecer) gastaba una hora entera en rezar sus Maitines, con el espacio y reverencia que hemos dicho; y tras ella, otra en la meditacion de las cosas divinas. Y despues de esto se preparaba con nuevo cuidado y diligencia para decir su misa, y la decia en su oratorio con admirable sentimiento y devocion; y acabada, se quedaba recogido otro buen rato dando gracias, y gozando los frutos del sacrificio y sacramento, y disponiéndose de nuevo para las ocupaciones del dia. De suerte, que antes de comenzar á ocuparse en los negocios exteriores, ya habia gozado del ocio santo y apacentado su espíritu con la suavidad interior por espacio de cuatro horas.

Mas dejando otros ratos del dia, que gastaba con

Dios, por las noches cuidaba mas de dar á su alma el descanso de la contemplacion, que á su cuerpo el reposo del sueño, gastando todo el tiempo que le era posible en aquella santa y saludable quietud. Así lo testifica él mismo en la epístola que escribió al Papa Paulo V dedicándole el libro de la interpretacion de los Salmos, que habia compuesto mas con la luz que habia recibido en su contemplacion, que con el estudio de los Doctores. Porque entre otras le dice estas palabras: Luego que por órden y mandamiento de la santa memoria de Clemente VIII fuí llamado de la Religion al Cardenalato, comencé á pensar á mis solas, que no por verme embarcado en nuevas ocupaciones públicas, debia dejar el ejercicio santo de contemplar las cosas divinas. Y despues de haber dicho que entre todos los libros de la sagrada Escritura habia escogido el de los Salmos de David por algunas razones; viene á decir, que habia gastado en su meditacion todas las horas que le quedaban de las ocupaciones públicas, y principalmente las noches, con grande gusto y consuelo de su alma. Y en efecto, de lo que él meditaba y contemplaba, y de la luz y conocimiento interior que le comunicaba el Señor, vino á componer aquel libro, que tan á propósito es para la inteligencia de aquellos cánticos divinos, y para disponerse á gozar los destellos de la suavidad celestial que en ellos se halla.

Y era sin duda muy grande y muy extraordinaria la que á él le daba la divina liberalidad, así en estas horas, como en las demás de su oracion y contemplacion. Algunas veces le hallaron tan arrebatado en ella, y tan absorto en Dios, que ni veia ni oia á los que llegaban y

le hablaban; y cuando despues de buen espacio volvia en sí, era como si despertara de algun profundo sueño, con notable admiracion de los que le asistian. Y comunmente cuando salia de su oracion, le veian el rostro como de un serafin encendido y abrasado, y echando unas como llamas por los ojos, y no sé qué resplandores por todas partes. Indicio claro del fuego divino que continuamente ardia en su pecho, y con la meditacion se habia avivado.

Mas adonde ordinariamente era mas recreado del Señor, y adonde asistia con semblante mas admirable á los presentes, era en el altar cuando se llegaba á celebrar y á ofrecer el divinísimo sacrificio. Y era esto tan notorio, que muchos, y entre ellos Monseñor Julio Sansedoni, obispo de Groseto, testifican, que por la extraordinaria devocion que cobraban viéndole decir misa tan afectuosa y devotamente, procuraban asistirle siempre que podian. Era puntualísimo en guardar las ceremonias del misal; y muy particularmente se esmeraba en pronunciar muy bien las palabras de la misa. Antes de la consagracion se detenia algun espacio para avivar la atencion y devocion; y con ella proseguia lo restante de aquel sagrado misterio. Aunque todo lo demás del dia y de la noche parece que se estaba en el altar; tal era su devocion y ternura, y su compostura y recogimiento.

Y aun casi podemos decir, que siempre se estaba en una perpetua oracion y contemplacion. Porque á cualquiera hora y en cualquiera ocupacion estaba su corazon puesto en Dios, y su pensamiento en el cielo. Levantaba á menudo sus ojos á la patria celestial, y la

miraba con una suavidad maravillosa; y la saludaba con frecuentes y afectuosos coloquios, y le enviaba algunas breves, pero vivas y abrasadas razones, sacadas de lo íntimo de su ardiente corazon. Y cuando veia por la corte ó en otras partes algunas cosas de precio ó de lustre, ó de las que suelen arrebatar los ojos humanos; vuelto al Señor con gran ternura le solia decir: Si tantas y tales cosas habeis dado, Dios mio, á los peregrinos y desterrados sobre la haz de la tierra, y muchas veces enemigos vuestros, que no cesan de ofenderos y de blasfemar vuestro santo nombre; ¿qué no dareis, Señor, á vuestros amigos, y á aquellos que perpetuamente se emplean en vuestras alabanzas?

Esta misma era la materia ordinaria de sus conversaciones cuando hablaba con los hombres; que siempre trataba de cosas del cielo, ó de las que aprovechan á las costumbres y nos encaminan á la gloria eterna. Asimismo los libros de què mucho gustaba y los que leia con maravilloso afecto, eran los que tratan de estas materias, y avivan la devocion, y encienden el afecto en las cosas de Dios. Con esto era siempre su pecho un horno encendido en el amor divino, y un Etna perpetuo de afectos celestiales: de donde salian siempre sus obras tan puras, y tan abrasadas en el amor de Dios y de los prójimos.

Mas todo esto que de ordinario hacia, y este jugo interior de que siempre gozaba, le parecia muy poco al santo Cardenal para armarse y prevenirse bastantemente contra los continuos asaltos del enemigo, y ordinarias ocasiones de sequedades y distracciones á que la humana flaqueza y el tropel y variedad de negocios

de esta miserable vida nos exponen. Y así para este fin y para mejor disponerse á rematar sus cuentas, para poderlas dar buenas al Supremo Juez cuando se las pidiese, solia todos los años por el tiempo del otoño retirarse á nuestro Noviciado de San Andrés, como otras veces hemos apuntado; y allí dando de mano á las visitas y trato de hombres y á todos los negocios de la tierra, gastaba un mes entero con Dios y consigo, en perpetuos ejercicios de leccion devota, oracion, meditacion y contemplacion, y otros semejantes. En el cual tiempo no se puede decir ni apenas creer, cuánto se encendia ó avivaba en su pecho aquel fuego celestial, y cuánto se renovaba y remozaba su espíritu; y las nuevas luces y resplandores que el Señor le comunicaba, y los ardientes deseos y vivas ansias de su perfeccion y de la ajena que le infundia.

En este horno se forjaron y en este retiro se compusieron aquellos libritos espirituales que hoy tenemos suyos, y que las mas de las naciones han trasladado en su lengua, y los leen con increible provecho (que es lo que su autor en ellos pretendió; deseando mover el afecto de todos al amor y temor del Señor y á toda virtud y devocion; ya que en los primeros habia alumbrado los entendimientos para conocer y retener ó recobrar las verdades divinas y católicas). Y en efecto, quien lee aquellos libros, por los ardores santos que en sí experimenta, colige fácilmente el fuego soberano que ardia en el pecho de su autor cuando los componia.

Mas no solamente regalaba y alentaba Dios nuestro Señor el alma de su siervo en aquellos ejercicios santos, sino que tambien recreaba y confortaba su cuerpo ma-

ravillosísimamente. Porque con ser aquel tiempo del año tan pesado y enfermo, era cosa muy advertida que entonces estaba el Cardenal con mejor temple y disposicion, y con las fuerzas mas enteras y alentadas, y el color mas vivo y alegre: premiándole aun en esto la divina misericordia el trabajo que por su amor tomaba, y el privarse de las recreaciones y entretenimientos que los mas suelen en aquel tiempo tomar en Roma ó fuera de ella, para conservar ó recobrar la salud y fuerzas corporales.

CAPITULO XI.

De su religion, piedad y devocion con los santos y cosas sagradas.

De este trato tan familiar que Belarmino tenia con Dios y de esta comunicacion y conversacion tan frecuente que tenia en el cielo, le nacia aquella insigne religion y piedad con que veneraba y reverenciaba á los santos y amigos de Dios y á todas las cosas sagradas y dignas de culto y veneracion. No repetiré lo que se ha apuntado otras veces, ni apuntaré mucho de lo que se halla en su vida; que toda está llena de indicios y demostraciones de esta su piedad y reverencia á todas las cosas divinas, sagradas y eclesiásticas. Añado solamente algo de nuevo con toda brevedad, perteneciente por la mayor parte á los Santos.

Sus imágenes y reliquias tenia y veneraba con singular afecto y piedad. En todos los aposentos y piezas de su casa tenia cuadros muy devotos de Santos. (Ape-

nas habia otro adorno ni aparato de colgaduras ó cosas semejantes.) Mirábalos á menudo con reverencia, pidiéndoles su intercesion; y remirábase en ellos como en espejos y dechados de virtudes heróicas y de consumada perfeccion. Llamábalos guardas y defensores de su casa; y experimentaba muchas veces que lo eran con efecto.

Cuando fué á Capua por Arzobispo, visitó lo mas presto que pudo el gran tesoro de reliquias y cuerpos de santos que hay en aquella Iglesia: y procuró que estuviesen con mucha decencia y adorno. Y porque juzgaba que las reliquias están mejor en las iglesias que en las casas particulares, no quiso tener muchas en la suya, aunque se le ofrecieron no pocas ocasiones de poderlas tener. Solamente tenia algunas pocas en una cruz pequeña de plata que traia consigo al cuello. Y en su estudio tenia otra cruz mayor de madera con sus vacíos y encajes llenos de preciosas reliquias defendidas con sus vidrieras. La cual estimaba como un riquísimo tesoro: como lo significó en su testamento dejándola en él al cardenal Aldobrandino, con estas palabras: *Relinquo autem Illustrissimo Domino meo id, quo pretiosius nihil habeo, videlicet Crucem ligneam, reliquiis pretiosissimis refertam.* Y siempre se esmeró mucho en estimar él y venerar, y en procurar que los otros estimasen y venerasen como era justo las prendas de aquellas almas que tan fielmente sirvieron al Señor de todos.

En otra cosa tambien mostraba lo mucho que estimaba á los santos y amigos de Dios, que era en la grande noticia y memoria que tenia de sus vidas y de sus he-

róicas virtudes é ilustres hechos, y en el gusto con que de ellos hablaba frecuentísimamente en sus conversaciones. Que el verdadero amor ni suele ser tardo en saber, ni mudo en hablar de lo que bien quiere. Solian los caballeros de la Congregacion de la Asuncion de nuestra Señora llevarle al principio de cada mes la póliza del Santo que le habia cabido por abogado, como á uno de los Hermanos que era de aquella piadosa Congregacion. Y en recibiéndole, les comenzaba á referir su vida, y los sucesos principales que habia tenido, y virtudes mas heróicas en que se habia aventajado: siendo así que á veces le cabian Santos tan exquisitos y extraordinarios y tan poco conocidos, que los que se los llevaban apenas habian oido su nombre. Con lo cual quedaban todos notablemente maravillados, y no menos edificados: persuadiéndose que quien tenia tanta noticia de las cosas de los Santos, tenia con ellos muy frecuente comunicacion.

Mas no por estimar y venerar tanto á los santos antiguos y mas recónditos, se olvidaba en esta parte de los mas modernos y que vivieron y conversaron con nosotros, ó con nuestros padres y abuelos. Antes todo el tiempo que fué de la Congregacion de los santos Ritos y en todas las ocasiones trabajó mucho é instó mucho, para que se concediese la veneracion y celebridad que era razon á algunos que aun no la tenian en la Iglesia. Y muchos que ya hoy la tienen ó presto la esperan, deben mucho ó lo mas entre los hombres á la diligencia y solicitud de Belarmino. Y era de parecer que convenia al bien comun de la Iglesia, que cuando alguno muere con opinion de insigne santidad, se escriba lue-

go su vida y hechos con pública autoridad y testificacion, para que despues se pueda determinar lo conveniente con mas seguridad; porque así se tendrá mas cierta noticia de la verdad habiendo muchos testigos que conocieron al difunto; que si se deja despues á sola la fama y opinion, corre peligro de que á vueltas de las verdades se mezclen algunas cosas que no lo sean.

De San Cárlos Borromeo tenia grandísima estimacion y procuraba con todas veras imitarle en su Prelacía; y solia decir que le habia puesto Dios nuestro Señor en estos tiempos por singular dechado de santos y perfectos Prelados; y en muchas ocasiones solia repetir de él aquellas palabras: *Non est inventus similis illi, qui conservaret legem episcopalem.*

Tambien tenia singularísima estima del B. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia; y dijo muchas veces, que le causaba extraordinaria admiracion este gran siervo del Señor; y que sentia mucho no haber visto antes su vida para imitarla en el tiempo que fué arzobispo de Capua. Y realmente la vida de este gran Prelado fué tan admirable, y su gobierno tan cabal, y el amor y celo de las almas tan celestial y apostólico, que le pueden tomar por ejemplar y dechado los Prelados mas perfectos, y los que desean parecerse á los antiguos Ambrosios, Crisóstomos, y Gregorios, y á los demás que todos los siglos han admirado y venerado. Fué este Santo Arzobispo no solamente gloria de su patria, que es Villanueva de los Infantes, ni de sola su Religion, que es la de San Agustin, sino de toda España, ó por mejor decir de toda la Iglesia, y de todo el mundo. Y no tengo por pequeño testimonio de su gran-

deza esta estimacion y admiracion de nuestro cardenal Belarmino.

Estimó tambien y leyó con mucho gusto la vida de don Juan de Ribera, arzobispo tambien de Valencia y patriarca de Antioquía; y con esta ocasion buscó con mucho cuidado una carta que en tiempos pasados le habia escrito, para guardarla por reliquia. Y asimismo estimó y veneró otros semejantes varones santos.

De nuestra Compañía tambien tuvo en suma veneracion á algunos cuya santidad él conocia, y ya es conocida y celebrada en gran parte de la Iglesia. Dejo aparte á nuestro gloriosísimo patriarca San Ignacio; aunque Belarmino fué la primera ocasion de que se comenzase á venerar en público su imágen, con una plática que hizo á los nuestros de sus virtudes y excelencias (como muchas veces las solia hacer) estando presente el cardenal Baronio; el cual quedó tan movido y con tanta estima del Santo, que haciendo traer los instrumentos necesarios, él mismo por sus manos fijó una imágen suya públicamente en lo alto de su sepulcro, para que de todos pudiese ser venerada. Y de este gran Padre sentia y hablaba siempre Belarmino altísimamente, y escribió muy honoríficamente en algunas ocasiones; como se ve mas en particular en la dedicatoria de su libro *de Gemitu columbæ*, y mucho mas en el sermon 43 que es en la dominica 17 despues de Pentecostés, tratando del amor de los prójimos, en que este Santo tan maravillosamente resplandeció.

No quiero tampoco decir del insigne Apóstol del Oriente nuestro Padre San Francisco Javier (de quien en su tomo 2.°, tratando de la undécima señal de la

verdadera Iglesia, hace muy honorífica mencion, y una grave y piadosa contraposicion de este Santo al perverso Martin Lutero). Ni menos quiero detenerme en otros Santos compañeros suyos, y de nuestro Padre San Ignacio; á todos los cuales estimó y veneró Belarmino como humilde hijo y piadosísimo devoto.

De algunos de los que él mismo conoció y trató tuvo tambien grande estima y veneracion. Uno de ellos (por dejar otros muchos) fué el Padre Bernardino Realino, varon admirable en el reino de Nápoles, y prodigiosísimo en vida y en muerte (de quien en otra parte hemos hecho mencion). Al cual en vida se arrodillaba Belarmino aun siendo superior suyo; y en muerte invocaba como á santo, y guardaba por reliquias parte de sus vestiduras.

Mas con quien eran sus mas tiernas delicias cuando viviá, y sus mas dulces memorias despues de muerto, y en el un tiempo sus mas frecuentes coloquios, y en el otro sus mas fervientes ruegos, y en ambos sus mas santos y piadosos afectos, era el ángel humano ó el hombre angélico, el B. San Luis Gonzaga, heredero del marquesado de Castellon, y príncipe del imperio, y religioso humilde de nuestra Compañía, é hijo espiritual amantísimo y amadísimo de nuestro Belarmino. Confesóle muy largo tiempo; tratóle muy familiarmente; pególe y comunicóle mucho de su espíritu y heróicas virtudes; y participó y recibió mucho de su angélica vida y prerogativas celestiales; asistióle en su última enfermedad, y no le dejó en el último aliento. Despues de su muerte dió clarísimos testimonios de su celestial inocencia, de su angélica pureza, de su prodigiosa ora-

cion y contemplacion, y de su perfeccion consumada desde los primeros años de su tierna niñez. Y finalmente fué el principal promotor de su beatificacion, y el autor casi único de que se convirtiese en oratorio y lugar de veneracion el que lo habia sido de su enfermedad y muerte dichosa; y siempre en todas ocasiones honró la memoria del santo mancebo, y procuró que todos la honrasen debidamente; y experimentó en sí y en otros muchas y diversas veces la eficacia de su intercesion y el amparo de su proteccion. Tales como estos eran aquellos con quien Belarmino comunicaba, y á cuya observancia y culto se dedicaba, y con quien pasaba los mejores ratos de su vida, cuando mas solo y retirado se hallaba. Y así vino él á alcanzar la perfeccion y santidad que vamos apuntando.

CAPITULO XII.

De su perfectísima humildad.

Bien pudiera pensar alguno menos prudente y poco experimentado en estas materias, que estas grandezas y excelencias que hasta ahora hemos contado de nuestro Belarmino, le debian de ser de algun impedimento ó estorbo para ser muy humilde. Porque obras tan grandiosas en servicio de la Iglesia, empleos tan útiles en bien de los prójimos, virtudes tan heróicas suyas, y prerogativas tan ilustres, y en especial estas que últimamente deciamos, pureza tan rara de cuerpo y alma, trato tan íntimo con Dios y comunicacion tan dulce con

los Santos; no parece que vienen bien con el bajo concepto y estimacion de sí mismo, en que consiste la verdadera humildad, ó de que ella nace en nuestros corazones.

Pero á la verdad una de las cosas que, despues de la divina gracia, mas le ayudaban á ser en extremo humilde (como lo fué) era aquella pureza de su vida, y aquella comunicacion que con los Santos tenia. Porque todas estas tres cosas le hacian divisar, conocer, y sentir maravillosísimamente su imperfeccion. Esta última, conociendo las perfecciones y excelencias de los Santos, con los cuales solia muchas veces cotejar sus obras, para mejor ver sus defectos y menguas; la primera, penetrando con perspicaces y limpios ojos mucho de la pureza y santidad divina, á quien debia conformarse y asemejarse; delante de la cual se hallaba del todo inmundo é indigno de ser mirado; y finalmente por la segunda reconocia, que si algo bueno se hallaba en él, todo era de Dios, y derivado principalmente de su divina gracia; porque él de su cosecha veia no tener otra cosa mas que flaqueza y miseria.

De todo lo cual le nacia el sentir bajísimamente de si mismo, y el tenerse por del todo indigno de honra y estimacion, y huir lo posible de ella; y hablar de sí segun lo que tenia concebido; é inclinarse y abajarse á obras correspondientes al mismo concepto, y tratarse con admirable moderacion y llaneza, en cuanto decentemente le permitia la dignidad en que estaba puesto; y finalmente el desear otro estado mas conforme á su pequeñez; y otras muchas cosas de este género. De todo esto queda mucho dicho en varias partes de esta histo-

ria; pero no se excusa volver á tratar de esto mismo en este lugar, para que mas y mas nos admiremos de las grandezas de este excelente siervo del Señor, y tengamos mas y mas que imitar los maravillosísimos ejemplos del que, cuando tan grande y tan precioso era en los ojos de Dios y de todos los hombres, era tan pequeño y tan vil en los suyos, y huia tanto de la honra y alabanza que por tantos títulos merecia.

Y comenzando por aquí, no habia ambicioso ni vanaglorioso alguno que tanto procurase ó desease la honra y alabanza humana, como Belarmino la rehusaba y huia. Recien hecho Cardenal le convidaron nuestros Padres del Colegio Romano para hacerle alguna fiesta al propósito de la ocasion, como en otras no tan apretadas lo suelen hacer. Mas él, temiendo oir sus alabanzas, jamás quiso aceptar el convite, sino con condicion, que todas las poesías habian de ser sobre aquellas palabras de tanto desengaño del profeta Isaías: *Omnis caro fœnum, et omnis gloria ejus quasi flos agri.* Y así se hubo de hacer.

Tampoco quiso consentir jamás, que al principio de sus libros se pusiesen versos ni otros elogios, que algunos hombres doctos y aficionados suyos componian en alabanza suya y de sus escritos. Y en este género baste para prueba el saber que nunca quiso admitir á este propósito una cancion latina muy elegante y grave que el mismo Urbano VIII, que hoy preside en la Iglesia católica, compuso á su libro *De ascensione mentis in Deum*, y la estampó despues entre las demás de sus poesías, poco antes de subir al Sumo Pontificado.

Entre los demás papeles suyos que quedaron en poder

de su confesor, se halló un billete, en que le pedia con todo encarecimiento, que no permitiese que se enviasen al impresor de Colonia ciertos versos en alabanza suya: y le da dos razones para que no se envien. La primera, porque podrian algunos escandalizarse, imaginando que con su consentimiento se publicaban semejantes alabanzas suyas; siendo así que no permite la sagrada Escritura que ninguno sea alabado en vida ni mientras dura esta dudosa pelea: y así dice: *Lauda post mortem, lauda post victoriam.* La segunda, porque no podia él creer que fuese verdad lo que de él y de sus libros se decia en aquellos versos: y que así no podia consentir que de ninguna manera saliesen á luz.

La misma resistencia hizo para que en sus libros no se estampase imágen ó retrato suyo, como muchos deseaban. Así lo testifica él mismo en una epístola por estas palabras: *Effigiem meam ante libros, quos impressi, semper equidem depingi vetui, tametsi rogaverint multi. Cum è vivis discessero, posteri de me statuant, ut velint.* Esto mismo rehusó en todas las demás ocasiones. Por donde á cierta persona que le pedia con instancia un retrato suyo, le respondió harto graciosamente (como en ocasion semejante lo hizo San Paulino) preguntándole, ¿si queria el retrato é imágen del hombre viejo, ó del nuevo? y añadiendo, que la del hombre viejo era tan fea y disforme que no estaba para ser vista; como ni tampoco la del hombre nuevo, por no estar aun perfecta ni acabada, sino muy imperfecta é informe.

Mas aunque con su diligencia y cuidado pudo evitar que en los libros no se pusiesen pinturas ni alabanzas suyas, pero no pudo ser bastante á reprimir las lenguas

y plumas ajenas, para que en diversas ocasiones de muchas maneras no le alabasen y engrandeciesen y nos dejasen muy vivos traslados y dechados de sus virtudes y merecimientos. Los cuales muchas veces le era fuerza verlos y oirlos, aunque siempre con increible sentimiento suyo. Así lo mostró (por dejar otros infinitos testimonios) en una carta que escribió al Palatino de Inobuladislavia, donde entre otras le dice estas palabras: Mucho he sentido lo que por la suya he entendido, que muchos me estiman en mas de lo que soy delante de Dios. Porque (como muchas veces decia San Francisco) tan grande es el hombre real y verdaderamente, como es delante de Dios, y no mayor ni menor. Ruegue, señor mio, á la divina Majestad que tenga misericordia de mí, y por su infinita misericordia me haga tal, como muchos buenos piensan que soy. Aquel mi librillo, sin merecerlo, ha sido de mucho gusto á todos los hijos de la Santa Iglesia: plegue al Señor que les sea de mucho provecho. Esto dice en aquella carta. Y el mismo y mayor sentimiento mostró siempre en ocasiones semejantes, cuando se veia estimar ó alabar de otros.

De sí mismo y de sus cosas hablaba con notable moderacion y desprecio. Y siendo tanto lo bueno que Dios obraba en él, era recatadísimo en descubrirlo á nadie, fuera de sus confesores y padres espirituales. Bien es verdad que como él era tan sincero y cándido y tan amigo de la verdad, no les fué muy dificultoso á algunos el sacarle con traza y buen modo hartas cosas bien particulares y señaladas de su interior y de las mercedes que Dios hacia á su alma. Pero estas mismas las decia con un modo tan sencillo y llano, y deshaciéndo-

las y aniquilándolas tanto, que los que le oian no menos se admiraban y edificaban de su sinceridad y candidez que de su humildad y desprecio de sí mismo.

De esta manera le persuadió el Padre Mucio Viteleschi (que ahora es Prepósito general de nuestra Compañía, y fué íntimo amigo suyo) á que escribiese un comentario ó memorial de toda su vida y de las cosas mas memorables que le habian acontecido: proponiéndole que era fuerza que en nuestros Anales se escribiese no poco de sus cosas; y que si él mismo no daba luz y noticia de la verdad, era muy contingente que los historiadores se alargasen y encareciesen mas algunas cosas suyas de lo que la razon y la verdad requerian: y así que seria mejor y mas servicio de Dios y de la Religion que él mismo tomase en parte este trabajo, y escribiese lo que de sí sabia. No supo replicar á estas razones el humilde y sincero Cardenal; y así hizo lo que el Padre le pedia, y escribió no poco de su vida. Aunque sin duda se dejó muy mucho de lo que mas quisiéramos saber. Y en aquello que escribió resplandece grandemente su humildad. Porque (dejando otros indicios y argumentos) nunca en todo ello se nombra á sí mismo, como si escribiera de alguno otro: y finalmente acaba todo aquel memorial con estas palabras: Esto ha escrito N. rogado de un su amigo y hermano, en el mes de junio de mil y seiscientos y trece. No ha dicho nada de sus virtudes, por no saber si realmente tiene alguna: ni tampoco de sus vicios, por no ser ellos para escribirse. Y plegue á Dios que se hallen borrados en el dia del Juicio. Amén. Ruegue por mí al Señor de todos.

De aquel don tan singular que dijimos que tenia de

decir gracias y donaires tan á tiempo y sazon y tan sin perder de su autoridad y gravedad y tan sin ofender ni lastimar á nadie, se valia en gran parte para su humillacion y desprecio. Porque con esto deshacia y echaba por alto sus alabanzas y excelencias, cuando de algun dicho suyo ó ajeno se podian colegir: y con esto asimismo sacaba á luz y celebraba algunos defectos y faltas suyas, que otros no sabian ni reparaban. De suerte que con sus chistes y donaires á ninguno picaba ni deslucia sino á sí mismo. De lo cual pudiéramos contar hartos singulares, y en materias y ocasiones harto importantes.

De sus libros y escritos no solamente no hablaba magníficamente, mas no gustaba de que otros se los alabasen y engrandeciesen. Solo se holgaba de saber que fuesen provechosos: porque el motivo principal y casi único que tenia en componerlos y sacarlos á luz, despues de la gloria divina, era el provecho de los prójimos.

Cuando le contradecian alguna cosa ú opinion de las que tenia impresas, lo oia sin pesadumbre ni desabrimiento; y daba la razon, si le parecia tenerla, sin inquietud ni perturbacion; y si despues de haberla dado, todavía le resistian, cesaba luego, sin querer porfiar mas, diciendo, que fuese como quisiesen. Y lo mismo hacia, cuando le preguntaban alguna duda ó dificultad, ó la explicacion de algun lugar de la sagrada Escritura, ó de algun otro autor, cosa semejante: que despues de haber dicho su sentimiento, y lo que le parecia bastante para satisfacer á la pregunta, sin hacer ostentacion inútil de varia doctrina y erudicion (que de esto tambien fué siempre muy enemigo), si le contra-

decian, daba sencillamente su razon; y si no se la admitian, callaba luego y lo dejaba, sin querer mas porfiar.

Esto hacia cuando juzgaba que la razon estaba de su parte. Mas cuando entendia no tenerla, facilísimamente se rendia al parecer contrario; aunque á juicio de otros hubiese de perder algo de su autoridad. Y tal vez le sucedió, siendo mozo y estudiante, en unas conclusiones públicas que defendia, confesar ingenuamente que no tenia qué responder al argumento del contrario, porque le parecia que aquella era la verdad; aunque pudiera bien fácilmente con la agudeza de su ingenio ofuscarla y escaparse de muchas maneras, como otros suelen hacer. Y otra vez habiendo contendido con una persona docta y grave sobre la inteligencia de un lugar de Santo Tomás, mirándolo despues mas de espacio y hallando que el contrario tenia razon, llanamente se lo escribió confesando su ignorancia. Y de este mismo espíritu le nació el componer aquel libro de sus Retractaciones (en que retracta y corrige, ó declara y explica mas, algunas opiniones y modos de hablar de sus escritos) no solo por imitar al B. S. Agustin, sino tambien por sujetarse al parecer ajeno y rendirse á la razon y verdad adonde quiera y cuando quiera que la reconoció.

Y esto mismo le hacia buscar los pareceres de otros y seguirlos tan sencillamente en la censura de sus libros y otras cosas que queria sacar á luz: como lo tocamos en otra parte, y lo advirtió y admiró Monseñor Rafael, Obispo de Zante, y lo testificó por estas palabras: En el Ilustrísimo cardenal Belarmino era una cosa de singularísima maravilla y extraordinario estu-

por, que siendo en la doctrina y erudicion el mas eminente sujeto de la edad presente, conocido y estimado por tal de todo el mundo, con todo eso sujetaba sus obras y escritos al parecer de otros, y los hacia ver y censurar rigurosamente y recibia las advertencias que le daban con gusto muy particular, y con tanta sumision como si fuera una persona simple é ignorante; y agradecia extraordinariamente lo que le advertian.

Y esta manera de humildad (que tan rara suele ser, en especial en personas tan doctas) no solamente la tenia y mostraba Belarmino con los hombres de mucha autoridad y doctrina, sino tambien con cualesquiera otros. Entre sus escritos se halla una carta que escribió á Baltasar Moreto, impresor de libros en Amberes, en la cual remite á su parecer el mudar algunas cosas de su libro *De felicitate Sanctorum*, que entonces le enviaba: y le dice que le dé á la estampa, si le juzgare por digno de salir á luz. Y á este modo se remitia y sujetaba al parecer de otros, el que á todos le podia dar con tanta eminencia; y mostraba tan poca estimacion de sus obras, siendo ellas tan dignas de ser estimadas, como todo el mundo testifica.

Pero no era corto ni escaso en estimar ni alabar las obras de los otros; antes las leia con mucho gusto, y las loaba con mucha liberalidad, y las preciaba como era razon; y á sus autores mostraba el agradecimiento y aplauso que era justo, como ya hemos otra vez significado.

Mas no se quedaba su humildad solamente en sentimientos ó en palabras; á las obras tambien se extendia. Antes en las obras humildes se cebaba con mas gus-

to. Y á no condescender con el puesto y dignidad en que estaba (de cuyo lustre y decoro fué siempre bastantemente celoso) á muchas mas cosas y obras de humildad se bajara. Con todo eso era frecuente en muchas en que los de su suerte son muy raros, y con que causaba notable admiracion y edificacion al mundo. Aquel predicar la palabra de Dios en la iglesia de su título siendo Cardenal en Roma: aquel enseñar los principios de la Doctrina Cristiana á los niños é ignorantes siendo Arzobispo en Capua: aquel tratar y comunicar con los pobres y desvalidos con tanta llaneza y benignidad (hasta hacerles sentar á su lado, acercándoles él mismo muchas veces la silla con sus mismas manos, y aun si eran viejos ó enfermos, hacerles á ellos sentar estándose él mismo en pié, si no habia comodidad de estar ambos sentados): aquellas tantas otras señales y demostraciones de igualdad y hermandad con todos, aun con los mas humildes y bajos de la tierra; ó por mejor decir de inferioridad y sujecion á muchos, que en todo le eran muy sujetos é inferiores. A sus mismos criados y familiares se rendia en muchas cosas, y aun parece que en algunas tenia hecho voto de obedecerles. A los mas bajos y abatidos de su casa visitaba y acariciaba en sus enfermedades; y lo mismo hacia con otros muchos de la ciudad cuando estaban enfermos ó necesitados.

Cuando le pedian que favoreciese alguna causa pia ó amparase el derecho de alguna persona pobre, aunque muy fácilmente pudiera hacer llamar aquel ó aquellos con quien se habia de negociar, ó por lo menos bastara enviarles alguno de sus familiares que con ellos lo tra-

tase, con todo eso solia muchas veces ir él mismo en persona á hablarles, sin reparar en su autoridad. Por donde habiendo de tratar una vez cierto negocio con el Pontífice á instancia de un hermano coadjutor de la Compañía, y siendo necesario informarse del hermano acerca de no sé qué puntos, le fué á hablar él mismo á nuestra casa no sé cuántas veces, pudiéndole tan fácilmente hacer llamar á la suya. De la misma suerte para negociar que volviese á su monasterio cierto religioso que andaba huido de su Religion, fué él mismo en persona á hablar al procurador de aquella Religion y tratar con mas eficacia de este negocio. Dando en esto muestras no menos de su entrañable caridad que de su profunda humildad, como en otras infinitas cosas.

A nadie despreció jamás ni le trató con menos agasajo y cortesía por ser pobre ó mendigo; antes á estos en cierta manera honraba y agasajaba mas (no dejando de hacer con todos la diferencia que, segun la prudencia, pedia el estado de cada uno): porque decia que no sabemos si acaso debajo de aquellos andrajos está escondido alguno que tenga mas gracia de Dios, y sea mas agradable á los divinos ojos. Y por esta misma razon se esmeraba notablemente en honrar y acariciar á las personas de eminente virtud, y que eran tenidos por grandes siervos de Dios.

No menos mostraba su humildad en la llaneza y moderacion que guardaba en su persona y familia y en todo lo á esto tocante, como ya otras veces hemos apuntado. Su vestido muy pobre, su comida muy parca, su casa muy estrecha, su adorno muy moderado, sus muebles muy precisos, sus alhajas muy comunes, sus gastos

muy medidos, sus excesos ningunos. No tenia regalos ni extraordinarios en su mesa; no otras vajillas sino de barro; no vestidos de seda ni de otra materia preciosa en su persona ni en su familia; no galerias ni camarines curiosos en su Palacio, no pinturas exquisitas, no colgaduras ricas ni lustrosas; sino solamente unos pobres tapices viejos y unos pocos cuadros de Santos mas devotos que curiosos. Las carrozas eran muy modestas y llanas, los palafreneros vestian de la misma suerte, y no llevaban espadas ni otras ostentaciones de grandeza; el acompañamiento y cortejo gustaba que fuese muy moderado. Y muchas veces pidió y rogó á los Obispos y Prelados y otras personas de cuenta que venian á cortejarlo y acompañarlo cuando salia á las acciones públicas, que se estuviesen en sus casas y no tomasen aquel trabajo; que él no habia menester ir con tan grave y honrado acompañamiento. Aunque no por esto dejaban de acompañarle con mas gusto, admirados de su virtud y rara modestia, que en esto y en todo lo demás maravillosamente resplandecia.

Finalmente, echó el sello á toda esta materia con aquellos vivos deseos que siempre tuvo de renunciar la dignidad, y aquellas ansias tan continuas de volverse al retiro de la Religion, donde dejado y olvidado de todo y de todos pudiese vacar solamente á Dios y á sí, y disponerse para el último trance de su vida y para la cuenta que habia de dar al Supremo Juez. El tumulto de la corte le consumia, la grandeza de la dignidad le oprimia, el lustre de la púrpura le abrasaba, el verse estimado y honrado le acababa y quitaba la vida. La quietud y humilde retiro de la Religion era antigua-

mente todo su contento y alegria, y ahora todo su deseo y felicidad. Acordábase tras esto del tiempo que estuvo retirado en su Arzobispado trabajando fervorosamente con sus ovejas, y empleado en oficios de insigne caridad y humildad: y á esto tambien anhelaba. Y cuando ni de esto tampoco tenia esperanza, tenia y mostraba una santa envidia á los pobres oficiales que veia pasar con sus loables trabajos en una dichosa medianía y mediocridad, sustentándose á sí y á sus familias en temor de Dios con el sudor de su rostro y justa ocupacion de sus manos. Y esta decia él que era una vida de las mas quietas que en el mundo hay y de las mas seguras para alcanzar la vida eterna, especialmente llegándose el ejemplo de aquel Señor de quien se dijo que era *Faber, et filius fabri.* Y á estos decia él que envidiaba mas que á los Pontífices y á los grandes Príncipes de la tierra. Tanta era su inclinacion á toda llaneza y humildad.

CAPITULO XIII.

De su mansedumbre y paciencia, y caridad con los que le ofendian y agraviaban.

Con mucha razon el Beato San Anselmo tratando de la humildad puso por los supremos grados de ella el sufrir con paciencia y mansedumbre el ser tratado con desprecio, y el holgarse y gozarse de ello. *Ut æquanimiter patiatur contemptibiliter se tractari: et ut hoc amet.* Porque como bien dice San Gregorio Magno, citado y aprobado por el angélico doctor Santo Tomás, no hace-

mos mucho en ser humildes con los que nos honran y estiman; la gracia es que lo seamos con los que nos desprecian y persiguen. *Non grande est, iis nos esse humiles, à quibus honoramur; quia et hoc seculares quilibet faciunt sed illis maxime humiles esse debemus, à quibus aliqua patimur. Nam Psalmistæ dicit: Vide humilitatem meam de inimicis meis.* No le faltó pues esta gracia á nuestro Belarmino, ni se echó menos en él este tan precioso grado de humildad. Paciencia tuvo y mansedumbre con los que le despreciaron, y gusto y alegría en sus desprecios; y además de esto caridad maravillosa con los que le persiguieron: mirando siempre mas por su decoro y crédito de ellos, que por su propia fama y reputacion.

Denunciaron ciertas personas á Su Santidad una opinion que Belarmino tenia impresa en sus libros, diciéndole que era nueva y seguida de pocos ó ningunos autores de consideracion. Y á la verdad la opinion era muy segura y la mas comun entre los santos Padres y Doctores Escolásticos. Sino que á veces algunos poco leidos y menos aficionados juzgan y publican por novedades y temeridades, cosas que están fundadas ó expresas en los mas de los Doctores mas graves y antiguos. Su buena intencion, ó por lo menos su ignorancia, los podria en parte excusar. Avisó un íntimo amigo al cardenal Belarmino de lo que pasaba: persuadiéndole, que pues tenia tanta mano y entrada con Su Santidad, buscase alguna buena ocasion para defender su partido (pues era lo mismo que volver por la verdad) y le diese razon de su opinion. Mas no lo pudo recabar del humilde y caritativo Cardenal. Porque le respondió, que

si el hablar él al Papa en aquella materia, habia de ser con descrédito de otros, no podia venir en ello; pues Cristo nuestro Señor nos enseña y encomienda que volvamos bien por mal: y si lo habia de hacer en abono de su crédito y reputacion propia, mejor era no hablar palabra; pues cuanto mas crédito perdiese, mas mérito ganaria delante de Dios. Y en efecto así lo hizo: que aunque el mismo Pontífice metió plática de aquella materia hablando con Belarmino, él no se dió por entendido, ni habló una sola palabra en abono ni defensa suya.

El mismo silencio y mayor paciencia y mansedumbre guardó en otra ocasion mas pública que se le ofreció en la Iglesia de Santa María Traspontina que es de los frailes Carmelitas. Fué una vez convidado de aquellos Padres con otra mucha gente grave á unas conclusiones de Teología. Y estando arguyendo no sé quién, llegó el negocio á términos, que ya no hacia sino dar voces y porfiar cansadamente, sin impugnar la solucion que le daban, ni pasar adelante. Rogóle entonces el cardenal Belarmino con harta cortesía y mansedumbre que lo dejase, pues ya no añadia cosa de nuevo. Y el hombre, sentido de esto notablemente y ciego de la cólera, dijo primero entre dientes no sé qué palabras contra el Cardenal, y despues dijo claramente, que habia de rogar á Dios que nunca jamás fuese Papa. Ofendió este dicho y esta libertad extrañamente á muchos Cardenales que presentes estaban. Mas el buen Belarmino lo oyó con toda la paz y mansedumbre del mundo, sin alterarse un punto ni tratar de responderle palabra ni hacer demostracion alguna. Aunque el cardenal Milino, Vicario

de Su Santidad que presente estaba, le hizo callar, y le reprehendió y amenazó severamente por su libertad y descompostura.

A propósito de estas ocasiones que se solian ofrecer, cuando algunos le persuadian que volviese por sí y no dejase menoscabar su reputacion, y el respeto y reverencia que se debia á su persona y dignidad; solia muchas veces decir el cardenal Belarmino, que valia mas una onza de caridad, que una libra de reputacion; y que no se debia perder ó disminuir un atomo de la gracia de Dios por toda la estimacion y crédito de los hombres. Y fundado en este principio sufrió muchas veces con increible mansedumbre muchas cosas, que al parecer de muchos hijos de este siglo eran muy indignas de su persona y mucho mas de su dignidad. Mas el buen Cardenal como era alumbrado con otra luz superior, y enseñado de otra sabiduría mas levantada, por todo pasaba con admirable igualdad y tranquilidad; sabiendo y conociendo muy bien, que la prudencia de la carne nos suele muchas veces engañar en esta parte, haciéndonos pensar que volvemos por la honra de Dios y por el crédito de nuestra Religion ó dignidad, cuando realmente contendemos por nosotros mismos y peleamos en defensa de nuestra propia estima y reputacion. Y de esta maravillosa paciencia y mansedumbre de Belarmino pudiéramos contar innumerables ejemplos muy ilustres; mas contentarnos hemos con uno solo que fué muy continuado.

En las Juntas y Congregaciones á que asistia Belarmino, habia entre otros cierto Cardenal, que mostraba tenerle emulacion y hacerle punta en materia de doc-

trina; aunque á dicho de todos le era en esto grandemente inferior. Contradecíale en todas las ocasiones; hablaba con poca estima y aun con manifiesto desprecio de sus pareceres; y á vueltas de esto no pocas veces le decia palabras bien pesadas y bien ajenas, no solamente de la persona y dignidad de Belarmino, sino tambien de aquel lugar y de aquel auditorio tan grave. Y tanto mas adelante pasaba esto, cuanto mas nuestro Cardenal callaba y sufria. Que á veces de la mucha virtud de los buenos toman ocasion, los que no la tienen tan grande, para desmandarse y ejercitarlos mas. Ofendíanse de esto grandemente los demás Cardenales; y muchos de ellos culpaban á Belarmino de pusilánime y encogido, pues no le resistia ni iba á la mano, pudiéndolo hacer tan fácilmente y aun confundirle con sola una palabra. Por lo cual uno de ellos habló una vez al Padre Mucio Viteleschi, que entonces era asistente de Italia, y le pidió, que pues tenia tanta amistad y mano con el cardenal Belarmino, le persuadiese que pusiese remedio en aquel desórden, y que con aliento y denuedo resistiese á aquel su contrario, y le hiciese que le respetase como era razon.

Hizo el Padre Mucio este oficio con las veras que convenia: habló á Belarmino, y trújole muchas razones para persuadirle que mirase, como era justo, por su reputacion. Oyóle él con mucha atencion: y al fin con una boca de risa, y señalándole primero un dedo, y luego todo el brazo, le dijo: Mas vale, mi Padre Mucio, un tantico de caridad, que tanto de reputacion: y así no me parece justo hacer otra cosa. Replicó el Padre, que él no queria de ninguna suerte que hiciese nada

contra la caridad, sino que solamente defendiese su verdad y justicia, pues esto era tan lícito y permitido. Con todo eso, concluyó el Cardenal, que esta era una materia muy delicada; y cosa muy dificultosa en estas ocasiones no declinar á la parte contraria, y no hacer un hombre su propia causa pensando que hace la de Dios. Y en efecto se quedó en su primera determinacion de sufrir y callar, hasta que Dios le mostrase otra cosa, ó lo remediase de otra manera. Supo esto el otro Cardenal amigo, y admirado y edificado extrañamente dijo, que aquella era una admirable y santa policía, totalmente nueva y no conocida en la corte; y que aquel era mas que hombre. Mas Belarmino como habia aprendido en la escuela del cielo, que la sabiduría de este mundo y de la carne causa la muerte, se gobernaba por muy diversos principios, y caminaba por sendas mas levantadas.

Lo que solamente de aquí sacó fué un entrañable sentimiento de que se hubiese reparado y se dijese que entre dos Cardenales habia emulacion y sentimiento. Y pareciéndole esto muy contra la caridad, y mas contra el buen ejemplo que principalmente las personas eclesiásticas deben dar en estas materias; procuró de allí adelante ganar la voluntad á aquel Cardenal por todos los medios y caminos que le fueron posibles; haciéndole todo el bien que pudo, y hablando de él en ausencia y en presencia muy honorificamente, honrándole y agasajándole con mil maneras de cortesías y cumplimientos, asiéndole muchas veces la mano en señal de benevolencia y amistad, y finalmente sufriéndole con maravillosa mansedumbre y afabilidad. Y de esta suerte

envolviéndose él en las cenizas de su humildad y sufrimiento, ponia brasas sobre las cabezas de sus contrarios, conforme al consejo del Espíritu Santo, bastantes á enternecer la mayor dureza, y á domar la mayor rebeldía.

Una vez que todos le aconsejaron, y él mismo juzgó que era precisamente necesario responder á uno de estos contrarios, para mayor gloria de Dios; lo hizo con tanta circunspeccion y mansedumbre, que casi es de otra tanta ó mayor edificacion. Habia en Roma cierto religioso que publicaba por la corte y en otras partes, que el cardenal Belarmino obligado de la fuerza de sus argumentos habia mudado opinion en la materia *de Auxiliis*. Esta calumnia en cosa tan importante, bastante á descomponer á cualquier hombre cuerdo, no lo fué para alterar á Belarmino, ni para disminuirle un punto su crecida caridad. Acudieron á él los amigos afeándole aquel caso, é incitándole á que volviese por sí y por la verdad. Mas no le pudieron persuadir á que hiciese cosa alguna ni se defendiese. Hasta que le pusieron delante el daño que aquella fama podia hacer en la Iglesia, y especialmente en las regiones septentrionales. Y con esto se persuadió á poner remedio en esto. Y lo que hizo fué, llamar aquel religioso, y delante de dos solos testigos, que tenian noticia del caso, hablarle con toda mansedumbre, y traerle á la memoria todo lo que entre los dos habia pasado acerca de aquella materia: lo cual el religioso no pudo negar. Y con esto echaron de ver los testigos, que habia habido mas razon para que el religioso quedase convencido con los argumentos del Cardenal y mudase de parecer. Y por lo menos

sirvió esto para que él quedase reprimido; y para que Belarmino diese mas claras muestras de su grande ciencia y sabiduría, y no menos de su paciencia y mansedumbre.

Haciendo mencion de estas cosas el eminentísimo y reverendísimo señor cardenal Zapata (poco há inquisidor general de España, que entonces en Roma asistia á muchas de aquellas juntas) suele decir, que cuando él no hubiera visto en Belarmino otra cosa digna de alabanza sino aquella prodigiosa humildad, paciencia y mansedumbre, que en las contradicciones de otros Cardenales menos doctos mostraba, y en las palabras acedas y picantes que le decian, y otros agravios y sinrazones con que le ejercitaban; por ella sola le juzgara por gran Santo y muy digno de que fuese canonizado y propuesto á los fieles por un rarísimo y maravillosísimo ejemplo de perfeccion. Bien que tambien cuenta de él otras admirables virtudes, y refiere algunos de sus dichos y donaires, que todos huelen á santidad.

Mas aquella mansedumbre y paciencia tan extraordinaria no le nacia de poco ánimo ó de encogimiento ó cortedad, como algunos pudieron pensar, sino de verdadera virtud, de humildad, y caridad, y otras semejantes. Porque en lo demás, cuando no se atravesaba su propia estimacion ó interés, sino la gloria de Dios, ó la libertad eclesiástica, ó la exencion y decoro de la dignidad y prelacía, ó la defensa de la justicia ó de la inocencia, ú otras causas piadosas y loables de este género; bramaba y braveaba como un leon, y arrojaba rayos de justo sentimiento é indignacion, con que aterraba y asombraba á los mas poderosos y arrogantes.

De todo lo cual pudiera contar hartas particularidades; pero déjolas por abreviar, y por proseguir otro poco el intento que llevábamos.

No era mayor su mansedumbre y paciencia en oir y sufrir contumelias é injurias, que su presteza y facilidad en olvidarlas y sepultarlas, ni que su ardentísima caridad en recompensarlas con buenas obras. Podria bastar para confirmacion de esto una carta original que he visto, y cuyo traslado tengo en mi poder, escrita en ocasion harto á este propósito. Un hereje de los que levantaron á Belarmino aquellos atrocísimos falsos testimonios, de que hicimos mencion en el capítulo cuarto del libro segundo, últimamente vino á tener escrúpulo del notable agravio que habia hecho á tan grande y excelente varon; y aunque no se redujo á la fe y verdad católica, deseó alcanzar perdon del santo Cardenal. Tanto como esto le estimulaba su temeridad pasada. Puso por medianero á un religioso de Santo Domingo llamado Fray Reginaldo de Curia; el cual hizo su oficio escribiendo en razon de esto á nuestro Cardenal. Y él con una caridad seráfica ó apostólica le respondió la carta que me ha parecido poner aquí con sus mismas palabras latinas, porque están arrojando rayos de esta celestial virtud de que vamos tratando. Dice pues así:

Reverende Pater. Scribo manu propria, ut ille, qui sibi culpam à me dimitti cupit, certior esse possit optimæ meæ voluntatis in ipsum. Itaque ex toto corde, et Deo ipso teste, in cujus conspectu sto, culpam omnem ei dimitto. Et etiam si hominem nossem, et possem de illo vel per me ipsum, vel per magistratum, pœnam sumere,

nullo modo id facerem; sed contra potius, si mea opera indiguerit, libentissime ei præstabo. Jam enim à longo tempore didici, diligendos esse inimicos non verbo et lingua, sed opere et veritate; et non esse reddendum malum pro malo, sed potius bonum pro malo, et vincendum esse in bono malum. Et Vestra Reverentia illi nomine meo dicat, me Deum oraturum, ut etiam ille ei culpam condonet. Quod tamen non spero futurum, nisi à tenebris hæreticæ pravitatis ad veræ atque orthodoyæ Fidei lucem convertatur. His valeat, et memor mei in suis sanctis precibus sit. Datum Romæ die 10 Julii, an. 1615.

R. V. Frater in Christo.

Robertus Cardinalis Belarminus.

Esto escribió á aquel religioso en razon de perdonar al hereje que tan atrozmente le habia calumniado y agraviado. Por donde no es ya tanto de maravillar lo que en este género hacia con los católicos.

Jamás se le oyó queja ni murmuracion de los que le agraviaban y ofendian. Y cuando no podia del todo excusar el hecho, excusaba la intencion, conforme al consejo de San Bernardo; y decia que podria ser que la tal persona no solamente no hubiese pecado en aquel hecho, sino antes quizá merecido delante de Dios, el cual mira principalmente los corazones.

Acontecia algunas veces venir alguno de los que se le daban por amigos, muy sentido y quejoso de su demasiado sufrimiento, y comenzar á ponderarle la grandeza del agravio que le hacian, ó de la contumelia que le habian dicho, ó poco respeto que le habian tenido

á su persona y dignidad; y el santo Cardenal procuraba luego al punto con todas veras quietarle y sosegarle, y atajar la plática. Y cuando esto no podia por venir el otro muy colérico y turbado, entonces ó realmente se dormia ó por lo menos hacia del dormido, para mostrar lo poco que gustaba de aquella plática, y para darle espacio para que se moderase y amansase. Y cuando ya le parecia que era tiempo, despertaba, y con buenas razones le acababa de poner en razon y de pacificarle con su prójimo.

Acabaré esta materia con una cosa que para mí es de grandísima edificacion en razon de lo que él mismo deseaba y procuraba pacificarse con sus prójimos y amarlos con entera caridad. Sentia en un tiempo no sé qué aversion de ánimo y desamor con cierto prelado (y sus obras se lo debian de merecer bastantemente); y entre otros medios que tomó para cobrarle amor y aficion, uno fué encomendar á un confidente suyo que se informase de alguna virtud ó buena obra de aquella persona, y que se la contase y refiriese. Y con esta relacion y memoria del bien de su prójimo, procuraba cobrar buen concepto de él, y aquella estima y aficion que era justo y Dios le mandaba. Bien diferente de lo que solemos hacer los hijos de Adan; que comunmente ponemos los ojos en los vicios y defectos de los otros, y los apartamos de las virtudes y buenas calidades que tienen, especialmente cuando nos han agraviado ó no los queremos bien; habiendo de ser al contrario; pues ninguno hay tan malo ni defectuoso, que no tenga algo bueno y loable, que nos pudiera llevar los ojos y aficionar el corazon.

De esta misma interior humildad y de esta entrañable mansedumbre y paciencia, le nacia á Belarmino aquel sufrimiento y serenidad que siempre guardó en sus enfermedades y dolores, y en otras muchas ocasiones, en que otros suelen bien mostrar que son hombres é hijos de Adan. En sus enfermedades y achaques (que no le faltaron, y bien pesados) jamás se le oyó palabra menos sufrida, ni se le vió accion menos compuesta; antes una paciencia admirable, y una rara conformidad con la voluntad divina, y una extraordinaria obediencia y sujecion á los médicos y enfermeros, y á todas sus órdenes y preceptos; que á veces son mas pesados que las mismas enfermedades y achaques.

Una vez siendo religioso tuvo una manera de pasmo y gravísimo dolor en un brazo; y otra siendo Cardenal le tuvo desconcertado y muy dolorido (de una caida que dió yendo á visitar á Sublaco por devocion de San Benito): y ambas veces fué grandísima la edificacion que con su paciencia causó; porque aunque el dolor era tan grande que le hacia saltar las lágrimas de los ojos; mas nunca le sacó una leve palabra de sentimiento de la boca, ni una pequeña impaciencia del corazon. Antes la primera vez estando muy cierto, como él mismo dijo, que si se lo pedia á nuestro Señor, le habia de aliviar y aun quitar el dolor, no se lo quiso pedir, por mas sencillamente conformarse con su santísima voluntad, y tener aquello que padecer por su amor. Y la segunda vez lo que solamente le daba pena era no poder decir misa, porque no podia levantar ni menear el brazo. Mas pidió y alcanzó licencia de Su Santidad para poderla decir alzando la hostia con solo un brazo; con

que quedó consoladísimo, y casi no haciendo ya caso de su achaque y dolor.

No quiero ya añadir mas de la paciencia y mansedumbre que guardaba en las faltas que le hacian sus criados, y en las molestias que le daban los negociantes, y en los enfados que otros mil; sin que jamás se le oyese palabra áspera con los unos, ni desabrida con los otros, ni se le viese accion ni significacion de movimientos menos concertado con ningunos. Basta decir que como era verdadero humilde, á todos estimaba mas que á sí, y de ninguno le parecia que sufria agravio, ni que padecia falta alguna, que no lo tuviese muy merecido.

CAPITULO XIV.

De cuán despegado estuvo de afectos carnales y terrenos, y ajeno de toda codicia y deseo mundano.

Quien viere el despego que el cardenal Belarmino tenia de todos los afectos de carne y sangre, y el desprecio de todas las cosas de la tierra, bien podrá decir que en cierta manera fué mas que hombre, y que pasando de vuelo todo esto caduco y visible, habia hecho en lo eterno y celestial asiento y morada para su corazon. Allá habitaba, porque allá reconocia su tesoro: celestial era, pues tan poco se apegaba á lo del suelo: espiritual era y casi todo espíritu, pues la carne y sangre tan poco le tiraba ni detenia: mucho tenia de angé-

lico y aun de divino, pues tan poco le movian los afectos humanos.

Era esto de manera que algunos de sus familiares, viéndole siempre con tanta paz y tranquilidad, y con tanta igualdad de ánimo en los sucesos mas desiguales y contrarios de las cosas de esta vida, le juzgaban por insensible, ó por un hombre atónito y enajenado. Mas á la verdad no era sino efecto de una muy arraigada virtud y de una muy valiente mortificacion, con que por largo tiempo se habia ido á la mano y moderado sus afectos, y reducídose á no amar ni querer cosa alguna de este siglo, sino solo en Dios y por Dios. Así lo conocieron los mas advertidos en muchas ocasiones; y él mismo lo significó en una carta que siendo ya Cardenal y Arzobispo escribió á su primo don Antonio Cervini, la cual comenzó con estas palabras: «Si en cuarenta años qué he vivido en la Religion no hubiera aprendido á moderar mis afectos y mortificar mis pasiones, y á estimar las cosas de este mundo en lo que valen y no mas, fuera por cierto un muy mal Prelado: especialmente estando obligados los Prelados á mayor perfeccion que los religiosos.» Estudio y cuidado le costó esta moderacion; guerra y batalla esta paz. Mas vínola á tener tan grande y á ser tan señor de todos sus afectos, que causaba increible admiracion. ¿Qué cosa hoy mas natural que el amor demasiado á los deudos? ¿Qué cosa mas ordinaria entre los hombres ni mas poderosa que el deseo y ansia de tener y de valer? Pues en el despego, desamor y desprecio de estas cosas (cuando no queramos hablar de otras en particular), se echará muy bien de ver la virtud de nuestro Belarmino, y la grandeza y valor de su ánimo puesto en Dios.

Oyó muchas veces la muerte de parientes muy cercanos y de amigos muy estrechos, sin derramar una lágrima, ni hacer algun sentimiento, ni dar algunas muestras de dolor. Antes en la carta que poco ha citamos, escribió entre otras cosas á su primo, que cuando pasaba de esta vida alguno de sus deudos ó amigos, si quedaba con algunas prendas de su salvacion, no podia entristecerse, por mas que le hubiese querido; antes se alegraba y le tenia algun género de envidia, considerando que aquella dichosa alma habia ya llegado á salvamento. De aquí tambien le nació el no ponerse jamás luto por nadie, ni hacer que en su casa y familia se pusiese: acordándose quizá tambien en esto, que el dia que se entró religioso, se vistió la mortaja y murió al mundo; y que los muertos no se visten otro luto aun en las muertes de los mas allegados y conjuntos.

La moderacion y templanza que tuvo en socorrer las necesidades temporales de sus deudos, fué tambien singular y maravillosa. Siempre guardó el consejo y ejemplo de San Agustin, dándoles algo, no para que se hiciesen muy ricos, sino para que no fuesen muy pobres. Tenia su hermano muchos hijos, y no mucha renta para sustentarlos conforme á su calidad: otros deudos bien cercanos tenian harta necesidad de algun socorro. Mas á todos socorria el Cardenal poco mas que á los demás pobres y necesitados; guiándose en esto mas por la prudente caridad que no por la ciega aficion. A algunos que tenian bastante capacidad y aptitud procuró algunos oficios y puestos, para que con su industria y diligencia pudiesen sustentarse y pasar su vida honradamente. A los mas allegados, y con quien la

obligacion de la naturaleza y de la caridad era mas estrecha, ayudaba con algo de sus rentas, conforme á su necesidad; pero con tal moderacion y estrechura, que los mas remirados y escrupulosos la pudieran juzgar por demasiada; especialmente dando como daba casi cuanto tenia á otros pobres.

Pidiéronle ellos é importunáronle muchas veces de palabra y por escrito, que alargase mas la mano, y sus mismos familiares y amigos no perdian ocasion de acordarle é instarle que ayudase y socorriese mas á sus parientes; mas nunca se dejó persuadir en esta parte, ni mudó jamás lo que ya tenia determinado. Otras veces le hicieron instancia por varios caminos para que fuese á Montepulciano, su patria, con esperanza de que viendo con sus ojos las necesidades de su casa y parentela, se moveria á compasion y mayor liberalidad: mas jamás lo pudieron recabar de él, ni aun cuando volviendo del Capítulo general de los Padres Celestinos pasó por Asís, como dijimos, donde el rodeo fuera bien poco.

Al tiempo que estuvo en Capua, por serle el temple de aquella tierra contrario, estuvo con poca salud, y en especial tuvo un corrimiento muy malo á las piernas, de que andaba muy fatigado, y sin hallar alivio ó remedio en la medicina. Púsose una vez Pedro Guidotto su mayordomo á persuadirle, que pues allí le iba tan mal, seria bien tratar de conmutar aquella Iglesia con la de Montepulciano, no perdiendo nada de su renta. Entendió luego el Cardenal de adonde nacia este consejo, y así le respondió con mucha gracia y apacibilidad: Oh Pedro, *caro et sanguis revelavit tibi;* consejos son esos de la carne y sangre; trazas deben de ser esas de mis

parientes. Mas persuadíos que yo de ninguna manera trataré de eso, porque el trocar y cambiar de esa manera las iglesias, no es el camino derecho y seguro para el cielo.

De la misma manera se hubo otra vez que cierto religioso le hizo mucha instancia para que ayudase á su mismo sobrino D. Angelo de Aciaria para alcanzar el Arzobispado de Cheti. Estaba el Arzobispo con gana de renunciarlo en la persona de D. Angelo, con tal que le diese la recompensa competente de las rentas: y no le faltaban ya mas de hasta doscientos escudos; y estos pedia aquel religioso al Cardenal. Mas fué en vano; porque él le respondió con todo despego, que él no pensaba intervenir jamás en tratos semejantes ni ayudar á nadie en aquellas cosas. Y así lo hizo, no obstante que estaba muy satisfecho de las buenas partes y loables costumbres de su sobrino; por las cuales vino despues á ser Obispo de Teano.

Esta templanza y moderacion, ó como algunos la llamaban, esta escasez y cortedad con sus parientes, no le nacia de ser corto ó escaso de su natural, sino de ser mirado, y medido por la virtud: como se vió manifiestamente en la largueza y liberalidad que siempre tuvo en repartir su hacienda con los pobres; y en haber sido tan fácil muchas veces en renunciar gran parte de sus rentas, y tan poco codicioso de aumentarlas, como fácilmente pudiera en diversas ocasiones.

La principal renta y prebenda que tenia despues de renunciado el Arzobispado era la Abadía de la isla de Prócida, que se valuaba en mil escudos, aunque á la verdad solo rentaba setecientos. Mas restituida que fué

á la jurisdiccion del Arzobispo de Nápoles (como en su lugar dijimos) y reducida áun simple curato, para que el bien de aquellas almas no padeciese detrimento, primeramente con licencia y breve de Su Santidad erigió una vicaría perpetua, señalando cien escudos al vicario que hubiese de ser; aunque muchos se ofrecian á serlo con solo el pié de altar y otros provechos ocurrentes. Despues haciéndole instancia los señores de aquella isla para que les renunciase la Abadía, lo hizo en D. Tomás de Avalos (especialmente que le parecia estar él obligado á residirla) recibiendo en trueque quinientos escudos de pensiones, que aquel caballero tenia. Los cuales todos, sin retener para sí un real, los repartió entre algunos de sus familiares mas beneméritos y mas necesitados. En todas las cuales cosas intervino, como era justo, la autoridad de Su Santidad.

Otra pension de quinientos escudos que tenia sobre el Obispado de Pienza, la perdonó despues de tres años, por entender que el Obispo estaba necesitado; solo con carga de que él perdonase otra de doscientos ducados que cobraba del Obispo de Montepeloso, que tambien estaba harto cargado y pobre. No esperó á tanto con otra pension de doscientos escudos que tenia sobre el Obispado de Strongoli; porque compadeciéndose de la pobreza y necesidad de aquel Obispo, aun no quiso que se la pagase la primera vez. Y á este modo renunció y remitió otras veces algunas otras rentas y pensiones que le competian.

Siendo Arzobispo de Capua vacó en aquella diócesi la Abadía de San Benito, que rentaba cada año mil escudos, la cual habian poseido por muchos años los seño-

res de la casa de Angelo Napolitano, como si tuvieran derecho de patronazgo. Mas sabiendo el Papa Clemente que aquel derecho no era por dotacion ó fundacion, sino solo por privilegio, se determinó de derogarle totalmente, y conferir la Abadía al cardenal Belarmino. Mas él no quiso aceptar esta colacion; y escribió al Pontífice, que él la resignaba á los piés de Su Santidad; lo uno por no multiplicar mas títulos y prebendas en su persona, y por parecerle que era harto rico y no tenia necesidad de mas renta; y lo otro porque no queria meterse en pleitos con aquellos señores que pretendian tener derecho de patronazgo. Mas con todo eso perseverando el Papa en su primera determinacion, le respondió una carta muy amigable, ordenándole que aceptase aquella Abadía; porque ni los títulos que tenia eran tantos, que no pudiese tener tambien este con dispensacion suya, la cual le daba por estar cierto y satisfecho de cuán bien expendia los bienes de la Iglesia; y que antes convenia que él se encargase de aquella prebenda, para que con su valor y autoridad defendiese el derecho de la Iglesia, como habia necesidad. Con esto hubo de obedecer á Su Santidad y aceptar la Abadía. Y aunque los señores recurrieron á la Corte Real, fué sin efecto; porque la autoridad del cardenal Belarmino y la opinion de su rectitud y santidad fué mas poderosa: y así le dejaron tomar libremente posesion de la Abadía, y restituirla á la Iglesia. Despues cuando volvió á Roma procuró con Paulo V que le concediese licencia para renunciar esta Abadía en su Religion, para que fundase en Capua un colegio: mas no lo pudo conseguir. Y fundándose el Colegio por otra via, por lo menos negoció que se le diese la igle-

sia de la Abadía y la casa del Abad para su habitacion y ministerios. Tan poco asido y pegado estaba á sus propios intereses y acrecentamientos temporales.

Finalmente cuando por obedecer y servir á Su Santidad dejó el Arzobispado de Capua, que le rentaba bien hechos nueve mil ducados, como dijimos, y se remitió del todo á la voluntad del Papa para que le acomodase del sustento necesario; por mas que Su Santidad hizo, de doce mil ducados, que era toda la renta de Belarmino, al fin se vino á quedar escasamente con seis mil, entrando en esto todas sus pensiones y los alimentos y provisiones que se dan á los Cardenales pobres. Mas esta baja y disminucion no solamente la llevó él en paciencia, sino tambien con grande alegría.

Y aun alguna vez la celebró con harta gracia, y con muestras de lo poco que estimaba los grandes haberes de este mundo, y de cuán contento estaba con aquellos seis mil ducados. Estaba un dia un Cardenal rico y amigo suyo contándole todas sus rentas y pensiones: y finalmente le vino á decir, cómo le valian cada año hasta sesenta mil ducados. Si eso es así, replicó Belarmino, un cero solamente tiene V. Señoría Ilustrísima mas que yo. El cero en las cuentas de guarismo junto con las unidades las hace decenarios; mas tomado á solas y de por sí, no vale nada. Y así en decir Belarmino, que aquel Cardenal tenia un cero mas de hacienda que él, quiso decir, que teniendo el otro sesenta mil ducados de renta, él tenia solos seis mil: y tambien quiso significar, que toda aquella ventaja, y toda la demás riqueza de este mundo, era una cosa que valia muy poco, ó por mejor decir una nonada.

Este desprecio tan grande, y este despego tan conocido de los bienes de este mundo que Belarmino tenia, causó notable admiracion á la Santidad de Clemente VIII, y no menos á la de Paulo V. El primero dijo hablando de esto algunas veces, que se gloriaba de haber hecho un Cardenal de los que rarísimas veces se habian visto en la Corte Romana. Y el segundo le dijo al mismo Belarmino en cierta ocasion de estas, que su modo de proceder era bien diferente del de otros; los cuales le importunaban y molestaban muchas veces porque les acrecentase sus rentas, y él solo le pedia y rogaba que de las suyas repartiese á otros. A lo cual respondió Belarmino: Santísimo Padre, yo nací un pobre hidalgo, y viví un pobre religioso, y querría morir un pobre Cardenal. De lo cual quedó el Pontífice sobremanera edificado.

Mas no solamente mostró en esto Belarmino su ánimo desinteresado y despreciador de los bienes de la tierra, sino tambien en no haber querido admitir muchas dádivas y presentes, que personas poderosas ó aficionadas muchas veces le ofrecieron y enviaron. De lo cual habia hecho firmísimo propósito desde el principio de su Cardenalato; y lo cumplió exactísimamente hasta el último punto de su vida. Hace á este propósito lo que escribió á Polonia al Duque de Olica Nicolao Cristóbal Radzivil, que le habia enviado un buen presente de no sé qué pieles de precio. Aunque conozco (dice) en esto la merced que V. Excel. me hace, y aficion que me muestra, y le doy las gracias que es razon; con todo eso yo tengo firme determinacion de conservar mis manos intactas y enteras en esta parte; y así siempre has-

ta ahora he rehusado admitir cualesquiera dádivas de príncipes y señores bien poderosos, y á veces se las he remitido. Por esta vez no he querido continuar mi propósito, por estar ese lugar tan distante de este. Mas pido á V. Excelencia con todas las veras que puedo, que si me quiere bien, no me envie de aquí adelante cosa alguna, si no quiere que luego la venda y dé el precio á los pobres, como lo pienso hacer de estas pieles que ahora me ha enviado.

Lo que aquí escribió, eso hizo en esta y en otras ocasiones no menores. Las serenísimas señoras doña María Cristierna y doña Leonor de Austria (no menos conocidas en el mundo por su santísimo y religiosísimo retiramiento que por el lustre y resplandor de su real é imperial grandeza) estimaban en mucho y veneraban la prudencia y santidad del cardenal Belarmino, por haberle comunicado muchas veces por cartas sobre cosas de su espíritu con toda satisfaccion. Y en señal de esto le enviaron una cruz de oro con algunas piedras preciosas, muy rica y de muy excelente hechura. No se atrevió el Cardenal á dejar de aceptar el presente por respeto de tan grandes señoras; mas enviándoles las debidas gracias, la vendió y repartió el precio á los pobres.

Al principio recien puesto en la dignidad, como estaba tan necesitado y con tan poca posibilidad para asentar casa, muchos señores y Cardenales, y entre ellos el de Santa Cecilia, le ofrecieron grandes sumas de ducados, y le instaron grandemente para que los recibiese; pero jamás hubo remedio que quisiese aceptar una blanca de nadie. Presentóle una vez un religioso un muy

buen cuadro de San Francisco, de quien sabia que era muy devoto; contentóle mucho la imágen; y dijo que él queria pagar lo que habia costado. Afirmó el religioso, que el pintor era su amigo y se la habia dado de gracia. Mas con todo eso no la quiso aceptar hasta alcanzar licencia del Papa, por estar entonces muy en su fuerza la Bula de los donativos que Su Santidad prohibia muy estrechamente á los religiosos. Y en esta materia fué tan menudo, que ni unos vidrios quiso recibir que le presentaba un religioso, ni de otro algunos regalillos de cosas de comer.

Ni aun los mismos seglares gustaba que le presentasen cosa alguna, por pequeña que fuese y de poco valor. A los mismos impresores, á quien tenia tan obligados, iba muchas veces á la mano, para que no le presentasen libros sino con grande moderacion. Y mucho mas sentia cuando sabia que por su respeto se hacian algunos presentes á sus deudos ó allegados. Y sabiendo que cierto Obispo presentaba muy de ordinario á su hermano, le escribió seriamente, que no hacia bien en hacer aquello tantas veces, especialmente no teniendo mucha renta, y debiendo dar limosna á los pobres de su obispado. Finalmente muy de ordinario traia en la lengua, lo que apenas se le caia del corazon, que es bienaventurado el que no deja embarazar sus manos con dádivas ni presentes, como dice el santo profeta Isaías; y esto mismo se veia ejecutado con sus obras.

Lo que hemos dicho de su desprecio y despego de la hacienda, podemos decir con no menos razon del que tuvo de la honra. Bien se ha visto ya en el contento y gusto con que vivió en el retiro de la Religion y vida

particular, y en el sentimiento y dolor con que fué sacado á la luz de la púrpura y dignidad, y en el deseo y ansia que siempre tuvo de volverse á la soledad y encerramiento de su celda, y en el horror y miedo que siempre mostró á la suprema prelacía de toda la Iglesia. Lo que puedo añadir de nuevo (si esto lo viene á ser) es, que toda la honra y dignidad que tuvo, con haber sido tanta y tan grande, ni el deseo de otra mayor, á que se vió tan cercano; jamás se le pegó al corazon, ni le turbó un punto su interior paz ni humilde tranquilidad.

Preguntóle una vez familiarmente el Padre Julio César Recupito de nuestra Compañía de Jesus, si acaso con el Cardenalato le parecia haber perdido algo de aquel espíritu y devocion que tenia en la Religion. Y el buen Cardenal le respondió sincera y llanamente, que nó, sino que antes le parecia haber crecido y adelantádose algo en estas cosas. Lo cual dijo que colégia de dos cabezas: la primera, de que cuando estaba en la oracion no le causaba la dignidad la menor distraccion del mundo; la segunda, de que no sentia en sí deseo ninguno de otra cosa, sino de irse al cielo; porque al Sumo Pontificado antes le tenia horror y aborrecimiento, como á cosa que le podria poner en peligro su salvacion. Esto depuso aquel Padre con juramento haber oido á Belarmino. Y realmente con esto contestaban todas las demás palabras de su boca, y las demás acciones de su vida; que todas mostraban que no era ya Belarmino hombre de este mundo, sino que estaba sazonado totalmente para el cielo, adonde ya anhelaba con todos sus deseos, y adonde ya tenia su continua conversacion.

CAPÍTULO XV.

De cómo por órden de Gregorio XV se fué á vivir al palacio de Su Santidad, y poco despues se retiró de la corte para prepararse para la muerte.

Con estas virtudes que hemos apuntado, y las demás que por brevedad dejamos de especificar (aunque todas resplandecian maravillosamente en el cardenal Belarmino) tenia notablemente edificada y suspendida á toda la Corte Romana y á toda la Iglesia; y todos le miraban como á un vivo ejemplar de toda virtud y perfeccion, y le veneraban como á un muy propio retrato de aquellos Santos antiguos mas celebrados, y finalmente le tenian y respetaban como á un hombre celestial y divino. Llegóse en esto el pontificado de Gregorio XV, casi al principio del año de mil y seiscientos y veinte y uno (que fué el último de la vida de nuestro Belarmino); y como este Pontífice era tan piadoso y bien intencionado, y le tenia tan conocido, no solamente por la comun fama y pública voz, sino tambien por el trato particular y frecuente comunicacion que con él habia tenido; y como estaba tan satisfecho y pagado de su gran virtud y entereza, y de su prudencia singular dando consejo; deseó luego tenerle á su lado, y quiso que efectivamente se pasase á vivir á su mismo palacio. Envióle un recado en razon de esto el señor cardenal Ludovisio, sobrino del Pontífice, con Monseñor Clemente Merlino, auditor de la Sacra Rota, diciéndole, que él queria hacer glorioso el pontificado de su tio con su asistencia y

consejo; y que él tendria cuidado de su acrecentamiento en las primeras vacantes y pensiones que se ofreciesen. Oido este recado, quedó Belarmino algun tanto suspenso y dudoso; y finalmente respondió, que él se estaba muy bien en su casa, mas que si aquel era el gusto de Su Santidad, él estaba muy pronto á obedecerle, como debia.

Con esto se hubo de ir á vivir al palacio. Y fué con firme propósito de servir á Su Santidad en solo aquello que le ordenase y fuese para el bien espiritual de la Iglesia, sin entremeterse de ninguna suerte en materias ni negocios temporales: y así lo cumplió exactísimamente. Dió consejos muy importantes para el buen gobierno de las ovejas de Jesucristo y para el bien universal de toda la Iglesia: cumplió muy bien con sus obligaciones, y satisfizo enteramente á los deseos del Santo Pontífice, y á las esperanzas de toda la corte.

Y porque sabia la buena inclinacion y el aliento y denuedo que el cardenal Ludovisio tenia para mirar en todo por el decoro y reputacion de aquella Santa Sede, le confirmó y esforzó de muchas maneras, y le fué siempre buen compañero. Y en particular le alentó grandemente y puso mucho calor en que procurase se hiciese la bula del Conclave y de la eleccion del Pontífice; como en efecto se hizo, y salió poco despues á luz para gran bien y paz de la Iglesia, por la diligencia y cuidado de aquel eminentísimo Cardenal. El cual escribiendo despues al cardenal Federico Borromeo y diciéndole las razones que habia tenido para poner en esto tanto cuidado, le dice estas palabras: Y en particular al cardenal Belarmino, que ya está en el cielo, se

lo prometí y muchas veces le empeñé mi fe y palabra, que no habia de perder ocasion de poner todo mi esfuerzo y cuidado en este negocio, teniendo Su Santidad la salud que era menester y todos le deseábamos.

Cumplia muy bien el cardenal Belarmino con el propósito que habia hecho de no meterse en negocios seglares ni en intercesiones de cosas temporales. Y aunque muchos le importunaban en estas materias y le molestaban para que les alcanzase oficios y beneficios y otras mercedes de Su Santidad (cuya gracia sabian que tenia) siempre se fué en esto con mucho tiento, excusándose de todo lo que no era muy preciso y forzoso. Aun para su mismo sobrino don Nicolás Belarmino jamás quiso pedir nada, pudiendo tan fácilmente alcanzar tanto con la merced que el Papa le hacia y voluntad que le mostraba. Bien que Su Santidad edificado de esta modestia del tio le confirió el título de la abadía de San Benito, que él mismo tenia.

Todo el cuidado del buen Cardenal era servir á Su Santidad en las cosas que le mandaba y se ofrecian del bien de la Iglesia; y buscar en lo demás la mayor quietud de su alma que le era posible; como quien parece que adivinaba el poco tiempo que ya le quedaba para pasar á la vida eterna. Tuvo bien presto muy buena ocasion de alcanzar enteramente el cumplimiento de este su deseo de quietud y sosiego: porque pasándose Su Santidad á vivir al palacio de Montecavalo, le siguió, como era fuerza, todo el golpe de la corte, y quedó el del Vaticano, donde Belarmino se quiso quedar, muy solo y retirado del bullicio y tráfago, que antes tenia, y muy á propósito para ser lugar de retiro y de oracion.

Aprovechóse muy bien de la ocasion nuestro Cardenal, y pasaba allí con sumo gusto, gastando lo mas del tiempo con su Dios, y extendiendo á su sabor las velas de su devocion. Así lo confesaba él mismo á sus familiares, y lo testificó el cardenal Crescencio por estas palabras: Estaba tan unido con Dios, como á todos era notorio. Fuera de sus horas canónicas, que rezaba siempre á sus tiempos y casi siempre de rodillas; y fuera de sus horas de oracion, que tenia como el mas observante religioso; todo lo demás del tiempo que le quedaba lo gastaba con Dios y con los libros. Y á este propósito me acuerdo, que preguntándole yo, si queria pasarse á otra parte y dejar el Vaticano, por ser aquel lugar mal sano para lo recio del estío? me respondió, que gustaba muchísimo de aquella soledad, porque no iba entonces allí nadie, y con esto podia gastar lo mas del tiempo en la oracion y contemplacion.

Con tener primero aquel empleo tan provechoso en el palacio, y ahora este sosiego tan agradable, no dejaba con todo eso de tener mas ardientes deseos y mas vivas ansias de dejar, si no ya el capelo, á lo menos la corte, y de retirarse del todo de las públicas ocupaciones, y recogerse á alguna casa de la Compañía, para prepararse para la muerte, que sentia cercana. Avivósele mas este deseo con ocasion de un pesado catarro y calentura que tuvo por el mes de marzo de este año de mil y seiscientos y veinte y uno. Y así en sintiéndose algo mejor á mediado de abril, escribió un billete al cardenal Octavio Bandino, pidiéndole que le alcanzase de Su Santidad que le eximiese de la Congregacion del santo Oficio y de la del exámen, por estar ya inhábil

por sus muchas indisposiciones, y especialmente por su sordera que cada dia iba siendo mayor. Y despues de haberle rogado que pidiese esto á Su Santidad en el primer Consistorio, á que él no podia hallarse, por haberle ordenado los médicos que no saliese de casa; añadió entre otras estas palabras: Deseo tanto esta licencia, que no lo sabré explicar: si yo supiera qué medios habia de tomar para persuadir á V. S. Ilustrísima, principalísimo patron y señor mio, que me ayudase en este negocio, los tomaria con todas veras. Pero mucha mas confianza tengo en su mucha caridad y benignidad que en ninguna otra cosa, etc.

Consiguió esta su pretension: y este fué como el primer paso para alcanzar el entero retiramiento de la corte, que tanto deseaba. Fué poniendo nuevos intercesores, para que le fuesen aliviando de otras cargas y obligaciones, y eximiendo de otros cargos y oficios que tenia. Y últimamente puso por medianero al Padre Mucio Viteleschi, nuestro General, para que le alcanzase licencia de Su Santidad para dejarlo todo y retirarse del palacio. La cual se le concedió, si bien con increible dificultad y repugnancia del Sumo Pontífice, mas con extraordinario contento y agradecimiento suyo. Y así á los veinte y seis de agosto de este mismo año dejando el palacio del Vaticano, donde hasta entonces habia estado, se puso á vivir y á prepararse mas para la vida eterna á la casa de nuestro noviciado de San Andrés de Montecavalo, con increible consuelo de su alma, y grandísimo contento de los nuestros; dejando totalmente todos los negocios públicos, solamente se reservó al acabar en la sacra Congregacion de ritos la causa de la

canonizacion de San Felipe Neri, que estaba á su cargo. Aunque Dios nuestro Señor quiso que la fuese á ver acabada, y á celebrar la fiesta en el cielo, como presto veremos.

LIBRO SEXTO.

DE TODO LO RESTANTE DE SU VIDA Y DE SU MUERTE Y DE LO QUE Á ELLA SE SIGUIÓ: Y TESTIMONIOS DIVINOS Y HUMANOS ACERCA DE SU GRANDEZA Y SANTIDAD.

CAPITULO PRIMERO.

De la memoria que tenia de su muerte, y de cuán bien preparado estaba para ella.

Una de las cosas en que principalmente se conoce el acierto y cordura de los buenos y el desacierto y locura de los malos, es en la memoria y preparacion que tienen los unos, y en el olvido y descuido que tienen los otros, de una cosa tan cierta para todos, y tan dudosa para el bien ó mal eterno de cada uno, como es la muerte. ¿Qué cosa mas cierta que el morir? y de qué otra depende mas, ó en qué otra está mas en balanzas nuestra dicha ó desdicha perdurable, que en la buena ó mala muerte? Este es el último acto de nuestra vida, por el cual se ha de juzgar, y dar ó negar el aplauso

á todo lo precedente de esta fábula y representacion. Aquí se debe enderezar nuestro mayor cuidado y mas advertida atencion. Por eso hace tanta instancia el demonio para que nos olvidemos de este fin (y desde el principio lo tuvo); y por eso tantas diligencias Dios para que siempre le consideremos. Sino que el mal es, que los muchos dando oidos á la mentira se ensordecen á la verdad, y neciamente vienen á morir cuando no lo pensaban, y se hallan desapercibidos en la mayor y mas urgente ocasion. Mas los pocos (estos fueron siempre los cuerdos) creyendo al autor de la vida, aun viviendo en el ejercicio mueren en el pensamiento, para vivir verdaderamente despues cuando les viene á acometer la muerte.

De estos pocos y escogidos fué nuestro santo cardenal Belarmino; el cual siempre vivió con esta memoria y continua meditacion de la muerte; y se previno y preparó tan con tiempo y con tanto cuidado para su venida, que la vino á tener en deseo. Y especialmente en los últimos años, cuando naturalmente se iba mas acercando á su fin, era contínua su memoria y muy frecuente su conversacion de su deseada muerte. En las pláticas familiares, y en las cartas á los amigos ó al principio ó al fin de ellas, no habia de faltar algun rastro ó señal de su mortalidad; si ya no se gastaba en esto alguna buena parte del discurso. Entre otros testigos lo es Monseñor Rafael, obispo de Zante, de que siempre que le visitó por espacio de once años, nunca le oyó tratar de otra cosa sino de la vida venidera, y de los hechos y gloria de los Santos, mostrando grandísimo deseo de salir de este destierro, y de verse ya por

la muerte en aquella patria celestial, y en compañía de los que gozan la vida eterna.

Y aunque es verdad, que como quien sabia muy bien que no hay ninguna hora segura, procuraba á todas horas estar bien apercibido, y muy á punto como siervo fiel y cuidadoso para salir á recibir á su Señor siempre que le sintiese que llamaba á la puerta; mas como en negocio tan importante y punto de que depende la eternidad, algunas veces se dispuso con mas diligencia, y se previno de lo necesario para bien morir con mayor solicitud. Una de estas fué cuando llegaba el año sesenta y tres de su edad, el cual entre todos los climatéricos ó escalares (que son los que se componen de septenarios ó novenarios) se tiene por uno de los mas peligrosos, y en que los mas de los viejos suelen acabar. Cogióle en Capua; y entre otras piadosas diligencias y preparaciones hizo su testamento (que fué el primero) dejando por heredera á su querida esposa, que así llama á su Iglesia, ó por mejor decir á sus santísimos patrones San Estéban y Santa Agueda. Al principio de su Cardenalato habia determinado de no hacer testamento, así por verse religioso profeso de la Compañía, como por imitar al bienaventurado San Agustin, de quien se escribe, que por no tener nada que dejar, no quiso hacer testamento. Mas despues mirándolo mejor, mudó de parecer, y pidió licencia á Clemente VIII para poder testar solamente para obras pias; juzgando que seria bien estar seguro de que aquellos pocos bienes que le quedasen despues de su muerte (de los cuales no podia deshacerse del todo en vida, por ser precisos para su sustento y de su familia) se habian de repartir á los

pobres y á las Iglesias y á otras pias obras: como claramente lo dijo en el último testamento que hizo. Aunque Su Santidad le concedió la licencia de testar mucho mas amplia y libremente de lo que se le habia pedido.

Fué Dios servido que pasase este año con vida y con salud; mas no se descuidó el Cardenal en vivir preparado para lo que en algun año, y sin saber en cuál, le habia de venir. Y bien presto le tocaron otra vez á marchar, y volvió á prepararse con nueva atencion. Porque bien poco despues de la muerte de su grande amigo y fiel compañero el cardenal César Baronio (con quien se le fué á Belarmino la mitad de su vida) entró un dia en su sala un hombre simple en traje de labrador, y le dijo, que dentro de un año se habia de ir á la gloria. Creyólo Belarmino, porque el creerlo le estaba bien. Y contaba á este propósito el caso de Ludovico Emperador, el cual por ver un cometa (como siempre dicen que pronostican las muertes de los reyes ó grandes personajes) entendió que se habia de morir presto, y se dispuso para la partida de este mundo, y en efecto vino á morir dentro de muy pocos dias. Y así decia el Cardenal que queria seguir el ejemplo de este prudente Emperador. Y así lo hizo, preparándose con grande cuidado por todo aquel año (que fué el de 1608), dando de mano á todos los negocios que pudo excusar, y gastando lo mas del tiempo con Dios y consigo, como quien pensaba que le quedaba poco para lo que mas le importaba.

Finalmente dos años antes de su muerte cayendo en una peligrosa enfermedad pensó que ya aquel negocio

iba de veras, y se dispuso para morir con grandísimo cuidado. Y aunque mejoró y convaleció, siempre le quedó este pensamiento de su muerte tan fijo en su memoria, que nunca mas lo pudo desechar, repitiendo muchas veces consigo y con otros aquellas palabras del Apóstol, en que significa la vecindad y cercanía de la vejez y de la muerte: *Quod senescit, prope interitum est.* Y conforme á este pensamiento y razonamiento era su obrar y disponerse.

El modo como se preparaba y disponia, era puntualmente guardando lo que él mismo escribió en aquel librito de oro, que fué el último que sacó á luz en su vida é intituló *Arte de bien morir.* Que era primeramente mejorando y perfecionando mas y mas su modo de vivir, y purificando mas de veras su conciencia, y adornando de nuevo y con mas particular cuidado su alma, y esto no solo con fervorosa y eficaz oracion y meditacion, sino con frecuente y devoto uso de los Sacramentos, y continuo y alentado ejercicio de las virtudes: y finalmente con un cumplimiento universal de todas sus obligaciones, procurando del todo morir al mundo y á todos los afectos terrenos, y vivir á solo Dios y al amor de las cosas celestiales. A todas estas diligencias atendia con singular aplicacion y perseverancia, como si cada dia fuera el último de su vida y el primero de su preparacion para la muerte. A lo cual le alentaba y espoleaba grandemente no solo el deseo de la gloria y bienaventuranza, sino tambien el temor y sobresalto de la pena.

Porque cierto es cosa rara y bien maravillosa el ver cómo un hombre de tanta perfeccion de vida, y que

tanto deseaba la muerte, despues de tan larga y tan cuidadosa preparacion, por otra parte temia y recelaba la cuenta que habia de dar al supremo Juez, y la pena y castigo que de ella le podia resultar. Muchas veces diciéndole sus amigos y familiares que se iria al cielo sin ningun estorbo ni impedimiento, les respondia el santo Cardenal: No será poco si la divina misericordia me concediere ir por el tiempo que fuere servido al purgatorio. Y esto bien se echaba de ver que no lo decia porque su conciencia le remordiese en algo, mas porque sabia que no hay que asegurarse por eso del todo, habiendo de ser Dios nuestro juez, como de sí dice el Apóstol. Quién sabe (decia el Cardenal) si yo tengo algun pecado oculto que no sé conocer? Quién sabe si por ocasion de los gobiernos y prelacías que he tenido, se me imputarán á mí algunos pecados ajenos? ¿Quién sabe si yo he cumplido enteramente con mis obligaciones y oficios? Terrible cosa es haber de comparecer á ser juzgado de aquel Señor, de quien se dice, que escudriña á Jerusalen con candelas. Y no me da poco que temer esta tan continua prosperidad de que yo siempre he gozado, sabiendo que ninguno puede gozar dos glorias, una en esta vida y otra en la venidera. Recélome no sea que esta púrpura sea la paga de algo que he trabajado, y de algo bueno si lo he hecho en este mundo, y me esté guardada la pena para el otro. Mas por otra parte estoy cierto que yo nunca he procurado ni deseado esta honra y dignidad en que me veo, y que no la acepté por gusto mio, sino solamente por la obediencia, á la cual siempre seguí como á guia fiel y segura. Pues qué haré entre estas dudas y con-

gojas? Acogerme he á la misericordia y fidelidad de mi Criador y Redentor, que no quiere la muerte y condenacion de sus criaturas y siervos, sino que se conviertan y se salven. Esto decia este santo varon; que lo era tanto, que aun cuando no tenia males que se le pusiesen delante, de sus mismos bienes y dichas se recelaba.

Y es cosa que causa nueva y extraordinaria admiracion que con todos estos temores y sobresaltos, estaba otras veces tan alentado y tan confiado en la divina bondad, que no solamente esperaba y estaba casi cierto de su salvacion, sino tambien de que no habia de pasar por el purgatorio. Así lo testifican muchos, y entre otros el obispo Julio Sansedoni por estas palabras: Tenia tan firme esperanza, que muchas veces solia decir, que deseaba mucho irse ya á su casa, entendiendo por ella el cielo. Y diciendo yo, que deseaba irme al purgatorio y que con eso me contentaba, me dijo que esto era señal de poca fe, digo de poca esperanza y confianza en la divina misericordia. Y en otra ocasion al mismo propósito me dijo con grande confianza: Al cielo, al cielo me tengo de ir. Revertiéndole sin duda por la boca la abundancia de la seguridad y confianza de su salvacion y felicidad que tenia en el corazon. Y esta seguridad y casi certidumbre fué mucho mayor en su última enfermedad, y cuando mas cercano estaba á la muerte.

De esta manera le llevaba y disponia nuestro Señor, ya con esperanza y aliento, ya con encogimiento y temor: para que con aquella creciese en deseos y ansias de la eterna bienaventuranza, y en agradecimiento y amor de aquel Señor que para ella le habia criado, y

con este se conservase y creciese en humildad y en mayor preparacion para tanta gloria. Y en efecto con esto se preparaba mas y mas, y para esto deseó aquel retiramiento de la corte y recogimiento á la Religion, y en esto le cogió su última enfermedad, y finalmente su muerte, que le fué principio de la eterna vida, que tanto deseaba.

CAPITULO II.

De su última enfermedad, y de los deseos del cielo que en ella mostró, y ejemplos de singulares virtudes que dió.

Dos solos dias habia que el cardenal Belarmino se habia retirado á la casa de nuestro Noviciado de San Andrés (donde estaba tratando de concluir todos los negocios que le tocaban, y de disponer y acomodar todos los de su familia, para quedar del todo quieto de los cuidados de la tierra y desnudo del aparato y fausto de este mundo); cuando la Majestad de Dios, satisfecho ya y pagado de su buena disposicion y larga preparacion, dió la primera aldabada á su puerta y le comenzó á llamar, para conmutarle la tranquilidad y quietud que venia á buscar á la religion, en la paz y felicidad eterna de su gloria. Fuéle forzoso poner demasiado trabajo en un negocio que se habia de concluir en la Congregacion del Índice: para la cual salió el dia dicho, y juntamente para despedirse de algunos Cardenales amigos suyos. Volvió á casa muy cansado, y luego se sintió con calentura; que vino á ser contínua

con accesion de terciana doble, y con unos crecimientos tan grandes, que con su fuerza, cuando estaban mas pujantes, le hacian desvariar y delirar. Mas estos delirios y desvaríos eran tan cuerdos y tan concertados, que mostraban bien la composicion y moderacion de su ánimo, y que solamente habitaba Dios en su pecho y el deseo de las cosas eternas; pues apenas hablaba de otras materias: y de estas con tal modo y concierto, que causaba notable admiracion y edificacion. Tanta fuerza como esta tiene la virtud muy arraigada.

Llamados los médicos, luego desde el principio conocieron el peligro, y mas en sujeto tan gastado de la edad, y del trabajo del estudio y contínua mortificacion. El mismo enfermo tambien, que ninguna cosa mas deseaba que su fin, adivinó desde luego que estaba ya cerca; y se comenzó á alegrar, é instar al Señor por la brevedad de su partida, cantando algunas veces con aquel Santo Cisne del Evangelio: *Nunc dimittis servum tuum Domine secundum verbum tuum in pace.* Y aunque algunas veces mejoró, y los médicos cobraron esperanza de su vida y salud, y los demás que le asistian ó visitaban, viéndole de tan buena disposicion, se alegraban y daban mil parabienes; mas él, que tenia ya otro mas cierto aviso interior de su partida, solo se alegraba con verla ya tan vecina, y con nuevas ansias y voces al cielo procuraba si pudiese apresurarla mas.

El Padre Don Celso, General de los Padres Celestinos, refiere, que yéndole un dia á visitar al principio de la enfermedad, le halló de tan buen temple, y con tan buen pulso, y tan en sí, que le pareció que no era cosa de cuidado. Y que el mismo Cardenal le dijo: Yo

me siento muy bueno, he comido con gusto, y he reposado con quietud; mas no por esto me tengo por seguro: porque siento interiormente una voz, que me está diciendo, que me ponga ápunto, porque dentro de doce ó quince dias me tengo de partir. Y así sucedió.

Pero mas en particular le habian dado este aviso; pues sabia de cierto, y lo habia dicho en algunas ocasiones, no solamente el año y el mes, sino tambien el dia, y otras singularidades de su muerte; como en otra parte diremos mas cumplidamente. Verdad es, que como tan humilde y obediente, en muchas cosas se habia como si no tuviera este aviso del cielo; y mostraba creer á los médicos y enfermeros, y en todas les estaba sujeto, y les obedecia con admirable puntualidad. Hijo al fin verdadero de nuestro glorioso Patriarca S. Ignacio; que teniendo semejantes luces y avisos celestiales, se dejó gobernar en su última enfermedad por la obediencia y direccion de los que Dios le habia dado en la tierra para que le curasen y asistiesen; por no parecer que hacia ostentacion de los dones soberanos que á él le habia comunicado á solas la benignidad del Señor.

Estaba alegrísimo nuestro santo Cardenal con su tránsito tan cierto, y con vivas ansias y ardientes plegarias le deseaba ver ya presente. Desde el principio avisó á los médicos y enfermeros que no temiesen de darle esta nueva cuando fuese tiempo; porque ninguna otra le podian dar de mayor gusto y contento. Decia y repetia muchas veces, que deseaba mucho irse á su casa, esto es á la patria celestial. A los que le decian que le encomendarian á nuestro Señor ó que dirian misas por él, se lo agradecia mucho; mas les rogaba que no lo hicie-

sen por su vida y salud, la cual él no deseaba; antes pidiesen á su divina Majestad, que le sacase ya de este destierro y le llevase á las moradas eternas. Hallándole un dia el cardenal Hipólito Aldobrandino muy fatigado de su enfermedad, le pareció que aunque el espíritu estaba pronto, por lo menos la carne mostraria su flaqueza y rehusaria aquel trance. Y así le preguntó, ¿si se hallaba con buen ánimo y disposicion para pasar á la otra vida? En oyendo el enfermo nombrar la otra vida, se alegró y alentó maravillosamente, como quien tenia en ella todos sus deseos y esperanzas. Que en efecto no se alientan y alegran tanto los desterrados en sus penosas ausencias, ni los cautivos en sus tristes mazmorras, cuando oyen nuevas ciertas de su dulce patria, y de su deseada libertad, como lo hacen los santos, cuando en medio de este destierro y prolongado cautiverio se sienten ya vecinos y cercanos á aquella libertad eterna de los hijos de Dios, y á aquella patria soberana de los escogidos.

A los médicos decia muchas veces: ¿Cuándo, señores, me habeis de dar esta nueva tan deseada, de que me muero? ¿Cuándo tengo de oir de vuestra boca, que ya es tiempo de mi partida? No pongais tanto cuidado en conservar este miserable cuerpo, dura prision del alma, que ya desea volar libre á su Dios. ¿Para qué son tantas maneras de potajes y medicinas? que fuera del hastío natural, me son impedimento y tardanza para que no llegue tan presto á mi último fin. Consoladme ya una vez con esta buena nueva, alegradme ya con esta tan dulce palabra. Cuando alguna vez le decian que estaba mejor y que habia grande esperanza de

su salud, se entristecia notablemente, y se lamentaba amorosamente delante de nuestro Señor. Mas cuando agravándosele la enfermedad, le volvian á avisar de su peligro, se alegraba sobremanera, y de contento revivia, y daba mil gracias al mismo Señor.

Algunas veces le vieron y oyeron, que estando corridas las cortinas de la cama, y pensando él que nadie le veia ni oia, tomaba con sus dedos su misma piel, y hablando con su cuerpo decia: ¿Qué haces, carne hedionda y manjar de gusanos? ¿Por qué no te consumes y me dejas? ¿Porqué no sueltas al alma, y la dejas ir libre á su casa? Acaba ya de acabarte; gástate ya de una vez. ¡Oh Señor! no puedo ya estar mas en la tierra; llevadme ya á vos. Dadme alas como de paloma, y volaré y descansaré. ¿Cuándo me veré delante de mi Dios? *Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?* Finalmente el mayor consuelo y alivio que le podian dar en medio de sus congojas y dolores, era decirle que estaba muy de peligro y que iba apriesa caminando á su fin.

Mas en medio de estos tan ardientes deseos de la muerte, y de estas tan vivas esperanzas de su eterna vida, no dejaron de saltearle cuidados de su salvacion y temores de la última cuenta. Los cuales le obligaban á decir muchas veces y no con pequeño sentimiento: *Ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo.* Y confesó en varias ocasiones á los circunstantes, que por esta causa habia deseado tener un año entero de retiramiento y recogimiento en ejercicios espirituales, para mas examinar y purificar su conciencia, y disponerse mejor para la cuenta que habia de dar al Supre-

mo Juez. Y confesaba llanamente que muchas obras de las que en otro tiempo cuando las hacia las juzgaba por muy justas y perfectas, ahora le parecian muy menguadas y defectuosas. Que no sé cómo se es, que mientras mas nos alejamos de nuestras obras, mejor las conocemos; y mientras mas flaca y débil viene á estar la lumbre de nuestros ojos, mejor vemos y divisamos lo que en otros tiempos se nos pasaba por alto de nuestros hechos; y en lo que apenas reparábamos cuando muy vivos en nuestro sentir, venimos á reparar casi extremadamente cuando estamos medio muertos y casi insensibles. Es que es otra luz aquella última, otra vista, y otros ojos de mas particular virtud; y otro conocimiento y juicio, á que no hace ya estorbo ni embarazo el tropel de nuestras pasiones y propio amor, que en vida y salud nos siguen mas de cerca, y con mayor violencia nos atropellan. En efecto, hasta los mismos santos y los que mas en sus obras siguieron la lumbre del cielo, á la luz de aquella última candela suelen descubrir en sí mismos algunas novedades, que los admiran, y á veces los perturban.

Una cosa en particular le daba mas pena á nuestro enfermo: y era la renunciacion que habia hecho del Arzobispado de Capua: porque le parecia que si en él hubiera perseverado, empleara con mas provecho el talento que Dios le habia dado, de lo que lo habia hecho en Roma; donde le parecia haber perdido mucho tiempo de lo que se habia ocupado en los negocios públicos, aunque del bien universal de la santa Iglesia. Mas mirando lo mejor, hallaba que habia hecho la renunciacion por obedecer al Pontífice, y por parecerle que no

cumplia con su conciencia reteniendo la Iglesia y no residiendo en ella. Con esto se venia á quietar, y se ponia en las manos de Dios, y pidiéndole de nuevo misericordia y clemencia, le daba gracias de que le hubiese traido á aquel punto, y le suplicaba con nuevos afectos que se le llevase presto, y le sacase de esta vida tan miserable y peligrosa.

Todos estos temores y cuidados, por mas que los revolvió en su pecho, y por mas que examinó las causas y raíces de ellos, no fueron bastantes á hacerle hallar en su conciencia cosa que debiese confesar, ni que pudiese ser materia de absolucion. Y así aunque al cuarto dia de su enfermedad, queriendo recibir el Santísimo Sacramento, se reconcilió dos veces con larga preparacion y muy cuidadoso exámen, no pudo el confesor formar concepto de que tenia cosa alguna de que poderle absolver (como él mismo lo testificó despues en varias ocasiones); y así le anduvo preguntando algunas generalidades de la vida pasada, para poderle absolver, para mayor aumento de gracia. Milagrosa pureza de conciencia, y prodigiosa inocencia de vida. Aunque quien trae á la memoria la vida pasada de Belarmino, deja de tenerlo por milagro, ó quizá lo juzga por un continuado prodigio.

En todo el discurso de esta enfermedad, en cuanto le fué permitido y posible, no dejó de gastar sus ratos en ejercicios espirituales, y siempre dió ejemplos admirables de sus heróicas virtudes. Luego en despertando por la mañana pedia con mucha instancia el Breviario para rezar el Oficio divino. Mas como no se lo diesen, por órden expresa que habia de los médicos para que

no le dejasen rezar; cuando ellos le venian á visitar les hacia nueva instancia para que le diesen esta licencia, diciendo á veces, que él se sentia con bastante disposicion para pagar á Dios aquella deuda: especialmente viéndose sin tiempo para conseguir aquel fin por que se habia recogido á aquella casa, que era estarse siempre rezando, orando, y meditando, y leyendo libros devotos, sin ocuparse en otra cosa. Mas como ni con esto se le permitiese el rezo, por el conocido daño que le habia de hacer; les vino un dia á decir con harto sentimiento: Paréceme, señores, que yo estoy hecho un seglar: yo no digo misa; no rezo el Oficio divino; no tengo la oracion y meditacion que solia; ni hago ninguna obra buena: solo me ocupo en sustentar y mantener este miserable cuerpo, que está demasiado de robusto y sano. Dejadme por la Pasion del Señor, que siquiera rece la Corona de su Santísima Madre. Bien quisieran los médicos negarle tambien esta licencia, porque no le hiciese daño á la cabeza, sabiendo la grande atencion é intension con que se aplicaba á rezarla; mas por no entristecerle demasiado, se la hubieron de conceder. (Que en esto tienen los santos puesta su tristeza ó alegría.) Mas fué con condicion que no la rezase toda junta, sino en diferentes tiempos repartida por sus dieces.

Además de esto que rezaba, y de los muchos ratos que se estaba con Dios en dulcísima oracion y contemplacion (en que casi era continuo) en los tiempos que estaba mas aliviado de su mal, y llegaban algunos á hablarle, todas sus conversaciones eran de cosas del cielo, y sus palabras tan santas y tan encendidas con el fuego del espíritu, que afervorizaba á los que las

oian y los abrasaba en deseos celestiales. Algunas veces hacia que le leyesen las vidas de algunos santos Obispos y Confesores mas ilustres. Y especialmente oyó con notable gusto la del Seráfico Padre San Francisco, corriéndole dulces lágrimas de sus ojos, y suspirando tiernamente con la memoria de tan insignes virtudes, que él mucho habia deseado imitar en toda su vida.

Las que mostró y ejercitó en esta última enfermedad, fueron muchas y muy heróicas. Que al paso que se descaecia el cuerpo, parece que se alentaba su espíritu. La mansedumbre y paciencia en sufrir los dolores de la enfermedad, y los enfados de las medicinas, y las faltas de los enfermeros, y otras mil molestias que á los enfermos suelen ocurrir, fué en el Cardenal maravillosa. Y no lo fué menos la compasion y lástima que tenia de los que le servian en su enfermedad. ¿Quién soy yo, decia muchas veces con grandísimo sentimiento, quién soy yo, para que por mí se hagan tantos gastos, y se pasen tantas molestias y fatigas? ¿Por mí han de pasar los siervos de Dios tan malas noches? ¿por mí, que nunca he sido de provecho para cosa ninguna? No se desacomoden por caridad; váyanse á descansar, hermanos mios; no pasen tanto trabajo y desvelo por un hombre tan inútil para todo.

A los médicos que le visitaban (que eran cuatro de los mejores de Roma) tenia tambien gran compasion, por verlos ir tan léjos y con tan grande trabajo. A los ayudas de cámara y á los palafreneros y á otros de este género que á veces le acudian y asistian, no llamaba ya con nombre de criados, sino de hermanos. Y tenia cuidado que se remudasen en el trabajo y asistencia,

para que no se cansasen ni padeciesen tanto. De todos cuidaba sino era de sí mismo; de las necesidades de todos se compadecia, mas no de las suyas. Abrasábase de ardentísima sed y de una grandísima sequedad de boca; dábanle licencia los médicos para que se enjaguase y refrescase algunas veces, juzgando que aun le haria provecho; pero jamás lo quiso hacer; así por no dar trabajo y enfado á los que le asistian, como por sufrir algo á imitacion de aquel Señor que tanto sufrió por nosotros en la cruz.

No solamente no resistió ó repugnó á cosa que de parte de nuestro Padre General se le dijese, pero ni á ninguna que de parte de los médicos se le ordenase: antes á los enfermeros y á los mas ínfimos ministros se sujetaba y obedecia con una puntualidad y prontitud maravillosa. A los médicos les decia muchas veces: Hagan de mí lo que les pareciere, que yo siempre me remitiré á la voluntad del Señor; aunque no puedo dejar de tener grande deseo de irme ya á mi casa celestial. De los enfermeros y ayudantes se dejaba volver y revolver y tratar en todo y por todo como si fuera un niño. (Y éralo realmente de aquellos que Jesucristo nos propone en el Evangelio por ejemplo de humildad y mansedumbre.) Mas siempre estaba en la cama con una modestia y compostura maravillosa, y que movia á todos á reverencia y veneracion.

Finalmente, él se habia de manera, y con tan grandes muestras de perfecta virtud y santidad en sus afectos y palabras, y en todas sus obras, que causaba á todos increible admiracion y edificacion. Y á porfía se convidaban y convocaban unos y otros para entrar á

ver á un hombre, que tendido en un lecho, enflaquecido y enfermo, y ya casi muerto, estaba predicando y enseñando con actos tan valientes y esforzados de todas las virtudes, y con ejemplos tan vivos y eficaces de consumada perfeccion.

CAPITULO III.

Prosigue de su enfermedad y ejemplos de virtudes: y de cómo le visitó Su Santidad y otros personajes grandes: recibió los sacramentos, y dispuso algunas cosas.

Al principio de la enfermedad, por tener grande necesidad el enfermo de descansar y reposar, apenas se admitian visitas sino de algunos de los de casa. Mas despues como se fué entendiendo que la enfermedad era grave, fueron tantos los que comenzaron á acudir, así por cortesía como por veneracion, que fué forzoso abrirles la puerta y darles entrada liberalmente. Todo el tiempo que pudo recibia á cuantos le visitaban, de cualquier calidad que fuesen, con notable cortesía, humildad y modestia. Descubríase luego la cabeza, y no se la volvia á cubrir hasta que ellos se hubiesen cubierto. Y hablaba de sí tan bajamente y con muestras de tanto desprecio, que todos se admiraban extrañamente.

Entre los personajes de importancia que le visitaron (que fueron cuantos habia en Roma) el primero fué la Santidad del Papa Gregorio XV, que lo hizo con extraordinaria benignidad y humanidad luego á los pri-

meros dias. En viéndole entrar el enfermo, respetando la grandeza de la persona y venerando la excelencia de la dignidad, dijo con grande afecto y no menor sentimiento de humildad las palabras del Centurion: *Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum.* Y ¿quién soy yo, para que haya de ser visitado de vuestra beatitud? Y el Pontífice abrazándole una y dos veces con grande afabilidad, le respondió, que se holgara de hacerle aquella visita en mejor ocasion y teniendo muy entera salud. Y mostrando el Cardenal que estaba muy contento con lo que Dios hacia, añadió Su Santidad, que estaba muy consolado y edificado de verle tan conforme con la voluntad divina. Mas que él no dejaria de encomendarle al mismo Señor y de decirle la misa porque le diese salud y vida. Harto he vivido, santísimo Padre, replicó el enfermo; pues tengo ya casi 79 años cumplidos. No deseo ya vivir mas, sino solo que se cumpla en mí la voluntad del Señor. Lo que yo deseo para Vuestra Santidad, y lo que suplicaré á la Majestad divina, es que le dé los años de vida que yo he vivido, para bien de la santa Iglesia. Mas querria yo (respondió el Pontífice con singular piedad y benignidad) mas querria para mí sus méritos que sus años. No entendió bien el enfermo esto último que dijo Su Santidad; y así prosiguió en decir, que él no era ya de provecho para nada, que era un monton de tierra desaprovechada y pesada: y cuasi deseaba ya ser llevado á la patria celestial. Entre estas y otras pláticas semejantes, le volvió otra vez á abrazar Su Santidad, y se despidió bañado en lágrimas y mostrando un sentimiento muy extraordinario. El enfermo quedó conso-

ladísimo con esta visita, tomándola tambien por pronóstico muy cierto de su cercana muerte; acordándose que es persuasion comun en la corte romana, que los Cardenales á quien el Papa visita en sus enfermedades, no suelen escapar de la muerte.

En esta ocasion se volvieron á avivar mas en nuestro Cardenal aquellos sus antiguos deseos de renunciar la dignidad: deseando grandemente, ya que en vida y salud no le habia sido permitido, hacerlo ahora en la última enfermedad y cercanía de la muerte; y morir en todo y por todo en la humildad de religioso de la Compañía de Jesus. Propúsolo de nuevo é instólo á Su Santidad. El cual ni se lo quiso conceder, ni tampoco entristecerle con negárselo absolutamente. Y así le respondió que convenia mirarlo mas despacio: y que pues el último punto no era llegado, habria tiempo para poderlo determinar con mas consideracion. En efecto, le fué entreteniendo Su Santidad, sin querer hacer mudanza, ni privar al Sacro Colegio de aquel lustre y resplandor tan grande de un Cardenal tan religioso, y en todo tan admirable.

Aquí tambien sucedió otra cosa de harta edificacion, que confirmó muy bien todo lo que al fin del libro precedente dijimos de la entereza de Belarmino y de su despego de carne y sangre. Viéndole Su Santidad en el estado en que estaba, le concedió de su propia voluntad, que dispusiese en sus deudos, ó en quien mas le agradase, algunas de las rentas eclesiásticas que gozaba: y en particular que confiriese á un sobrino suyo 500 ds. de la pension que tenia sobre el Arzobispado de Capua. Replicó el enfermo, con el debido agrade-

cimiento, que no tenia su sobrino muy precisa necesidad de aquella tan grande liberalidad; y así que Su Santidad la emplease en otros mas necesitados. Y respondiéndole el Pontífice y ordenándole que así lo hiciese sin réplica, el Cardenal le suplicó humilde é instantemente, que no le apretase en esto. Y cuando otra cosa no pudo, vino á alcanzar que solamente se diesen al sobrino 300 ds. y que Su Santidad dispusiese de los demás. Lo cual se le hubo de conceder por no contristarle mas. Y con esto le dejó Su Santidad, partiéndose no menos enternecido, que edificado y admirado de lo que habia visto en el santo enfermo.

Desde este dia fueron muchos los Cardenales que le fueron á visitar por sus mismas personas, que á veces concurrian cuatro ó cinco juntos; y dia hubo que llegaron á diez. Todos iban no solo por cumplir con la cortesía, sino mucho mas por encomendarse en sus oraciones, y por ver con sus ojos en aquel trance al que en vida y en muerte era un ejemplo vivo de toda virtud, y un prodigio raro de santidad. Pedíanle muchos de ellos á la despedida que les echase su bendicion; mas él se excusaba, diciendo que sus SS. Ilustrísimas se la habian de echar á él. Y cuando otra cosa no podian, puestos de rodillas junto á la cama, le tomaban la mano y se la besaban una y muchas veces, y aun se la ponian sobre sus ojos y cabeza, con extraordinaria devocion y reverencia; correspondiendo á ella no solo el sentimiento del corazon, sino tambien las lágrimas de los ojos. Causó esto la primera vez no pequeña admiracion á los presentes; y no menor cuando saliéndose aquellos señores dijo el enfermo con toda sinceridad, que se admi-

raba mucho de que le hubiesen pedido su bendicion, no habiendo costumbre que se bendigan unos Cardenales á otros: y que no podia alcanzar la razon de tan nueva ceremonia. Respondiéronle sus familiares para quietarle, que sin duda lo habrian hecho por ver que Su Señoría Ilustrísima no solamente era Cardenal, sino tambien Arzobispo, de quien es propio echar bendiciones á los demás. Pues ¿por qué no me decian eso (añadió él con nueva y mayor candidez) y no se la hubiera negado? Tan léjos como esto estaba de pensar en su propia estimacion y excelencia. Propiedad de los grandes siervos de Dios, que aun cuando se ven estimar y venerar, retirados y envueltos en su propia bajeza y humildad no reconocen ni advierten la estima y veneracion que se les hace.

Mas no dejaré de notar en este punto, que visitándole el señor cardenal Mateo Barberino (que ya hoy es Papa Urbano VIII) despues de haber tenido largos y piadosos coloquios con el enfermo, á quien estimaba y veneraba en grande manera, queriendo en testimonio de esta veneracion, cuando se despedia, asirle la mano para besársela; por buena diligencia que se dió, no lo pudo hacer tan presto, que el enfermo, aunque estaba en extremo flaco y debilitado, no se adelantase y le asiese la suya primero, y se la besase con mucha devocion: lo cual admiró entonces mucho á todos los presentes, y hasta hoy lo cuenta el santísimo Padre en varias ocasiones con notable admiracion.

Fuera de esta reverencia y veneracion que tantos le hacian y tenian, muchos hubo que no se contentaron hasta que expresamente les hubo de dar su bendicion.

Hacíanle increible instancia, vencíanle con su porfía. Al fin el santo y humilde varon levantaba los ojos al cielo, y el corazon á Dios, y tras esto levantaba la mano y los bendecia con grandísimo afecto y ternura. Así lo hizo con muchos Prelados, muchos religiosos y sacerdotes, muchos señores y caballeros, y otros de diversos estados y condiciones. Bendijo asimismo á toda nuestra Compañía de Jesus, á la Religion de los Padres Celestinos, al monasterio de Santa Marta, y á todos los demás lugares pios, de que habia sido protector y patron: al imperio romano, á todos los reinos católicos, á toda la Iglesia universal: y no se olvidó de los reinos y provincias infestadas de la herejía, suplicando instantísimamente á nuestro Señor las librase de tan grave mal. Con estas demostraciones tan piadosas y tan santas se enternecian las mismas piedras que presentes estaban: y todos los que cuidaban de su enfermedad quisieran restituirle la salud y alargarle la vida, aunque fuese á costa de su misma sangre. Pero el sujeto era muy flaco y muy gastado; el mal robusto, y que cada dia iba cobrando mayores fuerzas, sobrepujaba las medicinas; y el arte no prestaba, donde tan rendida estaba la naturaleza.

Íbase descubriendo el peligro, y mucho mayor era el temor no se le subiese el mal á la cabeza. Y á esta causa los Padres que le asistian le acordaron al cuarto dia, que seria bien recibir el sagrado Viático del santísimo cuerpo del Señor. Recibir al Señor, bien será, respondió el enfermo, aunque para recibirle por Viático tiempo nos dará su Majestad. Y así quiso por entonces comulgar en el modo ordinario, pareciéndole, que en

caso que no pudiese comulgar mas, aquella comunion le valdria por Viático. Y fué nuestro Señor servido que no solamente esta vez, sino otras comulgase en esta enfermedad, y todas con admirable preparacion y reverencia, habiendo rezado muchas oraciones y tenido buenos ratos de meditacion. Y al tiempo que llegaba el sacerdote con el santísimo cuerpo del Señor, no bastó persuasion alguna, ni piadosa violencia de los enfermeros, para que no se arrojase de la cama y arrodillado en tierra recibiese el Pan del cielo con admirable reverencia y devocion.

Llegóse al fin el onceno de la enfermedad, y habiendo pasado la noche con muy extraordinario desasosiego y con unas congojas mortales, sintió él mismo que le iba faltando muy apriesa la fuerza y virtud natural, y así comenzó á decir: ¿Cómo no me dan ya esta deseada nueva de que me voy á mi casa? Avísenmelo, para que me prepare mejor. Y sacando luego un lastimoso suspiro del corazon, dijo con notable sentimiento: ¡Oh cuán engañados viven los que despues de mala vida piensan tener buena muerte! Bien morir tras bien vivir, viene bien; mas vivir mal y morir bien, dificultosamente se hallan juntos ¿A quién no admiran estos sentimientos de los Santos? y á quién no atierran estos dichos no menos verdaderos que terribles?

Avisaron á este tiempo á nuestro Padre General del peligro tan grande en que el enfermo estaba. El cual entrando en su aposento con harto sentimiento de su corazon, aunque procurando disimularlo en el semblante, le dijo como mejor supo (y no fueron necesarios muchos preámbulos ni circunloquios) que la hora tan

deseada de su S. Ilustrísima se iba llegando, y que su vida se iba acabando por la posta. Alegróse sobre manera el enfermo con esta nueva: y todo bañado de celestial alegría, dijo tres veces con alegrísimo semblante y voz: ¡Oh qué buena nueva! ¡oh qué buena nueva! ¡oh qué nueva tan dichosa es esta! ya no me queda mas que desear. Bien quisiera yo gastar un año entero en esta casa para aparejarme mejor para la partida: mas pues el Señor me quiere llamar ahora, vamos en hora buena, hágase su santísima voluntad.

Sola una cosa dijo que le daba pena; y era no poder dejar á la casa profesa de la Compañía algun socorro considerable para ayuda á pagar las deudas que sabia tenia. Dejábala por su heredera en el último testamento: y como eran tan pocos los bienes que tenia que dejar, temia no le fuese antes de carga y empeño, que de socorro y ayuda. Replicó el Padre General, que no tomase por eso pena su S. Ilustrísima, que la honra y gloria que de sus loables acciones y fructuosos trabajos habia recibido la Compañía, era de mas estimacion y precio que grandes tesoros que le pudiese dejar: y que él en su nombre se daba por muy contento de esta herencia.

Con esto se quietó por entonces, y comenzó á rezar varias oraciones y Salmos. Y despues hizo que le leyesen las muertes de algunos Santos, y particularmente la de San Cárlos Borromeo: y se consoló en extremo con oir que habia muerto con semejante enfermedad y cargazon de cabeza. Con estas y con otras cosas tales se fué entreteniendo y disponiendo hasta que fué tiempo de traerle el santísimo Viático. Y porque las otras

veces que habia comulgado se habia arrojado de la cama para recibir de rodillas el santísimo Sacramento; temiendo los Padres no quisiese ahora hacer otro tanto, cuando la flaqueza era tan grande y el peligro de su vida tanto mayor, le previnieron con muchas razones y con grande instancia para que no lo hiciese. Pero mas pudo con él la devocion y reverencia de aquel Señor que le venia á visitar, que el temor y recelo de su propio daño y peligro. (Que los santos en todo van por diferentes pasos y encontrados caminos á los de los muy remirados en las cosas que menos importan y muy remisos en las que mas valen.) Y así luego que le vió venir, venciendo con el vigor del espíritu la grande flaqueza del cuerpo, con presteza maravillosa se arrojó en el suelo, y puesto de rodillas dijo con grande sentimiento la confesion general, y recibió el Pan de vida con admirable devocion.

Quedóse luego como desmayado entre los brazos de los que le asistian, ó ya fuese flaqueza de su cuerpo, ó ya exceso de su espíritu y deliquio de su corazon. Volviéronle con ternura á la cama, y tendidas las cortinas, él tendió las velas á su devocion, gastando largo espacio en dulces coloquios con su amado, que tenia presente, aunque disfrazado, y tan presto esperaba ver cara á cara en su santo reino y gozar por una eternidad.

Pasadas algunas horas, pidió que le trujesen la Extremauncion, para quedar del todo armado y fortalecido para aquel último combate y agonía de la muerte. Recibióla muy en su acuerdo, respondiendo á todas las oraciones, y pidiendo de nuevo perdon y misericordia al Señor con grande devocion y confianza. Luego hizo

que le pusiesen á los piés de la cama, adonde él de ordinario ponia los ojos, una muy devota imágen de un Crucifijo: con quien comenzó á tener dulcísimos coloquios y afectuosísimas aspiraciones de su alma; y casi nunca mas apartó de allí la vista, sino por ocurrencias muy forzosas, y nunca jamás el corazon: alegrándose de rendir su vida en presencia y compañía de aquel Señor, que por remedio y rescate suyo la habia rendido en un madero con tantos dolores y congojas, y mayores ansias y afectos de amor.

Entre estos lances fué necesario atender á la disposicion y composicion de algunas cosas: que como el morir es partirse á camino tan largo, por mas preparacion que haya habido, apenas falta para entonces algo que componer y disponer. Dábale nuevo cuidado la carga que le parecia dejar á la Compañía en razon de los gastos de su entierro y otras cosas subsecuentes á las muertes de los Cardenales. Porque aunque él en su testamento (que despues veremos) habia procurado prevenir todo esto, ordenando y pidiendo que no fuese su entierro exequias con mas aparato y gasto que el de un ordinario religioso; con todo eso le parecia que de toda la herencia apenas se podria sacar lo necesario, especialmente contando los quinientos escudos que llaman del anillo, los cuales suelen pagar los herederos de los Cardenales difuntos. Para salir pues de esta congoja, quiso valerse de la amistad y diligencia del Cardenal de Santa Susana, que tenia muy conocida y experimentada. Y así por su medio alcanzó esta gracia de lo del anillo, de la liberalidad de Su Santidad; con que quedó extrañamente consolado, y no menos agradecido á dos tan grandes y tan oportunos bienhechores.

Luego declaró dos puntos que le fueron propuestos tocantes á su testamento: el uno acerca de un legado que dejaba á la Iglesia de Santa María in Via, que era su primer título del Cardenalato, el cual mudó en la de Santa Práxede, cuyo título ya tenia; y el otro acerca de los ejecutores y albaceas, que por haber ya muerto el cardenal Pedro Aldobrandino, que estaba nombrado, le pareció señalar ahora al cardenal Hipólito su sobrino.

Estaba á todo esto presente y con harto sentimiento el Padre Andrés Eudemon Joannes, íntimo amigo del santo Cardenal. Al cual, llegándose á despedirse en aquel último trance, despues de haberle dado un muy tierno abrazo, estando muy en sí, y muy atento no solo á lo de la vida eterna adonde caminaba, sino tambien á lo de esta temporal que dejaba, le encomendó con grande encarecimiento, que en los libros que habia de publicar contra los herejes, diese público testimonio de que él moria en la fe y doctrina que de palabra y por escrito habia mantenido y enseñado en defensa de la santa Iglesia. Encargóse el Padre de cumplir esta última encomienda. Y para mas autoridad hizo luego llamar un notario, y delante de diez testigos, que se hallaron presentes, se hizo un público testimonio en razon de esto, que todos ellos firmaron, y el notario autorizó; y fué del tenor siguiente:

El señor cardenal Belarmino, estando cercano á la muerte, á los diez de setiembre de mil y seiscientos y veinte y uno, me encomendó á mí, Andrés Eudemon Joannes de la Compañía de Jesus, que en su nombre escribiese y testificase, que todo cuanto su Señoría Ilustrísima habia escrito en sus libros en defensa de la fe y

Religion Católica, lo ratificaba y de nuevo afirmaba en aquella hora, y que moria en la misma fe que habia defendido. Item, que en lo tocante á la materia *de Auxiliis divinæ gratiæ*, que se controvierte entre la Compañía de Jesús, y algunos otros católicos, dijo, que se ratificaba y tenia por verdadero lo que habia escrito en los libros de las Controversias, y que no habia jamás mudado su primera opinion. A la cual comision y encomienda se hallaron presentes los infrascritos, que á instancia mia lo firmaron de su propia mano en este papel en testimonio de verdad.

Tras esto firmaron los diez testigos, é hizo el notario los demás requisitos para que pudiese hacer fe. Y de este papel se hicieron muchos traslados auténticos, y se enviaron á diversas partes, adónde los enemigos de la verdad habian sembrado que el cardenal Belarmino habia mudado parecer en materias tan importantes.

Hechas estas diligencias quedó el enfermo con increible consuelo, y paz de su corazon, dando infinitas gracias á nuestro Señor que le habia traido á aquel punto, y dejádole disponer tan á su gusto de todo cuanto deseaba. Con esto recibia y saludaba con extraordinario agrado y afabilidad á los que le entraban á ver, y á todos pedia oraciones y sufragios con grande instancia; abrazábalos y bendecia con mucha ternura y afecto á los que se lo pedian, especialmente á sus queridos hermanos los de la Compañía, prometiéndoles de acordarse de todos cuando se viese en la presencia del Señor. Y hechos estos oficios de tanta piedad y caridad, se volvia á tratar mas de espacio y á recrearse con su Señor que presente tenia en la Cruz, y esperaba tan pres-

to mirarle mas claramente en la gloria. Y era tanta la alegría que recibia de verse ya morir, que parece que cobraba nuevos espíritus y alientos; y pudieran esperar que con este contento y alegría de la muerte presente habia de recobrar de nuevo la vida, si la pena y sentimiento que le causara el verse vivir, no fuera suficiente para apresurarle la muerte.

CAPITULO IV.

Del sentimiento comun de su enfermedad y peligro; estima y veneracion de su persona; actos devotísimos suyos, y muerte santísima.

Entre tanto que esto pasaba, se extendió por toda Roma la fama de la enfermedad y apretura del santo cardenal Belarmino. Y no se puede fácilmente creer el sentimiento y dolor grande que embistió en un punto y se apoderó de los ánimos de todos, ni las memorias y alabanzas de sus heróicas obras y virtudes que en todas partes se oian. No se hablaba de otra cosa en todos los palacios y casas, en las calles y en las plazas, sino de su grande piedad y caridad, humildad y modestia, y de las demás excelencias que en este género cada uno habia mas notado en su perfectísima vida. Este le llamaba martillo de los herejes; aquel cuchillo de los vicios; uno gloria del Sacro Colegio; otro ejemplo de Cardenales y Prelados: aquí dechado de humildad; allí prodigio de modestia; y en todas partes y en las bocas de todos era celebrado por Padre de los pobres, lustre

de su Religion, honra de Italia, luz de Roma, y resplandor de toda la Iglesia. Entre las cuales alabanzas todos mostraban un entrañable sentimiento de la enfermedad y peligro del doliente, y un increible sobresalto y temor de su pérdida.

Comenzaron juntamente á acudir á la casa de San Andrés en tanto número personas de todos estados y con tantas ansias de ver al que tanto amaban y veneraban, que no fué posible defenderles la entrada, ni dejar de condescender con su afecto y devocion. Entraban á bandadas en el aposento, y viendo aquel espectáculo tan agradable al cielo, quedaban atónitos y fuera de sí. Veíanle con los ojos á veces clavados en el Crucifijo que enfrente tenia, á veces levantados suavemente hácia el cielo, y hablando ternísimamente con su Dios: y á veces tambien que vuelto á los presentes les decia palabras de vida con admirable afecto y piedad.

No se hartaban de verle y oirle; y sentian sus pechos enternecidos, regaladas sus almas, y sus ojos hechos manantiales de dulce licor. Y no sabian apartarse de aquel lugar, que sentian tan santificado con la presencia, palabras y suspiros de aquel celestial varon; sino que la fuerza é instancia de los que sobrevenian de nuevo necesariamente interrumpia la quietud y suspension de los que presentes estaban, y los obligaba á ceder del lugar. Salian todos por largo espacio enmudecidos y suspensos, así por la grandeza del dolor como de la admiracion; bien que despues se hacian lenguas en las alabanzas y encomios del enfermo; y procuraban poner por obra los santos propósitos que con-

sola su vista habian concebido; que en muchos fué causa de notable mudanza y reformacion.

Mas no se quedaron en esto las demostraciones del concepto que tenian de la santidad del enfermo. Antes comenzaron á porfía unos y otros á pedir, y aun á echar mano de las prendas que pudieron suyas, para llevárselas por reliquias. Y no solamente pedian ó arrebataban los rosarios, imágenes, cruces, y otras cosas sagradas y devotas que hubiesen sido suyas, sino cualesquiera otras de sus vestidos, ó de su cama, ó aposento, ó que en cualquiera manera le hubiesen pertenecido ó hubiesen tocado á su santo cuerpo. Ni á las escofias ó tocadores perdonaban; ni aun á los botones, ni cordones, ni á otras menudencias semejantes. Y en esto no solamente se mostraba ó desmandaba la gente comun y del pueblo, sino mucha de la mas grave y autorizada. Y apenas quedó Cardenal, ni persona de importancia en toda la Corte Romana (por no hacer ahora mencion de otros príncipes extranjeros) que ó en este tiempo ó despues de su muerte, no pidiese alguna prenda de este Santo tan amado, para defensa en sus peligros, y memoria de su veneracion. Y algunos que estaban ausentes, escribieron á este intento cartas muy apretadas á los superiores, y otras personas de la Compañia, que podian tener parte en estos despojos tan venerables: como lo hizo entre otros el cardenal Odoardo Farnese, que á la sazon se hallaba en Caprarola. El cual estimó despues y agradeció sobremanera un Breviario del santo Belarmino, que con su instancia y autoridad alcanzó.

Mas como los que pedian y pretendian estas reliquias

(así las llamaban y estimaban) fuesen tantos, y no hubiese ya quedado cosa con que poder satisfacer á su demanda y devocion; ellos mismos dieron una traza: y no les salió mal. Y fué que traian de sus casas algunas cosas no solamente de devocion, sino tambien de ropa y vestido, para que tocándolas al santo cuerpo del enfermo, quedasen santificadas y benditas. Y fué el número excesivo, pues solamente los birretes ó escofias pasaron de ciento y cincuenta. Y además de esto, hicieron otra demostracion mas particular de su afecto y devocion. Porque dos ó tres dias antes de su muerte, deseando los médicos descargarle algo la cabeza, que sentia muy fatigada, se determinaron de aplicarle unas sanguijuelas junto á las orejas, que suele ser remedio eficaz. Mas en esta ocasion no sirvió tanto para la salud del doliente, como para la devocion de los circunstantes y de los mismos médicos que lo aplicaban. Porque todos á porfía comenzaron á recoger con lienzos muy blancos la sangre que le corria, para guardarla como precioso tesoro, sin dejar perder una sola gota. Y una buena parte de ella, que un hermano nuestro guardó en una redomilla, se muestra hasta hoy tan líquida y fresca, y con tan vivo y natural color, como el primer dia que se recogió, habiendo ya pasado once años enteros, con grande admiracion de los que la ven. Y cada dia va creciendo mas la novedad y la suspension de tan grande maravilla.

Mas volviendo á nuestro enfermo, estaba él entre estas cosas como elevado y trasportado, no tanto por la gravedad del mal, cuanto por la profundidad de su contemplacion; con que crecia en los que le miraban por

una parte el ánimo para tocarle con los rosarios y demás cosas que hemos significado, y por otra la piedad y devocion, el sentimiento y la admiracion.

Como el mal iba tan adelante, y ya por horas parecia que le llevaba á lo extremo, parecióles que ya no restaba otra cosa (y así lo acordó el mismo enfermo) sino pedir en su nombre á Su Santidad su bendicion é indulgencia plenaria para aquel paso. La cual el Papa concedió de buena gana, y con bien grande sentimiento, y el Cardenal la recibió con notable agradecimiento, y con extraordinaria devocion, descubierta la cabeza, y diciendo con maravilloso afecto y sentimiento la confesion general. Porque en medio de sus mayores apreturas estaba muy en sí para todas las obras de virtud y devocion.

Habia dicho no pocas veces, que esperaba en Dios que habia de venir á morir en viernes, y en la solemnidad de las Llagas del seráfico Padre San Francisco, su singular devoto y patron, que es á diez y siete de setiembre. Si este fué solo deseo, bien se lo cumplió nuestro Señor: y si fué juntamente oráculo (como yo tengo por cierto, y se verá cuando tratemos de sus profecías) harto verdadero le salió. Porque el jueves por la noche á los diez y seis del dicho mes, se descaeció notablemente, y á tres horas despues de puesto el sol, comenzó á agonizar y luchar con la muerte. Acudieron luego todos los Padres de casa á asistirle en aquel último trance y ayudarle con sus oraciones, y con las que la Iglesia señala para aquella tan importante ocasion. Fué durando y creciendo esta apretura, temiéndose á cada punto que era ya el último. Y aunque tenia ya heladas

y casi muertas las extremidades, el pecho estaba muy ferviente, y el espíritu muy vivo para invocar y llamar afectuosísimamente á Dios. Decia versos devotísimos de los Salmos, á propósito de aquella hora; dijo clara y distintamente, y repitió algunas veces todo el Salmo del *Miserere*, todo el *Credo*, el *Pater noster*, *Ave Maria*. Y en especial decia muchas veces con ternísimo afecto aquellas últimas palabras: *Sancta Maria Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostræ*. Y entre todas estas oraciones interponia innumerables veces con increible ternura de su alma los dulcísimos nombres de Jesús y Maria.

Mas lo que sobre todo encarecimiento enternecia á los circunstantes era, ver el singular afecto y ternura con que abrazaba y apretaba la imágen de un Cristo crucificado que tenia en las manos: especialmente cuando ya á lo último quiso descansar con este amantísimo Señor. Porque esforzando su flaqueza con el afecto, levantó la débil mano, y se descubrió él mismo la cabeza, y se puso dos veces sobre ella el Crucifijo con admirable reverencia: y luego la Cruz sobre sus hombros, como quien protestaba querer llevar sobre ellos hasta el último aliento aquella dulce carga del Señor. Y finalmente levantando la ropa, le colocó inmediatamente sobre su pecho para sellar por remate y armar tambien su corazon. Y en este piadoso ministerio y santa quietud se quedaron las manos hasta espirar, y él unido del todo con su Dios.

En esta forma pasó hasta el amanecer del viernes, que fué para él dia festivo, y de inmensa luz y claridad. Y á esta hora se le comenzaron á escurecer los ojos,

que tan presto se habian de esclarecer con los resplandores eternos; perdió la habla y casi el sentido. Y así le halló nuestro Padre General con otros muchos Padres, que de la casa profesa y Colegios nuestros á este tiempo concurrieron. En presencia de todos los cuales, ayudándole con sus oraciones y plegarias, y acompañándole con suspiros y lágrimas, sin torcer el rostro, sin hacer ningun movimiento, sin perder su paz y serenidad, dió su dichosa alma al Señor, casi una hora despues de salido el sol, viernes de las Témporas, y dia festivo de las Llagas del Seráfico Padre San Francisco, á diez y siete de setiembre del año de mil y seiscientos y veinte y uno, estando muy cerca de cumplir los setenta y nueve de su edad.

De esta manera pasó de esta vida temporal á la eterna el cardenal Belarmino: hombre verdaderamente grande y maravilloso, y en quien con raro milagro de la gracia, se hallaron juntas algunas grandezas que parecen entre sí contrarias: como son eminente doctrina, y profunda humildad; prudencia mas que de hombre, y sinceridad como de niño; entereza y celo rectísimo de la justicia, y blandura y clemencia amabilísima; admirable recogimiento y retiramiento de cosas del siglo, y maravillosa prontitud y asistencia á los negocios públicos; ternísimo afecto de devocion, y vigilantísimo estudio de las ciencias; muy familiar comunicacion con Dios, y muy afable conversacion con los hombres; y finalmente raro desprecio y desestima de sí mismo, y prodigiosa estimacion y autoridad con todos. Por lo cual así como era singularmente querido y amado de Dios y de los hombres, así dispuso la divina Providen-

cia que todos sintiesen y llorasen ternísimamente su muerte; todos le loasen y engrandeciesen con singularísimos elogios; y todos conservasen y celebrasen su memoria con dulcísimos afectos y piadosísimas demostraciones.

Mas por decir tambien algo de su forma y composicion exterior, fué de estatura antes pequeño que grande; tenia la frente ancha, los ojos vivos y agradables, les orejas grandes, la nariz algo encorvada (que suele ser señal de prudencia); la boca bien proporcionada, el pelo de la barba raro, el de la cabeza espeso, y en los primeros años negro, en los últimos autorizadamente cano: el color del rostro blanco y colorado; la complexion del cuerpo bien templada, y que tenia algo mas de colérica y sanguina, que de lo contrario. Tuvo de ordinario buena salud, y fuerte cabeza para sufrir los continuos y largos trabajos de estudios y otras ocupaciones mentales, aunque no le faltaron á tiempos algunas enfermedades y achaques. En el andar y en todas las demás acciones era tan medido y compuesto, que parecia un vivo retrato de la modestia; y todos cuantos le miraban se componian con solo verle, y cobraban un muy alto concepto de su virtud y santidad.

CAPITULO V.

De su entierro y sepultura; grandísimo concurso y veneracion del pueblo y de personas graves y de autoridad.

A poco rato despues que espiró, por huir del concurso del pueblo, fué llevado en secreto el venerable cuerpo á nuestra casa profesa, donde habia de ser el entierro. Y mientras se disponian algunas cosas le encerraron con mucho secreto en un aposento bien retirado. Mas fué tan grande el número de gente que comenzó luego á acudir, por ver y venerar aquel celestial tesoro (adivinando presto adónde estaba escondido) que fué forzoso descubrirle antes de tiempo. Dejaron entrar algunos, á quien no se pudo negar: y con estos se entraron otros; y tras estos otros muchos mas; y finalmente tantos, que se hubo de dejar la entrada patente para todos; sin que se pudiese volver á cerrar hasta bien entrada la noche. Acudian hombres de todos estados, plebeyos y nobles, muchos Prelados y algunos eminentísimos Cardenales: y no se contentaban con verle y admirarle, sino que le veneraban, besándole muchas veces aquellas santas manos y tocándole con los rosarios y cosas semejantes. Y Prelado hubo de los mas principales, que puesto de rodillas le besó innumerables veces los primeros dedos de la mano derecha, que tanto habian peleado en defensa de la santa Iglesia, escribiendo contra los herejes: la cual piedad y devocion del Obispo, otros muchos de los presentes imitaron.

Siendo ya bien tarde, por estar determinados los médicos de abrirle (como comunmente se usa en Roma) y de embalsamarle, aunque él en su testamento expresamente lo habia vedado; con licencia que pidió al Pontífice, vino el doctor Bernardino Castellano, médico de Cámara de Su Santidad, y con un hermano suyo, práctico en esta materia, quiso hacer aqueste oficio con sus mismas manos. Y no fué menester buscar lienzos, ni preparar vasos para recoger la sangre y humor que del pecho y de la cabeza le corria y destilaba; porque toda la gente que en la pieza estaba, concurrió á recogerla en los pañuelos y otros lienzos, con tanto deseo y devocion de llevar alguna cosa de aquellas preciosas señales, que ni una pequeña gota dejaron que se quedase perdida ó desmandada. Y el mismo médico que hacia el oficio, en premio de su trabajo se llevó una parte del mismo hueso de la cabeza que se partió, y la tuvo en grande veneracion.

La mañana siguiente, vestido ya el cuerpo de pontifical, como suelen los Cardenales, le llevaron los señores de la Congregacion de la Asuncion de Nuestra Señora á su propia capilla, para hacerle en ella su oficio de difuntos como á congregante, que lo era. Y fué necesario que algunos de ellos le estuviesen defendiendo por una parte y otra, porque no le oprimiese y maltratase la innumerable gente que concurria por besarle y tocarle con los rosarios. Entrando á verle en este lugar el Padre Procurador general de San Francisco, afirma el mismo, que sintió súbitamente en su corazon con aquella primera vista un horror y pavor santo, y una extraordinaria veneracion; y que le parecia oir en su cora-

zon una voz que le repetia aquellas palabras que la Iglesia canta de los Santos Confesores: *Ecce homo sine querela, verus Dei cultor, abstinens se ab omni opere malo, et permanens in innocentia sua.* Con las cuales se sintió luego bañado de una increible devocion, y comenzó á dar infinitas gracias á nuestro Señor, por los singulares dones y gracias con que para tanto bien y edificacion de la Iglesia habia adornado aquella santa alma.

Despues de medio dia por haber de asistir al oficio en nuestra iglesia el Sacro Colegio de los Cardenales (porque no permitió Su Santidad que en esta parte se cumpliese la última voluntad del difunto, con que habia pedido que no le sepultasen con mas aparato que á cualquier religioso particular) se colocó el cuerpo en medio de la capilla mayor, sobre un tablado ó túmulo bien alto, cubierto de terciopelo negro, que para este efecto, y no menos para defenderle del concurso de la gente, se habia hecho. Mas no bastó esta diligencia, porque al punto que se abrieron las puertas, fué tan grande la avenida de gente que de golpe se entró en la iglesia, con el ansia de ver y venerar aquel sagrado depósito, que temiendo los nuestros, y los maestros de ceremonias, que le guardaban y asistian, no le hiciesen algun notable daño ó desacato, con la demasiada priesa de reverenciarlo y venerarlo, hubieron de llamar los suizos de la guarda de Su Santidad, para que con sus armas le defendiesen. Vinieron muchos en número, y cercándole por todas partes con sus armas, y con mucho cuidado, apenas fueron bastantes. Y cuando otra cosa no pudieron los ansiosos de algunas prendas del santo cuerpo, por estar puesto tan en alto, y tan defen-

dido, asieron con no menor fuerza que piedad del capelo que tenia puesto á los piés, como es costumbre, y por presto que acudió la guarda á recobrarlo, por lo menos se quedaron los cordones entre las manos de los devotos.

Con el tumulto y ruido de la gente, apenas se oia el canto del oficio de los difuntos, á que presidia nuestro Padre General, asistiendo en sus lugares el Sacro Colegio de los Cardenales. Y fué tan grande el concurso de aquellos señores eminentísimos, que apenas se sabe que faltase ninguno de cuantos entonces habia en Roma. Por donde mirando la calidad y el número de las personas que á este entierro estaban presentes, decian los mas ancianos, no haberse visto jamás concurso semejante en aquella corte. Lo cual se debe en tanto mas estimar, cuanto no los traia el cumplimiento ó alguna otra razon de urbanidad ó policía humana, sino sola la devocion y la estima verdadera de la santidad del difunto. Y así se vió en la comun veneracion, y en el sentimiento universal, y en las aclamaciones honoríficas que todos le daban, llamándole los pobres y desvalidos padre y amparo, los grandes y poderosos luz y guia, y todos á una voz Santo, Santo.

Al principio por mas que deseaban los que estaban en la iglesia llegarse cerca del venerable cuerpo, y tocarle con los rosarios, no lo podian bien hacer, por temor de los suizos que le guardaban, y con gran severidad se lo impedian. Mas despues poco á poco se fueron llegando y entremetiendo unos y otros con aquel piadoso deseo. Y para que mas breve y fácilmente lo pudiesen cumplir y dar lugar á otros muchos que no

menos lo deseaban, los soldados, y los maceros, que asistian junto al santo cuerpo, tomaron por expediente levantar ellos mismos los rosarios con las alabardas y mazas, y tocarlos á las manos y rostro del difunto. Y fué maravilla que no le moliesen ó desfigurasen con tanta muchedumbre de ellos, porque fué fama comun que pasaron de veinte mil los rosarios que le tocaron.

Y á este tono eran las demás significaciones de veneracion y reverencia que en todos los presentes se veian. Las cuales todas, dice en una carta el eminentísimo Cardenal del Monte, que no le causaron admiracion, por conocer muy bien la santidad tan heróica del difunto, y saber la insigne opinion y estima en que de todo el mundo era tenido y venerado. Y añade, que el ilustrísimo cardenal Montalto con mucha razon habia dicho, que este dia con demostraciones tan raras de estima y veneracion habia sido mucho mas glorioso al cardenal Belarmino, que si hubiera entrado triunfando en Roma ó hubiera sido elegido por Sumo Pontífice de toda la Iglesia. Y finalmente dice, que se rugia ya entre la gente, que en el siguiente dia se habia de tratar de su canonizacion. Y no solamente era este sentimiento de la gente comun, sino tambien de algunos señores Cardenales, fundándole en la conocida santidad del difunto, y en el aplauso y clamor universal del piadoso pueblo, que suele tener la voz de Dios.

Ya se habia acabado el oficio de la sepultura, y ya se habia partido, no sin mucho sentimiento y lágrimas, el Sacro Colegio de los Cardenales, mas la muchedumbre del devoto pueblo no se partia. Detenialos aquella benignidad que aun se reconocia en el rostro, aquella

piadosa liberalidad en las manos, aquella insigne virtud y santidad que aun en el mismo cuerpo muerto vivia. Y aunque algunos finalmente se fueron, por ver que venia muy apriesa la noche, en otros muchos tuvo mas fuerza la piadosa curiosidad de verle mas de cerca, y la tierna devocion de besarle los piés y las manos. Entre estos habia personas de mucha calidad y respeto. Y para darles este gusto, bajaron los Padres el cuerpo y le llevaron á la capilla de Nuestra Señora con buena guarda de los soldados; adonde permitieron que fuesen entrando todos poco á poco por una puerta, y en cumpliendo con su devocion fuesen asimismo saliendo por la contraria. Con lo cual se fué cumpliendo con la piedad de todos, aunque no del todo con el deseo de muchos, que quisieran quedarse allí toda aquella noche y muchos dias venerando aquel depósito celestial. Al fin le llevaron á la sacristía, estando ya las puertas de la iglesia cerradas, y allí le acomodaron en un ataud, para depositarle (como él con tantas veras habia pedido á nuestro Padre General) en el entierro comun de los Padres de casa. Y así se hizo aquella misma noche con nuevo sentimiento y ternura de nuestros Padres.

Diez dias despues de su muerte quiso tambien nuestra Religion dar algunas muestras particulares de lo que estimaba y amaba á su Cardenal. Y así le hizo unas honras con el mayor aparato que entonces se pudo. Y una de las cosas mas memorables fué una muy elegante oracion laudatoria de sus excelencias y virtudes que hizo el Padre Tarquinio Galuzi, famosísimo orador: la cual impresa, y dedicada al ilustrísimo cardenal Farnese, anda ya en manos de todos.

Por este mismo tiempo y poco despues, como se fué publicando por toda la Cristiandad la muerte del santo Cardenal, comenzaron muchas de las personas mas principales y piadosas á desear tener algunas prendas y reliquias del que tan amado y venerado era en todas partes, ó ya por la noticia y conocimiento de su persona, ó ya por la loable fama y opinion de su rara perfeccion y santidad. Y así hicieron grandes diligencias, y alcanzaron con grande instancia algunas cosas de estas, de nuestro Padre General. Y fué gran providencia haber guardado con tiempo algunas, y librádolas de las ansias y violencias de los devotos al tiempo de su enfermedad: con que se pudo ahora satisfacer á la piedad de las personas mas dignas de respeto.

Entre estas fué la Reina madre del Cristianísimo de Francia, la cual estimó y agradeció sobre manera una muceta que habia sido del santo cardenal Belarmino, y una parte de sus mismos sesos, y la mostró y dió á venerar á todos los de su palacio. No menos deseo y estimacion mostraron de otras reliquias del mismo Cardenal los Serenísimos Duques de Baviera. Y asimismo el Ilustrísimo Cancelario de Polonia, y otros grandes personajes de varias provincias y naciones (que por no alargarme mas, no quiero especificarlos) porque en todas partes era y es hasta hoy celebrada y venerada la memoria de este santo Cardenal, y lo será por muchos siglos

Y en Roma, donde habia sido tan conocido y admirado, aunque estaba su santo cuerpo en tan humilde lugar, y tan encubierto entre los polvos de los demás difuntos religiosos, no dejaba de sobresalir su grandeza y de

manifestarse su ilustre gloria, así con la singular veneracion de todo el piadoso pueblo, como con los ordinarios favores y beneficios del cielo, que por medio de su invocacion é intercesion se comenzaron desde luego á experimentar. Acudian muchos á aquella humilde sepultura y con admirable devocion se arrodillaban é inclinaban á ella, no para rogar al Señor por el alma del difunto, sino para alcanzar para sí por medio y mérito suyo las mercedes y misericordias de que necesitaban. Y muchas veces testificaban haber sido oidos sus ruegos, y despachadas bien sus peticiones. Cubrian de ordinario el sepulcro con flores y yerbas olorosas; ilustrábanle con piadosos cirios y candelas; honrábanle con varias maneras de votos, y con argumentos y señales ciertas de beneficios recibidos. La cual piedad no se acabó, aun despues que vieron el santo cuerpo trasladado á otro lugar de la iglesia, como luego diré. Bien es verdad que estos votos y cosas semejantes no consentian los superiores de la Compañía que perseverasen en el sepulcro del venerable Cardenal, por no estar aun declarado por Santo de la Iglesia. Mas con todo eso perseveraba y persevera la piedad del pueblo en traer mas y mas: los cuales se van guardando hasta su tiempo en la sacristía de la misma iglesia: y son ya muchísimos en número, y no de poca estima en la calidad.

Y como esta piedad y concurso del pueblo fuese adelante, y no menos la fama constante de la santidad del difunto, alentada con muchas maravillas y milagros que comunmente se contaban y celebraban en Roma y en otras partes haber acaecido por su intercesion, á los tres del febrero siguiente de 1622 se pidió y alcanzó

licencia de Monseñor Paulo de Curte, obispo y vicegerente del Ilustrísimo Cardenal Vicario de Roma, para poder hacer procesos é informaciones jurídicas sobre la vida y milagros de la piadosa y venerable memoria del cardenal Belarmino, para que con el tiempo y con la muerte de los que le conocieron y trataron, no se fuese disminuyendo y olvidando, y para otros fines y efectos loables. Y así por autoridad apostólica, y con remisoriales de Su Santidad, y con todas las solemnidades que es derecho y costumbre, se hizo un largo proceso en Roma de lo que depusieron y juraron muchos y muy ilustres testigos y dignos de todo crédito. Y despues se hicieron asimismo otros dos en Montepulciano donde nació, y en Capua donde fué Arzobispo. Todos los cuales muy auténticos y en forma que hacen fe, se guardan en la Corte Romana.

Un año entero habia ya pasado despues de la muerte del santo Cardenal, y su venerable cuerpo se estaba enterrado en la sepultura comun; como si ya que en el morir habia sido igual á los demás, en el vivir primero y en la gloria que ahora gozaba no llevara á muchos grandes ventajas. Sentian esto no poco los devotos, y pareciéndole á nuestro Padre General, que era ya tiempo de darles este gusto, y que se habia cumplido ya bastantemente con el del santo Cardenal, que con tantas ansias habia pedido ser enterrado en aquel humilde lugar; dió órden como fuese trasladado á otro mas decente y honroso de la misma iglesia. Así se hizo á catorce de setiembre del año de 1622. Desenterraron el santo cuerpo, y halláronle muy entero con su cabeza, y sin señal alguna de corrupcion. Laváronle muy bien,

y vieron que todo el rostro no solamente estaba sano y entero, sino tambien fresco y lustroso, como si acabara entonces de morir, ó por mejor decir, como si todavía viviera. Estaba presente el Padre General, y todos los Padres asistentes, y el secretario de la Compañía; y todos quedaron notablemente consolados. Volviéronle á vestir su dalmática y casulla morada; y de esta suerte le pusieron en una caja de ciprés cubierta de plomo por de fuera.

Estaba ya por este tiempo desocupado el sepulcro de nuestro glorioso Patriarca San Ignacio, que por haber sido canonizado por el mes de marzo precedente, se habia trasladado su santo cuerpo, y por mas veneracion colocádose debajo del altar mayor. Parecióles con razon á los presentes que ninguno podria mejor llenar aquel vacío de su gran Padre, que un hijo que en la santidad de la vida tanto se le habia asemejado: y de quien con tanto fundamento se podia tambien esperar, que dentro de poco tiempo habia de pasar desde el mismo sepulcro á los altares, á imitacion de su santísimo Padre. Estaba este sepulcro á la mano derecha del altar mayor; y en él quedó depositado aquel precioso tesoro del santo Cardenal.

No mucho despues el Eminentísimo y Reverendísimo cardenal Odoardo Farnese (príncipe no menos piadoso que magnífico, á cuya persona y familia debe nuestra Compañía cuanto es notorio á todo el mundo) queriendo abrazar en los senos de su piedad y magnificencia, entre otras obras dignas de eterna alabanza, la loable memoria del santo cardenal Belarmino, le hizo labrar á su costa un rico y vistoso sepulcro de hermosos már-

moles, y piedras de diferentes colores, adornado de labores y molduras bien proporcionadas, y rodeado de estatuas de la misma materia, y todo de mano de un muy primo y famoso escultor. Y en él hizo esculpir un epitafio sin otro elogio ninguno mas que el nombre del mismo difunto: juzgando por ventura que él solo es mas glorioso que todos los elogios que se pudieran amontonar. Dice, pues, de esta manera:

ROBERTO
CARDINALI BELARMINO,
POLITIANO, E SOCIETATE JESU,
MARCELLI II P. M. SORORIS
FILIO.

ODOARDUS
CARDINALIS FARNESIUS
SUI ERGA VIRUM, QUEM PATRIS LOCO
SEMPER COLUIT, AMORIS NUNQUAM
MORITURI MONUMENTUM POS
OBDORMIVIT IN DOMINO ANNO SAL.
M.DC.XXI. ÆTAT. SUÆ LXXIX.

Y quiere decir en castellano: A Roberto Belarmino, Cardenal de la Compañía de Jesus y natural de Montepulciano, hijo de una hermana del Papa Marcelo II, el cardenal Odoardo Farnese puso esta memoria y señal del ámor que siempre le tuvo y tendrá como á persona á quien siempre respetó y veneró como á Padre. Reposó en el Señor el año de nuestra salud, de 1621, y á los 79 de su edad.

Allí descansa hoy el cuerpo de este santo Cardenal (mientras su alma, como creemos, está en el cielo en eminentísimo grado de gloria): allí es visitado con mucha frecuencia y devocion de toda la Corte Romana: allí es venerado é invocado en las necesidades particulares de cada uno, y allí acude muy de ordinario al remedio y consuelo de todos. Allí van cobrando los hombres cada dia mayor estimacion de sus merecimientos, y mayor confianza de sus ruegos é intercesion; y allí le va Dios ilustrando cada dia mas, y acreditando con nuevas demostraciones su excelente santidad. Con que el cielo y la tierra, Dios y los hombres, parece que se hacen lenguas en abono y alabanzas de Belarmino. De los cuales testimonios divinos y humanos nos resta que decir un poco, para dar fin y cumplimiento á esta historia. Aunque de los divinos y milagrosos, que á su sepulcro van cada dia sucediendo (aunque son muchos y muy insignes) poco ó nada pienso decir hasta otro tiempo mas oportuno, por no mal lograrlos al presente, y por otras razones mas precisas. Su sazon se les llegará con el favor de aquel Señor, que así como hizo unos tiempos para callar, así hizo otros para hablar, y para publicar libremente las grandezas y prerogativas de sus fieles siervos y amigos.

CAPITULO VI.

Del piadosísimo y ejemplarísimo testamento del santo cardenal Belarmino.

Habiendo de acabar esta historia con algunos testimonios divinos y humanos de las heróicas virtudes y otras grandezas y excelencias del santo cardenal Belarmino, quiero que los primeros sean los que él mismo de sí nos dejó; que aunque sean en causa propia, no les faltará autoridad, ni les debe faltar crédito. Estos pues serán su testamento y última voluntad, y sus libros y escritos, de que quiero tratar en este capítulo y en el siguiente.

Y hablando ahora primeramente del primero, dijo bien el segundo Plinio en una de sus Epístolas (lo que no ignoró el Jurista, y lo que él afirma ser persuasion comun) que el testamento de cada uno suele ser espejo de sus costumbres: *Testamentum hominum speculum esse morum.* Allí se estampan y representan las inclinaciones y apetitos de cada uno: allí se descubren y desembozan las virtudes, ó vicios que reinaban, ó secretamente se enseñoreaban del corazon: tal ingenio y caudal tiene comunmente el hombre, cual descubre y muestra en su testamento. Y si este se llamó así porque es testimonio de la mente y testificacion de lo interior del alma, *Testamentum est testatio mentis;* creo que no tanto fué eso porque declara la última voluntad cuanto porque demuestra toda la disposicion del corazon del que hace el testamento. A lo menos quien leyere este del carde-

nal Belarmino, cobrará un alto concepto de su grande piedad, humildad y modestia, y de todas sus heróicas virtudes: y en efecto en esta disposicion para la muerte verá representado un Belarmino á lo vivo. Por eso pues no haré en este capítulo otra cosa, sino poner á la letra este testamento como él lo dejó escrito, solamente traduciéndole en español. Dice pues de esta manera:

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Yo Roberto Belarmino, que de la Compañía de Jesús fuí asumpto á ser Presbítero Cardenal, pedí facultad y licencia á la Santidad de Clemente VIII para hacer testamento solamente en favor de obras pias: por quedar cierto y seguro que los bienes temporales que á la hora de mi muerte me quedasen, y que yo en vida no hubiese podido repartir á pobres é iglesias, por ser necesarios para mi sustento y de mi familia, habian de venir despues á parar en poder de los pobres y de las iglesias. Y Su Santidad me concedió el indulto y licencia de testar con mas latitud y libertad de lo que yo la queria; aunque yo no la quise aceptar sino solamente para causas pias, como se la habia pedido. Está esta facultad y licencia entre otras Bulas que se me han concedido, en folio grande de pergamino con su sello de plomo, la data el año de mil y seiscientos y tres, á ocho de abril, en el año doce del Pontificado del santísimo Papa Clemente VIII. Presupuesto pues este indulto y facultad, hice mi testamento en Capua siendo Arzobispo de aquella ciudad; y despues revocando aquel primero hice otro en Roma. Mas por haberse mudado algunas circunstancias, revocando tambien el segundo, me he determinado hacer ahora otro testamento, siendo de se-

senta y nueve años de edad, mas por la gracia de Dios estando bien sano del cuerpo, y muy en mi entero juicio.

Lo primero pues deseo con todo el afecto de mi corazon, que mi espíritu sea encomendado en las manos de Dios, á quien desde mi mocedad deseé servir: y le suplico que me admita y dé lugar entre sus santos y escogidos, no mirando á lo que yo merezco, sino usando de su clemencia: *Non æstimator meriti, sed veniæ largitor.* Mi cuerpo quiero que sin abrirle ni embalsamarle sea llevado de noche y sin pompa alguna á la iglesia de la Compañía de Jesús, ó sea á la del Colegio Romano, ó á la de la casa profesa: y mis exequias las hagan solos los Padres y Hermanos de la Compañía, sin asistir el Sacro Colegio, sin túmulo levantado, sin armas ni banderolas, sino con la misma llaneza que á los demás de la Compañía se suelen hacer. Y en este particular, con las mayores veras que puedo, pido humildemente á la Santidad de nuestro señor el Papa, quiera cumplirme este deseo. En cuanto al lugar de mi sepultura, mucho me holgaria tenerle á los piés de mi hijo espiritual, el B. Luis Gonzaga: mas con todo eso los superiores de la Compañía podrán depositar mi cuerpo adonde les pareciere.

De los bienes temporales que la Sede Apostólica me ha concedido ó por cualquier otro camino me hubieren venido, dispongo en la forma siguiente. Nombro é instituyo por mi universal heredera á la casa profesa de la Compañía de Jesús de Roma, de la cual Religion yo he sido. Mas quiero que ante todas cosas se paguen las deudas, si algunas hubiere, y se satisfaga á aquellos

que hubiere obligacion. Y además de esto, que se les dé á los de mi familia por espacio de cuarenta dias la racion ordinaria, esto es, el dinero que se les solia dar para el pan y vino y lo demás de sustento de cada dia. Y no les puedo dejar otra cosa, por haber yo pedido la facultad de hacer testamento solamente para obras pias; y por esta causa les he dado á cada uno sus pagas cumplidas y algunas provisiones, además de su ordinaria racion. A mi hermano carnal ó á sus herederos se les vuelva el retrato ó cuadro de Clemente VIII, Pontífice Máximo. A Angelo, mi sobrino, se le dé el retrato ó cuadro de Roberto, cardenal de Nobili, y uno de los dos cuadros de San Cárlos Borromeo, y una de las cruces pequeñas que traigo al cuello con sus reliquias. Al Colegio Romano se vuelvan los seis tomos que me prestó de los Anales del cardenal Baronio, y se le den tambien los otros seis mios; porque con esta condicion tomé los seis primeros, que por mi respeto dió el autor al mismo Colegio, para que despues de mi muerte se le volviesen todos juntos. Al mismo Colegio dejo una de las tres casullas ricas con su estola y manípulo, la que quisiere escoger; y asimismo todos mis escritos y toda mi libreria; si al reverendísimo Padre General no le pareciere aplicar la dicha librería á otro lugar de la Compañía que de ella tenga mas necesidad. A Santa María in Via, que es mi título, dejo otra de las tres casullas ricas, la que mi heredera le quisiere dar. No dejo otra cosa á mi título, porque es mucho lo que gasté en la fábrica de aquella iglesia, como saben aquellos Padres, los cuales me pidieron que así lo hiciese en lugar de las colgaduras que les queria comprar.

Todos los demás bienes que de cualquiera manera me pertenecen ó pertenecerán, muebles ó no muebles, empréstitos, deudas, derechos, etc., y todas las demás cosas así sagradas que pertenecen á la capilla, como profanas que tocan al guarda ropa, ó á otros oficiales y oficinas, dineros y cualesquiera otras cosas, todas ellas quiero que pertenezcan enteramente á mi heredera, esto es, á la casa profesa de Roma de la Compañía de Jesús, como se ha dicho; y en todos ellos y en cada uno de ellos la instituyo y nombro por mi heredera.

Para hacer bien por mi alma no dejo ni señalo ninguna cosa, así porque será muy poco lo que le vendrá á mi heredera, segun entiendo (por no haber yo jamás atendido á amontonar dineros ni á acaudalar cosas de precio) como porque confio y aun sé de cierto que no faltará á este oficio la piadosa caridad de mi madre la Religion de la Compañía de Jesús, como no falta á los demás hijos suyos; así como yo no he dejado de ofrecer en toda mi vida las misas y oraciones acostumbradas por los difuntos de la Compañía.

Por ejecutor de esta mi voluntad nombro con el debido respeto, y por la honra que de esto se me seguirá, al ilustrísimo y reverendísimo señor mio el cardenal Aldobrandino, porque entiendo que no le será de ningun trabajo la ejecucion de este testamento. Y le dejo al mismo ilustrísimo señor mio la cosa mas preciosa que tengo, que es una cruz de madera llena de preciosísimas reliquias, el catálogo de las cuales se hallará en el escritorio pequeño cubierto de raso colorado.

Este testamento quiero que valga, y no los demás que antes de ahora he hecho; los cuales en todo y por

todo revoco, irrito y anulo, aun en caso que este no esté hecho con las debidas solemnidades; porque esto me concede expresamente la Bula del Papa Clemente VIII; en la cual me da licencia y facultad para testar aun por una simple escritura ó cédula firmada de mi mano.

Yo Roberto Belarmino Cardenal, como dicho es, instituyo y dispongo, hago legado y testamento, no solo en el sobre dicho, sino en cualquier otro mejor modo. A veinte y tres de enero de mil y seiscientos y once.

Este es todo el testamento del cardenal Belarmino, en el cual sin pretenderlo, ni echarlo de ver, se nos dibujó á sí mismo y se representó muy al vivo; y dió un bien claro testimonio de sus excelentes virtudes; que todas resplandecen en él maravillosamente. Su prudencia en prevenirse con tanto tiempo y consideracion á hacer su testamento; su piedad en quererle hacer, y en hacerle de hecho en favor solamente de obras pias; su fe y devocion, en encomendar su alma y cuerpo tan cristiana y devotamente; su humildad y modestia, en el entierro y exequias que deseó y pidió; su justicia y equidad en pagar sus deudas y cumplir sus obligaciones, y en volver á cada uno lo que era suyo; su largueza y piedad cristiana, en dejar todos sus bienes á pobres y personas dedicadas al servicio de Dios; su buena ley y amor filial, y la generosa confianza que hizo de su Religion, en dejarle su hacienda, su cuerpo, y en cierta manera su alma, á lo menos los sufragios de ella; y finalmente otras innumerables virtudes en diferentes materias y partidas de este testamento. Y esto en tan pocas páginas (aun no son hojas) y en cláusulas y

razones tan distintas y claras, y tan ajenas de dudas y dificultades (cosa que apenas falta en los mas de los testamentos), que parece cosa milagrosa; y son mas los méritos expresados, que los períodos escritos: y apenas hay palabra ni sílaba en toda la escritura, que no esté significando y espirando alguna insigne virtud y aventajada perfeccion de este santo y prudente testador. Por donde me ha parecido no ir ajeno de razon lo que á algunos cuerdos he oido, que solo este testamento era bastante testimonio para conocer la heróica santidad del cardenal Belarmino, y suficiente fundamento para tratar de la canonizacion de este varon celestial.

CAPITULO VII.

De sus doctísimos y devotísimos libros y escritos.

Si en su testamento y última voluntad se nos dejó vivamente representado y retratado el santo cardenal Belarmino, no lo hizo menos ni con menor propiedad y valentía en sus admirables libros y escritos. Ni suelen ser estos menos viva imágen y representacion de las costumbres é inclinaciones mas interiores de sus autores. Lo que abunda en el corazon, suele comunmente redundar en la boca, y aquello mismo aun con mayor prontitud suele correr á la pluma. Con ella mas al propio, cuanto mas al descuido, se dibuja y retrata un hombre á sí mismo; y con la licencia de la soledad presente, y sin la cautela de cuando otros le atienden, mas fácilmente descubre sus afectos y sentimientos escri-

biendo que razonando. Quien leyere pues los escritos de nuestro Belarmino, no sé si hallará mas renglones ó palabras que huellas y señales manifiestas de un ánimo maravillosamente embestido de la luz y penetrado del calor soberano del Sol de justicia, y lleno de resplandores y fervores admirables de una ciencia y sabiduría cual de un querubin humanado, y de una ternura y devocion cual de un nuevo serafin. Mas no solamente alumbra y enciende, enseña y mueve, cuando escribe, sino que descubre de camino (quizá sin pretenderlo él) minas secretas y tesoros muy preciosos de sus interiores virtudes; de humildad, modestia, devocion, piedad, celo de las almas, viveza de fe, aliento de esperanza, ardor de caridad, y colmo de todas las demás; de suerte que se muestra en todas ocasiones no menos devoto que docto, no menos santo que sabio.

Bien conocidos y celebrados son en todo el mundo estos doctísimos y devotísimos libros y escritos de Belarmino, y él por ellos no menos estimado y venerado, que si por su persona estuviera presente en todas partes. Mas para los que por sí mismos no alcanzan tanto ni pueden llegar á ver con sus ojos estos admirables diseños, bien será que digamos aquí algo en particular, y demos alguna noticia de estos tan preciosos tesoros.

En siete tomos bien grandes se vinieron finalmente á recoger las obras de Belarmino (como en otra parte apunté) que en su vida salieron á luz. Y ojala se hubieran publicado todas las demás; fueran sin duda en gran provecho y consuelo de todos los fieles. Mas su excesiva humildad y la demasiada desestima de sus propias cosas pusieron estanco á nuestros bienes. En los cuatro

primeros tomos están las disputas de las Controversias de la fe, que con admirable doctrina pertenecen por la mayor parte á la enseñanza del entendimiento y al establecimiento de las verdades católicas y destruccion de los herejes; y en los otros tres están casi solos y todos los tratados de cosas devotas y espirituales, que con maravillosa piedad se emplean en la instruccion y edificacion de los fieles, y tiran mas á mover las voluntades é inflamarlas con piadosos afectos y deseos de las cosas del cielo. Porque ambas estas cosas resplandecen maravillosamente en los escritos de este sabio y santo Cardenal; la una como de primero y principal intento en los unos, y la otra en los otros; aunque ambas se dan siempre las manos y están divinamente enlazadas y hermanadas en todos.

Y descendiendo mas á lo particular, en los cuatro tomos de las Controversias refuta y convence nuestro gran doctor, no solo con singular doctrina y sabiduría, sino tambien con método y órden maravilloso, todas las herejías de nuestros tiempos. Las cuales aunque encierran en sí poco menos todas las de los siglos pasados (que casi por su órden, siendo ellas tan desordenadas, se fueron oponiendo á todos los artículos del símbolo de los Apóstoles), pero (segun divinamente advirtió el mismo Belarmino al fin de la prefacion de sus Controversias) principalmente militan contra aquellos tres últimos: creo la santa Iglesia Católica, la comunion de los Santos, y el perdon de los pecados. Por tanto pues este acérrimo defensor de la fe, y contraste valeroso de la herejía, trata primeramente en dos tomos de todo lo que toca á la santa Iglesia, así la que milita en la tierra,

como la que es purificada en el purgatorio, y la que triunfa en el cielo. Item de su cabeza visible é invisible, y de sus miembros y partes principales, y de todo lo demás á esto tocante. Y tras esto para lo de la comunion de los Santos y comunicacion de la santidad, disputa copiosísimamente en el tercer tomo de todo lo que pertenece á los santos Sacramentos, que son las fuentes ó canales de toda virtud y santidad. Y finalmente para lo del perdon de los pecados, trata divinamente en el cuarto y último tomo, de la gracia, y de su pérdida por el pecado, de su restauracion y recuperacion, y de la justificacion de los hombres, y otras cosas á estos intentos. A las cuales cabezas se reduce cumplidísimamente todo cuanto en razon de esto se puede desear.

Mas porque demos aun mas por menudo alguna mayor noticia de esta obra tan cabal y perfecta á los que la desearen tener (que sin duda serán muchos) es de saber, que en el primero de los cuatro tomos hay tres Controversias generales, disputadas copiosísima y eruditísimamente por nuestro gran doctor. En la primera (que es como fundamento y como un largo preámbulo de todas las demás) trata divinamente en cuatro libros, *De verbo Dei scripto et non scripto*, esto es, de la sagrada Escritura, y de las tradiciones; y aquí de todos los libros canónicos, y de los apócrifos, de las versiones Hebraica, Caldaica, Siríaca, Griega, Latina, y otras, de la interpretacion, y del sentido verdadero de la Escritura, y de la necesidad que hay de interpretarla y declararla, y de cómo esta potestad y autoridad está solamente en la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Y

finalmente disputa cumplidamente de las tradiciones eclesiásticas, apostólicas y divinas.

La segunda Controversia, que es de Cristo, príncipe y cabeza de toda la Iglesia, tiene cinco libros. El primero, de la divinidad de Cristo nuestro Señor, y de camino, de la del Espíritu santo. El segundo, de cómo Cristo es personalmente distinto del Padre y del Espíritu santo, y de cómo el Espíritu santo procede del Padre y del Hijo. El tercero, de la verdad y excelencia de la carne de Cristo, de su admirable Encarnacion, y de cómo en Cristo hay dos naturalezas y una sola persona; é incidentemente refuta y convence aquí á los herejes Ubiquistas. El cuarto, del ánima de Cristo, de su excelencia y perfeccion, de su ciencia y otros dones, y de cómo bajó á los infiernos. El quinto, de cómo Cristo es medianero entre Dios y los hombres, y de lo que mereció para sí y para nosotros.

La tercera Controversia trata del Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, y cabeza visible de la Iglesia militante, y contiene otros cinco libros. El primero del gobierno y monarquía de la Iglesia, y del primado y varias prerogativas del príncipe de ella San Pedro. El segundo, de cómo San Pedro fué tambien propio obispo de Roma, y de cómo el Romano Pontífice le sucede en este cargo, y en el primado de toda la Iglesia. El tercero, de cómo el Anticristo no tiene nada que ver con el Romano Pontífice, como los herejes han fingido. El cuarto, de la autoridad y potestad del Pontífice Romano en determinar las Controversias de la fe y de las costumbres, y en hacer leyes y decretos. El quinto, de la potestad temporal del Sumo Pontífice, y de lo que puede sobre los reyes y reinos de la tierra.

En el segundo tomo hay cuatro Controversias generales. La primera trata de la Iglesia militante, así junta en los Concilios, como esparcida por todo el mundo. Tiene cuatro libros. El primero, de la naturaleza, causas y condiciones de los legítimos Concilios, y de su necesidad y utilidad. El segundo, de su autoridad y potestad. El tercero, de la Iglesia militante extendida por el mundo, qué sea, y cuál sea, que es visible, que no puede jamás faltar, ni errar, etc. El cuarto, de las señales y argumentos de la verdadera Iglesia Católica.

La segunda Controversia, que es de los miembros de la Iglesia militante, encierra tres libros. El primero, de los clérigos y eclesiásticos; el segundo, de los monjes y religiosos; el tercero, de los legos y seglares. En el primero se trata de los diversos grados de los eclesiásticos y ministros de la Iglesia, de su celibato y honestidad, de su exencion de los tribunales seglares, de sus haciendas y rentas, y de los diezmos, y de otras muchas cosas pertenecientes. En el segundo, de varias y diversas cosas de las religiones y religiosos, de los votos que hacen, de los consejos evangélicos que guardan, de los ejercicios y ministerios en que se emplean, etc. En el tercero, del gobierno seglar y político de la Iglesia, y del poder y autoridad de los príncipes cristianos, así en la paz como en la guerra, etc.

En la tercera controversia disputa en dos libros de la Iglesia que está en el purgatorio. De cómo le hay, dónde está, qué almas son en él purificadas, y de qué modo, etc.

En la cuarta Controversia, que es de la Iglesia triunfante y gloriosa, hay tres libros. El primero, de la glo-

ria y bienaventuranza de los Santos, de su canonizacion, de su invocacion, etc. El segundo, de la veneracion de sus reliquias é imágenes, y de camino, de la de la Santa Cruz, etc. El tercero, del culto y religion de los templos, de los dias de fiesta, de las ceremonias y ritos sagrados, oficios y ejercicios piadosos en honra de Dios y de los Santos, etc.

En el tercero tomo (porque vamos abreviando) en cinco Controversias generales trata doctísima y copiosísimamente de todos los Sacramentos y cosas á ellos pertenecientes. Primero de ellos en general en una de dos libros, y despues muy en particular y con singular fuerza y doctrina en otra de otros dos libros del Bautismo y de la Confirmacion, y en otra de seis excelentísimos, de la Eucaristía, y del sacrificio de la misa, y en otra de cuatro de la Penitencia, de la confesion y sus partes, etc., y al fin en otra de tres, de la Extremauncion, del Orden y del Matrimonio.

Finalmente en el cuarto tomo hay tres Controversias generales. La primera en un libro, de la gracia del primer hombre, y de otras prerogativas y privilegios que tuvo y tuviera en el paraíso y en el estado de la inocencia. La segunda, repartida en seis libros, de la pérdida de la gracia, y del estado del pecado, daños que por él nos vinieron, etc. La tercera (en que se incluyen tres Controversias principales) es de la reparacion y recuperacion de la gracia; donde se trata copiosísima y doctísimamente primero en seis libros, de la gracia, y del libre albedrío del hombre, y luego en cinco, de la justificacion del pecador, y últimamente en tres, de las buenas obras, particularmente de la oracion, del ayuno y de la limosna.

En las cuales cosas, aquí brevemente apuntadas, comprende cumplidísimamente este sapientísimo doctor todo cuanto se puede desear en estas materias y en las á estas concernientes; que es todo lo que es necesario para convencer y contrastar todos los herejes y herejías de nuestros tiempos y de los pasados. Y esto con un órden y traza tan excelente y con una facilidad y claridad tan admirable, que los que leen estos libros los juzgan por obra mas que humana, y reconocen en ellos otro talento y espíritu mas superior.

Tras estos cuatro tomos belicosos y guerreros, se siguen otros tres pacíficos y quietos, nacidos del espíritu doblado de este admirable doctor; en los cuales se echa bien de ver que no fué menor su piedad y devocion, que su ciencia y erudicion.

En el primero de estos y quinto en órden, se contiene la explicacion de todos los Salmos de David; hecha mas con la luz y ardor de su propia meditacion (como él mismo lo confiesa) que con la varia leccion y estudio de muchos autores y libros. Y así es obra muy á propósito para mover piadosos afectos y avivar la devocion, y no poco provechosa para llegar á entender la letra, y percibir la doctrina que en ella se contiene, y penetrar los soberanos misterios de estas celestiales canciones; y así viene á ser muy necesaria para los que tan de ordinario las recitamos en el oficio divino, y por falta de su inteligencia nos privamos en gran parte de colmadísimos provechos que se nos vinieran á las manos.

El sexto tomo encierra varios y diversos sermones de dominicas y fiestas principales del año, y algunas otras materias piadosas y provechosas, que predicó en Lovai

na siendo bien mozo. Los cuales salieron á luz no pocos años despues (como apunté en otra parte) no de los originales de Belarmino, porque ya de estos, pocos ó ningunos se hallaban, sino de varios traslados y apuntamientos que hicieron algunos de sus oyentes, que con mas afecto le seguian, y con mas atencion le escuchaban, y con mas capacidad le percibian, y con mas estimacion le veneraban. Recogiólos con mucha diligencia el Padre Fr. Simon Rickio de la órden de San Francisco y lector de teología en la ciudad de Moguncia, y publicólos con beneplácito del mismo cardenal Belarmino, á quien el buen Padre los dedicó. Y en ellos se ve muy bien un espíritu apostólico, doctrina sólida, razones eficaces, palabras ardientes, y todo bien á propósito para hacer en los oyentes el provecho que con este divino ministerio deben pretender los que le ejercitan, y el que siempre pretendió nuestro Belarmino. Y ojalá tuviéramos así todos los sermones y pláticas y demás cosas de este género, que siendo religioso tantos años y despues Arzobispo y aun Cardenal hizo este evangélico predicador; sin duda fueran un preciosísimo tesoro, de inmenso provecho en la Iglesia, y de grande enseñanza para todos.

El séptimo y último tomo (que es mayor que cualquiera otro) tiene tres maneras de tratados: unos del todo devotos y espirituales, otros del todo argüitivos y belicosos (que se pueden reducir á las Controversias, y de hecho algunos se imprimen ya con ellas, por ser anexos ó cercanos á aquellas materias, ó para defensa ó declaracion de ellas) y otros finalmente de instruccion y enseñanza provechosa y honesta.

De estos últimos es el arte para aprender la gramática y lengua hebrea; la mas breve y clara y mas bien dispuesta que jamás creo ha salido á luz. Aquí tambien está el eruditísimo libro de los escritores eclesiásticos (de que en otra parte dijimos algo) con una breve y admirable cronología y como historia universal desde el principio del mundo hasta nuestros tiempos.

Entre los argüitivos y belicosos hay diversos tratados y opúsculos contra varios herejes, ó personas sospechosas en la fe, ó de doctrinas ajenas, ó contrarias de la piedad y verdad. Todas las cuales refuta y contradice nuestro insigne doctor defendiendo la Iglesia, el Sumo Pontífice, y sus leyes, y decretos, y cosas tales, con grande fuerza de poderosas razones y majestad de valientes palabras. Uno de estos es el excelente libro de la potestad del Sumo Pontífice en las cosas temporales, contra Guillermo Barclayo, francés, y algunos otros tratados á este intento; y uno admirable contra el rey de Inglaterra; y otros contra Venecianos; y otros contra personas tales, y en causas y materias semejantes. Aquí pertenecen tambien los tres eruditísimos libros que hizo contra Matías Flaccio Ilírico, de la traslacion del Imperio, que por autoridad del Romano Pontífice se hizo de los griegos á los franceses, y despues á los alemanes. Y finalmente los dos excelentísimos libros de las indulgencias y jubileos, en que trata cuanto de estas materias se puede desear entre católicos, y pretender contra herejes.

Últimamente en la tercera clase de este séptimo tomo hay varios tratados piadosísimos y devotísimos, así para enseñanza de los entendimientos de los fieles, como

principalmente para mocion piadosa de las voluntades de los devotos (y casi todos estos se han impreso varias veces, y corren de por sí en volúmenes pequeños y manuales). Aquí está el catecismo de la doctrina cristiana: obra que en breves palabras contiene todos los misterios mas recónditos de nuestra santa fe; pero declarados con tanto magisterio y felicidad, que los hombres mas groseros, y los niños menos capaces podrán por allí saber y entender lo que les baste para ser grandes en el reino de los cielos: y los mayores letrados tendrán mucho que admirar y venerar. Hay además de esto una declaracion copiosa de los misterios y artículos del Credo. Hay tres libros del oficio de un príncipe cristiano: en el primero de los cuales pone muy en particular las obligaciones que el príncipe tiene, primero á Dios y despues á los hombres de diversos estados y suertes; y en los otros dos le instruye con las vidas de príncipes santos del viejo Testamento y del nuevo, que él allí escribe con harto buen modo. Hay otro tratado de oro de los oficios y obligaciones de un Obispo. Tras esto hay dos libros muy devotos de las siete palabras que el Señor habló en la Cruz. Y finalmente hay otros cuatro tratados piadosísimos y llenos de enseñanza espiritual maravillosa. El primero es una escala para subir á Dios con el alma, que intitula, *de Ascensione mentis in Deum*. En que por varios pasos y como escalones de las criaturas nos enseña á subir y llegar al Criador. El segundo *De la eterna felicidad de los Santos*, donde en cinco libros con varias parábolas y semejanzas, ya de reino, ya de ciudad, ya de casa de Dios, ya de paraíso, ya de otras muchas cosas del Evangelio, trata

divinamente de aquella gloria soberana para que el Señor nos crió. El tercero intitula *de Gemitu columbæ, ó del bien de las lágrimas.* En que en tres libros trata devotísimamente de cuán conveniente y necesario nos sea el gemir y llorar en este valle de miserias; y de las causas que para esto tenemos, y de los intereses y provechos que de esto se nos siguen y recrecen. El cuarto y último tratado contiene los dos devotísimos libros del *Arte de bien morir,* donde pone prudentísimas y piadosísimas reglas y preceptos para el negocio mas importante y que menos veces se hace de cuantos hay en este mundo.

Y con esta doctrina sin duda se ensayó é impuso su mismo autor para morir tan santamente como murió; así como tambien con ella y con las demás que dejó escritas se instruyó é industrió á sí mismo, para vivir con el ejemplo y santidad de vida con que vivió. Por lo cual acabo esta materia por donde la comencé, ratificándome en decir, que los libros y escritos de Belarmino son una viva imágen y representacion, no solamente de la grande sabiduría y aventajadas letras, sino tambien y mejor de la santa vida y celestiales costumbres de su autor: y que son los testimonios mas abonados que en aprobacion y alabanza suya podemos traer y presentar.

CAPITULO VIII.

De lo que algunas personas graves sintieron y dijeron de la grandeza y excelencia del santo cardenal Belarmino.

Si quisiésemos muy de propósito hacer aquí alarde de lo bien que todas las personas bien intencionadas

han sentido del cardenal Belarmino; y de cuán honoríficos testimonios han dado de su persona, y de su doctrina y santidad, no solo los que por tener mucho de ambas estas cosas le eran bien afectos, sino tambien algunos de los que por carecer de ellas le eran adversos y contrarios; seria necesario que mediásemos aquí el volúmen, en lugar de ponerle ya fin. Pero no se excusa el tocar algunos de las personas mas graves y mas verídicas, que á los que no vimos ni conocimos á Belarmino, nos le harán mas estimar y venerar. Algo dijimos á este propósito en el segundo libro y en otras partes de esta historia; mas no ha sido hasta ahora oportuno decir todo lo que convenia. Este lugar nos desempeñará.

Y sea el primer testigo el que hoy es Juez de toda la Iglesia Católica, nuestro Santísimo Padre Urbano Papa VIII. El cual entre las elegantísimas canciones latinas que escribió poco antes de subir á la Silla de San Pedro (á imitacion de San Paulino, de San Dámaso, y de otros gravísimos Prelados y Pontífices) á una de ellas puso por título: *In opus Illustrissimi Cardinalis Bellarmini de Ascensione mentis in Deum.* Y despues de muchas cosas á este propósito, viene á rematar con estas honoríficas palabras de la obra y del autor:

Huc pura mentis lumina dirige,
Scalam recludit rebus in omnibus,
Pulsis Belarminus tenebris,
Quæ gradibus super astra tendit.
Dux ille per vestigia Caroli,
Cui vota fundit, quem decus Insubrum
Miratur Orbis, quem Senatus
Roma sacrum veneratur astrum.

Y lo que aquí brevemente apuntó y escribió, eso mas á la larga y con mas claridad muchas veces afirmó de palabra. Y aun entre otras dijo, viviendo aun Belarmino, que le estimaba y tenia por tan santo, como á otros que ya estaban gozando de Dios, y habia muchos años que eran venerados en la Iglesia.

Semejante concepto tuvieron de él otros eminentísimos Cardenales, y otros muchos que no lo eran. El señor Cardenal del Monte, afirmó que generalmente se hablaba del cardenal Belarmino como de Santo; tomando esta palabra en su mas propia y mas rigurosa significacion. Y además de esto dice, que todos los señores Cardenales de la Congregacion de Ritos tenian increible veneracion á su persona, y respeto á su parecer: y que le miraban y reverenciaban no solamente como á padre y maestro de todos, sino tambien que le respetaban y veneraban como á mas que hombre, y como á aquel en quien resplandecia una virtud divina muy superior y extraordinaria: y que á esa causa sus palabras y sentencias las tomaban como oráculos y voces de Dios.

El cardenal Bandino sintió y dijo, que era semejante á los santos Doctores de la Iglesia, así en la doctrina, como en las costumbres; y que todos le tenian por perfectísimo dechado de Prelados, y por clarísimo espejo de Cardenales. Y este mismo sentimiento y testimonio fué tambien de otros Ilustrísimos. El cardenal Crescencio afirmó tambien, que de todos generalmente era tenido y venerado por gran santo: y añade, que muchas veces vió por sus ojos, que muchas personas de mucha calidad y autoridad le hacian extraordinaria reverencia

cuando le encontraban, y que sin que lo echase él de ver le besaban la ropa, por la gran devocion que le tenian como á santo. Scipion, cardenal de Santa Susana, dijo, que el dia que murió Belarmino, se les cayó á los del Sacro Colegio la corona de la cabeza (como dijo el profeta Jeremías de los del pueblo de Dios, cuando murió el santo Rey Josías) y que cuando Belarmino vivia tenia aquel Ilustre Senado no sé qué lustre y resplandor, que notabilísimamente le esclarecia.

Mas insigne es el testimonio del cardenal Valerio; el cual afirma, que habiendo conocido en diversos tiempos muchos hombres de excelente doctrina, virtud y ejemplo, y que murieron con mucha fama y opinion de santidad (y conoció sin duda muchos muy insignes) en todos juntos no habia hallado tantas y tan heróicas virtudes como en solo el cardenal Belarmino. Y el cardenal Rochefocault, aunque todas las virtudes de Belarmino decia que eran excelentísimas y admirabilísimas, tres particularmente afirmaba que eran á manera de milagro y prodigio singularísimo. Estas eran suma humildad, junta con suma sabiduría; extremado rigor y severidad consigo, junta con una rara mansedumbre y benignidad con los demás: y un extraordinario amor y aficion á la vida religiosa en medio de la honra y lustre de Cardenal.

El cardenal de Cremona era de parecer que en la excelente virtud y doctrina se podia comparar con los mas señalados varones que en ambas estas cosas se aventajaron en los siglos pasados. El cardenal Ursino especificando mas las virtudes y excelencias de Belarmino, decia que habian sido en él admirables, la casti-

dad aun cuando era mancebo, como en José; la pobreza en medio de las riquezas, como en David; la liberalidad, aun cuando estaba pobre, y la benignidad con los pobres, como en Tobías; el cuidado de su propio aprovechamiento y perfeccion entre el tumulto y tropel de las ocupaciones y negocios, como en San Gregorio; el humilde concepto de sí mismo en tanta grandeza y muchedumbre de excelentísimas virtudes, como en San Pablo; y finalmente (por no proceder en infinito) el aliento y libertad santa en amonestar y reprehender á los poderosos, como en San Juan Bautista.

Seria nunca acabar traer todos los testimonios honoríficos, y grandiosos elogios, mas sentimientos y conceptos verdaderos, que de este perfectísimo y santísimo Cardenal se oyeron de las bocas, ó se vieron de las plumas de los señores Cardenales: porque los mas y los mas graves y enteros del Sacro Colegio, testificaron y depusieron jurídicamente en grande loor y gloria del que tanto honró é ilustró aquel Eminentísimo y Reverendísimo Senado. Mas no puedo excusar el apuntar otros dos. El señor Cardenal de Saboya afirma haber estimado y venerado grandemente á Belarmino por su milagrosa doctrina, con que defendiendo la Religion católica oprimió á la herejía, y por su prodigiosa virtud y santidad, con que resplandeció en todo el mundo. Y despues de otras muchas y muy honoríficas razones que dice á este propósito, añade, que deseó tener y pidió con mucha instancia alguna cosa que hubiese sido suya, para guardarla por reliquia, y venerarla, conforme á la comun opinion y piedad que en razon de esto en todos veia y oia: y que alcanzó un roquete y

muceta del santo Cardenal, y que las estimaba como un preciosísimo tesoro, y las guardaba con suma veneracion.

El señor Cardenal de Este, dice tambien, que despues de la muerte de Belarmino, le dieron una pequeña cruz de plata, y un manguillo, que habian sido suyos; y que los estimaba y guardaba como reliquias dignas de grande veneracion y precio. Y hablando de la estima y reverencia que tenia á la persona del mismo Cardenal, dice por escrito estas palabras: Yo siempre admiré y veneré al cardenal Belarmino, y le tuve por un raro ejemplar y singular dechado de nuestros tiempos; y cuando acaecia verlo, sentia en mí una secreta fuerza, que me obligaba, no á honrarlo y agasajarlo como á Cardenal, sino á reverenciarlo y en cierta manera adorarlo como á santo. Y de esta reverencia de este nobilísimo Cardenal da tambien testimonio Monseñor Sansedoni, obispo de Grosseto. El cual testifica juntamente de sí mismo, que cuando habia de ir á hablar al cardenal Belarmino, iba por la calle preparando su ánimo, y disponiendo y considerando el modo, las palabras, las acciones, la reverencia y devocion con que le habia de tratar; como si verdaderamente fuera á hablar con algun santo de los que ya están declarados por tales.

Casi otro tanto afirmaba de sí el conde Camilo Barbieri, que murió algunos meses despues del cardenal Belarmino. Y añadia con grande admiracion suya (lo que otros muchos tambien contestaron de sí mismos) que siempre que le hablaba, por breve espacio que fuese, y por muy inquieto ó distraido que anduviese, sentia de repente trocado su corazon, y llena su alma

de una admirable devocion, semejante á la que se lee en las historias de los grandes Santos. Y quedó este caballero con tanta opinion y estima de la santidad de Belarmino, que viéndose desahuciado de los médicos y ya á las puertas de la muerte, entre otros santos que llamaba en su favor, era uno este santo Cardenal, diciendo muchas veces con grande afecto: *Sancte Bellarmine, ora pro me.*

De mas antiguo y por mucho mas tiempo tuvo esta misma opinion don Frey Andrés Uvise, gran Prior de Inglaterra (que desde que era muy niño conoció á Belarmino en Flandes, como en otra parte apuntamos): el cual afirma que siempre le tuvo por Santo (especialmente cuando estando predicando en Lovaina, le vió cercado de resplandores celestiales). Y que con su conversacion, cuando era vivo y le tenia presente, y con sola su memoria, cuando estaba ausente ó cuando ya era muerto, experimentaba en sí maravillosos sentimientos y afectos de devocion. Y que á nadie en este mundo tenia tanta envidia como á sus familiares y domésticos, que tan de ordinario gozaban de su conversacion y presencia. Y que quisiera mucho mas ser cocinero en aquella casa, que en otra parte Cardenal; porque cuanto en aquel varon de Dios se veia, estaba espirando devocion y santidad.

Mas no es de olvidar el sentimiento y afecto de don Fr. Francisco Gonzaga (varon no menos insigne por la humildad prodigiosa que en la Religion Seráfica profesó, que por la soberana grandeza de la casa de Mantua en que nació), ministro general que fué de su Orden, y obispo de Pavía y despues de Mantua, y finalmente

Nuncio de Su Santidad en el reino de Francia: persona de excelente prudencia, admirable entereza y santidad de vida, y de quien por autoridad superior se han hecho procesos é informaciones en órden á culto y veneracion. Este varon pues tan grande tenia tan alto concepto y estimacion de la santidad de nuestro Belarmino, que siempre que recibia cartas suyas, se descubria la cabeza y las leia con increibles muestras de veneracion y reverencia, y las iba guardando todas en lugar muy señalado y particular, entresacándolas de otras muchas que recibia de Sumos Pontífices, de reyes y príncipes, y otros personajes de mucha cuenta. Y además de esto, cuando queria que le leyesen sobre mesa alguno de los libros de este gran Doctor (que lo hacia muchas veces) el término con que lo significaba á sus familiares y criados era diciendo: Traedme al Santo de la Compañía. (A la manera digo yo que San Cipriano solia en ocasion semejante llamar absolutamente maestro al gran Tertuliano.) Y tenia este gran Prelado tan asentado en su pecho este concepto de la santidad de nuestro Cardenal, que levantando en su Iglesia Catedral de Mantua un suntuosísimo altar, en reverencia y culto del B. San Luis Gonzaga de la misma Compañía, ángel en carne mortal, y deudo suyo muy cercano, dijo, que le parecia muy puesto en razon que el lugar y puesto correspondiente se quedase reservado para levantar en él otro altar semejante del santo cardenal Belarmino. Esto sentia y testificaba con otros muchos de diversas partes de toda la Iglesia, este tan grave y piadoso Prelado en esta materia de que vamos hablando.

Este mismo finalmente era el sentimiento comun y el público testimonio de toda Roma acerca de la santidad y merecimientos de este perfectísimo varon, desde los Sumos Pontífices, Cardenales mas graves, Obispos y Prelados mas prudentes y enteros, señores y caballeros, ciudadanos y oficiales y hasta las personas mas humildes y desconocidas de toda la corte romana: que todos aunque por diferentes principios y varios motivos conspiraban y convenian en este alto concepto y grandiosa opinion que de este celestial varon tenian. Quiero sellar los testimonios particulares de esta ciudad y corte con el que se escribió en el libro en que se ponen las muertes de los Cardenales, que es del tenor siguiente:

«Die 17 Septembris 1621. Reverendissimus D. Robertus Bellarminus Presbyter Cardinalis de Monte Politiano, ex Venerabili Societate Jesu, hac die, hora duodecima, de regione mortuorum transivit ad regionem vivorum. Vir clarissimus, Theologus eminentissimus, ac Fidei Catholicæ propugnator acerrimus, Hæreticorum malleus: æque pius, prudens, humilis, ac summe eleemosynarius. Sacrum Collegium Cardinalium, ac universa Curia Romana tanti viri amissionem non sine lacrymis maxime indoluere.» En romance quiere decir:

A diez y siete de setiembre de mil y seiscientos y veinte y uno. El Reverendísimo señor Roberto Belarmino, Presbítero Cardenal de Monte Pulciano, de la venerable Compañía de Jesús, en este dia á la hora duodécima italiana (que es á la seis de la mañana) pasó de la region de los muertos á las de los vivos. Fué varon clarísimo, teólogo eminentísimo, y acérrimo defensor de la fe católica, martillo de los herejes; igualmente pia-

doso, prudente, humilde y en extremo limosnero. El Sacro Colegio de los Cardenales, y toda la corte romana sintió grandemente y lloró la pérdida de tan excelente varon.

Mas no se encerraba dentro de Roma esta estima y aprecio de la excelencia y santidad del cardenal Belarmino; á todas las provincias de la Iglesia se extendia: en los corazones y bocas de todos se hallaba. Tocaré solamente algo de los mayores personajes de la cristiandad.

Del rey católico don Felipe III, y de la reina doña Margarita (ejemplos vivos de piedad y religion y de todas las virtudes cristianas) ya dijimos en otra parte la estima y veneracion en que tuvieron la persona del santo Cardenal, y cuán apretadas cartas en recomendacion suya escribieron al Virey de Nápoles. La cual estima y veneracion mostràron en otras muchas ocasiones, en cartas que á diferentes personas escribieron en abono y loa de Belarmino, ó el mismo Cardenal, encomendándole muchos y muy graves negocios; y de otras muchas maneras.

Enrique IV, rey de Francia, tenia tan alto concepto de la santidad de Belarmino, que con tenerle muy grande de su doctrina, dijo en algunas ocasiones, que le tenia aun por mas santo que docto. Y avisó á los Cardenales de su reino, que gustaria mucho que en el Conclave siguiente despues de la muerte de Clemente VIII, diesen sus votos al cardenal Belarmino.

Segismundo, rey de Polonia, mostró muy extraordinaria estima de su persona, y de su virtud y prudencia en muchas cartas que le escribió, que hasta ahora se conservan.

¿Qué diré de los invictísimos emperadores Rodolfo, Matías y Ferdinando, y de toda la esclarecidísima casa de Austria? Que todos dieron en muchas y varias ocasiones testimonios bien claros de lo mucho que estimaban sus grandes virtudes y de que le veneraban como á Santo y señalado amigo de Dios. Lo mismo puedo decir del serenísimo Guillermo, y de sus clarísimos hijos, y de toda la casa de Baviera, que es otra lumbrera grande de Alemania, y otro apoyo de la católica fe y religion. Bien particularmente se echará esto de ver por parte de una carta que su confesor del señor Duque escribió á Roma al Padre Asistente de Alemania, solicitando unas reliquias y un retrato de Belarmino, que aquellos señores deseaban y nuestro Padre General les habia prometido. Dice pues así:

El serenísimo Guillermo amó siempre y estimó en mucho al cardenal Belarmino por su excelente santidad: la cual la alababan y encarecian grandemente los Padres Capuchinos y Carmelitas descalzos, y los demás que venian de Roma. Y lo mismo hicieron sus serenísimos hijos, el cardenal Filipo de Buenamemoria, y Ferdinando Elector y Arzobispo de Colonia, cuando volvieron de Roma: donde tambien solian confesarse muy á menudo con el Padre Belarmino. Y en efecto el serenísimo Guillermo le tiene por santo. Y no dudo sino que el serenísimo Maximiliano le tiene en el mismo concepto, por haberle tratado y comunicado en Roma largamente. En cuanto á sus reliquias, ni el serenísimo Guillermo ha recibido el cuadro, ni el serenísimo Maximiliano la muceta; siendo así que ambos desean extraordinariamente estos piadosos donativos. Esto y mas en aquella carta.

No quiero cansarme ni cansar con mas testimonios particulares; aunque me deje el del serenísimo Duque de Saboya, de quien testifica el señor Cardenal su hijo, que siempre estimó sobre manera al cardenal Belarmino, y que hablaba de él muchas veces en público y en particular como de hombre santo y excelente defensor de la Religion católica, y á quien mucho debia toda la república cristiana. Del serenísimo Duque de Lorena tambien tenemos cartas y palabras llenas de honra y veneracion de Belarmino: y asimismo de otros muchos y muy grandes señores de lo mejor de la cristiandad. Pero no es ya tiempo de mas testimonios humanos, porque nos llaman apriesa los divinos.

Basta decir que cuantos de esta parte de los Alpes iban á Roma en tiempo de Belarmino, especialmente de las regiones septentrionales, como si no hubiera otra cosa insigne y digna de verse en toda aquella tan antigua y tan ilustre ciudad, preguntaban luego por Belarmino, con increible curiosidad de verle, y si les era lícito de hablarle. Y por donde quiera que sabian que pasaba, se iban desalados á cumplir su deseo y ansia, y donde quiera que le veian, se estaban atónitos, considerándole y reconociéndole como á hombre mas que humano, y de cuya doctrina y santidad tantas cosas habian oido en sus tierras. Y cuando escribian á sus casas, ó cuando á ellas volvian, uno de los primeros y principales puntos de sus cartas ó relaciones, era de cómo habian visto al cardenal Belarmino, y cómo viendo aquella rara modestia y compostura se habian grandemente confirmado en el gran concepto que traian de su excelente santidad. Y personas hubo harto nobles,

que cuando hubieron de partirse á sus provincias, llevaron testimonio auténtico, y fe de escribano público de cómo habian visto á Belarmino, para poder contar libremente á sus paisanos, y con esperanza de ser creidos, las grandezas y excelencias de virtudes que en este varon de Dios, tan celebrado en todas partes, con sus mismos ojos habian notado y advertido.

CAPITULO IX.

De algunas maravillas y milagros que nuestro Señor obró por medio del santo cardenal Belarmino en la cura de enfermedades, y de la grande fuerza de sus oraciones.

Si los testimonios humanos tienen fuerza para acreditar y apoyar la grandeza y excelencia de otro hombre, ¿quién puede dudar que los divinos la tengan, sin comparacion, mayor para ese mismo efecto? Y los mas eficaces y calificados en esta materia, despues de las palabras claras de la sagrada Escritura, y definiciones de la santa Iglesia, lo son los milagros. Estos son las lenguas de los cielos, como algunos santos doctores sienten, ó son, como quieren otros, las manos con que como por señas nos habla Dios, y como á sordos nos da á entender las verdades que nos conviene. Y á uno de ellos llamaron tal vez *dedo de Dios* los sabios del mundo. En efecto, tambien por los milagros nos habla Dios á nuestro modo, y entran en el número de sus testimonios (segun San Bernardo) á los cuales el profeta llamó extremada y sumamente creibles; porque traen

siempre consigo inseparablemente la suma verdad. Y por esta causa cuando Dios nuestro Señor ha querido engrandecer y ensalzar en el mundo algun grande y fiel siervo suyo, ordinariamente lo ha hecho por este camino de milagros y señales, así antes que la Iglesia le declarase y propusiese por beato y por santo, como despues de declarado; dejando empero siempre al juicio y censura de la misma Esposa suya la última aprobacion y certísima calificacion de los milagros, por grandes que sean ó por manifiestos que parezcan; así como tambien dejó á la misma censura y sentencia la calificacion y aprobacion infalible de la santidad de aquellos por cuyo medio ó intercesion parece que obró los mismos milagros.

De estos testimonios divinos de esclarecidos milagros tenemos hartos para apoyo y lustre de la grandeza y excelencia de nuestro santo cardenal Belarmino, que por tan grande y tan excelente es tenido entre los hombres en todas partes. Verdad es que aun no se les ha llegado la suprema autoridad y aprobacion de la santa Iglesia como tampoco al mismo por quien piadosamente creemos haberlos obrado el Señor, pues aun no le tiene declarado por santo. Si bien ya ha despachado sus remisoriales y letras apostólicas para que se camine en razon de esto, como arriba dejamos apuntado. Y así todo lo que en esto dijéremos (aunque lo tenemos por muy cierto, y confirmado por testigos harto fidedignos) lo remitimos últimamente al exámen y censura de la misma Iglesia nuestra madre. Y no queremos que tengan mas fe que los otros milagros que con semejante autoridad se escribieron en las vidas de otros santos

aun antes que la Iglesia los declarase por tales. Y esto mismo queremos que quede entendido á su modo de todo lo demás que dejamos escrito de la vida y virtudes de este ejemplarísimo Cardenal, hasta tanto que la Iglesia le determine mayor honra.

Esto pues supuesto (que si habláramos con solos los sabios, fuera supérfluo el advertirlo) algunas cosas sobrenaturales y milagrosas dejamos ya apuntadas en lo que hemos caminado. Tales fueron aquellos resplandores, de que en varias ocasiones se vió cercado el rostro de este purísimo y celestial varon. Tales los beneficios, que muchos diversas veces experimentaron, de demonios expelidos, y de enfermedades ahuyentadas con la fuerza de su oracion; y otras muchas cosas á este tono, que no será razon cansar con repetirlas mas: corramos brevemente por otras de nuevo.

Las enfermedades fueron muchas (que parece tenia aquella gracia de sanidad, de que habló el Apóstol), y así habremos de especificar aquí algunas curas mas extraordinarias. Mas no puedo dejar de acordar, lo que en otras partes creo dejamos advertido, que cuando su propia compasion, ó la instancia de los presentes obligaba á Belarmino á procurar la salud de los que estaban afligidos con las enfermedades, ordinariamente se valia de algunas reliquias de santos, ó de la señal de la cruz, ó de decirles algun evangelio, ó de otra cosa semejante piadosa y santa. Lo cual hacia no solamente por piedad y devocion, sino tambien por humildad y modestia: para que aquella milagrosa sanidad no se atribuyese á sus méritos y oraciones, sino á la intercesion de los santos, y virtud de las cosas sagradas. Y á

esta causa en alguna ocasion de estas curas maravillosas, estando atónitos los presentes, y mirándole como á un nuevo Taumaturgo y obrador de grandes milagros, se le oyó decir con harta gracia, que él no hacia milagros enteros, sino á veces algun medio milagro. Y llamaba medio milagros, estos que disfrazados con aquel tan humilde y religioso artificio, venian á ser milagros doblados, de su poder, y de su humildad. Pero él queria dar á entender, que él no tenia mas parte en ellos, que haber aplicado aquellas cosas santas tan milagrosas y eficaces. Con lo cual venia á ser, que siempre hacia el primer milagro en sí mismo, haciendo un acto tan heróico de humildad tan milagrosa.

Viniendo pues á lo particular, comenzaré por lo que Ludovico Aragazi afirma con juramento haber experimentado en su misma persona, estando en servicio del santo cardenal Belarmino. Era tiempo de caniculares, cayó en una muy grave y peligrosa enfermedad; la calentura era muy ardiente y congojosa, fomentábala el tiempo, y no menos el aposento que era muy estrecho y caluroso. Mudáronle á otro mas fresco y desahogado por órden de los médicos, mas no hizo mudanza la enfermedad, sino de mal en peor, con malísimos y penosísimos accidentes y bascas. En lo mas apretado y congojoso de su mal, le visitó el santo Cardenal en el nuevo aposento, que ya lo habia hecho antes otras veces con grande caridad. Compadecido de verle tal, le hizo la señal de la cruz sobre la frente, diciendo aquellas palabras de Cristo nuestro Señor por San Marcos: *Super agros manus imponent, et ben habebunt.* Y fué cosa maravillosa, que al punto quedó el enfermo sano y bue-

no; y viniendo luego el médico. se halló sin rastro de calentura, ni señal alguna de mal pasado.

Semejante maravilla experimentó en sí el Padre Estefano del Búfalo, de nuestra Compañía. Estaba en el Colegio Romano por el otoño, donde le dió una muy recia y pesada calentura; y tan pertinaz, que sin bastarle medicinas algunas le habia ya durado mas de veinte dias, y se estaba todavía en su fuerza, y con unas accesiones tan enteras como al principio. Y así el médico, que era harto sabio y experimentado, juzgaba y pronosticaba, que sin duda le duraria mas de otros veinte dias. Mas en vano son los juicios humanos, cuando llegan los remedios divinos. Visitóle el cardenal Belarmino, y habiéndole consolado y entretenido un rato, al despedirse le hizo con el dedo la señal de la cruz en la frente. Y fué tal la eficacia de esta celestial medicina, que volviendo el dia siguiente á visitarle el médico, le halló totalmente bueno, con grande admiracion suya y de los demás. Y si bien es verdad, que por algunos excesos que despues hizo el enfermo, le volvió algun poco de calentura; mas no fué cosa de importancia, y tambien se quitó muy presto del todo, respetando la misma virtud y eficacia ya experimentada. Por donde nunca pudo dudar el mismo Padre que recibió la salud, haber obrado en él maravillosamente la mano del Señor, por medio de la del santo Cardenal. Y así lo testificó de palabra y por escrito.

El Padre don Celso Amerigi, General de los Padres Celestinos (de quien otras veces hemos hecho mencion) estaba tan apretado de una gravísima enfermedad en su monasterio de San Eusebio, que le tenian ya el santo

olio en su misma celda para darle la Extremauncion. Tenia tan postrado el apetito y las fuerzas, que ni podia arrostrar á cosa ninguna de comida, fuera de algun poco de sustancia (y apenas la retenia), ni podia moverse en la cama, ni casi hablar una palabra. En efecto, todos le tenian ya por muy cercano al último aliento. Visitóle á esta sazon el cardenal Belarmino (que le queria y estimaba en mucho): y en entrando por la celda del enfermo, comenzó á decir aquellas palabras de Cristo y de la Iglesia: *Pax huic domui.* Y llegándose cerca del doliente, le hizo en la frente la señal de la cruz, diciendo entre sí no sé qué otras palabras santas, que él no las pudo entender. Y tras esto le dijo, que tuviese buen ánimo, porque no habia de morir de aquella enfermedad. Y así fué, y desde luego lo conoció el enfermo. Porque con aquel contacto y señal santa, se sintió con nuevo vigor y aliento, y comenzó luego á recobrarse y volver sobre sí, y dentro de muy poco quedó del todo sano y valiente. Mas de estas maravillas y sanidades juntas con espíritu de profecía tenemos muchas, y diremos algunas pasado el capítulo siguiente: (creo será en el último). Ahora digamos de otras.

Habia en Capua una mujer principal llamada María Argencia, la cual vino á estar desahuciada y casi ya espirando de una agudísima y mortal enfermedad. Su padre, como tal, viendo á su hija en aquel trance, estaba tambien para espirar de pena y sentimiento. Quisiera valerse de la caridad de su Prelado, á quien todos publicaban por santo y muy poderoso delante de Dios; mas todavía reparaba en hacerle ir á su casa, especialmente que acaeció á estar entonces media legua de la

ciudad en no sé qué ocupacion de su ministerio; y el tiempo era poco favorable, porque estaba el cielo muy cerrado, y amenazando una grande tempestad, con horribles truenos y relámpagos. Con todo eso el peligro tan urgente de la hija, y el amor de padre (que suele ser no menos urgente) le hicieron romper por todas las dificultades, é ir á suplicar al Cardenal, que viniese á ver á su enferma, con esperanzas ciertas del remedio. Tuvo por buen agüero, que puesto en camino se serenó el cielo y apareció el sol muy resplandeciente. Fué al fin el santo Cardenal con grande prontitud y benignidad, visitó la enferma, consolóla, y díjola palabras de vida. Tras esto se puso de rodillas junto al lecho, é hizo oracion por su salud; y finalmente la echó su bendicion, y la hizo la señal de la cruz sobre la frente; y la certificó, que presto estaria con salud y fuerzas. Y cumpliólo nuestro Señor tan presto, que luego al punto se halló buena y sana, y de allí á muy poco del todo convalecida y fuerte. Hízose entera informacion de este caso despues de la muerte del santo Cardenal, y testificáronlo muchos con juramento, como consta del proceso que se hizo en esta ciudad.

Yendo una vez en Roma á sus ejercicios á nuestro noviciado de San Andrés, y preguntando ante todas cosas si habia en casa algunos enfermos, para visitarlos y consolarlos (como solia), halló al Padre Octavio Lorenzini, tan apretado y peligroso, que no solamente los médicos le temian mucho, sino que al mismo Cardenal le dió no pequeño cuidado. Con todo eso, estándose un rato entreteniéndole con dulces y santas palabras, cobró algunas esperanzas de la salud del enfermo: y última-

mente al despedirse, le encomendó á nuestro Señor y le roció con agua bendita, y le dejó muy alentado, y con viva esperanza de cobrar salud. Y en efecto muy presto la recobró felicísimamente, con harta admiracion de todos, y grande reconocimiento del mismo Padre. Aunque no fué solo este enfermo el que en aquella casa experimentó la fuerza de la oracion é intercesion del santo Cardenal: otros muchos gozaron del mismo beneficio en diferentes ocasiones. Y lo mismo puedo decir de nuestro Colegio Romano. Mas contentaréme con apuntar un solo caso, de cuando en él era Rector este varon de Dios.

Estudiaba allí entonces un hermano llamado Marcelo Agustin, al cual queriéndole enviar al Seminario Romano, donde ya habia estado otra vez, á cuidar de algunos de los mancebos que allí se crian debajo de la disciplina de nuestra Religion (que son los hijos de la gente mas principal de aquella ciudad y provincia) el hermano propuso con grande instancia algunas dificultades que tenia, y pidió muy encarecidamente al Padre Rector, que no le volviese á enviar á aquella estancia y ocupacion, porque le era muy contraria á su salud. No se le admitió su proposicion y súplica. No se debió de poder mas: ó quiso Dios por este modo probar su paciencia, y la eficacia de la oracion de su Rector. Al fin obedeció el buen hermano. Mas á pocos dias le dió una muy grave enfermedad, que le afligió notablemente, y le duró mas de dos meses, y siempre con mucho peligro: y finalmente le apretó de manera, que le vinieron á dar los Sacramentos, teniendo por cierto que se moria. Viendo esto el buen Padre Rector, estaba con notable pena,

y no sin escrúpulo, por parecerle que por su ocasion estaba aquel hermano en aquel punto. por no haberle admitido sus ruegos. Con esto acudió muy de veras á nuestro Señor, suplicándole con grande instancia por la vida y salud del enfermo. Y fueron tan eficaces sus oraciones, que estando el hermano esperando por momentos la muerte, de repente se halló bueno y sin calentura ni otro accidente, y muy en breve convaleció y cobró enteras fuerzas. Y quedó certísimo que por la intercesion de su buen P. Rector, nuestro Señor le habia restituido la salud y casi la vida.

Tenia tan grande fe y confianza de que sus oraciones habian de ser bien oidas y despachadas en el acatamiento de Dios nuestro Señor que era cosa de grande admiracion: y consiguientemente le concedia la divina Majestad tantas y tan extraordinarias mercedes cuando se las pedia, que él mismo se maravillaba. Y así esta tan continua experiencia de la liberalidad divina para con sus peticiones le alentaba y avivaba extrañamente aquella su filial confianza: y esta le disponia maravillosamente para que con su eficacia alcanzase lo que pedia. Por donde preguntándole una vez un religioso, cómo se entendian aquellas palabras de Cristo N. Señor: *Quidquid orantes petitis, credite, quia accipietis, et fiet vobis:* en que nos certifica que alcanzaremos todo lo que le pidiéremos en la oracion; siendo así, que muchas veces no alcanzamos lo que le pedimos; respondió Belarmino, que él no tenia dificultad ninguna en la inteligencia y práctica de aquellas palabras. Y que él experimentaba de ordinario en sí mismo aquella seguridad y confianza que Dios suele comunicar á las almas,

cuando quiere concederles lo que le piden. Y que así no tenia dificultad en pedir ni en alcanzar lo que pedia. Y otra vez aun dijo mas claro esto mismo en ocasion semejante al Padre Andrés Eudemon-Joannes, afirmando, que tenia ya tan larga experiencia de que el Señor le concedia lo que le pedia, que no podia dejar de estar ya muy cierto y seguro de que habia de alcanzar cualquiera cosa que le pidiese. Y que era esto de manera, que ya en este particular no podia tener duda alguna. Las cuales palabras así como muestran una vivísima fe y confianza en Dios, bastante á arrancar los montes y trastornarlos en la mar, así tambien significaban, haber obrado Dios por los ruegos de este su fiel siervo muchas cosas maravillosas que no sabemos; y por ventura algunas muy prodigiosas y exquisitas.

Lo cierto es, que el mismo Cardenal afirmó, que andaba con mucho tiento y recato, mirando y remirando lo que habia de pedir para sí ó para otros á nuestro Señor, especialmente cuando no estaba cierto si aquello era de servicio y gloria suya; por la experiencia tan grande que tenia de que el Señor liberalísimamente le concedia cuanto le pedia. De suerte que mas cuidado y solicitud le costaba algunas veces el mirar si habia ó no habia de pedir, que si habia ó no habia de alcanzar. Tanto como esto favorecia el Señor á este su gran siervo.

Y en confirmacion de esto, testifica el mismo Padre Eudemon-Joannes, que tenia muy advertido y observado, que todos aquellos enfermos, por cuya vida y salud el cardenal Belarmino decia alguna misa, sanaban y con-

valecian infaliblemente. Y por el contrario se tenia ya por mala señal, cuando él no se inclinaba á decir misa por la salud de alguno. Que parece que él adivinaba la voluntad de Dios, para no pedirle cosa que no fuese de su gusto; y que el mismo Dios no sabia negarle cosa alguna de cuantas él le pedia. En lo cual así como resplandece la inmensa liberalidad del Señor para con su siervo, así tambien se descubre la grande fidelidad del siervo para con su Señor. Y al modo que san Agustin hablando con Dios le decia: Dadme, Señor, lo que me mandais, y mandadme lo que quisiéredes; así parece que hablando el mismo Dios con Belarmino en cierta manera le decia: Pídeme lo que quisieres, que yo te daré lo que me pidieres; ó mira tú lo que me pides, porque yo te daré cuanto me pidieres. En efecto era tan inmensa la benignidad del Señor para con su siervo, que era necesario que su cuidadosa fidelidad le pusiese tasa y medida.

Y de esta gracia tan abundante, que tantas veces pidió y alcanzó para bien de otros, no pocas se valió para sí mismo. De esta manera cuando era mozo y le enviaron á leer á Florencia, se libró tan maravillosamente de aquella lenta calentura ética, que tan de priesa le llevaba á la muerte. Y á este modo le libró otras veces su oracion de inevitables peligros y apretadísimos males. Mas lo que le sucedió poco despues estudiando en Padua tiene mucho de milagroso, y no poco de gracioso. Veia algunos notablemente fatigados, y que se quejaban con grande extremo del dolor de muelas: (es mal rabioso). Nunca él le habia tenido ni sabia qué cosa era. Deseó probarle, siquiera por compadecerse de

veras de sus prójimos. Pidiólo á nuestro Señor; y luego al punto dió un tan agudo y tan intolerable dolor, que no pudiéndolo sufrir, volvió á suplicar á la divina Majestad que se le quitase, que ya sabia lo bastante de aquel mal para poderse compadecer de los que le padeciesen. Y el Señor le oyó, y al punto se lo quitó, y dejó del todo sano como de antes; mas con nueva y mas firme confianza en la benignidad de su Dios, y con particular compasion de los males de sus prójimos.

Mas no dejaré de decir, que una cosa que mucho deseó y pidió por sí y por otros á nuestro Señor el cardenal Belarmino, no la pudo conseguir (y son bien contadas las que sabemos que pidiese y no alcanzase). Padecia mucho y hacia padecer á otros en sus últimos años con la sordera grande que tenia, y le era de notable impedimento para hallarse en las juntas y tratar los negocios públicos que se ofrecian. Pidió muchas veces á nuestro Señor le quitase este impedimento; valióse de la intercesion de muchos santos sus abogados; ayudóse de las oraciones de muchos siervos de Dios sus conocidos. Pero todo esto no bastó para que el Señor le oyese en esta parte. Debia sin duda de convenirle así; para que tuviese al oido quien le acordase que era hombre; y para que no oyese sus alabanzas, que en muchas de estas juntas y en ocurrencias semejantes se celebraban; y para que fuese mayor el milagro en lo moral que en lo natural, en su paciencia que en su sanidad. Así antiguamente al Apóstol, por mas que pidió el ser librado del estímulo de la carne, no se le concedió su demanda, sino se le respondió, que le bastaba la divina gracia, porque la virtud en la enfermedad y tribulacion se refina y perficiona.

CAPITULO X.

De otros milagros mas insignes del santo Cardenal.

Tres ó cuatro casos referiré en este capítulo, que son bien particulares y dignos de admiracion. Siendo Arzobispo de Capua habia allí un devoto hortelano (y en todos los estados y oficios los suele haber) el cual por la devocion que le tenia solia regalarle á sus tiempos con la fruta de su huerto; y en especial le solia llevar cada mañana algunos escogidos higos (que allí llaman brusotes) de una excelente higuera que en él tenia. Los cuales recibia con notable agradecimiento el santo Prelado, y creo que con agrado no menor los repartia como amoroso padre con los de su familia. Sucedió pues que un vecino del buen hortelano encendió fuego allí cerca; el cual por descuido (que no creo seria por malicia ó envidia) alentado del viento que corria, y cebado de la disposicion de la materia, fué saltando muy apriesa hasta las cercas del pobre huerto, y de ellas á los árboles vecinos, abrasándolos en un momento, y haciendo un estrago lastimoso. Entre los demás árboles corrió esta fortuna la triste higuera, que solia ser el consuelo del buen hortelano, por el que daba cada dia con su fruto á su Prelado. Sintiólo entre todas las otras pérdidas mas de lo que se puede explicar, y con harto dolor de su corazon dejó de acudir con el oficio piadoso y regalo que solia. Advirtiólo el Cardenal, y haciéndole llamar le preguntó la causa de aquella novedad. Y el buen

hombre con harto sentimiento le contó lo que pasaba, y cómo habia quedado la higuera no solamente sin fruto y sin hoja, pero tambien sin jugo y sin vida. Lastimóse el piadoso Padre; mas recogiéndose un poco, le comenzó á instar que fuese á mirarla, que quizá tendria algunos higos. Mas él le replicó, que no habia quedado rastro de ellos; y que era cosa muy cierta y averiguada lo que le decia, porque él y el mismo dañador y los tasadores del daño y otros muchos, habian visto muy en particular lo de la higuera, y habian hallado que estaba del todo abrasada y destruida, y que habian ya tasado el daño y pérdida de ella con consentimiento de la parte en cierta cantidad de carlines. Volvió con todo eso el Cardenal á instarle una y otra vez, que confiase en Dios, y volviese á ver su higuera, que podria ser que la hallase con algunos higos. (No se seca ó marchita tan fácilmente la esperanza de los santos.) Tanta instancia le hizo, que hubo de volver, mas por obedecer á la piadosa fuerza del santo Prelado, que por esperar hallar lo que tan de cierto sabia que no habia. Pero llegando á su huerto (maravilla grande del Criador de todo) halló la higuera fresca y verde, cubierta de hojas y de hermosura. Y llegándose mas cerca (fiándose apenas de sí mismo) la vió llena de lindos y diversos higos, sazonados y por sazonar, y en todo mucho mas vistosa y agradable que antes estaba. Quedó atónito, y comenzó á dar mil gracias á nuestro Señor. Y cogiendo un canastillo de los mejores higos, los llevó luego al santo Cardenal (cuya fe y esperanza viva y colmados méritos reconocia en aquella maravilla). Y él los recibió con extraordinarias muestras de alegría, y

exhortándole de nuevo á confiar en la bondad de Dios, que tales cosas suele hacer para consuelo de sus criaturas. Este caso fué muy parente, y tuvo muchos testigos en aquella ciudad, que con juramento lo depusieron.

El segundo tambien fué muy público y sucedió asimismo siendo Arzobispo de Capua. Salióse un dia al campo en su carroza (pienso que por recrearse y descansar un poco, aunque muy raras veces lo solia hacer). Y llegándose hácia el rio, se encontró con unos pobres pescadores, que estaban pescando con muchas redes y nasas y otros instrumentos del arte, en cierto espacio del rio, que para este efecto tenian arrendado. Saludólos muy benigna y afablemente el Cardenal, y rogóles que sacasen fuera las redes. Ellos le respondieron, que en aquel punto las acababan de sacar con solos tres pececillos, y que estaban harto afligidos y casi desesperados, porque costándoles mucho el arrendamiento, habia muchos dias que estaban allí casi sin provecho ninguno por no ser muy bueno el puesto, y serles el tiempo muy contrario. Compadecióse mucho de su trabajo el santo Cardenal, y debiólos de encomendar afectuosamente á nuestro Señor en su corazon. Y al fin les dijo, que se estuviesen allí quedos y confiasen en Dios. Y pasado como un cuarto de hora, comenzó á llamar los peces y hacerles señas con la mano, alegrándose extrañamente, y mostrando su alegría con muchas señales exteriores bien extraordinarias, como si los viera con sus ojos entrar á gran priesa en las redes. Y tras esto dijo á los pescadores que luego al punto las sacasen. Estaban ellos admirados notablemente de lo que oian y veian en el santo Prelado, pero mucho mas se admiraron lue-

go con lo que vieron en sus redes. Porque sacándolas como pudieron, hallaron un lance tan copioso, que pasó de doscientas y cincuenta libras de excelentes peces, con que remediaron su miseria. Quedaron atónitos y pasmados (como en otro tiempo los apóstoles *in captura piscium, quam ceparant*) viendo la pesca milagrosa que en tal tiempo y lugar el Señor les habia enviado por medio del santo Prelado. El cual quedó muy alegre por ver el remedio de aquella pobre gente, y dando muchas gracias al Señor por tan grande liberalidad, la cual pudo tomar por señal y buen agüero de la copiosa pesca de almas que habia de hacer en aquel su ministerio pastoral.

El tercer caso es en su género mas raro y le afirmó con juramento la persona á quien le sucedió, que fué harto fidedigna, y algunas otras que tuvieron noticia de él. El año de mil y seiscientos y trece viviendo en Roma el cardenal Belarmino, era Vicario general de la iglesia de San Nicolás de Bari D. Francisco Tomás, sacerdote prudente y ejemplar, natural de Capua, á quien el mismo Cardenal, siendo arzobispo de aquella ciudad, habia hecho canónigo de aquella iglesia. Estando pues este sacerdote un dia de la cuaresma de aquel año recogido en su aposento con luz encendida, arrimado á su cama y estudiando y muy en sí, entre las nueve y las diez de la noche, vió delante de sí manifiestamente al cardenal Belarmino, á quien luego conoció muy bien. El cual le comenzó á hablar, y le dijo, que él le habia hecho canónigo con intento y deseo de que, en cualquiera parte que se hallase, y en cualquiera puesto y dignidad que estuviese, promoviese y adelantase las

cosas del servicio de Dios. Y tras esta generalidad le comenzó á amonestar y avisar de algunas cosas y faltas particulares. Y entre otras le dijo, que pusiese mucho cuidado en que asistiesen los canónigos á los divinos oficios de su Iglesia, y en todo lo demás que tocaba al culto divino. Y respondiendo el Vicario, que él no tenia la culpa de esto, mas que al Prior le tocaba el remediarlo, le replicó el Cardenal, que cómo pues se repartia con tan poca cuenta y razon, y tan contra el órden del Prior, el maná de San Nicolás? (Es este un licor milagroso que mana del cuerpo de aquel gran santo.) Y queriendo tambien á esto dar sus excusas el Vicario (que no le fueron admitidas), y prometiendo la enmienda para en adelante, se le desapareció el santo Cardenal. Y él haciendo reflexa sobre lo que habia visto y oido, y sabiendo que el Cardenal estaba en Roma distante de allí algunas jornadas, quedó sobre manera espantado, y lleno de un horror y reverencia increible. Llamó luego á sus criados y comenzó á contarles lo que habia visto y oido del santo cardenal Belarmino. Y por la mañana lo contó constantemente á otros muchos. Y en cumplimiento de lo que se le habia amonestado y mandado, luego aquel dia, antes de comer bocado, hizo los decretos y edictos necesarios, y los mandó fijar á las puertas de la misma iglesia, y quedó muy advertido y cuidadoso para en adelante, y con grande reverencia y veneracion del santo cardenal Belarmino. Y por ventura con particular disposicion del cielo sucedió esta maravillosa vision en el lugar donde reposa el cuerpo del glorioso obispo San Nicolás; del cual tambien se escribe, que estando vivo y ausente, se apareció una

noche milagrosamente al Emperador Constantino y le dió ciertos avisos. Para que por la semejanza de estas visiones conozcamos la del celo y demás virtudes que hubo entre estos dos santos Prelados.

En este caso se apareció milagrosamente el cardenal Belarmino al Vicario de Bari, mas en el siguiente se le apareció algun ángel ú otra persona del cielo al mismo Cardenal. Escribirélo como nos lo contó en esta corte don Tomás Ursulini, mancebo virtuoso y cuerdo, sobrino del maestresala del santo Cardenal, y que estuvo algun tiempo en su servicio; y dice que fué muy público en toda la casa y sabido de todos los de la familia. Venia un dia el Cardenal de una de las juntas á que solia asistir en Roma, y al tiempo que llegó á bajarse de la carroza á las puertas de su palacio, se puso delante de él un mancebo de hermoso talle y disposicion, muy modesto y cortés, y vestido de peregrino, y comenzó á hablar en excelente latin con el Cardenal, al parecer pidiéndole limosna. El cual admirado de ver el peregrino y de su lenguaje y razones, se le entró consigo en su casa y se retiró con él á su aposento, prosiguiendo en su conversacion. Llegóse la hora del comer, y avisáronlo al Cardenal; el cual ordenó que comiesen todos los de casa, y que á él no le avisasen, ni interrumpiesen, hasta que él mismo los llamase. Prosiguió con esto sus pláticas con el mancebo peregrino, y la materia era diversos puntos de Teología: de que él daba tan buena razon, que el Cardenal se le estaba oyendo con extraña admiracion y suspension, proponiéndole sus dudas y dificultades, y oyendo las respuestas y resoluciones como oráculos divinos. Pasóse la hora del

comer, estaban esperando los criados; y el Cardenal no dejaba á su peregrino, ni á ellos les decia nada. Ibase entrando la tarde; y pasóse tambien. Allegábase la noche, y la conversacion no se acababa. Anocheció, diéronles luz; y perseveraban en lo mismo. Llegóse la hora del cenar, y pasóse; avisaron al Cardenal, y respondió lo que á la del comer. Cenaron los domésticos, y pusiéronse de nuevo á esperar. Cargóles el sueño: retiráronse muchos á dormir; quedáronse en vela y en espera los forzosos: y el Cardenal proseguia con su peregrino. Finalmente en esto les cogió la mañana, y el dia, hasta que fué hora de salir á otra junta como la del dia pasado, que entonces se acabó la conversacion, y se despidió el peregrino con una buena limosna; estando muy alerta los criados, para si les mandaba darle alguna refeccion ú otra cosa, ó si él la pedia para sí. Mas por mas que miraron, y por mas que llamaron y buscaron á instancia del mismo Cardenal (que entonces debió de caer mas en la cuenta de la celestial visita) no pudieron ver ni hallar al maravilloso peregrino, ni tener mas rastro de él, porque delante de los ojos de todos se les desapareció: siendo evidente que no salió por la puerta, donde muchos estaban aguardando. Y quedaron todos muy persuadidos que aquel habia sido algun ángel, ó algun otro cortesano del cielo, enviado del Señor al santo Cardenal para enseñarle y alumbrarle de algunas verdades importantes y doctrinas soberanas. Y el semblante con que quedó el mismo Cardenal no era pequeño testimonio de la merced extraordinaria que habia recibido.

CAPITULO XI.

De algunas cosas ausentes y venideras que conoció y profetizó.

No le faltó á nuestro santo Cardenal el espíritu de profecía, con que Dios suele ilustrar y acreditar á sus grandes siervos, ni aquel conocimiento sobrenatural con que se ven las cosas que están muy léjos ó por venir. Muchas conoció y previó de las de este género, y las predijo y profetizó. Algunas hemos contado, ó apuntado en sus lugares. Tal fué la profecía y noticia de la muerte del Papa Sixto V en la jornada de Francia, cuando aun no habia sucedido, y cuando despues no era sabida, ni aun rastro de su enfermedad. Tal la aseveracion y certidumbre con que constantemente afirmó muchas veces y anunció la muerte de Clemente VIII, antes que hubiese de definir la controversia *de Auxiliis*. Tal el conocimiento que él tuvo y noticia que dió á los suyos, de que por la muerte del Papa Clemente y voluntad del futuro Pontífice, su ausencia de Roma y residencia en Capua no habia de llegar á tres años. Tal la relacion que hizo en el último sermon á sus ovejas del Pastor que le habia de suceder; de sus buenas partes, y de sus largas ausencias (como en efecto se cumplió todo en la persona de monseñor Antonio Gaetano, Nuncio que fué primero de Su Santidad en Alemania y en España, y despues Cardenal de la Santa Iglesia junto con ser Arzobispo de Capua). Tales finalmente otras cosas, en que ya vimos reconocerse este espíritu divi-

no, y este conocimiento profético de nuestro santo Cardenal. Digamos ahora de nuevo algunos otros casos particulares.

El Vicario General de Bari (de quien poco ha hicimos mencion) envió al cardenal Belarmino por mano de un canónigo flamenco de aquella Iglesia algunas redomillas llenas del maná de San Nicolás. Llegado á Roma el canónigo, un prelado amigo suyo le pidió con instancia dos de ellas: y él, mirando mas por la amistad que por la fidelidad, no se las supo negar. Mas porque no se echase de ver la falta, con otra infidelidad mayor, aunque con todo secreto, repartió de otras un poco del sagrado licor en las dos redomillas vacías, y llenó de agua todo lo que faltaba; por ser grande la semejanza de estos dos licores, y que los ojos humanos no podian discernir ni hacer diferencia. Con esto llevó todas sus redomas enteras al Cardenal. El cual se alegró en grande manera con el presente, y le estimó y agradeció como era razon: y comenzó á referir algunas cosas maravillosas de aquel milagroso licor. Mas luego con aquella luz soberana que Dios le infundió, conoció el engaño, y se lo dió á entender al canónigo, aunque con mucha gracia y afabilidad. El cual aunque lo quiso negar y disimular con varios rodeos, el Cardenal le dijo tan en particular todas las circunstancias que habian intervenido, que el hombre quedó espantado: y volvió atónito á Bari, contando al Vicario todo lo que le habia sucedido, y afirmando claramente, que el Cardenal era Santo, pues le habia dicho tan por menudo todo lo que en aquel caso le habia pasado, como si se hubiera hallado á todo presente, y lo hubiera visto por sus mismos ojos.

El año de mil y seiscientos y diez y nueve enfermó gravemente su mayordomo: y además de ser la enfermedad muy grave, era tan pertinaz, y estaba tan arraigada del flaco sujeto, que habia ya mas de dos meses que le duraba, y cada dia le ponia á las puertas de la muerte. El enfermo tenia ya casi ningunas esperanzas de su vida; y todos los médicos no las tenian mayores ni mejores que el mismo enfermo. Mas el Cardenal, que á menudo le visitaba con grande caridad y deseo de su salud, llanamente le decia que tuviese buen ánimo, porque no habia de morir de aquella enfermedad. No acababan de creerlo los médicos ni aun el enfermo, y les parecia casi imposible, viendo la gravedad y pertinacia del mal, que cada dia iba siendo mayor. Mas el Cardenal no dejaba de repetirle muchas veces que no habia de morir por entonces. Y así sucedió, porque al fin sanó y convaleció con grande admiracion de todos.

Diferente juicio hizo, aunque igual en el acierto, acerca de la enfermedad de Monseñor Angelo de Aciaria, su sobrino, Obispo que era de Teano. Estaba en Nápoles, y cayendo en una enfermedad, le curaban y acudian con harto cuidado y caridad nuestros Padres en nuestra casa profesa de aquella ciudad. Estuvo apretado; mas á pocos dias parece que quebrantó la fuerza del mal, y se acabó el peligro. Y así le escribieron al Cardenal su tio, que estuviese sin cuidado, porque ya el enfermo estaba muy alentado y casi del todo sano y valiente. Mas el Cardenal encomendándolo á nuestro Señor, respondió á los Padres, que no tenian que esperar la salud ni vida del enfermo: y así que le avisa-

sen que se preparase para aquel último punto de que depende la eternidad, y recibiese todos los Sacramentos, é hiciese todo lo demás necesario. Así se hizo, y así sucedió todo: porque revolviendo poco despues y agravándose casi de golpe la enfermedad, le vino á acabar, con harto sentimiento de todos los de casa.

Si en los dos casos precedentes profetizó á uno la vida y á otro la muerte contra el juicio de los médicos, digamos ahora otro tercero en que concurrieron ambas cosas. Habia dos enfermos en casa del mismo Cardenal: el uno era un doctor teólogo por Pavía llamado don Mateo Torti (en cuyo nombre sacó á luz la primera Apología que escribió contra el Rey de Inglaterra), y el otro un mozo de cámara, que se llamaba Octavio Chiarelli. De este segundo no se hacia caso, por parecer que el mal no era cosa de consideracion: mas del primero se tenia grande cuidado, y lo daba á los médicos su enfermedad, que se tenia por muy peligrosa, y habia muy pocas esperanzas de su vida. Mas el Cardenal alumbrado con otra ciencia superior, dijo algunas veces: A don Mateo tienen comunmente por desahuciado, y á Octavio por muy seguro; mas todo sucederá muy al contrario: porque don Mateo sanará, y Octavio morirá de esta enfermedad. Y así sucedió lo uno y lo otro.

Seria negocio sin fin contar por menudo todas sus profecías. Al Padre Hipólito Margaruci, siendo mozo y pretendiendo entrar en la Compañía, le anunció, que si entraba por aquel tiempo (que era de primavera) habia de perder totalmente la salud, y quedar inútil para las cargas de la Religion: y en efecto así sucedió. Al Doctor Sebastian de Paulis, el dia que recibió el

grado, le anunció que habia de ser Obispo; como lo vino á ser de su misma patria de Nepi. A don Pedro Georgi profetizó muchos años antes, que habia de venir á ser de la capilla del Papa; aunque primero habia de hacer un viaje largo. Y ambas cosas se cumplieron: porque de allí á poco se partió á Polonia á ser de la capilla real de su Príncipe; y despues de muchos años volvió á Roma, donde fué de la de Su Santidad. Al Padre don Celso Amerigi le profetizó (además de la salud estando desahuciado, como ya dijimos) otras muchas cosas por venir tocantes á su persona y á su Religion: las cuales todas sucedieron de la misma manera. Y lo mismo fué de otras muchas que á diversas personas en diferentes ocasiones anunció. Las cuales dejo de especificar, por dejar de cansar. Aunque no creo será cansancio, referir mas en particular algunos otros sucesos, que son mas extraordinarios.

Estaba enfermo el cardenal Enrique Gaetano; y el cardenal Belarmino (que en otro tiempo le habia acompañado por teólogo suyo en la jornada de Francia) dijo misa por su salud. Y diciéndola, le pareció que oyó interiormente una voz que le decia: No tienes que rogar por la salud del cardenal Gaetano, porque muy presto ha de morir. Quedó temeroso con esta voz; aunque no del todo desconfiado; y así volvió á encomendarle á nuestro Señor segunda y tercera vez como la primera. Mas siempre oia, que interiormente le decian, que se cansaba en vano en rogar por el cardenal Gaetano, porque ya se contaba entre los muertos. Quedó con esto cuidadosísimo el buen Belarmino, y muy dudoso de qué voz era aquella, y qué crédito le debia dar. Y para

mas certificarse, comenzó luego á preguntar, ¿cómo se hallaba el enfermo? Y sabiendo que estaba ya tan bueno y alentado que la tarde antes habia salido de su casa é ido á la iglesia de Santa Pudenciana, se alegró grandemente, y contó á Ludovico Aragazi (que es el que lo testifica) todo lo que diciendo misa le habia pasado. Quedaron ambos no sin algun cuidado. Mas no pasaron dos dias sin que la verdad de aquella divina voz se declarase. Porque dándole al Cardenal un súbito accidente, reliquias de la enfermedad pasada, le acabó casi de repente: con grande sentimiento de Belarmino, y no menor admiracion.

Mas clara y mas prevenida noticia tuvo de la repentina muerte del cardenal Pedro Aldobrandino; y la dijo muchas veces á don Frey Andrés Uvise (como él mismo lo testificó) con muchas particularidades y circunstancias con que despues sucedió. Y por esta causa le escribió algunas veces al mismo Cardenal persuadiéndole con mucha instancia, que de las gruesas rentas que tenia, instituyese con tiempo algunas memorias y obras pias en bien de los pobres. Y fué así que volviendo del Conclave, en que fué elegido Gregorio XV, se quedó muerto de repente.

Y no dejaré aquí de decir, que yendo el mismo Belarmino á este Conclave, dijo á los que le acompañaban, que el que habia de salir por Pontífice, se habia de llamar Gregorio. Pero mas admirable fué el conocimiento que tuvo y testimonio que dió mucho antes, de los dos Pontífices precedentes, Paulo V y Clemente VIII. Recien elegido Paulo V, andaba en Roma una hablilla de que este Pontífice habia de vivir muy poco. Díjoselo á

nuestro Cardenal, Ludovico Aragazi, que ya le servia. Mas él le respondió, que no hiciese caso de aquellos dichos vanos del vulgo, porque el Papa habia de vivir mucho tiempo. ¿Diez años, señor? preguntó el Aragazi. Eso y mucho mas, respondió Belarmino. Y fué así que vivió diez y seis. Tambien de la vida de Clemente VIII habló muy claramente al principio de su pontificado: diciendo al cardenal Silvio Antoniano, su camarero, que el Pontífice habia de vivir trece años. Como en efecto fué verdad.

De la muerte tambien de este mismo Pontífice habló con grande certidumbre en varias ocasiones, como lo vimos tratando de la Controversia *de Auxiliis*, y de su viaje de Capua, y en otras partes. Pero no puedo dejar de contar un caso que hace á este propósito y le sucedió en los últimos meses que estuvo en Capua.

Pasó por esta ciudad una hermana del Duque de Sora (que se casaba con el de Bovino) acompañada de la Duquesa su madre (que era hermana del cardenal Esforza) y de otra señora llamada doña Clariz de Nobili, que estaba casada en Montepulciano. Aposentáronse estas señoras en casa de un amigo del Duque de Bovino. Y pareciéndole al Cardenal que era razon hacer algun cumplimiento á personas tan principales y conocidas suyas que pasaban por su ciudad, les envió á don José Vignanese su camarero, que de su parte las visitase y cumpliese con la cortesía. El camarero excedió de su comision, y pasó los límites de cumplimiento, y se alargó á decir, que habian hecho mucho agravio al Cardenal su señor en no haberle avisado con tiempo de su venida, y en no haberse servido de su casa, que pues estaba

patente para todos los huéspedes, mucho mas para sus excelencias. Y así, que por lo menos á la vuelta le habian de hacer aquel favor y honra. Estimaron como era justo esta cortés oferta aquellas señoras, y la aceptaron con muestras de singular agradecimiento. Y vuelto á casa el mensajero, contó al Cardenal lo que le habia pasado, y cómo llevado de los cumplimientos habia hecho mas de lo que le habia mandado, convidándolas con su casa, y que así era forzoso haberlas de hospedar en ella á la vuelta. Alteróse con esto no poco el Cardenal, y comenzóle á decir: Dios os lo perdone; ¿para qué me habeis metido en este enredo de haber de hospedar á mujeres? Grande yerro habeis hecho, pues sabíades ya mi intencion. Con esto no se podia sosegar, pareciéndole un grande embarazo el verse en aquella obligacion de quebrar sus santos propósitos que á imitacion de San Agustin tenia hechos, de no tener mujeres algunas en su casa, por quitar aun cualquiera suerte de sospecha. Al fin con esta inquietud y pesadumbre se recogió un poco, inclinando la cabeza y poniendo el rostro entre las manos. Y habiendo estado así un breve espacio, preguntó, qué tanto tardarian en volver aquellas señoras? Y diciéndole que tardarian cerca de dos meses, al punto el Cardenal muy sereno y alegre se enderezó y levantó, diciendo: Ahora bien, poco importa, que para entonces no estaremos ya en Capua: vengan en hora buena, que poca pesadumbre nos darán. Y así fué, que dentro de veinte dias vino la nueva de la enfermedad del Papa, y poco despues la de su muerte. Con que le fué forzoso partirse luego á Roma, como ya dijimos á su tiempo.

Acabaré esta materia de las profecías de Belarmino (aunque es infinita) y me acercaré al fin de toda esta historia de su vida (que ha salido mas larga de lo que pensé) con decir, que no solamente profetizó muchas veces de las cosas de los otros, sino tambien de las propias suyas. Dejo aparte el haber dicho siendo muy niño á su misma madre, que él habia de ser Prelado y Cardenal. Y á los Padres de Lovaina, siendo allí recien llegado, que si bien nuestro Padre General le enviaba por solos dos años, pero que él habia de estar siete; y así sucedió. Y otras á este modo, que ya quedan dichas, ó apuntadas. De los tres que dijo que habia de estar en Capua, ya hemos hablado hartas veces. Mas no puedo dejar de añadir aquí un maravilloso testimonio suyo acerca de esta misma verdad.

Recien llegado á su Iglesia puso muy particular estudio y cuidado en averiguar y escribir todos los Prelados que en ella habia habido; comenzando desde San Prisco, discípulo del apóstol San Pedro, y corriendo por todos los demás por su órden hasta su tiempo; señalando á cada uno por su nombre, y poniendo el tiempo que habia sido arzobispo, y lo demás que pudo averiguar de sus hechos y sucesos. Y llegando á su inmediato predecesor, dijo de él entre otras cosas: César Costa fué arzobispo treinta años. Y luego consecutivamente se pone á sí mismo, hablando de tercera persona, y diciendo: El cardenal Belarmino fué arzobispo tres años. Todo esto escribió luego recien llegado á Capua. Como él mismo lo dice en otra parte. Y Ludovico Aragazi lo testifica, como quien se halló presente y lo vió escribir por sus ojos. Y aun el mismo Cardenal, hablándole des-

pues algunos Prelados que tenian noticia de esta y de otras profecías suyas tocantes á esta misma materia, les respondia con mucha gracia, y con deseo de encubrir estos dones del cielo, que él era de unos profetas hechos á lo viejo, que decian las cosas con poca consideracion, y despues salian verdaderas. Dejo todas las demás de su vida, por especificar algo mas algunas de su muerte.

El señor Abad don Francisco Pereti, sobrino del cardenal Montalto, da testimonio de una muy insigne por estas formales palabras: El señor cardenal Montalto mi tio de gloriosa memoria, me contó á mí y á otros, que el señor cardenal Belarmino, estando un dia razonando los dos, despues de la muerte de Paulo V, y en tiempo de grandes frios, le dijo estas palabras: Ahora vamos á este Conclave en el tiempo mas frio de todo el año; mas el Conclave siguiente se hará en el tiempo mas caluroso; aunque nosotros no lo veremos. Todo sucedió así puntualmente. Porque entonces se eligió Gregorio XV, á los nueve de febrero, haciendo muy grandes frios. El cual como muriese de allí á poco mas de dos años por el mes de julio, vino á ser el Conclave en los mismos caniculares. Y la eleccion de Urbano VIII á seis de agosto de mil y seiscientos y veinte y tres. En el cual tiempo ya el cardenal Belarmino era muerto casi dos años habia; y asimismo lo era el cardenal Montalto, que aunque era hombre de buena edad y salud, le segó la muerte casi dos meses antes que al Pontífice Gregorio; y consiguientemente antes del Conclave y de la eleccion de Urbano.

Mas no fué sola esta profecía tan general la que tuvo

y sabemos de su muerte. El mes y dia supo, y dijo, y otras circunstancias mas menudas. Ovidio de Amicis, canónigo de la Iglesia de Capua, testifica, que estando en conversacion con el cardenal Belarmino el año de 1621, le dijo, que él se habia de morir en el mes de setiembre siguiente, y en el mismo dia de las Llagas del glorioso P. S. Francisco. Y otra vez aun con mas claridad y distincion dijo, que él habia de morir en el otoño de aquel año, y en viernes, y en la misma solemnidad de las Llagas de San Francisco. Y añadió que le habia de hacer Dios esta merced, por haber él trabajado en rever y aprobar el oficio y misa de aquella fiesta del Santo Padre. Y en efecto así sucedió como ya vimos. Y por esta noticia que ya tenia de su muerte, creo que cuando alcanzó licencia para retirarse de la corte, dando cuenta á sus familiares y criados de la determinacion que tenia de dejarlo todo, les avisó que buscasen dueño, mas que podrian estarse con él hasta por el mes de setiembre, que fué cuando Dios le sacó de este mundo.

Echó el sello á todas estas profecías de la vida y muerte de Belarmino, con una que de esto mismo tenemos de la santísima y sapientísima vírgen y mártir Catalina, Patrona de las escuelas, y abogada de todos los sabios y santos, cual lo era nuestro Cardenal. Esta Santa pues se apareció á una persona religiosísima, cercada de clarísima luz, y le descubrió muy particulares secretos del cielo. Y preguntándole del Padre Belarmino, que entonces era bien mozo, respondió la Santa, con unas muy breves, mas muy honoríficas palabras, dando testimonio de su vida larga, y de su eminente

virtud. Porque dijo: *Diu vivet, et opera ejus erunt placita Deo.* Las cuales cosas cuán verdaderas y ciertas hayan sido, bien claro se deja entender de lo que en esta historia dejamos escrito.

En la cual aunque hemos dicho algun buen número de cosas de este santo Cardenal, no pocas nos hemos dejado de las que tenemos sabidas: y no dudo sino que serán muchas mas, y mas excelentes, las que aun no sabemos ni tenemos averiguadas. Mas estas pueden bastar para cobrar un alto concepto de la gran santidad de este varon de Dios, y para alentarnos á imitar los clarísimos ejemplos de sus heróicas virtudes: que es lo que yo principalmente he pretendido en esta escritura; despues de la mayor gloria de Dios nuestro Señor, y de su Madre santísima, y de este su siervo fidelísimo; que fué lustre y resplandor de mi sagrada Religion de la Compañía de Jesus, y honra y gloria aventajada del mismo Señor.

ÍNDICE.

LIBRO CUARTO.

Págs.

Capítulo VI.—De los sínodos que hizo: y de la caridad con que recibia y trataba á los Prelados y demás huéspedes. . 5

Cap. VII.—Del ejemplar modo de vivir que entabló en su propia persona, y de cómo cumplia con los oficios de buen Prelado. 11

Cap. VIII.—De las muchas limosnas que repartia. . . . 18

Cap. IX.—De algunas cosas maravillosas con que Dios le ilustró por este tiempo. 26

Cap. X.—Del modo que tenia en corregir los culpados, y en tratar los pleitos que se le ofrecian.. 30

Cap. XI.—De cómo supo mantener la paz con los príncipes y jueces seglares. 37

Cap. XII.—De cómo fué á Roma con ocasion de la Sede vacante despues de la muerte de Clemente VIII, y del grande sentimiento con que se partió de Capua.. . . . 44

LIBRO QUINTO.

Págs.

Capítulo primero.—De cómo se hubo en los Conclaves y en las elecciones de Leon XI, Paulo V y Gregorio XV. . . 53
Cap. II.—De cómo le mandó el Pontífice quedarse en Roma, y de cómo renunció el Arzobispado de Capua. 61
Cap. III.—De la obediencia que tenia al Sumo Pontífice y libertad santa en aconsejar y amonestar á Su Santidad y á otros. 69
Cap. IV.—De cómo gobernó algunos años la Iglesia de Montepulciano por ausencia de su propio obispo y de cómo reconcilió con el suyo á la república de Luca. 76
Cap. V.—De cómo fué protector de la Religion de los Padres Celestinos y de otros lugares y personas pias. . . . 82
Cap. VI.—De otras santas y piadosas ocupaciones que tenia. 92
Cap. VII.—De las limosnas que hacia, y de lo que para este efecto en sí mismo se estrechaba. 100
Cap. VIII.—De algunas de sus virtudes mas excelentes: y primeramente de su pureza virginal, y del grande recato que guardaba en materia de castidad. 111
Cap. IX.—De la admirable pureza é inocencia de su alma. 123
Cap. X.—De su oracion y contemplacion. 129
Cap. XI.—De su religion, piedad y devocion con los santos y cosas sagradas. 140
Cap. XII.—De su perfectísima humildad. 146
Cap. XIII.—De su mansedumbre y paciencia, y caridad con los que le ofendian y agraviaban. 158
Cap. XIV.—De cuán despegado estuvo de afectos carnales y terrenos, y ajeno de toda codicia y deseo mundano. . . 170
Cap. XV.—De como por órden de Gregorio XV se fué á vivir al palacio de Su Santidad, y poco despues se retiró de la corte para prepararse para la muerte. 182

LIBRO SEXTO.

Págs.

Capítulo primero.— De la memoria que tenia de su muerte, y de cuán bien preparado estaba para ella. 190

Cap. II.—De su última enfermedad, y de los deseos del cielo que en ella mostró, y ejemplos de singulares virtudes que dió. 196

Cap. III.—Prosigue de su enfermedad y ejemplos de virtudes: y de cómo le visitó Su Santidad y otros personajes grandes: recibió los sacramentos, y dispuso algunas cosas. 206

Cap. IV.—Del sentimiento comun de su enfermedad y peligro; estima y veneracion de su persona; actos devotísimos suyos, y muerte santísima. 218

Cap. V.—De su entierro y sepultura; grandísimo concurso y veneracion del pueblo y de personas graves y de autoridad. 226

Cap. VI.—Del piadosísimo y ejemplarísimo testamento del santo cardenal Belarmino. 238

Cap. VII.—De sus doctísimos y devotísimos libros y escritos. 244

Cap. VIII.—De lo que algunas personas graves sintieron y dijeron de la grandeza y excelencia del santo cardenal Belarmino. 255

Cap. IX.—De algunas maravillas y milagros que nuestro Señor obró por medio del santo cardenal Belarmino en la cura de enfermedades y de la grande fuerza de sus oraciones. 267

Cap. X.—De otros milagros mas insignes del santo Cardenal. 279

Cap. XI.—De algunas cosas ausentes y venideras que conoció y profetizó. 286

060.97
B 414
RAMIREZ, DIEGO
6797
AUTHOR
Vida... Roberto Belarmino
TITLE

DATE LOANED	BORROWER'S NAME	ROOM NUMBER
	STORAGE - COSA	

6797